

Jean d'Aillon

La conjetura de Fermat



Lectulandia

Mes de octubre de 1643. Se está negociando el final de la Guerra de los Treinta Años en un momento en que la Corona francesa pasa por uno de sus momentos más delicados. Alguien ha interceptado la correspondencia cifrada expedida a los embajadores y la información ha llegado a manos de la Corona española. El cardenal Mazarino encarga al antiguo notario Louis Fronsac que investigue si hay un traidor y cómo se ha podido filtrar la información encriptada. En los ambientes turbios de los servicios secretos, Louis Fronsac se encontrará con serios problemas a la hora de dilucidar quién es leal a la Corona y quién un enemigo. De sus pesquisas dependerá la estabilidad del país y el futuro de la paz en Europa.

Lectulandia

Jean d' Aillon

La conjetura de Fermat

Louis de Fronsac - 4

ePub r1.1

Mangeloso 01.12.14

Título original: *La Conjecture de Fermat*
Jean d' Aillon, 2006
Traducción: M^a Dolores Torres París & Carmen Torres París
Retoque de cubierta: Mangeloso

Editor digital: Mangeloso
Corrección de erratas: newclave
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Martes, 3 de noviembre de 1643

Llovía desde hacía varios días y la borrasca barría la campiña con inusual violencia.

A ocho leguas al norte de París, en el castillo de Mercy, todavía en obras, Louis Fronsac, caballero de San Miguel y nuevo propietario del señorío, de pie en el marco de una ventana del comedor, contemplaba lúgubrementemente el patio de su mansión y la campiña circundante.

El joven —había nacido treinta años antes, el 1 de julio de 1613— estaba vestido muy sencillamente con un jubón de terciopelo negro acuchillado en las mangas de las que sobresalía una camisa blanca de puños anudados con lacayos. Dichas cintas, generalmente multicolores, constituían un signo de distinción tanto en la corte como en la ciudad, y los elegantes las ataban por doquier en sus vestimentas. Louis Fronsac, exnotario, las elegía siempre negras, como el resto de su indumentaria.

Una chimenea crepitaba a su espalda. Julie, su joven esposa, había bajado a la cocina para comprobar las entregas de los campesinos de la aldehuela. No era cosa de descuidarse, ya que alrededor de quince personas vivían —muy apretados por cierto— en la vieja mansión y había que alimentar a todo el mundo.

El castillo era un antiguo edificio constituido por dos pisos y amplio desván construido sobre unas antiguas salas ojivales. Delante, disponía de un patio casi cuadrado, que originalmente estaba cerrado por un muro protector. El muro había sido demolido y sustituido por dos elegantes alas de ladrillo y piedra cuya construcción se hallaba en vías de finalización. El caballero y su mujer ocupaban el segundo piso del antiguo edificio, al igual que su viejo criado de armas y guardia de corps, Gaufredi, quien compartía su cuarto con Nicolás, el fiel cochero y secretario. Vivían también en este piso la administradora Margot Belleville y su esposo, Michel Hardoin, un exmaestro de obras contratista que se ocupaba de remozar el viejo edificio.

En los desvanes y graneros se hacinaban Germain Gaultier y su hermana Marie, dos aldeanos naturales de Mercy al servicio de los Fronsac: Germain como criado para todo y Marie como doncella de Julie. Había además una vieja pareja, los Hubert, antiguos caseros de la finca, y cuatro o cinco lugareños de Mercy que, a las órdenes de Margot Belleville, se ocupaban de los últimos trabajos de acondicionamiento, cuidando de los caballos, de que nunca faltase leña en las chimeneas y, en general, de toda la gente de la casa.

El matrimonio de Louis y Julie se había celebrado un mes antes, y las preocupaciones monetarias se acumulaban. Un instante antes, Julie había ido a pedir a su esposo una fuerte suma de escudos de plata para pagar la última partida de piedra recibida. ¡O al menos esperaban que fuese la última! Se trataba de los marcos de las ventanas del último piso del ala derecha del castillo todavía en construcción. De todas

formas, hasta la primavera, no sería viable ningún transporte por carreta, con todos los caminos convertidos en torrenteras.

Hundido en sombríos pensamientos, Louis observaba a los hombres que, en el patio enlodado, descargaban dos grandes carretas de piedras de sillería, bajo la atenta mirada de Michel Hardoin. La lluvia, el barro y el viento no les facilitaban la tarea. Supuso que la señora Hubert, que reinaba en la cocina, estaría preparándoles un caldo caliente a los mozos para reconfortarlos cuando hubiesen terminado su labor.

La mirada de Louis se perdió luego en las dos construcciones de ladrillo que flanqueaban la vieja mansión. Estaban cubiertas de andamiajes de madera y el exnotario rezaba para que el viento no las echase abajo. Aquellas dos nuevas alas, que Julie tanto deseaba, habían sido proyectadas por Mansart, gracias a su amistad con la marquesa de Rambouillet, tía de su esposa. La de la izquierda estaba casi terminada, aunque faltaba todavía el techo de pizarra. La carpintería vista de Michel Hardoin le recordó el casco invertido de un inmenso navío de guerra y Louis sintió un leve arranque de orgullo ante la idea de ser su propietario.

A la derecha, en cambio, las paredes de ladrillo no superaban las tres toesas. «¿Cuánto dinero haría falta para acabar aquella construcción? —se preguntó por enésima vez el joven—. ¡Cómo mínimo, cincuenta mil libras! ¡Cómo si él tuviese cincuenta mil libras!»

Suspiró, descorazonado por los próximos desembolsos de dinero.

Un trueno lo obligó a salir de su torpor y lo distrajo de sus sombríos pensamientos. Se rehízo casi recriminándose: no podía quejarse, habían hecho un largo recorrido este invierno, desde el día en que, con Julie y sus padres, había descubierto con horror el castillo arruinado y las tierras abandonadas que lo rodeaban.

[1]

Decididamente, el difunto rey Luis, al nombrarlo caballero y señor de Mercy, le había hecho un regalo envenenado. Mercy era un señorío asolado desde hacía más de cien años, cuyas tierras no sólo no reportaban beneficio alguno, sino que costaban caro a la Corona en obras de beneficencia a sus habitantes.

Por otra parte, Louis era señor enfeudado con derechos de baja justicia. No se sentía especialmente orgulloso de ello, sino que se consideraba, sobre todo, garante de la supervivencia de aquellos doscientos infelices que apenas lograban alimentarse, tan abandonado había estado el territorio. Aquella nueva responsabilidad lo llenaba de temores.

Pensó de nuevo en todos los gastos ya comprometidos. El viejo edificio estaba tan deteriorado que hubo que rehacer toda la carpintería y el tejado de pizarra. Por no hablar de los nuevos vanos practicados, anchos y altos, porque Julie quería una vivienda luminosa. En cuanto al interior, enmohecido y podrido por el tiempo, hubo que cambiarlo todo: puertas, ventanas, enmaderado e incluso suelos y techos.

Sin el concurso de Michel Hardoin, el maestro de obras que sabía hacerlo todo, y su mujer Margot, tan ahorradora, nada de ello habría podido llevarse a cabo.

Ahora, el viejo edificio estaba seco y bien caldeado merced a numerosas chimeneas, algunas de las cuales habían sido limpiadas a fondo y otras reconstruidas. Madera no faltaba y los habitantes del castillo disponían de cierta comodidad. Quedaba el problema de la falta de espacio. Las cocinas habían sido rehechas en el sótano y sólo la gran estancia del primer piso donde se hallaba en este momento, una inmensa sala de más de veinte toesas por diez, dotada de dos hermosas chimeneas, había sido conservada tal cual. En ella se habían celebrado sus esponsales.

La sala estaba flanqueada en los extremos por dos piezas más pequeñas. La de la izquierda había sido acondicionada como biblioteca y gabinete de trabajo de Louis, mientras que la segunda, en el lado opuesto, era la armería, el feudo del exreitre Gaufredi.

El piso superior estaba destinado a la vivienda del señor de la casa. Disponía de cinco habitaciones: dos para Louis y su esposa, una para sus padres o visitantes de paso, una para Margot y Michelle y la última para Gaufredi y Nicolás. La servidumbre se apiñaba bajo el altillo, en un inmenso sotabanco toscamente compartimentado por tabiques de madera.

La vida, qué duda cabe, era dura, pero todo el mundo tenía un techo y comida asegurada tres veces al día en el comedor comunal, donde toda la gente de la casa se reunía en torno a una larga mesa de roble.

La tormenta arreciaba, con la lluvia tamborileando en los cristales. Las carretas estaban casi vacías y algunos hombres ya se habían refugiado en la cocina para engullir una taza de caldo o de vino caliente. Los árboles que rodeaban la propiedad estaban deshojados, y unos gruesos nubarrones negros atravesando el cielo acentuaban la imagen de desolación.

«Sin embargo, al final del verano, la campiña estaba espléndida», pensó Louis con nostalgia. El dinero no faltaba entonces y más de cincuenta menestrales se afanaban en las obras de fábrica. El cercado ruinoso que rodeaba el patio se había desmoronado como un terrón de arena y el antiguo edificio había recibido una hermosa cobertura de brillantes ladrillos en su armazón recién edificada. La construcción de las nuevas alas avanzaba tan deprisa entonces que Michel Hardoin esperaba terminarlas antes del invierno.

Pero la llegada precoz de las lluvias había interrumpido los trabajos.

«Ahora el dinero va a faltar», se repetía Louis con desesperación, sintiendo una dolorosa punzada en el vientre.

Su pensamiento errabundo lo lleva de nuevo a la escena que se había desarrollado menos de dos meses antes en el despacho del cardenal Mazarino, el nuevo primer ministro de Francia, en presencia de Michel Le Tellier, ministro de la Guerra.

—¿Qué os parecería un puesto de pasante en mi casa, caballero? —le había propuesto el cardenal—. Os necesito.

Louis había dudado antes de responder:

—Monseñor, ha sido para mí un placer y un orgullo ayudaros, y un honor servir al

rey. Pero no estoy hecho para esa vida. De momento, no deseo otra cosa que vivir feliz con mi esposa.

La decepción, quizá incluso el enojo, asomó al rostro del cardenal. No obstante, le había concedido una gratificación de treinta mil libras. Y era el dinero de que disponía Louis para resistir hasta la próxima cosecha de trigo, en julio.

«¿Por qué no habría aceptado la propuesta del ministro?», se preguntaba ahora.

Se hallaba así en sus morosas meditaciones, cuando una puerta se abrió a su espalda. Era la que, por una escalera de servicio, comunicaba el salón comedor con la cocina. Quien llegaba era su esposa. Sonriente y alegre, de rostro sonrosado y desprovisto de afeites, el resplandor y la frescura de Julie provocaban siempre en Louis una sensación de embeleso y felicidad. Y es cierto que Julie de Vivonne estaba más bella que nunca, incluso vestida con aquel zagalejo de lana turquesa, del mismo color que sus ojos. Fuese un gesto de elegancia o un detalle de comodidad campesina, había alzado y atado el bajo de su vestido con unas cintas, dejando ver la «pícamela», esa enagua superpuesta a la «secreta», tan ansiada por el amante. Sus cabellos ensortijados en graciosos tirabuzones en las sienes realzaban su garceta, esos deliciosos mechones que a las jóvenes les caen sobre la frente.

Julie notó inmediatamente la preocupación en el semblante de su esposo. Se dio cuenta de que se inquietaba de nuevo por el futuro. ¡Era una cuestión que habían abordado tantas veces!

—Te mortificas en vano —le dijo, acercándose a él y tomándolo de las manos—. No hay motivo para ello. Todavía tenemos dinero, apenas hemos tocado las treinta mil libras de recompensa que te dio Mazarino por haberle salvado la vida.

Louis se esforzó por sonreír, anudando maquinalmente uno de los lacayos negros que ceñían los puños de su camisa. Abandonando una de sus manos en las de Julie, respondió a su esposa:

—Tal vez, pero ¿nos llegará hasta el verano próximo? Debemos apartar diez mil libras para terminar los trabajos más urgentes y pagar los materiales, incluidas esas malditas piedras. Sin contar con que habrá que reparar la vieja granja y los graneros. Las otras diez mil apenas serán suficientes para pasar el invierno hasta la próxima cosecha, pagar a nuestra gente y asegurar las indispensables obras de beneficencia en Mercy. Ten en cuenta que con media libra diaria, y ya es muy poco, nos harán falta al menos tres mil para la veintena de personas a nuestro cargo. Probablemente, cinco mil. A esto, añade la compra de grano para la siembra y los animales. No tenemos ni bueyes ni caballos para la carga y el laboreo pesado. Cada animal costará al menos cien libras, sin contar con los aperos de labranza para trabajar la tierra. Incluso a diez soles por día, como mínimo, será un gasto de cincuenta libras por persona antes de la cosecha.

—¡Aun así! —respondió Julie encogiéndose de hombros y simulando indiferencia—. ¡Todavía nos quedan diez mil libras! En última instancia, podemos acudir a un banquero. Poseemos cien arpendes parisinos de hermosas tierras de pan^[2], y una

veintena de arpendes de pastos comunales. Los bosques ocupan una superficie de ciento cincuenta arpendes abundantes en caza. Cultivando sólo la mitad de las tierras, sabes que nos reportará, limpio de simiente, entre tres y cuatro mil libras. Con algo de ganadería y la puesta en explotación de la madera, de lo cual se ocupará Margot, la finca nos dará el año próximo de siete a nueve mil libras, tal vez más.

—Tienes razón. Sólo que debemos vivir y mantener nuestro rango. En París, una familia puede vivir con dos mil libras tan ricamente, pero aquí no. Tan pronto como sea marqués, cuando el Parlamento haya registrado mis cartas de nobleza, tendremos que volver a la corte. Habrá que amueblar la casa, vestirnos. Necesitas ropa. ¿Y cómo vamos a recibir a nuestro vecino el duque de Enghien si estamos en la miseria?

—Viviremos con sencillez y no iremos ni a París ni a la corte. Coseré nuestra ropa y gastaremos muy poco. Tenemos madera en abundancia. En fin, y luego está mi dote, podemos gastarla. El rey le ha dado diez mil libras a mi madre para mis necesidades.

—Ésa no es la vida que te había prometido, Julie. Ni aquélla a la cual me comprometí con tu tía —replicó Louis sacudiendo negativamente la cabeza.

Julie soltó su mano y retrocedió unos pasos, mirándolo de hito en hito con una sonrisa. ¡Qué guapo era su esposo, pese a los cabellos, demasiado cortos, y el ralo bigote!

—¿Por qué sonríes así? —preguntó Louis con tono enfadado.

—Cuando te conocí, tenías el pelo largo hasta los hombros, y tu bigote era tan espeso que subía por encima de tus mejillas. Ahora tienes un aspecto demasiado serio, con ese viejo traje de terciopelo negro. Casi pareces un notario —respondió su esposa riendo a carcajadas.

Tres meses antes, el padre Niceron lo había afeitado casi por completo cuando se había disfrazado de truhán a fin de entrar en la banda de los granujas del duque de Beaufort.

El exnotario esbozó una sonrisa fatalista.

—¡Mis cabellos volverán a crecer, Julie! Pero nuestras preocupaciones no desaparecerán.

Su esposa se acercó de nuevo a él y, suspirando, le acarició dulcemente el rostro con la mano:

—Te diré algo, Louis. No es por el dinero por lo que me preocupas. No hago más que observarte desde nuestro matrimonio: ¡Lo que a ti te ocurre es que te aburres!

—¿Aburrirme? ¡Con todo lo que hay que hacer aquí! —protestó Louis débilmente.

—¡Sí, Louis, te aburres! En París tenías otra vida, te dedicabas a tus investigaciones, tus interrogatorios... Todo eso mantenía activa tu mente. Aquí, Michel se ocupa de los trabajos, Margot administra la casa y yo me encargo del resto. No tienes nada que hacer y te aburres como una ostra. Tú creías que yo sería desdichada lejos de la ciudad, cuando en realidad me encanta. Eres tú quien echas de

menos París, sus aventuras y sus peligros.

—No es cierto —protesta Louis sin convicción.

—¡Es verdad! —refunfuña su esposa—. ¡Y lo sabes muy bien! A veces me pregunto si no deberías haber aceptado ese cargo de pasante al servicio de Mazarino.

—No, querida, no lo lamento...

Pareció dudar antes de proseguir con media sonrisa:

—Pero tienes razón, a veces los días se me hacen algo largos. Será debido a esta lluvia pertinaz, y a este viento tan lúgubre.

—Tan pronto como mejore el tiempo, volveremos a París —prometió Julie—. Pasaremos allí unas semanas, y quizá Gaston tenga alguna investigación terrible que confiarte.

Con tal promesa, Louis pareció animarse un poco.

—Voy a examinar esas piedras con Michel y preguntarle si bastarán para terminar la fachada del ala derecha. Esta tarde, pese a la tormenta, podríamos ir a ver su proyecto de noria para el acarreo de aguas hasta el castillo.

—También tienes que elegir las maderas del comedor. Se están secando en las dependencias anexas a las caballerizas y ya deben de estar listas. Creo que podrían ir instalándose.

La cena reunió a todos los habitantes de la casa. Se sentaban una docena de personas a la mesa, servidos por dos criados y un joven valet que venían de Mercy.

Durante la cena —una espesa sopa de jamón con pan horneado en la cocina— Margot se decidió a hablar de un asunto que le preocupaba y que su marido no se atrevía a abordar con su amo.

Margot era la gobernanta del castillo. De profesión librera, su camino se había cruzado con el de Louis, que la había tomado a su servicio. La administradora tenía un rostro anguloso e ingrato, acentuado por una expresión perpetuamente severa. Su moño prieto y su vestido de tela oscura, cubierto con un delantal, reforzaban su austero retrato. Las únicas personas capaces de provocar una sonrisa en su cara eran su esposo, Michel, y su amo y señor, Louis Fronsac. Pero, al contrario de su marido, no temía a Louis; simplemente lo idolatraba.

—Caballero, ¿recordáis las diez mil libras que, gracias a vos, me remitió el mariscal de Bassompierre?

—Por supuesto, Margot. Están a buen recaudo en el despacho de mi padre, y tengo entendido que os reportan pingües beneficios.

—En efecto, señor, y os estoy muy agradecida por ello. Veréis por qué os lo digo: el párroco de Royaumont posee algunas tierras al otro lado de Ysieux. Ahora bien, no tiene derecho de paso para acceder a ellas. Cuando vuestro puente no estaba todavía en ruinas, los monjes lo utilizaban, pero desde que se lo llevó la crecida del río, sus tierras están casi abandonadas. He hablado con el párroco. Estaría dispuesto a venderme un hermoso prado por menos de seis mil libras. Michel ha ido a verlo. Según él, está en la mitad de su precio, pues el suelo podría rendir al doce^[3]. Me

gustaría comprarlo.

—¡Pero, Margot, claro que podéis comprarlo! No tenéis que pedirme permiso para eso.

—Prefiero hacerlo, señor. Para pasar el Ysieux, hace falta un puente. Michel quería poner un paso de maderas en las ruinas, así podríamos acceder sin dificultad a nuestros campos. Para ello, necesito vuestro permiso. Además, nosotros no tenemos bueyes ni aperos de labranza. Habíamos pensado proponer a los lugareños de Mercy que tomasen la tierra en aparcería y pediros que nos dejéis utilizar los graneros y el establo de vuestra granja. Por supuesto que os pagaríamos un alquiler por todo y nos encargariamos de construir un puente provisional de madera. Y cuando vos podáis reconstruirlo en piedra, pagaremos nuestra parte.

Había hablado muy rápido, temiendo haber ido demasiado lejos en su petición. Su esposo bajaba los ojos. Debería haber hecho él la petición, pero no se atrevía.

Cuando hubo terminado, Louis permaneció silencioso. Reflexionaba. Al cabo de un rato, se dijo que una vez más Margot había encontrado un medio de ayudarlo. Lanzarse a una nueva empresa distraería su mente.

—Michel, ¿sería posible reparar así el puente?

—Sí, señor. Sería provisional, y algo precario en caso de que las aguas subiesen, pero puedo ponerle el piso en tres o cuatro días, después de hundir las estacas en el río. No resistirá una crecida, pero durará unos cuantos años.

—Entonces, hazlo. Tengo derecho de peaje, pero no lo ejerceré. Cada cual atravesará por su cuenta y riesgo, y los carros pesados estarán prohibidos. Margot, compra tu tierra. Iremos a París a preparar las escrituras en el despacho de mi padre cuando os plazca. En cuanto a los bueyes y el material, los pagaremos a medias.

—Podrías ir a ver lo que propone Michel esta tarde, querido —sugirió Julie.

—Es una buena idea.

—El párroco tiene otros prados en venta, señor —añadió entonces Margot, ahora ya más tranquila—. Hay una hermosa dehesa y varios campos lindantes. Pide cinco mil libras, pero es posible que rebaje el precio. Os reportaría unas doscientas libras al año, por lo menos.

—Desgraciadamente, no puedo permitírmelo, Margot.

—El señor Bailleul había propuesto la construcción de un molino —intervino Michel—. Si pudiésemos transformar el grano en harina, os reportaría algo más, señor. Yo podría construir un molino en la orilla del río.

—Es una buena idea, desde luego, pero quedan tantas cosas por hacer... Y son mucho más urgentes. Esperemos al menos a la primera cosecha.

La puerta de entrada se abrió de repente, y la tormenta, el viento y la borrasca entraron al mismo tiempo que Esprit Ferrant.

Esprit Ferrant era un joven de Mercy que tendría alrededor de dieciocho años, aunque ni él mismo estaba seguro de su edad. Desde hacía un mes se ocupaba de los caballos y los establos del castillo. Durante la cena, era él quien permanecía de

guardia en el patio.

Se acercó sin vacilar a la mesa sosteniendo en la mano un sombrero de fieltro de ala ancha empapado por la lluvia. Él también tenía mucho miedo de su nuevo señor. Sus zuecos embarrados dejaban gruesas huellas en las losas de piedra y Margot frunció el ceño. Se hizo un silencio mientras todos los comensales lo miraban con sorpresa; para que Esprit Ferrant se permitiese entrar sin limpiarse los zuecos debía de pasar algo verdaderamente grave.

Louis Fronsac le hizo señas para que hablase.

—Señor... señor —farfulló el joven como sobrecogido por una emoción que no podía dominar—. Aca... acaba de llegar una ca... una carroza...

Louis se levantó al punto, seguido por Gaufredi, que asió el espadón de hierro, siempre al alcance de su mano. Ambos avanzaron con algo de prudencia hacia la puerta, que permanecía abierta.

Fuera, la lluvia caía a cántaros, pero se veía perfectamente la gran carroza gris cubierta de regueros de tierra en medio del patio embarrado. Era un coche de cuatro ruedas tirado por seis caballos tordos, sin escudos de armas en las portezuelas. Los dos postillones estaban ya en tierra y un criado colocaba una escalera al pie de una de las puertas. Louis pudo observar entonces a los cuatro guardas de corps del rey, de uniforme recubierto por una esclavina, inmóviles en sus caballos y armados hasta los dientes con sables y mosquetes.

¿Quiénes eran aquellos visitantes inesperados? Visitantes de postín, desde luego, para ir así escoltados.

La portezuela de la carroza se abrió y un hombre envuelto en un gran manto oscuro descendió, el rostro disimulado por un sombrero chorreante. Alzando los ojos, vio a Louis y se dirigió a grandes zancadas hacia la monumental escalera cuyos peldaños ascendió rápidamente. Un segundo pasajero lo seguía. Louis avanzó hacia la escalinata mudo de asombro. Había reconocido la perilla recortada y el bigote pasado de moda del primer visitante: ¡era Michel Le Tellier^[4], el ministro de la Guerra y uno de los hombres más poderosos de Francia!

En cuanto a la persona que corría a reunirse con el ministro, Louis no lograba ponerle nombre a aquel rostro empapado, pero sus suntuosos ropajes hablaban por él. Se trataba de un eminente personaje de la corte.

El dueño de la casa se inclinó profundamente y les franqueó el paso.

—Señor Fronsac, hemos tenido algunas dificultades para encontraros —declaró Le Tellier con voz estentórea—. Sed discreto —prosiguió, en un murmullo—. Nadie debe saber quién soy.

Louis intervino:

—Entrad a calentaros, señor. ¿Queréis comer algo? ¡Pero qué estúpido soy al preguntároslo! La cena estará lista en un momento. Daré órdenes de que se ocupen de vuestra gente.

Julie se había acercado. Ella también había reconocido a Michel Le Tellier, a

quien había encontrado más de una vez en casa de su tía, la marquesa de Rambouillet. Lo saludó, mientras el ministro le correspondía con una graciosa reverencia.

Margot comprendió de inmediato que aquellas gentes no eran visitantes ordinarios. Por eso ya había mandado a Marie Gaultier y a su hermano que retirasen los restos de la cena, a los demás, que se fuesen a la cocina, y a Antoinette Hubert, dado que los viajeros traerían numeroso séquito, que preparase comida caliente de inmediato.

La estancia se vació por la escalera de servicio que bajaba a la cocina, situada a la altura del patio: tres salas abovedadas prolongadas por dependencias comunes y las caballerizas.

Sólo Gaufredi se quedó en un rincón, en actitud hosca y vigilante.

Le Tellier y su compañero se acercaron hacia la chimenea más cercana a ellos.

—¡Qué tiempo tan espantoso! ¡Una tarde de perros! —resopló el ministro mientras se quitaba los guantes de piel de lobo y calentaba sus manos al amor de la lumbre.

Se hallaban los cuatro cerca de la chimenea: Louis y su esposa, Le Tellier y su acompañante. Louis pensó que era asombroso que no hubiese allí unos cuantos gentileshombres o secretarios para acompañar a los dos hombres. Eso significaba que los visitantes no deseaban que nadie conociese aquella visita.

—No os he presentado al conde de Brienne —dijo Le Tellier en voz baja.

Louis saludó con igual cautela, observando discretamente al compañero de Le Tellier, quien le devolvió el saludo con una inclinación de cabeza.

Henri-Auguste de Loménie de Brienne era el nuevo ministro de Asuntos Exteriores. Había sustituido al señor de Chavigny, eliminado caballerosamente por Mazarino a la muerte del rey.

Aquellos dos hombres eran fieles del cardenal Julio Mazarino.

De unos cuarenta años, Michel Le Tellier había sido procurador del rey en el Châtelet a las órdenes de Laffemas y luego relator del Consejo de Estado. Lo habían llamado para reprimir la rebelión de los campesinos de Normandía —conocida como la rebelión de *Jean-Va-Nu-Pieds*—, cosa que había hecho con increíble ferocidad y sin vacilar. A raíz de ese éxito, lo habían nombrado intendente militar para el ejército de Italia. En el Piamonte, cuando representaba al rey en los asuntos de policía y de justicia, Le Tellier había sido observado por quien no era todavía más que embajador en la Santa Sede de los príncipes de Saboya, Julio Mazarino. Ése fue el comienzo de la relación de estima y amistad entre los dos hombres.

Una vez presidente del Consejo de Regencia, Mazarino dio pronto a Le Tellier la cartera de Guerra, en sustitución de Sublet des Noyers, demasiado afecto a los *devotos* de la sociedad del Oratorio y a los ultramontanos.

En cuanto a Henri-Auguste de Loménie de Brienne, que frisaba la cincuentena, procedía de una vieja familia de aristócratas acostumbrados a ocupar puestos eminentes en la administración del reino. Su padre había sido ya secretario de la casa

del rey con Enrique IV.

—Comeremos gustosamente cualquier cosa —sugirió Le Tellier con una cálida sonrisa—. Veo que estabais cenando.

Julie dio un vistazo a la mesa, escrupulosamente vacía.

—Daré las órdenes oportunas, monseñor —propuso al ministro—. Instalaos si gustáis, no tardarán mucho.

Ambos visitantes se dirigieron a la mesa, despojándose del manto, que depositaron en un escaño. Le Tellier recorrió la estancia con una mirada. La sala era muy grande, pero también caldeada y agradable. A su derecha, una majestuosa escalera de piedra comunicaba con el piso superior. Observó las dos puertas en el extremo de la pieza, así como el paso hacia la escalera de servicio. El lugar estaba, sin embargo, muy pobremente amueblado. Aparte de la larga mesa, no había allí más que bancos y taburetes. Un ajado tapiz, raído hasta la trama, colgaba de la pared entre las dos chimeneas. Dos panoplias de armas decoraban la pared de enfrente. Un gran sillón tapizado, cojo de un pie, resistía en una esquina. Unos bancos, al pie del tapiz, así como dos cofres y un vasar del siglo anterior, completaban el mobiliario. Frunció bruscamente las cejas al constatar que todavía estaba presente un criado, de pie, medio disimulado en un profundo vano de la ventana. Lo examinó con atención.

El aspecto de aquel criado era inquietante. Sus mostachos con las guías hacia arriba le recordaban a esos capitanes de teatro italiano que el cardenal Mazarino había puesto de moda desde hacía unos meses. Cubierto con un jubón de búfalo remendado, tocado con un sombrero empenachado, envuelto en una capa escarlata, calzado con botas hasta los muslos, con espuelas de cobre, el viejo —era un hombre de rostro cosido a cicatrices y lleno de arrugas— llevaba en el talabarte una larga espada a la española de mango de cobre y una pistola al cinto.

Louis observó la mueca del ministro.

—Gaufredi es mi guardaespaldas, señor —explicó—. Me ha salvado la vida tantas veces que no tengo secretos para él.

Soldado de fortuna de aquella guerra que duraba treinta años, el último alistamiento de Gaufredi antes de entrar al servicio de Louis había sido a las órdenes de Jean de Gassion cuando este último hacía estragos en la Lorena.

Antes, Gaufredi había sido mercenario con los suecos, en la Pomerania, e incluso con los austríacos, nuestros enemigos. Lo sabía todo del arte de la guerra. Cuarenta años de muerte, pillaje y violencia lo habían endurecido hasta un punto que nadie podría imaginar, y no tenía corazón desde hacía mucho tiempo.

Mejor dicho, sí. El viejo veneraba a quien lo había tomado a su servicio y había confiado en él cuando nadie quería hacerlo. Gaufredi se habría hecho matar por Louis y su esposa —¡aunque él preferiría matar por ellos!—. Era un viejo, sin duda, pero ante todo un hombre temible, de un extraño salvajismo.

Le Tellier miró a Brienne, como para pedir su parecer, y este último, con los párpados entrecerrados, asintió con la cabeza.

—Caballero, supongo que estaréis preguntándoos a qué obedece nuestra visita —comenzó entonces el ministro de la Guerra.

—Ciertamente, señor. Pero será mejor que antes recobréis fuerzas. Y después estaré a vuestra disposición. Seré todo oídos.

Hizo una respetuosa pausa, para añadir:

—Mi biblioteca, que es también mi gabinete de trabajo, está ahí —señaló la puerta situada en el extremo izquierdo de la sala—. Allí hablaremos tranquilos...

Julie volvía acompañada de Marie, de su hermano y de Margot. Estos últimos, provistos de varias botellas de vino de Beaune, platos de estaño y dos gruesas hogazas de pan caliente.

—Podemos ofrecer una sopa —explicó Julie—, así como dos pintadas frías.

—¡Eso será perfecto! ¿Os habéis encargado de nuestros hombres?

—Sí, monseñor —respondió Margot—. Están abajo, en la cocina, arrimados a un buen fuego, y la señora Hubert se ocupa de ellos.

—¿Os molestaría que pasásemos aquí la noche, señora? —preguntó Le Tellier a Julie.

—En absoluto, señor. Tenemos sitio suficiente y vuestra gente podrá dormir en las caballerizas o en el granero.

Un criado llevaba las pintadas, otro los cuchillos, los cubiertos italianos y los aguamaniles. Marie había ido a buscar la sopa.

Los invitados se abalanzaron sobre la comida con apetito voraz, mojando el pan en la sopa y las salsas que acompañaban la carne. Loménie de Brienne utilizaba con destreza la cuchara de sus cubiertos italianos, pero Le Tellier comía con los dedos, que enjuagaba regularmente en el aguamanil y secaba luego en los faldones de su jubón.

Louis los observaba discretamente mientras les servía la bebida. El aristócrata De Brienne intentaba no mancharse, mientras que Le Tellier, acostumbrado a la ruda vida de los campamentos militares, no se cuidaba en absoluto ni de su camisa de seda ni de su jubón de terciopelo.

—Hemos salido muy temprano esta mañana de París —dijo entonces Brienne, hablando por primera vez—. Nuestro coche se ha atascado en dos ocasiones —precisó, con una especie de reproche.

—El camino está en muy mal estado —reconoció Louis con una sonrisa desolada.

—¡Vaya, vaya!, conque éste es el famoso señorío que os concedió Luis el Tartamudo —ironizó Le Tellier, sin dejar de examinar su entorno con curiosidad—. Me habían dicho que era una ruina. ¡Habéis trabajado de lo lindo!...

—En efecto, señor. Y, como veis, todavía nos queda mucho por hacer.

—Los trabajos de restauración serán muy caros, ¿verdad? —intervino Brienne, con un tono más amable que el de su anterior comentario.

—¡Carísimos, señor! —se quejó Louis.

—También a mí me da muchas preocupaciones mi castillo de Brienne —explicó

el ministro^[5].

Julie escuchaba la conversación vigilando a Marie, que servía la sopa, y tratando de adivinar lo que querían los dos ministros.

Ambos hombres comieron un rato en silencio, hasta que Le Tellier rebañó su plato con pan, exclamando:

—¡Señora, en mi vida he comido mejor! Estábamos transidos de frío y muertos de hambre, y henos aquí, de nuevo, dispuestos a afrontar la tempestad.

Y, una vez que la criada se hubo ido a la cocina en busca de más nueces confitadas, se dirigió de nuevo a Louis, adoptando una voz dulce y agradable:

—Señor Fronsac, ahora podremos abordar cosas serias.

En ese momento llegaba Margot con una cesta de fruta. Le Tellier eligió una pera y empezó a pelarla.

—Podemos ir a la pieza del fondo —propuso Louis.

De Brienne inclinó la cabeza en señal de aprobación y los dos ministros se levantaron a un tiempo.

—Os llevaré las nueces confitadas allí —propuso Julie.

Le Tellier siguió a Louis pelando su pera y dejando caer las mondas al suelo. Brienne, por su parte, había cogido una manzana.

Pasaron al despacho-biblioteca. La chimenea, que chisporroteaba alegremente, había sido provista de unos buenos troncos, pero la estancia seguía estando fría. Le Tellier observó el lugar. Dos grandes librerías de roble sostenían un batallón de libros. En la tercera pared, un viejo tapiz de Flandes muy apolillado pendía lúgubramente.

El mobiliario se limitaba a dos viejos sillones dispuestos frente a frente, con la tapicería raída hasta la trama. Los brazos del sillón remataban en cabezas de león. En una esquina, cerca de una ventana, una mesa de roble abarrotada de papeles, plumas y tinteros, con su correspondiente taburete.

De forma resolutiva, el ministro de la Guerra se dirigió a un sillón para instalarse delante del fuego, mientras que Brienne daba algunos pasos por la biblioteca para examinar las estanterías y los volúmenes de cuero.

—Tenéis muchos libros, caballero. Probablemente más que yo.

—Es uno de mis defectos, monseñor. Mi esposa, y yo mismo, leemos mucho, y nuestra gobernanta es exlibrera.

El ministro asintió con la cabeza y volvió hacia la chimenea, donde se sentó en el otro sillón. Louis cogió entonces el taburete para colocarse entre ambos.

Permanecieron silenciosos un rato mirando las llamas. Finalmente, Le Tellier tomó la palabra:

—Como sabéis, caballero, el señor de Brienne sustituye al señor de Chavigny en Asuntos Exteriores. Es hora de que os digamos ya lo que nos ha traído a turbar vuestra quietud.

Aguardó un instante, quizá a la espera de una pregunta de su huésped, pero al ver que aquélla no llegaba, continuó:

—Brienne, lo mejor sería que hicieseis una rápida exposición de la situación en Europa al caballero.

—Con mucho gusto —aprobó el conde de Brienne con un tono un tanto pedante uniendo las yemas de los dedos.

Su mirada se dirigió hacia su huésped y prosiguió:

—Pese a sus defectos, señor Fronsac, el cardenal Richelieu ha hecho mucho por la grandeza de Francia. Nuestro país domina el mundo. La casa de Austria está debilitada e Inglaterra, en plena anarquía, apenas cuenta. Con su clarividencia, monseñor Mazarino ha descubierto en el joven duque de Enghien el gran general que nos faltaba. Con él, hemos aplastado a los españoles en Rocroy y por todas partes en el norte, así como en la Lorena. Es cierto que nuestros ejércitos pasan apuros en Alemania, pero Enghien vuelve a París dentro de unos días y recibirá instrucciones para llevar sus tropas al Rin. Francia saldrá finalmente victoriosa y podrá imponer sus condiciones de paz.

»No ignoráis que esta guerra que asola Europa desde hace treinta años es un conflicto atroz y agotador. Ruinas y miserias se acumulan. Alemania está horriblemente destrozada. ¿Sabéis que a lo largo del Rin casi todos los pueblos están destruidos? El hambre y la inopia son tales en el territorio alemán que las operaciones militares no se desarrollan allí por razones estratégicas sino solamente para ocupar ciudades, pueblos y aldeas capaces de asegurar la subsistencia de los ejércitos de ocupación. Semejante matanza no tiene sentido y hay que ponerle fin.

Hizo una pausa, antes de continuar con tono grave:

—Conviene, sin embargo, que nuestro país no pierda en la mesa de negociaciones lo que ha ganado a costa de su sangre. Desde 1636, Urbano VIII se postuló como mediador, pero los príncipes protestantes habían declinado su ofrecimiento. Las negociaciones se han reanudado en nuestros días y el comienzo de una conferencia de paz es aceptado por todas las partes. En realidad, habrá dos conferencias simultáneamente. Una en Münster, entre Francia y el Imperio, y la otra en Osnabrück entre los suecos y el Imperio. Los católicos se encontrarán en Münster y los protestantes en Osnabrück. Ambas conferencias reunirán a los plenipotenciarios de Francia y Suecia, de los principados germánicos, de las Provincias Unidas, de España, de Portugal y de la Santa Sede. El objetivo es una partición de Europa que sea aceptable para todos. ¿Sabéis cómo funcionan esas conferencias, señor?

Sin esperar respuesta, Brienne continuó:

—Cada país envía varios embajadores con sus consejeros y secretarios. Nuestros negociadores rinden cuentas de las propuestas que les son hechas, a veces a título privado, a veces públicamente, por los otros negociadores. Envían entonces correos a mi ministerio y yo informo de ello a monseñor Mazarino. A continuación elaboramos una respuesta, a veces contraproposiciones, que son llevadas por estafetas a los negociadores. El proceso es demasiado largo y relativamente arriesgado. Por supuesto, hay que evitar que los postillones caigan en manos de nuestros enemigos o

les roben los despachos. Naturalmente, toda nuestra correspondencia está cifrada. Nuestros adversarios se comunican asimismo con correos cifrados. No se os oculta, pues, la importancia del Servicio de Cifrado, el encargado de la correspondencia en clave, que es crucial en la actividad diplomática.

En el colegio de Clermont, el famoso establecimiento de los jesuitas donde había hecho sus estudios, Louis se había aplicado al estudio del derecho, no en vano iba a ser notario, pero su natural inclinación era hacia las matemáticas. Su maestro, un admirador de Copérnico y de Galileo, lo había formado en la lógica, y aun conociendo poco la ciencia de los números, tenía una cierta idea de los métodos de cifrado y codificación.

—¿Conocéis a Antoine Rossignol^[6], caballero? —prosiguió Brienne, a quien, decididamente, le encantaba hacer preguntas a las que sólo él pudiese responder.

Louis negó con la cabeza.

—En 1626, el príncipe de Condé sitiaba Réalmont, en el Languedoc, un pueblo rebelde defendido por los hugonotes que parecía impenetrable. Condé se planteaba ya levantar el sitio cuando sus gentes capturaron a un hombre que llevaba una carta de los sitiados. Era un detestable e incomprensible poema. El estado mayor del príncipe supuso que se trataba de un mensaje secreto pero se confesaron incapaces de comprenderlo. Un oficial pensó entonces en un gentilhomme de la región llamado Rossignol, apasionado por las matemáticas y la criptografía. Y lo llamaron.

»Antoine Rossignol nació con el siglo, y ya muy joven había demostrado hasta qué punto era un genio de los números. Tradujo el poema en un día. Era un despacho en el que se solicitaba pólvora y municiones, de los que carecían los asediados. El príncipe devolvió a Réalmont la misiva descifrada, y los hugonotes, comprendiendo que sus adversarios lo sabían todo, se rindieron.

«Habiendo llegado a oídos de Richelieu tan inusual proeza, reclutó a Rossignol y lo nombró responsable del Servicio de Cifrado, el servicio encargado de preparar la correspondencia secreta. Durante el sitio de La Rochelle descifró sin dificultad los mensajes protestantes. Su asombrosa capacidad para romper los códigos enemigos y cifrar nuestros propios despachos de forma impenetrable le valió el éxito. Tenía todos los favores de Su Majestad.

»Os explico todo ello para que comprendáis que Rossignol conoce todos los secretos de Estado y que, por lo tanto, está por encima de toda sospecha.

Meditó un rato, antes de añadir:

—Sin embargo, sabemos de fuente fidedigna que, desde hace unos meses, España, y tal vez las Provincias Unidas, conocen el contenido de nuestros despachos diplomáticos más confidenciales.

—¿Estáis seguro de ello? —preguntó Louis con inquietud.

—¡Por supuesto! —intervino Le Tellier—. Nosotros también tenemos nuestros espías.

Miró a Brienne, animándolo a continuar.

—Como comprenderéis, caballero, no podemos participar en la conferencia de Münster si nuestros adversarios leen nuestra correspondencia. Hay que acabar con eso.

—Hay varios medios de conocer el contenido de un despacho cifrado —observó Louis—. Se puede coger el despacho y, conociendo el código, traducirlo, pero también se puede obtener el despacho antes de que haya sido cifrado.

—Exactamente. Hemos examinado todas las posibilidades. Nuestros enemigos pueden conocer nuestro código de dos formas: o porque alguien se lo ha dado —o vendido—, es decir, por un traidor, o porque disponen de un hombre más talentoso que Rossignol, que ha logrado descifrarlo.

—¿Es eso posible? —se asombró Louis.

—Sería muy difícil, pero no imposible. El propio Rossignol nos lo ha sugerido. Acordaos de lo ocurrido en Réalmont.

—Mas para eso nuestros adversarios habrían tenido que interceptar nuestros despachos —observó Louis.

—Estáis en lo cierto, señor Fronsac. En general, suelen transportarlos tres correos diferentes. No se puede, pues, excluir que un correo haya sido comprado por nuestros enemigos. Teniendo eso en cuenta, para la conferencia de Münster pensamos poner en funcionamiento un escuadrón de estafetas incorruptibles al mando de Maurice de Coligny, si el duque de Enghien lo aprueba, puesto que el señor de Coligny se halla actualmente en su ejército.

—Conozco a Coligny —observó Fronsac—, estuve con él en Rocroy. Es un hombre de talento y de valor; habéis hecho una buena elección.

—¡Ah! Es verdad, olvidaba que estuvisteis en Rocroy —dijo Brienne con resquemor—. Pero, volviendo a lo nuestro, no creemos que los despachos hayan sido interceptados y luego descifrados. Nos inclinamos, más bien, por una traición en el seno del propio Servicio de Cifrado del señor Rossignol.

En ese momento, Louis prestó más atención si cabe. Brienne prosiguió con su relato:

—El señor Rossignol utiliza los llamados repertorios para la codificación de los despachos. Ha hecho una modificación en ellos y hemos sabido que España tuvo conocimiento de un despacho codificado en el cual aparecían sus modificaciones.

—Lo que significa que hay un espía en vuestros servicios.

—En efecto, en el seno mismo del Servicio de Cifrado bajo la responsabilidad de Antoine Rossignol.

—¿De cuántas personas estamos hablando?

—Rossignol tiene a sus órdenes cuatro polígrafos, tres de ellos elegidos no sólo por su competencia en el dominio de los números, sino también por su integridad y fidelidad al reino. Ahora bien, uno de ellos es forzosamente un espía. Y hay algo más grave: también tememos que la caja fuerte donde se guardan los repertorios utilizados para la codificación haya sido abierta por personas distintas de las autorizadas.

—¿Y en ese caso no se podría cambiar la clave?

—Es mucho más grave —respondió el conde de Brienne con una especie de lasitud, como si estuviese harto de tener que explicarlo todo—. Como os he dicho, la codificación de una carta se hace a partir de un repertorio de palabras. Es un libro muy grueso, pues es imposible que los polígrafos memoricen la totalidad del código. En realidad, hay dos, uno para cifrar y otro para descifrar. Y esos registros están guardados en la caja fuerte. Pueden haber abierto la caja fuerte para hacer una copia de los códigos pero también para hurtar los despachos que se custodian antes de que hayan sido codificados.

—¡Diablos! En otras palabras, que nuestros enemigos podrían disponer a la vez de los códigos y de los despachos. ¿Habéis intentado seguir a todos los que han tenido acceso a ellos?

—Lo hemos pensado. Pero, antes de tomar una decisión como ésa, consultamos con monseñor Mazarino y nos disuadió de ello.

—¿Por qué? —preguntó Louis tras una breve vacilación, pues adivinaba ya la respuesta.

Fue Tellier el encargado de dársela en tono grave:

—Tendríamos que acudir a agentes libres de servicio, a investigadores o comisarios, lo cual entrañaría mayores dificultades si cabe. Nos veríamos obligados a decirles la verdad, o al menos una parte de ella, cuando estamos sólo a un paso de conocerla. Casi estamos seguros de que el traidor no sabe lo que nosotros sabemos, y es importante que siga sin saberlo. Ahora bien, los encargados de su vigilancia podrían ser descubiertos y nosotros perderíamos entonces toda esperanza de identificar a nuestro espía. E incluso podrían dejarse sobornar, y entonces sería peor el remedio que la enfermedad.

»Y, sobre todo —prosiguió—, no se os oculta que nosotros, como es lógico, deseamos identificar a todos los miembros de la red, y en particular al o a los cabecillas. Tal vez sean agentes extranjeros, pero podrían ser igualmente franceses, grandes del reino, ¿por qué no? No podemos descartar la existencia de un nuevo complot. Tampoco podemos confiar esa tarea a cualquiera.

»Ahora ya sabéis por qué el cardenal nos ha enviado a veros.

—Necesitamos a alguien que pueda analizar todos los hechos —completó Brienne—, encontrar al o a los culpables y proponer soluciones para devolver la seguridad a nuestro Servicio de Cifrado. Alguien en quien se pueda tener una confianza absoluta, pues en ese terreno cualquiera puede ser sospechoso. Su Eminencia cree que sois el único que puede ayudarnos.

Sobrevino un silencio absoluto.

Louis estaba consternado. Había entendido perfectamente el sentido de la visita. La última vez que había ayudado a Mazarino había sido golpeado, se había encontrado en medio de una batalla, había sido perseguido por una banda de asesinos y, en fin, había tenido que vivir durante varios días como un truhán en medio de un

grupo de canallas. No tenía ninguna gana de verse de nuevo mezclado en una aventura semejante.

—No será peligroso —sonrió Le Tellier como para tranquilizarlo—. Vos sois el único que podéis desenredar este embrollo, y, con vuestro talento, lograréis hacerlo en muy poco tiempo.

Louis enarcó una ceja sorprendido. Le Tellier y Mazarino debían de tomarlo por un hechicero, un mago, un ser fuera de lo común capaz de hallar la solución de un problema únicamente haciendo funcionar su mente. Parecían ignorar las dificultades materiales y los peligros a los que podría enfrentarse. No conocía el mundo del espionaje pero sabía que era un mundo de asesinos. Ahora que estaba felizmente casado, no tenía ninguna gana de arriesgar de nuevo su vida.

—Monseñor Mazarino ha adivinado vuestras reticencias —prosiguió el ministro de la Guerra con aire bonachón—. Pero también conoce vuestras necesidades. Tengo aquí diez mil libras, en mi carroza, que debo entregaros en caso de que aceptéis. Triunféis o no, serán vuestras. Y si resolvéis este asunto, recibiréis otras diez mil libras más.

—Es una suma considerable, señor, y es cierto que me vendría muy bien —sonrió Louis a su vez—. Debo reflexionar sobre vuestra propuesta y hablar de ello con mi esposa. Puesto que os quedáis aquí esta noche, os daré mi respuesta durante la velada. Mas para disponer de toda la información, ¿podrías hablarme más detalladamente de los polígrafos del señor Rossignol, puesto que parecen ser los principales sospechosos?

—Son cuatro —explicó el conde de Brienne—. Como hemos dicho, todos cuidadosamente elegidos. Cada uno de ellos venía recomendado por uno de los hombres más íntegros del reino. A priori, deberían estar libres de sospecha. Su trabajo consiste en cifrar los despachos que salen y descifrar los que llegan, utilizando para ello los repertorios codificados. Es una tarea enojosa, para la que es tan importante tener memoria como talento en la ciencia de los números.

»En primer lugar, tenemos a Charles Manessier, un sobrino lejano del señor Rossignol o de su hermanastra, no estoy seguro. Luego, Guillaume Chantelou, un joven extraordinariamente piadoso e íntegro, perteneciente a la familia del señor Sublet des Noyers. Fue este último quien lo hizo entrar en el servicio cuando era superintendente de obras públicas. A continuación, está Simon Garnier, un hugonote procedente de una familia de pintores, alguno de ellos con mucho talento en el arte de descifrar. Fue propuesto por el señor Servien. Y, por último, Claude Habert, un sobrino de la cuñada del señor Le Bouthillier de Chavigny, a quien yo he sucedido. Como veis, todas gentes de calidad, de talento y familias de rancio abolengo.

—En efecto —suspiró Louis—, me parece difícil dudar de esos hombres. ¿Y no queda nadie más?

—¡Nadie! Únicamente esos cuatro y el señor Rossignol manipulan los despachos. Salvando a los ministros y a monseñor Mazarino, por supuesto.

Julie llegó con las nueces confitadas. Los tres hombres se sirvieron unas pocas, que mordisquearon en silencio. Finalmente, Le Tellier tomó la palabra de nuevo:

—Señora de Vivonne, hemos venido a proponer una misión a su esposo. Parece reticente a aceptar. Monseñor Mazarino estaría muy decepcionado si rehusase.

Julie observó a Louis frunciendo el ceño. El tono de Le Tellier le había desagradado e inquietado, y creyó distinguir en él una pizca de despecho, cuando no de amenaza.

El ministro de la Guerra se levantó para dirigirse hacia la ventana:

—Ha escampado. Vamos a ver cómo está nuestra gente, Brienne. Luego podremos instalarnos.

—Os mostraré vuestros aposentos, señores —propuso Julie.

—No os molestéis, señora. Nos arreglaremos solos —aseguró Le Tellier alzando una mano—. Quedaos con vuestro esposo. Nosotros volvemos al comedor.

Hizo una pausa antes de añadir, mirando de hito en hito a Louis:

—Sea como fuere, partimos mañana al amanecer. Desearíamos vivamente que nos acompañase, caballero.

Brienne se levantó a su vez. Parecía particularmente contrariado. Sin duda había venido con la secreta esperanza de que Louis Fronsac le daría el nombre de su espía y descubriría que no sólo era incapaz de ello sino que parecía negarse a ayudarlos.

Ambos hombres salieron de la estancia.

—¿De qué se trata, Louis?

Fronsac permanecía sentado, con expresión impenetrable.

—Quieren que desenmascare a un espía en el Ministerio de Asuntos Exteriores —replicó de mala gana.

—¿Y has rehusado?

Alzó los ojos hacia ella exhalando un profundo suspiro:

—Sabes de sobra que no puedo negarme, Julie. Le debo todo a Mazarino, y le soy leal. Si me pide ayuda, se la prestaré. De modo que tendré que partir mañana.

—Sin embargo, Le Tellier parecía contrariado.

—No quería ceder tan pronto y deseaba hablarte antes de ello. No me apetece ocuparme de nuevo de asuntos políticos, Julie, pero no tengo elección. Además, me ofrecen veinte mil libras. Ese dinero sería una bendición para terminar nuestros trabajos y poner todas nuestras tierras a producir. Y también podríamos ayudar un poco a nuestros campesinos de Mercy.

—Cuéntame de qué se trata.

Louis no tenía secretos para su esposa y le explicó todo, no sólo el conocimiento del código por parte de España, sino también sus temores de enfrentarse a temibles adversarios.

—¡Acepta, Louis! —le aconsejó tras un momento de reflexión—. Primero, acabas de decirlo, no tienes elección, pero, sobre todo, será el mejor remedio para tu melancolía. Además, estoy segura de que te mueres de ganas por resolver el enigma

que te han planteado. Creo, incluso, que habrías aceptado trabajar para ellos graciosamente.

Louis la miró sonriendo. Sabía que ella tenía razón. ¿Cómo podía adivinar así lo que pensaba? Si él poseía el don de la deducción, ella tenía una intuición fuera de lo común, que lo superaba con creces. Trató de justificarse:

—Si Dios me ha dado el talento de resolver enigmas, ¿no es normal que le rinda homenaje utilizándolo? —preguntó, encogiéndose de hombros—. Y luego está el hecho de que así podríamos pasar unas semanas en París, ir al teatro y a casa de tu tía, la marquesa de Rambouillet.

—¿Entonces, yo te acompañaría? —preguntó ella con la ilusión brillando en sus ojos.

—Sabes muy bien que no puedo hacer nada sin ti. Si me voy mañana, tú te reunirás conmigo dentro de unos días.

Julie se echó a reír, luego se calmó un instante, pensativa.

—¿Y si fracasas? ¿Qué ocurrirá si no descubres al espía?

Su rostro se ensombreció. Habían bromeado un momento pero la reflexión de Julie lo traía de nuevo a la realidad: iba a arriesgar su vida.

Sintió un escalofrío.

—Reunámonos con ellos —propuso, sin responderle.

En la gran sala principal, Le Tellier y Brienne se hallaban conversando con dos de sus lacayos. Cerca de la chimenea, Gaufredi los observaba atusando las guías de su bigote con expresión hosca.

Le Tellier se volvió hacia Louis al oírlo salir de la biblioteca:

—Ya no llueve, caballero, ¿podríamos visitar vuestras tierras? Mi gente ha dispuesto los caballos.

—Iba a proponérselo, señor. Michel Hardoin, el esposo de mi administradora, es maestro de obras. Es él quien ha dirigido los trabajos. Desea reparar provisionalmente un puente en ruinas sobre el Ysieux y construir una noria para traer el agua hasta aquí. Si queréis, podemos llevarlo con nosotros para que nos explique su proyecto.

—Y tanto que sí. Me interesa muchísimo —declaró Brienne—. Me gustaría saber cómo va a arreglárselas vuestro maestro de obras. Yo tengo el mismo problema en mi castillo.

—Estábamos hablándolo con nuestros lacayos. ¿Debemos llevar armas de caza?

—Sería lo más recomendable. Hay muchos lobos en el bosque y podríamos cruzarnos con alguna manada. Gaufredi, ¿queréis acompañarnos? —preguntó Louis a su guardaespaldas.

—No os dejaría por nada del mundo, caballero. Dispondré los caballos ahora mismo.

Dio algunos pasos hacia Le Tellier y declaró con un tono desabrido:

—Señor, la armería está por aquí. Elegid lo que necesitéis.

Se encontraron todos a caballo en el patio, bien pertrechados con jubones de

búfalo y tocados con sombreros de fieltro de ala ancha. Le Tellier y Brienne montaban las yeguas grises de su tiro. Los dos lacayos los acompañaban en las otras dos monturas. Todos llevaban espadas, pistola de arzón o arcabuz.

Descendieron hacia el río por un camino quebrado y lodoso. Abajo, Hardoin explicó sus proyectos; cómo plantaría las estacas de roble en medio del curso del río para sostener un tablero provisional y cómo éste se apoyaría en los pilotes arruinados. Brienne y Louis hicieron algunas preguntas. A cada una de ellas, Hardoin respondía con justeza y precisión. Le Tellier, que se las había visto con muchos maestros de obras por mor de los trabajos de fortificación, no decía una palabra, mas de su atenta expresión no se podía sino deducir que apreciaba la competencia del maestro de obras.

Tomaron enseguida un sendero que costea el río. El paseo prosiguió durante una media milla para finalmente desembocar en un ribazo rocoso que constituía una suerte de estanque natural.

—Aquí construiré la aceña, monseñor. A la entrada del estanque hay suficiente corriente durante todo el año para producir el movimiento, y bastante espacio para que la máquina pueda empujar el agua.

—¿Cómo funcionará? —preguntó Loménie.

—Será una gran rueda de cangilones como la del Sena, señor. El agua llenará los cangilones de madera y éstos se elevarán con la fuerza de la corriente. En el punto más alto, se vaciarán en un canalón de madera que descenderá hacia el valle. Los conductos serán sostenidos a lo largo por una red de andamiajes de madera, árboles, acueductos mamposteados e incluso por las irregularidades del terreno.

—La distancia hasta el castillo es mucha —observó Le Tellier.

—En efecto, señor. Una media legua. Habrá que empedrar un camino a lo largo del conducto de plomo.

—¿Y cuánto tiempo le llevará hacer todo esto? —quiso saber Brienne.

—Construir la rueda y ponerla en su lugar, varios meses. Por otra parte, habrá mucho trabajo de albañilería para colocar los conductos, hacer algunos acueductos de piedra y afirmar el terreno. Si empezamos en primavera, podremos tener agua en el castillo un año más tarde.

—¿Adónde llegaría el agua?

—He hecho cálculos. Contando con las pendientes, pienso conducirla al nivel del primer piso. Iría a salir entonces a la cocina, pero podríais tener una fuente en el comedor comunal, y con un pilón y bombas de mano, el agua podría llegar al segundo piso.

—Y así, tendríamos el agua en nuestras dependencias.

—Sí, señor, y también en el primer piso en las dos alas. Todo ello sin bomba de agua. Sería una comodidad inaudita.

—¡Inaudita! —repitió Brienne—. Tener agua corriente para poder asearse... ¡y para todo lo demás! —se echó a reír, seguido por Le Tellier.

—¿Y cuánto costará todo eso? —preguntó inquieto Louis.

—Serán necesarios muchos obreros y peones, señor. Para empedrar el camino y para la albañilería, además de maestros de obras y carpinteros. Sin contar con los conductos de plomo. Creo que habrá que contar al menos con unas diez mil libras. Quizá el doble.

—¡Es una gran suma! —exclamó Le Tellier mirando irónicamente a Louis, que asintió en silencio. Durante un rato, se quedó mirando el estanque natural. Y por fin, se volvió hacia los dos ministros.

—Acepto vuestra proposición, señores. Partiré hacia París mañana, con vos, si podéis llevarme. Pero tengo una última condición que poner...

—¿Cuál? —preguntó Le Tellier frunciendo el ceño.

—Tendré libertad para llevar la investigación a mi manera.

El ministro aprobó con un discreto ademán.

Miércoles 4 y jueves 5 de noviembre de 1643

La carroza de los ministros se puso en marcha hacia las cinco de la mañana, mucho antes del amanecer. Dos guardias de corps, portando antorchas de resina, la precedían, y los fanales del vehículo habían sido encendidos. El coche avanzaba al paso, pues el cochero y los caballos apenas veían. Con tiempo seco, había alrededor de seis horas de viaje para volver a la capital. Con los caminos anegados por las lluvias, serían necesarias ocho o nueve horas y llegarían a París, en el mejor de los casos, hacia las dos de la tarde.

Louis iba sentado al lado del conde de Brienne, con Le Tellier instalado frente a ellos. Gaufredi seguía el vehículo, armado como lo estaba el día del saco a la ciudad de Charmes, cuando luchaba a las órdenes de Jean de Gassion.

Charmes, no lejos de Nancy, había sido ocupada por su regimiento. Todas las mujeres y monjas de la ciudad habían sido violadas, y los niños asesinados. Ahora, pensaba Gaufredi recordando con una mezcla de vergüenza y de nostalgia la toma de la ciudad, Gassion era mariscal de Francia^[7] y él estaba al servicio de un buen amo.

El viejo reitre rumiaba sus pensamientos sobre la enojosa discusión que había tenido la víspera con su amo, a la vuelta del paseo por el río, durante la cual Le Tellier y Brienne se cambiaban en su habitación.

Louis se había reunido con él en la armería cuando estaba limpiando y ordenando cuidadosamente sus armas. Su amo le había anunciado su partida para el día siguiente, tras lo cual se había sentado en un escabel y le había explicado la misión que tendría que llevar a cabo en París.

Siendo como era esa clase de investigación que no gustaba nada al viejo soldado, lo había puesto en guardia con rudeza:

—Señor, cuando estaba en el ejército de Weimar, organizamos muchas emboscadas para los correos que transportaban mensajes. Cuando capturábamos alguno, se lo llevábamos al señor de Gassion. Lo que él les hacía para obligarlos a hablar es mejor no contarlo. La información es el nervio de la guerra. Si atacáis una red de espías, vuestra vida no valdrá gran cosa cuando caigáis en sus manos.

—No lo dudo, amigo mío. Por eso necesito de tus servicios.

Gaufredi sacudió la cabeza con una mueca.

—No me habéis entendido, señor, o no queréis entenderme. Me he batido toda mi vida, he matado muchas veces. Demasiadas, sin duda, pero siempre cara a cara. Veo a mis adversarios, leo sus intenciones en los ojos. En cambio, ése es un mundo oscuro en el que avanzaréis a tientas, sin conocer a vuestros enemigos ni saber por dónde os atacarán. Vuestros amigos serán sin duda vuestros enemigos y lo contrario será también verdad. Mientras os ocupéis de este asunto, no os dejaré solo jamás; si no, os perderé —concluyó.

Había visto estremecerse a su amo, pero no había podido hacerle cambiar de parecer.

—Pasado mañana me llevarás al Palacio Real. El señor de Brienne me presentará al señor Rossignol, el jefe del Servicio de Cifrado, y allí me encontraré yo solo con los cuatro sospechosos. Ya sabes que tengo un aspecto bastante corriente e, incluso después de haberme visto una vez, es poco probable que esos hombres se acuerden de mí, sobre todo si me caracterizo un poco. ¡Pero tú! Nadie puede olvidarte después de haberte visto. Te quedarás a esperarme en el primer patio del Palacio. No quiero que te vean, pues tendremos que seguir a los sospechosos. Es el único medio de descubrir al traidor. Y como no puedo poner a nadie en antecedentes, exceptuando a mi amigo Gaston, tendrás que seguir tú a uno, mientras Gaston y yo seguimos a otros dos. En cuanto al cuarto hombre, supongo que hallaremos algún corchete de fiar que nos eche una mano.

Gaufredi había sacudido negativamente la cabeza:

—¡Eso no me gusta nada de nada, señor! Admito que no arriesgáis nada en el Palacio Real, pero si el hombre que seguís os descubre y os tiende una trampa, vos solo no podréis hacer nada frente a él.

—Me he visto en ocasiones similares; seré prudente —había respondido su amo con un aplomo del que evidentemente carecía—. Y, además, no tengo elección.

En el coche, la conversación fluía animadamente. Louis se interesaba por los acontecimientos que se habían desarrollado en la corte y en la ciudad desde que había dejado París.

Le Tellier le confió todo lo que sabía sobre la suerte de los conspiradores a los que la señora Cornuel, una amiga de la marquesa de Rambouillet, había apodado los «Importantes» y a los cuales se había enfrentado Louis^[8].

De acuerdo, no serían más que «cabezas de chorlito», como los había calificado con sorna su amigo el coadjutor Paul de Gondi; sin embargo, aquella pandilla de facciosos que mariposeaban en torno a la duquesa de Chevreuse, aquellos petimetres que repetían a porfía en tono misterioso: «¡Tengo un asunto de importancia!» habían estado a punto de matar a Mazarino.

Henri de Campion, el oficial de guardia, brazo derecho del duque de Beaufort, que había preparado el atentado contra el ministro, había huido a Holanda. Beaupuis, su amigo y otro oficial del mismo regimiento, se había refugiado en Roma.

Marie de Rohan, la duquesa de Chevreuse, estaba exiliada en sus tierras de Couzières y nadie tenía autorización para verla o escribirle. Sin embargo, Le Tellier se había enterado de que Claude de Bourdeille, un viejo cómplice de anteriores complots, había logrado burlar la vigilancia de los corchetes apostados en sus tierras. Había quien contaba, sin embargo, que se disponía a dejar Francia, temeroso, con razón, de un arresto inminente.

La duquesa de Montbazon, que había perdido a su amante, el duque de Beaufort, puesto que el popular «Rey des Halles» estaba encerrado en Vincennes, se había

vendido al duque de Guisa, vuelto a París unos meses antes para intentar —sería su tercer matrimonio— desposar a una joven de la corte de honor de la regente.

Por último, la gorda Montbazon, esposa del gobernador de París, la que tenía *cuarto y mitad más de tetas de las precisas*, como decía burlón Tallemant, la que tenía tanta necesidad de dinero que se la podía alquilar por una noche, la que abortaba cuando estaba encinta a base de galopar durante horas, más conocida por la «Ogresa», ¿se había convertido en la amante del chalado de Guisa!

«Eso era todo lo que quedaba de aquella facción de los “Importantes” que había hecho tambalear el trono de Francia», pensaba Louis con sarcasmo.

—En cuanto al marqués de Fontrailles, que había preparado el atentado contra Su Eminencia —seguía Le Tellier—, no se le persiguió porque no se pudo probar nada contra él. Sin embargo, se le ha vuelto a ver el mes pasado en casa del señor de La Rochefoucauld, en la calle del Sena, en compañía de Claude de Bourdeille, el conde de Montrésor, que mis corchetes creen también haber reconocido en casa de la duquesa de Chevreuse. Sin duda alguna, sigue habiendo una estrecha afinidad, amistosa o interesada, entre Fontrailles y la Chevreuse.

—¿Todavía está en París? —se inquietó Louis.

—Lo ignoro, pero no lo creo. Se espera la llegada del duque de Enghien de un día a otro, con sus amigos y sus oficiales. Los últimos Importantes no intentarán desafiarlo, ahora que es general en jefe de los ejércitos y llega aureolado por sus magníficas victorias. Y luego, monseñor Mazarino lleva enérgicamente las riendas del poder. La situación ha cambiado por completo desde hace unas semanas.

Si Louis se informaba de todo ello era porque también se preguntaba si el marqués de Fontrailles no estaría detrás del asunto del robo del código de las cartas cifradas. Aquel demonio era muy capaz de hacerlo, y no había que olvidar que seguía manteniendo estrechas relaciones con España.

Vástago de una de las más viejas familias de la Gascuña, Louis de Astarac, marqués de Fontrailles, había nacido en 1605, de un padre senescal de Armañac y de Marguerite de Montesquieu. De una inteligencia prodigiosa, habría podido aspirar a las más altas funciones militares si no hubiese nacido jorobado y deforme.

A pesar de su tara y de su fealdad, habría podido ocupar un cargo eminente en el seno del Estado si Richelieu no lo hubiese apartado drásticamente de todo papel diplomático o político.

El motivo eran las arriesgadas ideas que profesaba Fontrailles para el gusto del ministro. Admirador de las antiguas virtudes romanas y fino observador de las miserias del pueblo, Fontrailles se decía republicano y soñaba para Francia con un gobierno como el de la Roma antigua... del cual habría sido su primer cónsul, por supuesto.

Los dos hombres se despreciaban, y el resentimiento del marqués de Fontrailles hacia el cardenal se había transformado en odio el día en que Richelieu lo tildó de monstruo.

Luego, Fontrailles había intentado varias veces eliminar al «Gran Sátrapa». Y lo habría logrado de no ser por el carácter pusilánime del rey. Así, un día, Luis XIII había comentado entre bromas y veras:

—¡Ah, qué felices seríamos si muriese el cardenal!

Fontrailles le había respondido con vivacidad:

—Vuestra Alteza no tiene más que darme su consentimiento y habrá gente que se deshará de él en vuestra presencia.

El rey, aunque vacilase, no había osado ir más lejos.

Dándose cuenta de que el rey jamás actuaría contra su ministro, Fontrailles se había reunido con Cinq-Mars, el favorito oficial, y con Gaston de Orleans, hermano de Luis XIII. Amigo de ambos, les había propuesto un pacto con España. A cambio de una determinada cantidad de doblones contantes y sonantes, los conjurados se desembarazarían de Richelieu, luego del rey, para dejar el trono a Gaston de Orleans, que a partir de ese momento desplegaría una política amistosa con El Escorial.

Los conjurados habían estado a punto de abatir a Luis el Tartamudo, y, de no ser por la astucia de Julio Mazarino, y la inestimable ayuda de Louis Fronsac, Fontrailles habría triunfado con toda seguridad^[9].

Tras el fracaso de aquella conspiración, se había refugiado en Inglaterra y no había vuelto a Francia hasta la muerte de Richelieu.

Entonces había preparado el asesinato de Luis XIII; luego, convertido en el cerebro gris de los Importantes, había intentado eliminar a Mazarino, a fin de provocar el caos en el país. Aprovechando las revueltas, estaba seguro de hacerse con el poder e instaurar por fin la ansiada república, al estilo de la revolución parlamentaria que se propagaba por Inglaterra.

Pero, una vez más, Louis Fronsac había hecho fracasar el complot.

Le Tellier no parecía en absoluto preocupado por los últimos Importantes que seguían en libertad. El único que se pavoneaba por París era Enrique de Guisa, pero sus tejemanejes causaban hilaridad en toda la corte.

En efecto, Enrique de Lorena, duque de Guisa y nieto de «Caracortada», que había hecho tambalear el trono de Enrique III, no pensaba en otra cosa que en el sexo opuesto.

Arzobispo de Reims a los veintiún años, había seducido a las dos hijas del duque de Nevers, una de las cuales era abadesa. Incluso se había desposado en secreto con la segunda, antes de implicarse en el complot de Luis de Borbón, conde de Soissons. Una conspiración preparada precisamente por el marqués de Fontrailles.

Borbón por su nacimiento y príncipe de sangre, el conde de Soissons no había logrado convertirse en regente del reino. El año anterior, a la cabeza de un ejército español, había aplastado a la armada real en La Marfée, al sur de Sedán. Ganada la batalla, cuando se disponía a marchar a París, quiso rascarse la mejilla empapada en sudor debido al calor reinante y había utilizado su pistola como rascador.

La pistola se disparó accidentalmente y la bala le atravesó el cerebro^[10].

Perdida la partida, el duque de Guisa se había refugiado en Bruselas, abandonando a su esposa y su arzobispado. Y aprovechando para casarse con una hermosa condesa.

Sin embargo, el arzobispo bígamo había vuelto a Francia a comienzos de año solicitando el perdón. A cambio de esa gracia, había renunciado a sus beneficios eclesiásticos y devuelto la mitra arzobispal. Buscaba, además, el perfecto amor con una dama de honor de la reina a la que había prometido matrimonio. Pero, antes de contraer nupcias, debía obtener la anulación de sus uniones anteriores.

Visitaba con frecuencia a su hermana, Françoise de Lorena, abadesa de San Pedro en Reims, que un día lo sorprendió tratando de abusar de una novicia.

—¡Hermano! ¿Ni siquiera respetáis a las esposas de Cristo?

La monja violentada juraba, hecha un mar de lágrimas, que denunciaría a aquel loco furioso.

Ante el riesgo de un terrible escándalo, la abadesa había ordenado a su hermano, señalando a otra religiosa muy fea que había asistido a la escena:

—Hermano, hacedle lo mismo a aquélla, que no es tan bonita. Así nuestra hermana no será la única que habrá sufrido vuestros ultrajes.

Avergonzado, el duque de Guisa había respondido:

—Hermana, ¡pero si es feísima! Aunque si vos lo queréis...

Al no ser la única deshonrada, la novicia había aceptado no denunciar al duque^[11].

Contando las bajezas de Guisa, que él conocía muy bien por tener a la policía entre sus atribuciones, Le Tellier se partía de risa. No así Brienne, que consideraba incalificable el comportamiento del nieto de Caracortada. En cuanto a Louis, la historia de la novicia violada no hacía más que confirmarle la locura del exarzobispo.

Decían también que un hombre tan estúpido jamás sería peligroso. Se equivocaban de medio a medio.

A continuación, Louis hizo algunas preguntas a Brienne. Sobre todo, acerca de postillones y correos, pero también acerca de la forma en que se codificaban los despachos y sobre el funcionamiento del Servicio de Cifrado.

Hacia las diez, se detuvieron en una posta para cambiar los caballos y tomar un piscoabis.

En torno a las tres de la tarde entraban en París por la puerta del Temple. Habitualmente, era por la mañana cuando había una circulación infernal, pero aquel día, apenas pasado el fieltro, la carroza de los ministros quedó detenida en la calle Sainte-Avoye por los atascos.

Los cuatro guardias de corps del rey intentaban en vano dispersar las carretas y los coches que atascaban una vía demasiado estrecha. Después de una interminable parada ante el cercado del Temple, Louis propuso a los dos ministros:

—Prefiero dejaros ahora. No estamos lejos de la calle Quatre-Fils donde se encuentra el estudio de mi padre. Montaré a la grupa con Gaufredi, que no ve la hora

de llegar.

—La calle está muy embarrada —observó Le Tellier mirando a través del cristal de la carroza—. Aquí al menos estáis al abrigo.

En efecto, el lodo negruzco en el que resbalaban las ruedas del coche —una mezcla de tierra, de basuras y excrementos— se adhería a los ejes obligando a un esfuerzo suplementario a los seis caballos, que resoplaban y relinchaban furiosamente cuando los dos postillones los azotaron para que avanzasen más rápido.

—Sólo llevo ropa de viaje y, a la grupa, evitaré la porquería. De todas formas, no hay más de un centenar de toesas y me da la impresión de que vuestra carroza no avanzará durante un buen rato.

—Tenéis razón —reconoció finalmente Le Tellier—. Y si el atasco persiste, haremos como vos y subiremos a la grupa detrás de un guardia de corps. ¿Dónde está vuestro equipaje?

—En esos talegos, colgados de la silla de mi criado Gaufredi. Señor de Brienne, pasaré mañana para reunirme con vos en el Palacio Real. Podría estar allí a la salida del sol. ¿Os parece bien?

—Os estaré esperando, señor.

Louis los saludó y salió de la carroza intentando no hundir sus botas de viaje en el lodo. Logró subir a un guardacantón, Gaufredi le tendió un brazo y Louis saltó a la grupa detrás de la silla.

La calle estaba completamente obstruida por carretas de aprovisionamiento o de materiales. Los dos jinetes tuvieron muchas dificultades para forzar el paso. Debían prestar atención a los viandantes, a los aguadores y a los demás oficios ambulantes que ocupaban la calzada. Sin embargo, el rostro hosco y cruzado de cicatrices de Gaufredi, así como la pesada hoja de espada que batía en su flanco, hacían apartarse prudentemente a los viandantes y mercaderes de las calles y permitían a su montura deslizarse entre los vehículos.

Como siempre, el reitre inquietaba a los que se cruzaban con él, tanto por su expresión malévola como por su armamento. Aquel día iba tocado con un sombrero flexible que le caía sobre los hombros. Su capa de lana escarlata entreabierta dejaba percibir un jubón de búfalo zurcido por múltiples lugares y un talabarte de cuero de donde colgaba, a la española, su tizona de acero y empuñadura de cobre. Un cuchillo de caza de pie y medio, atado por un cordón, pendía también sobre su pecho. Por último, de una funda de arzón contra su muslo, calzado con una bota, sobresalía la empuñadura de un arcabuz de rueda.

Louis, a la grupa del viejo soldado, parecía un don nadie con su traje de tela marrón y su sombrero de fieltro, hasta el punto de que cuantos los miraban lo hacían convencidos de que sólo era el criado de tan temible amo.

A medida que avanzaban, la hediondez se volvía insoportable. Con las lluvias de la víspera, los excrementos de los animales, aplastados por los carruajes y las bestias, se habían transformado en un fango irrespirable. ¡Ay de quien fuese salpicado por las

ruedas de una carreta o los cascos de un animal, pues su indumentaria se echaría a perder sin remedio!

Como cada vez que entraba en París, Louis pensaba que la ciudad no era más que una cloaca hedionda, de calles llenas de inmundicias y callejones encenagados. A imagen y semejanza de sus habitantes.

Llegaron por fin a la calle des Quatre-Fils, donde se encontraba el despacho y vivienda de su padre.

El despacho de Pierre Fronsac, uno de los más florecientes de París, era una antigua granja fortificada, fuera de las murallas mandadas construir por Felipe Augusto. Totalmente de piedra, difería por su robustez evidente de la mayor parte de las viviendas del barrio —a excepción, por supuesto, del nuevo palacete de Guisa reconstruido justo enfrente.

La fachada que daba sobre la calle era un antiguo recinto que ocultaba por completo el gran patio interior, cuya única entrada la constituía una puerta cochera. En el mismo patio, las escasas ventanas de la antigua fortificación eran estrechas y protegidas por firmes barrotes de hierro o con gruesas contras de roble.

El ala habitada comprendía tres niveles. Se entraba en la casa por un vestíbulo central de donde partía una empinada escalera. A la izquierda de dicho vestíbulo, se situaban la gran cocina, la antecocina, el maduradero (el lugar en donde se conservaba la fruta), el lavadero, así como una sala común. Del otro lado de la escalera, se hallaban la cochera para la carroza, las caballerizas y el granero de heno.

En el primer piso se alineaban varias estancias. Del lado izquierdo de la escalera se encontraban la biblioteca, una sala de recepción utilizada para las comidas de las grandes ocasiones, así como la de la notaría propiamente dicha. En ella —una especie de larga galería sin luz en cuyas paredes se apilaban sacos y legajos polvorientos— trabajaban de la mañana a la noche varios tenedores bajo la dirección y vigilancia de Jean Bailleul, el primer pasante.

En el lado derecho de la escalera se extendían el amplio despacho del señor Fronsac, los archivos y un pequeño cubículo sin luz, el antiguo gabinete de trabajo de Louis, cuando era notario.

En los dos extremos de la casa se levantaban, en ambos ángulos del edificio, dos atalayas transformadas en escaleras de caracol que, pasando por el despacho del señor Fronsac de un lado, y la biblioteca del otro, comunicaban los pisos y la planta baja. La comunicación se hacía en el patio por la del señor Fronsac, y en la cocina por la de la biblioteca.

Pierre Fronsac se hallaba precisamente en su gabinete con Jean Bailleul, un hombre bajito, de rostro inexpresivo, cabellos sin brillo, figura anodina y vestidos ordinarios. Aunque competente, perspicaz, discreto y gran trabajador, el primer pasante del despacho parecía un don nadie. Ambos estudiaban un complicadísimo expediente de sucesión.

—¿A qué se debe ese barullo del patio, señor Bailleul? —preguntó el notario

entre un resonar de cascos y entrechocar de armas.

Bailleul se acercó a la minúscula ventana, en realidad una especie de saetera, para mirar hacia abajo. Su rostro se iluminó de repente, mientras declaraba con tono monocorde:

—Es vuestro hijo, señor. En compañía de Gaufredi, que acaba de descabalgarse equipado como para una expedición contra los berberiscos. El ruido es el que hacen las armas que transporta.

—¡Mi hijo!

El notario se levantó, como pinchado por un dardo, para precipitarse a la ventana apartando sin miramientos al pobre Bailleul. Vio a Gaufredi en el patio, saludando efusivamente a uno de los hermanos Bouvier, mientras su hijo daba un abrazo al segundo.

Guillaume y Jacques Bouvier eran dos exsoldados. Su cometido en casa del señor Fronsac consistía en limpiar el patio del estiércol producido por las monturas de los visitantes y asegurar la defensa de la casa y sus habitantes en caso de agresión. Aunque ya tuviesen sus años y estuviesen entrados en carnes, los dos hermanos no eran guardianes ordinarios. Seguían siendo dos brutos temibles, de un raro salvajismo en caso de enfrentamiento.

Pierre Fronsac, loco de alegría al ver surgir a su hijo de improviso pero también inquieto por descubrirlo solo con Gaufredi, sin ni siquiera un coche, se dirigió rápidamente a la escalera de la atalaya para bajar al patio.

Al mismo tiempo que el notario abría la puerta que daba a la torre, su hijo apareció ante él, contento y sofocado tras haber subido los peldaños circulares de cuatro en cuatro.

—¡Louis!

—¡Padre!

Padre e hijo se fundieron en un estrecho y afectuoso abrazo.

—¿Qué ocurre, hijo mío? —preguntó Pierre Fronsac, que era un hombre perpetuamente preocupado.

—Nada grave, padre, tranquilízate. Acabo de llegar a París en la carroza del señor Le Tellier, que fue a buscarme a Mercy. Como la calle del Temple estaba impracticable, he venido a la grupa con Gaufredi. Tendré que quedarme aquí unas cuantas semanas, puede que hasta dos o tres meses.

Se volvió hacia el primer pasante:

—¡Cuánto gusto en volver a veros, Jean!

—El gusto es mío, caballero —replicó Bailleul con su tono monocorde habitual, y, luego, dirigiéndose al notario—: Señor Fronsac, si os parece bien, puedo llevarme el expediente en el que estábamos trabajando y prepararos una memoria sobre esa sucesión.

—Id, Bailleul, ahora mismo no estoy para herencias y confío en vos plenamente.

El pasante salió sin ruido.

—¿Le Tellier yendo a buscarte a Mercy? —se inquietó Pierre Fronsac. ¿Qué significa eso?

—Nada grave, ya te lo he dicho, debo ayudar una vez más a Mazarino —suspiró Louis con un tono cansado que una mirada brillante desmentía.

—¿Y Julie?

—Se reunirá conmigo más adelante; he tenido que partir precipitadamente, pues debo estar mañana en el Palacio Real con Gaufredi. ¿Podrían ir a buscarla los hermanos Bouvier? No quiero que haga el viaje sin escolta.

—¡Por supuesto! Estarán encantados con esa expedición. Se armarán hasta los dientes y se imaginarán de nuevo en campaña. Os alojaréis aquí, supongo.

—No lo sé. Había pensado retomar mi antiguo alojamiento de la calle de los Blancs-Manteaux que, si no me equivoco, todavía está vacío. Pero Julie traerá con ella a su doncella y, con Gaufredi y Nicolás, estaríamos muy apretados.

—Os instalaréis en la biblioteca. Mandaré subir un lecho del guardamuebles. Pondremos un jergón en tu antiguo despacho y Gaufredi y Nicolás podrán instalarse allí. En cuanto a la doncella de Julie, nuestras dos camareras comparten ya el mismo lecho en el desván, sólo tendrán que apretarse un poco más. ¡Así se darán calor!

Sin duda la casa era grande, pero habitada por mucha gente. En el segundo piso, el notario y su esposa disponían de una alcoba, una antecámara y un saloncito donde a veces dormía Denis, el hermano de Louis, que estaba interno en el colegio de Clermont. Las otras dos piezas, a la derecha de la escalera, formaban, respectivamente, los apartamentos de Claude Richepin, maestresala y administrador de la casa, que era viudo, y de Jean Bailleul, que vivía con su hermana, la mujer encargada de la ropa de casa.

Por último, en los desvanes, amontonados en frías y oscuras zahúrdas, vivían el portero y el guardián, así como las dos doncellas que compartían el mismo jergón.

—Creo que Julie estará satisfecha con ese arreglo —asintió Louis—. De todas formas, es poco probable que nos quedemos más de un par de meses.

—Enviaré mañana mismo a los hermanos Bouvier a Mercy. Volverán el domingo con Julie y Nicolás. Entretanto, me ocuparé con Richepin de todos los preparativos.

—Y yo voy a saludar a mamá.

—Está en nuestro cuarto, con la hermana de Bailleul. Repasan la ropa que hay que zurcir.

Al día siguiente por la mañana llovía débilmente y Louis pareció muy contrariado. Primero porque los hermanos Bouvier se iban a Mercy y el tiempo lluvioso podía transformar un simple desplazamiento de ocho leguas en una expedición espantosa. Luego, porque apenas había llevado ropa a París.

Su zurrón no contenía más que un jubón de satén de faldones redondeados y unas calzas a juego que le habían costado cincuenta libras. Acababa de estrenarlas y el fango de las calles podía deteriorarlas sin remedio.

Durmió en la biblioteca, donde Jean Richepin, el administrador, había hecho

instalar una cama con dosel. Durante la jornada, añadiría algunos muebles para volver la estancia de los esposos lo más cómoda posible.

Tras ordenar que subiesen agua caliente, Louis se afeitó la barba y el bigote a la luz de una candela y luego bajó a la cocina para desayunar una taza de sopa de calabaza, confituras y panecillos de Gonesse. Su madre ya se encontraba allí, preparando con la señora Mallet y Jean Richepin la lista de lo que habría que comprar en el mercado del Temple.

Acababa de terminar la sopa cuando apareció Gaufredi.

—El coche está listo, señor —anunció, antes de salir.

Eran las cinco de la mañana.

Louis se levantó, saludó a su madre, a la señora Mallet y a Richepin y se reunió con Gaufredi.

La carroza, cuyos faroles de aceite estaban encendidos, esperaba en el patio bajo la vigilancia de Jacques Bouvier, que había abierto la puerta. Gaufredi subió al pescante y Louis se instaló cómodamente en el interior, en uno de los asientos de cuero rojo. Los cristales estaban levantados y, envuelto en su abultada capa, iba protegido del frío.

El exnotario se había hecho rizar los cabellos la víspera por la doncella de su madre e iba tocado con un elegante sombrero de castor a la albanesa, perteneciente a su padre, en el que la hermana de Bailleul había cosido una coqueta pluma de garza. También había cambiado sus lacayos negros por cintas multicolores, prestadas por su madre, y se había enfundado unos guantes de satén ribeteados, a juego con el jubón.

Aquella aparente coquetería era, por supuesto, un signo de respeto hacia el conde de Brienne, con el que se iba a reunir, pero sobre todo obedecía al deseo de mostrarse a los polígrafos del señor Rossignol bajo un aspecto muy diferente del que tendría luego cuando los siguiese.

La carroza del señor Fronsac era un pequeño carruaje tirado por dos caballos, que podía circular fácilmente por las calles estrechas, pero a aquella hora de la mañana, por no variar, un ejército de mulas bloqueaba todas las vías. Eran los magistrados llegando al Palacio de Justicia en la isla de la Cité.

Pasada la calle des Lombards, avanzaron más lentamente si cabe, pues, si bien las mulas habían desaparecido para tomar el camino de la isla, ahora eran las carrozas y las sillas de manos, dirigiéndose al Louvre o al Palacio Cardenalicio, las que interrumpían el paso. En aquel viejo barrio, las calles, ya angostas de suyo, se estrechaban todavía más, achicadas por los puestos que los comerciantes avanzaban sobre la calzada mucho más allá de lo permitido.

Louis permanecía vigilante. Cuando notaba que los caballos se cansaban anormalmente, se volvía para amenazar con el puño, a través de la ventanilla trasera, a los pilluelos o lacayos insolentes que saltaban sobre el soporte del eje de las grandes ruedas a fin de hacerse transportar a pie enjuto.

En cuanto a Gaufredi, debía concentrarse para esquivar a los aguadores, los

vendedores de patés o de obleas, los mozos de cuerda con sus cuévanos o los vinagreros empujando sus carretillas y, sobre todo, a la multitud de gentes apresuradas que se deslizaban peligrosamente entre coches y caballos. El menor incidente podía dar lugar a un atropello y a veces incluso a una refriega.

Desembocaron por fin en la calle Saint-Honoré, sensiblemente más ancha que todas las callejuelas que habían atravesado. Siguiendo recto, llegaron al Palacio Cardenalicio, o, mejor dicho, al Palacio Real, como lo había bautizado la regente desde que ella y sus hijos lo ocupaban.

La construcción del Palacio Cardenalicio había sido emprendida por Richelieu para albergar su palacete, así como el del rey, el de la reina y los principales servicios ministeriales. Pero Luis XIII había rehusado instalarse allí, y Richelieu, finalmente, se había acondicionado una confortable residencia para él y sus servicios.

A la muerte del rey, la regente se había decidido al fin a dejar la sombría y siniestra fortaleza del Louvre por este luminoso palacio dotado de un magnífico jardín. Y como seguía detestando al exministro que un día se había atrevido a registrarla, le había cambiado el nombre por el de Palacio Real.

El palacio apenas se parecía al que hoy conocemos. Para construir su residencia, Richelieu había adquirido varias casas y varios palacetes. Algunos habían sido demolidos para construir los nuevos edificios, pero muchos habían sido conservados en aras de la economía e integrados tal cual en la nueva construcción. No había, por tanto, ninguna armonía en lo que no era finalmente sino una maraña de patios y fachadas formando un auténtico laberinto.

En cuanto a la decoración, no había unidad alguna. Unas arcadas ceñían algunos de los patios mientras que otros no eran más que pozos de luz a las grises fachadas. Para volver el conjunto más falto de gracia si cabe, los nuevos edificios eran de mediocre altura *a fin de no provocar los celos de los grandes*, en palabras de Richelieu.

Pese a esas insuficiencias y a su aspecto cojitranco, el palacio presentaba numerosas ventajas. Era amplio y estaba dotado de grandes galerías de recepción muy luminosas, dos teatros, salones de gala, despachos y agradables alojamientos. Y, sobre todo, de un inmenso jardín. Poseía también las comodidades necesarias para el buen funcionamiento de un palacio: cocinas, salas de guardia, caballerizas y un sinfín de cuartos y cubículos —abuhardillados y sin luz— para criados y curiales.

Salas, galerías, despachos y alojamientos estaban organizados en torno a los patios —había ocho—: los dos principales eran el patio con fachada a la calle Saint-Honoré, denominado «el antepatio», y el gran patio interior, llamado «el segundo patio».

A la derecha del antepatio se levantaba un teatro, en la actualidad abandonado, donde se había representado *Mírame* con ocasión de la boda del duque de Enghien. Enfrente, se desplegaba un cuerpo de edificios, el más importante de los cuales era una gran galería. El último lado del patio, frente a la entrada de la calle Saint-Honoré,

formaba *los apartamentos del rey*. Un ancho corredor los atravesaba para desembocar en el segundo patio, que estaba separado de los jardines por un balcón construido sobre arcadas cerradas por medio de rejas.

A la derecha de este patio se abría una galería a la cual estaban adosados vastos apartamentos y cuerpos de un edificio y viviendas. Ahí se había instalado Ana de Austria y ahí se reunía el Consejo de Estado.

Al otro lado de aquel patio se hallaba la Galería de ilustres, decorada con retratos que Richelieu había elegido personalmente y encargado a Vouet y Champagne. La galería se había habilitado en el antiguo palacete de Angennes, también conocido como Palacio de Richelieu por ser aquél en el que el cardenal había vivido. Subsistían allí todavía viejos edificios encajados en las nuevas construcciones, e incluso un vetusto torreón de homenaje.

Era en esta parte del palacio donde se habían instalado los principales servicios ministeriales, como el del conde de Brienne, y el Servicio de Cifrado.

En cuanto a Mazarino, había acondicionado su palacete^[12] en una calle situada al final del jardín, de modo que para ir al consejo sólo tenía que atravesar un pequeño parque abierto al público. Ahora bien, comoquiera que el ministro no fuese muy querido, durante el breve desplazamiento era objeto de frecuentes pullas, cuando no de amenazas, por parte de los paseantes, de modo que la regente acabó proponiéndole que se instalase cerca de sus propios apartamentos. Su nuevo alojamiento se comunicaba ahora por medio de una escalera privada con el de la reina, lo que empezaba a provocar un sinfín de chismorreos.

Louis descendió del coche delante del cuerpo de guardia que se hallaba en la explanada, entre la entrada del palacio y la calle Saint-Thomas-du-Louvre.

Era, en efecto, imposible que su carroza entrase en el antepatio, para entonces lleno de coches, carruajes, mulas y caballos. Gaufredi lo esperaba fuera.

Louis explicó a un oficial de la guardia suiza, de casaca roja con bocamangas azules y pantalón blanco, que lo esperaba el señor de Brienne. El oficial asintió en silencio y autorizó a carroza y cochero a permanecer allí.

Todavía era noche cerrada y ni siquiera las antorchas enganchadas en las pilastras lograban disipar la oscuridad. Cubierto con una pesada capa de lana con capucha y manteniendo su sombrero calado bajo ésta para protegerse de la pertinaz llovizna, Louis entró en el patio deslizándose con dificultad entre los carruajes, la mayor parte de los cuales, por suerte, tenían sus faroles encendidos. Casi sin darse cuenta, se encontró en medio de una oscura batahola de magistrados, escribanos, funcionarios y prelados, todos vestidos de negro como si estuviesen obligados a ello. Las únicas manchas de color eran las capas de los gentileshombres.

Entre aquella multitud y en la oscuridad, se percató rápidamente de que había subestimado la dificultad que tendría para encontrar el despacho del señor de Brienne.

Cerca de las puertas de los *apartamentos del rey*, vio un grupo de mosqueteros y

jinetes de la caballería ligera montando guardia. Buscando una cara conocida, descubrió de repente, bajo una antorcha, con el brazo en cabestrillo, un rostro que le resultaba familiar. Tras observarlo un rato, reconoció finalmente en aquel coloso a Isaac de Portau —señor du Vallon—, al que su amigo Charles de Baatz, señor de Artagnan, llamaba Porthos.

Recordó entonces el salvajismo con que aquel bruto repartía mandobles con su espada a unos cuantos supervivientes de la banda de truhanes que había atacado a Mazarino en el puente fijo del Louvre tres meses antes.

Louis habría preferido dirigirse a otro, pero, no viendo ninguna cara conocida, se acercó a él para preguntarle:

—Señor du Vallon, ¿os acordáis de mí?

El gigante miró al insolente encapuchado con una mezcla de condescendencia y animosidad.

—¿Y se puede saber quién sois vos? —gruñó.

—Un amigo del señor de Baatz. Me llamo Louis Fronsac, soy caballero de la orden de San Miguel^[13] y nos hemos visto en otra ocasión, señor.

El bruto entrecerró los ojos con expresión estúpida. Observó largamente al gusano que tenía ante él: un hombre endeble, sin espada ni sombrero, cubierto con una capa de lana basta de color gris claro con capucha de campesino. ¿Caballero de San Miguel ese alfeñique? ¡Más bien un loco!

—¡No me gusta que se burlen de mí, bribón! —gritó el coloso enfurecido, irguiéndose cuan largo era.

Louis inspiró profundamente dominando el miedo que lo invadía, para luego replicar con una voz que deseaba firme:

—Era yo quien llevaba un bigote falso, la noche en que la banda del Patíbulo atacó a monseñor Mazarino. Creo recordar que vos formabais parte de los que me ovacionaron, señor. Os recuerdo que estuve en Rocroy, con el señor de Enghien, y que he dado pruebas fehacientes de que se puede ser un valiente sin necesidad de empuñar una espada.

Portau balanceó un momento la cabeza, como si obligase a sus recuerdos a salir a la superficie. Al cabo de un rato, murmuró de mala gana:

—¿Sois vos de verdad? ¿El amigo de Baatz? ¿El que os presentó como más valiente que él?

—Yo mismo —repitió Fronsac con modestia.

El coloso reprimió una mueca de turbación:

—Lo... lo siento mucho, señor... pero era de noche y no se veía muy bien... ¿Qué puedo hacer por vos?

—No tenéis que disculparos, señor du Vallon, yo habría hecho lo mismo en vuestro lugar. Veréis, lo que me ha traído hasta aquí es que debo encontrar al señor de Brienne e ignoro dónde hallarlo en este inmenso palacio.

Isaac de Portau se rascó la oreja apartando un mechón de sus grasos cabellos.

—Yo también lo ignoro, caballero, pero mi amigo Sauveboeuf, que monta guardia en el interior, lo sabe seguro. Vamos a verlo.

Produciendo un sonoro tintineo con las espuelas de sus botas, se dirigió hacia un guardia de corps del rey, de pie a unos pasos de allí, que, con una mano, se atusaba las guías del bigote, mientras la otra permanecía posada en la empuñadura de su espada.

—Sauveboeuf, aquí mi amigo —señalando a Fronsac— ha venido a ver al señor de Brienne. ¿Podrías llevarnos hasta él?

—Bueeno, compadre, y de paso haré algo de ejercicio.

El guardia de corps dio unas cuantas consignas a sus compañeros y luego hizo una seña a Portau y a Fronsac para que lo siguiesen. Entraron en los *apartamentos del rey* por un oscuro corredor que atravesaron para desembocar en el segundo patio interior.

Caminaron entonces a lo largo de las arcadas de la fachada por la izquierda, en dirección al palacete de Richelieu, para tomar enseguida un pasaje a lo largo de una bóveda oscura, luego un nuevo pasillo y, por último, una hermosa escalera de balaústres. A partir de ahí, Louis se bajó la capucha para cubrirse únicamente con el sombrero empenachado.

—Por aquí está la Galería de ilustres —explicó su guía mostrándoles un pasaje a la izquierda de la escalera—. Los servicios ministeriales del señor conde de Brienne están arriba, así como los del Ministerio de la Guerra.

En el piso, atravesaron varias estancias comunicadas entre sí, donde esperaba ya un ingente número de personas sentadas en banquetas, antes de llegar a una nueva galería, más ancha, cuyas ventanas daban al jardín.

Esta galería comunicaba los gabinetes de trabajo y los despachos donde trabajaban amanuenses, pasantes, funcionarios y secretarios. Aparecía iluminada por faroles de bujías y la guardia francesa se ocupaba de la seguridad. Aquí era donde se ubicaban los servicios ministeriales, entre los que figuraban el servicio de despachos y el Servicio de Cifrado.

Sentados en bancos de piedra o de madera, criados y lacayos de librea aguardaban órdenes o a que se les llamase de los despachos.

Su guía se acercó a un sargento de coraceros de la guardia francesa para explicarse.

—El secretario del señor conde nos ha avisado —declaró el sargento tras haber oído a Sauveboeuf—. Os está esperando, caballero.

Llamó entonces a una puerta, que fue abierta por un lacayo. Tras nuevas explicaciones, el criado dejó entrar a Louis, quien dio las gracias a sus guías.

Penetraron en un pequeño gabinete ocupado por un secretario de antiparras y cuello cuadrado, que trabajaba a la luz de una palmatoria doble.

—¿Sois el marqués de Vivonne? —preguntó el hombre levantándose.

—En efecto.

—El ministro os espera.

Se dirigió hacia una puerta medianera donde llamó suavemente con los nudillos. Tras oír la respuesta, entró seguido de Louis.

El gabinete de trabajo era muy amplio y soberbiamente iluminado por una enorme araña de cristal de roca. Un alegre fuego crepitaba en la amplia chimenea de mármol negro. Un friso en trampantojo corría a lo largo de la misma. En la pared del ángulo se hallaba una banqueta tapizada con un montón de documentos apilados. Un poco más lejos, se levantaba un armario macizo con las puertas en punta de diamante, así como algunos sillones y taburetes. Un retrato de la reina estaba colgado en la pared de la izquierda.

El ministro, en traje de seda cruda, saludó a Louis con la mano y le hizo un ademán para que se sentase en uno de los asientos tapizados de terciopelo que había delante de su escritorio de caoba. A su espalda, la pared estaba pintada, probablemente por Philippe de Champagne o por uno de sus discípulos. Louis reconoció a Minerva armada, a Apolo rodeado por las Musas y, en un trono, a la Generosidad vigilando a los hombres.

El secretario salió en silencio.

—No os retendré mucho tiempo, señor Fronsac —declaró Loménie de Brienne, lo que era una forma elegante de decir que no tenía mucho tiempo para dedicar a su visitante—, pero antes de que os encontréis con el señor Rossignol, me gustaría explicaros un poco mejor por qué el conocimiento de nuestros despachos por parte de nuestros adversarios puede ser una verdadera catástrofe para el país.

»Os supongo al tanto de los bandos presentes en esta guerra, caballero. Simplificando, hay dos. En nuestro campo se encuentra Suecia, con quien nos hemos aliado por medio de un sólido tratado desde hace dos años. A nuestra unión se han añadido las Provincias Unidas, así como algunas ciudades del Imperio, ducados o estados como Sajonia.

»Enfrente, tenemos al archiduque de Austria, el actual emperador, así como a su primo Felipe IV de España, ambos Habsburgo. En su égida gravitan varios estados y principados que ora los sostienen, ora practican una condescendiente neutralidad. Apartada de los beligerantes, observando una aparente neutralidad, se encuentra la Santa Sede, que se inclina, pese a todo, hacia el Imperio.

»Para la negociación que se va a abrir en Münster y en Osnabrück, las posiciones de cada uno están bien establecidas. Nosotros exigimos conservar la Alsacia^[14], los tres obispados de Metz, Toul y Verdún y por supuesto la Lorena^[15], que le arrebatamos al duque Carlos IV, quien nos ha traicionado demasiadas veces. También queremos preservar nuestras posiciones en Cataluña y en el Rosellón, que ocupamos, aceptando sin embargo devolver una parte de Luxemburgo y del Franco Condado. Deberemos conservar también Pinerolo, Casal, y alejar definitivamente toda amenaza española sobre Saboya. Asimismo, exigimos la libertad para las ciudades y principados alemanes que nos sostienen, así como libertad de culto para todo el

Imperio.

»Este último punto es fundamental para evitar la vuelta de los disturbios. Alemania se rige por la paz de Habsburgo desde hace cien años^[16], pero ese tratado debe ser revisado puesto que los protestantes son allí cada vez más numerosos. Nosotros defendemos la libertad del culto protestante en los estados católicos y el abandono del principio *cuius regio, eius religio* que obliga a los súbditos a abrazar la religión de su príncipe.

»Uno de los puntos más litigiosos sigue siendo la independencia de las Provincias Unidas. Tan seguros estamos de nuestros aliados suecos como frágil es nuestra alianza con los holandeses. El tratado de 1635 con las Provincias Unidas preveía la partición de los Países Bajos. Pero ello implica un acuerdo de paz común entre nosotros, las Provincias Unidas y España. Hay una enorme dificultad para ello, pues existen tres facciones en los siete países del norte: la de los que quieren proseguir la guerra contra España, y conservar nuestra alianza; es el partido de Guillermo de Orange. Están también los que desean la paz con España conservando sin embargo nuestra amistad. Y, finalmente, están los que quieren la paz a toda costa, incluso enfadándose con nosotros. Estos últimos están dirigidos por la provincia de Holanda y son los más poderosos. Sabemos, por otra parte, que negocian en este momento un tratado secreto con España.

»Frente a ellos, ¿cuál es la posición de los imperiales? Aceptarían cedernos algunas ciudades fronterizas a cambio del reconocimiento de nuestra parte de los derechos electivos de Baviera y del restablecimiento del duque de Lorena. Incluso nos dejarían la Alsacia, los tres arzobispados y Pinerolo, a cambio de un tratado de paz definitivo.

»Son proposiciones considerables, y sin embargo inaceptables tal cual, pues nosotros no cederemos nunca la Lorena. Ahora bien, nos hemos enterado, interceptando varios correos del duque de Saboya, de que la situación de Austria es tan precaria que está dispuesta a ofrecernos lo que deseamos.

»Acabamos de descifrar un correo del archiduque de Austria, Fernando III, a su primo Felipe IV pidiéndole sellar la paz con Francia a cualquier precio.

»Monseñor Mazarino desea mantenerse firme. No obstante, habrá que hacer concesiones y darlas a conocer a los plenipotenciarios. Sería dramático que nuestros enemigos tuviesen conocimiento de ellas. A nuestros correos les lleva doce horas llegar a Münster. Durante doce horas nuestros despachos están expuestos. Sólo el cifrado protegerá el secreto de las instrucciones a nuestros embajadores, los señores de Avaux y Servien. ¿Los conocéis?

—Me parece que no conozco al conde de Avaux —respondió Louis—, pero creo recordar que el marqués de Sablé —el señor Servien— fue ministro de la Guerra.

—En efecto, hace quince años. Son dos personalidades muy distintas. Supongo que por eso los ha elegido la reina. El señor de Mesmes, conde de Avaux, procede de una familia de consejeros de Estado y de presidentes de Parlamento. Es un hombre

muy rico y muy hábil al tiempo. Como sabéis, ha sustituido a Claude Bouthillier en la superintendencia de Hacienda, un cargo que comparte con el señor Bailleul. Es tan brillante diplomático y fino negociador como ostentoso y manirroto.

»El señor Servien es todo lo contrario. Aunque dueño de una inmensa fortuna, es de natural austero, y está dotado de una rara perspicacia. Ha sido embajador en el Piamonte pero, sobre todo, ha tenido que tratar, cuando era intendente de justicia en Guyena, numerosos asuntos de inteligencia con Inglaterra. Conocía bien el mundo del espionaje y la cara oculta de la diplomacia. Tiene vara alta tanto con la reina como con Su Eminencia.

»Ambos estaban en Münster desde hace algunas semanas para preparar la conferencia que se abrirá en diciembre y acaban de volver. Debo asegurarles que no habrá ninguna fuga en nuestra correspondencia.

—Comprendo. Así pues, tendré que resolver este problema de aquí a diciembre...

—En efecto, incluso antes, si os es posible...

En ese momento, la puerta principal de la sala de trabajo del ministro se abrió para dejar paso a Le Tellier.

—¡Ah! ¡Buenos días, señor Fronsac! —exclamó jovialmente—, ¿puedo interrumpiros un momento?

Louis se inclinó.

—Señor conde, tengo una mala noticia que daros. Monseñor Chigi acaba de llegar a la Nunciatura.

—¿Fabio Chigi? ¿Pero no tenía que estar en Münster? —dijo Brienne sin ocultar su sorpresa.

—Aparentemente, ha dado un rodeo por París.

Le Tellier se volvió hacia Louis:

—Fabio Chigi es un fiel partidario de Urbano VIII, que lo ha elegido como mediador para la conferencia de Münster. Es sienés, obispo de Nardo, exnuncio en Colonia. Pero, sobre todo, sabemos que dirige los servicios de información de la Santa Sede. Si viene a París, es por una razón que nosotros debemos conocer.

—¿Creéis que su presencia aquí podría tener relación con nuestro asunto? —preguntó Louis.

—En nuestro oficio no hay coincidencias —replicó sombríamente Brienne.

Le Tellier asintió con la cabeza, antes de precisar:

—Sin contar con que es vox populi la inclinación de Fabio Chigi hacia España.

—¿Qué más sabemos de él?

—Poca cosa, aparte de que se ha detenido en Aviñón. Sin duda para encontrarse con el vicelegado.

—¿En Aviñón? —se preguntó Brienne en voz alta—. ¡Qué raro! ¿Por qué habrá hecho ese alto?

La conversación se interrumpió un rato. Loménie de Brienne intentaba hallar una explicación a la llegada a la ciudad del mediador romano. Le Tellier permanecía

silencioso y Louis esperaba.

—Señor Fronsac —preguntó bruscamente Le Tellier—, ¿podéis explicarme cómo vais a proceder?

—He reflexionado sobre ello, señor. Me propongo seguir a vuestros cuatro polígrafos con la ayuda de unos cuantos amigos fieles. Necesito verlos para poder identificarlos, pero sería nefasto que se acordasen de mí si debo seguirlos. Lo mejor sería que me presentase rápidamente a ellos en una estancia mal iluminada, sin dar muchas explicaciones de mi presencia.

—El señor Rossignol debería poder arreglarlo —dijo Brienne, abriendo los brazos en señal de buena voluntad.

—Necesito la ayuda de un policía. La única persona en quien confío es mi amigo Gaston de Tilly, que es el comisario de Saint-Germain-l'Auxerrois. Desearía que me pudiese echar una mano, con algunos arqueros que le fuesen fieles.

—Avisaré a Dreux d'Aubray enseguida —decidió Le Tellier—. ¿Algo más?

—No, señor, aparte de reunirme con el señor Rossignol. Necesito que me hable más por extenso de los códigos que utiliza y tengo algunas preguntas que hacerle. Pero antes desearía que me mostraseis esa caja de caudales donde guardáis los despachos. ¿Cómo habéis descubierto que había sido abierta?

—Sólo lo he deducido —declaró prudentemente el conde de Brienne—. Guardo allí los despachos antes de que sean cifrados o antes de ser expedidos, así como los que llegan. Desde hace varios meses barrunto filtraciones en el Servicio de Cifrado, de modo que, en dos ocasiones, he guardado importantes despachos cifrados, que no he expedido pues eran falsos. Bien, pues uno de ellos ha desaparecido y ha llegado a Madrid. Uno de mis agentes me lo ha hecho saber.

—¿Y los códigos, los repertorios como vos los llamáis, están también en la caja fuerte?

—Sí, también.

—En efecto, es gravísimo —reconoció Louis—. Eso significa que nuestros espías no ignoran nada de vuestras maniobras. ¿Quién tiene la llave de la caja?

—El señor Rossignol y yo mismo, el señor Colbert, el señor Le Tellier, por supuesto, y monseñor Mazarino. Y creo que eso es todo.

Interrogó a Le Tellier con la mirada.

—Exacto —confirmó el ministro de la Guerra—, pero también puede existir una llave falsa. La caja también podría haber sido forzada por un buen claver^[17]. Es bastante antigua aunque muy difícil de abrir. Sin embargo, la hemos examinado a fondo sin que nada haya sido detectado. Sea como fuere, ninguno de los poseedores actuales de la llave puede ser sospechoso.

—¿Quién es ese señor Colbert?

—Un joven a mi servicio desde hace varios años —declaró Le Tellier—. Fue empleado de banco en Lyon, luego trabajó en un despacho de notario, antes de ser comisario de guerra y primer agente del señor Sublet des Noyers. Allí lo encontré y

lo ligué a mi persona. Sabe todo de mis asuntos. Es un trabajador infatigable, de una honestidad y un rigor poco comunes.

—Podría serme útil —sugirió Louis—. Tendría necesidad de un hombre de confianza en vuestros servicios, conocedor de los entresijos ministeriales y de los mecanismos administrativos y con comunicación de los despachos.

Le Tellier permaneció un rato pensativo, luego alzó una ceja inquisitiva en dirección a Brienne, quien asintió con la cabeza. Este último agitó una campanilla que había encima de su mesa y el secretario que había introducido a Louis entró en el despacho.

—Id a buscar al señor Colbert —ordenó Brienne, y, dirigiéndose a Fronsac, prosiguió:

—Iremos de inmediato a ver al señor Rossignol, que está trabajando en el piso superior. Su despacho está al lado del Servicio de Cifrado. En cuanto a la caja fuerte, está aquí.

Se levantó y dio unos pasos hacia un gran armario en el ángulo derecho de la pieza. Lo abrió. El interior era de hierro.

—Como os he dicho, sólo hay cuatro llaves, pero la puerta de mi gabinete está guardada día y noche por la guardia francesa. Sólo un familiar podría entrar.

—Os dejo trabajar —decidió Le Tellier—. Señor Fronsac, ¿estáis seguro de no necesitar ninguna otra cosa?

Louis pensó un momento antes de contestar:

—Un salvoconducto, una orden vuestra para circular libremente en palacio, y beneficiarme de la ayuda de la guardia podría serme muy útil.

—Por supuesto. Me ocuparé de ello y la añadiré al correo para Dreux d'Aubray. Señores...

Los saludó antes de salir.

El despacho de Colbert debía de estar cerca, porque el secretario volvía en ese momento acompañado de un joven de expresión ceñuda, cuyas pobladas cejas en un rostro grave acentuaban su expresión arisca.

El recién llegado miró a Fronsac sin el menor atisbo de cortesía. Louis no percibió en él ni sorpresa ni interés.

—¡Ah, Colbert! Éste es el señor Fronsac, caballero de Mercy. Huelga decir que lo que aquí tratemos debe permanecer en secreto.

El agente bajó pesadamente la cabeza, tan evidente le parecía el hecho. Esbozó incluso una mueca desdeñosa, como si todo lo que tuviese que ver con él fuese confidencial por naturaleza. Brienne prosiguió:

—Se han constatado filtraciones en los despachos remitidos a mi secretaría de Estado. Es posible, pero no seguro, que el origen sea el Servicio de Cifrado. El señor Fronsac va a investigarlo y necesitará de vuestra ayuda.

Colbert permaneció impertérito. Louis tuvo la impresión de tener ante él una serpiente venenosa.

—¿Qué clase de ayuda deseáis, caballero? —preguntó el funcionario.

—Todavía no lo sé, señor —respondió Louis—. Primero he de hacerme una idea del Servicio de Cifrado.

Colbert permaneció impasible, como tallado en la roca. Al cabo de unos segundos, declaró con una voz carente de timbre:

—Trabajo aquí de cinco de la mañana a ocho de la noche. Podéis encontrarme cuando gustéis.

Se inclinó y el conde de Brienne lo despidió acompañando sus palabras con un ademán:

—Gracias, señor Colbert. Eso es todo de momento.

Colbert se inclinó de nuevo, esta vez casi imperceptiblemente, y se fue sin hacer ruido. Louis lo siguió con la mirada. Caminaba deslizándose como una culebra.

—No es un hombre muy locuaz, ¿verdad? —gesticuló Loménie de Brienne cuando el funcionario hubo salido.

—En efecto.

—No me gusta mucho, pero no os equivoquéis, es un trabajador infatigable, consagrado por completo a su trabajo, extremadamente escrupuloso y competente. Su único defecto es el de no amar más que su trabajo. Come poco, no bebe, jamás sale. Su única pasión es servir al Estado y suplica al señor Le Tellier constantemente que le confíe asuntos difíciles para ocupar su mente. Lo encontrará siempre aquí, enterrado entre expedientes. Su despacho linda con el de mi secretario. Figuraos que la culebra es su animal favorito. Colbert sería, según él, una deformación de *coluber*, el nombre latino de la serpiente. Él mismo es tan frío, brutal e insociable como ese animal. Pero también puede ser tan venenoso como una víbora.

Se encogió de hombros con fatalismo, antes de declarar:

—Ahora, si queréis, vamos a ver a Rossignol.

Salieron por la gran puerta. Brienne hizo caso omiso de los oficiales de la guardia francesa, que se cuadraron al verlo, y se dirigió hacia una escalera a su izquierda. Era una pequeña escalera de caracol como se hacían en el siglo pasado y que databa sin duda del antiguo palacio de Angennes. Desembocaron en un pasillo bastante ancho, mal iluminado y custodiado asimismo por una docena de guardias franceses. Louis observó que los soldados, a las órdenes de un subteniente, aparecían particularmente vigilantes.

—El señor Colbert es el funcionario de mayor rango aquí —explicó el ministro—. El señor Rossignol tiene rango de secretario. En cuanto a los cuatro polígrafos, no son más que simples amanuenses, pero son empleados con remuneraciones relativamente altas.

Los soldados y el oficial saludaron respetuosamente al ministro, que se dirigió hacia una puerta. La abrió sin llamar.

El despacho no era muy grande pero sí bien iluminado por diversos candelabros y fanales, así como por una chimenea en la que crepitaba un buen fuego. Louis observó

las paredes enteramente cubiertas de libros, salvo la que tenía enfrente, que estaba decorada por un bodegón holandés. En medio de la estancia se alzaba un gran escritorio tras el cual se sentaba un barrigudo que frisaba la cuarentena.

Antoine Rossignol —no podría ser otro— alzó los ojos, para levantarse con precipitación al reconocer al ministro.

El jefe del Servicio de Cifrado tenía un rostro anchote, una frente amplia y despejada y ojos penetrantes. Un fino bigote adornaba aquella faz.

—Señor ministro —se inclinó con deferencia.

—Señor Rossignol, éste es el caballero Fronsac. Ha sido elegido por la reina y por monseñor Mazarino para el problema que ya conocéis. No le ocultéis nada y concededle toda la ayuda que precise. Os dejo con él.

El ministro salió; Rossignol hizo un signo a Louis para que se sentase en un sillón frente a él. Redondo de cuerpo y de cara, sonreía en exceso, un poco como si quisiese ocultar el fondo de su pensamiento.

—¿Por dónde empezamos, señor Fronsac?

Louis apartó las manos con una sonrisa.

—¿Por el principio?

—¡Buena idea! ¿Qué sabéis del cifrado y descifrado, señor Fronsac?

—Poca cosa, señor, aparte de que Julio César escribía sus misivas secretas a Cicerón sustituyendo cada letra por otra situada tres posiciones más adelante en el alfabeto.

—En efecto. Es un método todavía utilizado aunque muy fácil de descifrar. Antes que él, los espartanos habían puesto a punto un método muy sofisticado: el *scytalo*^[18], consistente en una varilla de madera en la que se enrollaba una banda de pergamino de forma que las cintas quedasen unidas. Se escribía entonces un texto encima en líneas sucesivas, las palabras se superponían en las espiras. Luego, la tela desenrollada servía de mensaje. El destinatario sólo podía acceder a éste si tenía una vara con el mismo diámetro que el remitente.

—¡Muy ingenioso!

—¿Verdad? Con esos dos métodos conocéis ya los principios rudimentarios del cifrado: en el primer caso, se sustituye una letra por otra; en el segundo, se dejan las letras encadenadas pero se modifica su posición en el texto. En ambos casos se utiliza una clave. En el caso de Julio César, la clave es un simple desfase. Para los griegos, era una varilla de madera. Pero se podría evitar la clave simplemente utilizando una lengua desconocida que sería el único código^[19]. El propio Julio César había pensado en ello y sustituía también caracteres griegos por caracteres latinos.

—Me han contado que vos descifrateis un mensaje hugonote en el año 26 y que, gracias a vos, el príncipe de Condé pudo tomar una ciudad. ¿Cómo lo hicisteis?

—¡Fue fácil! ¡Los árabes habían preparado el camino! Fueron los primeros en fijarse en que determinadas letras son más utilizadas que otras. Cuando una letra aparece frecuentemente en un mensaje cifrado, y si se conoce la lengua en la que el

mensaje está escrito, es fácil de identificar. Todo ello aparece desarrollado por extenso en el *subh al-a sha*, una auténtica enciclopedia del cifrado. Tengo aquí un ejemplar.

Rossignol señaló su biblioteca con el dedo.

—Para resolver esa dificultad, Leone Batista Alberti propuso, en 1467, cambiar varias veces la tabla de cifrado en el mismo mensaje. Para ello, ideó un disco de cifrado. Mirad, aquí tengo uno.

Abrió un cajón de su mesa, de donde extrajo un disco de madera que tendió a Louis.

—Veréis que el disco grande está fijo, mientras que el pequeño es móvil. Cada uno de ellos está dividido en veinticuatro sectores que forman las veinticuatro letras del alfabeto latino, excepto *h, k, y, j, u, w*, y con las cifras 1, 2, 3 y 4. Hay que hacer coincidir con su correspondiente una letra indicio en el círculo interno, luego se puede empezar el cifrado por la letra del anillo colocada enfrente de la letra indicio. Después de haber escrito algunas palabras así, es posible cambiar la posición de la letra indicio girando el disco. Evidentemente, tiene que coincidir con el cambio correspondiente de la letra indicio. Este sistema vuelve a cambiar la clave de codificación. Así, la misma letra está codificada de forma distinta en el mensaje y es imposible identificarla.

Louis hizo girar el disco para probar algunas combinaciones, bajo la mirada divertida de Rossignol, que retomó la palabra al cabo de un rato.

—Algo más tarde, el benedictino Jean Trithème inventó una tabla de alfabetos que llamó *Tabula Recta*. Con esa herramienta cifró la primera letra con un primer alfabeto, la segunda letra con un segundo alfabeto, y así sucesivamente. Tan ingenioso sistema volvía muy difícil el descifrado, aun descubriendo las letras más utilizadas.

»Es que descubrir el secreto de una correspondencia puede ser dramático para el que la ha enviado, como María Estuardo pudo comprobar por dolorosa experiencia. Desde su celda se comunicaba con sus partidarios gracias a un código cifrado que ella creía inviolable, pues no sólo utilizaba una sustitución de letras sino que incorporaba también la codificación de determinadas palabras. Así, *and* estaba codificado por 2, *for* tenía el valor 3, y otras palabras —treinta y seis en total— estaban representadas por caracteres cabalísticos. Sus despachos fueron interceptados gracias a un agente doble y descodificados por un hombre excepcional, Thomas Phelippes, un maestro del descifrado que trabajaba como responsable de los servicios de espionaje de la reina Isabel. Thomas Phelippes tenía sin duda conocimientos de algunos elementos del código, lo que le facilitó el descubrimiento del resto.

»En uno de sus últimos mensajes, María Estuardo proponía el asesinato de la reina. Thomas Phelippes le preguntó, en un mensaje en el que se hacía pasar por uno de sus conspiradores, el nombre de todos los conjurados. Ingenuamente, la reina escocesa se los dio. Con los despachos descifrados como prueba, María fue

condenada a muerte, y sus confidentes, despedazados vivos antes de ser descuartizados.

Se produjo un penoso silencio que duró algunos instantes. Louis comprendía que el jefe del Servicio de Cifrado no le contaba sólo una historia. Quería hacerle entender la importancia de las consecuencias cuando tu adversario adivinaba tu secreto.

Finalmente, Antoine Rossignol se levantó para buscar un libro en su biblioteca. Eligió un pequeño volumen encuadernado en cuero rojo, buscó una página y se lo tendió a Louis. El libro se titulaba *Tratado de las cifras, o maneras secretas de escribir*, y la página abierta representaba un extraño dibujo.

—Este libro es de Blaise de Vigenère, uno de nuestros compatriotas —volvió a tomar la palabra Rossignol—. Vigenère expone en él numerosos sistemas de cifrado. Este campo de estrellas, por ejemplo, es un mensaje secreto. Mirad: las estrellas ocupan un lugar que corresponde línea a línea a un mensaje. Para descifrarlo, se utiliza una banda de letras, no forzosamente ordenada, que se coloca bajo la imagen. Cada estrella corresponde luego a una letra de la banda.

»Pero Blaise de Vigenère propuso sobre todo un *código indescifrable*. Para utilizar este procedimiento, basta con inscribir en un cuadrado veintiséis veces el alfabeto desplazando cada vez una o varias letras. Para cifrar, se hace uso de una clave que será una palabra o una frase. A cada letra sucesiva del texto en claro, elegido en línea, se hará corresponder una letra sucesiva de la clave. Se buscará dicha letra en la primera columna. La letra del texto cifrado será tomada en la intersección de la línea y de la columna. Así, la misma letra del mensaje será casi siempre codificada de forma distinta. Es un sistema fácil de entender y casi indescifrable si la clave es suficientemente larga. Sin embargo, tiene el inconveniente de ser difícil de utilizar, por lo que es poco empleada. Yo, sin embargo, he logrado descifrarlo con frecuencia, pues el punto débil es precisamente la longitud de la clave. Una vez que se determina, la traducción es relativamente sencilla.

»Por mi parte, utilizo aquí una codificación por sustitución, no de letras, sino de palabras. Es lo que yo llamo un repertorio. En un sistema así, no hay clave.

»Los repertorios son voluminosos diccionarios que comprenden palabras, locuciones, sílabas, letras, o incluso cifras, a los cuales se hace corresponder un número. Los elementos de las tablas de correspondencia son tan numerosos que es imposible retenerlo de memoria. Sólo la posesión del código permite el descifrado, puesto que ninguna operación lógica permite adivinar las palabras contenidas en el código ni su correspondencia con las cifras.

»El defecto evidente e irreducible de este sistema es el de existir en el estado de libro impreso, más o menos voluminoso, expuesto siempre a pérdida, robo o copia. La ventaja es la de ser de un empleo simple y rápido, y poco sujeto a errores.

»Los repertorios se dividen en dos categorías: los repertorios ordenados y los

repertorios incoherentes. Cuando, en la tabla de correspondencia, las dos listas están ordenadas alfabética o numéricamente, se dice que el repertorio es ordenado.

»Aquí tenéis un ejemplo que hemos utilizado durante algunos meses.

Volvió a su escritorio y escribió unas líneas con su pluma. Tendió a Louis la cuartilla, en la que había escrito:

1012 La
1013 Dejar
1014 Lorena

—1013 1012 1014 significa, pues, dejar la Lorena —explicó Rossignol—. En un caso así se utiliza la misma tabla para cifrar y descifrar. También es posible complicar la tarea del enemigo utilizando un repertorio de palabras desordenadas. Entonces necesitaremos dos tablas: una para cifrar y otra para descifrar. Aquí tenéis un ejemplo de la que yo utilizo para cifrar.

Escribió de nuevo unas cuantas líneas, que tendió a Louis.

Fronsac examinó las tres líneas sacudiendo la cabeza.

trampa 4367
piedra 1025
saquear 6884

—Es algo así como si utilizaseis una lengua extranjera —observó—. Vuestra codificación es una especie de diccionario...

—Exacto.

—Pero si vuestros adversarios se hacen con el diccionario, ¿estáis perdido!

—En efecto —corroboró un compungido Rossignol—. Supongo que sabéis que la caja fuerte donde se encuentran esos repertorios tal vez haya sido abierta...

—Me he enterado, sí. Pero los registros no han sido robados, según me ha asegurado el señor de Brienne.

—¡Afortunadamente!

—¿Pero habrán sido copiados enteramente?

—Enteramente es poco probable. Sería demasiado largo, pues son bastante voluminosos. Pero una pequeña parte, no es imposible...

—¿Cuándo se sacan y se devuelven a la caja fuerte los registros?

—Cada mañana, acompañado de un oficial, voy a la caja fuerte del señor de Brienne y saco mis códigos —hay dos juegos—, así como los despachos en espera. Los confío a los encargados de codificarlos, a los que iremos a ver ahora mismo —añadió señalando una puerta medianera—. Los polígrafos han de pasar necesariamente por mi gabinete. Si precisan salir, un guardia los acompaña. Durante su trabajo, se vigilan mutuamente y no podrían copiar discretamente los códigos o los despachos.

»De cuando en cuando recibo una carta para cifrar, que trae un oficial o el ministro en persona. Se la doy a un polígrafo, que me la devuelve cuando ha terminado. Llamo entonces a un oficial, que la devuelve a quien me la ha hecho llegar. A continuación, las cartas cifradas son expedidas por estafetas, pero eso ya no es asunto mío. Por la noche, al acabar la jornada, coloco yo mismo en la caja fuerte los despachos que no han sido codificados enteramente, así como los repertorios.

Louis meditó un instante antes de preguntar:

—¿Estáis seguro de que ningún polígrafo puede copiar un despacho para llevárselo?

—Seguro, seguro, no. Pero tienen el papel tasado y la obligación de devolver los borradores. Sin embargo, no puedo asegurar que uno de ellos no traiga consigo una hoja en la que tomar notas a espaldas de los demás. Sería difícil, pero no imposible. Nuestro espía puede también aprender de memoria un texto o elementos de los repertorios.

—¿Hay alguna razón para que sean cuatro? ¿Tantos son los despachos que hay que codificar?

—En primer lugar, porque de esa forma se vigilan entre sí. Y luego porque hacen algo más que cifrar. Tenemos también muchos despachos, habitualmente arrebatados a los correos que los transportaban, o cogidos en los campos de batalla, que nos traen para descifrar. A veces es muy sencillo, otras imposible. De modo que tenemos, permanentemente, decenas de cartas cuyo trabajo acometen por turno. El descifrado es un arte difícil, que aúna ciencia y estrategia, y necesita de mucha paciencia; hay que elegir un ángulo de ataque, luego tantear con un número pavoroso de combinaciones. Es muy lento y enojoso.

Louis asintió con la cabeza. No tenía ninguna otra pregunta de momento.

—Me gustaría ver a vuestros amanuenses, pero sería preferible que ellos no me reconociesen luego.

—No os preocupéis —sonrió Rossignol—, la habitación en que trabajan es bastante oscura y no tienen más que un fanal. Ni siquiera lograrán distinguiros si permanecéis en el umbral. ¿Queréis verlos ahora mismo?

—Me gustaría. El señor de Brienne me ha dicho que el tiempo apremia.

—Antes de entrar, dejadme que os haga una somera descripción, para que sepáis a qué ateneros —sugirió Rossignol—. En la pieza, veréis dos hileras de mesas. (Acompañaba su discurso de ademanes, dibujando mesas imaginarias en su escritorio). En la primera, y hacia la izquierda, se sienta Charles Manessier. Es un pariente lejano de mi hermana, o, más exactamente, de la primera hija de mi padre. No mucho más joven que yo, se parece a mí en su forma de abordar el descifrado de las cartas. Era amanuense en un banco antes de que yo le propusiese trabajar aquí. Su único defecto consiste en un gusto desmedido por la elegancia, cosa que no se corresponde con su rango, pero es muy serio y riguroso. A su lado, está Guillaume Chantelou, mucho más joven. Un chico muy devoto, emparentado con la familia del

señor Sublet des Noyers, quien lo hizo entrar en el servicio, hace unos meses, cuando era superintendente de Edificios. Es fácil de reconocer, pues su rostro está picado de viruela. Lleva también un bigotito ralo.

»En la segunda mesa, justo detrás de la primera, veréis, a la izquierda, a Simon Garnier, que tendrá unos veinticinco años. Es un hugonote que procede de una familia de pintores, alguno muy talentoso en el descifrado. Tiene una especie de don para descubrir claves de cifrado. Dones de artista, sin duda. Nos fue recomendado por el señor Servien, que conoce mucho a su hermana, y trabaja a mi servicio desde hace unas semanas.

Rossignol levanta una mano girándose.

—¿Veis ese cuadro? Lo pintó su hermana Louise. Me lo ha regalado para agradecérmelo.

Louis observó con interés la pintura. A primera vista, se podría pensar en una obra flamenca u holandesa, pero, examinándolo con más detalle, percibió la composición menos densa y los colores más limitados que en las naturalezas muertas holandesas. Los objetos representados eran, asimismo, poco numerosos: dos peces y un albaricoque colocados a la derecha de un cesto de mimbre con ramas de morera y frambuesa. Era un estudio muy despejado, muy elegante también y, sobre todo, muy personal. Pensó que la mujer que pintaba así debía de tener una mente rigurosa y armoniosa. Se dijo que le habría gustado conocerla.

—Por último —prosiguió Rossignol—, nos queda Claude Habert, un despistado de tomo y lomo, que lo olvida todo: su sombrero, sus papeles o sus llaves. En esas ocasiones lo revuelve todo, se embarulla, grita, se acalora, interpela a sus compañeros uno tras otro, acribillándolos a preguntas y culpándolos de que se lo extravían todo. Luego pregunta por sus guantes, que lleva puestos. Es tan delgado y anguloso que no me extrañaría nada que se olvidase de comer. Lo cierto es que no se interesa por ninguna otra cosa que no sean las matemáticas y se pasa las horas leyendo obras entre las más arduas de esta ciencia.

Se echa a reír levantándose.

—¿Sabéis que ha llegado a montarse en su caballo al revés?

Louis sonrió, mientras Rossignol bajaba la intensidad de los dos fanales de aceite posados en su escritorio para dirigirse luego hacia una puerta a su derecha, que abrió. Tras ésta, se hallaron ante una segunda puerta, también maciza, que abrió a su vez. Louis lo siguió. Había mantenido el sombrero calado, de tal forma que su rostro permanecía en la sombra.

Jueves, 5 de noviembre de 1643, continuación

—Señores, tenemos una visita que debe marchar dentro de unos días para nuestra embajada de Roma. Antes de su partida desea conocer un poco mejor la labor de los que cifran los despachos diplomáticos. No interrumpáis vuestro trabajo, es preferible que sigáis haciéndolo.

La oficina del Servicio de Cifrado era una pieza de dimensiones escasas con dos minúsculos ojos de buey por los que penetraba más sombra que luz, si bien es cierto que apenas había amanecido, llovía y el cielo estaba preñado de negros nubarrones.

Frente a la puerta por la que habían entrado —la única de la estancia—, se alineaban dos grandes mesas de pino, una delante de la otra. En cada una de ellas trabajaban dos hombres a la luz de candelabros con velas de cera y faroles de aceite. Uno escribía en una cuartilla con una pluma de oca, otro consultaba un voluminoso documento encuadernado en cuero. El tercero leía y el último dibujaba con carboncillo.

Encima de las mesas sólo descansaban unos gruesos volúmenes —sin duda los repertorios—, los tinteros, las plumas, los cortaplumas para afilarlas y las despabiladeras para cortar las mechas quemadas de las bujías.

En otra mesa, desierta, palmatorias y candelabros completaban la iluminación. La pieza era glacial.

Louis se quedó en el umbral, mientras los rostros de los polígrafos se alzaban hacia él, sorprendidos por la inesperada visita, satisfechos también por aquella interrupción que venía a romper la monotonía de su trabajo.

—Aquí ciframos los despachos —dijo Rossignol como si se dirigiese a Louis—. Os lo ruego, señores, seguid trabajando. Nuestro visitante parte enseguida y no os molestará.

Mientras hablaba el maestro, Louis examinó rápidamente a Charles Manessier. El sobrino político de Rossignol estaba dotado de una prominente nariz, un mentón huidizo y una frente achatada. Su rostro recordaba el de una rata, o más exactamente el de un hurón, un parecido acentuado por las patas de gallo del rabillo del ojo, que tenían un extraño color amarillo. De hermosos cabellos castaños, elegantemente ensortijados, una camisa de tela fina con puntillas en puños y cuello y un jubón de terciopelo negro con las mangas acuchilladas le daban, sin embargo, una expresión plena de rigor y seriedad. Resumiendo, su aspecto físico era el de un bribón, mientras que su indumentaria traducía el del hombre honesto.

Louis observó esa contradicción y se dijo que el señor Manessier era, en efecto, demasiado elegante para su rango. ¿Podía con sus emolumentos permitirse vestir así? Se prometió investigar sobre ello.

La mirada de Fronsac se deslizó entonces sobre su vecino, que había bajado los

ojos hacia el grueso volumen que consultaba. El pariente de Sublet des Noyers tenía el rostro demacrado y picado de viruela. Era el más alto de los cuatro. Su frente era amplia y despejada, con una corona de cabellos largos. Louis observó sus manos finas y notó una cierta afectación en sus movimientos. Pero esas maneras afectadas no lo llamaban a engaño: los escasos pelos que le quedaban, y que él había cortado en perilla y bigote como se acostumbraba en tiempos de Richelieu, no podían enmascarar su fealdad casi repulsiva.

Por su delgadez y elevada estatura, era fácilmente reconocible, a lo que había que añadir que llevaba una capa carmesí sobre los hombros.

Detrás de los dos hombres, Louis distinguió con más dificultad a Simon Garnier y a Claude Habert. El joven hugonote dibujaba, indiferente a aquella visita. De gran estatura, pero muy proporcionado, era rubio y no llevaba barba ni bigote; quizá fuese debido a que era demasiado joven para poder lucir una barba poblada. Fronsac se interrogó sobre lo que estaría haciendo. ¿Dibujar le daba ideas? Él conocía gente que necesitaba tener las manos ocupadas para pensar.

Bruscamente, Garnier levantó la cabeza y las miradas de ambos se cruzaron. Louis leyó en ella vivacidad, una dureza que incluso le sorprendió y lo turbó profundamente. La breve mirada que acababa de captar le daba la desagradable impresión de que el joven no era lo que parecía. Fronsac volvió los ojos con una sonrisa de compromiso y se concentró en el último amanuense sin poder evitar aquella sensación de malestar.

Claude Habert, el sobrino de la cuñada del señor Le Bouthillier de Chavigny, era más bien bajito, delgado y anguloso, pero muy distinto de Chantelou. Su rostro era pálido, casi diáfano. Había alzado los ojos del libro, pero su mirada permanecía vacía, evanescente, como si no recordase las razones por las que había suspendido la lectura. Sus cabellos, muy lacios, estaban sucios. La capa gris que llevaba sobre los hombros —hacía mucho frío en la sala— se ataba con dos hebillas, pero el cierre de una estaba fijado en la boquilla de la otra. Sus ojos volaron un momento hacia Louis y Rossignol, para enfrascarse inmediatamente en su obra. Louis observó entonces sus grotescas orejas, anchas y separadas de la cabeza.

Consideró que podría reconocerlos a todos, incluso de lejos. Pese a todo, impuso su voz para declarar en tono áspero:

—Os lo agradezco, señores, me alegro mucho de haberos visitado.

De vuelta al despacho, Louis había elaborado ya la primera parte de un plan.

—Señor Rossignol —preguntó, una vez que el jefe del despacho hubo cerrado cuidadosamente las dos puertas—, ¿podrías, con la aquiescencia del señor conde de Brienne, preparar un documento de aparente importancia y dárselo a cifrar desde hoy a vuestros colaboradores?

—Pues... Supongo que sí... ¿Qué queréis exactamente?

—Tender una trampa. El tiempo apremia, ya os lo he dicho. Podría seguir o hacer seguir a vuestros amanuenses durante semanas y no descubrir nada si nuestro Judas

no tiene información que transmitir. Pero si hoy ve pasar una carta de importancia capital, desde esta noche contactará con quien le paga. Yo puedo estar listo al mediodía. ¿A qué hora acaban ellos de trabajar?

—Depende. La mayor parte de los empleados acaban entre las dos y las tres de la tarde.

Louis asintió con la cabeza. De esa forma, tendría tiempo de ver a Tilly antes y de preparar la vigilancia de los polígrafos.

—Es perfecto. Dejados salir a las dos, si es posible. ¿Podéis hablar de ese falso despacho con el señor conde de Brienne a partir de ahora? Tendría que ser algo muy grave...

Rossignol dudó un instante antes de asentir con la cabeza.

—Puedo hacerlo, ya lo creo. Puedo reunirme con el señor conde a cualquier hora. Tendré aquí ese despacho dentro de una hora y les diré que debe expedirse urgentemente. Se lo daré a cifrar a los cuatro advirtiéndoles que me servirá, además, para controlar su trabajo. ¿Os parece bien?

—De maravilla.

Se levantó.

—Ahora debo preparar los siguientes pasos, volveremos a vernos próximamente, señor Rossignol. Una última cosa, sin embargo, antes de dejaros: ¿Sospecháis de alguno de vuestros amanuenses?

—¿Sospechar? En absoluto. No puedo permitirme acusar a nadie sin fundamento. Diría más bien que tengo confianza absoluta en el señor Manessier y en el señor Garnier.

Louis asintió en silencio.

No tenía la misma opinión que Rossignol.

Fuera, la lluvia era glacial. Louis se reunió con Gaufredi, que esperaba al lado de la carroza, cerca del cuerpo de guardia. Pidió al viejo reitre que lo condujese al Grand Châtelet, donde esperaba encontrar a su amigo Gaston de Tilly, comisario del barrio de Saint-Germain-l'Auxerrois.

Gaston era su viejo discípulo del colegio de Clermont. Hijo menor de una familia modesta, fue el padre de Louis quien lo ayudó a obtener un cargo de comisario investigador.

El joven Gaston —les había explicado a los regidores de la ciudad— sería un policía excelente. No sólo conocía perfectamente el derecho y las singularidades de las numerosas jurisdicciones parisinas, sino que tenía sobre todo el carácter obstinado y el vigor indispensable para aquel trabajo; los comisarios investigadores estaban continuamente en la calle para resolver asuntos criminales.

En aquella época, la patrulla municipal dependiente de los regidores, que había sido durante mucho tiempo la fuerza de policía principal de París, no desempeñaba ningún papel en el mantenimiento del orden, que era, sin embargo, garantizado por el teniente civil. No obstante, la voz de los regidores seguía contando, y, cuando

aquéllos propusieron a Gaston como investigador, Isaac de Laffemas, el teniente civil encargado por Richelieu de hacer reinar la ley en la capital, no dudó en aceptarlo. Nunca lamentaría su decisión.

Más tarde, Gaston recibió de Richelieu un despacho de teniente del ejército y dejó su cargo de comisario investigador. Hasta que, el año pasado, el amigo de Louis había sido nombrado, a propuesta de Mazarino, comisario con puesto fijo de Saint-Germain-l'Auxerrois^[20].

Por un edicto de 1337 de Felipe de Valois, se habían creado dieciséis cargos de comisario de policía, uno por cada barrio de París. Su título exacto era el de comisarios investigadores y examinadores, o simplemente comisarios examinadores. Por entonces estaban encargados no sólo de la seguridad de los parisinos sino también de todo lo concerniente a la policía de subsistencias, el aprovisionamiento, el respeto de los edictos, los fraudes en las reglas del comercio, el servicio municipal de limpieza y la higiene pública.

En varias ocasiones, los reyes de Francia habían creado cargos de comisarios extraordinarios. En todas ellas, los dieciséis comisarios de barrio se habían opuesto, hasta el día en que Francisco I creó dieciséis cargos suplementarios de golpe.

La oposición de los funcionarios con plaza fija había sido tal que, durante mucho tiempo se había distinguido a los antiguos comisarios, que tenían atribución de territorio —los barrios—, de los nuevos, que carecían de ella. Además, los antiguos eran nobles por su cargo; no así los nuevos, que se calificaban solamente de honorables y que no tenían título de examinador.

Para poner fin a tales querellas, varios fallos habían decretado que antiguos y honorables formasen un solo cuerpo y que todo nuevo comisario, fuese nuevo o viejo en el cargo, fuese examinado en cuanto a sus competencias jurídicas por el teniente civil. Finalmente, un fallo del consejo del rey había impuesto que no existía más que un solo cuerpo de comisario investigador y examinador. En el momento de nuestra historia, había cuarenta y ocho.

Sin embargo, por costumbre y uso inveterado, dieciséis de ellos estaban adscritos a un barrio en el cual, en principio, debían domiciliarse para trabajar. Los otros se dedicaban a tareas concretas ligadas a subsistencias, higiene, limpieza, navegación y comercio.

Contrariamente a la mayor parte de los comisarios, que trabajaban en su casa, Gaston había establecido su despacho en el último piso del Grand-Châtelet, una pieza tan oscura que nadie la quería. Cuando no estaba en las calles, era allí donde coordinaba la actividad de sus sargentos, soldados encargados de la vigilancia e investigación. Y Louis sabía que, en caso de no encontrarlo, le dirían dónde estaba.

La carroza descendió hasta el Sena y tomó la calle de Saint-Germain-l'Auxerrois para desembocar justo delante del Châtelet, antigua y siniestra fortaleza convertida luego en prisión y tribunal de policía. El coche enfiló el porche central para penetrar en el patio interior.

Antes de dejar el despacho de su padre, Louis había metido en una bolsa su jubón negro habitual y su viejo sombrero de ala ancha, más práctico en caso de lluvia. Durante el trayecto se había cambiado para convertirse en un ciudadano corriente. Incluso había retirado las cintas multicolores de sus puños de la camisa sustituyéndolos por sus lacayos negros. Una operación harto difícil con una sola mano, pero que él manejaba con admirable destreza.

Cuando la carroza se detuvo, metió su traje de seda en la bolsa y tomó el sombrero de su padre en la mano. No podía dejarlos en el coche, so pena de que se los robasen, y entregó todo ello a Gaufredi, pidiéndole que lo acompañase.

Los dos hombres se encaminaron a la escalinata y, habiendo pasado la oficina de los ujieres, atravesaron rápidamente el gran vestíbulo, una inmensa sala mal iluminada por velas encastradas en nichos de la pared. Con el mal tiempo, el lugar era particularmente sombrío.

Se dirigieron a continuación hacia los pisos. Los arqueros de guardia los saludaron sin hacerles preguntas. La mayor parte conocían a Louis Fronsac tanto por sus antiguas funciones de notario en el Châtelet como por ser amigo del comisario de Saint-Germain-l'Auxerrois.

Siguiendo un laberinto de pasillos y de escaleras, alcanzaron la galería donde se encontraba el despacho de Dreux d'Aubray, el teniente civil, pues desde allí, por una escalera de husillo, ganarían el despacho de Gaston, en el que entraron tras haber llamado Louis a la puerta.

Gaston se hallaba trabajando en un dossier. Al ver entrar a su amigo, su mirada se transformó de la inicial sorpresa en placer, y se levantó como un resorte para estrecharlo entre sus brazos.

Gaston era muy distinto de Louis. Elegante a su manera, el comisario llevaba desde hacía unos meses una banda de seda bordada que le servía de talabarte para su espada, pero, al contrario que su amigo, que vestía siempre con sencillez, generalmente de negro, Gaston prefería la ropa chillona, haciendo caso omiso a su forma o naturaleza, y era frecuente que su jubón o sus calzas estuviesen manchados o deshilachados.

Físicamente, además, los dos amigos no tenían nada en común, ningún parecido. El comisario era bajo, rechoncho y coloradote. Su nariz aplastada, resultado de una reyerta de juventud, hacía pensar en un hocico de jabalí, del cual, dicho sea de paso, Gaston tenía el temperamento coriáceo, combativo y tenaz, rasgos de carácter que lo habían llevado a ser el mejor comisario de la ciudad.

—¡Qué agradable sorpresa! —exclamó—. Te hacía en casa todo el invierno, como el castellano en que te has convertido.

—¡Ah! Ya veo que no estás informado. Pues te traigo unas cuantas molestias, amigo mío...

No pudo terminar su frase. La puerta se abrió a su espalda para dar paso a un individuo de rostro duro y gesto contrariado. Era Dreux d'Aubray, el teniente civil

del cuerpo de policía militar de París, que había sustituido desde hacía unos meses a Isaac de Laffemas, *el verdugo de Richelieu*^[21].

Aubray era un hombre de gran experiencia en el mantenimiento del orden. Experto en interrogatorios, había sido nombrado intendente de Policía, de Justicia y de Hacienda en Provenza, de 1629 a 1635, donde había dado muestras de una rara violencia durante los disturbios provocados por una reforma fiscal. Los acontecimientos se remontaban a catorce años antes, cuando, en 1629, el cardenal Richelieu había decidido unificar las reglas de percepción del impuesto directo de los pecheros. Hasta entonces, en los países de Estados^[22], es decir, los que poseían asambleas de comunidades (los Estados) y en general un parlamento, eran los tres estamentos, nobleza, Iglesia y pueblo llano, los que fijaban su asistencia financiera al soberano. El «Edicto de los Elegidos» debía poner fin a dicho privilegio.

El resultado de ello habían sido virulentas revueltas, tanto en Provenza como en Borgoña y el Languedoc. Dreux d'Aubray se había visto obligado a quedar varios años en su puesto de intendente de Justicia para asegurar la vuelta de la paz civil, pero había regresado finalmente, revestido de una sólida reputación de fidelidad y eficacia.

Fue entonces cuando Mazarino lo eligió para sustituir a Isaac de Laffemas, odiado por los parisinos y considerado partidario en exceso de los métodos sanguinarios del Gran Sátrapa.

—¡Señor Fronsac! ¡Ya aquí! —observó secamente el teniente civil—. ¿Habéis contado al señor de Tilly el motivo de vuestra visita?

—Todavía no, teniente. Os esperábamos a vos —mintió Louis sin ganas de exponerse a la susceptibilidad del teniente civil.

—Habéis hecho bien.

Aubray examinó el lastimoso estado de los sillones del pequeño despacho circular, buscando con la mirada un asiento no muy desvencijado, pues Gaston, en los momentos de cólera, la emprendía con el mobiliario. Fijándose finalmente en una silla que conservaba las cuatro patas, se sentó con precaución, antes de dirigirse al comisario.

—Acabo de recibir un despacho del señor Le Tellier pidiéndome que me ponga a las órdenes del señor Fronsac, que ostentará el título de comisario extraordinario. No tengo ninguna otra explicación, aparte de este documento para vos, señor Fronsac —precisó girándose hacia Louis.

Le tendió un pliego lacrado en rojo y anudado con una cinta de seda verde y luego apartó las manos como esperando una explicación.

Pliego en mano, Louis reconoció el sello del ministro de la Guerra. Valiéndose de la daga que Gaston utilizaba como plegadera, abrió la misiva.

Contenía unas breves líneas:

Nos, Michel Le Tellier, señor de Chaville, ministro de la Guerra, damos

todo poder al señor Louis Fronsac, caballero de Mercy, para tratar en nuestro nombre, con mando sobre las autoridades civiles y militares de París.

En París, en el mes de noviembre del año de gracia de 1643.

La misiva se completaba con un segundo sello de tres lagartijas en palo, coronadas con tres estrellas de oro. Las armas de la casa Le Tellier.

Louis tendió la carta a Dreux d'Aubray. El teniente civil la leyó, alzó una ceja inquisitiva y tal vez reprobadora y luego se la pasó a Gaston.

—El señor Le Tellier me ha pedido, en efecto, que me dedique a un difícil asunto de gran interés para él, teniente —dijo entonces Fronsac—. La única persona de la que puedo recibir ayuda es de mi amigo Gaston, motivo por el cual he solicitado al ministro de la Guerra que me ayude en mi encomienda. Esto durará sin duda unas semanas, y también necesitaremos de un arquero o un corchete. Mal que me pese, no puedo decir nada más.

—¡Muy bien! —exclamó Aubray, levantándose, sin disimular un gesto de despecho—. En tal caso, os dejo. Señor de Tilly, elegid al hombre que os convenga para ayudaros. No olvidéis traspasar vuestros asuntos a otro comisario.

Estaba visiblemente contrariado por no poder enterarse de nada más, pero también era un viejo servidor del Estado acostumbrado a obedecer y anteponer su deber a su amor propio.

—Una cosa más, señor comisario —añadió antes de salir—. ¿Podrías estar presente en la audiencia del sábado que yo presido, así como en la de mañana que administra el teniente criminal^[23]? Se tratarán varios asuntos de interés en los que vos estáis trabajando.

Gaston miró a Louis, que asintió con la cabeza. Prefería no procurarse la enemistad del teniente civil.

—Allí estaré, señor.

Juzgando que ya había dado suficientes muestras de autoridad, Aubray esbozó una sonrisa satisfecha y salió.

Mientras Gaufredi permanecía cerca de la minúscula ventana del gabinete, Louis se sentó en la silla que Aubray había dejado libre para decir:

—Evidentemente —empezó—, lo que voy a contaros a ambos no puede salir de aquí. Se trata del grave problema que afecta al señor Le Tellier...

Gaufredi conocía ya las razones de la visita de los ministros a Mercy, su amo se las había contado la noche misma de su visita. Sin embargo, prestó gran atención a las precisiones dadas por Fronsac y al relato de las entrevistas mantenidas esa misma mañana en el Palacio Real.

Cuando Louis hubo terminado, intervino Gaston:

—Explícanos ahora cómo piensas arreglarte para identificar a ese espía.

—Hemos de seguir a los cuatro polígrafos desde esta misma tarde. Antes o después, si uno de ellos es el traidor, se comunicará con la persona con la que se

cartea.

El comisario amagó un gesto de desacuerdo:

—¡Eso me parece muy aventurado! Nos obligaría a seguirlos durante días, y acabarían descubriéndonos. ¿No tienes el menor indicio acerca de la identidad del espía que organiza esas filtraciones?

Louis negó con la cabeza.

—Ningún indicio. Por eso he pedido al señor Rossignol que preparase un falso despacho, de magnitud tal que nuestro espía deseará contactar rápidamente con sus cómplices. Quizá esta misma tarde.

Gaston asintió lentamente esbozando una sonrisa pícaro.

—Comprendo. Y por eso necesitas una cuarta persona. Mas, para seguirlos, ¿cómo vamos a reconocer a nuestros sujetos? Sólo tú los conoces, tendrás que señalárnoslos con el dedo. Claro que si te han visto, desconfiarán...

—Nos situaremos estratégicamente, en el lugar de paso obligado de la salida de palacio. Esta mañana no me han visto, he permanecido en la sombra y luego me he cambiado de ropa. Éste es el jubón que llevaba —tomó la bolsa que Gaufredi había puesto cerca de la silla—, te lo dejo aquí en custodia. Os los iré señalando a medida que salgan de palacio y cada uno de nosotros seguirá a uno de ellos. Aun así, nos falta una cuarta persona. Encontrar el hombre idóneo corre de tu cuenta.

—El único en quien podemos confiar es en La Goutte —declaró Gaston sin dudar.

—¿Lo conozco?

—Lo has visto conmigo en alguna ocasión. Es un hombre de apariencia endeble, pero muy astuto y particularmente leal y discreto.

—¿Tiene algún vicio? —preguntó Louis—. No olvides que es un asunto confidencial. ¿Bebe?

—No. Ningún problema por ese lado. Pero es verdad que tiene uno: es un impenitente mujeriego, y como no es muy agraciado, todo su sueldo pasa a las ribaldas y libertinas de tres soles de la calle Pute y Muse o a las de las calles Grattecul y Tirevit^[24].

Louis dudó un momento. Un borracho habría sido imposible, pero aquel defecto no tendría consecuencias para el caso que los ocupaba.

—Confío en ti. ¿Tu hombre se encuentra en el Châtelet en este momento?

—Sí. Está de servicio en la galería. Voy a buscarlo.

Gaston volvió un rato más tarde con un arquero de calzas rojas y jubón azul flordelisado con galón de oro cruzado por una bandolera sembrada de estrellas de plata. Louis lo reconoció; lo había visto varias veces en el Châtelet.

Flacucho y recio, seco como un sarmiento, cabellos entrecanos y ralos, La Goutte era arquero de patrulla desde hacía diez años. Aunque poco robusto, era uno de los hombres que más apreciaba Gaston, pues no sólo le era fiel sino que tras su físico de alfeñique ocultaba una personalidad despierta y particularmente perspicaz.

El arquero, visiblemente intimidado, permaneció de pie ante la puerta mientras Gaston volvía a su despacho explicando solemnemente:

—La Goutte, ya conocéis a mi amigo Louis Fronsac, marqués de Vivonne y caballero de San Miguel. El señor Le Tellier acaba de encargarle una importante misión. Vos, como yo, estáis a sus órdenes.

—Señor marqués —se inclinó La Goutte, a la vez halagado, inquieto y curioso.

—Puedes confiar en él como si fuera yo mismo —anunció entonces Gaston a Louis—. Explícale lo que deseas hacer. La Goutte es una tumba, nada de lo que le digas saldrá de aquí.

—Confiaré en vos, La Goutte. Pero habéis de saber que se trata de una misión de capital importancia. No hablaréis de ella a nadie. La muerte sería un castigo muy dulce para quien nos traicionase o simplemente se fuese de la lengua. Sólo seremos cuatro en esta investigación: el señor comisario y yo, mi guardaespaldas Gaufredi, a quien ya conocéis, y vos mismo.

La Goutte dirigió una rápida mirada hacia el hombre de temible apariencia que toqueteaba maquinalmente la daga terciada en su talabarte, justo por encima de su espada. Gaufredi consideró también al arquero con una mirada feroz, antes de dirigirle una breve sonrisa cómplice.

—Esta tarde, cada uno de nosotros habrá de seguir a un hombre —continuó Louis—. Os indicaré el vuestro. Es probable que uno de ellos haya robado una importante misiva al Ministerio, en el Servicio de Cifrado del señor Rossignol. Ese individuo podría estar en relación con una red de espías españoles, o de otro país. Para la vigilancia dejaréis el uniforme y os vestiréis con sencillez. Intentad, sobre todo, pasar inadvertido. Observaréis todo lo que haga vuestro sospechoso. En particular, si habla mucho o si entrega documentos a una tercera persona.

Se calló y miró al arquero inquisitivamente, esperando sus comentarios.

—Entendido, señor marqués. Es algo que ya he hecho. Podéis contar conmigo... Si asisto al intercambio, ¿debo intervenir, o hacer un informe?

—Nada de intervención. Sois policía y deo a vuestro criterio decidir si debéis seguir o no a quien reciba el documento. Pero ¡ojo!, porque puede tratarse de un intercambio verbal. Ante todo, queremos averiguar cuál de nuestros cuatro hombres es el traidor. La carta, si la hubiere, o la información que hará pasar no es más que un señuelo y carece de importancia.

—Sabré hacerlo, señor marqués —asintió el arquero.

Louis se volvió hacia Gaston.

—Los cuatro individuos que debemos seguir son, en primer lugar, Charles Manessier, muy elegante, cuarentón, pariente del señor Rossignol. A priori, poco sospechoso. Luego tenemos a Guillaume Chantelou, muy alto y delgado, marcado de viruela. Es pariente lejano de Sublet des Noyers.

—¡Un pariente del Jesuita Galocha^[25]! —ironizó Tilly—. Podría muy bien ser tu hombre. Sublet siempre ha defendido la posición española en el Ministerio de la

Guerra.

—Sin duda, pero olvidas su inveterada fidelidad a la monarquía, su constancia en la defensa del país y su celoso nacionalismo. Por otra parte, ha tenido a Rossignol a sus órdenes y, por aquel entonces, mientras él tuvo acceso a los códigos, no había filtración alguna en el Servicio de Cifrado.

—Es cierto. Bueno, pues, según eso, podríamos eliminar también a su pariente —propuso un Gaston conciliador.

—No se puede eliminar a nadie —replicó Louis sacudiendo la cabeza—. Pasemos al tercero. Me interesa mucho: se llama Garnier, tiene veinte años y es hugonote.

—¿Por qué te interesa? —preguntó Tilly, frunciendo el ceño—. ¿Crees que un hugonote podría transmitir secretos a España? Me extrañaría mucho.

—Nada debe extrañarnos, y tú deberías saber que las razones de actuar de los hombres, sus motivos para traicionar o mentir, raramente coinciden con su fe religiosa. Por otra parte, la provincia de Holanda, aunque protestante, busca la paz a toda costa con España. Por fuerza ha de haber relaciones entre los protestantes y la España católica.

Louis se concentró un instante antes de proseguir, tratando de recordar lo que había leído en los ojos del joven hugonote.

—Nuestras miradas se cruzaron y no me gustó lo que vi en ella —declaró al fin—. Ese protestante no es un simple amante de la lógica, que viva únicamente en un universo abstracto. Es un hombre de acción y estoy convencido de que disimula su verdadera naturaleza.

Gaston hizo una mueca burlona.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? ¿Es una intuición o una conjetura?

—¿Por qué sólo tú ibas a tener buen olfato? —sonrió Louis disimulando la irritación que le causaba su amigo siempre que proponía ese reparto de roles entre ellos: para él, la perspicacia, y para sí el instinto de caza del policía.

—De acuerdo. ¿Y el cuarto? —preguntó Gaston, poniéndose repentinamente serio.

—Se llama Claude Habert, es un pariente de Bouthillier de Chavigny. Por lo visto, es un despistado de tomo y lomo que va perdiéndolo todo por ahí. A priori, no lo veo robando los despachos, que seguramente extraviaría antes de llegar a enviarlos.

Se echó a reír de su propia broma, pero Gaston permaneció silencioso e impasible.

—Ése pica mi curiosidad —declaró finalmente el comisario.

—¿Por qué?

—¿Y si sólo representase un papel?

—¿Qué quieres decir?

—Un despistado puede olvidar fácilmente su sombrero y volver de noche a buscarlo. Si los guardias están acostumbrados a su distracción, si lo conocen bien, no

le prestarán atención...

Louis examinó un instante esa hipótesis, en la cual no había pensado. Gaston tenía razón y lamentó que no se le hubiese ocurrido a él.

—Es posible, en efecto —murmuró.

—¿Cómo vamos a repartirnos a los sujetos? —preguntó Gaston, visiblemente satisfecho por haber pensado en algo en lo que su amigo no había caído.

—Yo soy el único que puede reconocerlos. Si no salen juntos, esperaré a que el último se haya ido. A medida que dejen el Palacio Real, cada uno de vosotros seguirá a uno. Tenemos donde elegir. Si quieres, puedes quedarte con el despistado; yo con Garnier; Gaufredi y La Goutte seguirán a los otros dos...

Interrogó a cada uno con la mirada. No viendo en ellos ningún signo de desacuerdo, prosiguió:

—Evidentemente es necesario que no se percaten de nada. Volverán sin duda a su domicilio, quizá efectuando algún alto en el camino, visitando algún tendero. Pero uno de ellos tal vez se dirija a un lugar concreto, imprevisto, o aborde a alguien. Y tal vez sea nuestro felón. Así pues, habrá que quedarse detrás de cada uno de ellos hasta que vuelvan a casa, o hasta la noche. Nos encontraremos aquí mañana por la mañana para analizar la situación.

—Nuestro espía puede recibir una visita tardía en su casa —objetó Gaston—. Y entonces no habrá nadie para vigilarlo.

—Tienes razón, pero no somos bastantes para pasar la noche apostados en cada una de las casas que habría que vigilar. Y luego, no olvides que es necesario que prevenga a quien le paga de que tiene una información importante que transmitirle. Por tanto, esa gestión deberá hacerla él mismo.

Gaston no estaba muy convencido. Sabía que había muchos medios para prevenir discretamente a alguien. Tanto podía ser un jirón de tela en una ventana como un signo de reconocimiento cualquiera. Pero Louis tenía al menos razón en un punto: ellos no disponían de medios para hacerlo mejor.

—No me gusta nada dejaros solo, señor —gruñó Gaufredi—. Yo podría quedar con vos y el señor de Tilly podría pedirle a otro de sus hombres que me sustituyese.

—No —dijo Louis—. Cuantos menos estemos en el ajo, mejor será. Para esta travesía no hay riesgo alguno. Basta con seguir a una distancia prudencial. Mañana, quizá decidamos no vigilar más que a uno o dos sospechosos. De momento, os propongo que vayamos a comer todos juntos a la taberna de l'Épée de Bois^[26]; allí tomaremos un reservado y os describiré con detalle a todos y cada uno de nuestros sujetos.

Un poco antes de las dos, en el segundo patio del Palacio Real, Louis, Gaston, Gaufredi y el arquero La Goutte esperaban bajo el porche de una de las puertas situadas frente al antiguo palacio de Richelieu donde estaban instalados los servicios ministeriales. Envueltos en sus capas y cubiertos con un amplio sombrero, no era fácil distinguir los rasgos de su rostro. Louis no le quitaba ojo al pasadizo que llevaba

a la Galería de hombres ilustres y a los servicios del conde de Brienne.

A aquella hora, mucha gente salía apresuradamente, apretujándose unos con otros. Era el fin de la jornada de trabajo de funcionarios y amanuenses.

Un manto carmesí surgió bruscamente del pasadizo abovedado. El desconocido, muy alto, llevaba un sombrero de ala ancha que impedía ver su rostro, además de estar rodeado de un grupo compacto de personas. Se dirigía hacia el pasillo que llevaba a los *apartamentos del rey*. Louis dudó unos segundos. ¿Y si no era Chantelou? Sin embargo, tenía que decidirse...

—Ése es, Gaufredi, ¡es él! Es Chantelou, ¡síguelo! —murmuró.

Gaufredi asintió y se lanzó de inmediato tras el hombre del manto carmesí.

—¡Pardiez! ¡No estoy seguro de que sea él! —juró Louis con voz ahogada—. ¡No he logrado verle el rostro!

—Siempre pasa lo mismo —afirmó un Gaston fatalista, encogiéndose de hombros—. Los mejores planes nunca salen como estaba previsto.

Hizo una pausa y prosiguió:

—De todas formas, el pariente de Sublet des Noyers no me parece a mí que sea un buen sospechoso...

No pudo continuar, pues en ese momento apareció Manessier. Él, al menos, era perfectamente reconocible e iba solo. El pariente de Rossignol se detuvo un momento mirando caer la lluvia, temeroso sin duda de manchar sus carísimas ropas con el lodo de la calle. El estiércol de caballo parisino mezclado con toda suerte de deyecciones se pegaba de tal forma a los tejidos que no había forma humana de limpiarlo.

Manessier se quedó un buen rato inmóvil, dudando. Finalmente, tras un minuto de vacilación, se decidió y, a grandes zancadas, tomó la misma dirección que el hombre del manto carmesí.

—La Goutte, ¡ahí va el vuestro! —exclamó Louis.

El arquero, embozado en una vieja capa grisácea y un informe sombrero, partió a su vez bajo la lluvia.

—Sólo quedan dos sospechosos —declaró Gaston con una sonrisa—. ¡Esto va viento en popa!

Los dos últimos polígrafos aparecieron en ese instante: iban juntos y era imposible equivocarse sobre su identidad. Primero porque el hugonote le llevaba una buena cabeza al despistado, y luego porque los cabellos pajizos de Garnier salían abundantemente de su sombrero y el rostro macilento de Claude Habert, encuadrado por sus inmensas orejas, atraía poderosamente la atención.

El sobrino de Bouthillier de Chavigny miraba caer la lluvia con un embeleso que parecía hechizarlo.

—¡Ni que no hubiera visto llover nunca! —protestó Gaston entre dientes.

Finalmente, los dos jóvenes se ciñeron sus capas y se dirigieron hacia ellos. Louis comprendió de inmediato que, para protegerse de la lluvia, iban a abrigarse bajo las arcadas de la fachada de los apartamentos del rey y que saldrían por lo alto del jardín

siguiendo la morada de la regente: a lo largo de esa fachada, una pequeña cornisa servía de protección de la intemperie.

Y ése era el lugar donde ellos se encontraban. Louis reaccionó de inmediato: cogiendo de ganchete a Gaston, y dando la espalda a los cifradores, subieron rápidamente a lo largo de la fachada para colarse por la primera puerta abierta a su derecha.

Dos jinetes del cuerpo de caballería del rey que montaban guardia se adelantaron para interrogarlos sobre su precipitación. Mientras Gaston seguía con la mirada a los dos jóvenes, que proseguían su camino, Louis sacó el salvoconducto de Le Tellier. Uno de los dos guardias, que sabía leer, se inclinó con respeto después de haberlo leído.

—Estamos a sus órdenes, señor, pero no podemos dejar el puesto. ¿Queréis que os lleve ante mi oficial?

—En absoluto. Nos hemos metido aquí para despistar y no ser vistos.

Louis volvió con Gaston, quien le señaló a los dos amanuenses, que seguían su camino. Dejaron pasar un minuto antes de salir.

El lado norte del gran patio interior estaba cerrado por rejas, abiertas a esa hora, que daban sobre el jardín.

En aquel momento estaban siendo franqueadas por Garnier y Habert, que caminaban juntos.

Discutiendo amigablemente y, por lo visto, ajenos a la lluvia, los dos amanuenses subieron una calle de grava casi hasta lo alto de los jardines; luego, una vez pasado el estanque llamado el Rond-d'Eau, torcieron a la izquierda hacia la calle Traversière. Allí se detuvieron un rato para intercambiar todavía algunas palabras antes de separarse.

Claude Habert se adentró en la calle du Hazart y Simon Garnier siguió por la calle Traversière. Un simple intercambio de miradas fue suficiente entre él y Gaston para que Louis se fuese a la caza de Garnier, dejando a Habert para su amigo.

La calle du Hazart llevaba ese nombre por un primer garito allí instalado en 1629^[27]. Enseguida conoció una gran afluencia de gentes de calidad que iban allí para intentar su suerte o para encanallarse. Poco a poco, otros establecimientos del mismo tipo habían visto la luz en la callejuela, que contaba ahora con reputadas salas de juego.

Gaston, encargado de la vigilancia de aquella clase de establecimientos, no conocía sin embargo ninguno, pues su oficio se circunscribía únicamente al barrio de Saint-Germain-l'Auxerrois y el Louvre. Pero el comisario de Saint-Honoré y del Palacio Real le había informado varias veces de sus preocupaciones concernientes a dichos establecimientos, frecuentados a la vez por gentes de la alta aristocracia, ricos financieros, pero también por la más vil canalla y, por descontado, por todo género de prostitución.

Gaston se preguntaba si el despistado Habert entraría en uno de esos garitos, en

cuyo caso aquél era su hombre.

Pero nada de ello se produjo y el pariente de Bouthillier de Chavigny prosiguió tranquilamente su camino por la calle Thérèse, antes de adentrarse en la calle des Moulins, que, en realidad, no era más que una torrentera, flanqueada por casas dispersas, molinos y algunas posadas con sus respectivas cercas. En los solares circundantes, los duelistas solían ser tan numerosos como las mujeres del partido, cuyos retozos furtivos tenían lugar en torno a las ruinas de las antiguas fortificaciones levantadas por Étienne Marcel.

Habert penetró en una enorme posada aislada.

Gaston la conocía: era la hostería de Holanda, un establecimiento frecuentado sobre todo por los comerciantes bátavos de paso en París.

Aguardó un rato en la calle, bajo la lluvia, pero, como Habert no salía, se decidió a entrar en el establecimiento.

La calle Traversière estaba bordeada de residencias variopintas. Muchas no eran más que viejos caserones destartados, estrafalarios y hundidos, construidos a toda prisa en una mezcla de adobe y paja reforzada con entramado de madera cuyos pisos estaban edificadas en voladizo. Allí donde las más viejas casas se habían hundido, ambiciosos financieros, ricos mercaderes o tratantes insolentes empezaban a levantar elegantes y sólidas casas de piedra, ladrillo y pizarra.

Garnier se detuvo ante la primera y, tirando del cordón, llamó a la puerta. Un portero, o un criado, acudió a abrir y el joven entró.

Louis se acercó. Era una casa de dos pisos de piedras blancas recién construida. Pero ¿era aquél el alojamiento del joven o iba a visitar a alguien?

A unos pasos de allí abría sus puertas el tenderete de un remendón cuyo tejadillo estaba alzado. Louis buscó en él un abrigo provisional contra la lluvia, que ahora arreciaba.

El escaparate de la tienda no era más que una simple doble ventana separada por un listón de madera. Estaba protegida por un postigo que se abría horizontalmente. La parte más estrecha del postigo formaba un mostrador y la parte más ancha constituía un tejadillo. Sobresaliendo de la fachada, una gruesa bota de madera, la enseña del artesano, rechinaba zarandeada por la lluvia.

Las ventanas, vidriadas con pequeños cristales, estaban cerradas, pero se distinguían en el interior del taller dos o tres sombras, sentadas, trabajando.

Mientras Louis esperaba a que escampase, dudando si entrar en la casa, una de las ventanas se abrió. Era el maestro artesano, zapatero de viejo. Dos de sus aprendices se hallaban tras él, sentados en un banco.

Todos iban revestidos con un gran delantal de cuero. Botas y zapatos ya reparados colgaban del techo, así como algunas piezas de cuero. Un remendón no tenía derecho a fabricar zapatos, salvo aquéllos, muy ordinarios, destinados al pueblo llano. La confección del calzado nuevo era un privilegio reservado a los zapateros.

—¿Me permitís que me resguarde un momento? —preguntó Louis al remendón.

—Por supuesto —dijo el hombre untando de pez el hilo que tenía en la mano para coser la suela—. Habéis echado a perder vuestros zapatos con todo ese barro.

El artesano, de aspecto jovial y bonachón, pasaba de la cincuentena y sus cabellos blancos formaban una corona en torno a su gorro.

Louis bajó los ojos. Sus elegantes zapatos de corte, tan caros, no eran más que un amasijo de barro y excrementos.

—Me temo que sí.

—¿No tenéis botas?

—No, desgraciadamente. No me esperaba tanta lluvia.

—Pues yo tengo aquí algunas en buen estado, si os interesa —propuso el artesano señalando los bajos de las botas colgadas del techo.

Louis las examinó de lejos. Parecían sólidas y de buena factura.

—¿Por qué no? ¿Cuánto pedís por ellas?

—Entrad y dejadme ver vuestros zapatos —sugirió el remendón.

Se desplazó hasta la puerta de la tienda, que abrió. Louis entró en el local, donde reinaba un dulce calorillo gracias a un pequeño brasero, así como un agradable olor a cuero y betún. Sacó un taburete de tres pies, se sentó y le quitó uno de sus zapatos enfangados, que tendió a uno de sus aprendices.

El muchacho raspó el barro con una chaira y luego midió el zapato con un cartabón. A continuación descolgó dos pares de botas que tendió a su maestro, el cual abandonó su tarea para acercarse a su cliente.

—Cualquiera de éstas os irán como anillo al dedo.

Louis las examinó. No eran nuevas, pero su cuero era grueso y bien cosido, y él tenía los pies helados en sus zapatos. Para el viaje de Mercy a París había llevado un viejo par de botas y aquéllas las sustituirían a las mil maravillas.

—¿Cuál es su precio?

—Un escudo de plata por las dos.

El hombre era honrado.

—Con un solo par me arreglo, pero por ese precio me limpiaréis también mis desastrados zapatos.

Louis sacó un escudo y eligió uno de los dos pares, el que tenía grandes vueltas al estilo napolitano. Estaban algo pasadas de moda pero se podían poner, cosa que hizo tendiéndole el otro zapato al aprendiz para que se lo limpiase. El remendón le dio la vuelta del escudo.

—Busco una casa que han puesto a la venta —prosiguió comprobando la comodidad de las botas secas—. Me habían hablado de aquélla —por la ventana todavía abierta señaló el edificio donde había entrado Garnier—, pero al parecer se trata de un error.

—¿Esa casa? —preguntó asombrado el remendón—. ¡Pero si no está en venta! Está habitada por Étienne Girardot de Chancourt, un tratante de madera que ha hecho fortuna. Él mismo la hizo construir el año pasado y ya vive ahí con toda su familia.

—Ya me parecía —aprobó Louis con aire de entendido—. Me pareció ver a su hijo o a su hermano hace un momento.

—No tiene hijos. Debe de ser uno de sus cuñados, Simon o Isaac.

—Quizá, no estoy muy seguro, a decir verdad.

—Son los hermanos de su mujer. Una buena familia como las de antes. ¿Sabía que ella pinta?

—Lo ignoraba. Sólo había venido aquí porque me habían hablado de una casa en venta. ¿Y decía que pinta...?

—Cuadros. Los he visto en su casa, son muy hermosos. De frutas, sobre todo.

—¿Isaac y Simón, decís? ¿Son protestantes?

—Como casi todo el mundo en esta calle. Con todos los holandeses que viven por aquí, es un barrio hugonote.

Louis asintió. Había obtenido la información que buscaba.

Comprendiendo que ya no le sacaría nada más, le dio un sol al aprendiz, que le entregó sus zapatos limpios, y salió.

Gaufredi había visto al hombre del manto carmesí salir del palacio a pie y tomar la calle Saint-Honoré.

Menos mal, porque iba a pie, y si el hombre al que debía seguir hubiese tenido un caballo en una de las caballerizas del palacio, o en cualquier cuadra de una posada cercana, habría tenido que correr tras ellos.

Lo habían comentado hasta la saciedad en la *Épée de Bois*: ¿Debían tener caballos preparados? Aquello habría complicado la vigilancia, pues un hombre a caballo es más fácilmente reconocible y no puede quedarse discretamente en una esquina de la calle al acecho. Lo más probable, había decidido Louis, era que los polígrafos viviesen en París y volviesen a casa a pie. Lamentaba no habérselo preguntado a Rossignol. Gaston y La Goutte habían asentido; a pie, siempre se podía seguir a un caballo, mientras se quedase en la ciudad, y hacerlo con discreción.

El hombre del manto siguió por la calle Saint-Honoré hasta la calle Roulle, donde el presumido polígrafo torció hacia el Sena, tomó la calle de la Monnaie y atravesó el río hacia el Pont-Neuf.

Parecía llevar prisa, pero es verdad que aquel orvallo fino y glacial no animaba a callejear, y los habituales espectáculos de titiriteros y domadores de osos estaban desiertos. Gaufredi se mantuvo a prudente distancia sin perder nunca de vista al del manto carmesí. Sus botas estaban enfangadas hasta las rodillas, y cuando las suelas lo hacían resbalar en aquella mezcla de lodo y barro, juraba en voz baja.

Manto carmesí siguió los muelles hasta el Petit Châtelet y remontó la calle Saint-Jacques antes de tomar por la calle de la Bucherie. Allí se dirigió hacia la plaza Maubert, para girar luego bruscamente en la calle Perdue^[28].

La calle Perdue estaba constituida por casas de armadura, de madera, adosadas unas a otras. Pocas sobrepasaban los dos pisos, pero como éstos estaban todos en saledizo, la calle era una especie de angosto y tenebroso pasillo. Para Gaufredi era

una ventaja, pues apenas se le veía. Aun girándose, el hombre al que seguía no habría apenas podido verlo, sobre todo porque ahora un rebaño de cabras los separaba.

Caminaban ambos por un flanco de la calle no pavimentada, protegidos de la lluvia por los pisos en voladizo. En medio de la vía, un flujo viscoso de inmundicias y deyecciones bajaba perezosamente hacia el Sena despidiendo efluvios nauseabundos.

Bruscamente, el hombre del manto carmesí desapareció de la vista de su seguidor. El exreitre apretó el paso tratando de abrirse camino en medio de un tropel de cabras baladoras.

Sobrepasado por fin el rebaño, constató entonces con estupefacción que no había nadie.

¿Qué clase de truco era aquél?, se inquietó el viejo soldado.

—¿Pero no había un hombre delante de nosotros? —se preguntó en voz alta al lado del pastor.

El otro lo miró estúpidamente sonriendo de oreja a oreja y sacudiendo negativamente la cabeza.

Sin duda sólo hablaba su dialecto.

El Sena estaba demasiado cerca para que el hombre del manto pudiese desaparecer así. Gaufredi volvió atrás para descubrir de repente una cabra saliendo de una puerta cochera donde había debido de extraviarse. Avanzó hacia el porche, cegado por la tromba de agua. Era un pasaje hacia un patio interior todavía más sombrío que la calle.

Estaba vacío.

Varias puertas daban al patio, donde se alzaba una pila de estiércol del que rezumaba un líquido pestilente. Gaufredi fue una por una, golpeándolas e intentando abrirlas. Estaban todas sólidamente cerradas. ¿Sería que el hombre había entrado en su casa?

Se dejó llevar por la cólera, y luego por el despecho y la vergüenza de no haber sabido llevar a cabo su misión. El agua chorreando de su sombrero bañaba su rostro, dando la impresión de que lloraba. En ese momento, vio salir una sombra de un rincón, no lejos de él. Era un arrapiezo en harapos.

Gaufredi se precipitó hacia él:

—¿Hay un callejón en el lugar de donde vienes?

—Sí, señor, hacia la calle de Bièvre.

Gaufredi salió disparado. Manto carmesí se habría dado cuenta de que lo seguía y habría utilizado aquella estratagema para despistarle, pensó. Se juró en voz baja que cuando lo atrapase lo haría picadillo.

En la calle de Bièvre vio a varios caballeros subiendo hacia la plaza Maubert, un carro de bueyes, así como a unas cuantas personas a pie apresurándose para volver a sus casas.

¡Ni rastro de Manto carmesí! Sin embargo, había transcurrido muy poco tiempo

desde que lo había perdido de vista. Gaufredi dudó: ¿Debía ir hacia el Sena o subir hacia la plaza?

¿Qué habría hecho él si hubiese estado en el lugar de Manto carmesí? Se dijo entonces que si el hombre lo hubiese descubierto, habría girado para despistarlo, y luego habría subido hacia la plaza Maubert. Echó a correr en esa dirección, no dudando en salpicar o empujar a los viandantes que no se apartaban rápidamente de su camino.

Cerca de la plaza, se dio cuenta de que su propia capa escarlata y su sombrero de pluma quizá lo habían traicionado. Pese a la lluvia, se sacó la capa y la enrolló a su espalda, y a continuación arrancó la pluma del sombrero.

Entonces se dio cuenta de que el polígrafo del manto carmesí entraba en una tienda.

El viejo reitre esbozó una mueca de alivio. ¡Todavía no había nacido nadie capaz de engañar al viejo Gaufredi!, se dijo con satisfacción.

Se acercó con la mayor de las discreciones. El puesto parecía cerrado. A través de la ventana de pequeños cristales esmerilados, se vislumbraba el débil y vacilante resplandor de una bujía. Un letrero crujía lúgubrementemente por encima de la tienda: un gran libro de madera sobre el cual habían pintado una loba amamantando a dos niños.

Logró leer lo que estaba escrito en él, en letras góticas:

*CHARLES DE BRESCHÉ
LIBRERO
AUX ARMES DE ROME*

Reculó unos cuantos pasos y se instaló bajo un saledizo, cobijándose de la lluvia. No tuvo que esperar mucho tiempo.

Manto carmesí salió y examinó un rato la plaza antes de partir hacia la calle Galande, la antigua vía romana que iba de la abadía de Saint-Germain a la de Saint-Victor.

Esta vez, Gaufredi se mantuvo a distancia, pues la calle era ancha y estaba casi desierta a causa de la lluvia torrencial. Distinguió sin embargo al bueno del hombre que giraba en la calle des Rats. Desde donde se encontraba, lo vio entrar bajo un porche, no lejos de la escuela de medicina.

¿Era allí donde vivía?

El viejo reitre se acercó con prudencia. ¿Sería un nuevo pasaje hacia otra calle?

El porche desembocaba en un pequeño patio enteramente cerrado. Una escalera de madera corría sobre la fachada del fondo y distribuía los pisos. Gaufredi entrevió el manto carmesí desapareciendo por un pasillo del segundo piso. Se cobijó bajo el soportal y esperó a que volviese a salir.

Permaneció allí cerca de una hora, varias personas entraron y salieron del porche sin reparar en él, o pensando simplemente que estaba resguardándose de la lluvia.

Finalmente, Gaufredi consideró que el hombre debía de vivir allí y volvió al estudio de la calle des Quatre-Fils.

En ningún momento se volvió el reitre Gaufredi. De haberlo hecho, habría advertido la discreta sombra que seguía sus pasos.

La Goutte seguía a Charles Manessier sin dificultad a lo largo de la calle Saint-Honoré. Al final de ésta, se adentró en el dédalo de callejuelas que permitía llegar a la calle des Lombards. El pariente de Rossignol caminaba a buen paso, muy tranquilo y sin volverse nunca.

Al final de la calle des Lombards, justo antes de enlazar con la calle de la Verrerie, giró hacia la calle des Arcis en dirección al Sena.

Unos efluvios acres y dulzones empezaban a reemplazar poco a poco la pestilencia de los excrementos de las calles, tan adherentes y opresivos cuando llovía. La Goutte no prestó atención a ello. Estaba acostumbrado. Sabía que se acercaban al barrio del matadero, donde se mataba, despellejaba y vendía el ganado y los animales para alimentar a París. Aquellos infectos olores eran los de la sangre y la muerte.

Llegando al Matadero Central —el principal mercado de carne del barrio—. Charles Manessier se puso de pronto a caminar con precaución. La Goutte comprendió enseguida por qué y no pudo disimular una sonrisa: a partir de allí, el flujo de lodo, alimentado por la lluvia, se volvía rojizo y manchaba todavía más la ropa.

El amanuense se detuvo ante un puesto de carne resguardado de la lluvia para comprar un trozo de cordero; luego fue a otro puesto instalado en el interior del mercado donde pidió una docena de tarros de sebo. El surtido y la venta de sebo animal para alumbrarse estaban, en efecto, reservados a los maestros carniceros.

La Goutte siguió con su persecución. Jiferos y desolladores interpelaban con familiaridad al pariente de Rossignol dirigiéndole amables pullas sobre su elegancia. Parecían conocerlo muy bien; el arquero supuso que no debía de vivir muy lejos.

Finalizadas sus compras y deslizadas sobre la capa, el amanuense volvió a la calle Planche Mibray. No hacía sino seguir la antigua vía galorromana que formaba la línea de demarcación de Lutecia. La Goutte supuso que pasarían el puente de Notre-Dame, pero Manessier se dirigió sin previo aviso hacia la calle de la Tannerie. Falsa alarma, pensó el arquero, porque sólo era para comprar allí el pan, pues enfiló enseguida el puente, en donde entraron uno tras otro.

Construido sobre sólidos pilotes endurecidos a fuego, el puente de Notre-Dame era considerado el más elegante y bonito de Europa. Su mampostería, de seis arcos, era de sillares y resistiría perfectamente los hielos a la deriva del invierno.

Con ocasión de su construcción, habían levantado sobre el maderamen del puente una doble hilera de edificaciones, a uno y otro lado de la estrecha calzada central. En total, sesenta y ocho casas de piedra y ladrillo, todas con su bodega y sus sobradillos. Cada una llevaba un número en la fachada inscrito en cifras doradas^[29].

Por el lado de la vía, las casas tenían dos pisos; en cambio, por la parte del río,

contaban con tres, pues la bodega estaba situada bajo el piso. Dichas dependencias eran muy codiciadas, pues los alojamientos eran excesivamente caros y muchas residencias se habían vuelto tiendas de lujo con su obrador abierto a la calle.

El sobrino del señor Rossignol se detuvo ante una casa en la que precisamente se ubicaba una tienda, sacó una llave de su jubón, abrió la puerta y se perdió en su interior.

La Goutte estaba perplejo: aquel hombre, elegante sin duda, mas pese a todo de baja condición, ¿cómo podía vivir en un lugar tan lujoso? ¿Iría a visitar a alguien? Pero, entonces, ¿por qué tenía la llave de la casa?

El arquero se quedó un rato ganduleando entre las tiendas sin quitar ojo a la casa. Dudaba si preguntarle a un artesano de cualquiera de los puestos, pues si Manessier lo veía, podría desconfiar.

—¡No hay herramienta como esta escalerilla que llevo a cuestas! —gritó una voz estentórea procedente del otro extremo del puente.

La Goutte se giró. Era un mozo de cuerda procedente de la plaza de Grève, que llevaba su cargamento de haces de leña a la espalda.

La leña a la venta era descargada en el puerto de la Grève y apilada en voluminosos haces. No podía ser vendida a ganapanes o a particulares hasta haber sido ajustada y calibrada por los oficiales del ayuntamiento encargados de controlar su volumen.

Los mozos de cuerda cargaban entonces todo lo que podían a su espalda y partían a hacer su ronda.

Al reclamo del leñatero, varias puertas se abrían. Las gentes salían a comprar la leña por la noche. La Goutte observó el mercadeo.

La puerta de Manessier se abrió también. Una criada de unos sesenta años, con mandil de tela, salió e interpeló al leñatero. La criada hizo entrar al homijero y el sargento vio detrás de la mujer al sobrino de Rossignol, que se había cambiado y llevaba ropa de casa. Se disponía sin duda a pagar la madera, y la sirvienta era su criada.

Fue suficiente para el arquero. Manessier vivía allí. Era inútil quedarse más tiempo.

La sala de la posada de Holanda no era muy amplia que digamos. Contaba con una docena de mesas ocupadas por hombres, la mayoría de los cuales fumaban en largas pipas de porcelana fabricadas en las Provincias Unidas.

Gaston recorrió inquieto el lugar con la mirada. El hombre al que seguía no se encontraba allí. Si el despistado era un verdadero espía, podía muy bien haber salido por otra puerta, en cuyo caso lo había perdido. Pero por otro lado se tranquilizó, pues eso querría decir que no tenía nada que ocultar.

Gaston se estremeció; estaba empapado y helado de frío. Viendo un lugar cerca de la chimenea, al lado de un voluminoso bátavo barbudo que vaciaba un gigantesco pichel, se instaló allí saboreando un instante el dulce calor del hogar. Su compañero

de mesa lo saludó con un estruendoso:

—*Goeden dag, vochitg, is het niet?*

Gaston asintió con la cabeza sin entender. Aquella posada no era frecuentada más que por súbditos de las Provincias Unidas. En el supuesto de que el distraído se alojase aquí, le haría falta una buena razón para ello. ¿Encontrarse con agentes holandeses, por ejemplo?

Se acordaba de lo que Louis le había explicado en la *Épée de Bois*. Las Provincias Unidas eran nuestras aliadas, pero una de ellas, Holanda, la más rica y poderosa, deseaba un tratado de paz rápido con España, incluso al precio de un vuelco de la alianza.

El comisario barajó algunas hipótesis mientras una sirvienta regordeta, cuyos lechosos senos desbordaban de su zagalejo atado con cordones, le traía un jarro de vino. Gaston, siempre tan sensible a los encantos femeninos, no prestó esta vez ninguna atención. No quitaba ojo a la escalera de madera que subía a las habitaciones.

—*Het is goed bier van Hollant!* —dijo su vecino asombrado al no verlo beber.

Esta vez Gaston comprendió y se llevó el jarro a los labios prosiguiendo con sus reflexiones.

El despistado, se dijo, debía de vender sus despachos a un agente holandés, el cual los enviaría acto seguido a España en el marco de un intercambio de buenos procedimientos —amor con amor se paga—, a fin de favorecer la firma de un tratado de paz. Sin duda, Claude Habert no vivía allí. Tendría una cita con un espía en uno de los cuartos.

¿Qué hacer?

Bebió unos tragos de cerveza agria y caliente. Su vecino lo interrogó de nuevo en un lenguaje gutural. Gaston asintió con la cabeza, dándole a entender que no comprendía ni papa de su cháchara.

¿Debía subir al piso?

De repente, Gaston se percató de la capa gris que descendía. En la penumbra de la sala, reconoció el rostro macilento del sobrino político de la cuñada de Bouthillier de Chavigny. Observó también que había cambiado de sombrero.

Claude Habert salió sin detenerse. Gaston se levantó de un salto, y, llamando a la mesera, le deslizó un sol en la mano antes de perseguir al joven.

El polígrafo, tras subir la calle du Moulin, tomó la calle Thérèse en dirección a la calle du Hazart. Gaston permanecía a una distancia prudencial, pues, con la que estaba cayendo, no había mucha gente fuera y temía ser descubierto.

En la calle du Hazart, una gran carroza estaba detenida delante de una elegante casa de piedra que contrastaba con las viejas edificaciones circundantes. Un lacayo de librea llena de galones esperaba delante de la puerta. Gaston apretó el paso, temiendo perder a su hombre cuando hubiese ganado la calle Richelieu, muy cercana y mucho más frecuentada.

Pero Habert se detuvo un momento cerca de la carroza y luego entró en la casa de piedra.

Calado hasta los huesos, Gaston esperó un rato antes de acercarse a la casa y a la carroza. Dos cocheros cubiertos de pesadas esclavinas enceradas aguardaban pacientemente. El lacayo se había colocado en un hueco de la entrada para resguardarse. Gaston se acercó a él.

—Busco a un amigo.

—¿Cuál es su nombre, señor? —preguntó respetuosamente el criado.

—El marqués de Fronsac.

—Su nombre no me dice nada, señor, os puedo asegurar que no está aquí esta noche.

—Me pareció reconocer su coche —repuso Gaston señalando la carroza.

—Estáis equivocado, porque ése es el coche del marqués de Avaux.

—¿El señor de Mesmes?

—¿Lo conocéis?

—Por supuesto, ¡quién no conoce al superintendente!

El lacayo, que en un principio se había mostrado desconfiado, pareció más conciliador con un hombre que tal vez frecuentase al superintendente de Hacienda.

—Estáis empapado, señor, ¿queréis entrar y guareceros un rato?

—Gracias, esta noche no. ¿Hay mucha gente?

—Como todas las noches —sonrió el lacayo apartando las manos en señal de evidencia—. ¡La señorita de Chémereault tiene siempre tantos admiradores! Aparte de que el señor de Avaux viene con todos sus amigos y su séquito.

Gaston asintió y se alejó hacia la calle Richelieu. Su colega el comisario del barrio Saint-Honoré, el señor Le Mercier, vivía en la calle Neuve-des-Petits-Champs, no lejos de allí. Decidió ir y presentarse en su casa.

Viernes 6 y sábado 7 de noviembre de 1643

Aún no habían dado las siete en Saint-Germain-l'Auxerrois y seguía reinando la noche cuando Louis y Gaufredi entraron en el lóbrego despacho de Gaston. El comisario y La Goutte los esperaban, sin poder disimular su impaciencia.

—¡Por fin, Louis! Se acabó lo que se daba. ¡Ya tenemos a nuestro espía!, ¡es el despistado!

Louis abrió unos ojos como platos, en un semblante a la vez estupefacto y dubitativo:

—¿Estás seguro?

—¡Completamente! —afirmó Gaston, en tono perentorio—. Déjame que te diga primero que La Goutte siguió al sobrino de Rossignol hasta su casa y no observó nada anormal en su comportamiento. Pero yo...

Alzó el índice con el gesto típico del sabelotodo.

—Bueno, ¿y a qué esperas? Cuéntame —propuso Louis sentándose en la única silla sólida mientras Gaufredi permanecía de pie, cerca del ventanuco, como de costumbre.

—Tú primero —sugirió Gaston, que deseaba prolongar el placer de su éxito—. Cuéntanos mejor lo que hizo ese hugonote que tan pérfido te parecía...

Ni que decir tiene que el amanuense que Gaufredi había seguido no le interesaba en absoluto. Tenía ganas de burlarse y de mostrar su ventaja.

Louis se encogió de hombros con indiferencia, pese a todo algo violento.

—Bueno, pues yo no he descubierto gran cosa, salvo que vive en una hermosa casa de la calle Traversière, perteneciente a su cuñado, un tratante de madera que se casó con su hermana. Ella es pintora. Rossignol tiene un cuadro suyo en el despacho, una hermosa pintura, por cierto. Tiene también otro hermano llamado Isaac.

—¿Y eso es todo? ¿Ya está? —ironizó Gaston con tono afectado.

—Todo. ¡Ah, no! Espérate, que se me olvidaba, también me he comprado un par de botas...

Mostró sus pies levantando ambas piernas.

Gaston observó las botas pensando que también él necesitaba cambiar las suyas, al mismo tiempo que enarcaba una ceja inquisitiva, sin saber muy bien adonde quería llegar su amigo.

—... en el taller de un remendón situado justo enfrente de la casa de Garnier —prosiguió Louis—. Deberías ir allí, no son caras, y son muy cómodas.

Se calló un instante, para añadir luego más serio:

—Pero deberías escuchar también el relato de Gaufredi. Creo que lo que le pasó a él es interesante.

—¿Habéis descubierto algo, Gaufredi?

—No lo sé, señor —respondió el reitre—. Sólo que el hombre al que yo seguía, el hombre del manto carmesí, intentó despistarme para meterse en casa de un librero.

—¡En casa de un librero!, que, como todo el mundo sabe, son peligrosos espías. Vuestro hombre habrá entregado a ese tendero escritos sediciosos. Ya sabemos de los tejemanejes de los libreros y los impresores de París con España para atraerse la benevolencia de la Inquisición y evitar así acabar en la hoguera —ironizó Gaston.

—No te burles, Gaston —replicó gravemente Louis—. Ha habido demasiados libreros condenados y torturados en la plaza Maubert.

El comisario se tragó su sonrisa.

—¿Entonces era en la plaza Maubert?

—Sí, señor.

—¡Vaya! Contádmelo todo, sin omitir detalle —ordenó con un tono en el que no quedaba ni pizca de chanza.

Era el policía el que acababa de hablar.

Cuando Gaufredi hubo acabado, Gaston balanceó un instante la cabeza, gesto que en él era un signo de interés y perplejidad.

—Nada prueba que ese hombre haya querido disimular su visita a una librería —dijo finalmente.

—Pero ¿por qué utilizar ese subterfugio? —preguntó Louis.

—Quizá porque se percató de que Gaufredi lo seguía y simplemente se asustó. No ignoráis, Gaufredi, y no os ofendáis, que vuestro aspecto es muy inquietante. Si no os conociese y os descubriese a mis espaldas, haría todo lo posible para deshacerme de vos.

Gaufredi se echó a reír con ganas y Louis lo imitó.

—Es, en efecto, un punto de vista que habrá que tener en cuenta.

—Y puede haber muchos otros —prosiguió Gaston—. Por ejemplo, que Chantelou haya pasado por ese patio porque quería ver a un amigo y, no hallándolo, hubiese vuelto sobre sus pasos por la otra calle.

Esta vez fue Louis quien hizo una mueca dubitativa.

—Y a propósito, ¿conoces a ese librero? —le preguntó Gaston—. Después de todo, eres tú quien frecuentas las librerías y quien conoce mejor ese mundo, tras haber pasado tanto tiempo redactando contratos de edición.

En los primeros tiempos de la edición, los libros eran impresos por cuenta de los autores y depositados en casa de los libreros, que eran meros intermediarios, y el autor seguía siendo el propietario de su obra.

Pero rápidamente los impresores, que se dedicaban sobre todo a la impresión de textos antiguos, griegos o latinos, compraron textos modernos a autores vivos. Los contratos eran redactados ante notario. Ésa había sido durante mucho tiempo la especialidad de Louis en el despacho de su padre, sobre todo de aquellos contratos cuya preparación era especialmente compleja.

En efecto, era imposible publicar un libro sin que fuese aprobado por la

universidad, es decir, por las autoridades eclesiásticas parisinas. La forma de dicho permiso había evolucionado con el tiempo y, tras las ordenanzas para la librería editorial de septiembre de 1563, un libro no podía aparecer en Francia hasta no haber obtenido una autorización real sellada con el gran sello del canciller.

Dicha aprobación se llamaba «privilegio real». En contrapartida, protegía al autor de cualquier plagio o imitación fraudulenta durante algunos años.

Las ordenanzas para la librería, de enero de 1629, comúnmente llamadas «Código Michau», formalizaban el dispositivo de vigilancia del libro sin menoscabo de los censores nombrados por el canciller, encargados de examinar todas las demandas de privilegio. Las obras que pretendían ser editadas debían también obtener el beneplácito de los síndicos de la Librería, muchos de los cuales estaban reagrupados en una temible y misteriosa sociedad secreta: la Cofradía del índice.

Salvados esos obstáculos, y habiendo obtenido el privilegio real, el autor podía cederlo, por contrato notarial, a un impresor, a cambio de una suma a tanto alzado dependiendo de su reputación de escritor. Evidentemente, si la obra se revelaba un éxito, ¡el impresor recogería él solo el beneficio!

En todos los casos, la suma tasada resultaba módica. Louis se acordaba de que en 1636 su padre le había contado que Benserade^[30] no había recibido más que 150 libras por su tragedia *Cleopatra* y que a Jean de Rotrou^[31], ese mismo año, le habían pagado 750 libras por cuatro obras.

—El librero se llama Charles de Bresche, y su tienda, Aux Armes de Rome, aunque yo nunca he oído hablar de él —aclaró Louis—. Pero me propongo hacerle una visita...

—Que no servirá de nada —sonrió Gaston con suficiencia—. Bueno, y ahora, ¿quieres oír lo que ha hecho nuestro despistado esta noche?

—Es tu turno —suspiró Louis.

—En primer lugar, ¡Claude Habert vive en la hostería de Holanda! —anunció Gaston a bombo y platillo.

Como nadie reaccionaba, repitió con énfasis:

—¡De Holanda! Un establecimiento frecuentado esencialmente por holandeses.

—Pero si trabajase para ellos —preguntó Louis—, ¿crees que sería tan estúpido como para alojarse allí?

Gaston se encogió de hombros.

—Esos tipos no siempre piensan en todo. Pero no acaba ahí la cosa... Después de entrar en casa y cambiarse, salió para ir a un garito: el Hazart.

—¿Juega? —se sorprendió Louis.

—Sin duda. Pero te confieso que no estoy muy seguro de que haya entrado en ese garito. Lo que es importante es que esa casa de juego la regenta la señorita Françoise de Chémernaut...

El comisario hizo un silencio efectista para subrayar la importancia del hecho.

—¿Quién es Françoise de Chémernaut? —preguntó Louis alzando las cejas.

Gaston suspiró.

—¡Pero tú en qué mundo vives! ¿De verdad no has oído hablar nunca de ella?

—Te juro que no.

—Pues verás: Françoise de Chémernaut procede de una vieja familia arruinada de Poitou, los señores de Barbezière. Llegó a París hace unos años con una mano delante y otra detrás. Se decía entonces que tenía por todo bien un asno y su belleza. Pero era una belleza increíble. En particular, una melena rubia tan abundante que sus admiradores la comparaban con una cascada de oro. Debido a su esplendor, obtuvo el sobrenombre de la Belle Gueuse^[32] Nuestra amiga tenía cuatro hermanos y venía a París a hacer fortuna, de modo que se presentó al hombre más poderoso de Francia para ponerse a su servicio, mientras que su hermano era paje en su casa.

—¿Richelieu?

—En efecto. El Gran Sátrapa adoraba a las mujeres, ya lo sabes. Cayó bajo su encanto y, habida cuenta la vieja nobleza de la dama, se le otorgó el cargo de dama de honor de la reina. Hablamos de la época en que la señora de Hautefort era la favorita del rey.

—Una ascensión rápida —observó Louis.

—Sin duda, pero había gato encerrado en aquella gratificación, un precio que habría que pagar de alguna forma, como para todos los que venden su alma al diablo. Sabes mejor que yo que Richelieu jamás hace un regalo. De modo que se convirtió en la espía del cardenal, a quien repetía fielmente lo que se decía y hacía en el entorno íntimo de la reina. Y luego, la señora de Hautefort cayó en desgracia^[33] y la Belle Gueuse con ella. ¿Traicionaba Chémernaut a Richelieu? Se rumorea que había sido seducida por el encanto del Caballerizo Mayor y que estaba informada de la conspiración que preparaba Cinq-Mars. Por amor, no se lo habría contado a su amo. Sea como fuere, el cardenal ya no tenía confianza en ella y la envió al convento del Cherche-Midi, y luego al exilio en su casa natal del Poitou. Pero a la muerte del Gran Sátrapa, la Chémernaut, como muchos otros caídos en desgracia, volvió a París. La reina se había opuesto al principio, enterada del triste papel de su dama de compañía, pero la Belle Gueuse tanto le suplicó —haciéndole saber que estaba en la miseria y que no venía a la capital más que a buscar marido— que la buena de la regente por fin acabó cediendo.

—¡La proverbial largueza de la regente! —observó Louis con una sonrisa irónica.

—En efecto. Le ha prohibido, sin embargo, aparecer por el Louvre y por la corte, pues no podía olvidar que la Belle Gueuse no era, en suma, más que una espía. Ahora bien, tras unos meses, la señorita de Chémernaut, financiada por no se sabe quién, abrió ese garito, el Hazart, donde vi entrar a tu amanuense.

—Una persona interesante —reconoció Louis tras un breve instante de reflexión—. ¿Cómo has sabido todo eso?

—Me fui a ver al comisario del barrio tras dejar el Hazart —confesó Gaston muerto de risa—. Pero no para ahí la cosa; verás: como todo establecimiento de

juego, ese garito debería estar fuertemente vigilado; sin embargo, el teniente de policía ha recibido orden de no interesarse demasiado, pues se habla de un matrimonio entre la Belle Gueuse y el señor de La Bazinière, el tesorero de la Corona. Al parecer ya es su amante, y si las bodas no se han celebrado todavía es porque el señor de La Bazinière desea que la señorita de Chémérault sea de nuevo admitida en la corte. Para ello, la Belle Gueuse, que tiene una bien ganada reputación de joven ladina, aparece en todas partes vestida muy sencillamente, en actitud melancólica y reservada.

Gaston hizo una pausa antes de reanudar su historia:

—Debo hablarte también de sus hermanos. Hay dos particularmente temibles: Charles de Barbezière, el mayor, y François, el más joven. François pertenece a un regimiento de Enghien, pero Charles está en París. Se las da de caballero, pues dice haber recibido la orden de Malta, pero, siendo su familia tan pobre, se ha quedado sin cargo ni función. Hoy es un espadachín dispuesto a todo para que su hermana triunfe. Es un hombre muy peligroso. Y, para acabar, ¿sabes quién frecuenta ese garito? ¿A quién vi ayer con mis propios ojos?

Louis sacudió negativamente la cabeza.

—¡A Claude de Mesmes, conde de Avaux y superintendente de Hacienda! — anunció triunfante Gaston—. ¡Uno de los plenipotenciarios elegido por Mazarino para el congreso de Münster!

Louis permaneció en silencio, reconociendo gustoso que Gaston había descubierto una pista sorprendente. Ahora la pregunta que cabía hacerse era ¿por qué había ido Claude Habert a ese establecimiento? ¿Para encontrarse con Claude de Mesmes? Eso no tenía ningún sentido. ¿Para jugar, simplemente? No era imposible. Louis sabía que las gentes diestras con los números utilizaban con frecuencia su ciencia para tratar de ganar en los juegos de azar. Pero muy bien podría ser para encontrarse con un diplomático extranjero, asiduo del garito, a quien le habría entregado el falso despacho. En ese caso, Gaston tenía razón, él era el Judas.

—Eso no es todo —intervino de nuevo Tilly—. Mi amigo el comisario me dijo también, de forma estrictamente confidencial, que el Hazart no es sólo un establecimiento de juego. Es también un burdel mantenido por la Belle Gueuse para gentes de calidad de la corte.

—¡Un burdel! No he estado nunca en un burdel —ironizó Louis—. ¿Por qué no vamos a visitarlo?

—Ahora mismo iba a proponértelo —dijo Gaston riéndose—. Me muero de ganas de encontrarme con tan bella dama.

Recuperando la seriedad, analizaron los pormenores del relato de cada uno. Louis interrogó varias veces a La Goutte buscando detalles ínfimos, pero parecía claro que Charles Manessier no se había encontrado con nadie a quien entregar el despacho, a no ser, claro, que su cómplice fuese un carnicero o un panadero. Por el contrario, el origen de su aparente riqueza suscitaba muchos interrogantes y Louis se prometió

enterarse y darles respuesta.

Así las cosas, la pista de el Hazart parecía la más prometedora.

El comisario recordó entonces que debía acudir a la audiencia criminal y que ya iba con retraso. Louis lo invitó a cenar al día siguiente en la casa familiar y, de paso, le haría el favor de llevarle el zurrón y el sombrero, que seguían en el despacho de su amigo, después de lo cual decidieron ir juntos al Hazart.

Durante dos horas, Gaufredi rehízo el itinerario de Manto carmesí, como llamaba al polígrafo al que había seguido.

Caballeros ambos en sus monturas, el reitre indicó a su amo la librería de la calle Maubert, el pasaje del patio que daba a la calle Bièvre, luego el soportal de la calle des Rats, que conducía al patio interior y a la escalera de madera donde se alojaba sin duda Guillaume Chantelou. Suponiendo que, en efecto, él fuese Manto carmesí.

De modo que, antes de nada, Louis quería asegurarse de que Manto carmesí era el pariente de Sublet des Noyers. Tras pedir a Gaufredi que se alejase —el viejo reitre era fácilmente reconocible—, esperó a pie, bajo el porche, a que se presentase alguien. Al cabo de unos minutos, una matrona seguida de un muchacho entró para dirigirse a la escalera de madera.

—Señora —la interpeló desde la sombra—, vengo de la abadía de Saint-Victor y busco al señor Chantelou.

—Vive aquí —respondió ella—. ¿Qué le queréis?

—Tengo que entregarle una carta.

—Dádmela a mí y yo me encargo de entregársela. Somos vecinos —aseguró, señalando el piso con un ademán.

—No es posible. Tengo que entregársela en mano.

—Trabaja en el Palacio Real y suele volver al anochecer —respondió ella encogiéndose de hombros—. Tendréis que volver más tarde.

Louis le dio las gracias antes de alejarse. Sin duda la vecina hablaría a Chantelou de su visita, pero había permanecido envuelto en su capa gris y con el sombrero hundido hasta las cejas. El porche estaba oscuro y la mujer malamente podría describirlo. Por otra parte, había desfigurado su voz. Aun en el improbable caso de que Chantelou fuese a Saint-Victor para informarse sobre aquella visita misteriosa, nada le dirían.

Fronsac se reunió con Gaufredi, que lo aguardaba más lejos. El viejo reitre escuchaba el ritornelo del estribillo de un pregonero de vino. Ataviado con una casulla bordada de oro con flores de lis, adornada con un san Cristóbal en la parte delantera —el uniforme de su cargo—, el veredero pregonaba a grito pelado, agitando una campanilla:

¡Al rico vino tinto!,
¡al fresco vino blanco!,
¡si vas al Buisson Ardent,
la pinta a dos blancas puedes beber!

Desde la Edad Media, los pregoneros del vino recorrían así las calles para advertir al público cada vez que un tabernero trasegaba una nueva barrica. Los pregoneros del vino, oficiales municipales, pagados con cuatro denarios al día, que ostentaban un cargo y su correspondiente uniforme, estaban encargados no sólo de anunciar el espiche de los toneles de vino, sino también de medir las cantidades despachadas por las tabernas a su cargo.

—Ya que acaban de abrir una barrica en ese figón —le dijo Louis a Gaufredi—, podemos ir allí a cenar y beber un buen vino.

Interrogaron al pregonero para conocer el lugar en donde se hallaba la venta y, siempre a caballo, se dirigieron al Buisson Ardent.

La taberna estaba situada del otro lado de las murallas en ruinas, no lejos de la abadía que se alzaba a un centenar de toesas de la puerta de Saint-Victor. Les sirvieron una copiosa comida regada con clarete de Meudon y, cuando hubieron apagado su sed y saciado su hambre, Louis decidió volver a pie a la librería Aux Armes de Rome.

—Lo mejor será dejar nuestras monturas en la caballeriza de la taberna y que entre yo solo —decidió—. No pienso correr ningún riesgo; tú te quedarás en las proximidades. Si no salgo al cabo de un cuarto de hora, intervienes. Confío en ti.

Gaufredi manifestó con una mueca su desacuerdo, pero no le quedó más remedio que reconocer que si acompañaba a su amo, y Chantelou había descrito a su seguidor al librero, sería identificado fácilmente. El viejo reitre aceptó, pues, esconderse con disimulo en un oscuro rincón de la plaza donde no perdería de vista el establecimiento Aux Armes de Rome.

Los libreros estaban obligados a residir en el barrio de la Universidad por gozar de los mismos derechos que los profesores. Muchos se habían instalado en la calle Saint-André-des-Arts, donde se hallaba la iglesia de su cofradía; otros tenían sus tiendas en la calle Saint-Jacques. Desde principio de siglo, algunos habían obtenido el privilegio de abrir su tienda en la gran galería del Palacio. Era el caso de Pierre Rocolet con el establecimiento Aux Armes de la Ville o el de Guillaume Loyson, en cuyo letrero se leía Nom de Jesus.

Aux Armes de Rome era la única librería de la plaza Maubert, debido a que era un lugar de infausto recuerdo para la profesión desde que los jueces de la Universidad habían quemado allí a Étienne Dolet^[34] por haber impreso libros considerados heréticos. Asimismo, unos años más tarde, habían quemado a tres protestantes

después de que el verdugo les hubiese cortado la lengua. Y a partir de entonces la plaza se había dedicado para la ejecución de las penas de los libreros o los impresores condenados por la Universidad.

Louis reflexionaba, al entrar en la tienda, que los libreros pagaban un precio muy alto por difundir el saber. ¿Por qué extraña asociación las preciosas de la tertulia de la marquesa de Rambouillet llamaban a las librerías «cementeros de vivos y muertos»?

El establecimiento estaba formado por dos piezas sucesivas, sólo una parte de cuyos muros estaba cubierta de estanterías. En las paredes exentas, eran cuadros lo que había expuesto. Sobre todo dominaban los temas bíblicos y religiosos.

El librero salió de la segunda pieza —sin duda la trastienda— al oír entrar al cliente. El exnotario quedó sorprendido. Se esperaba a un hombre de edad proveya, como muchos de los que conocía, pero tenía ante él a un joven fuerte, de cabellos rizados y mirada viva y chispeante, con una perilla y bigotes recortados en cuadrado siguiendo la moda de los gentileshombres italianos.

—Señor —saludó el librero, inclinándose muy ligeramente, marcando así su respeto hacia el visitante pero rehusando mostrar ninguna clase de servilismo.

—Señor —correspondió Louis, inclinándose a su vez— soy notario y me han hablado de vuestra librería en la galería del Palacio. Me han hablado mucho y bien.

—Me he hecho cargo de la librería de mi padre hace unos meses —explicó con amabilidad el joven—. Me comunicaron su muerte cuando estaba en Italia.

—¿Roma? —preguntó Louis examinando una *Vida de hombres ilustres*, impresa por Sébastien Cramoisy, que se hallaba en un anaquel.

—En efecto, he traído muchas obras de la ciudad eterna, así como unos cuantos cuadros que podéis ver en las paredes.

—De muy buena factura —juzgó Louis posando el libro y observando las pinturas—. ¿Y qué libros habéis traído de Roma?

—Sobre todo textos de iglesia, señor. Biblias, libros de horas e incluso misales. Mirad, aquí tengo unos libritos de misa a precio módico; los vendo sobre todo a gente del barrio, pues son obritas que se deslizan fácilmente en un bolsillo y que permiten orar en cualquier momento.

—Veo que también tenéis un bello volumen del señor Cramoisy, ¿lo conocéis?

—A veces voy a su tienda, en la calle Saint-Jacques, cuando mis clientes me piden libros griegos o latinos de la época. El que tenéis en vuestras manos procede de la Imprenta real del Louvre, del cual es director.

Louis asintió con la cabeza. Las preguntas no obedecían a otra cosa que a averiguar si el joven era realmente librero. Y ése parecía ser el caso.

—Mi esposa lee sobre todo novelas —dijo Louis con indiferencia—, esas «agradables mentiras», como se les llama en el salón de Arthénice^[35]. ¿Tenéis alguna?

—Muy pocas. Pero puedo conseguirlas y hacéros las llegar.

—Me gustaría regalarle un libro de «La señorita de Scudéry».

—¿Le gustan esa clase de novelas?

—Mucho.

—Entonces, tengo algo mucho mejor que «La señorita de Scudéry». ¿Queréis verlo?

Se encaramó en la escalera para bajar tres volúmenes en cuarto.

—Aquí tenéis dos novelas de Charles Sorel, señor de Souvigny. En ésta, *El pastor extravagante*, Sorel idea unos espejos mágicos que permitirían ver a distancia y espiar la vida privada de los vecinos. ¡Qué imaginación! ¡Como si tales máquinas pudiesen ser verosímiles! En esta otra, titulada *El correo verdadero*^[36], va todavía más lejos: Sorel narra un viaje por tierras australes cuyos pueblos disponen de una especie de esponjas que les permiten comunicarse a distancia.

Louis, intrigado, tomó el libro publicado por Toussaint du Bray, en la calle Saint-Jacques, y leyó un extracto:

«Algunas esponjas retienen el sonido y la voz articulada, como las nuestras lo hacen con los líquidos: de suerte que, cuando quieren mandarse algo, o charlar desde muy lejos, no tienen más que hablar cerca de una de esas esponjas y luego enviárselas a sus amigos, quienes, una vez recibidas, las oprimen suavemente, haciendo salir las palabras que tienen dentro, y enterándose por tan admirable medio de todo lo que sus amigos desean».

—¡Asombroso, en efecto! —exclamó—. Si tales esponjas pudiesen existir, ¡cuánto cambiarían nuestras vidas! ¡No tendríamos ya que escribir enojosas cartas!

—También tengo *Las galanterías del duque de Osuna, virrey de Nápoles*, del señor Mairet, una edición de Pierre Rocolet. A mis clientes les ha gustado mucho este último título, aunque no sea más que una comedia en verso.

—¿Cuál es vuestro precio? —preguntó Louis interesado en la obra.

—Muy razonable, puedo mandaros estas tres obras a casa. Que vuestra esposa elija la que le plazca y me devolvéis las que no quiera, con el pago correspondiente.

—Eso sería muy cortés. ¿Podría tenerlos el sábado por la tarde?

—Por supuesto.

—Entonces, de acuerdo. Me llamo Louis de Fronsac, y el despacho de mi padre está en la calle des Quatre-Fils. Todo el mundo lo conoce en el barrio, es uno de los primeros de París.

El joven librero ni se inmutó ante estas palabras. Se limitó a bajar la cabeza en señal de conformidad.

Louis se quedó todavía un momento examinando otras obras. Buscaba discretamente esos librillos de profecías o los memoriales de cábalas publicados por los que alentaban desórdenes, pero no veía nada comprometedor. Hizo unas cuantas preguntas más y se quedó completamente convencido de que el hombre era no sólo un auténtico librero sino que conocía perfectamente su oficio. No formaba parte de esos mercachifles de surtido que vendían almanaques y panfletos. No parecía un

espía, y, si Chantelou había entrado en su casa, con lo santurrón que era, sin duda había sido para comprar un libro de misa a fin de orar «en cualquier momento».

Fronsac se reunió con Gaufredi y volvió a la calle des Quatre-Fils mucho más tranquilo. Al llegar al patio del despacho se llevó la sorpresa de descubrir su carroza y a los hermanos Bouvier trasteando maletas. Julie acababa de llegar.

La encontró en la biblioteca en compañía de su madre y de Jean Richepin, el administrador de la casa, que ya había ordenado instalar una mesa del guardamuebles, así como un gran cofre para sus maletas y un servicio de tocador completo.

—No podía esperar más —dijo Julie con una sonrisa—. Hemos salido esta mañana, pero no lo bastante pronto, ¡vive Dios! Había tanto que hacer antes de partir, y sobre todo debía preparar nuestra ropa para una larga estancia. ¡Vaya! ¡Pero si te has comprado unas botas!

—Sí, ya te contaré. ¿Dónde está Marie?

—La señora Mallet le está enseñando el altillo, donde va a dormir. Luego vendrá a ordenar nuestras cosas. En cuanto a Nicolás, se está ocupando de los caballos.

—Hijos míos —dijo la señora Fronsac—, os esperamos para la cena en un par de horas. La serviremos en la pieza de al lado. Tenéis tiempo de instalaros cómodamente.

Hizo una seña a Richepin de que debían retirarse. Los recién casados tenían muchas cosas que decirse.

Louis contó a su esposa, como solía hacer en todas sus investigaciones, lo que había descubierto durante aquellos dos días (aunque era Gaston quien lo había descubierto todo, precisó con una pizca de despecho). Evidentemente, la próxima visita de su marido al garito de la señorita de Chémereault, del que no le había ocultado que tal vez fuese un burdel, no le hacía mucha gracia a Julie de Vivonne. Pero se tranquilizó sabiendo a su esposo en compañía de Gaston.

Louis le había dicho también que un librero le llevaría algunos libros. Para él era la última constatación de la seriedad de la tienda, pero a Julie le gustaban tanto las novelas que aceptó con placer jugar al juego de elegir uno.

El sábado hacia el mediodía se presentó Gaston. Llegaba a la carrera y algunos lo habrían podido tildar de «panza al trote», como se decía de los que llegaban antes de tiempo a la comida a la que estaban invitados, pero le gustaba tanto la cocina de la señora Fronsac que por nada del mundo se arriesgaría a llegar tarde.

El comisario llevaba consigo el jubón de seda de Louis, así como el sombrero de su padre. Julie se los confió a su doncella para que los cepillase cuidadosamente, a fin de que su esposo pudiese llevarlos cuando volviese al garito de la Belle Gueuse.

Durante la cena, Gaston refirió a Louis y a Julie noticias del barón de Montauzier, que había sido hecho prisionero dos meses antes en Alemania.

Charles de Sainte-Maure, barón de Montauzier, era un joven de veintiocho años prometido a Julie de Angennes, la hija de la marquesa de Rambouillet, a la que

cortejaba desde hacía varios años. Exactamente desde que su hermano mayor, que tenía que haberse casado con Julie de Angennes, había muerto.

Louis le profesaba una sincera amistad, aunque Montauzier detestaba a Vincent Voiture tanto como al marqués de Pisany, sus dos mejores amigos en casa de los Rambouillet. Fronsac nunca había sabido las razones de la enemistad entre Pisany y Montauzier: ambos experimentaban un profundo sentimiento por Julie de Angennes, la «princesa» Julie, como la llamaba Voiture. Y ambos eran igualmente rechazados por la joven.

De hecho, Louis era uno de los raros amigos del barón, famoso por su difícil carácter. Montauzier tenía, en efecto, un espíritu de contradicción exacerbado que exasperaba a todos los que se le acercaban. Le encantaba llevar la contraria a toda cuanta afirmación se hiciese, llegando incluso a la ruptura para hacer triunfar lo que juzgaba ser su derecho^[37].

Pero ese defecto no contaba para Louis, que apreciaba sobremanera las cualidades del joven: su honestidad, su fidelidad a sus principios y a su rey y, sobre todo, su generosidad. ¿Acaso no había sido él el primero en aconsejarle que pidiese la mano de Julie de Vivonne, cuando no era más que un simple notario y pensaba que no tendría ninguna oportunidad de ser aceptado por el marqués de Rambouillet?

Montauzier tenía otra cualidad: poseía una sólida cultura científica, algo poco frecuente en la nobleza, que le permitía sentar cátedra en un sinfín de controversias eruditas debatidas en los salones preciosistas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Louis con inquietud—. La última vez que vi a Charles fue a finales de enero. Fuimos juntos al teatro, ¿te acuerdas, Julie?

—Claro que sí. Fuimos a ver una farsa de Poquelin, *El médico cornudo*, en el frontón de los Métayers. ¡Nos reímos muchísimo!

—El barón ha tenido que enrolarse en la nueva campaña del ejército de Guébriant —explicó Gaston—. Sin duda para cosechar un poquito de esa gloria que le permitiría al fin ser apreciado por Julie de Angennes. De modo que reunió al ejército al final de la primavera. Significó su mal. Acordaos de que cayó enfermo...

»En primavera, Enghien fue de victoria en victoria. Nosotros también pusimos nuestro granito de arena en Rocroy, ¿verdad, Louis? Pero nuestro segundo ejército, el de Alemania, no cosechó tanto éxito. Ya sabes que el envite, allí, es asegurar nuestro dominio sobre la Alsacia y confiscar definitivamente la Lorena al duque Charles, que nos ha traicionado. Para ello, había que llevar la guerra más allá de la Selva Negra, y ésa era la misión del ejército de Guébriant. A finales del año pasado, desgraciadamente, fue rechazado en Alsacia por Mercy de Argenteau, que comandaba las tropas austríacas. Para salir de esa trampa, Guébriant pidió refuerzos y, en verano, Enghien le dio cinco mil hombres al mando del general Rantzau^[38]. Es el contingente que reunió a Montauzier, en compañía de los duques de Vitry y de Noirmoutier, que comandaban la infantería.

»Frente a Guébriant y a Rantzau, que no son genios militares, sólo se encontraban

Mercy de Argenteau y, sobre todo, Jean de Werth, que sí lo es. Guébriant, herido y aquejado en otoño de gangrena, acaba de morir. Rantzau, habiendo tomado el mando, creyó que podría conquistar fácilmente Tüttlingen, a orillas del Danubio. Estaba convencido de haber tomado todas las precauciones para un sitio victorioso, pero había subestimado a Jean de Werth, quien se internó por un desfiladero desprovisto de vigilancia y cayó de improviso sobre nuestras tropas un día de niebla. Fue una carnicería espantosa, seguida de una horrible desbandada. Perdimos dos mil hombres y nuestro ejército huyó. Los que se batieron: Montauzier, Vitry, Noirmoutier, fueron hechos prisioneros y remitidos al duque Charles de Lorena. Sé que Mazarino negocia secretamente su liberación. Contra un jugoso rescate, por supuesto. Se habla de que el barón ha tenido que pagar diez mil escudos.

—¿Montauzier está herido? —se inquietó Julie.

—Lo ignoro.

—Tengo que ir a ver a mi prima y a mi tía —decidió—. Deben de estar muy angustiadas.

—¿Por qué no vas esta tarde? —le propuso su esposo—. Nicolás nos llevará al Hazart, en la carroza pequeña de mi padre. Gaufredi o uno de los hermanos Bouvier podría acercarte al palacete de Rambouillet...

—Me parece muy bien —dijo Julie—. Le diré a mi tía que irás a verla más adelante.

—Puedes prometérselo, en efecto. Pero no le cuentes las verdaderas razones de mi venida a París.

Gaston y Louis se presentaron en el Hazart a media tarde. Se habían vestido ambos con gran elegancia, pues ignoraban cuáles eran las condiciones para entrar en tan lujoso garito. Si el superintendente de Hacienda era un asiduo del Hazart, la clientela de la sala de juego debía de ser particularmente distinguida; y desde luego no permitirían la entrada a cualquiera. Por supuesto que Gaston, en calidad de comisario, podía forzar la puerta, pero no les interesaba en absoluto, puesto que querían pasar por simples jugadores.

Nicolás los dejó a unos pasos de la puerta. Ya había varias carrozas estacionadas en la calle obstruyéndola por completo.

Caminando de puntillas por la calle no pavimentada tratando de no manchar demasiado el calzado, se acercaron al portero, que los dejó pasar sin preguntarles nada, junto con otras tres personas que Louis no conocía.

Se encontraron en un amplio vestíbulo del que partía una escalinata de gala, de mármol y hierro forjado. En el techo, una araña de cristal brillaba con mil luces. Las paredes se hallaban enteramente pintadas de escenas mitológicas, debidas aparentemente a un aplicado discípulo de Simon Vouet.

Hacían guardia en tan lujoso vestíbulo tres o cuatro criados de una anchura de espaldas impresionante, una especie de mayordomo afeminado que lucía una espada de parada, y un petimetre de mirada dura. Una cicatriz, oculta en parte por un espeso

bigote y una perilla cortada en «cola de pato», le atravesaba desde la mejilla derecha hasta el cuello.

Al mismo tiempo que Louis y Gaston, habían entrado una pareja y un hombre que iba solo. El mayordomo los saludó inclinándose profundamente y las tres personas subieron con prisa la escalera, para dirigirse, sin duda, a las salas de juego.

Gaston y Louis iban a secundarlos cuando el petimetre se acercó a ellos con broncos andares para impedirles el paso. El hombre llevaba una pesada fisberta de duelista bajo su jubón atado con cordones de cuero. Con un tintineo de las espuelas de cobre de sus botas, se detuvo delante de ellos sin destocarse de su empenachado sombrero de ala ancha.

—Señores, no tengo el honor de conocerlos —dijo, inclinando apenas la cabeza.

Su elocución era grave, reposada y ligeramente amenazadora.

—Yo me llamo Gaston de Tilly —declaró el comisario con el tono seco del que habla a un inferior, y éste es mi amigo el marqués de Vivonne. Hemos oído hablar del Hazart y hemos venido por curiosidad.

El espadachín los observó con arrogancia antes de declarar:

—¡Cuánto siento que os hayáis molestado, señores! (Era evidente que no creía una palabra de lo que decía). Pero mi hermana no recibe más que a los amigos que conoce personalmente.

«¡Vaya! —pensó Louis—. ¡Conque éste era Charles de Barbezière, el caballero de Chémérault!» Aquel hombre le desagradaba profundamente. Reprimió las ganas que tenía de responderle, pues, para tener paso franco, adivinaba que deberían llegar a algún tipo de componenda.

—¿Sois el hermano de la señorita de Chémérault? —preguntó amablemente.

—¿Conocéis a mi hermana? —preguntó el espadachín con un guiño que subrayaba su perplejidad.

—No tengo ese honor, caballero, pero sí a muchos amigos, asiduos de la casa, que la estiman y le son muy cercanos.

Señaló la escalinata.

—Volved entonces con ellos —propuso Berbezière con un tono sarcástico.

—El caso es que nos apetecía jugar esta noche, señor —lamentó Louis con un tono exageradamente cortés.

Y se calló un instante antes de proponer:

—¿Por qué no esperamos un momento? Seguramente veremos llegar a algunos de nuestros amigos que responderán por nosotros si lo que deseáis son garantías.

Charles de Barbezière permaneció impasible. Era un hombre desconfiado pero calculador. Los desconocidos podían ser confidentes de la policía o espías de los enemigos de su hermana, pero también podían ser gente de calidad, útiles a su hermana para llegar a la corte. Y si así fuere, no correría el riesgo de procurarse enemigos.

—¿Por qué no? —articuló lentamente—. Hay donde sentarse por aquí. Instalaos

cómodamente.

Gaston suspiró con insolencia antes de mirar a Louis con una mueca de desacuerdo. No tenía ninguna gana de quedarse de florón en casa de una mujer de dudosa reputación y aquel petimetre lo exasperaba. Pero su amigo, cogiéndolo del brazo y deshaciéndose en sonrisas, contestó:

—Aguardemos.

Los dos visitantes se instalaron en un asiento tapizado de cordobán que hacía ángulo en la puerta de entrada. Desde allí podían observar las idas y venidas. Otros visitantes hicieron su entrada y nadie salió del palacete. Gaston reconoció a muchos financieros y magistrados, así como a algunos oficiales de palacio. Tampoco faltaban extranjeros, italianos sobre todo, reconocibles por su acento y sus recargadas vestimentas.

A veces, el espadachín se giraba hacia ellos y los examinaba brevemente, sin saber demasiado qué decidir al respecto.

Al cabo de media hora, Gaston, que bullía de impaciencia por dentro, hizo comprender a Louis que perdían el tiempo. El comisario siempre había sido impaciente. Louis se levantó a regañadientes y aceptó marchar, justo en el momento en que entraba Vincent Voiture acompañado del marqués de Pisany, el hijo de la marquesa de Rambouillet.

Vincent Voiture tenía alrededor de cuarenta y cinco años. Plebeyo, hijo de un comerciante de vino, se había convertido en el poeta más renombrado de la corte. La reina lo recibía frecuentemente. Perteneciente a la casa de Gaston de Orleans, en tanto que maestresala de la Señora con una pensión de diez mil libras, era un hombre rico y respetado. Sin embargo, pese a su fortuna y su gloria, tan espiritual poeta se había convertido en amigo de Louis cuando éste no era más que un simple notario. Fue él quien, con ocasión de la firma de un contrato en el despacho de su padre, le había propuesto que lo acompañase a casa de la marquesa de Rambouillet, que los recibiría en la célebre cámara azul. Y gracias a él había conocido a su esposa Julie de Vivonne.

Bajo, pero bien proporcionado, de rostro afable, siempre empolvado, el peinado cuidado y perfumado, Voiture contrastaba con su compañero el marqués de Pisany, aunque este último fuese también de baja estatura. Es que el hijo de la marquesa de Rambouillet era feo, jorobado y contrahecho. Pese a esas imperfecciones, Léon de Angennes era el mejor de los hombres, tanto por ánimo como por valor. Era también el más intrépido de la Corneta Blanca, la enseña del duque de Enghien, y asombraba a sus compañeros por su carencia absoluta de miedo.

Tan pronto como vieron a Fronsac y a Tilly, los dos hombres se desentendieron del hermano de la señorita de Chémérault para precipitarse hacia ellos y estrecharlos entre sus brazos.

—¿Qué haces aquí, Louis? —preguntó Pisany.

—A Gaston y a mí nos apeteció venir a jugar, pero no nos han dejado entrar.

Pisany frunció el ceño. Tanto él como Vincent Voiture eran dos jugadores empedernidos, pero ignoraba que Louis jugase. Y lo único que sabía de Gaston es que ¡era policía! El marqués comprendió al punto que aquella visita insólita obedecía a otra razón.

Se volvió hacia el espadachín.

—Charles, ¿por qué tienen que esperar mis amigos?

—Mi hermana me pide que no deje entrar más que a sus amigos —respondió el hombre visiblemente confuso—, ignoraba que estos señores fuesen vuestros amigos.

Se inclinó en una reverencia.

—No sólo nuestros —dijo Pisany sin ocultar su enfado— sino que el señor de Vivonne lo es también del duque. Me refiero al señor duque de Enghien. También es un fiel de Mazarino y de la reina, como lo era del difunto rey. El señor de Vivonne conoce personalmente a todos los que cuentan en la corte.

El espadachín enrojeció ligeramente. Comprendiendo su error, se inclinó todavía más, apartándose para dejarlos pasar.

En la escalinata, Louis pidió a Pisany noticias de Montauzier.

—Acabo de saber que está prisionero. ¿Lo han herido? Julie debe de estar desesperada.

—¿Mi hermana? Haría falta mucho más para conmover su corazón —ironizó él—. Pero tranquilízate, Montauzier está mejor, aunque no haya alcanzado la gloria, como esperaba. A petición de mi madre, el siciliano ha negociado su vuelta contra unas cuantas partidas de especias. Debería estar de vuelta en París la semana próxima. Por eso Enghien me ha autorizado a volver antes. Él y sus gentileshombres no se irán a sus cuarteles de invierno hasta dentro de quince días.

En el amplio rellano se abrían dos puertas de doble batiente. Se detuvieron ante ellas.

—¿Podrías hacernos de cicerone? —preguntó Louis—. Lo ignoramos todo de este lugar.

—Me imagino que no vienes precisamente a jugar —aventuró Voiture con una sonrisa burlona.

—Te lo contaré más tarde. —Y, dirigiéndose a Pisany, añadió—: Iré a ver a tu madre la semana próxima. Si estás allí, te explicaré también las razones de esta visita. Lo que puedo decir de momento es que queremos examinar lo que ocurre aquí y ver, a ser posible, a la señorita de Chémereault.

—¡A la mismísima Belle Gueuse en persona! ¡Picáis alto! —se burló Voiture con una risita—. Es un privilegio excepcional y rarísimo hablar con ella. Pero si así fuere, os llevaréis una decepción, es una mujer muy sencilla, muy agradable... y, sin duda, muy hábil. Dicen que no posee nada, pero en mi opinión tiene diez mil libras de renta en fondos de espíritu. Una riqueza que ningún acreedor podrá llevarse jamás.

—Se dicen muchas cosas de ella —insinuó prudentemente Gaston.

—En efecto. Según algunos, es mujer de virtud severa y, según otros, de virtud

complaciente —intervino Pisany burlón—. Pero ya que queréis visitarla, ¡seguidnos! Es muy fácil, no hay más que dos salones en la planta: a la derecha, las cartas y los dados, a la izquierda, el chaquete (juego de tablas reales) y la ruleta.

Entraron en el salón de la derecha. Era una pieza de generosas dimensiones en la cual estaban instaladas una docena de mesas cubiertas de telas adamascadas de las cuales sólo la mitad estaba ocupada, en general por tres o cuatro personas. Jugaban a la baceta o faraón y al lansquenete. Sólo había tres mujeres. El mobiliario se reducía a las mesas y algunos espejos. Un fuego crepitaba en una amplia chimenea. Varios lacayos se ocupaban aparentemente de las bujías, pero Gaston adivinó, por su envergadura de luchadores de feria, que estaban allí fundamentalmente para vigilar las partidas.

Pisany y Voiture fueron de mesa en mesa saludando a algunos conocidos, pero la mayor parte de los jugadores inclinaban simplemente la cabeza antes de enfrascarse inmediatamente en su juego. Fuertes sumas de monedas de oro, sobre todo doblones españoles, se apilaban delante de algunos. Reinaba en la sala un pesado silencio, los jugadores sólo hablaban a media voz. La tensión era palpable.

Pisany se detuvo al lado de una partida, mientras que Voiture, tomando del brazo a Louis, lo condujo hacia una ventana alejada de los jugadores:

—Hay muchos tahúres aquí —explicó—, pues pasan fuertes sumas de mano en mano; no se puede interrumpir o molestarlos. ¿Qué quieres saber exactamente?

En ese momento, Gaston, que se había quedado cerca de las mesas, se volvió hacia ellos e hizo señas a Louis para que mirase hacia una esquina de la sala. Su amigo obedeció: dos criados servían vasos de vino a un grupo de cuatro jugadores. Tomando su vaso, uno de ellos, que había permanecido hasta entonces inclinado sobre las cartas, levantó la cabeza. Era Claude Habert y no parecía en absoluto distraído, sino al contrario.

—Ese hombre de grandes orejas, que está bebiendo. El delgado de rostro pálido y enfermizo —Louis se fijó entonces en que Claude Habert iba ricamente ataviado—, ¿lo conoces? —le preguntó a Voiture.

—No, pero lo he visto otras veces. Creo que es un conocido del señor de Barbezière.

—El hermano de la señorita de Chémérault...

—Sí, el que os prohibía la entrada.

—¿Esos criados vigilan a los jugadores? —preguntó Gaston.

—Efectivamente. Es necesario, pues algunos ocultan cartas en el cinturón o en la manga. Además, al final de las partidas, son ellos quienes llaman al encargado, el cual recoge hasta la última carta y las ganancias. Todo va a la Chémérault, por supuesto.

Louis se quedó todavía un rato observando el ambiente, intentando en vano descubrir algún indicio relacionado con los despachos cifrados; Gaston hacía lo mismo. A veces, se oía un débil gemido, una interjección de despecho o de alegría.

—¿Se pierden fuertes sumas aquí? —fue la siguiente pregunta de Louis.

—Sí, pero otros amasan fortunas —ironizó el poeta— cosa que a mí nunca me ha ocurrido.

Louis echó otro vistazo a la mesa del despistado, donde había un pardillo que estaba siendo desplumado por Habert y su compañero. El polígrafo, inquieto, le lanzó una mirada de reojo. ¿Lo había reconocido?

—Creo que aquí ya lo hemos visto todo —declaró Louis a Vincent Voiture—. ¿Podemos ir a la otra sala?

Ignoraban, por supuesto, que a través de un orificio disimulado en la moldura de un gran espejo, en una pieza de servicio contigua, un hombre contrahecho los observaba con atención.

—No han venido aquí a jugar —determinó, al verlos salir de la sala. Su voz era chillona, desagradable.

—Yo no quería dejarlos entrar, señor marqués —explicaba el caballero de Chémérault—. Pero cuando el marqués de Pisany llegó y los invitó a seguirlo, no pude oponerme.

—Es una lástima —graznó entonces el enano contrahecho vestido con traje de seda—. Es una lástima sobre todo para el señor de Fronsac, que se cruza de nuevo en mi camino. ¿Pero cómo ha llegado hasta aquí? ¿Qué busca? No puede saber, por Habert...

—Lo ignoro, señor marqués.

—¿Sabéis que el hombre que lo acompaña, Tilly, es comisario de policía en el Châtelet?

—No, señor. Tal vez se trate de una simple visita.

—Es posible, pero no puedo quedarme con la duda. Id a buscar a vuestra hermana y que les tire de la lengua. Ella sabrá hacerlo muy bien.

La pieza contigua era más grande y en ella estaban las mesas de juego de damas, de chaquete, dos grandes boliches y una ruleta. En una recámara tres músicos interpretaban una pieza ligera a la viola.

Pisany se había quedado con los jugadores de cartas. Ellos se acercaron al boliche. Un grupito muy animado comentaba el desarrollo de la partida. Cada jugador lanzaba su tejo hacia las casillas numeradas con puntos. Tenían derecho a tres series de tiradas. Los participantes prorrumpían en exclamaciones, también en risas, lo que molestaba visiblemente a los jugadores de chaquete y de damas, alguno de los cuales protestaba de vez en cuando exigiendo silencio.

Un criado cobraba las apuestas. Otro se ocupaba de la ruleta; era allí donde las mujeres eran más numerosas. Cuando la bola se detenía en una casilla, se oían interjecciones de alegría o de cólera. Louis y Voiture saludaron a una prima de Marthe du Vigeant con la que habían coincidido varias veces en casa de la marquesa de Rambouillet.

Deambularon entre las mesas, deteniéndose un rato en la partida de chaquete,

donde los espectadores apostaban sobre el juego en curso. Sobre el tablero de veinticuatro flechas se apilaban las damas negras y las damas blancas. Los dados rodaban rápidamente. En la mesa de juego, Louis no conocía a nadie, mientras que Voiture parecía muy popular.

—Aquí se puede apostar tanto por las partidas como por los jugadores —explicó el poeta a Gaston—. Por eso hay tanta gente.

De pronto, resonaron grandes voces, así como risas procedentes del rellano. Un numeroso grupo irrumpió en la sala. Voiture se volvió hacia los recién llegados. Reconociendo al que encabezaba el grupo, se precipitó hacia él.

—Señor conde —dijo, inclinándose y sacando su sombrero.

—¡Vincent! ¡Qué placer encontrarte aquí! ¡Precisamente andaba buscándote!

Gaston y Louis se habían acercado a su vez. Gaston había reconocido al conde, no así Fronsac, que no lo había visto en su vida. Su amigo le susurró:

—Es el señor de Avaux, el superintendente de Hacienda.

¡De Avaux! ¡El negociador de Münster! Estaba allí la víspera, al mismo tiempo que el polígrafo de Rossignol, se dijo Louis. ¿Y volvía hoy? ¿Podía pensarse que no era más que una simple coincidencia?

Inclinándose ante el conde, lo examinó discretamente. Avaux hacía gala de una extrema elegancia. Bajo una amplia capa de pasamanería y caireles dorados, lucía un jubón de piel bordado en oro. A través de las mangas acuchilladas se veía su camisa, cubierta de lacayos de seda multicolores. Sus calzas isabelinas eran asimismo de seda y calzaba botas altas de cuero ruso.

El séquito del ministro —amigos o clientes— se dispersó en torno a las distintas mesas.

—Señor conde —propuso Voiture—, ¿puedo presentaros a dos de mis mejores amigos?

—¡Por supuesto, Vincent! Tus amigos son ya mis amigos.

Y, dirigiéndose a Louis y Gaston:

—Conozco a Vincent desde hace una eternidad. Estuvimos juntos en el colegio de Boncourt. Gracias a mí obtuvo los favores que tan raramente concede la señorita de Saintot.

Se echó a reír.

El conde de Avaux daba la impresión de ser un jugador superficial y vano. «¿Cómo podía aquel hombre ser un diplomático tan renombrado?», se preguntó Louis.

—El señor marqués de Vivonne y el señor de Tilly —dijo Voiture presentando a sus amigos.

—¿Vivonne? ¿Sois pariente de la marquesa de Rambouillet?

—Me cabe el honor y la dicha de haberme casado con su sobrina, Julie, señor conde.

El rostro de Avaux se paralizó un instante, antes de observar a Louis con interés

creciente. Luego, esbozó una sonrisa afectada.

—Sois, pues, el señor Fronsac.

—En efecto, señor conde.

El diplomático le dirigió una mirada penetrante. Su sonrisa se volvió más afectuosa.

—No sabéis cuánto me agrada conoceros, señor. He oído hablar mucho de vos, tanto al señor de Brienne como a monseñor Mazarino, que os tienen en alta estima.

—Espero no decepcionarlos, señor conde.

—¡Señor de Avaux! ¡Qué placer y cuánto honor! —exclamó una voz cristalina.

El conde se giró mientras Louis y Gaston observaban a la espléndida criatura que entraba: una joven que apenas tendría veinte años, de un rubio luminoso y una belleza que cortaba la respiración. Su modesta^[39] dejaba apenas entrever la picaruela, mientras que otras muchas damas mostraban impudicamente su secreta. Sin embargo, unas generosas y níveas curvas desbordaban sin reserva de su corpiño demasiado escotado.

Gaston se quedó paralizado ante tanto encanto.

—Señorita —murmuró Avaux tomándola de la mano para besársela—, ¡estáis más deslumbrante que nunca! Ayer mismo le hablaba a la reina de vos.

—¿A la reina? —sonrió tímidamente la joven—. Es un honor, señor, pero no os comprometáis por mí, no lo merezco, y vos sabéis muy bien de su altivez^[40] para conmigo.

—¡Fruslerías, señorita! Me encargaré de convencerla para que autorice vuestra vuelta a la corte.

La joven esbozó una triste sonrisa que embriagó a Gaston por su modestia, antes de preguntar:

—¿Puedo ofreceros algún refresco, señor conde, así como a vuestros amigos?

—Encantado —replicó Avaux interrogando a Fronsac con la mirada.

—¿Qué os parece si vamos al salón? —propuso la joven deshaciéndose en sonrisas.

—Señorita, alanceáis mi corazón —le reprochó preciosamente Avaux haciéndole una reverencia.

Se dirigieron todos a su suite. Avaux caminaba al lado de la Belle Gueuse, sin dejar de susurrarle dulces palabras que Louis y Gaston no podían oír. Voiture cerraba la marcha, con gesto preocupado.

Varias puertas se abrían al rellano y, franqueando la de la derecha, la joven los introdujo en una gran pieza decorada con cuadros de temas bíblicos y espejos venecianos de palmatoria. En el suelo, alfombras turcas y persas. La sala estaba amueblada con veladores y consolas taraceadas, sobre las que descansaban lámparas de aceite y canastillas de fruta.

Cabe la chimenea, donde crepitaba un agradable fuego, algunas sillas diseminadas junto con unos cuantos taburetes. Dos criados y un fiel^[41] esperaban las

órdenes de su ama.

—Rendid honores ante la sede de Vulcano^[42], señores —propuso la joven haciendo señas a los criados de que acercasen las sillas.

Lacayo y sirvientes proporcionaron al punto sillas y taburetes a los invitados. Avaux se sentó en la más confortable, mientras que la señorita de Chémerault elegía un simple escabel^[43], colocándose no obstante cerca de él:

—Me han dicho que estáis recién llegado de Münster, señor conde —se interesó la Belle Gueuse— ha debido de ser un viaje espantoso...

Con un gesto, ordenó a los criados que sirviesen los vinos.

—Westfalia es mucho peor que Berbería, señorita. Pero habría podido estar allí feliz toda la vida si no me viese privado de vuestra presencia, pues no hay tortura mayor que no gozar de vuestra presencia.

—Me halagáis, señor conde, y no merezco tantas atenciones. Contadnos si sois tan amable...

El ministro tomó una copa de clarete que le ofreció uno de los criados.

—En primer lugar, está el viaje, que es espantoso y dura de dos a tres semanas. Luego la frontera, que no son más que pueblos incendiados y arrasados. Hay que atravesar el Mosa a pelo, y luego los salvajes bosques de las Ardenas infestados de lobos, osos y jabalíes. No hay caminos ni puentes ni comida. Sólo hay bandidos y posadas arruinadas. Se está continuamente a merced de los salteadores si no se dispone de escolta, y no se os ocurra parar más que en las ciudades, donde hay que negociar a brazo partido para ser alojado y alimentado. Pero, a la hora de pagar, por supuesto, se cobran sus buenos doblones y ducados.

—¿Y Münster? —preguntó Louis—. ¿Cómo es la ciudad?

—Como os decía, a esa ciudad deberían llamarla Münster-de-Berbería, señor. Las calles son de una suciedad espantosa, con cerdos por todas partes y ratas que lo devoran todo, incluso a los niños. En cuanto a sus habitantes, no son más que salvajes. Los hombres son lo más parecido a bestias salvajes que conozco, y las mujeres, tan repugnantes y sucias que su hedor es insoportable.

—Me han dicho que la conferencia se reanudará en diciembre. ¿Volveréis allí? —preguntó Louis con una sonrisa de cortesía mientras la Belle Gueuse se llevaba un pañuelo perfumado a la cara.

Avaux le dirigió una mirada insistente.

—En efecto, con el señor Servien, puesto que debemos trabajar de común acuerdo. —Alzó los ojos al techo e hizo una mueca de disgusto—. Pero antes debo ir a las Provincias Unidas. Viajaremos separadamente, lo que no está del todo mal.

Se quedó un momento en silencio, como si meditase sobre lo que acababa de decir.

—Partiré dentro de una semana y por eso deseaba verte, amigo mío —dijo a Vincent Voiture—. Doy una recepción mañana, en mi palacio, por desgracia todavía en obras. Desearía verte una vez más antes de irme, pues no regresaré en varios

meses. Me gustaría contar con vuestra presencia, señorita, así como también con la vuestra, caballeros.

—Señor conde, no sé si debo aceptar —dijo la Belle Gueuse bajando púdicamente los ojos— una invitación a un lugar donde habrá tantas y tan grandes damas...

—Pero ninguna tan encantadora como vos, señorita —aseguró el conde tomándole una mano para besársela—. En cuanto a vos, señor Fronsac, sería para mí un honor conoceros algo más. Tengo mucho que aprender de vos.

Louis creyó descubrir en sus palabras un ruego, casi una plegaria, cosa que lo turbó sobremanera.

La señorita de Chémérault dirigió su mirada hacia él en ese preciso instante:

—Es verdad, señor Fronsac, no sabemos nada de vos —dijo alegremente.

—Hay muy poco que contar, señorita —respondió Louis anudando maquinalmente una de las cintas negras de sus puños—. Mi amigo y yo deseábamos simplemente conocer vuestra casa, que tanto nos habían ponderado.

—¿Habéis encontrado algún juego que os guste?

—Desde luego, señorita, pero sólo era una primera visita, volveremos más demoradamente.

—Será para mí un placer recibirlos.

Bajó los ojos antes de proseguir en el mismo tono jovial:

—Mi hermano me ha contado que estabais con monseñor Mazarino. Y que también sois afecto a monseñor de Enghien.

—¿Os ha dicho todo eso? —se asombró Louis—. Pues es cierto, no lo oculto. El cardenal Mazarino es el hombre de Estado que conviene al reino y debo mucho a Luis de Borbón. Jamás podré pagarle mi deuda.

Ante estas palabras, Avaux permaneció impasible, con los labios apretados.

—Tal vez el señor de Enghien nos haga una visita a su llegada a París —prosiguió la Belle Gueuse—. ¿Vos también lo conocéis, señor?

Se dirigía ahora a Gaston con expresión divertida. Louis se giró hacia su amigo, que todavía no había pronunciado ni una palabra.

El comisario parecía petrificado, los ojos clavados ora en el rostro de la joven, cuyas palabras bebía, ora en los cojinetes de amor^[44]. Lucía esa sonrisa bobalicona que Louis ya le había visto varias veces, cuando caía rendido de amor.

La señorita de Chémérault se percató de la inquietud de Louis y se levantó bruscamente.

—Caballeros, lamento tener que dejaros. Os agradezco, señor conde, vuestra invitación. Será un placer para mí aceptarla.

Avaux se levantó a su vez y tomó la mano de la joven besándola con afectación. La muchacha saludó a Voiture, luego a Louis y lanzó una lánguida mirada a Gaston al retirarse.

Avaux esperó a que desapareciese antes de murmurar:

—La señorita tiene mucho espíritu y encanto; desgraciadamente, en una mezcla de vicios y de virtudes.

—¿Qué queréis decir, señor conde? —preguntó rudamente Gaston, que al fin parecía haber salido de su trance con la marcha de la bella.

—Dejaré que os forméis vuestra propia opinión, señor —replicó el diplomático con una risita—. Os espero mañana con impaciencia, señores.

Hizo una breve pausa y añadió dirigiéndose a Louis con un tono repentinamente serio:

—No os propongo que vengáis a jugar conmigo porque adivino que habéis venido a otra cosa. ¿Queréis acompañarme vos, amigo Voiture, para una partida de baceta?

Se dirigieron juntos hacia la puerta y Louis preguntó:

—¿En este piso no se juega, señor conde?

—¿Ah, acaso lo ignoráis? —preguntó Avaux con un suspiro lascivo—. ¿Vincent no os lo ha dicho? Este piso está reservado a las damas de compañía de la señorita de Chémerault. Jóvenes de escasa virtud pero de alto precio...

Domingo, 8 de noviembre de 1643

Julie había vuelto muy aliviada de casa de su tía. El barón de Montauzier había sido liberado y lo esperaban en París de un momento a otro. Traía además una invitación de la marquesa, que, para esa ocasión, deseaba reunirse con sus amigos en la cámara azul.

Louis no había pedido a su esposa que lo acompañase al palacete de Avaux, lo que estaba plenamente justificado por la incertidumbre, quizá incluso los sinsabores, que lo esperaban. ¿Qué quería de él el conde? ¿Con qué se iba a encontrar allí? Tendría que vigilar a la Belle Gueuse, e incluso más a su amigo Gaston, visiblemente embrujado por los encantos de la señorita de Chémernaut. Louis sabía que esa clase de crisis amorosa apenas duraba en su amigo, pero podía complicar su investigación. En esas condiciones, la presencia de su esposa no habría hecho sino entorpecerla, y Julie lo había entendido así. Sea como fuere, a ella no le gustaban esa clase de recepciones.

Gaston y Louis habían acordado que se encontrarían en el palacete de Avaux. Aunque la calle des Quatre-Fils no estuviese muy lejos de la calle del Temple, Nicolás llevaría a su amo en carroza.

Durante la cena, el padre de Louis le había explicado dónde iba a meterse:

—El año pasado, el conde de Avaux compró cuatro casas particulares en la calle del Temple^[45]. Yo me ocupé de la venta de una de ellas. Sabes que es un hombre preeminente cuyo hermano mayor es presidente del Parlamento. La nobleza de su familia se remonta a 1480. Su padre, el señor de Roissy, fue miembro del Consejo de Finanzas y consejero de Estado. Su abuelo, Henri de Mesmes, fue uno de los principales ministros de Enrique III. La fortuna de su familia es considerable. Me han contado que está dispuesto a gastar más de quinientas mil libras en su nuevo palacete^[46].

—Brienne me ha dicho que, ante todo, es un brillante diplomático —observó Louis.

—En efecto. Era un joven y prometedor consejero de Estado cuando fue nombrado embajador de Venecia. Además, habla latín e italiano de corrido. Ha estado destinado en la mayor parte de las capitales grandes y, en junio de este año, sustituyó a Claude Bouthillier en la superintendencia de Hacienda, un cargo que comparte con Nicolás Le Bailleul.

El señor Fronsac se calló mientras la señora Mallet le servía el ragú de corzo.

—Pese a su inmensa fortuna —continuó cuando la cocinera hubo concluido—, el conde de Avaux tiene la reputación de ser un hombre de bien. Sé que abona una pensión a los obreros que se hieren en las obras de su palacio. Resumiendo, que ha

comprado cuatro casas lindantes con el palacete familiar que heredó el año pasado. Su proyecto es demolerlas todas y construir en su lugar un gran palacio retranqueado respecto a la calle, con un patio delantero, parecido al del señor de Sully. Tengo entendido que le ha pedido a Pierre Le Muet —cuyo libro creo que has leído, querida Julie— que le trace los planos.

—En efecto, sabéis que la arquitectura me interesa tanto como a mi tía —dijo Julie—, y me ha parecido muy interesante su *Manera de construir bien para toda clase de personas*.

—¿Pero cómo organiza una recepción si piensa demolerlo todo? —preguntó Louis intrigado.

—La demolición de la vieja casona no se llevará a cabo hasta dentro de unos días. De momento, creo que se limitará a derruir las tres casas colindantes y practicar un paso en la cuarta a fin de disponer de más espacio —explicó el notario—. Todos esos arreglos provisionales serán demolidos cuando se vaya a Münster.

—¡Qué dispendio! —observó Jean Richepin, siempre tan ecónomo.

—Para él, una fruslería —replicó el notario, quitando importancia al comentario con un ademán—. El superintendente es ante todo un mecenas que gasta sin cuento. La compra de las casas y de una franja de terreno complementaria para construir su nuevo palacete le ha costado doscientas cincuenta mil libras.

—¿Es que ese hombre no tiene ningún defecto? —preguntó una sonriente Julie.

—Las malas lenguas dicen que tiene dos. En primer lugar, que le gustan demasiado las mujeres, tanto como reacio es al matrimonio, por lo que se gasta auténticas fortunas con sus amantes. Y en segundo, paradójicamente, que es uno de los más sólidos sostenes del partido devoto, un ferviente partidario de un acercamiento de nuestro país con España.

Nicolás condujo la carroza por un estrecho pasaje que llevaba al antiguo corral de la vieja casa solariega de Mesmes. Un gran espacio rectangular había quedado exento tras la destrucción de varias casas. El suelo, nivelado, ya dibujaba lo que sería el futuro gran patio. La antigua casona familiar estaba en parte recubierta por los andamiajes necesarios para su demolición. Adosada a ésta, quedaba una irregular casita de dos pisos. En cuanto al lado izquierdo del patio, estaba bordeado por la maciza muralla de Felipe Augusto.

El lugar ya estaba lleno de coches. Louis, envuelto en su capa de lana, dejó a Nicolás para dirigirse hacia la escalinata. Subió unos cuantos peldaños antes de penetrar en un elegante vestíbulo donde hacía guardia un rechoncho y satisfecho mayordomo, rodeado de varios lacayos a todas luces más capaces de manejar el garrote que de despabilar bujías. Louis se presentó, y el mayordomo, tras consultar una lista de invitados, le señaló la gran escalinata que subía hasta el primer piso.

Al llegar al primero, se detuvo en un pequeño rellano. La escalera se estrechaba luego, sin duda para dar servicio a los apartamentos del segundo piso.

El rellano estaba ocupado por una decena de personas que, como él, acababan de

llegar y hablaban ruidosamente. Louis reconoció a algunos amigos de la señora de Rambouillet que había tenido ocasión de encontrar en la cámara azul y a los que saludó con deferencia.

La primera sala a la derecha estaba llena de gente. El vocerío era ensordecedor. Louis buscó a Gaston con la mirada pero no lo vio por ningún lado. En cambio, en compañía de otras dos personas, vio a Loménie de Brienne, a quien fue a saludar de inmediato. El grupito se había instalado cerca de una chimenea donde crepitaba un alegre fuego. Louis sacó la capa de los hombros atándola con el cordoncillo, como habían hecho la mayor parte de los hombres presentes en la estancia.

—Caballero —dijo amablemente Brienne viéndolo acercarse—, ¿no esperaba encontraros aquí! Me habíais dicho que no conocíais al conde de Avaux...

—Así es, señor conde, nos encontramos ayer por primera vez por azar —sonrió Louis al utilizar esa palabra, aunque más exacto sería que dijese en el Hazart—, y me ha invitado amablemente.

Brienne lo miró con insistencia. El ministro no creía en el azar desde hacía mucho tiempo. ¿Por qué razón Fronsac se había encontrado al superintendente de Hacienda? Tenía que estar relacionado con el asunto de espionaje del cual estaba encargado. Si Fronsac era tan perspicaz como contaba monseñor Mazarino, ¿significaba eso que el superintendente estaba mezclado en ese feo asunto? Entonces la cosa podría ser extremadamente grave, puesto que el conde de Avaux era asimismo plenipotenciario de Francia en Münster.

Las otras dos personas —a las que Louis no conocía— debían de estar haciéndose las mismas preguntas, pues consideraban a Louis con una mezcla de interés y suspicacia.

Cuando hubo acabado de explicarse, se produjo un breve y penoso silencio. Finalmente, Brienne volvió a tomar la palabra para presentar a sus compañeros, acompañándose con un gesto de la mano.

—Caballero, ¿conocéis al señor Servien y a su sobrino, el señor Hugues de Lionne, secretario de monseñor?

Louis se inclinó observando a Abel Servien con el rabillo del ojo. Así que éste era el segundo plenipotenciario para Münster.

Servien tenía un rostro grueso cruzado por un fino bigote. No tenía ni por asomo nada que ver con el brillante conde de Avaux. ¡Ni muchísimo menos! Al verlo así, se le habría tomado fácilmente por un pequeño magistrado de provincia. Uno de sus ojos permanecía fijo y era más pequeño que el otro. Louis se enteró más tarde de que era tuerto y de lo que sus admiradores decían de él, haciéndose lenguas acerca de su capacidad de trabajo: «¡Servien no tiene más que un ojo pero tiene dos manos!». Otros, más maledicentes, utilizaban la misma fórmula para aludir a su rapacidad.

En cuanto a su joven sobrino, vestido a la última moda, con los cabellos rizados, perfumado y cubierto de cintas multicolores, era el vivo retrato de un cortesano. Se entendía perfectamente hasta qué punto debía de estar cercano a Colmarduccio^[47].

Louis se enteró más tarde de que había residido mucho tiempo en Roma.

—Es un gran honor para mí —dijo inclinándose— poder encontrarme el mismo día a los dos plenipotenciarios de Westfalia.

—¡Tanto mejor para vos! Os puedo asegurar que no es asunto mío —replicó Servien con un tono abrupto—. No tengo mucha simpatía por el señor de Avaux y su ostentación de riquezas...

Hizo un ademán señalando la pieza, los cuadros de Simon Vouet que decoraban una pared, los tapices bordados y el mobiliario taraceado.

—Pero no me quedaba más remedio que venir —prosiguió—, pues Mazarino tenía interés y me ha hecho saber que pasaría durante la velada a saludar al señor de Avaux y a su hermano.

Un criado pasó con vasos de clarete y se hicieron con sendas bebidas.

—¿Cómo van vuestros asuntos? —preguntó cortésmente Brienne, que deseaba saber más sobre las razones de la venida de Fronsac.

—Creo que avanzan, señor —respondió prudentemente Louis, ignorando si Lionne y Servien sabían quién era él y de qué trabajo estaba encargado.

Ninguno de los dos pareció reaccionar ante su respuesta.

—Precisamente hablamos de otro asunto asombroso —prosiguió el conde de Brienne, después de haber opinado cortésmente—. ¿Queréis oírlo, caballero? Podría ser de vuestro interés.

—Soy todo oídos, señor conde.

—El señor de Lionne os lo contará. Es él quien conoce esta extraña historia por monseñor.

Lionne tomó la palabra. Tenía una voz nasal, muy chillona, del todo artificial, como los petimetres que frecuentaban los salones preciosistas.

—¿Habéis oído hablar de Ferrante Pallavicino, señor Fronsac?

Louis movió negativamente la cabeza.

—Es un joven de buena familia, que ha ingresado en una congregación, y se ha rebelado contra los abusos de la Iglesia. También ha escrito algunos textos considerados sediciosos por el Papa. Su último libro, *El divorcio celeste*, era abiertamente protestante y afirmaba la ruptura definitiva entre Su Majestad y la Iglesia. La obra fue condenada por el Santo Oficio, y, para evitar la hoguera, Ferrante Pallavicino se ha visto obligado a refugiarse en Venecia, su ciudad natal. Desde allí, quería volver a Francia, pues monseñor Mazarino deseaba utilizar su talento.

Lionne se calló un instante para esbozar una sonrisa de circunstancias. Louis asintió con un gesto de complicidad. Empezaba a conocer suficientemente a Colmarduccio para adivinar en qué retorcidos tejemanejes pensaba el ministro: Mazarino habría pensado que podría utilizar a semejante polemista para presionar al Papa durante las negociaciones de Münster.

—Y luego resulta que el señor Pallavicino desapareció. Siguieron sus huellas y descubrieron que un tal Carlo Morfi lo había ayudado a volver a Francia. Ambos

hombres habían sido detenidos en Orange por una tropa del vicelegado de Aviñón, Federico Sforza, por encargo de Urbano VIII. El incidente tuvo lugar en diciembre del año pasado y después, Ferrante estaría en prisión en Aviñón. Ahora bien, nosotros hemos descubierto que se trataba de una trampa tendida por Carlo Morfi, que era en realidad un espía de la Santa Sede.

—Supongo que en esa clase de aventura no se puede ganar todas las bazas —suspiró Louis, que no veía en qué podía concernirle la triste suerte de Ferrante Pallavicino.

—¡En efecto! —intervino intempestivamente Servien—. Monseñor Fabio Chigi, que debe asegurar la mediación de Roma en Münster, precisamente acaba de llegar a París; está en la Nunciatura. De camino, se detuvo en Aviñón para entrevistarse con Federico Sforza.

Louis opinó de nuevo, por cortesía. Brienne y Le Tellier le habían hablado ya del tal Fabio Chigi y no entendía adonde querían llegar sus interlocutores.

—Fabio Chigi está aquí esta noche, caballero —declaró entonces el conde de Brienne en el mismo tono.

Bruscamente, Servien hizo una seña a una pareja que avanzaba hacia ellos. El hombre, muy alto y robusto, ya entrado en la cuarentena, estaba simplemente vestido de negro y todo en él traicionaba al severo hugonote. Su acompañante, que pasaba de los treinta, mostraba una expresión tan seria como su evidente belleza, oscurecida, sin embargo, por esa máscara de gravedad.

—Señora de Chancourt, ¿conocéis al señor de Fronsac? —preguntó Servien en un tono de voz repentinamente dulce.

Louis se quedó atónito al descubrir el cambio de actitud del plenipotenciario de Münster. La expresión, mezcla de rudeza e inquietud, que exhibía poco antes había desaparecido. Incluso el tono de su voz era distinto. Un pensamiento fugaz atravesó la mente del antiguo notario: ¿aquella mujer sería su amante? Sin embargo, la señora de Chancourt miraba a Abel Servien simplemente con cortesía.

La dama dirigió una rápida mirada hacia Louis, seguida de una leve inclinación de cabeza.

—No he tenido ese honor, señor —respondió sin ningún énfasis.

—El señor Fronsac es un hombre muy misterioso, así que es normal que no lo conozcáis. Sin embargo, monseñor Mazarino lo tiene en muy alta estima.

Abel Servien se giró a continuación hacia Louis.

—El señor Étienne Girardot de Chancourt negocia en madera, y conozco a su esposa, Louise, desde hace años. Louise pinta admirablemente y firma sus cuadros con su nombre de soltera, Louise Moillon.

Fronsac sintió un leve escalofrío. ¡Aquella mujer debía de ser la hermana del polígrafo Simon Garnier! Era imposible que hubiese en París más de un negociante de madera llamado Girardot de Chancourt cuya esposa se llamase Louise.

—Creo haber visto uno de vuestros cuadros en el gabinete del señor Rossignol —

dijo prudentemente—. Un bodegón admirable.

—Gracias, señor —respondió, mientras sus ojos se iluminaban con una sonrisa—. Es, en efecto, una tela que regalé al señor Rossignol. ¿Os gusta la pintura?

—Mucho, señora.

—Ignoraba que el señor de Avaux os conociese —intervino entonces el conde de Brienne con ligereza digiriéndose a Girardot de Chancourt.

—El señor de Avaux me ha encargado toda la provisión de madera para la construcción de su futuro palacete —respondió el maderero, que parecía a disgusto—. Es un contrato importante y ya le he servido una parte de los andamiajes, así como los pilares de sostén necesarios para practicar un paso en la casa colindante.

Señaló con el índice hacia la dirección en donde se levantaba la casa que no había sido demolida.

—Al conde le preocupaba no tener bastante lugar en su palacio para una recepción. Se acondicionó una pieza suplementaria en la casa de al lado, que también le pertenece, destruyendo todo el interior para disponer de un vasto espacio. Ha habido que apuntalar mucho, desde luego. Es la razón de nuestra presencia aquí —concluyó.

Servien interrogó entonces a Louise sobre las telas en las que estaba trabajando. Mientras hablaban, Louis observaba al diplomático. ¿Por qué se interesaba tanto por aquella mujer? Fronsac no ignoraba que Servien había sido el primer miembro de la Academia Francesa y tenía el gusto por las artes y las letras. Era también, según decían, un encarnizado enemigo del partido devoto y aquella mujer era calvinista, así como su esposo. Aquello podía acercarlos. Pero todas esas razones no bastaban para explicar tan cordial actitud.

Finalmente decidió alejar de sus pensamientos el comportamiento de Abel Servien. Tenía que encontrar a Gaston.

—Os ruego que me excuséis —declaró—. Debo encontrar a uno de mis amigos al que no he visto todavía.

Nadie intentó retenerlo. Saludó y se dirigió a la pieza siguiente.

Como la precedente, estaba llena de gente y numerosos criados de librea pasaban entre los invitados ofreciendo bebidas. En un estrado, dos músicos de viola interpretaban un aire lánguido.

Louis pasó entre los grupos, Gaston tampoco estaba allí.

—¡Señor Fronsac! —lo interpelló una voz autoritaria.

Se giró para descubrir a Michel Le Tellier en compañía del joven Colbert.

Tan contento parecía Le Tellier de verlo como descontento el funcionario, cuya expresión se había vuelto adusta instantáneamente.

—Ignoraba que estuviésemos aquí, caballero —prosiguió Le Tellier con un tono ligeramente suspicaz.

—Ayer conocí al señor de Avaux, señor marqués, quien me invitó amablemente a venir a su recepción.

Se encontraban en el extremo de la estancia y una abertura en la pared dejaba ver una escalera de caracol, que sin duda comunicaba con la torrecilla de ángulo. El pasaje comunicaba a la vez el piso superior y la planta baja del palacete donde se hallaba la cocina. Era por allí por donde los criados llevaban el vino y la comida.

Le Tellier iba a hacerle otra pregunta en el momento mismo en que Vincent Voiture aparecía precisamente en el hueco de la escalera.

—¡Vincent, qué alegría verte! —exclamó Louis al descubrirlo—. No habrás visto a Gaston.

—¿A Gaston? Sí, me lo he cruzado hace un momento. Creo que te estaba buscando.

Vincent Voiture se giró entonces hacia el ministro:

—Señor marqués, vengo de parte del señor conde de Avaux, que se halla trabajando en este momento en su gabinete del primer piso. El conde desea ver unos minutos al señor Fronsac. ¿Puedo llevármelo?

Le Tellier manifestó abiertamente su contrariedad, pero no podía oponerse a una petición tal por parte de su huésped.

—Señor Fronsac, hasta pronto, quizá —masculló.

Louis lo saludó, así como a Colbert, que se mostró indiferente. Voiture lo hizo pasar delante de él y subieron la escalera para desembocar en una gran estancia de gala.

Vincent se detuvo allí y explicó a Louis con una seriedad que su amigo apenas le conocía:

—El señor Le Tellier parecía molesto porque fui a buscarte, Louis. Antes de que te reúnas con el conde, me gustaría que conocieses mi opinión sobre él. Más de uno de los aquí presentes te habrá hablado mal de él. Se equivocan o actúan de mala fe. Aparte de algunos celosos, el conde de Avaux es muy apreciado por todos los que lo tratan. Lo conozco desde los tiempos del colegio de Boncourt, en donde estuvimos juntos. Sin embargo, allí todo nos separaba. Mi padre era comerciante de vinos mientras que él pertenecía a una familia adinerada y de rancio abolengo. Su abuelo había sido ministro del rey Enrique mientras que mi padre a duras penas podía pagar mi pensión. Ahora bien, pese a nuestras diferencias de cuna y posición, me ofreció su amistad y jamás me ha fallado. Es un hombre bueno, tolerante, de una inteligencia prodigiosa y de una rara perspicacia. No sé si lo sabes, pero habla varias lenguas. Debo añadir que es tan generoso que distribuye con largueza su fortuna entre los hombres de letras y los artistas. ¿Sabes que ha pedido a Claude Le Sueur que le haga todas las pinturas de su nuevo palacio? Cuando lo conozcas mejor, no podrás sino quererlo.

—Pero no todo el mundo lo quiere, ¿verdad? ¿No es eso lo que vas a decirme? —preguntó Louis.

—En efecto, tiene enemigos poderosos...

El poeta se calló un instante, como si dudase en ir más lejos en sus confidencias.

—Hace un momento, cuando te buscaba, he visto que no estabas solo y no he querido molestarte... Pues te hallabas precisamente con sus enemigos.

—¿El conde de Brienne?

—No, no se trata de él. Es el joven Lionne quien lo detesta, y también su tío, Abel Servien. Están celosos. De su riqueza, de su talento, de su posición. Quizá haya algo más que yo ignoro. Desconfía de ellos.

—¿El conde vive siempre en este palacio? —preguntó Louis, que deseaba cambiar de tema.

—Sí, ocupa todas las estancias de éste y del primer piso, mientras que el servicio vive arriba. Para la recepción, ordenó transportar los pesados muebles del primer piso a la casa colindante, que no ha sido demolida. Se utiliza de guardamuebles.

Comprendiendo que su amigo no quería proseguir aquella conversación, Vincent Voiture se dirigió hacia una puerta y llamó suavemente con los nudillos.

La puerta se abrió. Fue Claude de Mesmes, el conde de Avaux en persona, y no un lacayo quien la abrió.

—Gracias, Vincent —dijo simplemente—. Caballero, ¿podéis concederme unos minutos de atención?

Louis asintió y entró. Claude de Mesmes, con semblante serio, cerró la puerta con llave. Se hallaban en un elegante salón ricamente amueblado. El suelo estaba cubierto por una alfombra de seda, y gruesas cortinas de pasamanería enmarcaban las ventanas. En la chimenea crepitaba agradablemente un abundante fuego.

Había otra persona sentada en una confortable banqueta. Louis lo reconoció al punto, pues ya lo había visto en palacio. Era Henri de Mesmes, presidente de una de las cámaras del Parlamento de París, el hermano de Claude.

—¿Conocéis a mi hermano?

—Sí, señor conde.

—¿Queréis sentaros un momento con nosotros?

Louis tomó una silla mientras el conde se acomodaba en un sillón. El presidente no se había movido. Era un hombre fornido, imbuido de su posición, y Louis sabía que jamás se levantaba, ni siquiera en presencia de sus hermanos. Si los dos hombres estaban reunidos es porque tenían un poderoso interés común, sin duda familiar.

—Sois una persona muy misteriosa, señor Fronsac —soltó de buenas a primeras el presidente del Parlamento—. Os conocí como notario, muy brillante, por cierto, y luego un día me enteré de que el difunto rey os había ennoblecido. Incluso os han hecho caballero de la orden de San Miguel. Una distinción poco corriente para un plebeyo. Su Majestad también os ha otorgado un feudo perteneciente a la Corona y habéis depositado en el Parlamento una solicitud de registro relativa a un título de marqués de Vivonne que os viene de vuestra esposa.

—Demanda que todavía no ha sido atendida, señor presidente.

—Sabéis que un registro semejante genera siempre un largo litigio judicial en el Parlamento. Pero se atenderá, podéis estar seguro. Yo mismo me encargaré de ello.

Esbozó una sonrisa que quería ser cordial.

—Si bien sé todo eso, ignoro en cambio las razones por las que nuestro rey ha decidido tal encumbramiento de un simple notario al que no conocía...

Dejó la frase en suspenso. Él y su hermano observaban a Louis.

—Digamos que he rendido un servicio a Su Majestad, señor. Pero este ascenso es también el precio de mi silencio —declaró Louis después de una breve vacilación.

—¡Sea! Me he enterado de que estuvisteis en Rocroy, al lado de Enghien. Extraña situación para un notario que no sabe nada del oficio de las armas. No hay lugar donde el duque no se haya hecho lenguas de vuestro valor y fidelidad.

—En efecto, he estado en Rocroy —confirmó Louis.

—Ya os habrán dicho que tengo buenos amigos en los círculos eclesiásticos, caballero —intervino a su vez el conde de Avaux con tono sarcástico—. Hasta tengo uno en los Mínimos. Me han contado que os presentasteis allí una mañana, herido, perseguido por los asesinos de la señora de Chevreuse. Allí os cuidaron y luego os marchasteis, disfrazado de soldado...

Esperó un instante una respuesta que no llegó y luego continuó hablando:

—A principios del mes de septiembre, el tesorero de la Corona me pasó —no olvidéis que soy superintendente de Hacienda— una nota de monseñor Mazarino con estas palabras que cito de memoria: «Pagaréis al caballero de Mercy la suma de treinta mil libras». Acababan de detener al duque de Beaufort, y la duquesa de Chevreuse había dejado París.

Louis permaneció en silencio.

—Señor Fronsac, yo no sabré nada de finanzas, pero no soy imbécil. También he interrogado a mi amigo Voiture, con quien estabais en Narbona cuando el señor Cinq-Mars fue arrestado.

El tono del superintendente se había vuelto más incisivo, pero Louis persistió en su mutismo. Avaux suspiró:

—Lo que creo, señor, es que sois muy hábil. —Señaló con un dedo a Louis—. Sois vos quien habéis hecho fracasar, aunque no sé cómo, la conspiración del Caballerizo Mayor. Y sois vos también quien ha vencido a los Importantes. Quizá, incluso, gracias a vos monseñor Mazarino ha llegado a primer ministro.

Louis bajó los ojos para ocultar su turbación.

—¡Quien calla otorga! Sabed, sin embargo, que aprecio vuestra discreción. Así pues, al cabo de tantas aventuras, habéis vuelto a casa, a vuestro señorío. También me han contado que habéis rehusado un cargo de oficial de monseñor. Y luego, ayer, os encuentro en París, en casa de la Belle Gueuse, acompañado de vuestro amigo el comisario. Entonces, como no soy tonto, creo habéroslo dicho, señor Fronsac, adiviné que os hallabais de nuevo en una misión. Os seré franco. Sé que tengo enemigos muy cercanos a la reina. ¿Es a mí a quien investigáis? ¿Hay algún complot contra mí? O peor aún, ¿contra mi familia?

Louis no sabía qué responder. Avaux había adivinado todo sin estar seguro de

nada. ¿Qué podía decirle? La verdad, de ningún modo. Ignoraba quiénes eran los cómplices del robo de los despachos, aunque era difícil que fuese el conde de Avaux, puesto que poseía los códigos que permitían descifrar los correos que se le transmitían.

—Estáis en lo cierto, señor conde —respondió al fin—. El cardenal Mazarino, en efecto, me ha encargado una discreta investigación. No puedo deciros más. La investigación atañe a nuestra diplomacia, así como al congreso de Münster. Pero no os afecta, ni a vos ni a vuestra familia.

Fronsac se volvió hacia el presidente De Mesmes al pronunciar estas palabras, y captó en él un evidente alivio.

—Hay fugas en el Servicio de Cifrado —declaró fríamente Avaux—. ¿Creéis que en mi posición puedo ignorarlo? ¿Es sobre ese asunto sobre lo que investigáis?

«Inútil negarlo —pensó Louis—. Era mucho más sencillo asentir».

—En efecto, señor conde. Lo habéis adivinado todo —suspiró, apartando las manos resignado, en un gesto que subrayaba su fracaso.

Juzgó asimismo inútil pedirle al conde que mantuviese el asunto en secreto. Aquel hombre era un diplomático que guardaba secreto de cuanto averiguaba desde que estaba en aquel oficio.

Avaux se levantó con una sonrisa.

—Os doy las gracias, señor Fronsac. Os proporcionaré toda la ayuda que necesitéis. No os pediré ninguna otra cosa, pero cuando hayáis resuelto el asunto, ¿tendríais a bien desvelarme la solución?

Louis dudó un instante, pero luego asintió con un gesto afirmativo:

—Lo haré, señor conde. Tenéis mi palabra.

Se levantó a su vez, mientras que el presidente no se movió. Louis se inclinó y, a continuación, Avaux lo acompañó a la puerta.

Se saludaron y salió.

Voiture ya no estaba allí.

Subió la escalera, decidido a encontrar a Gaston.

Colbert había desaparecido, así como Le Tellier, pero vio a Anne Cornuel con su esposo Guillaume Cornuel, tesorero de Guerra. La dama estaba en compañía de una joven asombrosamente bella que ya había visto en otra ocasión en la cámara azul. Físicamente, las dos mujeres no podían ser más distintas. Anne Cornuel, llamada Cléobulie en casa de la señora de Rambouillet y Zénocrite en El Grand Cyrus, se acercaba a la cuarentena. Era una rubia menuda, fina, casi plana —¡se jactaba de no tener pechos!—, angulosa pero pesadamente vestida, con una mirada chispeante, acerada y traviesa, mientras que su compañera, Marie de Rabutin-Chantal, una morena en la plenitud de sus dieciocho años, llamaba la atención de todos por la dulzura de su expresión y más aún por un cuerpo sin defectos y generosas redondeces acentuadas por un corpiño de encaje hartamente escotado.

Louis debía saludarlos.

Anne Cornuel pareció alegrarse de verlo e intentó retenerlo. Louis se inquietó un tanto, pues eran incontables los amantes de la dama y había observado hace tiempo que a Anne le habría gustado meterlo en su lecho.

Marie de Rabutin-Chantal se acordaba de él y le presentó a su futuro esposo, el barón Henri de Sévigné, un joven que lo miró de arriba abajo con altanería.

De ninguna manera podía imaginarse Louis que, unos años más tarde, Marie de Rabutin-Chantal, convertida en marquesa de Sévigné, le pediría que investigase la muerte del barón.

—Estamos aquí en calidad de vecinos del señor de Avaux —explicó Anne Cornuel, riendo y cogiéndolo de la mano.

Ella vivía en la calle des Francs-Bourgeois, y Marie de Rabutin-Chantal, en la plaza Real.

—Y vos, decidme, ¿no habéis visto a vuestro ilustre vecino? —añadió muerta de risa.

Louis recorrió la estancia con la mirada sin ver ninguna cara conocida.

—A ese joven de allí, ¿lo conocéis?

Louis negó con la cabeza.

—Pues es vuestro vecino, Enrique de Lorena, duque de Guisa.

La mirada de Louis se demoró en el rostro sonriente, fatuo y pagado de sí mismo del exarzobispo de Reims. Sus cabellos castaños estaban constituidos por una larga cascada de tirabuzones. Iba vestido a la última moda, con un cuello de encaje cuajado de diamantes.

Enrique de Guisa debió de percatarse de que lo observaba, pues su mirada se cruzó con la de Louis, que leyó en ella una curiosa mezcla de ingenuidad y suficiencia.

—Señoras, señor tesorero, señor barón, os ruego me excuséis —rogó Fronsac liberando su mano de la de la señora Cornuel—. Debo encontrar a uno de mis amigos por un asunto de suma importancia.

Los saludó y se alejó hacia la pieza vecina, donde se hallaban Lionne, Servien, Le Tellier y Brienne.

Gaston tampoco se encontraba con ellos. Louis empezaba a inquietarse.

Louise Moillon seguía con el ministro, Abel Servien y Hugues de Lionne. Lo vio pasar y Fronsac creyó descubrir en ella una mirada cómplice.

Volvió al vestíbulo, donde encontró a su padrino, Philippe Boutier, en compañía del canciller Séguier, recién llegado a la recepción.

—¿Gaston de Tilly? —se sorprendió Boutier, después de que Louis los hubiese saludado—. ¡Acabo de verlo ahora mismo! Estaba en compañía de la señorita de Chémérault. Se han ido por allí.

Señaló las estancias que Louis aún no había visitado. Más tranquilo, el exnotario se excusó para precipitarse en el salón que su padrino le indicaba.

No había allí demasiada gente y recorrió rápidamente los grupos formados, sin

ver entre ellos a su amigo. En cambio, descubrió a Antoine Rossignol en animada conversación con un prelado desconocido, de marcado acento italiano. Como Rossignol no lo había visto, Louis se deslizó en la sala siguiente, que estaba casi vacía. Había también allí una escalera de caracol que comunicaba el piso superior con la planta baja. Era similar a la situada en el otro extremo de la casona.

No obstante, aquella pieza no era la última, pues se abría sobre una quinta sala en un nivel ligeramente más bajo. Se trataba en realidad de la habitación abierta a la casa colindante de la que había hablado el marido de Louise Moillon.

Louis entró en ella. Ni rastro de Gaston, pero descubrió allí, solitario y soñador, a un hombrecillo moreno, de nariz chata y negros cabellos rizos que se frotaba las manos delante de una aparatosa estufa de loza holandesa. Fronsac se acercó con gusto al que llamaban «Don Morenito» en el colegio de Clermont: su antiguo condiscípulo Paul de Gondi.

El nuevo coadjutor de París giró varias veces los ojos de sorpresa al ver a Fronsac. Louis se acordó entonces de lo corto de vista que era el exabad de Buzay, lo que sin duda explicaba su habitual expresión de pasmo.

El coadjutor era, ante todo, un gran señor que jamás daba un paso sin un nutrido séquito de gentileshombres. «Si se hallaba solo, seguramente habría una buena razón», pensó Louis. Gondi debía de estar esperando a alguien. Quizá a una dama. Todo el mundo sabía que el coadjutor no podía vivir sin las mujeres. Pero también podía obedecer a otros motivos. Louis conocía perfectamente el temperamento rebelde del autor de la *Conjura de Fiesque*^[48] y su larga enemistad contra Mazarino. Tal vez Paul de Gondi esperase a algún acólito a fin de preparar una maniobra contra el enemigo.

Sin embargo, el coadjutor no disimuló la satisfacción de reencontrar a su antiguo condiscípulo. Hacía años que no se veían.

—¡Louis! Me he enterado de tu ennoblecimiento: ¡caballero de San Miguel! Me alegro mucho por ti y por tu padre. Has debido de rendirle un excepcional servicio al rey... Me han contado también que te has casado con la sobrina de la señora de Rambouillet...

Gondi tenía ese tono amable y familiar que utilizaba siempre con gentes inferiores a él, arrogancia y altivez que desaparecían cuando se dirigía a algún superior.

—Y yo me he enterado de que os han nombrado coadjutor, monseñor, ¡la antesala del cardenalato!

—Ni una palabra más, amigo mío. Mazarino se opone a ello. Tenemos algunas diferencias, aunque ambos seamos italianos y yo no haya formado parte de esa deplorable conjura de los Importantes. Por cierto que me han dicho que tú habías desempeñado un papel fundamental y que te has granjeado las simpatías del siciliano...

—En efecto, es un hombre al que aprecio y admiro sinceramente.

—En ese punto no estamos de acuerdo, Louis —murmuró severamente Gondi.

—Solíamos estar en desacuerdo en el colegio, monseñor —sonrió Louis, recordando sus controversias teológicas.

—Es cierto, y, pese a todo, seguimos siendo amigos. No lo estropeemos, pues, por culpa del siciliano, no vale la pena. ¿Estás buscando a alguien?

—A Gaston. ¿Os acordáis de él?

—¡Cómo no recordar al hurraño pelirrojo! Tengo entendido que es comisario de Saint-Germain-l'Auxerrois.

¿Así que está aquí esta noche? No lo he visto, pero ya sabes que soy corto de vista.

Louis no ocultó su contrariedad.

—Seguiré buscándolo —suspiró—. Pero antes, monseñor, vos que conocéis a todos los prelados, ¿sabríais decirme quién es aquel hombre de allí?

Por la abertura entre las salas, le señaló a la persona que seguía hablando con Antoine Rossignol.

—¿Aquél? Desde luego, me lo encontré ayer en la Nunciatura. Es Fabio Chigi, el mediador de Urbano VIII para el congreso de Münster. Un diplomático de gran valía.

¡Vaya! El hombre que tanto inquietaba a Brienne, se dijo Louis. ¿Pero qué hacía aquel italiano con Rossignol? ¿Qué relación podía tener el secretario encargado del Servicio de Cifrado con un plenipotenciario del Papa?

Un escalofrío recorrió su cuerpo.

Ni por asomo había pensado que el felón que buscaba pudiese ser el propio Antoine Rossignol.

Iba a hacerle otra pregunta a Paul de Gondi cuando se dio cuenta de que la Belle Gueuse se dirigía hacia ellos.

—Señor, disculpadme, pero debo hablar con la señorita de Chémerault. Creo que sabe dónde está Gaston.

Louis dejó precipitadamente a su amigo para ir al encuentro de la joven.

Françoise de Chémerault estaba más resplandeciente que nunca. Su corpiño de seda esmeralda, bordado de fino encaje, resaltaba su opulento pecho. Llevaba una falda de terciopelo a juego, cuyos enfaldos estaban atados en el bajo de la falda. Era un vestido muy sencillo cuyos únicos adornos eran unos puños de encaje y un collar de perlas. Sus cabellos, teñidos de rojo, estaban peinados en un moño trenzado. Sobre los hombros llevaba una capa ligera del mismo color esmeralda.

—Caballero —lo interpeló con voz cristalina— ¡qué placer volver a veros tan pronto!

—El placer es mío, señorita. Busco a mi amigo Gaston, que estaba conmigo ayer en vuestra casa. Me han dicho que tal vez vos sabríais dónde está.

—¿El señor de Tilly? En efecto, iba a reunirme con él. Me espera en el piso. ¿Queréis acompañarme?

—Con sumo gusto, señorita.

Se dirigió a la escalera interior y la subió. Louis iba a seguirla cuando se percató de que Louise Moillon lo observaba. ¿Estaría siguiéndolo?

Gaston había llegado al palacete de Avaux en silla de manos, poco antes que Louis. Rápidamente había visto, halagado, que la señorita de Chémerault dejaba a su hermano para precipitarse a su encuentro con la mirada henchida de amor.

Gaston no era ningún patán, pese a su aspecto un tanto rudo. También frecuentaba los salones —bien es verdad que desde hacía poco tiempo— y había empezado a leer *Cassandra*, de Gautier de La Calprenède, considerada como la mejor novela escrita desde la *Astrea*, hasta el extremo de que el mismísimo duque de Enghien había elogiado el libro.

El comisario se inclinó ante la joven, murmurando:

—Señorita, el amor ha roturado furiosamente mi corazón.

La joven pareció halagada y sonrió al responder:

—Me hacéis sonrojar, señor —con una voz tan cálida y profunda que lo puso fuera de sí.

—También sé, señorita, que sois de una virtud hartamente severa...

—Hay demasiada gente en torno a nosotros para entregarnos a las confidencias, ¿no os parece, señor?

—Desde luego, señorita. ¿Queréis que vayamos a uno de esos salones?

Gaston señaló las estancias contiguas.

—Ahí la multitud está también presente, señor. Hay un salón en el piso, por aquí. ¿Queríais llevarme a él?

Gaston comprendió que la Belle Gueuse acababa de rendírsele y perdió todo el sentido de la cordura.

—A vuestras órdenes, señorita.

La joven se dirigió hacia la pieza de la izquierda, la atravesó bajo miradas de rendida admiración, luego ganó la siguiente y tomó la escalera de husillo. Gaston la seguía, con el corazón desbocado.

La escalera desembocaba en una sala de gala dotada de un lecho con dosel, algunos muebles y taburetes tapizados. Una puerta que sin duda comunicaba con las otras piezas del piso. Gaston no estaba allí, ni ninguna otra persona, y Louis no salía de su asombro.

—Vuestro amigo me espera por aquí —dijo la joven alzando una colgadura a su derecha.

La pesada cortina ocultaba un sombrío corredor. Se trataba a todas luces de una abertura reciente hacia la casa medianera. Del pasadizo que se abría ante ellos llegaba una corriente de aire glacial. El paño estaba allí, sin duda, para cortar el frío, puesto que no había puerta.

—¿Se trata de la casa de al lado? —se asombró Louis—. Creía que no era más que un enorme guardamuebles donde el conde de Avaux había trasladado el mobiliario que le molestaba para la recepción.

—¿También sabéis eso? —sonrió la joven—. ¡Debe de ser cierto lo que se dice, que vos lo sabéis todo! —exclamó esbozando una ingenua sonrisa.

—No es nada del otro mundo. No hay ningún secreto. Sólo que me encontré con el conde hace un momento y fue él quien me lo dijo —replicó Louis fríamente—. ¿Pero dónde se encuentra Gaston?

—Aquí, caballero. Hay una pieza vacía donde le he pedido que me espere.

Se internó por el siniestro corredor plagado de telarañas, malamente iluminado por dos profundos agujeros practicados en los muros. A la derecha, Louis distinguió cuatro o cinco puertas. Al fondo, se percibía vagamente la abertura de una estrecha escalera de servicio practicada en la pared. A la izquierda, debía de haber una pieza, pues hacia la mitad del corredor aquélla se ensanchaba en un gran rectángulo libre cuyo suelo estaba compuesto de tablones y no de baldosas de barro cocido como el resto del pasillo. Era sin duda el emplazamiento de la escalera principal, demolida para ampliar la sala del bajo, cuya abertura había sido recubierta por un rústico piso de madera.

Louis se sentía oprimido por una abrumadora inquietud. ¿Qué diablos había venido a hacer Gaston a tan sórdido cuchitril?

¡Todo aquello olía a emboscada! La Belle Gueuse estaba en compañía de su hermano cuando la había visto y había observado que aquél salía del palacete mientras Louis hablaba con ella. ¿No habría vuelto por la escalera del fondo? Dudó en ir más adelante. ¿Debía dar media vuelta? Pero, en ese caso, ¿qué pasaría con Gaston?

La Belle Gueuse no pareció percatarse de su vacilación. Se detuvo en la primera puerta, la abrió y le propuso entrar con una sonrisa prometedora.

Avanzó con prudencia, lamentando no haber llevado un arma como Gaufredi le aconsejaba siempre.

Era una inmensa cámara glacial, todavía amueblada con un lecho, una mesa y algunas sillas. Estaba tenuemente iluminada por dos ventanas. Fuera, anochecía.

Louis recorrió la estancia con una mirada circular. Ni rastro de Gaston.

Se volvió hacia la joven, a la vez inquisitivo y desconfiado. Estaba tan cerca de él que sentía su respiración cálida y su perfume embriagador.

Ella bajó los ojos. Sus grandes pestañas la volvían más seductora si cabe.

—Estoy confusa —farfulló con una especie de gemido—. Os he mentado, caballero.

—¿Mentado?

—Vuestro amigo no está aquí. Efectivamente me he encontrado con él hace un rato. Tuvimos una desagradable conversación. Se imaginó no sé qué sobre mí. Tuve que confesarle que no me sentía atraída hacia él y me lo reprochó violentamente. Se fue hecho una furia. Creo que ha dejado el palacete. No quería confesároslo allí abajo, ante todo el mundo. Era muy molesto para mí. Prefería decíroslo aquí.

La joven levantó hacia él unos ojos arrasados en lágrimas.

Louis no sabía qué decir. ¿Era eso verdad? Conociendo el carácter a la vez galante y arrebatado de su amigo, era muy probable.

—Pero igual que he rechazado a vuestro amigo, señor, debo deciros la verdad. El corazón quiere salirse del pecho desde el momento en que os ha visto.

Un sentimiento de inquietud se apoderó de Louis. ¿A qué venía eso? ¿Esta mujer estaba declarándosele?

—En el amor no se manda, señor —murmuró la joven tomándolo de las manos.

Louis la miró con estupefacción. No salía de su asombro. ¿Estaba representando una comedia? No daba esa impresión. «El caso es que es una mujer muy bella», se dijo, sintiéndose repentinamente cautivado por su mirada.

—Estoy dispuesta a entregarme a vos, ahora —murmuró ella—, en este cuarto.

La joven lo soltó y, con un gesto brusco de sus dos manos, apartó su corpiño, revelando sus cojinetes de amor.

Louis se quedó paralizado por la sorpresa.

En ese instante oyó la puerta abrirse a su espalda.

El encanto desapareció y se giró, con el corazón batiéndole en el pecho. ¡Había caído en una trampa! ¡Como Gaston!

Era Louise Moillon.

Pareció estupefacta, viendo a la señorita de Chémerault con los senos desnudos. Luego, su mirada cambió, y la ira sustituyó a la sorpresa. Louis no sabía qué hacer. Jamás se había encontrado en una situación tan enojosa. Miró a la Belle Gueuse. Una rabia repentina deformaba sus rasgos.

Las dos mujeres se miraron de hito en hito, luego la Belle Gueuse esbozó una sonrisa forzada y se ajustó lentamente su corpiño.

—Decididamente, señor Fronsac, estáis muy solicitado por las mujeres.

Louis, con un nudo en la garganta y pálido como un cadáver, se inclinó. Se volvió hacia Louise Moillon, que se disponía a salir, y la siguió.

—Volveremos a vernos, señor Fronsac —dijo sonriendo la Belle Gueuse.

Louis la saludó cerrando la puerta. La llave estaba en la cerradura. Sin saber muy bien por qué, la giró.

En el pasillo, Louise Moillon, sonrojada y confusa, observó con voz ronca:

—Cuánto lo siento, señor Fronsac. Os buscaba porque me habíais dicho que os interesaban mis pinturas. Os he visto alejaros y pensé poder hablaros fuera de esta batahola. Si hubiese sabido... He sido muy indiscreta.

—Soy yo quien tiene que daros las gracias, señora. No habríais podido llegar en un momento más desagradable para mí. Vuestra aparición ha sido oportunísima.

Fronsac permaneció inmóvil.

—¿Queréis acompañarme? —preguntó ella—. No podemos quedarnos aquí. —Su mirada iba rápidamente de una puerta a otra, como habría hecho un animal atrapado.

Fronsac le señaló la colgadura a la izquierda.

—Sólo tenéis que dar unos pasos para hallar la escalera, señora. Yo me quedaré

aquí un rato.

Ella pareció dudar, pero luego lo desafió con la mirada:

—¿Deseáis volver a verla?

—No, señora —sonrió Louis fríamente—. Pero estoy buscando a un amigo; la señorita de Chémereault me había prometido llevarme junto a él, y ahora me pregunto si no estará en una de esas piezas.

Señaló las otras puertas.

—Eso puede ser peligroso —observó la pintora a media voz—. Ignoráis lo que hay detrás.

—¿Qué queréis decir?

—Esta casa está en muy mal estado. Podría haber desprendimientos...

Se pasó la lengua por los labios y añadió hablando muy rápido:

—¿De verdad pensáis encontrar a vuestro amigo aquí? —preguntó en voz baja.

Resonaron de nuevo algunos ruidos en el rellano inferior, se oyeron voces otra vez y luego se hizo el silencio.

Louis asintió en silencio. La dama había puesto el dedo en la llaga. ¡De la que se había librado! Se sintió repentinamente enervado, como vacío de toda iniciativa.

Adivinaba también que, si Gaston había caído en manos del caballero de Chémereault, sin duda a estas horas estaría muerto.

Tuvo que dominarse para no romper a llorar ante la idea de la muerte de su amigo.

Louise Moillon había empezado a bajar la escalera.

—Esperad —susurró Louis—, antes miraré en los desvanes.

Atravesó la pieza intentando evitar que el suelo crujiere bajo sus pies, luego subió la escalera. Los desvanes estaban iluminados por minúsculos vanos. Todo estaba vacío y no se percibía el maderamen carcomido de la casa. Subió al altillo y lo recorrió rápidamente. Por supuesto, no había nada. Bajó y siguió a Louise. Se sentía desamparado.

Al pie de la escalera, la dama examinó un rato el corredor vacío, luego fue a la primera puerta y la abrió. Louis se mantenía detrás de ella. La pieza se hallaba atestada de muebles apilados, alfombras, cortinas y baúles.

Ni rastro de Gaston o de su cadáver, pero Louis pensó, con el corazón en un puño, que podría estar disimulado en aquel batiburrillo de cosas.

Louise Moillon ya había pasado a la segunda estancia, donde descubrió el mismo apilamiento de mobiliario.

Las demás salas estaban igualmente atestadas de cachivaches.

—No está aquí —decidió con un tono un poco asustado—. Volvamos a la recepción, mi marido estará buscándome.

La pintora se dirigió hacia la cortina que cerraba el corredor.

—Esperad —pidió Louis—, ¿adónde conduce esa escalera?

—Está cerrada a la altura de la sala inferior. Luego baja hasta una cocina y una

caballeriza, en el patio, donde hay un pasadizo para salir.

—¿Cómo sabéis todo eso? —preguntó Louis cada vez más desconfiado.

Aquella mujer sabía demasiado de todo, ¿quién era en realidad?

Ella se encogió de hombros y dijo con expresión ingenua:

—Estuve aquí hace unos días con mi esposo, que venía a verificar los trabajos de apuntalamiento. Como él estaba muy atareado, me paseé por toda la obra.

—Bajaré por aquí. Volved con vuestro esposo —determinó Louis.

Sin esperar su respuesta, subió los peldaños. La oscuridad era total y tenía que pegarse a la pared para no caer. La escalera era empinada y recta. Al cabo de un rato, llegó a un pequeño rellano. Su mano derecha chocó contra un revestimiento rugoso. Debía de estar a la altura de la sala de recepción, pues oía hablar a la gente. Siguió descendiendo. Abajo, entrevió una débil luminosidad. Apresuró el paso.

El último rellano se abrió sobre una cocina muy oscura. Uno de los cristales de una ventana estaba roto. Reinaba la oscuridad, pero, fuera, numerosas antorchas iluminaban el patio, proyectando un inquietante juego de luces y sombras en la pieza.

Aquella antigua cocina debía de ser utilizada como bodega, pues había un montón de barricas arrumbadas y, por el suelo, algunos cántaros desportillados. Distinguió la abertura de un pozo en un ángulo y se acercó allí.

¿Gaston estaba en el fondo?

Observó con tranquilidad que la abertura aparecía cerrada por una sólida reja herrumbrosa. Oyó un ruido a su espalda, procedente de la escalera. Sintió miedo y se precipitó hacia unas llaves abandonadas en la chimenea. Cogió la cadena con ambas manos. Era un arma irrisoria, pero Louis estaba dispuesto a vender cara su vida.

Una silueta apareció en la abertura de la escalera. Reconoció con alivio el vestido de Louise Moillon.

—¿Por qué me habéis seguido? —la interpeló iracundo tan pronto como ella entró en la cocina.

Lamentó de inmediato su tono agresivo y se prometió dominarse en lo sucesivo.

—Sentía curiosidad —respondió la dama, encogiéndose de hombros.

Sin soltar la cadena de hierro, Louis se dirigió hacia una puerta y la abrió con sumo cuidado. Era una caballeriza. Todavía conservaba esquilmo y camas de paja. Avanzó. Había un cuerpo tendido en el suelo.

Louis se abalanzó sobre él, pero ya había reconocido los cabellos rojizos del cadáver. Era Gaston.

Se inclinó sobre el cuerpo. Su amigo estaba amordazado y agarrotado, pero sus ojos abiertos girando furibundos testimoniaban que seguía vivo.

Ya Louise se había reunido con él y se había arrodillado a su lado. Fronsac forcejeaba tratando de retirar la mordaza de cuero que penetraba en la boca de Gaston, pero el garrote estaba apretado por una correa de cuero y un nudo que era incapaz de deshacer. Gaston rugía de rabia o de dolor. Louis miró las otras ligaduras: eran todas de cuero.

A Fronsac el corazón le latía ruidosamente. ¡No tenía nada con que desatar a su amigo! Y en cualquier momento podía llegar uno de sus enemigos. Decidió ir a buscar la ayuda de Nicolás. Observó entonces que Louise, que se había puesto en cuclillas, se levantaba. Alzó su secreta, descubriendo la pantorrilla. Contra la pierna —que por cierto era bellísima— tenía atada una daga de caza cincelada en una vaina de cuero negro; la sacó, se inclinó de nuevo y con un gesto preciso cortó la correa de la mordaza.

—Louis —jadeó Gaston—, cómo... ¿Cómo me has encontrado?

—Más tarde —lo interrumpió la joven con tono perentorio.

Cortó rápidamente las otras ataduras. Louis ayudó a su amigo a levantarse. Gaston dio un traspie: sus miembros estaban agarrotados.

Lo ayudaron a dar unos pasos y a continuación se puso a saltar para entrar en calor.

—Tengo frío —farfulló, castañeteando los dientes y riendo a la vez.

Se acercaron a la enorme puerta de las caballerizas.

—¿Puedes caminar?

—Sí, no te preocupes. Hay que largarse enseguida.

—Escucha, Gaston, voy a acompañar a esta dama —señaló a Louise, que en ese momento envainaba la daga en la funda de su pantorrilla. Y, pese a su precario estado, Gaston tuvo tiempo de admirar la bonita pierna—. Su marido debe de estar buscándola. La carroza de mi padre está en el patio y Nicolás aguardando en ella. Vete, me reuniré allí contigo.

Gaston asintió con la cabeza y se apartó de mala gana de la turbadora pierna de Louise Moillon. Entreabrieron la puerta del establo.

Louis señaló el coche. Los cocheros y lacayos habían hecho un fuego con algunas hachas de madera de construcción abandonada. Nicolás se calentaba entre ellos.

Louis sacudió ligeramente las ropas de su amigo.

—Tú vas hacia Nicolás sin apresurarte —le dijo— y le pides que te siga a la carroza. Instálate cómodamente en el interior. Por precaución, mi padre deja siempre una pistola y una espada bajo el segundo asiento. Cógelas. Yo llegaré enseguida.

Gaston asintió. Se reunió con Nicolás y luego se dirigió a la carroza.

Louis, tranquilo, se volvió hacia Louise:

—Señora Moillon, permitidme que os acompañe.

Ella le sonrió y ambos salieron de las cuadras.

—¿Quién sois, señora? —preguntó entonces Louis en un tono duro mientras caminaban hacia la escalinata.

—¿Yo? Lo sabéis muy bien. Soy la señora Girardot de Chancourt.

—Debo de ser algo obtuso, señora, pero las damas de Chancourt no llevan cuchillos en la pantorrilla.

—Un hombre galante aparta la mirada cuando una honesta mujer se levanta la ropa —le reprochó ella gentilmente, tomándolo de la mano.

—¿Rehusáis responderme? —preguntó Fronsac en tono seco, desprendiéndose de su mano.

—Estáis enfadado conmigo, señor, y eso me entristece. Imagináis lo que no hay. Esta daga sólo es por seguridad —respondió tristemente—. Quizá lo ignoréis, pero una mujer como yo debe protegerse en París.

Fronsac se encogió de hombros suspirando con resignación y entraron en el vestíbulo para dirigirse a la estancia donde Louis había visto a Brienne por primera vez.

Seguía allí con Abel Servien, Hugues de Lionne y el señor de Chancourt. Le Tellier los había reunido.

Servien dirigió una mirada inquietante a Louise. Ella le sonrió.

—¿Dónde estabais, señor Fronsac? —preguntó Le Tellier.

—Me encontré a la señora Chancourt y la he acompañado, señor.

El señor de Chancourt permaneció impasible. No le importaba en absoluto lo que su mujer hubiese estado haciendo con aquel hombre durante cerca de una hora. Pero Louis sintió las miradas de los demás sobre él. Iba a tener que soportar un sinfín de preguntas.

—Os ruego que me excuséis, señores —dijo inclinándose.

Se alejó sin esperar respuesta. Juzgó que Gaston estaba antes que la cortesía.

Lanzó una mirada prudente hacia el vestíbulo. Sólo temía una cosa, cruzarse en su camino con el hermano de la Belle Gueuse. Fue entonces cuando vio a la joven de espaldas, en una pieza frente a él. Hablaba con alguien. Permaneció inmóvil un rato. En aquel momento, un grupo de personas se apartó. El interlocutor de la señorita de Chémérault no era otro que Jean-Baptiste Colbert.

Volvió la cabeza y salió al patio.

¡De manera que Colbert conocía a aquella mujer! ¿Lo habría seducido también a él?

Decididamente, habían ocurrido demasiadas cosas incomprensibles en el curso de aquella velada. Tenía que reflexionar y poner en orden sus ideas.

Llegado a la carroza, vio a Nicolás acurrucado en el pescante.

—Vamos a casa de Gaston, a la calle de la Verrerie.

—Sí, señor.

En el coche, Louis encontró a Gaston meditabundo, con la pistola sobre las rodillas y la espada posada en el asiento de delante.

—Le he pedido a Nicolás que te lleve a casa.

—Has hecho bien. Tengo un tremendo chichón que me duele una barbaridad —dijo, palpándose la cabeza—. Hace un momento te habría dicho que no. Quería ir al Grand-Châtelet y reunir una patrulla de arqueros para prender a la señorita de Chémérault, luego razoné y he pensado que sólo con ello me ganaría la enemistad del conde de Avaux.

—Tienes mucha razón. No habría sido posible. Cuéntame lo que ocurrió...

—Me sedujo, me invitó a subir al piso, en una habitación. Perdí todo sentido de la prudencia. ¡Soy un estúpido con las mujeres!

—¡Quia! —exclamó Louis, divertido, ahora que el peligro había pasado.

—¡Sí, lo sé muy bien! Al llegar a la habitación no me acuerdo de nada. Ha debido de golpearme por detrás. Cuando recobré el conocimiento, estaba agarrotado en la paja donde me has descubierto. Llevaba allí dos horas, y además estaba helado, pues perdí mi capa en la aventura.

—¿Estás seguro de que ha sido ella la que te ha tendido la trampa?

—¿Qué otro podía ser? Ella estaba conmigo. A menos que ella hubiese sido víctima del mismo agresor.

—No, ella no ha sido agredida.

—¿Cómo lo sabes? ¿La has visto?

—Sí, yo también tengo que contarte...

Louis le explicó lo sucedido sin omitir el papel de Louise Moillon.

Cuando Louis hubo terminado, Gaston permaneció silencioso largo rato.

—¿Quién es esa mujer que lleva una daga en su pierna al estilo de los espadachines italianos?

—No lo sé, Gaston. Ella no ha intervenido por azar, de eso estoy seguro. Creo que me seguía para protegerme.

—¿Un ángel de la guarda? Los jesuitas nos han enseñado que los ángeles no tienen sexo. Ahora bien, el tuyo gozaba de generosos atributos de mujer. Y una mujer bellísima, por cierto.

—En efecto, no es un ángel. Muy al contrario —replicó Louis sombríamente—. ¡Y además, es hugonote! Ni se te ocurra enamorarte de ella, amigo mío, porque no sólo está casada sino que va armada y es peligrosa.

—¿Pero por qué iba ella a protegerte?

—Creo adivinarlo. Está al servicio de Abel Servien.

—¡No entiendo nada! ¿Por qué se interesa Abel Servien por ti? ¿Y cómo sabía que arriesgabas algo? ¿Y por qué no me ha protegido a mí? —se quejó Gaston, finalmente encantado de estar vivo aunque siguiese muerto de frío.

—Entiendo tanto como tú lo que ha pasado. Debo reflexionar en lo que ha sucedido esta noche.

—No me han matado, Louis —observó Gaston después de un silencio.

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué no me han matado?

—¿Y por qué iban a matarte? Creo que querían saber lo que sabes, lo que sé yo, por qué fuimos al Hazart. Son los encargados de ese garito, o burdel, los que nos han atacado. Tampoco es seguro que esto tenga relación con nuestro asunto.

—Tienes razón; habrían venido más tarde, tal vez contigo, de noche, quizás. Pero después de habernos interrogado nos habrían matado —se estremeció al decir estas palabras.

—Sin duda.

Llegaron a casa de Gaston.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, ahora ya estoy bien. Mañana por la mañana, estaré en el Grand-Châtelet a las cinco. A las seis, con mis arqueros, visitaré el garito del Hazart. La Belle Gueuse tendrá que explicarse. No me gusta hacer sufrir a las mujeres, pero no dudaré en pedir para ella la cuestión previa.

Pero nada de aquello ocurriría.

Lunes, 9 de noviembre de 1643

Había helado durante la noche. En la biblioteca, el fuego se había apagado desde hacía tiempo cuando Louis se levantó. Estaba oscuro y no lograba conciliar el sueño.

Había llegado la víspera, mientras todo el mundo dormía profundamente en la casa. Guillaume Bouvier había dejado el portal entreabierto y dos antorchas de sebo encendidas en el patio. Éste y Gaufredi velaban en la cocina jugando a los dados ante un jarro de vino.

Louis se había reunido con ellos, mientras Nicolás se ocupaba de guardar la carroza. Su tío había ido a ayudar y Louis se había quedado solo con el viejo reitre.

El antiguo notario no estaba muy orgulloso de sí mismo. Contó a Gaufredi, en quien tenía absoluta confianza, lo sucedido en el palacete de Avaux.

—Esa trampa es tan vieja como el mundo, señor —ironizó el exmercenario—. No entiendo cómo habéis podido caer en ella y me pregunto sobre todo cuándo comprenderéis que la gente es mala. Que os sirva de lección: y no volváis a salir sin el arma.

—Voy a acostarme, Gaufredi —concluyó Louis levantándose—. Ni una palabra de todo esto a mi esposa, ni a ninguna otra persona, por supuesto. Tengo que meditar acerca de lo que ha pasado, de lo que he visto y sabido. A partir de mañana, vaya donde vaya, me acompañarás a todas partes.

Louis añadió leña a la chimenea. La leñera había sido aprovisionada la víspera por Guillaume Bouvier. Se quitó el camisón y se vistió, enfundándose varios pares de medias como hacía Malherbe, que, en épocas de mucho frío, se ponía unas sobre las otras. El poeta había mandado coser en cada par una letra del alfabeto, y un día especialmente glacial ¡había llegado hasta la ele!

Louis se vistió a continuación con ropa de lana tupida poniéndose su jubón largo sobre el jubón corto. A continuación, se fue a ver a Julie, que dormía a pierna suelta. La besó en la frente y, tomando la escalera de husillo, construida en la antigua atalaya, bajó a la cocina, con una palmatoria en la mano y la capa sobre los hombros.

Oyó el toque de vigili^[49]as en el convento de la Merced. La señora Bouvier ya estaba encendiendo el fuego en la cocina.

—¡Habéis madrugado mucho, señor! —exclamó asombrada.

—No podía dormir, Jeannette.

—¿Queréis almorzar, señor?

—Os lo agradecería. No he probado bocado desde ayer.

—Nos queda capón de la cena. Puedo calentaros algo de sopa y, en un momento, habré acabado el caldo para los hombres que están fuera.

Temblando de frío, Louis se instaló en un banco al amor de la lumbre mientras la señora Bouvier se metía en faena. De momento, la chimenea apenas calentaba y

Louis se quedó mirando un rato las llamas que lamían los leños.

Varias veces en la noche se había despertado pensando en los acontecimientos de la víspera. De lo que estaba seguro es de que había visto a Rossignol con el plenipotenciario del Papa. Hasta ese momento, no se le había ocurrido que el espía podía ser el responsable del Servicio de Cifrado; era una hipótesis muy poco verosímil. Pero ahora no podía descartarla.

También había visto a Colbert con la Chémereault, lo que quería decir que se conocían. «¡A saber lo que esperaba obtener de él aquella hechicera! ¿La llave del cofre? Pero aquella conversación durante la velada ¿era suficiente para sospechar del funcionario? —se preguntó con amargura—. ¿No había seguido él mismo a la Belle Gueuse mucho más lejos?»

Pero sobre todo era Louise Moillon quien ocupaba sus pensamientos. Louis ya no estaba tan seguro de que hubiese sido Servien quien la había enviado hacia él. Quizá ella había dicho la verdad: lo había seguido para hablarle de pintura y simplemente lo había ayudado por curiosidad. En cuanto a la daga que llevaba para protegerse, su explicación no era tan inverosímil: los hugonotes, sobre todo las mujeres, habían sido atacadas con tal virulencia que tenían suficientes razones para tomar precauciones.

Salir armado, ¿no era lo que siempre le aconsejaba Gaufredi?

La señora Bouvier le tendió una taza de caldo humeante.

La cocina era una vasta pieza, una de cuyas paredes estaba ocupada por una inmensa chimenea de cañón de la cual colgaban varias llares de las que pendían calderos de agua. Desde que habían llegado, los criados no habían parado de vaciarlos en cántaros que llevaban a sus señores.

Una larga mesa de roble de dos toesas de largo, así como cuatro bancos, ocupaban el resto de la pieza. Era allí donde generalmente comía todo el personal de la casa. El primer piso sólo se utilizaba para las comidas de familia o los invitados.

El banco de Louis estaba frente al fuego y se giró para acomodarse a la mesa. La señora Bouvier depositó la taza ante él, así como media gallina y dos hogazas de pan negro. Arrancó con los dedos un buen bocado de carne de gallina que masticó con el pan. Estaba hambriento.

Se acabó la gallina, y estaba terminando de mojar el pan en el caldo cuando llegó Gaufredi.

El viejo reitre no mostró sorpresa alguna al descubrirlo solo con la cocinera a una hora en que los señores dormían todavía. Dejó en la mesa la espada, así como la pistola de rueda que había deslizado en su cinturón, y se sentó frente a su amo, con el cuchillo de caza sujeto por un cordón a su pecho.

—Caballero, ¿no vais armado? —preguntó con una mezcla de ironía y ferocidad.

—En esta casa, no, Gaufredi —se excusó Louis.

—Es así como se logra que lo maten a uno, señor —dijo lúgubremente el viejo soldado.

La señora Bouvier le sirvió un plato de sopa y puso otro ante su amo.

Antoine Mallet, el portero del despacho, llegó en compañía de Nicolás y de su padre. Mallet vivía en el desván con su esposa. Era quien dirigía el servicio de mesa y gobernaba a las doncellas. También se ocupaba del mantenimiento del fuego y del aprovisionamiento de madera con Jacques Bouvier, el padre de Nicolás.

Los tres hombres tenían los brazos cargados de leños, que apilaron en la leñera de la gran cocina.

Se sentaron al lado de Gaufredi después de haber saludado respetuosamente a Louis. Recibieron a su vez sendas tazas de caldo humeante.

—He abierto el portal, señor —le comunicó Antoine a Louis—. Guillaume va a venir a ayudarnos. Con este frío hay que acarrear mucha leña.

El hermano de Jacques, Guillaume, vivía con su esposa Antoinette en la misma calle, un poco más lejos, en una casa de adobe de dos minúsculas piezas.

—Iremos a ver a Tallemant esta mañana —declaró Louis como si deseara cambiar de tema.

Su amigo Gédéon Tallemant, que vivía en la calle des Petits-Champs, era uno de los directores de la opulenta banca protestante de Francia. Gédéon tenía la misma edad que Louis y se interesaba más por los cotilleos que por las finanzas. Disfrutaba contando, no sin cierta complacencia, los desórdenes de la corte y de la burguesía. Siendo protestante, seguramente conocía a Louise Moillon. Sin duda también podría informarle sobre la Belle Gueuse, sobre Abel Servien y sobre el conde de Avaux. Tenía más de una pregunta que hacerle.

Luego iría al Grand-Châtelet. Gaston ya habría detenido a la Chémernaut y a su hermano y empezado a interrogarlos. Entonces verían las cosas más claras.

La señora Mallet llegó en ese momento con las dos doncellas, Bertrande y Margot, acompañadas de Marie Gaultier, la criada de Julie.

—¡A ver! —dijo la cocinera en tono desabrido—, ¡que hay que llenar los cántaros de agua caliente!

Antoine y Jacques se levantaron de inmediato para ir a la chimenea. Cogiendo los gruesos guantes de cuero, descolgaron los calderos de agua caliente y empezaron a llenar las jarras de loza que les pasaban Bertrande y Margot.

Tenían que preparar seis, una para Bailleul y su hermana, otra para Richepin, dos para el señor y la señora Fronsac y una para Julie.

Entretanto, la señora Mallet llenaba vasijas de gres con el agua del pozo situado en la esquina de la cocina, que estaba alimentado por la cisterna, bajo la casa.

Cuando hubo acabado, los criados, cogiendo cada uno dos calderos —uno de agua fría y otro de agua caliente—, así como una pequeña palmatoria de tierra cocida, subieron a los pisos.

Antoine y Jacques fueron a su vez al pozo para llenar las marmitas que habían vaciado. Hecho esto, los volvieron a poner al fuego. No podía faltar nunca agua caliente en la cocina. Luego, se acabaron su sopa antes de salir a buscar la leña para subir a los pisos.

La cocina se había quedado casi vacía, pero Louis sabía que eso no duraría mucho. Las doncellas estarían a punto de bajar para tomar un caldo caliente, y Guillaume llegaría enseguida con su esposa Antoinette.

El portero, Jeannette y la señora Mallet empezarán a preparar las comidas del personal de servicio de la casa. Algo más tarde, la señora Fronsac se reunirá con Jean Richepin para decidir las compras en el mercado. El miércoles y el sábado era en el Gran Mercado Central, el de los mayoristas. Hoy sería en el mercado del cementerio de Saint-Jean y en el Matadero Central. Uno o dos hombres las acompañarían para transportar las compras y protegerlas de los rateros.

Luego llegarían Jean Bailleul y su hermana, así como el señor Fronsac. Finalmente, serían los pasantes, hambrientos como siempre. Ellos también recibirían su ración de caldo y pan antes de subir a trabajar. Empezaban siempre al amanecer a fin de reducir gastos de iluminación.

Louis sentía una dulce beatitud al encontrarse de nuevo en este pequeño mundo donde había vivido tantos años. Durante un ratito se puso a soñar despierto, olvidado de la Belle Gueuse y los problemas de Loménie de Brienne. Le habría gustado que el tiempo se detuviese.

Se sirvió un vaso de vino y le sirvió otro a Gaufredi. Tocaban laudes en el cercano convento de las Carmelitas.

En ese momento, Guillaume Bouvier entró en compañía del arquero La Goutte.

Viendo al sargento enviado por Gaston apearse del caballo de aquella forma, Louis comprendió que algo grave había sucedido.

Se levantó de un brinco.

—¿Qué ocurre, La Goutte?

—¡Tenéis que venir enseguida! Acaban de encontrar al señor de Manessier muerto.

Louis rodeó la mesa y cogió a La Goutte por el hombro.

—Señora Mallet, vamos a la sala de al lado. Llévadle una taza de caldo al sargento, con pan, vino caliente y lo que haya sobrado de la gallina. ¡Gaufredi, vente con nosotros!

Sabía que el arquero vivía con penuria y siempre estaba hambriento.

El vestíbulo por el que se penetraba en la cocina daba a otra pieza, una vasta sala común utilizada por los criados de la casa o por los que estaban de paso, cuando iban demasiado embarrados y la señora Mallet les prohibía la entrada a su cocina. No había más que una mesa y dos bancos. Los hermanos Bouvier, cuando no tenían nada que hacer, se instalaban allí y vaciaban jarra tras jarra de vino antes de quedarse dormidos en los bancos.

Fue allí adonde Louis se llevó a La Goutte y a Gaufredi. No quería que nadie oyese las palabras del arquero.

La señora Mallet los siguió. Tras servir el caldo, el vino, el pan y un plato con un cuarto de gallina, salió de la pieza. Entonces La Goutte inició su relato, hablando con

la boca llena.

—Veréis lo que me ha traído hasta aquí, caballero. Hace una hora, yo estaba en el gran vestíbulo del Châtelet reuniendo a los arqueros a medida que iban llegando para ponerlos a vuestro servicio. Ya sabéis que el señor de Tilly quería entrar en un garito...

—Lo sé. Continúa.

—Vi entrar a una mujer que parecía perdida. Me sonaba su cara, de modo que fui a preguntarle. Estaba llorando. Acababa de descubrir a su amo ahorcado.

»Entonces la reconocí: la había visto una vez en casa del hombre que me habíais mandado seguir. Era su criada. Subí de inmediato a prevenir al señor comisario y ella nos contó que se había levantado para encender las luces entre las cuatro y las cinco de la mañana. Vive en la buhardilla de la casa. Una vez llegada a la cocina, que es la pieza principal, descubrió a su amo colgado de una viga. Estaba aterrorizada y no sabía qué hacer. Por fin tomó una linterna y corrió al Grand-Châtelet, que no está muy lejos de la calle Gesvre.

»El señor de Tilly ha anulado la operación prevista en el garito de juego. Me ha pedido que venga a avisaros para que os reunáis allí con él.

—Vamos —dijo simplemente Louis—. Gaufredi, te vienes con nosotros. Dile a Nicolás que prepare la carroza.

La Goutte no tuvo tiempo de apurar el caldo ni de acabarse la gallina. Cogió el pan para ir comiéndolo por el camino.

La calle del Temple estaba abarrotada de gente y Nicolás tuvo que tomar la calle Saint-Martin pasando por la calle Neuve-Saint-Merri, también llamada Saint-Mederic. Pese al embotellamiento ante el Matadero Central, llegaron por fin al puente de Notre-Dame.

Las tiendas empezaban a abrir y ahora avanzaban muy lentamente, pues un rebaño de ovejas, que estaban siendo conducidas al Matadero para ser degolladas, ocupaba toda la calzada. La Goutte, que iba a caballo, les señaló la casa de Charles Manessier. Una pequeña carroza negra se hallaba estacionada ante la puerta. Louis reconoció uno de los coches de los comisarios del Châtelet.

Gaufredi y Louis bajaron del vehículo. Acordaron que Nicolás los esperaría en la calle de la Juiverie, en la taberna de La Pomme de Pin^[50], no lejos de la librería À l'image Saint-Pierre. Esta taberna, situada frente a la iglesia parroquial de Sainte-Madeleine, que habían frecuentado François Villon y Rabelais, lindaba con una caballeriza donde podría dejar la carroza.

La casa de Charles Manessier no era muy amplia, probablemente no tenía más que una habitación en cada piso. La puerta no estaba cerrada y La Goutte entró después de haber dejado su montura al cuidado del cochero de Gaston.

Se encontraron en una gran cocina que ocupaba toda la planta. Había allí otros arqueros registrando cofres y armarios. Una anciana gimoteaba sentada en un taburete.

Pero en lo que Louis se fijó primero fue en el cuerpo colgado de un gancho clavado a una de las vigas del techo. La lengua roja e hinchada pendía de la boca y la cabeza de hurón de Manessier proyectaba un curioso ángulo con el cuerpo. Se parecía a aquellas lustrosas ratas grises suspendidas de los puestos que vendían trampas.

Había un escabel tirado boca arriba en el suelo. Manessier había debido de subirse encima para colgarse y luego lo empujaría con los pies. De las otras vigas colgaban barreños de cobre, un jamón e incluso algunas flores secas, todo lo cual componía un asombroso decorado.

Louis se acercó para examinar el cadáver. Llevaba la camisa de encaje y el jubón de terciopelo negro de mangas acuchilladas que le había visto en el Palacio Real. El olor a excremento era insoportable.

—¡Vaya, por fin! —exclamó Gaston, que apareció por la escalera, procedente sin duda de otra habitación del piso. Como ves, he pedido que no tocasen nada, pero el suicidio no ofrece duda alguna. ¿Podemos descolgar el cadáver? Su aspecto no es muy atractivo, habida cuenta de que se han vaciado sus entrañas.

—Espera un momento —pidió Louis, empezando a estudiar la pieza.

Gaston había ordenado encender las palmatorias. Vieron una mesa redonda cubierta con un grueso mantel, un sillón y tres sillas, así como un vasar con una hilera de platos de porcelana. Louis se acercó a las sillas y las examinó, luego alzó el mantel de la mesa.

—¿Cuántas habitaciones hay abajo? —preguntó a la criada.

—Sólo la alcoba del señor —respondió ella—. Yo tengo un jergón de paja bajo el desván. También hay una bodega. La escalera está allí —dijo, señalando un hueco en una esquina.

—Ya he registrado el piso y la bodega —aseguró Gaston—. Tengo que enseñarte lo que he encontrado.

Louis sabía que podía confiar en él. Gaston no dejaba pasar nada por alto. Sin embargo, no había observado lo que no había en aquella pieza.

—La Goutte, me habéis dicho hace un momento que habíais visto al señor Manessier en ropa de casa ayer tarde.

—Sí, señor.

—Sin embargo, lleva su jubón.

—En efecto.

—¿Qué hora era cuando lo visteis?

—Daban las cuatro en Notre-Dame.

—Señora, ¿vuestro amo salió después de las cuatro?

—Sí, señor. Un poco después de las siete, un chico trajo una nota. Cenamos en esa mesa. La leyó y me dijo que tenía que salir. Lo esperaban en La Pomme de Pin. En vista de que a las ocho no había vuelto, me fui a la cama.

—¿Solía actuar de ese modo?

—¿Salir sin más ni más? Sí, a veces. ¡Era el amo!

—¿A qué hora volvió?

—Lo ignoro, señor. Bajé esta mañana y lo vi así, colgado del cuello.

Rompió en sollozos.

Louis y Gaston subieron un piso. La alcoba lo ocupaba todo. Estaba muy bien amueblada. Un lecho de cortina y columnata ocupaba un ángulo del cuarto, dejando un estrecho espacio entre la cama y la pared. De una de las paredes colgaba un tapiz de Flandes con motivos descoloridos; a duras penas se distinguían unos caballos. Enfrente, había una chimenea con cremallera, morillos de cobre, dos ollas e incluso un espetón; algunos cántaros por el suelo y un barreño posado delante del hogar; también un dompedro en el tocador.

Dos sillas tapizadas y una mesa de pino ocupaban el resto de la habitación. Sobre la mesa, una fila de tinteros y plumas, así como dos palmatorias de cobre que Gaston había encendido. Un armario y un arca de haya trabajada completaban el mobiliario. Louis abrió el armario, repleto de camisas de seda, un traje de sarga y otro de damasco, varios pares de zapatos de hebilla y pantuflas de casa. Todo perfectamente limpio y ordenado.

Era el interior señorial de un burgués acomodado.

El arca contenía papeles y legajos. Louis abrió el primero.

Era un contrato de venta de diez cargos de medidores y controladores de carbón de leña.

Examinó los otros papeles. Se trataba también de contratos, todos de escaso valor pero avalados por el Consejo de Finanzas.

De modo que Manessier participaba en operaciones financieras. Hacía falta cierta fortuna para dedicarse a ello.

—Yo me quedé tan sorprendido como tú al descubrir los papeles —dijo Gaston a su espalda—. No son contratos millonarios, se refieren a la venta de cargos de poca importancia: pregoneros o aforadores de madera, pero podían proporcionarle pingües beneficios.

—Hay que disponer de una fuerte inversión de fondos para participar en un tratado de comercio —dijo Louis—. El tenedor debe pagar al contado, en escudos y luises, el montante de las ventas futuras. ¿Dónde está el dinero?

—Mira en el fondo del cofre —propuso Gaston.

Louis rebuscó entre los expedientes hasta encontrar un cofrecillo de hierro. Era muy pesado. Lo abrió.

El cofre estaba lleno de luises de oro.

Louis, acostumbrado a manejar gruesas sumas de dinero en el despacho, calculó, a ojo de buen cubero, que allí habría unas veinte mil libras.

Cerró el cofre y lo colocó de nuevo en el arca, acercándose luego a la ventana. Había amanecido y se veían las olas chocar violentamente contra el puente. Con las lluvias, el Sena había crecido. Las palas de los molinos instalados bajo los arcos giraban a toda velocidad.

¿Por qué Manessier no se había tirado al río o arrojado por una ventana? —se preguntó Louis.

—Tengo que enseñarte una cosa, Gaston —dijo finalmente a su amigo—. Bajemos.

Volvieron junto al cadáver. Louis lo examinó de nuevo. Los arqueros, Gaston y Gaufredi lo observaban en silencio.

—¿Sabéis si hay un médico en esta calle? —preguntó Louis a la anciana.

Se miraron sorprendidos. Manessier no necesitaba un médico precisamente. Fue uno de los arqueros quien le respondió:

—Yo vivo cerca, en la plaza de la Grève, y conozco a uno que vive por allí.

—¿Podrías ir a buscarlo?

El hombre no se lo hizo decir dos veces.

—¿En qué estás pensando, Louis? —preguntó Gaston.

—Mira, Manessier tiene las botas puestas. Las pantuflas están en su cuarto. Era una persona muy cuidadosa, ya has visto su armario. Fíjate en sus botas: están cubiertas de lodo y excrementos. Míralo de cerca, la costra está espesa en el talón y apesta.

Asintieron todos un poco extrañados. Louis siguió, dirigiéndose a la mujer:

—Señora, ¿vuestro amo calzaba siempre las botas en casa?

—¡Jamás! Se las sacaba cuando entraba para ponerse las pantuflas que le llevaba yo en cuanto llegaba.

—Lo suponía. Ahora, imaginad la escena: Manessier se sube al taburete, ata la cuerda y se la pone alrededor del cuello; por último, le da un puntapié al taburete. ¿Estáis de acuerdo?

Asintieron todos con la cabeza.

—Mirad el taburete —siguió Louis—. Ni rastro de barro. ¡Nada! Manessier nunca se subió a él. ¿A las sillas quizá? Tampoco están sucias. Conclusión: no se colgó, lo colgaron. Ahora venid aquí.

Los condujo hacia la mesa de pino, no lejos del taburete.

—Mirad el suelo, hay rastros de barro. A todas luces la misma porquería de las botas, pero que se despliega en dos regueros, como si hubiesen arrastrado un cuerpo con los zapatos sucios.

Levantó el mantel de la mesa. Había gruesos trazos de estiércol de caballo bien visibles.

—Esto es lo que ocurrió —prosiguió Louis—: Mataron a Manessier y luego desplazaron la mesa bajo el gancho. Lo alzaron encima después de haber quitado el mantel, y por último lo colgaron. Tras lo cual volvieron a colocar la mesa en su sitio y dieron vuelta al taburete para hacernos creer que se trataba de un suicidio.

Los presentes se miraron boquiabiertos. Presentada así, la cosa parecía evidente.

Gaston se rascó la cabeza:

—Es muy complicado. ¿Para qué iba a querer nadie hacerlo pasar por un

suicidio?

—Ésa es la cuestión —Louis se acercó a la ventana y señaló el río—. Habrían podido arrojarlo al Sena. Pero no lo han hecho. ¿Por qué?

Permaneció un rato en silencio y luego continuó:

—Alguien quería que creyésemos que se trataba de un suicidio, y que Manessier tenía razones evidentes para quitarse la vida.

—Por ejemplo, que lo creyésemos sospechoso de espionaje —prosiguió Gaston, que acababa de comprender el razonamiento.

—Exactamente. Eso es lo que los asesinos querían hacernos creer: Manessier se sabía sospechoso y era culpable. Tuvo miedo del castigo y se colgó para escapar a la prisión, a la cárcel, a la tortura y al patíbulo.

—¡Pero no era sospechoso! —protestó vivamente airado La Goutte.

—¿Qué importa eso? Su suicidio se interpretaría como una confesión —afirmó Louis separando las manos—. Por supuesto, este mensaje va dirigido a mí. Dicho de otra forma, los que lo han matado sabían que yo investigaba sobre los empleados del Servicio de Cifrado. La muerte de Manessier debía convencerme para detener esta investigación. Estando el culpable muerto, ¿para qué ir más lejos?

—¿Pero de qué era sospechoso mi amo? —preguntó la anciana.

—De nada, señora —dijo Gaston con rostro serio—. Era un hombre honrado. Encontraré a los asesinos y serán castigados.

Louis iba a decir otra cosa cuando el arquero volvió seguido de un hombre encorvado y canoso con unos quevedos en el caballete de la nariz.

El hombre recorrió la sala con la mirada, luego se acercó al ahorcado.

—Éste es el médico del que os hablé —lo presentó el arquero—. El señor de l'Étoile.

—Os agradezco que hayáis venido tan rápido —dijo Louis, que procedió a su vez con las presentaciones—: Él es el señor de Tilly, comisario de policía de Saint-Germain-l'Auxerrois. Necesitamos vuestra opinión sobre esta persona —añadió, señalando al ahorcado.

El médico asintió con la cabeza y dijo burlón:

—Creo que mis saberes no van a servirle de mucho.

Se rieron todos y la tensión disminuyó un poco en el cuarto. Fronsac se dirigió a La Goutte:

—¿Podrías, arrimando la mesa, descolgar al señor Manessier y tenderlo encima?

Los arqueros se pusieron manos a la obra y el cadáver fue depositado rápidamente en el mueble.

—Ahora, señor de l'Étoile, ¿podéis examinar el cuerpo y decirme de qué ha muerto este hombre? No os dejéis influir por la cuerda de la que pende.

El médico se aproximó y examinó detenidamente el cuerpo, luego el cuello y finalmente el cráneo. Al cabo de dos minutos, declaró:

—Me es difícil aseverar nada. A priori, no hay ninguna causa aparente de muerte

salvo la estrangulación.

Louis hizo una mueca y pareció contrariado.

—Sin embargo —añadió el médico—, hay también una herida en el occipucio, como si hubiese recibido un golpe. No es imposible que este hombre haya sido asesinado y después colgado.

La Pomme de Pin era una estrecha casa de celosía de madera, situada frente a la iglesia de Sainte-Madeleine. Traspasada la puerta, había que bajar dos escalones para penetrar en la sala común prolongada por una cocina. La pieza no era muy grande, y una escalera bastante empinada, al fondo, conducía a una segunda sala en el piso. El suelo de piedra estaba cubierto de serrín.

La oscuridad era ahora más intensa. Los cristales esmerilados de la única ventana apenas permitían distinguir el contenido de los platos. Louis, Gaufredi y Gaston recorrieron la sala con la mirada, buscando en vano a Nicolás. Fue Gaufredi quien lo vio en una mesa ocupada por magistrados de palacio, todos vestidos de negro.

Se acercaron. Uno de los magistrados reconoció a Gaston y se apartó para hacerles sitio.

Delante de una chimenea en ángulo, un pinche de cocina vigilaba los asadores en los que estaban ensartados perdices y pichones. La grasa de la cocción de las aves se escurría en las brasas con un agradable chisporroteo. Louis se sintió repentinamente hambriento. Y no digamos Nicolás, que apenas había bebido una taza de caldo para entrar en calor. Louis le explicó que comerían todos allí, pues Gaston y él deseaban hacerle unas cuantas preguntas al tabernero.

Una mujer de unos treinta años, de rostro ingrato y nariz demasiado prominente, con la saya y el delantal de tela llenos de lamparones, acudió a preguntarles qué querían tomar. Gaston, a quien los aromas del asado le habían abierto el apetito, pidió pichones en pepitoria. Gaufredi hizo lo mismo mientras Louis y Nicolás elegían empanada de lucios del Sena. Todo regado con vino de Beaune, desgraciadamente agrio.

La empanada parecía tan buena y crujiente que Gaston casi lamentó haber pedido los pichones. Cuando se hubieron saciado, rebañaron los platos con pan, y luego se limpiaron los dedos en la ropa.

Gaston llamó entonces a la mesonera.

—¿Queréis postre? —les preguntó brazos en jarras, con una amable sonrisa que le iluminó la cara, volviéndola más bella.

Gaston asintió con la cabeza, pero la retuvo del brazo cuando la criada se iba hacia la cocina. La joven interpretó mal su gesto y le dirigió una brusca mirada de cólera soltándole violentamente la mano.

—¿Conocéis al señor Manessier, un hombre bastante elegante que vive en el puente de Notre-Dame? —preguntó, sin embargo, Gaston, impertérrito.

—¡Y yo qué sé! —replicó la muchacha de malos modos—. Preguntadle al patrón. Gaston suspiró:

—Soy el comisario de Saint-Germain-l’Auxerrois.

En el rostro de la joven se dibujó una expresión de terror y Louis intervino para tranquilizarla:

—El señor Manessier vive en el puente —le explicó—. Tiene la barbilla huidiza y la frente despoblada; sus cabellos son castaños, rizados, y sus ojos, verdosos. Suele vestir camisas con encaje en puños y cuello, bajo un jubón negro de mangas acuchilladas.

—Sí, lo conozco —dijo la joven algo menos agresiva—. Es un hombre muy amable. ¿Qué le queréis?

—Nosotros no le queremos nada, señorita —dijo Gaston a media voz, pues los vecinos de mesa parecían muy interesados en la conversación—. ¿Podéis sentaros un momento?

La muchacha obedeció pero lo hizo en un extremo del banco, al lado de Louis.

—El señor Manessier fue asesinado anoche —le dijo.

La mesonera lo miró horrorizada y reprimió un grito llevándose una mano a la boca.

—Ayer estuvo aquí —afirmó Louis—. ¿Lo visteis?

—Sí —respondió la joven tragando saliva.

—¿Con cuántos amigos?

—Dos.

—¿Podrías describirlos? —preguntó Gaston.

La joven se concentró unos segundos y luego negó con la cabeza de derecha a izquierda.

—Llevaban amplias capas y no se quitaron el sombrero en ningún momento. Creo que tenían la bujía de la mesa apagada. Lo siento, pero no recuerdo haberles visto la cara. El señor Manessier pidió vino pero no comieron, sólo hablaron. El señor Manessier había bebido mucho cuando se marcharon. Habrán estado una hora y pico; quizá más.

—¿No pudisteis ver ningún rostro? ¿No observasteis nada raro? ¿Bigotes, barba?

—No me acuerdo. Me parece que uno de los dos hombres tenía una barbita corta, cuadrada, no estoy segura. Pero ya sabéis, aparte de los parroquianos, los clientes aquí no son más que sombras. Sobre todo de noche, cuando no entra ninguna luz por la ventana.

Louis miró a uno de sus vecinos y comprobó que efectivamente era difícil distinguir sus rasgos. La criada tenía razón. De noche, sobre todo con los clientes que llevaban capa y sombrero, si no se prestaba especial atención, era imposible acordarse de sus rostros. De un rostro.

La joven se levantó y se fue a la cocina para volver con el postre de Gaston. Louis pagó la cuenta deslizando algunos soles en la mano de la chica.

Cuando Gaston hubo acabado de engullir la compota, se fueron a la cuadra donde habían dejado el coche. Louis propuso a su amigo llevarlo al Châtelet, lo que les

permitiría hablar tranquilamente. Los arqueros podían conducir su coche al tribunal.

Gaston estuvo de acuerdo. Se detuvieron, sin embargo, de nuevo en casa de Manessier para coger el cofrecillo y los contratos que el comisario guardaba en su despacho.

Siguiendo órdenes, los arqueros habían prohibido la entrada a cualquiera, salvo a un sacerdote que acababa de llegar. La criada estaba amortajando al difunto. Gaston cogió lo que había ido a buscar y partieron al punto.

Ya en el coche, Louis expresó su teoría a su amigo y a Gaufredi:

—El asesino ha de ser uno de los tres polígrafos, o incluso dos de ellos. Manessier conocía a los que lo invitaron a la Pomme de Pin, o al menos a uno de ellos; en caso contrario, no habría acudido a la cita.

—¿Por qué lo han matado así? ¿Únicamente para hacernos creer que era un espía? No estoy muy convencido.

—No puedes negar que eso tiene relación con el hecho de que los hayamos seguido.

—¿Y si Manessier fuese el espía? Su cómplice habría descubierto que lo seguían y lo habría matado para no exponerse a que hablase.

—En ese caso lo habría arrojado al río. No habría organizado toda esa puesta en escena. Y luego, eso significaría que su cómplice habría reparado en La Goutte cuando seguía a Manessier. ¿Crees eso posible?

—No —reconoció Gaston—. La Goutte es muy hábil.

—Estoy convencido de que el objetivo del asesino es hacernos creer que Manessier era nuestro espía y, en consecuencia, que yo detenga mi investigación. El que lo mató se dio cuenta de que lo seguían. Ha de ser forzosamente Garnier, Chantelou o Habert.

—O uno de los que conocían tu papel en este caso —completó Gaston—. Por ejemplo, Rossignol, o incluso —¿por qué no?— el tal Colbert.

Louis no respondió inmediatamente. También él había pensado en ello.

—Es posible, en efecto —dijo al fin—. Pero, entonces, el Hazart podría no tener ninguna relación con nuestra investigación. Y, en ese caso, ¿por qué los Chémerault te capturaron e intentaron cogerme a mí también?

Gaston meditó un instante.

—Quizá tengan alguna otra cosa que reprocharse. ¡Pero que se vayan preparando, porque me voy ahora mismo al Hazart con mis arqueros! Detendré a la señorita de Chémerault. Cuando la haya interrogado, sabré algo más. ¿Te vienes conmigo?

—No, iré a ver a Rossignol para comunicarle la muerte de su pariente. Aprovecharé también para interrogarlo sobre su actividad de tratante y sobre su fortuna, y de paso quiero reunirme con los polígrafos. A ver cómo reaccionan cuando se enteren de la muerte de su compañero.

La carroza dejó a Gaston en el Châtelet mientras Louis y Gaufredi seguían su camino hacia el Palacio Real.

Louis fue solo al despacho de Rossignol; Gaufredi y Nicolás se quedaron cerca de la carroza. El jefe del Servicio de Cifrado pareció asombrado al verlo entrar.

Tras un breve intercambio de cortesías, Louis fue invitado a sentarse.

—Señor Rossignol —empezó—, tengo una triste noticia que comunicaros.

El jefe del Servicio de Cifrado palideció ligeramente antes de preguntar:

—¿A propósito del señor Manessier?

—Sí, ¿cómo lo sabéis?

—No ha venido esta mañana. Es la primera vez que ocurre algo así y confieso que estoy inquieto.

—Ha muerto. Se ha suicidado.

—Eso es... eso es imposible.

—¿Por qué?

—El señor Manessier no era un hombre proclive al suicidio. —Negó enérgicamente con la cabeza—. Vos no llegasteis a conocerlo, pero era un hombre muy hábil, muy testarudo, también. No era muy agraciado, pero tenía mucho éxito.

—Sólo sé que gastaba mucho en vestirse. Y que poseía una vivienda que debe de valer las cien mil libras. Y he descubierto en su casa una importante suma de dinero. Unas veinte mil libras en luses de oro. ¿Cuáles eran sus ingresos aquí?

—Lo mismo que sus compañeros, recibía un sueldo de cuatro mil libras al año.

—Unos ingresos decentes. Pero insuficientes para comprar una casa en el puente de Notre-Dame.

—En efecto. No os lo comenté porque en mi opinión no tenía ninguna relación con vuestra investigación, pero Manessier participaba en adjudicaciones de contratos.

—¿Desde hace mucho?

—Ya os dije que, antes de trabajar aquí, era agente de banco. Había actuado en varias ocasiones de testaferro, luego se había lanzado con algunos amigos sobre pequeños contratos. Era a la vez hábil y prudente y lograba fuertes remesas del Consejo de Hacienda. Poco a poco, se había hecho con unos ahorrillos.

El exnotario Louis Fronsac estaba al corriente de aquellas prácticas. Como recursos, el Estado disponía de impuestos directos e indirectos. El más antiguo de los impuestos directos, el pecho personal, era una imposición sobre cada contribuyente en proporción a sus bienes. En su origen, se trataba de una contribución feudal deducida por el señor, de la que estaban exentos los nobles. El pecho era recaudado por los tesoreros o los cobradores de hacienda.

Entre los impuestos indirectos, el principal era la gabela, la tasa sobre la sal, pero había también arbitrios municipales y toda clase de deducciones sobre el consumo, como los derechos de comercio, de medida, de corretaje o incluso de tasas sobre viandas y bebidas.

El punto débil de todas aquellas deducciones era la recaudación, que necesitaba de una potente administración. Para simplificar las cosas, y limitar el pecho personal, la Corona acostumbraba a subrogar el cobro del impuesto en manos de tesoreros o de

recaudadores de hacienda. Dichos oficiales se comprometían a adelantar el montante de las deducciones futuras, a condición de recaudar ellos el impuesto beneficiándose de una comisión.

Dicho procedimiento se había ido extendiendo poco a poco a todos los impuestos y el Consejo de Hacienda confiaba sistemáticamente a particulares —o a comunidades de particulares— la percepción de las contribuciones fiscales después de una puja cuyos signatarios eran llamados «tratantes».

Dichos tratantes debían transmitir al Tesoro, a veces en varios pagos, el montante de la adjudicación. Cobraban enseguida las tasas logrando generalmente pingües beneficios. Se decía que los impuestos estaban «arrendados» y la mayor parte de las tasas indirectas, como la gabela, eran reagrupadas en grandes contratos de recaudación de impuestos dirigidos por recaudadores generales que disponían de una potente administración y, por supuesto, de una fuerza de policía privada para hacer pagar a los contribuyentes recalcitrantes.

Las deducciones seguían siendo, sin embargo, insuficientes para una Corona que gastaba a manos llenas, sobre todo en período de guerra, de modo que el Consejo de Hacienda había organizado recursos extraordinarios consistentes en toda suerte de pequeños contratos proponiendo nuevos oficios, desdoblamientos de oficios existentes o incluso el cobro de tasas nuevas y específicas.

El principio era el mismo que para los contratos de recaudación, aunque más ágil. El Consejo del Rey decidía la colocación de un nuevo recurso, a continuación el contrato era anunciado públicamente y daba lugar a licitación con una entrega al cierre de la operación. Como los recaudadores, estos tratantes podían pedir el concurso de la fuerza pública a fin de garantizar la ejecución de su contrato o incluso disponer de su propia fuerza de policía.

El tratante, o el grupo de tratantes, que se embolsaba la adjudicación debía pagar una parte al contado y el resto en varios plazos. Evidentemente, si el contrato estaba correctamente ejecutado, el beneficio podía ser considerable, siempre y cuando el documento hubiese sido debidamente registrado por el Parlamento de la provincia de la que dependía.

Los tratantes podían enriquecerse fácilmente, pero los riesgos no eran desdeñables. En primer lugar, debían adelantar la suma de la recaudación y remitirla a un tesorero, en dinero contante y sonante y no en letras de cambio. Ahora bien, el dinero en metálico era raro y difícil de manipular. Los robos eran frecuentes. El escudo de plata de tres libras pesaba siete gramos: el tratante que firmaba un contrato de cien mil libras debía procurarse, almacenar, depositar y transportar ¡más de doscientos kilos de plata!

Por otra parte, los tratantes no siempre conseguían recaudar las sumas previstas. Y eso significaba la ruina para ellos. Por último, sufrían en propia carne la violencia de los contribuyentes y, peor aún, la sospecha del rey, que, si consideraba que se enriquecían demasiado rápido, ¡los gravaba de oficio sobre sus beneficios!

—Últimamente —dijo Rossignol—. Charles había hecho un buen negocio comprando una parte de un contrato de percepción de un nuevo impuesto sobre los hosteleros y taberneros de París. Antes se había ocupado con éxito de la venta de diez cargos de medidores e inspectores de carbón.

Louis se quedó un rato silencioso tras aquella prolija explicación que ya esperaba. ¿Era posible que la muerte de Manessier estuviese simplemente ligada a un desacuerdo en la ejecución de un contrato? No podía descartarlo. Los tratantes arriesgaban a veces en demasía, intentando recaudar tasas de los contribuyentes remisos a los nuevos impuestos que se le antojaban al superintendente de Hacienda. Cuando tal cosa ocurría, eran insultados, o peor, molidos a palos, y a veces muertos. Sea como fuere, ningún moroso se habría molestado en organizar una puesta en escena de suicidio.

Louis decidió, por tanto, seguir admitiendo que la muerte de Manessier estaba ligada a su pertenencia al Servicio de Cifrado. Emitió, sin embargo, una última hipótesis:

—¿Habría perdido dinero e, incapaz de hacer frente a los vencimientos, se habría suicidado para escapar al deshonor y a la prisión?

—¡Imposible! Charles me explicó, hace unos días, que los beneficios que acababa de obtener con su último contrato eran considerables y que ya estaba pensando en procurarse socios para su próximo contrato. Se trataba de una venta de oficios de recaudadores de la gabela. Me había dicho que tenía ya algunas personas dispuestas a comprar los cargos, pero la suma de la adjudicación sobrepasaba sus medios. Era muy prudente, ya os lo he dicho, sólo se hacía cargo de contratos fáciles de ejecutar.

—Me doy por vencido —dijo Louis—. Os diré la verdad. El señor Manessier fue muerto, y luego colgado por unos desconocidos que pretendían hacer pasar su muerte por un suicidio.

—¡O sea, que fue asesinado! —exclamó Rossignol horrorizado.

—En efecto. Es más, había dos asesinos contra él. Pero no he podido identificarlos.

—¿Cuándo ocurrió?

—Ayer por la noche. Lo han descubierto esta mañana.

Louis le contó entonces cómo se habían desarrollado los acontecimientos desde que dos desconocidos habían propuesto a Manessier reunirse en la Pomme de Pin.

—¿Cuál era exactamente su parentesco con vos? —preguntó Louis cuando hubo terminado la narración de los hechos.

—Era un pariente lejano de mi hermana, o más exactamente de la primera hija de mi padre. Pero yo lo tenía en alta estima. Gozaba de toda mi confianza.

—¿Puedo preguntaros cuál es vuestro sueldo, señor Rossignol?

—En tanto que maese de cuentas y secretario del ministro, recibo aproximadamente diez mil libras al año, a lo que hay que añadir algunas gratificaciones. Una suma más que suficiente. Charles me propuso en repetidas

ocasiones que me asociase con él pero siempre rehusé. Mi trabajo me ocupa demasiado.

—Tengo otra pregunta: ¿Los repertorios están también en manos de los que reciben los despachos, embajadores, plenipotenciarios...?

—En efecto.

—La fuga podría partir de ellos.

—Podría considerarse —respondió prudentemente Rossignol—. Pero la mayor parte de ellos están en el Servicio hace mucho tiempo. Y son todos prudentes en extremo. Me parece muy poco probable.

—¿Los señores Servien y Avaux disponen de esos repertorios?

—¡Por supuesto! Y el señor de Avaux en calidad de embajador.

—¿Conocéis a monseñor Fabio Chigi?

—Lo conocí ayer en casa del señor Avaux, es un maestro en el dominio de la criptografía, intercambiamos algunas ideas —aclaró un sonriente Rossignol.

—¿Conocéis también al señor Colbert?

—Por fuerza; está muy próximo al señor Le Tellier.

—¿Está casado?

—Todavía no.

—Lo he visto en compañía de la señorita de Chémereault, cuando me habían dicho que estaba a punto de desposarla el señor de La Bazinière, el tesorero de la Corona.

—No sé nada a ese respecto —se excusó Rossignol, confuso.

Louis meditó un instante; quería ser lo más claro posible para el último problema que iba a plantear a Rossignol.

—¿Sabéis cuántos despachos cifrados, junto con su traducción, han sido robados?

—No, pero no llegarán a la docena.

—A los que hay que añadir, quizá, una parte de los repertorios...

—En efecto.

—Con esos elementos, un hombre de talento como Thomas Phelippes, o vos mismo, incluso, ¿sería capaz de descubrir la totalidad del resto del repertorio?

Esta vez fue Rossignol quien guardó silencio, visiblemente desconcertado.

—No creo —dijo finalmente—, pero tampoco puedo excluirlo. El código de María Estuardo era mucho más simple que el mío.

—Sin duda, pero supongo que si los polígrafos utilizan con frecuencia vuestros repertorios y tienen buena memoria, acabarán por recordar la codificación de ciertas palabras. Si nuestros adversarios disponen de una parte de los repertorios, pueden, por aproximación, comprender otros despachos que utilizasen una parte del cifrado que ya conocen. Estamos en una situación bastante similar a la de una sustitución por letra, donde basta con descubrir las letras más utilizadas.

—Por desgracia, tenéis razón. Pero eso sólo se evitaría cambiando los repertorios cada vez.

Louis se quedó pensativo unos segundos. ¿Sería factible un método así? Se

prometió reflexionar sobre ello.

—Os agradezco vuestra franqueza, señor. Mi amigo Gaston de Tilly, que es el comisario de Saint-Germain l'Auxerrois, ha guardado el dinero de vuestro sobrino, así como sus contratos. Se hallan a buen recaudo en el Grand-Châtelet. ¿Sois su único pariente?

—Sí, me ocuparé de las exequias y de arreglar sus asuntos. Tenemos el mismo notario.

Louis asintió con la cabeza.

—Ahora, si no os importa, me gustaría comunicar a vuestros empleados la muerte de su compañero. Para saber cómo reaccionan.

—¿Creéis que uno de ellos tiene algo que ver con este crimen? —preguntó un inquieto Rossignol.

—Es demasiado pronto para decirlo.

Rossignol se levantó y se dirigió a la puerta del gabinete de los polígrafos.

—La noticia les va a afectar en extremo. Charles era muy apreciado. ¿Puedo decirles quién sois?

—Podéis.

Rossignol abrió la primera puerta y luego la segunda. Louis lo siguió. Había decidido decirles la verdad, revelándoles que la muerte de su colega era un falso suicidio. Si uno de los polígrafos era responsable de ello, sabría así que su artimaña había fracasado e intentaría sin duda otra cosa.

—Señores —anunció Rossignol—, os presento al señor Fronsac, que acaba de anunciarme un terrible suceso.

Las tres cabezas se alzaron atentas.

Louis avanzó al descubierto. Ya no tenía sentido disfrazar su identidad.

—Señores —comenzó—, he sido llamado esta mañana a casa del señor Manessier por un comisario de policía, porque vuestro compañero, aparentemente, se había suicidado.

Simon Garnier se quedó boquiabierto, por la sorpresa.

Chantelou abrió unos ojos grandes como platos y Louis lo vio apretar la pluma que sostenía en la mano derecha hasta retorcerla. El semblante de Claude Habert le pareció todavía más pálido que la última vez que lo había visto.

—Pero el supuesto suicidio no era tal, señores —prosiguió Louis—. Charles Manessier fue asesinado por dos hombres que intentaron camuflar su crimen. Estoy en la pista de los asesinos y no escapan. Quizá ustedes recuerden algo que pueda ayudarnos. Hablen con el señor Rossignol, o bien acudan al Grand-Châtelet. El comisario de policía encargado de este asunto es el señor de Tilly. Es posible que tenga que interrogaros.

Se calló un instante, a la espera de posibles preguntas, pero no hubo ninguna. Simon Garnier seguía mirándolo, con el semblante desencajado; era el que parecía más afectado. Chantelou había posado su maltrecha pluma y colocado sus manos

sobre la mesa. Claude Habert había bajado los ojos.

Louis saludó e hizo señas a Antoine Rossignol de que había acabado.

Una hora más tarde, se reunía con Gaston en el Grand-Châtelet. Su amigo había vuelto del Hazart y estaba de un humor de perros.

—El palacete de la Chémereault está cerrado —gruñó—. Sólo quedaban el portero y dos criados. Por lo visto, la Belle Gueuse ha dejado París para ir a descansar al campo con su hermano. ¡El portero ignora dónde! Así que he mandado a mis hombres al Grand-Châtelet y, acompañado de La Goutte, me di una vuelta por la hostería de Holanda. Me da en la nariz que ese establecimiento desempeña un papel principal en la red de nuestros espías. ¿Y sabes a quiénes he visto allí, sentados a la mesa con dos holandeses? A nuestra amiga Louise Moillon, en compañía de un joven que se le parecía mucho. Quizá otro hermano. Me reconoció y no ocultó primero su estupor y luego su contrariedad. La saludé de lejos, pero no la abordé.

—¿Qué estaría haciendo allí? —murmuró Louis—. ¿Con dos holandeses? ¿Estás seguro?

—Esos tipos se reconocen a leguas, con su barbita apuntada, su chambergo aplastado, la larga pipa de porcelana y su jarra de cerveza tibia. Quienquiera que sea, habría que interrogarla. Tal vez tengas razón y su hermano no sea tan inocente como parece.

—¿Y con la Belle Gueuse qué vamos a hacer?

—¡Nada! En este punto de mi investigación no puedo pedirle al procurador general un decreto de prisión contra ella. No nos queda más remedio que esperar a que regrese a París.

Louis volvió al despacho al final de la tarde. Julie llegó poco después y encontró a su esposo leyendo con interés un correo que un postillón acababa de llevarle. Había pasado la velada en casa de la señora de Rambouillet, que los esperaba a los dos al día siguiente. Sin organizar una recepción formal, la marquesa recibiría a algunos amigos para celebrar el regreso de Charles de Montauzier tras su cautiverio.

Louis, preocupado, le tendió la carta.

Iba firmada por Toussaint Rose y sólo contenía unas pocas palabras:

*«Caballero,
Su Eminencia monseñor Mazarino os enviará una carroza el miércoles
por la mañana. Desea intercambiar unas palabras con vos».*

Martes, 10 de noviembre de 1643

Julie había hojeado las obras de Charles de Bresche para finalmente elegir *El pastor extravagante*. Había sido seducida por los espejos mágicos descritos por el autor, artilugios que permitían ver a distancia y espiar la vida privada de sus vecinos.

—¡A fe que ésta es una invención que sería muy útil! —le había dicho riendo a su esposo—. Podríamos instalar un espejo como éstos cerca del puente de Ysieux y conocer de antemano la identidad de nuestros visitantes. Tu padre podría incluso colocar uno delante del porche de entrada de su despacho y saber, desde su gabinete, quién viene a visitarlo. Sin contar con que si mi tía y yo misma tuviésemos uno cada una, ¡podríamos vernos todos los días!

—Desde luego que sería un invento muy cómodo —había sonreído Louis—, pero nadie podría fabricar tales espejos, ni siquiera los mejores ópticos o artesanos en artes mecánicas.

—Pues yo estoy convencida de que eso llegará —había replicado Julie con ardor.

Louis no había respondido. No quería contrariarla pero estaba persuadido de que la época de los grandes descubrimientos científicos había terminado.

Al final de la mañana, escoltado por su fiel Gaufredi, se fue a caballo a casa de Charles de Bresche. Cuando hubieron llegado a la plaza Maubert, una carroza negra sin ventanas, tirada por un tiro de cuatro caballos negros como la pez, se detenía delante de la librería.

Louis, intrigado, propuso a Gaufredi esperar un rato para saber quién era tan rico cliente.

Al cabo de un momento, vieron salir de la tienda a un caballero portando espada. Tras él, un lacayo con dos libros.

El caballero subió a la carroza, el lacayo se sentó al lado del cochero y el vehículo se puso en movimiento.

Louis permaneció inmóvil durante un momento, repentinamente molesto y desconcertado. Había reconocido al gentilhomme de la espada y trataba de poner en orden sus pensamientos antes de entrar en casa del librero.

—Prefiero que me acompañes —le dijo finalmente a Gaufredi.

Se dirigieron juntos a la tienda. Charles de Bresche estaba en lo alto de una escalera ocupado en colocar una obra en la estantería.

—¡Señor Fronsac! —exclamó jovialmente al reconocerlo—. ¡Os habéis tomado vuestro tiempo para traerme los libros! ¿Vuestra esposa ha elegido alguno?

—Se ha quedado con *el pastor extravagante*, luego os devuelvo *El correo verdadero y las galanterías del duque de Osuna*. Pero me gustaría compraros otros libros.

—Estaré encantado —dijo el librero deshaciéndose en sonrisas al bajar de la

escalera.

—Sólo me falta pagaros. ¿Cuánto os debo?

—¿Os parece bien un escudo por los tres libros?

Louis asintió con la cabeza y sacó la bolsa bajo su capa. Le tendió un escudo de plata al librero diciéndole con tono falsamente despreocupado:

—Acabo de ver al señor Fabio Chigi saliendo de vuestra tienda. Me encontré con él hace unos días en el palacio de Avaux.

—En efecto —respondió el librero— Lo traté mucho en Roma mientras estuve al servicio del cardenal François Barberini, el bibliotecario del Vaticano. Yo me ocupaba entonces de su biblioteca personal y él le había vendido a mi jefe varias obras en griego. Monseñor, que también está de paso en París, al enterarse de que me había hecho cargo de la librería de mi padre, me ha hecho una visita y ha adquirido una hermosa obra para regalarle al nuncio, así como una historia de Westfalia, ya que dentro de poco parte para Münster.

«La explicación era verosímil», pensó Louis, que no insistió. Se quedó todavía un momento revolviendo entre las obras —le encantaba hacerlo— y luego se fue.

Por la tarde, Julie y Louis se fueron a casa de la señora de Rambouillet. Nicolás conducía la carroza.

—No será una de esas recepciones de gala como las que organiza mi tía en las grandes ocasiones, aunque ya sabes que es poco amiga de las multitudes —explicó Julie—. Hoy sólo irán los amigos más íntimos. Está tan contenta con la vuelta del barón de Montauzier, que simplemente desea compartir su dicha con sus íntimos.

Efectivamente, cuando entraron en la gran cámara de techos tapizados de brocateles azul y oro, Louis observó apenas una veintena de habituales, todos amigos, parientes o familiares de Arthénice.

El gran lecho de gala, elevado sobre un pabellón, había sido desplazado casi hasta el centro de la cámara azul, de modo que el espacio entre el lecho y la pared fuese lo más ancho posible para los invitados que lo rodeaban.

Se acercaron ambos a la marquesa, que reposaba en el lecho recubierto de seda azul con pasamanería de oro y plata. La marquesa, cual ídolo, aparecía rodeada de sus mejores amigas, sentadas en sillas de verdugado o sobre taburetes tapizados de terciopelo azul realzado con oro. En la gran *ruelle*^[51] estaban Anne Cornuel, su hija Julie de Angennes, la joven duquesa de Longueville —hermana del duque de Enghien— y, por último, la prima de la duquesa, Isabelle-Angélique de Montmorency. Vincent Voiture, de pie entre ellas, las hacía reír a carcajadas declamando un poema burlesco de tintes picantes. Se interrumpió al ver llegar a Louis y a Julie.

En la pequeña calleja, la reservada a los íntimos o para aquéllos a los que quería honrar, se sentaban, en confortables sillones tapizados, la princesa de Condé —madre de la duquesa de Longueville—, así como la señora de Combalet, duquesa de Aiguillon y sobrina de Richelieu. En un tercer sillón se sentaba una joven de mirada

perspicaz y rostro serio, que apenas sonreía con las bufonadas de Voiture. Louis ignoraba su identidad y se preguntó quién diablos podía ser para tener el privilegio de estar sentada en la pequeña calleja en compañía de dos amigas de la regente.

En efecto, la princesa de Condé era una de las más viejas amigas de la reina, y la duquesa de Aiguillon se había acercado íntimamente a Ana de Austria después de la muerte de su tío. Además, recibía con frecuencia a la regente en su castillo de Rueil, que los poetas de la corte llamaban «la casa encantada».

—Amigas mías —declaró la señora Rambouillet en tono festivo—, todas conocéis a mi sobrina Julie, pero no a su esposo, el señor Fronsac.

Louis hizo sendas reverencias, más marcada al dirigirse a la princesa de Condé, a la duquesa de Aiguillon y también a la joven de expresión tan seria.

Al mismo tiempo, observaba con tristeza que su esposa, aun habiéndose vestido con su mejor traje, iba muy pobremente ataviada en comparación con los ropajes de otras invitadas. La princesa llevaba un *hongrelina* o corpiño de seda negra, y la señora Combalet, un pesado guardainfante a la antigua en tafetán color hojarasca con cuerpo de encaje. En cuanto a la duquesa de Longueville y su prima, sus vestidos de damasco estaban cubiertos de bordados y sobrecargados de borlas, pompones, flecos y perlas. Sólo Anne Cornuel y Julie de Angennes iban vestidas con más sencillez: una falda de brocatel abombada con varias enaguas y un corpiño de color a juego. Sin embargo, todas lucían vestidos nuevos o poco usados, cuyos tejidos eran sedosos y luminosos, mientras que el terciopelo de la ropa de Julie parecía ligeramente descolorido.

Se sintió avergonzado, casi humillado por ser pobre.

Siguiendo la moda de modestia que había puesto en boga la reina, ninguna de las mujeres iba maquillada —a excepción de Anne Cornuel, que se cubría siempre el rostro con una espesa capa de pintura—, pero sortijas, collares, pendientes de oro y diamantes adornaban sus dedos, cuello o muñecas.

Bajando los ojos, Louis observó también el calzado de las damas, de suave piel y tacón alto. La duquesa de Longueville calzaba unos curiosos zapatos abiertos por los laterales y anudados con cordones de seda atados en nudos de amor. Louis se prometió que cuando tuviese algo más de dinero vestiría a su esposa como una reina.

—Louis —preguntó la marquesa de Rambouillet—, ¿conocéis a la señora Françoise de Motteville?

—No he tenido el honor —respondió, adivinando que se trataría de la joven seria, comprendiendo al mismo tiempo por qué se encontraba en compañía de la princesa de Condé y la duquesa de Aiguillon.

Julie y Tallemant le habían hablado en varias ocasiones de ella. Hija de una amiga de la reina, Françoise de Bertaut se había casado a los veinte años con el señor de Motteville, un anciano de ochenta años.

Habiendo enviudado muy joven, se había convertido en primera camarera de la reina. Era un cargo reservado a gentes de la más alta nobleza, pues la camarera de la

reina la aconsejaba, la consolaba, la cuidaba y estaba presente en la mayor parte de sus conversaciones.

Reservada, observadora y discreta, Françoise de Motteville se había vuelto enseguida imprescindible para Ana de Austria. Confidente y consejera, profundamente unida a su benefactora y sin ambición, se decía de ella que conocía todos los secretos del reino.

—Mi esposo se hace lenguas de vos, señor Fronsac —dijo cortésmente la princesa de Condé a Louis.

Ante estas palabras, la duquesa de Aiguillon permaneció impertérrita. En esos momentos litigaba con el príncipe de Condé por la parte de la herencia de su tío y un fiel de Condé de ningún modo podía interesarle, aparte de que ella sabía que Louis se había opuesto a Richelieu.

—Mi hermano también os tiene en gran estima, señor —sonrió graciosamente Geneviève de Longueville.

Louis se volvió hacia cada una de ellas con una cortés reverencia. Geneviève de Borbón, rubia y diáfana, era unánimemente considerada como la más bonita, la más graciosa y la más amable personita de la corte. Sin entender por qué, el exnotario se sentía siempre turbado cuando le hablaba. Pero no pudo evitar pensar en ese instante que la Belle Gueuse era, pese a todo, mucho más hermosa que ella.

—Os lo agradezco, señoras. También yo admiro sobremanera al señor duque, del que me declaro fiel servidor.

—Al parecer, sois muy misterioso, señor Fronsac —añadió gravemente la princesa—. Cuentan que habéis rendido apreciables servicios a Su Eminencia...

—Al rey, señora —corrigió Louis inclinándose de nuevo—. Estoy, ante todo, al servicio del rey.

Observó entonces que la señora de Motteville no le quitaba ojo. Molesto, giró la cabeza y su mirada se posó en Anne Cornuel, en la que sorprendió un chispazo de ira hacia Angélique de Montmorency. La prima de Geneviève de Borbón lo observaba, también, con interés y la señora Cornuel estaba celosa de su amistad con Louis.

—Julie, sentaos en ese escaño, y vos, señor Voiture, ¿no ibais a entretenernos cantándonos unos versos? —preguntó la marquesa de Rambouillet.

—En efecto, señora —asintió el poeta—. ¿Querría alguna de aquellas encantadoras damas poner música a una de mis letrillas?

Señaló a un grupo de jóvenes, dos de las cuales tocaban el laúd en el vano de una ventana. Sin duda, las damas de compañía de la princesa y de su hija, o tal vez incluso de la duquesa de Aiguillon. Se hallaba con ellas Chapelain, como siempre tan sucio y desastrado, y vestido como un ropavejero. Buscando el éxito galante, les proponía adivinanzas de tono subido. Algunas de las jóvenes bellezas, disimulando sus risas, fingían mohines de sorpresa o de admiración.

Cuando el poeta iba a proponer a las intérpretes de laúd que lo acompañasen, el marqués de Rambouillet, que estaba precisamente allí en animada conversación con

la princesa de Marcillac, se acercó al lecho de gala para dirigirse a la princesa de Condé.

—Señora, ¿me permitís que os robe un instante al señor Fronsac? Os prometo que no lo retendré mucho tiempo.

La princesa asintió con una sonrisa, y el marqués, tomando a Louis del hombro, lo llevó hacia François de La Rochefoucauld, quien se hallaba a unos pasos de allí, cerca de un trincherero cubierto de dulces, frutas confitadas y almendrados.

El príncipe abrazó a Fronsac con afecto. Aquel testimonio público de franca amistad desconcertó a Louis, pues no había coincidido más que una vez con el señor de La Rochefoucauld, cuando éste había ido a advertirlo del intento de asesinato preparado contra él por el marqués de Fontrailles.

—Señor Fronsac, estoy realmente encantado de volver a veros después de aquellos terribles sucesos —dijo La Rochefoucauld con calor.

Louis asintió cortésmente, sin saber qué responder. Por supuesto que La Rochefoucauld le había salvado la vida, pero no podía olvidar su afinidad con la duquesa de Chevreuse y el marqués de Fontrailles, dos personas que habían intentado varias veces poner fin a sus días.

Al mismo tiempo, y como había hecho con las amigas de la marquesa de Rambouillet, examinaba discretamente los atavíos del príncipe, que estaba cubierto de encajes: en el enorme cuello de su jubón bordado, en torno a los puños e incluso en la vuelta de sus botas de embudo. Era una nueva moda que hacía furor y que se llamaba «randa de botas».

El marqués de Rambouillet, adivinando el malestar de Louis, interrogó al joven muy jovialmente sobre las razones de su estancia en París. El marqués no ocupaba ya ningún cargo en la corte pero, habiendo sido embajador, conocía a mucha gente en el entorno del ministro de Asuntos Exteriores.

—Me han dicho, Louis, que habéis sido recibido por el señor de Brienne.

—En efecto, nuestro ministro tenía un pequeño problema que resolver y el señor Le Tellier le sugirió que me llamase. Pero no es nada importante ni interesante.

—Mirad por vos, esta vez —se burló el marqués con una sonrisa cómplice—. No siempre tendréis al señor de La Rochefoucauld para salir del paso. Eso que os traéis entre manos no tendrá relación con el congreso de Münster, ¿verdad?

—En absoluto, señor marqués —mintió Louis.

No podía decir más, sobre todo en presencia de un amigo de la duquesa de Chevreuse. Observó, sin embargo, que La Rochefoucauld no escuchaba su conversación. El príncipe parecía ausente y Louis se dio cuenta de que su mirada se perdía hacia la señora de Longueville.

En ese momento entró en la cámara azul el marqués de Pisany, calzado con bota alta. Hizo un signo amistoso a su padre antes de dirigirse a su madre y a sus amigas. Las saludó, intercambió con ellas algunas palabras corteses y, una vez despachado ese trámite, se acercó a Louis.

—Padre, tengo tantas cosas que decirle al caballero, que os privaré de su compañía durante una hora —le dijo al señor de Rambouillet, al mismo tiempo que hacía una inclinación de cabeza hacia La Rochefoucauld, quien le respondió con igual sobriedad.

Sin esperar respuesta, Pisany tomó a Louis por el hombro para llevarlo a unos pasos de allí, hacia el vano de una de las ventanas que descendía hasta el suelo y que habían sido idea de su madre.

—El Hazart ha cerrado, Louis. ¿Tienes algo que ver con eso?

—Quizá, Léon...

Dudó si proseguir y luego se decidió:

—Debo ser franco contigo, amigo mío, Gaston desea interrogar a la señorita de Chémereault y a su hermano, pero han huido.

—¿Qué ocurre en ese lugar?

—Me gustaría saberlo, Léon. De momento, tanto Gaston como yo estamos a oscuras. Todo parece indicar que a la Belle Gueuse no le gustó nuestra última visita a su garito y ha intentado matarnos.

—¿Hasta ese punto? —preguntó un asombrado Pisany—. Sé prudente, Louis: su hermano es un temible duelista. ¡De modo que estás haciendo una investigación sobre ellos! Me imagino que no podrás decirme nada más.

—De momento, no; más, a fuer de ser sincero, no podría contártelo ni aunque quisiese, tan oscuro lo veo todo.

—Enghien vuelve a París en apenas dos semanas. ¿Quieres que hable con él? Sabes que puedes contar con su amistad.

—No. Te lo agradezco, pero de momento sería inútil.

Durante ese tiempo, Vincent Voiture, en compañía de las dos jóvenes del laúd, cantaba melódicamente uno de sus poemas bajo la mirada encantada de la duquesa de Longueville.

Cuando hubo terminado y recibido las correspondientes lisonjas —cosa que apreciaba sobremanera—, la señora de Rambouillet preguntó a su sobrina:

—¿Habéis ido al teatro durante vuestra estancia en París, Julie?

—Os confieso, tía, que todavía no hemos tenido tiempo.

—Angélique e Isabelle han ido a ver una obra de Guillot-Gorju. Me la han contado y me han hecho morir de risa. Os lo ruego, Isabelle, contadlo de nuevo para mi querida Julie.

Vincent Voiture, comprobando que no era el centro de atención de las damas, las saludó y, deshaciéndose en excusas, se reunió con Pisany y con Louis.

—¿Conocéis a Guillot-Gorju, señora Fronsac? —preguntó la prima de Enghien con vivacidad.

—No, señora, y confieso mi ignorancia. Pero en mi descargo he de decir que no vivimos en París.

—Guillot-Gorju se llama en realidad Bertrand Harduin de Saint-Jacques. Realizó

sus estudios en la Facultad de Medicina, ya que procede de una familia de médicos, pero por lo visto, falto de vocación y atraído por la comedia, lo abandonó todo para recorrer Francia con una compañía de cómicos de la legua. Hace diez años, entró en el teatro de Bourgogne eclipsando a Gaultier-Garguille y compañía. Gracias a sus hermosas palabras y a su talento, Guillot-Gorju adquirió una sólida reputación pero se ganó la hostilidad de sus rivales. Desgraciadamente, yo era muy joven en esa época para asistir a sus espectáculos, a los que acudía el todo París.

—Recuerdo haber visto alguna de sus farsas en el teatro de Bourgogne —sonrió la princesa de Condé—. Es cierto que era extremadamente vulgar, licencioso a veces, pero realmente divertido. Salías de allí encantada.

—No soporto la vulgaridad —declaró desdeñosamente Julie de Angennes—. Desde luego, yo no pienso ir a ver a ese individuo.

—Si fueseis a su espectáculo, cambiaríais de parecer, os lo aseguro —la contradijo Isabelle—. Pero dejadme que os cuente algo más de Guillot-Gorju. Dicen que sus compañeros del teatro de Bourgogne estaban tan celosos de su éxito que hicieron lo imposible para obligarlo a abandonar la compañía. Tanto empeño pusieron, que lograron que el bueno de Guillot, despechado, dejase la compañía para retirarse a Melun a fin de ejercer... ¡el oficio de médico!

»Permaneció allí durante unos años, pero su pasión pudo más que él y acaba de volver a París. Su talento no ha menguado, sino al contrario, y ha entrado de nuevo en la compañía del teatro de Bourgogne. Durante su exilio escribió algunas comedias de singular extravagancia. Todas tratan de «bastardos de Hipócrates»^[52] pedantes e ignorantes y él interpreta en todas el papel principal. Es tan gracioso que apenas aparece en escena toda la sala se parte de risa.

»Sale en calzones, con una amplia capa, un cuchillo de madera envainado en el cinturón, peinado con un sombrero de ala ancha, levantado delante y encasquetado hasta las orejas, cara de pocos amigos, mostachos de gato furioso y, sobre el mentón, manchones hirsutos de cabellos blancos. Tiene un respetable apéndice nasal, la piel casi negra y lleva una máscara de cuero que acrecienta más si cabe su fealdad.

»Apenas entra en escena, frente al público, enumera con extrema volubilidad, y sin perder nunca su seriedad, infinidad de instrumentos de cirugía, drogas, simples, panaceas y dolencias. En resumen, que se presenta como un doctor ridículo, que es, por cierto, el título de su farsa.

»Antes del espectáculo, desfila por el exterior del teatro con sus compañeros para atraer a la muchedumbre. Uno de sus bufones se llama Gringalet, un pobre diablo, escuálido y escuchimizado, que enumera una retahíla de términos chocarreros que hacen explotar a la sala de risa.

—Françoise —sugirió la marquesa de Rambouillet—, a la reina le gusta el teatro. ¿Creéis que tal vez le apetecería que Guillot-Gorju representase un día su espectáculo en el Palacio Real?

—Sin duda, señora, pero los gabinetes de los reyes ya son teatros donde se

representan las obras que ocupan el mundo —respondió con seriedad la señora de Motteville.

—Julie —propuso entonces la esposa de Louis a la hija de la señora de Rambouillet—, ¿queréis que vayamos una tarde con Charles? Estoy segura de que eso lo distraería de su largo cautiverio.

Julie de Angennes hizo una mueca que quería ser de indecisión o reserva, pero, puesto que su madre reconocía que el espectáculo de Guillot-Gorju era bueno para una reina, no podía sino aceptar.

Desde la ventana donde se hallaba con el marqués de Pisany y Louis Fronsac, Vincent Voiture hizo una seña a un lacayo para que le llevase bebida.

Tras los consabidos intercambios de cortesías, el poeta preguntó a Fronsac, con un tono visiblemente preocupado:

—¿Qué te ha parecido el señor de Avaux, Louis?

—Es un hombre... bien informado, muy amable, y sobre todo... muy clarividente —respondió el joven caballero, tras elegir cuidadosamente sus palabras.

—Me alegro de que lo juzgues con tanto acierto. Estaba muy inquieto por las investigaciones que te traes entre manos.

—Le he dicho que excusaba alarmarse. Esta investigación no va contra él, sino al contrario, y le he prometido informarle en cuanto todo haya acabado.

—Supongo que es la misma investigación que te llevó al Hazart —dijo Pisany frunciendo el ceño.

—En efecto, pero no olvidéis, amigos míos, que todo eso debe permanecer en estricto secreto, sólo entre nosotros. Va en ello la seguridad del reino.

—Sabes que puedes confiar en nosotros, Louis, y no intentaré sonsacarte nada. Pero tenía miedo de que te opusieses al conde de Avaux después de haberte encontrado con el señor Servien. ¡Ese hombre lo detesta!

—En este asunto, Vincent, ante todo estoy al servicio de nuestros dos plenipotenciarios.

—Luego se trata de diplomacia y del congreso de Münster —concluyó Pisany—. Entonces te lo ruego encarecidamente, Louis: ¡sé prudente! Ese mundo de la sombra es espantoso... y con frecuencia mortal. Prefiero mil veces un enfrentamiento en el campo de batalla, espada en mano, que desaparecer en la esquina de una calle, con la garganta cortada por algún espía. Es una muerte sin gloria y casi siempre sin razón.

—Creo haberme dado cuenta, Léon, pero tranquilízate, porque Gaufredi no me deja ni a sol ni a sombra. Pero es vuestro turno, amigos míos, de informarme: he visto al señor de La Rochefoucauld taciturno y melancólico, y me pregunto...

—Tiene fundadas razones para su melancolía —dijo severamente Voiture—. Ya sabes, Louis, que, por su idiosincrasia, al príncipe le repugna tomar un partido decidido e irrevocable. Era amigo de la reina cuando ella combatía al cardenal, y en esa misma época, también era afecto a la duquesa de Chevreuse. Pero no ha aceptado que la reina haya cambiado. Quizá por fidelidad, quizá por cobardía, ha mantenido

hacia ella una actitud equívoca. Por desgracia, son sus palabras, era amigo de los Importantes aunque no aprobase su conducta, y, tras el fracaso de la conspiración, se negó a abandonar a la duquesa y a sus amigos, deseando ser fiel tanto a la reina como a su amigo el príncipe de Condé, del cual esperaba, en su fuero interno, que intercediera por él junto a su hermana. Pues como habrás observado, Louis, La Rochefoucauld se muere de amor por la señora de Longueville.

»Así que ahora se halla cruelmente dividido entre todas esas gentes que se detestan. La reina acaba de pedirle que no se relacione con la señora de Chevreuse y que dé sin reserva su amistad al cardenal. Él le ha respondido que no podía, en justicia, dejar de ser amigo de la duquesa, quien, según él, no había cometido otro crimen que el de no gustar a Mazarino.

»De igual forma, ha defendido al señor de Montrésor, amigo de la Chevreuse, en una querrela contra el abad de La Rivière, que está con monseñor. También éste le ha hecho saber que se opondría a todas sus pretensiones. En fin, al no culpar a la señora de Chevreuse en el asunto de las cartas perdidas, el señor de Enghien le ha retirado su amistad.

»El señor de La Rochefoucauld recoge hoy los frutos de sus indecisiones — concluyó fatalista.

—Y lo que es más grave para él —añadió Pisany—, es que se ha procurado la enemistad del cardenal, que no lo ha propuesto para ningún cargo en la campaña actual. Aun no siendo guerrero, La Rochefoucauld es uno de los raros gentileshombres de la corte que no se habrá cubierto de gloria.

En ese instante, Charles de Montauzier hizo su entrada en la cámara azul. El joven llegaba en compañía de Robert Arnauld de Andilly.

Acudieron todos a interesarse por su salud y a felicitarlo por su liberación. Sólo Pisany y Voiture, que no le eran afectos, permanecieron aparte. Louis los dejó solos excusándose.

En cuanto a Julie de Angennes, se había levantado para recibir amablemente a su prometido.

Montauzier, visiblemente emocionado, agradeció a todos y cada uno el interés tomado por su cautiverio. Hizo un prolijo relato del mismo y contó, con todo lujo de detalles, el estado de la campaña y del ejército.

Cuando cesó el bombardeo de preguntas, Louis pudo al fin acercársele. Robert Arnauld estaba en animada conversación con la señora de Rambouillet y la princesa respecto a los recientes escritos de su hermano Antoine^[53].

—Llegué de Alemania el domingo, Louis, y me han contado tantas novedades que tengo un batiburrillo de noticias en la cabeza. Sin embargo, he oído muy bien lo que me han contado el señor y la señora de Rambouillet: ¡Al fin has desposado a Julie! Espero que tu matrimonio favorezca el mío. ¡Quizá incluso lo apresure!

—Ése es también mi deseo, Charles.

—No esperaba veros en París, ni a ti ni a Julie. Tenéis tierras y hacienda que

poner en condiciones. ¿Vuestro castillo no está inhabitable?

—No, tranquilízate, vivimos en él, aunque en estos momentos esté todo patas arriba. Sólo he tenido que venir a París durante algunas semanas. Por mis asuntos...

Se calló un instante antes de sugerir en voz baja:

—Quizá tenga necesidad de tus consejos, Charles, de tu ciencia, sobre todo...

—Me tienes a tu servicio, Louis, en todo lo que pueda serte útil.

Louis le propuso entonces dar unos pasos lejos de los familiares que todavía los rodeaban.

Hicieron un discreto aparte en un ángulo de la estancia que estaba desierto.

—Querría hablarte de la razón de mi venida a París. Se trata de un... asunto que me ha confiado el señor Le Tellier.

—Comprendo —dijo prudentemente Montauzier—. Puedes estar seguro de mi discreción.

—No lo dudo, Charles. Mi problema es el siguiente: durante vuestra campaña, sin duda recibíais despachos cifrados...

—En efecto.

—Pero no podíais estar nunca seguros de que vuestros enemigos no los hubiesen descifrado antes.

—Exactamente. ¡Y por cierto, es un problema que me ha traído de cabeza mil veces!

—Explícamelo...

—La dificultad estriba en estar seguro de disponer de un código indescifrable. Ahora bien, en ocasiones ocurre que el enemigo conoce nuestras intenciones sencillamente porque el estado mayor alemán se rodeaba de excelentes matemáticos capaces de penetrar nuestros códigos.

—Una explicación más simple sería que hubiesen robado los registros que sirven para codificar los despachos. O corrompido a un polígrafo que os habría traicionado...

—No, y hablo con conocimiento de causa, pues con ocasión de una incursión en su estado mayor, hicimos prisionero a uno de aquellos hombres capaces de descodificar nuestros despachos. Fui yo el encargado de interrogarlo. Era un hombre de una rara perspicacia. Jugaba con las cifras y las letras de un modo extravagante y era capaz, en unas pocas horas, de elaborar millares de combinaciones posibles.

Era curioso que Montauzier abordase el tema que preocupaba a Louis presentándolo bajo un ángulo nuevo.

Desde el comienzo de su investigación, se hacía esta inquietante pregunta: con los despachos ya robados, y quizá una parte de los repertorios birlados, ¿era posible para un hábil lógico descifrar la totalidad del código de Rossignol?

—¿Y qué fue de ese hombre? Me habría gustado conocerlo.

—Rantzau lo mandó ahorcar. Con mi oposición, desde luego.

—¡Qué lástima! Entonces ¿te parece imposible elaborar un código inviolable?

—Sí, sin duda. Bastaría con elaborar un sistema de codificación que escape a todo análisis lógico. Pero, dime, ¿por qué te interesa todo esto?

—Se trata de preguntas que me han hecho, o mejor dicho, que me he hecho —replicó evasivamente Louis—. Tú que conoces bien los círculos científicos, ¿habría alguien en París capaz de elaborar un código semejante?

Montauzier hizo una mueca de perplejidad. Se concentró un momento dando algunos pasos, antes de responder:

—Creo que el padre Mersenne podría ayudarte. ¿Conoces el convento de los Mínimos?

Louis conocía el convento y, como todos los que se interesaban en las ciencias, había oído hablar de Marin Mersenne.

Ex alumno de los jesuitas, el padre Mersenne había estudiado teología en la Sorbona antes de profesar de fraile y entrar en la orden de los Mínimos en 1611. Había enseñado filosofía en el convento de Nevers y luego en el de la Anunciada, detrás del Palacio Real.

Sus investigaciones versaban por entonces sobre los números primos, para lo cual perseguía una fórmula general. Desde su celda parisina, se carteaba con los más eminentes matemáticos y filósofos de Europa, intercambiando con ellos ideas y demostraciones. Poco a poco, su celda se había convertido en un punto de encuentro adonde acudían los más insignes científicos, como Descartes, Gassendi o Roberval.

Louis se quedó un instante silencioso antes de objetar:

—Tu sugerencia me pone en un aprieto, Charles. Sé que los Mínimos no se distinguen por su tolerancia precisamente. Algunos de ellos han propuesto instaurar un tribunal inquisitorial en Francia.

—En el plano doctrinal, tienes razón, sin duda. Pero te equivocas en el plano científico. Mersenne ha tomado el partido de Descartes y de Galileo contra la Iglesia. Ha denunciado la alquimia y la astrología como pseudociencias. Es él quien ha traducido sus *Diálogos*. En cuanto a sus propios escritos, como *La armonía universal* y *Cogitata Physico-Mathematica*, son las obras más sobresalientes de este siglo en física matemática. Pero en lo que tienes razón es en que te será difícil convencerlo sin desvelarle tus propias intenciones.

Miércoles, 11 de noviembre de 1643

A las siete de la mañana, una carroza flordelisada, escoltada por cuatro mosqueteros con antorchas, penetró con gran estrépito en el interior del patio de los Fronsac. Louis esperaba en su cuarto-biblioteca leyendo *El pastor extravagante* a la luz de una vela. Por la ventana, reconoció a Isaac de Portau —el señor du Vallon— a la cabeza de la tropa. Al punto besó a Julie, que se despertaba en ese momento, y bajó las escaleras de cuatro en cuatro.

El señor du Vallon y sus hombres habían echado pie a tierra y, con el instinto infalible de los soldados de campaña, se dirigían hacia la cocina cuando Louis llegó al patio.

—¡Caballero! —gritó Portau abriéndole unos brazos como el tronco de un cañón.

Louis se fijó en que el mosquetero no tenía ya el brazo en cabestrillo e intentó, sin éxito, esquivar el abrazo. Aplastado contra el torso de aquel gigantón, por un momento creyó llegada su última hora. Sin embargo, el gigante aflojó su abrazo recordando sin duda en el último momento que debía conducirlo vivo ante el cardenal.

—Lástima que no tengáis tiempo de apurar un jarro de vino —lamentó el mosquetero atusándose el bigote—. Pero si estáis listo, vamos allá.

—Al contrario, nada me gustaría más —propuso Louis esperando granjearse la simpatía del coloso y evitar con ello en el futuro algunas dolorosas fracturas de pecho.

—Si insistís, caballero, cómo voy a rehusar, ¡con este frío...!

Louis condujo a la cuadrilla a la cocina después de haber hecho señas a los dos cocheros para que se reuniesen con ellos.

La señora Mallet no ocultó su desaprobación al ver entrar a los seis tragaldabas.

—Mis amigos están muertos de frío, señora Mallet —le explicó Louis—. ¿Podrías abrir para ellos un par de buenas botellas?

Refunfuñando, la cocinera dejó la mondadura de legumbres para ir a la bodega, mientras la señora Bouvier bajaba de un vasar unos vasos de terracota. Gaufredi, que estaba acabándose su caldo, miraba a los mosqueteros con una mezcla de desprecio e interés. Louis lo había avisado de que volvería solo al Palacio Real puesto que una carroza debía venir a buscarlo para llevarlo hasta allí, motivo por el cual le había pedido que fuese durante la mañana a la calle Neuve-des-Petits-Champs, a casa de su amigo Gédéon Tallemant, para llevarle una nota participándole su deseo de pasar a verlo. Gédéon comunicaría su respuesta a Gaufredi y, si estaba disponible, se reunirían por la tarde.

Isaac de Portau se sentó al lado de Gaufredi y su mirada cayó sobre la espada del reitre posada en la mesa. Una vieja hoja de acero, bregada en muchas batallas.

—Gaufredi es mi amigo y mi espada —explicó Louis a Portau—. Gracias a él, no necesito armas. Le debo la vida no sé cuántas veces; merced a él he vuelto entero de Rocroy.

El señor du Vallon asintió lentamente antes de declarar sentencioso:

—¡Ya lo creo! Sé muy bien que habéis estado en Rocroy.

Se volvió hacia Gaufredi mientras la señora Mallet posaba sobre la mesa dos polvorientas botellas de vino de Beaune, que el mosquetero se apresuró a abrir.

—¿Habéis sido soldado?

—Durante más de treinta años —suspiró Gaufredi—. Estos últimos años estuve en Valtelina, luego en los campos de batalla de Wittstock, Rheinfelden, Breisach, y un montón de sitios más. Me he batido en Pomerania, en Silesia, en Turingia, en Westfalia y en la Lorena. He estado a las órdenes de todo el mundo: los imperiales, los suecos, el duque de Saxe-Weimar... Hace tres años, estuve con Gassion y Guébriant en Alsacia. Dicho en otras palabras: era mercenario.

—Tenéis suerte de estar todavía vivo —dijo un mosquetero imberbe, la mirada chispeante de envidia. Era el más joven del grupo, apenas tenía veinte años.

—En nuestro oficio, la suerte no existe, muchacho —le replicó Gaufredi con expresión feroz y sacudiendo la cabeza—. Se sabe sobrevivir o no se sabe. Y si no se sabe, ¡no se tiene tiempo de aprender porque se está muerto!

Portau bebió su vino, volvió a servirse, vació de nuevo el vaso chasqueando la lengua y declaró:

—¡Cuánta razón tienes, amigo! Espero durar tanto como tú —y dirigiéndose a Louis—: ¡Caballero, tenemos que irnos! Su Eminencia os espera.

Llegaron al Palacio Real por la calle des Bons-Enfants y penetraron directamente en un pequeño patio interior.

—Son los nuevos apartamentos de monseñor —explicó Portau señalando la fachada.

Louis observó que estaban situados en la parte trasera de los apartamentos de la reina.

En el primer piso, siguieron una galería por donde circulaban algunos funcionarios o esperaban ciudadanos de calidad, sentados en banquetas. Había muy poca guardia y Portau, que era mucho más agudo de lo que podría suponerse, se dio cuenta de las preguntas que debía de estar haciéndose su acompañante. Mazarino no era muy querido precisamente, y aquella ausencia de vigilancia parecía desconcertante.

—¿Veis a todos esos criados? —preguntó el oficial con desprecio.

Louis había reparado, efectivamente, en el número asombroso de lacayos y criados de librea. Examinándolos con más atención, se fijó en que eran todos morenos, particularmente robustos y sobre todo se mantenían singularmente rígidos.

—Son los matones que Su Eminencia ha hecho venir de Italia. Esos espadachines a sueldo van armados bajo la librea, por eso están tan tiesos.

Louis sonrió. Reconocía perfectamente los métodos del siciliano, que deseaba hacer creer a sus visitantes que no necesitaba ninguna protección siendo tan querido. Para Mazarino, el engaño era la regla de toda política.

Portau se detuvo ante una puerta guardada por un lacayo de expresión feroz, férreo como una armadura. El mosquetero lo ignoró, llamó a la puerta y entró cuando se lo indicaron.

Era el gabinete de trabajo de Toussaint Rose, el secretario de Mazarino^[54].

—¡Caballero! —exclamó gozoso el secretario levantándose de su mesa atestada de papeles—. ¡Monseñor os aguarda impaciente!

Toussaint Rose había llegado a la treintena. Era un hombre muy amable que, muy a su pesar, luda una perpetua expresión divertida, que trataba de enmascarar dejándose crecer un fino mostacho y adoptando —cada vez que se acordaba— un aire marcial, desmentido por unos largos tirabuzones que ondeaban sobre sus hombros, dándole un aire angélico.

Rose dio unos pasos hacia una puerta interior, llamó con los nudillos y le abrieron sin demora. Anunció a Louis y lo hizo pasar a una vasta antecámara que atravesaron antes de penetrar en una inmensa sala sobre la que se abría una larga galería de parada.

El ministro, vestido de escarlata, se hallaba de pie ante un facistol, charlando con otro visitante vestido de terciopelo negro y calzas a juego. Louis no lo había visto en su vida. El desconocido, cuya cabellera era tan negra como su jubón, lucía una barbita cuadrada coronada por un corto mostacho a la italiana. Desplegaba con sumo cuidado varios pares de guantes de piel sobre el atril.

—¡Caballero! —exclamó Mazarino exagerando su acento siciliano—. ¡Qué placer volver a veros!

Louis se acercó, un tanto intimidado por el fasto del inmenso gabinete de trabajo. El lugar, de un lujo ostentoso, parecía un baratillo de coleccionista. Mazarino pretendía mostrar así a sus visitantes su opulencia y su buen gusto.

Había un número prodigioso de veladores, mesas y escritorios de mármol y ébano. Por todas partes, consolas de maderas exóticas, nácar o carey, en las que descansaban bustos antiguos de mármol blanco, de colores o de bronce. Sobre una enorme mesa de mármol negro de Egipto con soporte de columnas, una magnífica copa de pórforo azul. Una pared entera estaba ocupada por una biblioteca de columnas corintias repleta de incrustaciones de oro en piel, todas con las armas del cardenal. Las otras paredes aparecían cubiertas de cuadros colgados a distintas alturas. Fronsac reconoció algunos de Simon Vouet, *La Caridad*, de Jacques Blanchard, un *Rómulo y Tito* de Guerchin y *Hermes y Onfalo* de Francesco Romanelli. El suelo estaba cubierto de alfombras turcas, persas o chinas.

Sillones tapizados y banquetas estaban dispuestos en torno a una inmensa mesa de trabajo, mientras que un fuego crepitaba alegremente en la amplia chimenea de mármol.

—Permitidme presentaros a mi amigo Tomaso Ganducci —dijo Mazarino—. Tomaso es el mejor vendedor de guantes y de perfumes de Europa. Lo he hecho venir de Florencia. Mirad lo que me trae...

El cardenal hizo señas a Louis para que se acercase al atril.

—Tomaso es también un viejo amigo de mi familia —aseguró jovialmente el ministro—. Podéis hablar de cualquier cosa ante él.

Posó ostensiblemente su mano izquierda en el hombro del guantero para subrayar su confianza.

—Recibí ayer el informe que el señor de Tilly transmitió al señor de Aubray y que éste ha pasado a mi buen Le Tellier —prosiguió—. ¿Estáis seguro de que el señor Manessier fue asesinado?

—Lo estoy, monseñor —respondió Louis, desconcertado por la presencia del guantero florentino—. Estoy convencido de que quien dirige esta red de espionaje sabe que voy tras sus pasos. El propósito de este crimen es hacerme desistir de mi investigación.

—En ese caso, Manessier sería nuestro espía y lo habrían matado para que no hablase.

—Tal vez sí, o tal vez no, monseñor...

Mazarino sonrió entrecerrando los ojos como un gato. Le encantaban esa clase de paradojas.

—Quizá lo hayan matado únicamente para hacerme creer que estaba implicado —murmuró Louis.

El ministro asintió lentamente con la cabeza.

—¿Qué opináis vos, Tomaso?

—Así es como se habría hecho en Florencia, monseñor —sonrió el guantero—. Asesinar a un inocente a fin de hacer creer que se habría suicidado por miedo o para evitar la infamia.

—En ese caso, el verdadero espía está aún en libertad.

—En efecto, monseñor.

Mazarino gesticuló con muchos aspavientos.

—Poneos en guardia, señor Fronsac, esas gentes podrían también volverse contra vos.

—Lo sé, monseñor.

Louis no deseaba abordar la agresión de Gaston, de la cual no dijo nada.

—¿Qué más habéis averiguado, señor Fronsac?

El marqués de Vivonne relató entonces el desarrollo de la vigilancia a que habían sometido a los empleados de Rossignol. Pasó de puntillas sobre Garnier y Manessier, e insistió sobre todo en el extraño comportamiento del primo de Sublet des Noyers y su visita al librero de Aux Armes de Rome, deteniéndose por último en Claude Habert, en su alojamiento en la hostería de Holanda y sus visitas al garito de la calle del Hazart.

—De modo que habéis conocido a la hermana del señor Garnier —afirmó Mazarino en tono monocorde después de haberlo escuchado sin interrumpirlo ni una sola vez.

—En efecto, monseñor —respondió Louis, que no deseaba extenderse sobre las circunstancias del encuentro, aun a sabiendas de que el ministro las conocía, aquel domingo en casa del conde de Avaux.

—El señor Servien me ha hablado de la señora Moillon. Tiene mucho talento... aunque yo prefiera a Caravaggio y a mis artistas sicilianos. Como pintores, se entiende.

Esbozó una sonrisa ambigua haciendo un vago gesto hacia la galería de pinturas.

—¿Qué pensáis de ese librero, Charles de Bresche? ¿No se llama así?

—Parece digno de confianza; en todo caso, es muy buen librero. Le compré un libro que me había aconsejado. Era para mi esposa y le ha gustado mucho.

Louis hizo una pausa preguntándose si debía dar cuenta de sus sospechas, y al final optó por presentar los hechos tal como habían ocurrido:

—Me dejó llevar varias obras para que las hojease. Mi esposa se quedó con una y le devolví las otras, ocasión en la que me crucé con monseñor Fabio Chigi, que acababa de elegir un libro raro para agasajar al nuncio.

—¡Fabio Chigi, el delegado apostólico de Urbano VIII en la Nunciatura! —exclamó inopinadamente el guantero, muy nervioso—. ¿Estáis seguro de ello?

—Sí, señor —respondió Louis, sorprendido por la vehemencia del italiano—. Mi amigo Paul de Gondi me lo había señalado en casa del señor de Avaux.

—¿Cuál es vuestra opinión sobre la presencia del señor Habert en casa de la señorita de Chémereault? —preguntó entonces Mazarino como si quisiese cambiar de tema.

—El juego, monseñor. Es un hombre muy ducho en la manipulación de las cifras y supongo que trata de utilizar su talento para enriquecerse.

—¿Tenéis sospechas sobre la identidad de nuestro espía?

—Todavía no, monseñor.

Louis permaneció silencioso un instante, antes de proseguir:

—El señor de Brienne me dijo que quizá hubiesen accedido a la caja fuerte donde se guardan los registros del Servicio de Cifrado. No veo cómo uno de los polígrafos habría podido hacerse con la llave. Tal vez haya más de un traidor en el servicio diplomático.

—No creáis que no lo he pensado, Fronsac, y eso sería espantoso, teniendo en cuenta que el congreso de Münster comienza dentro de un mes —murmuró el cardenal—. Si alguno de nuestros enemigos posee todo o parte de nuestro código cifrado, es vital que nuestros correos no caigan en sus manos. Suele ser así, capturando estafetas, como el enemigo se hace con nuestros secretos, igual que nosotros con los suyos. Le Tellier piensa organizar para el congreso de Münster un nuevo cuerpo de estafetas cuyos miembros serán seleccionados entre los mejores

hombres de la guardia o de los mosqueteros y al frente del cual pondremos a Maurice de Coligny. Es un hombre de gran bravura que tiene la ventaja de estar muy cercano a Enghien y de pertenecer a una familia que siempre ha servido a la Corona con fidelidad.

—El señor Le Tellier me ha hablado de ello, monseñor.

La entrevista tocaba a su fin y el cardenal se lo hizo comprender a Louis:

—Sabéis que podéis obtener toda la ayuda que necesitéis del señor Servien. Tiene una gran experiencia en cuestiones de espionaje. Se ocupó ya de los asuntos de inteligencia con Inglaterra cuando era intendente de Justicia en la Guyena. No dudéis en llamar a su sobrino, el señor de Lionne, que es uno de mis secretarios.

De buena gana Louis le propondría una idea, pero dudaba si hacerlo delante del guantero florentino.

—Tengo un último asunto que tratar con vos, monseñor, es sobre el Servicio de Cifrado.

—Ya os lo he dicho, Fronsac, podéis hablar sin temor delante de Ganducci —sonrió Mazarino al observar su vacilación.

—Bien, monseñor —respondió Louis con frialdad—. El señor Rossignol me ha explicado no sólo los distintos métodos de cifrado sino también cómo violarlos. Generalmente, por traición, aunque no siempre. A veces, en el campo contrario, hay hombres talentosos, como el propio Rossignol, que son capaces, gracias a su perspicacia e inteligencia, de descubrir la clave de los despachos.

—Lo sé bien, caballero. Pero contra ellos, ¡a fe mía!, nada se puede hacer.

—No estoy tan seguro de ello, monseñor. Finalmente, sólo se trata de un problema de lógica. He hablado con el barón de Montauzier de una idea que me ronda por la cabeza. Le he preguntado si sería posible elaborar un código que ni el más inteligente de los hombres fuese capaz de descubrir.

—Eso no es más que una quimera, señor Fronsac. Yo he sido soldado y diplomático y puedo aseguraros que he conocido mucha gente empeñada en elaborar ese tipo de códigos cifrados. Pero siempre se han topado con alguien más dotado que ellos para descifrarlos. Antes o después.

—El señor de Montauzier opina, sin embargo, que es posible; y yo deseo proseguir con esa idea. Me ha sugerido que me reúna con los más sabios en el campo de las matemáticas y que hable con ellos.

—Hacedlo, si ello os divierte. Seguid con vuestra idea —le concedió un burlón Mazarino—, pero yo insisto en que Rossignol es el hombre más competente de Europa en ese campo. Si él no ha logrado elaborar un código indescifrable, nadie lo hará.

—Si obtengo respuestas a mis preguntas, monseñor, las someteré a su arbitrio —prometió Louis haciendo caso omiso de la observación del ministro.

Mazarino esbozó una sonrisa acompañada de un gesto benevolente, y Louis se inclinó.

Fronsac saludó luego al guantero con un simple movimiento de cabeza y salió.

«¿Para qué lo había llamado Mazarino? —se preguntaba, un tanto irritado, dejando el gabinete del ministro—. El cardenal ya conocía lo que él le había contado y apenas se había interesado por sus precisiones. ¿Y por qué Tomaso Ganducci —¡un simple guantero!— asistía a una entrevista tan confidencial?»

«Había sido una visita para nada», pensaba contrariado. Para calmarse, decidió ir caminando hasta la calle des Petits-Champs —le bastaba con tomar la calle des Bons-Enfants— y hacerle una visita intempestiva a su amigo Tallemant.

Luego se lo pensó mejor, acordándose de que toda prudencia era poca, después de lo que había pasado en el palacete de Avaux. Solicitó, pues, a Toussaint Rose que buscara a alguien que lo llevara de vuelta en carroza al despacho de su padre.

Comoquiera que Isaac de Portau estaba franco de servicio, fue una escuadra de guardias la que lo escoltó hasta el domicilio familiar.

Mazarino se había quedado solo con el guantero.

—El señor de Fronsac no ha querido decírmelo todo —ironizó el siciliano.

—Por fuerza tiene que saber que vos no ignoráis la agresión contra su amigo, de la que él mismo estuvo a punto de ser víctima, monseñor.

—¡Por supuesto! Fronsac es inteligente, pero no creí que sería capaz de descubrir tantas cosas en dos días. Y también es un estorbo para nuestros enemigos, que intentarán desembarazarse de él.

—¡Justo lo que vos deseáis, monseñor!

—En efecto, era el único medio de que mis adversarios se revelasen, pero en modo alguno quiero que lo maten. Todavía lo necesito. Si fuese necesario, detendría el juego.

—¿Y qué debo hacer yo, monseñor?

—Para eso os he hecho venir. Habéis podido examinar a Fronsac a placer. A partir de ahora, seguiréis todos sus pasos. No lo dejaréis ni a sol ni a sombra. Quienes están detrás de este asunto de espionaje la emprenderán con él; a vos os corresponde protegerlo e identificarlos. Descubrid quiénes son.

—¿Me equivoco si digo que Fronsac no ha sido más que un cebo, monseñor?

—¡No os equivocáis en absoluto! Necesitaba un cebo que ellos temiesen, y Fronsac era el mejor para este caso, pero creía disponer de más tiempo. Ese diablo de hombre los ha asustado mucho antes de lo que yo pensaba.

—Y cuando descubra a vuestros enemigos, ¿qué debo hacer, Eminencia?

—Ya os lo diré —respondió evasivamente el cardenal dibujando en el aire un impreciso ademán.

—Necesitaré ayuda, monseñor.

Mazarino reflexionó un momento.

—No se me ocurre nadie mejor que Isaac para ayudaros.

—De acuerdo. Me pegaré a Fronsac como una lapa desde esta misma tarde.

Mucho antes de que la calle del Sena estuviese bordeada de bellos palacetes,

aquella vía no era más que un camino polvoriento que costeaba el foso y las murallas de la ciudad, conocido como Pré-aux-Clercs, el Prado de los Clérigos, porque desembocaba en un prado al borde del Sena donde los clérigos, es decir, los letrados de la Universidad, se reunían para divertirse o para batirse. Diversiones aparte, el Pré-aux-Clercs estaba dedicado, además, a la «estrapada», o tormento de la garrocha, el suplicio reservado a los soldados desertores, consistente en elevar al sujeto a lo alto de una viga de madera con las manos atadas a la espalda por medio de una cuerda que sostenía al mismo tiempo el cuerpo, para dejarlo caer luego a toda velocidad a poca distancia del suelo, con lo que se le dislocaba todos los miembros del cuerpo, sobre todo hombros y brazos. Un espectáculo muy del agrado de los parisinos. Pese al cambio de uso, el Pré-aux-Clercs había conservado su nombre^[55].

En este camino, se había instalado en la Edad Media el Petit-Maure, una taberna frecuentada por los goliardos. En el momento de nuestra historia, dicha taberna existía todavía, pero había quedado encajonada entre dos palacetes de la calle del Sena y su clientela estaba constituida, sobre todo, por gentes de letras y gentiles-hombres.

Mientras Louis Fronsac volvía al despacho de su padre y Mazarino discutía con su guantero, un enano deforme y de una rara fealdad, vestido sin embargo con extrema elegancia, interpelaba furioso al caballero de Chémérault.

Se hallaban ambos sentados a la mesa en un oscuro rincón del Petit-Maure.

—¡Sois un inútil y un perfecto idiota, Barbezière! ¡Los teníamos a los dos y los habéis dejado escapar!

—Pero, señor marqués, ¿cómo iba a imaginar que el tal Fronsac descubriría a su amigo en el fondo de aquella cuadra abandonada?

—Os había avisado: ¡Fronsac es muy inteligente! ¡Demasiado inteligente para vos, en todo caso! Por cierto, ¿dónde está vuestra hermana?

—A buen recaudo, monseñor. Ha cerrado su casa y por mucho que busquen no encontrarán nada allí.

El enano arrojó una mirada sobre la clientela de escritores y artistas, muy numerosa a esa hora. No viendo ningún rostro conocido, prosiguió en un tono algo más bajo:

—Decidle que se reúna conmigo en el palacio del duque de Liancourt, donde me alojo. Ahora lo primordial es deshacerse de Fronsac. ¿Podéis reunir a unos cuantos hombres que sepan utilizar los puños y no hagan preguntas?

—Sí, señor.

—Muy bien, vigilad el despacho de su padre. Si sale, esta tarde haced lo que tenéis que hacer.

Se levantó y el caballero de Chémérault desvió la mirada, tan espantoso era el rostro de aquel monstruo: la nariz aplastada, unos ojillos hundidos en las órbitas, dientes picados y piel blancuzca. De repente, sintió lástima por su hermana, que debía acostarse con aquel hombre.

Aquella misma tarde, Julie tenía que utilizar la carroza para ir a casa de su modista. Louis se había sentido tan humillado por los vestidos que llevaban las amigas de la señora de Rambouillet que había insistido a su esposa para que se hiciese un vestido a la moda, de damasco, costase lo que costase. Nicolás la llevaría.

Por la mañana, Gaufredi había vuelto a casa de Gédéon Tallemant, quien le había dicho que estaba dispuesto a recibir a Louis cuando quisiese, de modo que irían a su casa en cuanto Julie se hubiese ido.

La banca Tallemant, dirigida desde el año anterior por Pierre, el hermanastro de Gédéon, era uno de los más prósperos bancos del reino. Poseía varios establecimientos, el principal de los cuales se ubicaba en La Rochelle, y participaba tanto en fletes marítimos como en tratados de comercio, sobre todo en valores firmes.

Casi de la misma edad que Louis, Gédéon apenas se interesaba por su oficio de banquero. Tampoco había querido asociarse a su hermano y no participaba en el funcionamiento del negocio más que como jurista. El deseo de su padre era comprarle un cargo de consejero en el Parlamento.

Lo que a Gédéon le gustaba era escribir, y se interesaba por encima de todo en las indiscreciones, en los cotilleos y maledicencias que se contaban en los salones. Era una mina de confidencias inconfesables, comportamientos extraños, costumbres depravadas o secretos de familia, tanto de las gentes de la corte como de la burguesía. Rumores, calumnias o secretos de alcoba, nada de lo que se murmuraba confidencialmente se le escapaba, tanta era la confianza que inspiraba en todo el mundo. Louis había echado mano de él en varias ocasiones para que le revelase alguna confidencia relacionada con su investigación.

Gaufredi y su amo se habían presentado al portero de la finca, quien les hizo entrar en el patio, donde dejaron sus caballos.

La casa, donde también se hallaba la sede del banco, era de lo más amplia, pero sus habitantes estaban muy apretados. En la planta baja se ubicaba la cocina, el servicio y los establos, amén de las ventanillas donde oficiaban un enjambre de empleados bajo la dirección de un cajero y un tenedor de libros. Los dos pisos estaban reservados a viviendas y despachos. Sólo Pierre, Gédéon y su anciano padre disponían de dos piezas. Aun así, una de ellas, la de Gédéon, servía también de biblioteca y de gabinete para recibir a los clientes. Vivía además en la casa su hermana Marie, así como François, el benjamín de la familia.

Un criado condujo a los visitantes al gabinete-biblioteca, una amplia pieza artesonada, dos de cuyas paredes estaban cubiertas, de un extremo a otro, de obras encuadernadas en cuero. La gran mesa de trabajo de Gédéon, una más pequeña cubierta con tela verde con franjas de seda, tres sillones en verdugado y cuatro sillas floreadas amueblaban el lugar. Una chimenea de azulejo difundía un agradable calor.

Gaufredi, como de costumbre, se quedó de pie cerca de la puerta, como si montase guardia. Tras un cortés intercambio de saludos, Louis se abrió a su amigo. Deseaba, sobre todo, información sobre Antoine Rossignol, sobre el conde de Avaux

y sobre Abel Servien. En cambio, había decidido no preguntarle nada sobre la Belle Gueuse, temiendo verse obligado a confesarle lo que había pasado entre los dos.

—Antoine Rossignol es un viejo amigo —empezó Tallemant—. Vive en la calle Neuve-Saint-Augustin. Al parecer está muy dotado para las matemáticas aunque, por lo demás, es un hombre sencillo de vida ordenada. Mi hermano Pierre y yo le llamamos «el infeliz». No hallarás en él ninguna bajeza.

—Nuestro común amigo Vincent me había hablado muy bien de Claude de Mesmes, el conde de Avaux. Luego coincidí con él y me pareció un hombre honrado.

Esta vez Gédéon sacudió negativamente la cabeza:

—Yo no diría tanto. Sabes que quiero a Vincent como a un hermano, pero en lo que respecta al conde de Avaux, lo ciega la amistad. Fueron condiscípulos. Avaux lo ayudó a seducir a la señora de Saintot, y no ve en él más que cualidades. En realidad, Avaux es egoísta, vanidoso y superficial. Para obtener el sostén de su hermano, el presidente Mesmes, la reina lo ha nombrado superintendente de Hacienda, un cargo que le viene grande, pues no es más que un perfecto inútil. Pero eso no es lo más grave. De Avaux es un devoto, ¡tenlo siempre presente! Pese a sus devaneos libertinos, Claude des Mesmes es un católico rígido, uno de los más sólidos pilares del partido devoto, y siempre ha favorecido discretamente a España. Desea un acercamiento con los Habsburgo y rechaza la idea de una alianza con los príncipes protestantes a fin de romper el aislamiento del reino. Será un pésimo negociador de nuestros intereses en Münster.

El ataque sorprendió a Louis y reavivó sus sospechas. Pero el conde de Avaux poseía el código de Rossignol, ¿por qué iba a organizar el robo de los despachos? Sin embargo, resultaba sospechoso haberle visto dos veces en el Hazart, justo cuando Claude Habert se encontraba allí. En cuanto a su relación amistosa —o amorosa— con la Belle Gueuse, no podía más que acrecentar su desconfianza.

Louis trató de dirigir la conversación hacia ese lado:

—Me encontré al señor de Avaux en un garito regentado por la señorita de Chémereault.

—¿La Belle Gueuse? ¿Sabes lo que se canturreaba sobre ella en París hace unos años?

—No —contestó Louis, que se esperaba cualquier cosa.

—*La Mothe disait l'autre jour / À Richelieu: Faisons l'amour, / Embrassons-nous, et caetera. / Chémereault lui disait: Fripon, / Prenez-moi la motte du... / Et laissez l'autre Mothe la*, canturreó Tallemant con una sonrisa pícaro^[56].

Louis sonrió a su vez, preguntándose si debía repetirle la salaz coplilla a Gaston.

—¿Y el señor Servien, nuestro segundo plenipotenciario? —preguntó entonces.

—No es en absoluto la misma clase de hombre. Servien es la rectitud personificada. Sirvió a Richelieu como ministro de Guerra y se opuso siempre a la política extranjera sostenida por los devotos. Y ésa fue su perdición. El cardenal prefirió sacrificarlo para preservar un equilibrio entre las facciones. Felizmente fue

llamado por Mazarino a la muerte del rey y tiene la confianza de la reina. Servien es un firme partidario de la política exterior llevada por Richelieu, que Ana de Austria hizo suya, y que puede resumirse así: humillar el poder español y el del Imperio apoyándose en los países protestantes como Suecia y las Provincias Unidas. No ignoras que tiene muchos amigos en Holanda. Y como comprenderás, siendo yo protestante, no puedo apoyar semejante doctrina.

»En la corte, Servien saca provecho de la presencia de su sobrino, Hugues de Lionne, principal secretario del cardenal en todo lo concerniente a la diplomacia. Sabes que la corte no es más que un nido de víboras donde se urden continuamente trampas y emboscadas. Lionne protege a su tío previniéndolo de los ardides de cuantos lo detestan.

Todas estas informaciones confirmaban lo que Louis ya sabía. Servien no podía estar mezclado en aquel asunto de espionaje. Sin embargo, le intrigaba la extraña relación que parecía tener con Louise Moillon. Sin olvidar que el hermano de aquella mujer era uno de los polígrafos de Rossignol.

—El conde de Avaux no oculta sus líos amorosos —dijo entonces—. ¿Qué hay de los del señor Servien?

—No le conozco ninguno, aparte de su mujer.

—¿Has oído hablar de Louise Moillon? Una mujer bellísima, que pinta y está casada con un comerciante de madera llamado Étienne Girardot de Chancourt. Coincidí con ellos hace poco y me pareció muy cercana a Servien.

—¡Pues claro que sí! Es protestante como yo y ambos asistimos al oficio en el templo de Charenton. La tengo por una buena amiga. Pero si te imaginas que es la amante de Abel Servien, te equivocas de medio a medio. Es todo un carácter. Una mujer de extremada rigidez, tanto en sus costumbres como en sus creencias. Ama a su marido y no lo engañaría por nada del mundo. Si existe una relación entre ella y Abel Servien, sin duda es de otro tipo.

Louis hizo otras preguntas a su amigo sobre el conde de Avaux y sobre Abel Servien, sin que sus respuestas modificasen los caracteres y comportamientos que en el transcurso de la investigación había ido dibujando en su mente.

En definitiva, pensó, no había sacado gran cosa de aquella visita, salvo ciertas confirmaciones de su propio juicio. Agradeció calurosamente a su amigo la ayuda prestada pero Gédéon, deseoso de gozar un rato más de su compañía, mandó que les sirviesen una pequeña colación y no dejaron el establecimiento bancario hasta el anochecer.

Ya en sus monturas, Louis y Gaufredi se dirigieron hacia el cruce de los Petits-Champs para volver al despacho de su padre.

En la calle des Petits-Champs no se había establecido ningún comerciante. Sólo burgueses, magistrados y financieros habían elegido construir allí sus viviendas. Tres casas separaban el banco Tallemant del palacete del tesorero de la Corona, el señor de La Bazinière. El financiero Particelli de Emery, elevado desde hacía poco al cargo de

interventor general de Hacienda, vivía un poco más lejos, en la calle Neuve-des-Petits-Champs, en un palacio fastuoso, y Hugues de Lionne tenía su domicilio en la cercanía del convento de los Agustinos reformados. Todas aquellas viviendas y palacios estaban dotados de sólidos portalones cerrados a cal y canto.

La calle aparecía sombría y desierta a aquella hora. Debían de haberse alejado apenas a unas casas del banco Tallemant cuando, de un oscuro portal, surgió un bribón que agarró con una mano el bocado de la montura de Louis y con la otra cortó la cincha de la silla acuchillando al caballo. El pobre animal coceó tan violentamente que su jinete se precipitó al suelo.

Otros cuatro asesinos a sueldo, armados de largas espadas, salieron entonces de otro rincón. Gaufredi adivinó que era a Louis a quien querían. En la oscuridad, seguir montado a caballo era un suicidio. Saltó al suelo delante de su amo y, agarrándolo por el cuello del jubón, lo arrastró hasta el vano de una puerta.

Louis no estaba herido, pero sí aturdido y, cuando logró levantarse, sólo pudo ver que su compañero había desenvainado la espada y con amplios molinetes mantenía a distancia a los agresores.

Gaufredi lo conminó, con su mano izquierda, a permanecer a su espalda. Louis se pegó al marco de la puerta donde se habían refugiado, intentando vanamente determinar el número de truhanes que los atacaban.

Pero estaba tan oscuro que apenas percibía el resplandor de las hojas entrechocando.

Los caballos habían huido despavoridos en el fragor de la lucha. Sólo se oía el entrechocar del acero.

Fronsac pensó que su situación era desesperada si nadie acudía a socorrerlos. Él ni siquiera iba armado —por una vez lo lamentaba— y su compañero no podría vencer a cuatro o cinco adversarios, tal vez más. De modo que se puso a gritar:

—¡Socorro! ¡Nos atacan!

Pero, como era de esperar, aquellos gritos no tuvieron ningún eco.

Gaufredi, sin dejar de batirse, reparó, a la luz de la chispa de un eslabón, en que uno de aquellos bellacos, empuñando un corto arcabuz, intentaba encender la mecha.

Considerando que su amo se hallaba momentáneamente seguro detrás de él, el viejo soldado sacó una pistola de sílex de un bolsillo de su amplia capa escarlata y disparó sobre el hombre del arcabuz. El resplandor del eslabón le permitió alcanzar al malandrín en el ojo izquierdo y aun ver cómo se desplomaba.

Dos espadachines intentaron entonces rodear al viejo reitre para atacar a Louis. Gaufredi arrojó su pistola, ahora inútil, a la cara del más próximo y, mientras éste quedaba aturdido por el golpe, le cortó la garganta de una certera estocada.

Fronsac se había acostumbrado a la oscuridad lo suficiente para ver que todavía quedaban cuatro espadachines. A su edad, Gaufredi no podría seguir mucho tiempo batiéndose así. Pensó en coger la espada de uno de los muertos, pero la que lograba entrever se hallaba lejos de la puerta. Impotente, gritó de nuevo pidiendo ayuda.

Gaufredi lo hacía a su vez, injuriando y amenazando a los matones, tratando de infundirles miedo.

—¡Bribones! ¡Cobardes! ¡Os voy a comer las entrañas! —gritaba.

Enfurecido de rabia, se inclinó bruscamente para atravesar a uno de los espadachines demasiado audaz pero, al mismo tiempo que extraía su espada del pecho del hombre, recibía un puyazo en el brazo izquierdo. No era más que un rasguño, pero la manga de su jubón enrojeció rápidamente.

La lucha se detuvo un momento. El círculo de las tres espadas se abrió. Los agresores sabían ahora que el temible viejo estaba tocado, no querían correr riesgos. Pensaban que además tenían tiempo, bastaba con cansarlo, dejar que se debilitase con la pérdida de sangre antes de asestarle un mandoble.

Y el caso es que, pese a los gritos y aullidos, nadie había acudido en su ayuda. Sin embargo, en las casas cercanas, todos sus habitantes habían oído perfectamente el ruido de los aceros y las llamadas de socorro. La mayoría de los propietarios disponían de robustos lacayos y a veces incluso de guardias armados, pero preferían quedarse encerrados, parapetados en sus casas, esperando la vuelta a la calma para enviar a un criado a buscar a la patrulla de ronda al cercano Palacio Real.

¿Por qué intervenir en una querrela que no les incumbía?, se decían.

Louis sabía que estaban perdidos. Se dijo que le habría gustado conocer a sus agresores. No había visto ningún rostro. «¿El hermano de la Chémereault sería uno de ellos?», se preguntó vanamente.

De repente, los tres matones se arrojaron de nuevo sobre Gaufredi. La espada del viejo reitre volaba en todas direcciones, apartando los otros hierros con una velocidad y una destreza extraordinarias. Pero su brazo izquierdo pendía a lo largo de su cuerpo y, cuando Louis lo rozó, notó que por sus dedos corría la sangre. Fronsac había dejado de pedir ayuda. Pensando en su esposa, esperaba la muerte, cuando, de pronto, un grito resonó al fondo de la calle, y luego otro:

—¡Guerra sin cuartel!

—¡Dispara! ¡A por ellos! ¡Muerte a esos bribones!

—¡Socorro! —gritó de nuevo Louis.

Se oyó un disparo, quizá al aire, y luego barullo de gente a la carrera.

El círculo de hierro desapareció y, al momento los granujas huyeron en la dirección opuesta a los gritos, mientras la luz de las antorchas aparecía a algunas casas de allí.

En ese momento Gaufredi se desplomó y su espada sonó ruidosamente al chocar contra el suelo.

—¡Louis! ¿Estás herido? —gritó una voz angustiada. Una luz se acercó a Fronsac, que se había arrodillado para examinar a su fiel guardia de corps.

—¿Louis? —repitieron las voces en tono descompuesto.

Fronsac levantó la cabeza. Había reconocido la voz de Gédéon, y vio tras él a su hermano mayor Pierre^[57], así como a unos cuantos lacayos o guardas del banco.

Unos llevaban antorchas y arcabuces, otros empuñaban una espada y Tallemant una pistola todavía humeante. Era sin duda quien había disparado.

—No es nada, señor —balbució Gaufredi intentando levantarse—. ¡Todavía no ha nacido el que me mande a mí al otro barrio!

—¡Gédéon! ¡Gaufredi está herido! Hay que ayudarlo, ¡llamad a un médico! Creo que hay un cirujano en esta calle.

—No hace falta, os juro que estoy perfectamente, señor. Sólo es un rasguño. He perdido algo de sangre pero ya ha dejado de manar de la herida.

Louis lo ayudó a incorporarse. Un lacayo sostuvo al viejo por las axilas.

—¡Pierre, Agustín, echadle una mano para ayudarlo a llegar a casa! —ordenó Gédéon—. Decidle a mi hermana Marie que le limpie y vende la herida. Id a buscar también al abad^[58], algo entiende de medicina y sabrá qué hacer.

Los dos lacayos, sosteniendo a Gaufredi, volvieron a casa.

—¿Qué ha pasado, Louis? ¿Esos bandidos querían tu bolsa?

—No, Gédéon, ¡querían mi vida! —murmuró Fronsac con un rictus de disgusto.

—¿Los conoces?

—Veamos quiénes son los muertos, si te parece.

Tomó el farol de Tallemant. Su hermano se había quedado con una de las antorchas de los criados. Se inclinaron sobre el primer cadáver, el que tenía la garganta cortada. Louis no lo conocía. El segundo llevaba una máscara, era el que había recibido la bala en el ojo. Con aprensión, Louis le quitó la máscara empapada de sangre y masa cerebral. Pese a la espantosa herida, no había duda ante el rostro macilento y las grandes orejas de aquel hombre delgado de cabellos embadurnados de lodo y excrementos de la calle.

La capa gris estaba en esta ocasión bien sujeta por dos hebillas. Era el polígrafo Claude Habert, sobrino político de la cuñada de Bouthillier de Chavigny, más rápido para el cálculo que para encender la mecha de un arcabuz.

«De modo que él era el espía, como había adivinado Gaston», pensó Louis un tanto decepcionado. Ahora que la calma había vuelto, se percató de que había tenido la impresión de reconocer la silueta del hermano de la señorita de Chémereault, a la luz de la antorcha, cuando la banda se había largado en desbandada. Examinó entonces al tercer muerto, al que Gaufredi le había atravesado el pecho. Tampoco conocía a éste.

—Habéis llegado a tiempo —dijo a Gédéon.

—¿Lo conoces?

—Sí. Es la persona sobre la que estaba investigando. ¿Podéis ayudarme tu hermano y tú a cargarlos en nuestros caballos y a transportarlos hasta el banco? No me gustaría que sus cómplices viniesen a buscarlos. No estaría de más que un lacayo fuese en busca de algunos guardias al Palacio Real.

—Dirán que es un asunto de la patrulla —intervino el hermano de Tallemant encogiéndose de hombros—. No se molestarán en acudir.

Pierre Tallemant era un hombre grueso de rostro rubicundo. Muy perspicaz y duro en los negocios, juzgaba con severidad a este gobierno, que, falto de dinero, se dedicaba a presionar a los burgueses y financieros como él.

—Vendrán, Pierre, te lo aseguro. Mandaré a tu criado con un documento de Le Tellier que llevo conmigo, en el que se me otorga todo poder sobre la guardia de palacio. Bastará con que se lo entreguen al señor Colbert o a Isaac de Portau, un mosquetero que me conoce.

Uno de los criados, con otro farol y dos compañeros, llegaba corriendo en ese momento.

Gédéon fue a buscar los caballos, que se habían dispersado. Entre todos arrastraron los tres cuerpos por los pies y luego los cargaron en las monturas, que llevaron de las riendas hasta el patio del banco.

Louis explicó al lacayo que Pierre había elegido para ir a palacio lo que tenía que hacer y le confió su carta. El criado, al que llamaban Gros-Jean, era un hombre corpulento, de unos cuarenta años, fiel a la familia. Louis lo conocía lo suficiente como para saber que actuaría con cordura. Gédéon le prestó su espada.

Volvieron al palacete para reunirse con Gaufredi. El viejo soldado, con el torso desnudo, se hallaba ante la chimenea de la cocina, vendado con un lienzo que le ceñía el brazo y el pecho. Devoraba medio pollo delante de una frasca de vino.

—No es nada —dijo secamente el hermano pequeño de Gédéon, que había vendado al viejo soldado—. ¿Por qué os habrán atacado?

—Gentes que están resentidas conmigo —respondió evasivamente Louis—. Siento mucho las molestias que os he causado. Enseguida vendrán unos cuantos guardias con algunos mosqueteros y el señor Colbert.

—Conozco a Jean-Baptiste Colbert —dijo el hermano mayor con una mezcla de ironía y desilusión—. ¿Creéis que un hombre como él iba a preocuparse por nosotros?

—Vendrá —sonrió Louis—. E irá inmediatamente a informar al señor Le Tellier de esta agresión —suspiró el exnotario aliviado—. ¡Qué suerte que hayáis oído ruido de pelea, porque estábamos lejos!

—¡Pero si no hemos oído nada, Louis! —exclamó Gédéon—. Es que alguien vino a avisarnos.

—¿Cómo es posible?

—Llamaron a la puerta, y un individuo dijo al portero que venía a avisar al señor Gédéon Tallemant. Nuestro portero lo invitó a entrar pero el desconocido rehusó diciéndole literalmente para que me lo transmitiesen a mí: «Un amigo del señor Tallemant está siendo atacado en la calle. Id a socorrerlo antes de que sea demasiado tarde».

—¿Ha dicho eso? ¿Entonces me conocía? ¿Pero quién era ese hombre?

—Lo ignoro, Louis, se fue antes de que pudiese verlo, pero nuestro portero me ha dicho que tenía acento italiano. Sea como fuere, yo estaba con mi hermano, cogimos

espadas y faroles y salimos a la carrera con algunos criados. Entonces oímos pedir socorro y comprendí que eras tú quien estaba siendo atacado.

Louis no sabía qué pensar. ¿Quién era ese desconocido con acento italiano?

—¿Y dices que pronunció mi nombre?

—Pues... no recuerdo exactamente, habría que preguntárselo al portero.

—No —intervino Pierre—. El portero me ha dicho que se refirió al amigo del señor Tallemant. No sabíamos de quién se trataba.

—¿Conoces a alguien que tenga acento italiano? —preguntó Louis.

Gédéon se echó a reír:

—¿En esta calle en la que no viven más que financieros y banqueros? La mitad, como mínimo, son italianos.

«Quizá fuese simplemente el azar», pensó Louis. Un vecino que lo había reconocido y no había querido intervenir. En todo caso, le había salvado la vida, así como la de Gaufredi.

Una criada les llevó sendas tazas de caldo. Aún no habían terminado de beberse cuando oyeron el retumbar de unos cascos de caballo.

Una docena de guardias de corps del rey había entrado en el patio, donde se hallaban todavía varios lacayos y guardianes del banco, todos armados hasta los dientes. Algunos de los jinetes llevaban antorchas de cera y linaza. Al mando, un arrogante oficial que los miró con desdén.

—¡Búsquenme al señor Fronsac! —gritó a la concurrencia.

—Soy yo —replicó secamente Louis—. Desde este momento estáis a mis órdenes. ¿Cómo os llamáis?

A la luz de las antorchas, Louis vio cómo enrojecía el oficial. Por la ropa de sus interlocutores, debía de creer que trataba con burgueses y no con el hombre nombrado por Le Tellier en la carta que el criado le había entregado.

—Montrobert —respondió, bajando de su montura y saludando. Sacó la carta de Le Tellier y se la devolvió a Louis.

—Gracias —dijo él, guardando cuidadosamente el pliego en su jubón—. ¿Han avisado al señor Colbert?

—Sí, señor, llegará en coche.

—Bien, enviad a uno de vuestros hombres a buscar una carreta. Hay tres cadáveres. Cuando el señor Colbert los haya visto, los llevaréis al Grand-Châtelet y permanecerán en la morgue hasta mañana, en que serán examinados por los comisarios.

El oficial se dirigió a los guardias de corps, todavía a caballo, y dio las órdenes oportunas. Dos de ellos partieron. Montrobert se volvió hacia Fronsac.

—¿Qué ha pasado, señor?

—Fui atacado por esos bribones. Mis amigos aquí presentes han venido en mi ayuda. Mi compañero ha matado a tres de los agresores. Se trata de un asunto de Estado que concierne al señor Le Tellier. Ni una palabra a nadie, si no queréis acabar

en la Bastilla.

El oficial bajó la cabeza, luego se acercó a los cadáveres para examinarlos. Oyeron entonces el rodar de un vehículo y un ruidoso traqueteo. Era una pequeña carroza que se quedó en el exterior del patio. Colbert bajó de ella lentamente, vestido de negro, como siempre, con el ceño fruncido y expresión malhumorada. Recorrió el patio con la mirada, deteniéndose un rato en los guardias de corps a caballo, y luego en los hermanos Tallemant y sus criados. Finalmente, se acercó a Fronsac, sin hacer caso de los tres hermanos, a los que sin embargo conocía. Su expresión era glacial y distante.

—Han venido a buscarme, señor. Espero que sea importante, porque han interrumpido mi trabajo al servicio del rey esta noche.

«El tono no sólo era desagradable sino amenazador, venenoso», pensó Louis señalando con la mano tendida los cadáveres cruzados encima de las monturas.

—Podéis examinar a ese hombre, que ha intentado matarme junto con sus amigos, señor Colbert.

El agente de Le Tellier lo miró con una mezcla de sorpresa y de inquietud y luego se dirigió hacia el caballo que llevaba uno de los cuerpos atravesado en la silla. Levantó la cabeza del muerto con dificultad. El frío había acelerado la rigidez cadavérica. Colbert hizo un gesto de rechazo al descubrir la cara ensangrentada; luego la miró de nuevo, esta vez, detenidamente.

Cuando se volvió hacia Louis, su rostro reflejaba una palidez mortal.

—¿Han intentado mataros?

—Sí, eran seis o siete. Mi compañero ha matado a tres.

Colbert pareció un instante desconcertado. Luego murmuró:

—Hay que avisar al señor Le Tellier, de inmediato.

—¿Podéis encargáros vos, señor? Debo reunirme con él mañana a primera hora.

—Lo haré. ¿Habéis reconocido a algún otro agresor?

Parecía inquieto. Louis volvió a verlo hablando con la señorita de Chémerault, en el palacete de Avaux.

—Quizá, pero no estoy seguro.

Colbert lanzó una mirada furtiva hacia los otros dos cuerpos, atravesados en el segundo caballo.

—¿Y a aquéllos? ¿Los conocéis?

—No.

Colbert pareció dudar si examinarlos. Finalmente, optó por no hacerlo.

—¿Puedo hacer alguna otra cosa por vos, señor Fronsac?

—Nada más, salvo prevenir al señor Le Tellier. He dado orden de que transporten los cadáveres al Grand-Châtelet. Mi amigo Tilly, que es comisario de policía, se ocupará de la investigación.

Colbert asintió lentamente con la cabeza, como indeciso sobre lo que debía hacer o decir. Tras unos segundos de silencio, sugirió con un tono monocorde:

—Creo... que sería mejor que os vieseis con el señor Le Tellier en su palacete de la calle Richelieu, mejor que en el Palacio Real.

—Haré lo que me sugerís, señor.

—¿Hacia las siete, caballero?

—Allí estaré.

—Estoy a vuestro servicio, caballero —concluyó Colbert saludando a Fronsac con una inclinación de cabeza. Hizo incluso un breve ademán de cortesía hacia los hermanos Tallemant, que observaban la escena, otro hacia Montrobert, y volvió a su carroza a pasitos cortos.

—¡El señor Colbert! ¡Siempre tan cortés y tan expresivo! —ironizó Pierre Tallemant cuando el coche se hubo alejado.

—Parecía muy preocupado —prosiguió Gédéon, que lo había observado atentamente—. Inquieto incluso. ¿Conocía a ese hombre? —preguntó a Louis señalando al muerto.

—Desde luego. Incluso trabajaba con él.

Gédéon comprendió que Colbert estaba, de una forma u otra, implicado en aquella historia y no preguntó nada más.

—Daré órdenes para que te preparen nuestro coche, Louis —propuso—. Gaufredi no puede montar a caballo y nuestro cochero os llevará. Atará vuestros caballos detrás del coche.

—¿Y los muertos? —objetó Louis.

—Ellos no os necesitan, señor —dijo cortésmente Montrobert—. Yo los haré transportar al Grand-Châtelet. Podéis confiar en mí.

Louis aceptó de buen grado. Se sentía agotado y sabía que su jornada aún no había terminado.

Sonaban completas en el convento de los Mercedarios, muy cerca del despacho de los Fronsac, cuando Louis y Gaufredi descendieron de la carroza de Tallemant. El viejo soldado fue conducido al gabinete donde se alojaba para descansar, mientras Louis contaba a toda su familia reunida lo que había pasado.

—Tengo que prevenir a Gaston —le explicaba a su padre cuando hubo terminado su relato—. Voy a necesitar a Jacques y a Guillaume. ¡Y armados hasta los dientes!

Jacques Bouvier fue a buscar a su hermano, que vivía calle abajo en dos minúsculas piezas de una casa de adobe. Ambos hombres se equiparon con coraza y morrión. Louis se puso el coselete de acero que le había regalado Pisany. Cogió dos pistolas, cuyo mecanismo comprobó, y partieron a caballo hacia la calle de la Verrerie.

Encontraron a Gaston cenando. Louis contó de nuevo la agresión mientras Guillaume y Jacques fanfarroneaban en la cocina ante la asombrada cocinera de Gaston.

—¡Yo tenía razón! —exclamó con júbilo el pelirrojo—. ¡Habert era el espía! ¡Bien está lo que bien acaba! Gaufredi ha sido herido pero tu investigación ha

terminado. Adiós a los espías del Servicio de Cifrado.

—Sin duda, Gaston, pero ¿y los cómplices? No creerás que fue Habert quien lo organizó todo.

—¿Por qué no?

—¿Has olvidado a la Belle Gueuse y a su hermano?

—No, pero aunque su hermano estuviese con tus agresores, acaba de perder a su espía. El Servicio de Cifrado es seguro, desde ahora. Él, o quien esté al mando, seguramente intentará cualquier otra cosa más tarde, pero a ti ya no te incumbe. Has resuelto el asunto que te confió Mazarino.

—Supongo que tienes razón —respondió Louis tras una breve vacilación—. Ellos volverán a la carga, por supuesto, pero eso ya es asunto de Le Tellier. Pasaré a recogerte mañana al amanecer. Iremos inmediatamente a su palacete, donde nos estará esperando, si Colbert ha hecho lo que debía.

Jueves, 12 de noviembre de 1643

Louis y Gaston se presentaron a las siete en el palacete que Le Tellier tenía en la calle Richelieu. Un lacayo los esperaba y los condujo en silencio a un salón de recepción del primer piso. Se encontraban ya allí, además de Michel Le Tellier, el conde de Brienne y Antoine Rossignol. Pero no Colbert.

El intercambio de saludos fue breve. Los dos ministros tenían prisa por conocer de primera mano la increíble agresión de la víspera. Le Tellier tomó la palabra tan pronto como nuestros dos amigos se sentaron.

—Señor Fronsac, el señor Colbert me avisó anoche de la muerte de Claude Habert mientras intentaba asesinaros con una banda de espadachines. ¿Qué pasó exactamente? ¿Creéis que era nuestro espía?

—Probablemente, señor —explicó Louis—, pero no tenemos ningún elemento de cargo contra él. Debéis saber que mi amigo el señor de Tilly lo había seguido hasta su casa: una venta frecuentada únicamente por holandeses, lo que no es ninguna prueba de culpabilidad. Es cierto que apostaba grandes sumas de dinero en el Hazart, el garito de la señorita de Chémérault, pero, aun así, ese comportamiento podría explicarse: las gentes muy duchos en la manipulación de los números suelen creer que han descubierto las reglas matemáticas que rigen los juegos de azar. Buscan entonces aplicarlas para enriquecerse. Sea como fuere, fuimos al Hazart y lo vimos allí. Tal vez me reconoció como el que le había sido presentado por el señor Rossignol. O tal vez reconociese a mi amigo Gaston, que lo había seguido. Jamás lo sabremos, pero sin duda fue a raíz de esa visita cuando se organizó esta matanza.

—En ese caso, su culpabilidad no ofrece ninguna duda —declaró rudamente Le Tellier—. Habrá pensado que teníais la prueba de su traición y pagado a una banda de malhechores para seguiros y atacaros.

—No era sólo una simple banda de malhechores, señor —intervino Gaston negando con la cabeza—. También está el asesinato de Charles Manessier, que han pretendido hacer pasar por suicidio. Por no mencionar la ocasión en que trataron de hacerme desaparecer.

—Lo ignoraba —aseguró secamente Le Tellier—. No he visto ningún informe al respecto...

—Soy yo quien pidió a Gaston que no lo escribiese —se apresuró a aclarar Louis—. Todavía nos faltaban datos. Pero puedo explicaros lo sucedido: al señor de Tilly le tendieron una trampa y lo molieron a palos hasta dejarlo inconsciente. Alarmado por su desaparición, fui en su busca. Finalmente lo descubrí y logré liberarlo, pero ignoramos quién organizó la emboscada.

Louis no deseaba hablar de la Chémérault. La joven había huido, y si sus enemigos se enteraban de que la buscaba, la harían desaparecer. Ahora bien, ella y su

hermano constituían su última pista. Sin embargo, era consciente de que, si Le Tellier se mostraba demasiado curioso, no podría ocultar la verdad.

—¿Cuándo y dónde tuvieron lugar los hechos? —preguntó el ministro.

—El domingo, con ocasión de la recepción en el palacete de Avaux, señor. Encontré a Gaston magullado en las caballerizas de una casa abandonada.

—Recuerdo, en efecto, que buscabais a vuestro amigo —intervino Brienne, estupefacto—. ¡Nunca habría imaginado que se atreverían a atentar allí contra vos!

—La trampa estaba muy bien urdida, señor —continuó Louis—. Se requieren complicidades. Por eso creo que Claude Habert sólo ha sido un instrumento en manos de un hombre muy audaz. Tal vez debía mucho dinero, o quizá le aseguraron que yo sospechaba de él. Sean cuales fueren las razones, creo que se han servido de él.

—¿Por qué no se nos ha dicho nada de esto? —preguntó un Le Tellier no muy convencido de los argumentos esgrimidos por Louis.

—Habíamos acordado que yo llevaría este asunto a mi manera, señor. En mi opinión, no iba a servir de nada desenmascarar sólo a vuestro espía. Quería llegar más alto, hasta el urdidor de toda la trama. Algo que, por otra parte, coincide con vuestros deseos.

—¿Contáis con elementos para hacerlo? —preguntó el señor de Brienne.

—No, señor. Pero si vuestros adversarios saben que persigo este asunto, volverán a atacarme y tal vez tenga otra oportunidad.

—¿Oportunidad? ¡Mejor diréis vuestra próxima muerte! —exclamó Brienne—. ¿Sois consciente de la suerte que habéis tenido? ¿Creéis que la fortuna os protegerá por segunda vez? Jamás habría imaginado que se atreverían a tanto. ¡Atacaros así a vos y al señor de Tilly! ¡Todo un comisario de policía!

—¿Estáis seguro de que Claude Habert era nuestro espía? —preguntó un Le Tellier más tranquilo.

—Por completo —respondió Louis sin vacilar.

—¿Y cómo explicáis entonces la muerte de Charles Manessier?

—Tengo una idea de lo que ha debido de pasar: Habert descubrió que lo seguían, que sospechábamos de él. Junto con su cómplice —sin duda el urdidor de este asunto—, emborrachó al señor Manessier, y luego lo colgaron para que su muerte pareciese un suicidio. Todo ello para que yo llegase a la conclusión de su culpabilidad, tan evidente era la explicación: Manessier, temeroso de ser detenido, se habría suicidado. Sólo que yo no piqué el anzuelo y se lo expliqué a los subordinados del señor Rossignol. Habert se atemorizó y, solo o a requerimiento de su cómplice, organizó la emboscada contra mí.

—Vuestro razonamiento me parece sólido —aprobó Michel Le Tellier—. Y me basta con saber que nuestro traidor ha sido puesto fuera de juego, aunque desgraciadamente le haya costado la vida al señor Manessier. ¿Qué pensáis de ello, Rossignol?

—Tenemos tantos enemigos dispuestos a robar nuestros códigos, señor —

respondió el aludido—, que desenmascarar al o a los cómplices apenas serviría de nada.

—¿Y la justicia, señor? —protestó Gaston—. Aun olvidando lo que me sucedió a mí, así como la agresión contra Louis, ¡han matado al pobre Manessier! ¡Vuestro pariente! Los asesinos deben pagar por ese crimen.

Se produjo un silencio incómodo. A continuación, Le Tellier se dirigió a Gaston:

—Claude Habert frecuentaba el palacete de la señorita de Chémernaut —dijo—. Ahora bien, ayer me enteré de que el Hazart había sido cerrado y de que la señorita de Chémernaut ha dejado París. Recuerdo perfectamente haberla visto en la recepción del conde de Avaux. ¿Tiene ella algo que ver en esta historia?

Gaston miró a Louis, y esa mirada no escapó al ministro de la Guerra.

—Lo ignoramos, señor, pero, por si acaso, mi amigo desea interrogarla —respondió prudentemente Louis.

Le Tellier suspiró moviendo la cabeza:

—Os internáis en terreno muy peligroso, señores. La señorita de Chémernaut tiene muchos amigos y está a punto de contraer matrimonio con un tesorero de la Corona. Sin pruebas contra ella, os procuraréis muchos enemigos. Luego, proseguir con esta investigación es también poner en peligro la vida del señor Fronsac. Ni Su Eminencia ni yo deseamos tal cosa. El señor Rossignol tiene razón, seguirá habiendo muchos interesados en descubrir nuestros secretos como nosotros intentamos hacer con los suyos. Es un juego. ¡Un gran juego! En este momento, señor Fronsac, entiendo que habéis llevado a término la misión que se os había confiado. Así pues, la considero concluida. Os haré llegar una letra de cambio por diez mil libras como hemos acordado. En cuanto a vos, señor Tilly, la reina sabrá lo que habéis hecho por ella.

—¡Y jamás conoceremos a los cómplices, a los que han matado a Manessier! —se lamentó Gaston.

—En efecto, es una lástima, pero ahora el Servicio de Cifrado es seguro. Y eso es lo que deseábamos.

Louis sacudió la cabeza de derecha a izquierda para manifestar su desacuerdo:

—No creo que el Servicio de Cifrado sea seguro, señor —declaró—. Varios despachos cifrados han sido robados, no sabemos exactamente cuántos. Con los elementos contenidos en dichas cartas, tal vez con partes del repertorio robado de la caja fuerte, una mente talentosa podría llegar a interpretar, a adivinar, las partes que faltan del repertorio y leer así nuestros próximos despachos. Es exactamente lo que sucedió con el código de María Estuardo, ¿verdad, señor Rossignol?

—¿Eso es posible, señor Rossignol? —se inquietó Brienne.

—Por supuesto, señor conde. Ningún código es inviolable y, en efecto, disponiendo de una parte se puede descubrir la totalidad. Thomas Phelippes penetró el código cifrado de María Estuardo. Pero el código que yo utilizo es mucho más complicado que el de la reina escocesa.

—De acuerdo, señor Rossignol —admitió Louis—, pero yo creo que pese a todo

debemos preocuparnos. He hablado de ello con el señor de Montauzier, que ha vuelto de Alemania y que también es, como sabéis, hombre de ciencia. Me ha contado que en aquellas tierras alguien había llegado a descifrar el código utilizado por Rantzau y su estado mayor. Me habría gustado interrogar a ese hombre y conocer sus métodos, pero fue capturado y Rantzau ordenó que lo ahorcasen. Entonces pregunté al señor de Montauzier si creía posible la elaboración de un código indescifrable aun poseyendo una parte. Me declaró que si ello fuese posible, no podría ser elaborado más que por un matemático y me aconsejó que hablase con el padre Mersenne, del convento de los Mínimos.

—¿Qué opináis vos, Rossignol?, ¿ese código es una quimera? —preguntó Le Tellier, quien, como ministro de la Guerra, conocía el incidente de Rantzau.

—No, señor. He pensado en ello, pero no poseo suficiente talento en la ciencia de los números para lograrlo.

Le Tellier permaneció un rato callado, sumido en sus pensamientos, y nadie osó romper aquel silencio.

—¿Sois consciente de que Mersenne transmitirá a Roma todo lo que vos le digáis, Fronsac? ¿Qué confianza podéis concederle? —preguntó al fin.

—Tenéis razón, señor, pero en otras circunstancias sabéis mejor que yo lo que hizo el prior de los Mínimos en pro del cardenal Mazarino.

Le Tellier permaneció silencioso, ahora visiblemente desconcertado e incapaz de contradecir a Fronsac.

Algunos meses antes, perseguido por los asesinos de la duquesa de Chevreuse, Louis había hallado refugio en el convento de los Mínimos y fue el superior del convento, con la ayuda del padre Nicéron, quien le permitió introducirse en la banda del duque de Beaufort y, gracias a ello, impedir el asesinato de Mazarino.

Le Tellier era el único de los allí reunidos que lo sabía.

—¿Qué le diríais si os autorizo a reuniros con él?

—Mersenne mantiene relación con los hombres más sabios de Europa en la ciencia de los números. Pensé que él podría ponerme en contacto con alguno al que exponerle mi idea.

Le Tellier sacudió negativamente la cabeza:

—Mersenne es demasiado inteligente para vos, señor Fronsac. Os enviará a uno de sus amigos y, si éste propone un código singular o insólito, inmediatamente estará en manos de la Santa Sede.

—Es un juego, señor, vos mismo lo habéis dicho. Y yo también sé jugar. Mersenne puede intentar engañarme, pero yo puedo hacerlo igualmente. ¿Estáis seguro de que jugará contra mí? En última instancia, el señor Rossignol será quien tenga la última palabra si yo le llevo una solución. ¿Qué arriesgamos con ello?

Le Tellier consultó con Brienne, quien, tras un momento de reflexión, bajó la cabeza afirmativamente. Luego interrogó a Rossignol con la mirada. El responsable del Servicio de Cifrado asintió a su vez.

—Muy bien, de momento me habéis convencido, caballero —suspiró el ministro—. Continudad con vuestra idea y, si obtenéis algún resultado, volveremos a hablar.

En la carroza que lo llevaba de regreso al Grand-Châtelet, Gaston no ocultaba su descontento.

—El cómplice de Habert sólo puede ser el hermano de la Chémérault. Fue él quien me atacó, y es él quien quería intentarlo contigo con la complicidad de su hermana. ¡Es más que evidente! Con una orden de Le Tellier, podría encontrarlo, hacerlo salir de su escondrijo, detenerlo y destruir definitivamente ese nido de espías. Con él y su hermana en libertad, todo empezará de nuevo.

—Tienes razón, pero Le Tellier tampoco está equivocado. Nosotros no tenemos para probarlo más que nuestra palabra y ellos cuentan con amigos muy poderosos. Tal vez encuentres algo al examinar los cuerpos de los truhanes que mandé llevar ayer al Châtelet.

—Tal vez, pero lo dudo.

El comisario hizo una pausa para inquirir:

—¿Cuál es el papel de la señora Moillon y de sus hermanos en este rompecabezas?

—¿Cómo saberlo? —preguntó a su vez Fronsac, encogiéndose de hombros—. Según Tallemant, la señora Moillon podría tener una relación especial con Servien.

—¿Su amante?

—No, es otra cosa. Se conocen, eso está claro. Aunque si he sido apartado de este asunto, ¿qué necesidad tengo de saberlo?

—¿Y tu librero?

—Es sólo eso, un librero. No he hallado nada contra él.

Se quedaron de nuevo en silencio, durante el largo rato que la carroza estuvo detenida por mor de un atasco ante el Palacio Real.

Cuando el coche reanudó la marcha, Gaston preguntó:

—¿De veras crees que con los despachos robados y los elementos que esos espías poseen podrían descifrar el código de Rossignol?

—Si es así, ya no tiene remedio. Pero Rossignol es muy inteligente y espero que su sistema de repertorio sea más fuerte que ellos.

—¿Y es posible concebir un código inviolable?

Louis se encogió de hombros para subrayar su impotencia.

—Ojalá. Intentaré ver al padre Mersenne esta tarde. Si no puede, o no quiere ayudarme, volveré a Mercy a finales de semana.

Después de dejar a Gaston en el Grand-Châtelet, la carroza volvió al despacho de los Fronsac. Louis comunicó a sus padres y a Julie el fin de su investigación y su próximo regreso a casa con ellos. Le faltaba todavía seguir una última pista, para lo cual tenía que ir al convento de los Mínimos, les explicó, pero sin duda podría llevar a cabo esta última tarea sin tener que quedarse en París: si el padre Mersenne le proporcionaba los nombres de algunos matemáticos, les escribiría para tratar de

entrevistarse con ellos.

Aunque insatisfecho, Louis consideraba que la semana había sido fructífera. Había resuelto el problema que Le Tellier y Brienne le habían consultado y ello le reportaba diez mil libras que, añadidas a las que Le Tellier le había entregado en Mercy, lo liberarían de sus preocupaciones financieras inmediatas.

Durante la cena con sus padres, discutieron largo y tendido de la forma en la que dicha suma sería gastada. Una cosa era segura: una gran parte sería utilizada para llevar agua al castillo. Podrían así disponer de dependencias de baños como los de la marquesa de Rambouillet. Pero con el resto, ¿comprarían las tierras que el abad de Royaumont quería vender? ¿Amueblarían la casa?

Julie expresó un pequeño deseo. Antes de dejar París, le gustaría llevar a Mercy otro libro. Había hojeado con interés *Las galanterías del duque de Osuna*, en la edición de Pierre Rocolet, que Charles de Bresche les había dejado y que Louis había devuelto luego.

Louis prometió a su esposa que iría a comprar el libro a Aux Armes de Rome. Podía emplear en ello unas cuantas libras de su nueva fortuna. Además, aprovecharía para adquirir una obra sobre el cifrado y el secreto de la correspondencia, si es que el librero tenía alguna.

Conducido por Nicolás, Louis se presentó por la tarde en el convento de los Mínimos.

Bajo el reinado anterior, la orden había hecho construir detrás de la plaza Real, a la entrada de la calle Saint-Louis, algunos edificios para acoger en París a una docena de religiosos, pues los Mínimos no tenían entonces casas en la zona.

Los Mínimos, denominados en las primeras décadas los Ermitaños de San Francisco de Asís, por su vocación de humildad, habían sido fundados en Calabria por san Francisco de Paula en el siglo xv. Su regla se basaba en una estricta observancia de la pobreza. Se consideraban a sí mismos los más pequeños de todos los religiosos y ése era el origen de su nombre: *minimi*. Los miembros de la congregación se consagraban a la oración, al estudio y a la erudición.

Pero su vocación de humildad no se conformaba con ninguna tolerancia, y muchos mínimos parisinos eran enemigos acérrimos de los librepensadores y de la religión reformada, a los que combatían con ardor.

Vincent Voiture los temía, sobre todo desde que habían auspiciado la puesta en práctica de una santa Inquisición encargada de juzgar a los miembros de la Cofradía de la Botella, de la que él formaba parte. Era un grupito de escritores, librepensadores y vividores que se reunían en la taberna de la Fosse-aux-Lions, en la calle du Pas-de-la-Mule, muy cerca del convento.

Afortunadamente no todos los frailes del convento eran tan intolerantes y uno de los miembros más eminentes de la comunidad parisina había hecho del monasterio el centro de la vida científica de la capital.

Mersenne era un matemático y un científico de pro, que recibía en su minúscula

celda a los más eminentes sabios de Europa. Se había rodeado de un equipo de jóvenes frailes con talento, como el padre Niceron, maestro de anamorfosis e ilusiones de óptica, o el padre Diron, especialista en mecánica y armas de aire.

Louis se había reunido con el padre Niceron cuando se interesaba por la famosa arma de aire fabricada por el padre Diron por encargo de Richelieu. El mosquete de aire, cuyo único ejemplar poseía Louis, podía disparar una bala de plomo en el más absoluto silencio y matar así de forma misteriosa.

Había acudido de nuevo a Niceron en un momento en que necesitó ayuda de los Mínimos, quienes incluso le habían salvado la vida. Bien es verdad que había sido por su propio interés. El padre Niceron le había confesado que, en la lucha por el poder desatada en la corte a la muerte del rey, su orden prefería al italiano Mazarino en lugar de los devotos españoles sostenidos por la duquesa de Chevreuse y el duque de Beaufort, pues si estos últimos lo alcanzaban, el duque de Enghien se apoyaría en el ejército para tomar el poder. ¿No era preferible que Francia fuese dirigida por un cardenal que por un ateo libertino?

Pero desde el fracaso de la conspiración de los Importantes, Fronsac no había vuelto a ver a Niceron; se había limitado a escribirle para darle las gracias.

Nicolás condujo la carroza hasta el primer patio del convento después de que el portero les hubiese franqueado la entrada. Louis dejó a Gaufredi en el coche —el viejo soldado, con el brazo en cabestrillo, se había empeñado en acompañarlo— y, tras presentarse al hermano portero, le pidió que lo anunciase al padre Niceron.

Ninguno de ellos se había percatado del pilluelo que seguía la carroza desde el despacho de los Fronsac y que ahora se sentaba en un mojón de la esquina de la calle del Parc Royal. El arrapiezo tampoco prestó atención al viejo deshollinador piamontés que, escoba en mano y rasqueta a la cintura, lo seguía a su vez y acababa de instalarse en un hito de la esquina de la calle Saint-Louis.

Era un deshollinador muy singular. A veces lanzaba el grito de su profesión, sobre todo en presencia de las mujeres:

¡Damiselas, damiselas!
¡Deshollinad vuestras chimeneas!
¡Arriba y abajo!

Pero cuando lo llamaban para que fuese a deshollinar, respondía invariablemente, con un marcado acento italiano, que no tenía tiempo.

Como la otra vez, con ocasión de la última visita de Fronsac, el portero le pidió que esperase en la curiosa sala larga y estrecha que daba al patio. Louis sabía que los paisajes pintados en las cuatro paredes eran anamorfosis, es decir, figuras que se transformaban según el ángulo en que se mirase. Para hacer tiempo, caminó a lo largo de una de las paredes viendo cómo el paisaje se convertía poco a poco en una María Magdalena llorando en su gruta.

Se entretuvo en estos menesteres hasta la llegada de un joven monje tonsurado, de faz demacrada, el óvalo del rostro rodeado de un collar de barba negra.

—¡Caballero! —exclamó el fraile con una sonrisa cálida—. ¿Os gustan mis perspectivas?

Ambos hombres se abrazaron con calor. Curiosamente, pese a conocerse muy poco, los ligaba una sólida simpatía.

—Me he enterado de vuestros éxitos, Louis —añadió el padre Niceron.

—Gracias a vos, padre, y gracias a vuestra orden.

—¿Se trata de una visita de cortesía? —preguntó el fraile cogiendo a Louis por el hombro para llevarlo hasta el jardín, situado al otro lado de la estancia.

—No, padre. En realidad, vengo a pedir os consejo, tal vez algo más.

Niceron bajó la cabeza antes de proponer con tono neutro:

—Si puedo ayudaros...

—Se trata de un problema de lógica. ¿Queréis oírlo?

—Por supuesto.

—Supongamos, padre, que tengo un documento cifrado. Un documento en el cual cada elemento real sería sustituido por otro elemento. Un hombre hábil podría descubrir las posibilidades relativas de disimulación de los elementos reales detrás de su código, sobre todo si posee una parte, ¿verdad?

—A ver si lo entiendo. ¿Vuestro documento sería, por ejemplo, uno de esos despachos cifrados en los que unas letras sustituyen a otras?

—Por ejemplo. Ahora, si yo deseara evitar que descubriesen mi código, ¿podría idearse un método, o una mecánica, cuyas reglas probabilísticas fuesen inaplicables?

En el rostro de Niceron se dibujó una mueca seguida de una sonrisa.

—Es un problema interesante. ¿Sabéis que mis anamorfosis son también un medio de disimular la verdad?

—Por eso he venido a pedir os consejo. Pero también me han dicho que el padre Marin Mersenne es un gran matemático y, sobre todo, que conoce a los mayores talentos del reino en esa disciplina. Me gustaría exponerle mi problema.

—Pues sí, el padre Mersenne podría daros un buen consejo —reconoció Niceron, mesándose la barba—. Supongo que es inútil que os pregunte las verdaderas razones de vuestra investigación.

—Podría preguntármelo, padre, pero yo no podría responderos —bromeó Louis con simpatía.

Niceron dudó todavía un momento, antes de proponerle a su visitante:

—Crucemos por la iglesia. El gran patio que nos sirve de claustro está situado al otro lado.

Abrieron una puerta pequeña y pasaron detrás del coro. En el otro extremo, Niceron franqueó otra puerta y Louis admiró el jardín cuadrado, que rodeaba una edificación elevada sobre arcadas. El angosto pasillo que quedaba debajo constituía el claustro del convento.

—¿Puedo rogaros que me esperéis aquí un instante, caballero? —preguntó el fraile.

Niceron se alejó para ir al otro extremo de la galería, donde se hallaban dos monjes ataviados con toscos sayales.

Uno de ellos volvió la cabeza en dirección de Louis mientras Niceron le hablaba. Fonsac reconoció el rostro profundamente esculpido, el fino bigote y la corta barbita blanca del padre prior. Un hombre con el que ya se había encontrado en otras ocasiones y que le recordaba al cardenal Richelieu.

Cuando Niceron hubo terminado, el prior se dirigió lentamente hacia su visitante.

—Señor Fonsac —le propuso cuando lo tuvo a su alcance—, ¿podemos dar un paseo juntos?

Louis asintió y caminaron en silencio por el ala opuesta del corredor porticado.

—¿Sabéis, señor Fonsac, que si los claustros tienen forma de cuadrilátero es porque las cuatro galerías simbolizan los ríos del Paraíso? —preguntó el prior al cabo de un instante.

—Lo sé, padre, esos ríos son el Tigris, el Éufrates, el Pisón y el Guijón. He estudiado en el colegio de Clermont^[59].

—Entonces sabéis que camináis aquí en una representación del jardín del Edén —sonrió el prior—. ¿Seríais capaz de mentir en un lugar tan santo?

—¿Mentir? De ningún modo, padre. Pero de disimularos la verdad probablemente —sonrió Louis.

El prior dejó de caminar para echarse a reír mirando a Louis.

—No se puede negar que habéis aprovechado bien vuestros estudios en los jesuitas. Pero al menos sois sincero. Admito que es una cualidad... ¿Quién os envía, caballero?

—Nadie, sólo ando tras una idea que se me ha ocurrido, padre.

—¿Qué sabéis del padre Mersenne? ¿Acaso ignoráis que puede ser muy dogmático? ¿Que para él sólo cuenta la fe católica, apostólica y romana? ¿Por qué iba a ayudaros cuando habéis confesado al padre Niceron que os parece admirable ese espantoso libro de Antoine Arnauld?

—¿De la frecuencia de la comunión? Tenéis razón, estamos en desacuerdo sobre ese punto. Pero también sé que el padre Mersenne ha defendido a Galileo mientras que la Iglesia de Roma lo condenaba. También sé de su beligerancia contra las falsas ciencias de la alquimia y la astrología. Los hombres son complicados, padre, vos lo sabéis mejor que nadie, y, aun sin conocerlo, estoy seguro de que en el padre Mersenne la ciencia prima sobre el dogma.

El prior asintió dulcemente antes de confirmar:

—Mersenne ha hecho mucho más: ha traducido y publicado las *Mecánicas* y los *Diálogos* de Galileo, aun cuando esas obras eran violentamente atacadas por nuestra Iglesia.

—Lo sé. Y también que ha publicado *La armonía universal* y *Cogitata Physico-*

Mathematica, obras muy eruditas —concluyó Louis.

—¿Qué esperáis de él?

—Un nombre, eso es todo. El nombre de un matemático o de un lógico eminente, que podría ayudarme.

Dieron unos cuantos pasos más en silencio antes de que el prior le preguntase a bocajarro:

—¿Seguís estando al servicio de monseñor Mazarino, caballero?

Louis dudó un segundo, antes de responder:

—Estoy al servicio del rey, padre. Como vos.

—Si os ayudamos, ¿el rey lo sabrá?

—Sin duda, ¡pero sólo tiene cinco años, padre! En cambio, me ocuparé de que la regente lo sepa.

Habían completado el recorrido del claustro y se volvieron para encontrarse con el padre Niceron, que los estaba esperando. El otro fraile había desaparecido.

—¿Y si vamos a ver al padre Mersenne, hijo mío? —propuso un sonriente prior.

Se internaron por un largo corredor abovedado, oscuro y frío, y Niceron, que había pasado delante, se detuvo ante una puerta de roble idéntica a las otras.

Llamó y entró, apartándose luego para dejar paso a sus dos acompañantes.

Louis recorrió el lugar con la mirada. Era una celda glacial, más grande que la de Niceron, que ya conocía. Aparte del minúsculo jergón de tablas adosado a la pared, estaba totalmente ocupada por una enorme mesa repleta de documentos, resmas de papel, plumas y un voluminoso tintero. Sentado frente a ellos, un hombrecillo de ojos vivarachos, de corta barbita circular y amable expresión los miraba con ojos de lechuza cegados por la luz.

En la pared, a su espalda, colgaba un sobrio crucifijo.

Delante de la mesa había un banco y algunos escabeles de pino.

«De modo que —pensó Louis— era en aquella celda espartana donde se encontraban los más eminentes matemáticos y físicos de Europa, ¡los más grandes científicos del mundo occidental! Era en aquella austera pieza donde, desde hacía veinte años, circulaban cartas, demostraciones, proposiciones, informes de descubrimientos científicos que desempeñaban un papel principal en la renovación de los conocimientos y de la ciencia a través de la Europa en guerra».

—Mersenne —lo interpelló familiarmente el prior—, ¿querríais dedicarnos un poco de vuestro valioso tiempo?

—Tenemos toda la eternidad, padre, instalaos confortablemente —ironizó el sabio.

Se sentaron en sendas banquetas.

—El señor Fronsac es un asiduo de nuestro convento —empezó el prior—. Ya nos ha visitado dos veces este año. Nos rindió un servicio la primera vez y nosotros le ayudamos la segunda. El señor Fronsac es un hombre harto misterioso, Mersenne. Es un lógico muy capaz de venceros, pero también es un hombre de acción: ha luchado

en Rocroy al lado del duque.

—¿Ah, sí? —preguntó Mersenne, enarcando una ceja interesado—. ¿Conocéis al duque de Enghien, señor? ¿No seréis por casualidad uno de sus amigos?

El tono se había vuelto irónico e incluso abiertamente desagradable.

—El señor de Fronsac es, en efecto, un fiel partidario de Enghien —respondió el prior sin dar opción a Louis a contestar—. Y, curiosamente, también está al servicio de Mazarino. Pero hoy dice venir aquí por iniciativa propia. Desea un consejo de vuestra parte.

En la celda se hizo el silencio. «¿Qué reacción tendría el padre Mersenne después de una presentación como aquélla?», se preguntaba un inquieto Louis, consciente de que los Mínimos detestaban a Enghien por su vida depravada y su impiedad, y a Mazarino, por su doblez y pragmatismo.

Mersenne le dirigió un gesto bastante descortés, que era una invitación a que se explicase.

—Acudo a vos, padre, a título personal, por un problema de lógica que me he planteado —dijo Louis—. Se trata de la transposición. Para disimular, o para parecer discreto, se pueden reemplazar unos elementos por otros, unas palabras por otras o unos hechos por otros, pero existirá siempre una lógica en dicha sustitución; como en la traducción de una lengua a otra, hay siempre reglas a partir de las cuales toda codificación podrá ser descubierta por una mente hábil que reflexione en las diferentes posibilidades de sustitución.

—Hábil y capaz de razonar, en efecto —adujo un Mersenne mucho más amable al comprobar que su visitante le proponía tan interesante problema.

—La cuestión que me planteo es la siguiente: ¿Sería posible idear un mecanismo de transposición en el que las reglas probabilísticas fuesen inaplicables?

—Y gracias al cual la verdad no pudiera ser distinguida, ¿no es así?

—Así es, padre.

—Son muchos los que se han interesado por ese problema sin solución —sonrió Mersenne—. Yo mismo me he hecho muchas preguntas sin respuestas en mi libro *Preguntas inauditas o Recreación de sabios*^[60]. ¡Vaya! ¡Habría podido añadir la vuestra, que no desentonaría! Sin embargo, mi idea va más allá: no creo que sea posible, pues lo que un hombre ha concebido otro puede descubrirlo.

Mersenne se calló un momento y entrecerró los ojos, reflexionando. Se hizo el silencio durante casi un minuto; luego miró a Louis y preguntó:

—¿Conocéis a Étienne Paschal, señor?

—No, creo que no.

—También le llaman Pascal, es recaudador de impuestos en Normandía. Es un excelente matemático a quien he recibido varias veces aquí.

—¿Sabría él responderme? —preguntó Louis esperanzado.

—¡En absoluto! Pero dejadme seguir. Étienne Pascal tiene un hijo llamado Blaise. El chico mostraba desde su infancia una asombrosa inclinación hacia las

matemáticas. Sin embargo, su padre no quería que se interesase tanto por ellas y prefería que aprendiese latín y griego. Pero cuando el joven Blaise tenía trece años, Étienne Pascal descubrió una hoja en la que su hijo había anotado una demostración que prueba que la suma de los ángulos de un triángulo equivale a dos ángulos rectos. Lo que sigue me lo contó así...

Mersenne se puso a describir una divertida escena entre padre e hijo, haciendo sonreír a los presentes al remedar las voces de ambos:

«—¿Qué es eso, hijo mío?

»—Perdonadme, padre, pero sólo lo hago cuando estoy de vacaciones.

»—¿Entiendes esta proposición?

»—Sí, padre.

»—Pero, hijo, ¿dónde has aprendido esto?

»—En Euclides, padre, cuando leí los seis primeros libros a escondidas».

El padre Mersenne recobró la seriedad:

—A partir de ese momento, Pascal cambió de opinión y permitió a su hijo leer a Euclides. A los catorce años, él mismo lo acompañó aquí. Interrogué al chico y quedé maravillado. A los dieciséis años —eso ocurrió hace cinco—. Blaise me presentó varios teoremas de geometría proyectiva que acababa de definir y que a mí me costó trabajo comprender. Luego, los Pascal se fueron a Ruán, donde Étienne compró el cargo de recaudador de impuestos de la Alta Normandía. Allí, Blaise se aplicó a la tarea de construir una máquina admirable para la aritmética. Como su padre tiene que hacer cuentas de sumas inmensas para el cálculo de medidas, se le metió en la cabeza que se podía, con la ayuda de ciertas ruedas dentadas, aplicar infaliblemente toda suerte de reglas de aritmética.

—¿Cómo podría hacer eso una máquina? —preguntó un Louis incrédulo.

—No tengo ni idea, señor Fronsac. Nicéron podría hablaros mejor que yo de eso, pues sabe de mecánica. Me pareció entender que se trataba de un ingenio que permite realizar automáticamente las cuatro operaciones. Blaise estaría a punto de terminarla, y, la última vez que vino a verme, me aseguró que con ella su padre no tendría ninguna dificultad en calcular los impuestos que debe pagar la gente.

—¡Como los recaudadores de impuestos se ayuden de máquinas —murmuró Louis abrumado— nadie podrá escapar a su voracidad!

—En efecto —sonrió Mersenne—, pero dudo mucho de que algún día los recaudadores de impuestos sean capaces de utilizar tales ingenios. Sea como fuere, me parece que Blaise Pascal es el hombre que buscáis. Vendrá mañana durante tres días, a trabajar con Nicéron en su máquina. ¿Queréis que os lo envíe?

Desde el viernes 13 de noviembre de 1643 hasta fin de mes

La víspera, Julie había ido de nuevo a casa de la modista para la última prueba. A petición de su marido, también había encargado a un sastre dos docenas de camisas de tela, tanto para ella como para él. Debido a su inminente partida, el sastre debía acudir a la vivienda familiar ese viernes por la mañana con un aprendiz para llevarlas y ajustarías.

Louis pasó, pues, una gran parte de la mañana en su cuarto-biblioteca probando camisas y rechazando las propuestas del sastre, que le ofrecía en cada prueba confeccionarle jubones, pantalones, calzas o capas a juego.

Salió de aquella sesión al límite de sus fuerzas, explicándole a Julie que prefería ser atacado en cualquier esquina por una banda de truhanes. Por lo menos, tendría a Gaufredi para defenderlo, mientras que ella, le reprochó, no sólo no lo defendía sino que se confabulaba con su agresor.

—Me has dicho que debemos vivir de acuerdo con nuestro rango. No he hecho más que obedecerte —había respondido ella—. Pero, tranquilo, he elegido un sastre cuyos precios son razonables. Igual que el zapatero y el mercero que vendrán con él.

El zapatero llegó después de cenar para ofrecerle a Louis unos elegantes zapatos de tafilete rojo con un rodete en el talón. En cambio, se negó en redondo a añadir una randa de encaje a las botas que Louis se había comprado en la calle Traversière.

—¡Sobre un modelo tan viejo es imposible, señor! Para satisfaceros, debo confeccionaros unas nuevas botas, más estrechas y con tacón alto. Deberán alzarse tanto como sea posible y pegarse a la pierna, salvo la vuelta, claro, que será en forma de embudo.

—Voy a contentarme con esos elegantes zapatos de rizo en el empeine —dijo un prudente y austero Louis.

Julie se probaba unos elegantes zapatos con lazo que le ofreció el ayudante del zapatero, un mozalbete boquirrubio de unos veinte años, mientras que Marie Gaultier, su camarera, examinaba la horma de madera que le permitía al artesano medir los pies.

El calzado era estrecho y el pie de Julie demasiado ancho. Tenía que esforzarse mucho para calzarlo. Para animarla, el ayudante se puso a canturrear empujando el pie de la joven contra su enorme mandil rojo:

Si he de calzar a una damita,
soy de lo más habilidoso,
empujad el pie, señorita,
¡y veréis que entra muy gustoso!

Fue ese momento el elegido por el señor Richepin para anunciar la visita del joven Pascal.

—Julie, recibiré al señor Pascal en la pieza contigua. Así podrás elegir tus zapatos sin que te condicione mi influencia —sonrió Louis.

Aliviado por escapar de aquella pejiquera, saludó al zapatero y a su ayudante pasando a la sala de recepción utilizada para las cenas y comidas de invitados, en donde ya el señor Richepin introducía a su visitante.

Blaise Pascal era un joven de rostro redondo y tímido, de frente amplia y nariz aguileña. No tendría más de veinte años y caminaba con dificultad apoyándose en un bastón. Llevaba bajo el brazo izquierdo una especie de cofrecillo de cobre.

—Os agradezco que hayáis venido tan rápido, señor Pascal —le dijo afectuoso Louis invitándolo a sentarse—. El padre Mersenne ya os habrá expuesto mi problema.

—En efecto, señor marqués. También me ha asegurado que estáis interesado en la máquina de calcular. El padre Niceron y yo le hemos hecho algunas modificaciones esta mañana. ¿Queréis verla? —preguntó el joven con un brillo de orgullo en la mirada.

Posó el estuche sobre la mesa y lo abrió. Louis se mostró realmente intrigado. El interior del cofrecillo estaba enteramente constituido por engranajes y ruedas dentadas.

—Tal vez sepáis que la he construido para mi padre —explicó el joven con dulzura—. Las operaciones de cálculo de medidas son muy enojosas y fuente de muchos errores. Hay un montón de multiplicaciones y divisiones a las cuales se añade la complejidad de nuestra moneda. Con veinte soles en una libra y doce denarios en un sol, la máquina debe hacer unas doscientas cuarenta divisiones de la libra.

Se calló un instante para mostrarle el mecanismo y explicar:

—Mirad, las ruedas dentadas adoptan diez posiciones. Cada vez que una rueda pasa de la posición nueve a la posición cero, la rueda inmediatamente a su izquierda avanza una posición. Esto permite hacer las cuatro operaciones e incluso proporcionar los resultados parciales.

—¿Cómo hacéis las multiplicaciones?

—Con la ayuda de adiciones sucesivas, igual que las divisiones se hacen a partir de sustracciones sucesivas.

—¡Es una máquina maravillosa!

—Sin duda, pero excesivamente cara y difícil de fabricar. Es lo que me une en este momento al padre Niceron. Actualmente, esta máquina sale a unas cuatrocientas libras, y es tan compleja que no hay un solo obrero en Ruán que se atreva con ella, de modo que no me queda más remedio que construirla con él.

Louis se había inclinado sobre la máquina como si quisiese desentrañar sus misterios.

—Pero no he venido para hablaros de este artilugio —sonrió el joven—. Cuando el padre Mersenne me propuso que pasase esta mañana a visitaros, yo estaba, como acabo de deciros, con el padre Niceron. Sorprendido por su petición, no acertaba a entender lo que buscabais y apenas veía el interés de venir a veros. Fue el padre Niceron quien insistió, diciéndome que erais un personaje asombroso, capaz de razonamientos increíbles a partir de hechos tan nimios que jamás habrían atraído la atención del común de los mortales. Es lo que me ha animado a venir. La curiosidad, en cierto modo.

—El padre Niceron exagera, señor. Pero es cierto que poseo, no sé muy bien cómo, una extraña capacidad de ligar ciertas premisas oscuras para reunirías en claras evidencias, y que tengo una cierta afición por la lógica.

—Sin embargo, necesitáis disponer de premisas correctas para no equivocaros —observó Blaise.

—¡En efecto! Por lo visto, yo también tengo una especie de don para observar y clasificar hechos u observaciones que otras personas pasarían por alto. A continuación, casi naturalmente, establezco encadenamientos que se asocian unos a otros, permitiéndome a veces desembocar en buenas conclusiones.

—¿Qué habéis observado y concluido respecto a mí? —preguntó un risueño Blaise.

Louis no respondió inmediatamente. No conocía nada del carácter de aquel joven y se arriesgaba a indisponerse con él hablándole francamente. Sin embargo se arriesgó:

—Al llegar, habéis mirado ese atril y el libro en él posado. Su título dorado es bien visible en el canto.

Para hacer sitio en la estancia, el señor Richepin había hecho transportar una parte de las estanterías de la biblioteca, así como dos atriles, a la sala en la que se hallaban. Sobre uno de los atriles, descansaba el libro de Antoine Arnauld, *De la frecuencia de la comunión*, que el padre de Louis acababa de terminar.

—Varias veces, mientras me explicabais el funcionamiento de vuestra máquina, os habéis vuelto hacia ese libro —dijo Louis—. Por otra parte, habéis elegido trabajar con el padre Niceron, un fraile de los Mínimos. Ahora bien, los Mínimos han condenado esa obra y ellos han debido exhortaros a que os alejéis del libro. Pero vos sois un espíritu científico y os gustaría formaros vuestra propia opinión.

Y, con una sonrisa, concluyó:

—Creo que estáis deseando leerlo.

—En efecto —dijo Pascal con voz velada—. Algunas personas que conocen al abad de Saint-Cyran^[61], que acaba de ser excarcelado, como debéis saber, me aconsejaron su lectura asegurándome qué se trataba de una obra admirable.

Una vez más, Louis dudó en proseguir. Lo hizo, sin embargo, considerando que era el mejor medio de convencer al joven Pascal.

—Os diré algo más. Sufrís, tenéis dificultades para desplazaros, de modo que os interrogáis sobre la existencia de Dios, sobre las razones de su actuación para con vos. Sabéis que el libro de Arnauld plantea el problema de la gracia divina. Lucháis entre la verdad científica, el conocimiento y la fe, y os preguntáis si no hallaréis la respuesta a vuestras preguntas y a vuestros tormentos en esta obra.

El joven Blaise, habitualmente de tez pálida, palideció mortalmente ante estas palabras. Permaneció un largo momento en silencio, como si estuviese en oración.

Louis se levantó, cogió el libro y se lo ofreció.

—Procede de la duquesa de Enghien.

—¿Lo habéis leído, señor?

—Lo hemos leído todos. ¿Queréis que os lo preste?

—¿Cómo os lo devolvería? —preguntó Blaise casi en un murmullo.

—Seguramente nos volveremos a ver.

El joven suspiró y sus labios esbozaron una sonrisa:

—La Providencia os ha hecho un regalo que pocas veces concede, señor —le dijo él—. Tenéis una mente fina, capaz de ver lo que escapa a otros, y, al mismo tiempo, una mente de geómetra que os permite razonar muy acertadamente. Es poco corriente; he observado que los geómetras suelen tener muy mala vista y que las mentes finas son incapaces de someterse a los principios de la geometría.

Sonrió más abiertamente:

—¿Y si me exponéis vuestro problema?

Louis supo entonces que se había ganado su confianza.

—Se trata de un problema de cifrado —empezó— de códigos secretos. De momento no es más que un juego en mi mente. Sabéis que es habitual, para disimular las informaciones, transformar un documento de forma que a cada elemento real corresponda el elemento de un código. Pero no ignoráis que los hombres de talento en el dominio de las matemáticas pueden penetrar esas disimulaciones estudiando las posibilidades relativas de transposición de cada elemento. La cuestión que me planteo es la siguiente: ¿Podría idearse un método, un mecanismo, al que no fuese posible aplicar las reglas probabilísticas?

El joven Pascal meditó un instante antes de hacerle una pregunta intempestiva:

—¿Jugáis a los dados, señor?

—Raramente.

—¡Qué lástima! ¿Sabéis con cuántas tiradas se puede sacar un seis doble?

Desconcertado, Fronsac enarcó una ceja y no respondió.

—Hay una posibilidad sobre treinta y seis, señor. Y para un siete, siempre con dos

dados, ¿con cuántas tiradas creéis que lo obtendríais?

—Supongo que con treinta y seis también.

—En absoluto. Sólo con siete tiradas. Es un problema que me planteó un amigo, Antoine Gombaud, caballero de Méré. Quería saber el número de tiradas necesarias para «que den las doce»^[62]. Ya veis, puede parecer un divertimento —prosiguió Blaise en tono serio—, pero no lo es para un jugador. Lo que quiero deciros es que quien conoce las reglas matemáticas tiene más oportunidades de ganar que quien las ignora. La tirada de los dados es un buen ejemplo de una aplicación probabilística. Estoy bastante fuerte en esto, pero hay alguien mucho mejor que yo. Comparado con él, yo soy un simple aprendiz en esta ciencia. En mi opinión, es el mayor matemático del siglo. Es a él a quien debéis consultar —concluyó el joven Pascal.

—¿Quién es ese hombre prodigioso?

—Un consejero del parlamento de Toulouse llamado Pierre de Fermat. Debe de tener algo más de cuarenta años. Estudió primero la geometría, las similitudes, las inversiones y las distancias. Es un dominio próximo al que os interesa a vos. Desde hace algunos años, se ha consagrado a la *búsqueda de máximos y de mínimos* en las formas y en particular en los problemas de las *tocantes* de las curvas^[63]. Estoy de acuerdo con él y creo que nadie en Europa logrará comprender en muchos años todos sus descubrimientos en la ciencia de los números.

—¿Toulouse? ¡Diablos! Tendré que ir allí para verlo...

—Sin duda. ¿Queréis que le escriba? Le hablaré de vos y, por medio de un correo, tendremos una respuesta dentro de tres semanas.

—Os quedaré muy reconocido. Decidle que estoy dispuesto a ir a Toulouse, incluso en esta estación tan problemática para los viajes.

—La primavera es más agradable en Toulouse. ¿Vuestro problema no puede esperar?

Louis dudó de nuevo, luego ahuyentó sus temores. Sentía una gran confianza en el joven.

—No. Además, debo haceros una súplica. Mi búsqueda es confidencial y debe permanecer en secreto ya que concierne a la seguridad del reino. ¿Comprendéis lo que significa?

Blaise meditó un instante antes de prometer.

—No hablaré de ello a nadie, ni siquiera a mi padre. Y no diré nada al padre Nicéron, aunque me confiase. Sin embargo, me habíais dicho que se trataba de un problema personal...

—Y lo es, pero el resultado, si alguno obtengo, no será para mi satisfacción personal. Remitaré un informe a las altas esferas.

—¿A un ministro, quizá? —sugirió el joven, muerto de curiosidad.

—Al rey, señor.

Pascal bajó los ojos, nervioso por haberse mostrado indiscreto.

—Tan pronto como obtenga una respuesta del señor Fermat, vendré a veros y os

devolveré vuestro libro. ¿Vivís aquí?

—No, en Mercy, a ocho leguas de París. Os explicaré cómo llegar...

Tras la partida de Blaise Pascal, Louis no tenía ninguna gana de volver con el zapatero de Julie. Puesto que debían regresar a Mercy al día siguiente, decidió ir a la tienda de Charles de Bresche para adquirir *Las galanterías del duque de Osuna*.

Como la víspera, Gaufredi lo acompañó en la carroza que Nicolás conducía.

Y, como la víspera, no se fijaron en el chiquillo que corría detrás del coche para viajar de gorra, ni en el músico de flauta y tamboril que seguía al niño de lejos. El flautista tenía un extraño comportamiento: cuando la carroza se detenía a causa de los atascos, permanecía a cincuenta pasos de ellos tocando una tonada siciliana que interrumpía cuando el coche reanudaba la marcha.

Charles de Bresche pareció contento de volver a ver a Louis y fue a buscarle *Las galanterías del duque de Osuna*, que provisionalmente había colocado en un estante de la trastienda.

—¿Tenéis alguna obra de Marin Mersenne? —le preguntó Louis.

—Me parece que tengo su traducción de las *Mecánicas* de Galileo —respondió Bresche, señalando hacia lo alto de una de las estanterías—. Debo advertiros de que es una obra de muy ardua lectura; además, el ejemplar que tengo es bastante raro.

—Lo llevaré —decidió Louis—. ¿No tenéis ningún otro del padre Mersenne?

—Iré a ver.

Trepó a la escalera para alcanzar el último anaquel de libros de una de las estanterías.

—Pongo ahí arriba las obras menos demandadas —se excusó—. O las más raras, pues no me gusta que las manoseen.

Farfulló un instante antes de declarar:

—En efecto, tengo las *Preguntas inauditas o Recreación de sabios*. ¿Queréis verla?

—Si sois tan amable. Por favor. Y no olvidéis que también me llevo *Las mecánicas*.

Charles de Bresche bajó de la escalera con dos libros en octavo y le tendió uno de ellos a Louis.

Fronsac lo abrió. En la guarda podía leerse:

LAS
MECÁNICAS
DE GALILEO

MATEMÁTICO

& Ingeniero del duque de Florencia.

CON VARIAS ADICIONES

Raras, & noticias, útiles a
los Architectos, Ingenieros, Fontaneros,
Philosophos, & Artesanos.

Traducidas del italiano por L.P.M.M.

EN PARÍS,

Casa HENRY GVENON, calle S. Jacques,
Prados de los Jacobinos, con ilustración de S. Bernard.

M. DC. xxxiv.

CON PRIVILEGIO Y APROBACIÓN.

Bresche le explicó:

—*L.P.M.M.* es por el padre Marin Mersenne. Sabéis lo modestos que son los Mínimos. Ponen sólo las iniciales de su nombre.

—Me lo llevo —dijo Louis—. ¿Cuánto pedís por él?

—Ya os lo he dicho. Es una obra bastante rara. ¿Seis libras os parece demasiado?

—Os doy tres escudos de plata por éste y por el otro libro de Mersenne.

—De acuerdo.

Después de que Louis hubiese vuelto al despacho, y mucho antes del anochecer, el arrapiezo de las calles que, desde hacía dos días, seguía la carroza de Fronsac informaba a Charles de Barbezière en la taberna del Petit-Maure.

El niño le contó que el gentilhomme al que seguía se había ido al mediodía a casa de un librero en la plaza Maubert, una que tenía el rótulo Aux Armes de Rome. Como la víspera, iba acompañado por un viejo espadachín con el brazo en cabestrillo.

El muchacho no había observado, por supuesto, al flautista que siguió sus pasos hasta el Petit-Maure, y mucho menos que ese flautista tenía la misma corpulencia que el deshollinador que lo había seguido la víspera.

Al día siguiente por la tarde, el mismo arrapiezo avisó a Barbezière, el hermano de la Belle Gueuse, de que el gentilhomme había dejado el despacho de la calle des Quatre-Fils en una gran carroza, acompañado de una doncella y de una joven. El viejo espadachín los escoltaba a caballo. Cuando enfilaron la calle del Temple, los perdió de vista, pero, en su opinión, habían dejado París.

Barbezière le dio un escudo de plata al chico y se quedó una hora larga en la taberna vaciando un jarro de vino tras otro. Tan absorto estaba en sus pensamientos que no observó al guantero que, instalado no lejos de él, seguía al niño desde hacía dos días, disfrazado de flautista o de deshollinador.

«¡De modo que Fronsac se había largado!», pensó con despecho Barbezière. Lo había previsto todo salvo una partida tan rápida. Estaba seguro de que, antes o después, se le presentaría una nueva ocasión de eliminar a aquel incordio. Había contratado una nutrida banda de malhechores a la que había ordenado esperar en un tugurio de mala muerte donde se reunían goliardos, granujas y sobre todo *paillasses*^[64], una cueva situada en el camino que subía a la montaña de Sainte-Geneviève, a unos cuantos pasos del Petit-Maure. Si se hubiese presentado la ocasión, el niño no habría tenido más que correr al Petit-Maure para prevenirlo y él habría reunido a su banda en menos de una hora.

Pero eso no se había producido durante aquellos dos días, con un Fronsac demasiado receloso. Y ahora había dejado París.

La taberna estaba abarrotada de gente cuando hizo su entrada un hombre de baja estatura, achaparrado, contrahecho y de una fealdad poco común. Pese a sus deformidades, nadie en la sala se permitió un comentario desagradable. El recién llegado era dueño de un rostro espantoso, pero de una dureza singular. Además, debía de ser muy acaudalado, pues, bajo su capa ricamente bordada, se entreveían ropas de seda, así como una pesada espada de duelista con empuñadura de plata.

Se dirigió hacia la mesa a la que se sentaba Barbezière. Los que lo conocían lo saludaban y bajaban los ojos con temor y deferencia. El marqués —aquel enano monstruoso tenía título de marqués— era famoso en el barrio tanto por su riqueza como por su despiadada ferocidad.

Se sentó frente al hermano de la señorita de Chémérault y, después de pedir vino de Saumur, escuchó el relato de Barbezière con mucha atención.

Tras un momento de silencio, durante el cual elaboró una nueva estrategia, dio instrucciones al jaque.

—Ya no es necesario vigilar el despacho de Fronsac —ordenó con su voz chillona—. Ocultaos durante algunas semanas y luego tanto vos como vuestra hermana podéis volver al mundo. Mientras tanto, no aparezcáis por el Hazart.

Barbezière asintió, contento de no sufrir la ira de su amo, quien se levantó y, sin mirar a ningún cliente, volvió a salir.

El guantero se pegó a su sombra.

Cojeando, el contrahecho se dirigió hacia la elegante fachada de un palacio cuyo portalón estaba decorado con arquitectura dórica de pilastras.

Era allí donde vivía, en un apartamento que le dejaba su amigo François de La Rochefoucauld, príncipe de Marcillac.

En realidad, el inmenso palacio^[65], que estaba dotado de patios y jardines, no pertenecía al duque sino a su tío, el marqués de Liancourt, duque de La Roche-Guyon

y par de Francia, quien se lo prestaba a su sobrino.

Mientras subía lentamente al segundo piso del palacio, donde se ubicaba su apartamento, el hombre de traje de seda meditaba.

La fracasada tentativa de asesinato contra Fronsac, en la calle des Petits-Champs, lo había llevado al límite de su rabia, pero se le había ido pasando la cólera porque ese fracaso había tenido efectos benéficos inesperados. Fronsac se había ido, no era necesario matarlo y el marqués detestaba los crímenes inútiles. Pero, sobre todo, aquella partida significaba que la investigación llevada a cabo por el exnotario había finalizado o había sido abandonada.

El enano vestido de seda se había hecho su composición de lugar, interpretando los desplazamientos de Fronsac tal como Barbezière se los había contado a partir de las informaciones proporcionadas por el arrapiezo de las calles.

Al día siguiente de la agresión, Fronsac y Tilly habían vuelto al palacio de Le Tellier. Sin duda alguna, para encontrarse con quienes los habían contratado. Brienne habría descubierto las filtraciones en el Servicio de Cifrado, al hablar con Le Tellier, y éste, de acuerdo con Mazarino, había pedido a Fronsac que desenmascarase al espía.

Claude Habert debía de haberlo sospechado y lo habría seguido hasta el Hazart. ¿Qué despiste había cometido para ser sospechoso? El enano lo ignoraba, pero debía de tener relación con la visita de Tilly y Fronsac al Hazart, una visita que él había observado detrás de un espejo trucado. Sea como fuere, al descubrir a Habert muerto entre sus agresores en la calle des Petits-Champs, Fronsac había debido de concluir que Claude era el culpable. Y cerrado su investigación.

Así pues, el sacrificio de Habert no había sido en vano. Además, nadie podría asociarlo con él. Claro que ahora ya no tendría acceso a los despachos de Brienne. Así que habría que encontrar a algún otro. Tal vez Garnier, o quizá Chantelou. Garnier era joven, la Chémernaut podría encargarse de seducirlo. En cuanto a Chantelou, era un devoto; la Belle Gueuse no tendría mucho ascendiente sobre él, aunque el contrahecho no ignoraba que los devotos eran a veces grandes libertinos.

Quedaban sin embargo algunos hechos inexplicables. Por ejemplo, la visita de Fronsac a sus antiguos amigos de los Mínimos. Pero quizá ese desplazamiento no tenía ninguna relación con la investigación que el exnotario llevaba a cabo.

Más preocupante era el asesinato del otro polígrafo, Manessier. ¿Era posible que una segunda red se interesase por los despachos de Brienne? Al mediodía, justo antes de su muerte, y mientras él preparaba su trampa, Habert le había contado que Fronsac había ido a interrogarlo tanto a él como a los demás polígrafos, y les había revelado que habían matado a Charles Manessier intentando hacer pasar su muerte por un suicidio.

El enano se dijo que debería descubrir la verdad sobre ese punto. Quizá la expedición nocturna que proyectaba a la Nunciatura le aportaría elementos de respuesta.

Viendo desaparecer al contrahecho en el palacio de Liancourt, el guantero consideró que ya sabía bastante. Volvió sobre sus pasos y entró en una casucha de madera, frente a la taberna del Petit-Maure. En el primer piso se encontró con su compañero Isaac, que vigilaba la entrada de la taberna.

En un rincón de la pieza, una mujeruca cosía en silencio. La víspera le había ofrecido un escudo de plata diario para que lo autorizase a él y a su amigo a vigilar la taberna. La vieja había aceptado sin hacer preguntas.

—Fronsac ha dejado París, el asunto para nosotros ha concluido y he identificado al que dirige a Barbezière —dijo el guantero a su compañero—. Podemos largarnos.

Isaac tomó su capa. El guantero se dirigió entonces a la mujer, desolada por perder el maná que él le daba:

—Aquí tenéis un luis de oro. Ni una palabra a nadie. Tal vez volvamos a necesitar vuestra casa.

Ella se lo agradeció balbuciente. A su hija le vendría de perlas aquella pieza de oro para comprar ropa de abrigo a su nieto.

En la escalera, el guantero anunció a Isaac:

—Voy a rendir cuentas a Su Eminencia. Podéis volver a casa.

En la galería de gala que lindaba con el gabinete de trabajo de monseñor Mazarino, primer ministro del reino, el guantero Tomaso Ganducci, que, como todos los italianos, amaba los efectos teatrales, daba fin a su relato mencionando a la persona que había reconocido y visto entrar en el palacete de Liancourt:

—... Louis de Astarac, marqués de Fontrailles, monseñor.

—¡Fontrailles! ¡Así que era él quien estaba detrás de todo esto^[66]! —exclamó Mazarino sorprendido—. Debía habérmelo imaginado. ¿Qué otro en este país iba a tener suficiente talento para robar el código de Rossignol?

Reflexionó un instante antes de proseguir.

—Eso quiere decir que la Chevreuse está detrás de todo el asunto. Y quizá incluso lo que queda de los Importantes... La Rochefoucauld, ¿por qué no?

—¿Haréis detener a Fontrailles, monseñor? Será fácil, sabemos dónde vive.

—¿Fácil? ¡Sin duda! Pero mantenerlo en prisión será algo más difícil. En cuanto a atreverse a atacar el palacio de Liancourt, al señor François de La Rochefoucauld, uno de los más fieles amigos de la reina... ¡Un hombre que ha participado con ella en la conspiración de Cinq-Mars! ¡Sería muy poco razonable! Por otra parte, ahora que sé que es mi adversario, todo se vuelve previsible y no es verdaderamente peligroso. Creo que el asunto está cerrado, mi buen Tomaso. El polígrafo que nos traicionaba ha muerto. Fronsac ha vuelto a casa y Fontrailles es impotente.

—Fronsac sigue buscando un código inviolable —objetó el florentino.

Mazarino esbozó una sonrisa encogiéndose de hombros:

—Es una quimera que lo mantendrá entretenido un tiempo. Os quedan otros asuntos que tratar, Tomaso: averiguad qué está haciendo Fabio Chigi en París y encontrad al que ha traicionado y entregado a Ferrante Pallavicino al Papa.

Quienquiera que sea habrá de pagarlo con sangre.

—Podéis contar conmigo, monseñor —prometió el guantero.

Tan pronto como volvió a Mercy, Louis se reunió con Margot y Michel Hardoin para informarles de su decisión. De las veinte mil libras de Mazarino, había decidido dedicar quince mil a la fabricación de la gran rueda que llevaría el agua al castillo, así como al entarimado del puente provisional sobre el Ysieux. Hardoin podía ponerse manos a la obra y levantar los planos para que los trabajos pudiesen comenzar cuando llegase el buen tiempo.

En cambio, le explicó a Margot que no compraría el prado ni los campos al abad de Royaumont. Sin duda era demasiado prudente, pero todavía tenía gastos pendientes y temía que su primera cosecha fuese mala, pues el invierno se anunciaba lluvioso.

Margot aceptó a regañadientes. Se había tomado tan a pecho los intereses de su amo que desaprobaba abiertamente sus decisiones cuando le parecían desacertadas. Y esta vez consideraba con despecho que dejase pasar ante sus narices un buen negocio.

Como estaba enfurruñada, fue su marido quien le explicó que ya había empezado con los trabajos de reparación del puente. Él y Margot también se habían avenido con una familia de Mercy que había aceptado tomar su parcela recién adquirida en aparcería.

—Necesitarán utilizar los graneros y el establo de vuestra granja, señor. Pero os pagaremos un alquiler, así como la madera para el puente sobre el Ysieux —se justificó.

—Confío en vos plenamente, así como en Margot —respondió Louis—. Haréis vuestras cuentas con Julie. Por mi parte, tengo que pedirle un favor a vuestra esposa...

Durante el trayecto de vuelta entre París y Mercy, mientras Julie dormitaba, Louis había reflexionado largamente en el asunto que lo ocupaba. Ciertamente, el espía Claude Habert había sido neutralizado y ya no podía hacer daño, y la muerte de Manessier quedaba perfectamente explicada. Los hermanos Chémereault estaban bajo la vigilancia de Gaston y sin duda también de los servicios secretos de Le Tellier. Sin embargo, persistían rincones de sombra. ¿Por qué Chantelou había intentado disimular su visita a la tienda de Charles de Bresche cuando Gaufredi lo seguía? ¿Y la presencia de Fabio Chigi, futuro plenipotenciario en Münster para la Santa Sede, en aquella misma librería se debía exclusivamente a la adquisición de libros?

Las otras preguntas que se hacía Fronsac se referían a la actitud de Mazarino respecto a él. ¿Por qué el cardenal había mandado a Isaac de Portau a buscarlo para no decirle otra cosa que banalidades y hacerle charlar con su guantero?

Las preguntas concernientes a Mazarino no podía responderlas. En cambio, para las relativas a Charles de Bresche, Margot le sería muy útil.

—Sabéis que podéis preguntarme lo que queráis —respondió la joven a su amo, satisfecha de dar por finalizado su enojo.

—He comprado unos cuantos libros a un librero, Margot. Quizá lo conozcáis, ya que vuestro padre tenía ese oficio. Se llama Charles de Bresche.

—Mi padre se relacionaba con un librero llamado Jean Bresche, de la plaza Maubert.

—Éste debe de ser su hijo.

—Pues, que yo recuerde, el hijo no era librero. Creo que había dejado a su padre para marcharse a Italia, a la aventura.

—En efecto, me habló de un viaje a Italia.

—¿Sabéis quién podría informaros mejor que yo, señor? ¿Conocéis a Sébastien Cramoisy?

—De oídas, por supuesto, pero no personalmente.

—En su familia, son generaciones de libreros e impresores. Su hermano, su hijo y su nieto son también libreros y tienen su tienda en la calle Saint-Jacques, pues, desde hace tres años, es director de la Imprenta real del Louvre, para la que se ha propuesto publicar una colección de autores griegos del Bajo Imperio. Era amigo de Richelieu, muy cercano a los jesuitas, hasta el punto de que era su impresor habitual. Por esas razones, nunca ha sido molestado por la Universidad, siendo, además, el mayor erudito de París en textos griegos y latinos. Cramoisy preside el sindicato de los libreros e impresores parisinos. Los conoce a todos, y si alguien puede hablaros del hijo de Bresche, es él. Cuando yo trabajaba con mi padre, iba a verlo con frecuencia, así como a su hijo. Deben de acordarse de mí.

—Iré a verlo con ocasión de mi próximo viaje a París —decidió Louis—. Me gustaría enseñaros los libros. Y vos me diréis si he pagado un precio adecuado.

Disipado por completo su enfado, la joven lo acompañó encantada a la biblioteca.

Los cuatro libros adquiridos en la tienda de Charles de Bresche estaban expuestos en una mesa.

Margot examinó primero los dos en cuarto, *Las galanterías del duque de Osuna* y *El pastor extravagante*.

—Son dos hermosas ediciones, señor. La encuadernación en tafilete es de calidad. La doradura del canto y de los medallones es perfecta. Su único defecto es la impresión en itálica, pero es algo cada vez más corriente, para economizar papel. Pierre Rocolet, el impresor de *El duque de Osuna*, y Toussaint du Bray, el de *El pastor extravagante*, son muy reputados. Este último tiene su tienda en la calle Saint-Jacques, no lejos de la de Sébastien Cramoisy.

Dejó los libros en la mesa, antes de preguntar:

—¿Cuánto habéis pagado?

—Alrededor de un escudo cada uno.

—Es un precio muy bajo. Yo os habría pedido más.

Louis le mostró entonces los otros dos libros, en octavo, de distintos tamaños, encuadernados en piel.

—Pero éstos los he pagado más caros, Margot.

Abrió el libro de Mersenne, *Preguntas inauditas o Recreación de sabios*.

—Es la primera edición, la de Jacques Villery, que data de 1634.

A continuación examinó *Las mecánicas de Galileo*.

—Éste tiene un gran valor. Es una obra muy difícil de encontrar.

—Los he conseguido por tres escudos, junto con *El duque de Osuna*.

Margot sacudió la cabeza y su semblante se transformó en una mueca de asombro.

—¡Es un precio bajísimo, señor! ¿Es que Charles de Bresche quería haceros un regalo?

—No sé —contestó Louis, repentinamente pensativo.

Transcurrieron tres semanas que a Louis se le hicieron eternas. Se pasaba casi todo el día fuera, con Michel Hardoin, para elegir el mejor paso de la futura canalización y dedicaba las noches a la lectura de la obra de Mersenne o Galileo.

El sábado 5 de diciembre, al anochecer, Louis y Margot, que acababan de examinar las ruinas del puente sobre el Ysieux, vieron llegar por el camino de la abadía de Royaumont un cochecillo tirado por dos caballos grises.

El coche se detuvo ante ellos y el joven Pascal, que acababa de abrir la portezuela, los saludó afectuosamente.

—Recibí hace dos días una carta del señor Fermat —le dijo a Louis— y he venido de inmediato desde Ruán para traéroslo.

Louis abandonó a Michel Hardoin para acompañar a Pascal hasta el castillo. El joven había llegado solo, con un cochero de su padre. Margot y una doncella se ocuparon de instalarlo en un cuarto y de acomodarle un colchón, así como de servir una comida al cochero.

Una vez que hubo comido con apetito, en presencia de Louis y Julie, Blaise les confesó que no había probado bocado en todo el día, con las prisas por llegar antes de que anocheciera.

Sacó luego una carta de su jubón y se la tendió a Louis con una sonrisa encantadora:

—Escribí al señor de Fermat la mañana del día en que os conocí —dijo—. Le expuse vuestra idea, de forma muy general, por supuesto, pues sé de sobra que los correos de la posta son abiertos con frecuencia. También le hablé de vos y de vuestro deseo de entrevistaros con él.

Louis abrió la carta y la leyó. Trataba del problema denominado «la conjetura de Diofanto», que Fermat y Pascal habían abordado en correspondencia anterior, y sólo contenía una línea final que le concernía:

«Recibiré con sumo placer al señor Fronsac para que me plantee su problema, aunque no estoy seguro de poder proponerle una solución».

Aun siendo un texto escueto y apenas comprometedor para su autor, significaba un éxito tal para él que Louis exhaló un profundo suspiro de alivio.

Mostró la carta a Julie diciéndole:

—Me iré a Toulouse mañana o pasado.

La cena tuvo lugar un poco más tarde y, durante ella, Blaise Pascal acaparó la atención de toda la casa contando algunas historias de lo más divertido sobre los números y sus misterios.

Un poco más tarde, cuando los criados hubieron dejado la pieza, sólo quedaron en torno a la mesa, mordisqueando frutas confitadas y almendrados, Margot, Julie, Louis y Blaise Pascal.

Gaufredi se había encerrado en la armería a fin de preparar su equipo para el viaje a Toulouse.

Pascal habló entonces largo y tendido de su máquina de calcular medidas, intentando explicarles sus ventajas.

—Me preguntaba —intervino Louis— si sería posible construir una máquina semejante para codificar despachos. Bastaría con disponer de una máquina de partida y otra de llegada. Se introduciría el texto del despacho que deseamos cifrar, cuyas palabras la máquina traduciría gracias al código y luego enviaría el texto codificado. A la llegada, otra máquina haría la operación inversa.

—¡Louis —exclamó Julie—, te burlaste de mí cuando te dije que un día se fabricarían espejos mágicos como los de *El pastor extravagante* y tú ahora propones máquinas mucho más extravagantes!

Y volviéndose hacia Blaise Pascal, le explicó:

—Se trata de espejos que permiten ver a distancia y espiar la vida privada de los vecinos. Aparecen en una novela escrita por el señor Sorel de Souvigny.

—Ignoro, señora, si algún día se fabricarán esos espejos, pero en lo que respecta a la máquina de codificar imaginada por el señor Fronsac, las dificultades me parecen insalvables. No sólo harían falta ruedas dentadas para los números, sino también para las letras. Cada rueda dentada debería tener diez números, amén de todas las letras del alfabeto. Los engranajes serían de una increíble complejidad, y dudo de que haya un herrero o un mecánico capaz de construir un instrumento semejante.

—Sólo era una fantasía, señor Pascal —se excusó Louis—. Yo también creo que una máquina semejante jamás verá la luz.

Julie pasó de nuevo la fuente de frutas confitadas entre los comensales y se hizo el silencio entre los invitados. Pascal no había probado las golosinas. Louis lo observaba discretamente. Parecía nervioso, dubitativo. Finalmente, el joven se dirigió a él, tímidamente:

—Desearía pedirnos un favor, caballero.

—Si está en mi mano, tendré mucho gusto en concedérselo —sonrió Louis.

—El señor Fermat es, en mi opinión, el mayor genio en matemáticas desde Pitágoras y Euclides. Además, se ha dedicado durante mucho tiempo al mismo tema que Pitágoras, el de los números amistosos.

—¡Vaya! ¿Así que los números tienen amigos? —se burló Michel Hardoin, que

los detestaba tanto como le costaba escribirlos.

—¡Sus amigos son otros números, señor! Los números amistosos son pares de números cada uno de los cuales es la suma de los divisores del otro. Pitágoras demostró que ése era el caso de 220 y 284. Los divisores de 220 son 1, 2, 4, 5, 10, 11, 20, 22, 44, 55 y 110, su suma da 284. Y 284 tiene por divisores 1, 2, 4, 71 y 142, cuya suma da 220. Fermat ha descubierto que 17.296 y 18.416 son números amistosos^[67].

—Pero ¿para qué sirve eso? —preguntó Julie, a la vez maravillada y anonadada por esa demostración.

—¡Para nada, señora! —contestó un Pascal irritado—. Salvo para comprender que Dios gobierna nuestro mundo y se divierte a veces en mostrársenos a través de los números.

Se volvió hacia Louis:

—Aquí tenéis mi petición, señor. En la carta remitida por Fermat, habréis observado un párrafo relativo a un problema sobre el cual hemos discutido varias veces. Se trata de la conjetura de Diofanto. ¿La conocéis?

—Seguramente la habré estudiado en el colegio de Clermont, pero no me acuerdo de nada —confesó Louis.

Pascal se volvió cortésmente hacia las otras personas presentes en la mesa a fin de explicar:

—Diofanto de Alejandría vivió hasta el año 350 antes de Cristo. Era un hombre apasionado por la lógica y los problemas de números. Para que entendáis mejor su pasión, fijaos en las palabras —y cito de memoria— que pidió que se grabasen en su tumba: «Transeúnte, ésta es la tumba de Diofanto: es él quien con esta sorprendente distribución te dice el número de años que vivió. Su niñez ocupó la sexta parte de su vida; después, durante la doceava parte, sus mejillas se cubrieron con el primer bozo. Pasó aún una séptima parte de su vida antes de tomar esposa, y, cinco años después, tuvo un precioso niño que, una vez alcanzada la mitad de la edad de su padre, pereció de muerte malhadada. Su padre tuvo que sobrevivirle, llorándole, durante cuatro años. De todo ello se deduce su edad».

»¿Habéis adivinado la edad de Diofanto a su muerte? —preguntó con una sonrisa en los labios^[68].

Michel Hardoin abrió unos ojos como platos, su esposa Margot hizo un gesto de impotencia. Julie reprimió una risita y Louis apartó las manos diciendo simplemente:

—¡No!

—Ochenta y cuatro años. Pero nos ha dejado algo más importante que este pequeño enigma: una obra maravillosa, la *Aritmética*, constituida principalmente por problemas matemáticos que no podía resolver, o cuyas soluciones no quería dar. ¿Queréis que os cite uno?

—¡Oh, sí! —exclamó Julie burlona—. ¿Cómo iba a conciliar esta noche el sueño si no?

—¿Existen dos números cuya diferencia sea igual a la diferencia de sus cubos? —

le preguntó Blaise.

—A decir verdad, no me había planteado jamás esa pregunta, señor Pascal —respondió, ahora muerta de risa.

—Me lo figuraba, señora —sonrió Blaise—, pero sé por vuestro esposo cuánto amáis la arquitectura. Por tanto, conocéis bien el teorema de Pitágoras.

—En efecto.

Pascal se dirigió entonces a Louis:

—Pitágoras, que era el maestro de Diofanto, había demostrado que la suma de dos cuadrados podía ser igual a un cuadrado. Por ejemplo, cinco al cuadrado es igual a cuatro al cuadrado más tres al cuadrado. Ese caso, en geometría, permite, cuando se aplican esos valores a los lados de un triángulo, obtener un ángulo recto. A ese conjunto de números se le llama «tripleto pitagórico» y Euclides probó que el número de tripletes pitagóricos era infinito. Diofanto, en una de sus proposiciones, se preguntó sobre la existencia de tales tripletes para las potencias superiores al cuadrado. Él no la encontró, y sugirió que incluso podría no existir. Este problema ha apasionado al señor de Fermat, que escribió al padre Mersenne asegurándole haber hallado la prueba de que un cubo no sería nunca la suma de dos cubos; que un bicuadrado no sería nunca la suma de dos bicuadrados; y, en general, que ninguna potencia superior a dos podría ser la suma de dos potencias análogas.

—¿Y qué interés puede tener eso? —preguntó Louis, más que perplejo—. El teorema de Pitágoras es fundamental en arquitectura, pero la proposición de Diofanto no me parece de ninguna utilidad...

—¡Pues claro que no tiene ninguna utilidad, señor! Eso es justo lo que le proporciona interés —sonrió Pascal de oreja a oreja—. Las matemáticas adoran esa clase de futilidades que simplemente prueban que hay leyes superiores que rigen nuestro mundo... y, por tanto, que Dios existe. Os daré otra prueba de la existencia de Dios: ¿Sabéis que Pierre de Fermat ha descubierto que el número 26 es único?

—¿Único? —preguntó Hardoin.

—Sí, porque se sitúa entre el 25 y el 27.

—En efecto —sonrió Louis—, ¡yo también lo sabía!

Pascal le dirigió una mirada triunfante:

—Veinticinco es un cuadrado, señor Fronsac: 5 al cuadrado. Veintisiete es un cubo: 3 al cubo. Veintiséis es el único número situado entre un cuadrado y un cubo.

Se quedaron todos en silencio y un tanto desconcertados, mientras el joven prodigio proseguía:

—Antes de Fermat, nadie había hecho ese descubrimiento —afirmó—. Como la proposición de Diofanto, que nadie ha logrado verificar. Bien, pues en su carta, Fermat me dice lo siguiente —el joven matemático sacó la misiva y leyó—: «He descubierto una maravillosa demostración de la proposición de Diofanto de la que ya hemos hablado, pero no puedo escribirla en esta carta pues es demasiado larga; el día que os vea os la daré».

—¿Y queréis que yo os traiga esa demostración? —preguntó Louis, que acababa de comprender lo que deseaba el joven que tenía tantas dificultades para desplazarse.
—Con todo mi corazón —respondió Blaise, con los ojos brillantes.

Lunes, 7 de diciembre de 1643

El domingo, Blaise Pascal pidió a sus huéspedes que le permitiesen asistir con ellos a la misa que iba a celebrar en la gran sala del castillo un religioso llegado de la abadía de Royaumont.

Durante el almuerzo posterior, Blaise había explicado hasta qué punto el mundo estaba regido por reglas y leyes matemáticas que se aplicaban al dominio de Dios.

—Ayer nos demostrasteis que los números revelan muchas curiosidades, señor Pascal. Quizá sea efectivamente la obra de Dios —dijo Julie con escepticismo—. Pero por lo que respecta a las leyes matemáticas, me encantaría conocerlas.

—Son fáciles de comprender, señora. He aquí una: el precio de la felicidad eterna tiene un valor infinito, mientras que la probabilidad de ganar el cielo por una vida virtuosa tiene un valor finito puesto que está limitada por la duración de la vida. Luego es normal llevar una vida virtuosa antes que su inversa.

Todos los comensales se habían callado para intentar comprender lo que implicaban los principios que Pascal acababa de enunciar.

—¿Queréis decir, señor —preguntó el religioso de Royaumont—, que llevar una existencia virtuosa puede ser simplemente una hábil decisión, una apuesta por la felicidad eterna que no responde a ningún deseo sincero?

—En términos matemáticos, es así, padre. Dios les ha concedido a algunos la religión como un sentimiento del alma; otros no han tenido tanta suerte. Sin embargo, pueden recibirla por medio del razonamiento. Es lo que da la grandeza del hombre: es el único capaz de pensar, de razonar. El hombre no es nada, el hombre es débil, no es más que una mota de polvo en la naturaleza. Pero piensa. Es una mota pensante.

El discurso del joven emocionó a los comensales:

—De todas formas —intervino Louis—, creer en Dios por razonamiento, apostar por una vida virtuosa y no por la contraria por estrategia, ¿es eso la fe?

Pascal negó enérgicamente con la cabeza.

—La única salvación del hombre está en Dios. Os lo he dicho, las pruebas de la existencia de Dios están por todas partes. Sobre todo en los números —sonrió—. A pesar de ello, algunos son ateos. Pues a éstos les digo, ¡apostad!, sí, ¡hay que apostar! Sopesad las ganancias y las pérdidas. Si elegís creer en Dios y ganáis, lo ganáis todo. Si perdéis, no perdéis nada.

El religioso de Royaumont se quedó pensativo. Jamás había analizado su fe así. Los demás invitados también permanecían silenciosos, la mayoría poco convencidos.

«Blaise Pascal era realmente un hombre extraordinario —pensaba Louis—. ¿Qué lugar ocuparía en el siglo?»

Más tarde, durante la noche, Julie y su esposo hablaron largo y tendido del próximo viaje a Toulouse. Louis deseaba partir al día siguiente hacia París; el tiempo

era frío pero el clima no parecía que fuese a empeorar en los días o semanas venideras. Prefería aprovechar ahora que los caminos todavía estaban secos, pues la lluvia o la nieve podían transformar el más simple de los viajes en una trampa mortal. Y la espera significaba aplazar la visita a Pierre de Fermat hasta la primavera, o incluso más tarde. Ahora bien, si quería proponer un nuevo sistema de cifrado a Antoine Rossignol, tenía que hacerlo antes del comienzo de las negociaciones de Münster, y la apertura de la conferencia tendría lugar en diciembre.

—Con un poco de suerte —concluyó—, estaré de vuelta antes del 1 de enero y podrías pasar la fiesta de Navidad en París.

Julie se había plegado a sus argumentos, pero no tenía ninguna gana de acompañarlo a París y esperarlo lejos, en el domicilio de sus padres, aunque sólo se tratase de un viaje de cuatro semanas. De modo que acordaron que ella permanecería en Mercy. Nicolás también se quedaría y Louis haría venir a cualquiera de los hermanos Bouvier, Guillaume o Jacques, el padre de Nicolás, para ocuparse de la seguridad de la casa. Los dos jóvenes criados que asistían habitualmente a Gaufredi, Esprit Ferrant y Germain Gaultier, eran incapaces de tomar decisiones sensatas. Con uno de los hermanos Bouvier al mando, Michel Hardoin y sus obreros podrían defender el castillo contra una banda de malhechores vagabundos, eventualidad temible con tantos desertores como infestaban los campos.

Los dos coches partieron juntos hacia las seis de la mañana. Blaise Pascal y su cochero se dirigieron a Ruán en tanto que Louis y Gaufredi lo hacían a París.

Llegaron a la capital por la tarde. Gaufredi condujo la carroza directamente al Palacio Real, donde entraron por la calle des Bons-Enfants.

El reitre esperó en el patio, mientras Louis penetraba en la parte del castillo reservada a los servicios y alojamientos del cardenal Mazarino. Louis conocía el camino del gabinete de Toussaint Rose, adonde lo había llevado Portau unas semanas antes, pero temía que no lo dejasen entrar solo.

Efectivamente, un guardia lo detuvo en el vestíbulo y tuvo que mostrar la carta de Le Tellier. Cuando la hubo leído, el oficial lo saludó con gran deferencia. Louis le explicó entonces que deseaba ver al marqués de Coye.

Quería pedirle al secretario de Mazarino que informase al ministro de su viaje a Toulouse con el propósito que le había expuesto en su última visita. Así, el cardenal sabría que se había tomado muy a pecho su proyecto.

Tras haber llamado a la puerta del secretario del primer ministro y haber obtenido como respuesta un ruidoso «¡Adelante!», Louis entró en el despacho.

Rose parecía particularmente satisfecho al verlo, y tras los cumplidos de rigor, le explicó que tenía instrucciones de Hugues de Lionne que le concernían: si el señor Fronsac acudía al Palacio Real por la razón que fuere, debería ser llevado de inmediato a su presencia.

—¿Pero por qué razón quiere encontrarse conmigo el señor de Lionne? —preguntó un Louis asombrado—. Apenas lo conozco ni he tenido ningún asunto con

él.

—Lo ignoro, caballero, pero el señor de Lionne es la persona más cercana a Su Eminencia. Lleva todos los asuntos diplomáticos. Sin duda sabéis que es el sobrino del señor Servien. Además, la reina lo escucha. Su despacho no está lejos de aquí. Os conduciré hasta él.

El lacayo de casaca con galones de plata que se encontraba ante la puerta de Hugues de Lionne los introdujo en un primer despacho donde se hallaban dos amanuenses. Luego, una vez anunciados, los condujo al gabinete de trabajo del secretario de Mazarino.

Hugues de Lionne no se esperaba, desde luego, ver aparecer a Louis Fronsac. Sin ocultar su sorpresa, se levantó de su mesa de trabajo atestada de documentos y avanzó hacia él para saludarlo con afecto no fingido. Rose los dejó y Louis se quedó de pie cerca del hogar que caldeaba agradablemente el gran despacho.

—¡Caballero! ¡No os esperaba! —aseguró Lionne dándole un abrazo.

—Sentiría mucho molestaros, señor marqués, pero el señor Rose ha insistido para que viniese a veros.

—En efecto, le había dado instrucciones en ese sentido. Aunque el asunto sobre el que el señor Le Tellier había solicitado vuestra intervención esté cerrado, nuestros enemigos todavía pueden atacaros.

—¿Vos creéis?

—Estoy seguro de ello. Nosotros tenemos también —¿cómo decirlo?— nuestra policía. Es más discreta que la del señor de Aubray, pero igual de eficaz. Hemos identificado al que tiraba de los hilos y que sin duda ha matado al polígrafo Manessier. El mismo que organizó la emboscada contra vos.

Hizo una breve pausa antes de decir con desprecio:

—Se trata de Louis de Astarac, marqués de Fontrailles.

Louis gimió. Aquella revelación era lo que más temía. De nuevo su camino se cruzaba con el de aquel hombre a la vez tan sagaz y maléfico.

—Me gustaría saber cómo lo habéis descubierto —preguntó Louis.

Lionne no pareció haber entendido la pregunta y respondió con un vago ademán.

—Si os doy esta información es para que permanezcáis en guardia.

Louis no insistió y en la estancia se hizo el silencio. Fronsac supuso que, para llegar hasta Fontrailles, la policía de Mazarino habría seguido la pista de un hombre del marqués. Pero ¿cómo había sido identificado este último? De pronto lo adivinó: ¡Fontrailles lo hacía seguir a él también! Y, sin duda, tras el que lo espiaba había un agente de Colmarduccio, como en aquella comedia italiana que había visto con Julie unos días antes de sus esponsales. Una farsa en la que Arlecchino era espiado por Pantalone, el marido de Colombina, y éste espiado por Pulcinella, el criado de Arlecchino. Una vez más, había subestimado la astucia de Mazarino. Casi sin querer, se preguntó si incluso no habría sido él un simple cebo para cazar al marqués de Fontrailles.

—¿Lo habéis detenido? —preguntó con un tono neutro para evitar que el pesado silencio se prolongase.

—No ha sido posible, caballero... —respondió incómodo Lionne.

—Al señor de Fontrailles, sin embargo, se le pueden imputar muchas cosas.

—Desde luego. Pero ¿qué pruebas tenemos nosotros contra él, aparte de vuestro testimonio? Y el señor de Fontrailles tiene, sobre todo, muchos y muy poderosos amigos, empezando por monseñor, el hermano del difunto rey. La reina no nos secundaría. ¿Sabéis dónde vive?

—Tengo entendido que en casa del señor de La Rochefoucauld.

—En efecto —Lionne pareció sorprendido de que Fronsac lo supiese—. Así que es intocable. Salvo que actuase de nuevo abiertamente contra vos. ¿Y qué os trae por París? —prosiguió como si quisiese cambiar de tema.

—No voy a quedarme, señor marqués. Sólo estoy de paso. Hace unas semanas expuse a Su Eminencia, así como al señor Le Tellier y al señor de Brienne, una idea que se me había ocurrido: la de elaborar un código inviolable.

—Monseñor me lo ha contado. Pero ¿no es una quimera?

—Quizá. Sin embargo, me han hablado de un matemático que ha hecho los mayores descubrimientos tanto sobre los números como sobre la utilización de las probabilidades. Me reuniré con él y espero llegar a una solución. Se llama Pierre de Fermat y es consejero en el Parlamento de Toulouse.

—¿Os vais a Toulouse? —preguntó Lionne con su voz estentórea.

—Así es.

Lionne se quedó de nuevo en silencio. Louis observó que se pasaba la lengua por los labios, como si repasase alguna misteriosa combinación.

—Es un duro viaje, sobre todo en invierno, caballero. Tendréis que pernoctar y alojaros en algún lugar. Quizá necesitéis ayuda. Trataré de facilitaros las cosas —propuso el marqués al cabo de un rato, alzando los ojos hacia Louis—. No sé si lo sabéis, pero los Loménie de Brienne son parientes de los Castelbajac y, a través del señor de Brienne, he tenido ocasión de conocer y trabar amistad con la marquesa de Castelbajac. Es viuda y se llama Isabeau. Su difunto esposo, Godefroy de Durfort, falleció hace tres años. Ocupa el palacete de Castelbajac en la Calle Mayor de Toulouse. Ella podría alojaros.

—Ni que decir tiene que sería de una ayuda inestimable, señor, sobre todo en esta estación, aunque no piense permanecer en Toulouse más que dos días. Pero ¿no podría ser incómodo para una viuda alojar a un desconocido? Las habladurías...

—Tranquilizaos, no habrá maledicencias, y vos no arriesgáis vuestra virtud —se echó a reír—. Después de la muerte de su esposo, la reputación de Isabeau es la de una mujer de carácter y de una moral ejemplar. Es protestante, espero que no os incomode.

Louis no sabía qué responder y dejó que Lionne continuase:

—Muy bien. Entonces prepararé una carta de presentación que le entregareis. Si

os parece bien, os la haré llegar mañana al despacho de vuestro padre. ¿Cuándo pensáis partir?

—El miércoles, señor marqués.

—Eso será perfecto.

—¿La conferencia de Münster no es este mismo mes?

—Sí. Pero se trata sólo de la sesión inaugural. El señor Servien ya se ha ido. En cuanto al conde de Avaux, primero viajará a las Provincias Unidas para tratar de convencerles de no hacer rancho aparte con España. Es probable que el señor Servien esté aquí a fin de año.

—¿Y el señor Chigi?

—También ha dejado la Nunciatura.

—¿El señor de Coligny estará al frente del cuerpo de estafetas?

—En efecto, Enghien ha aprobado la propuesta de Su Eminencia y Coligny ya ha empezado a formar su escuadrón. Confiamos en él para asegurar la integridad de nuestros correos, ahora que habéis desenmascarado a nuestro espía.

Louis bajó la cabeza como única respuesta. No estaba en absoluto convencido de haber triunfado.

Al mismo tiempo, en el palacio de Liancourt, el marqués de Fontrailles terminaba la lectura de una carta que acababa de recibir de la duquesa de Chevreuse a través de su amigo el conde de Montrésor.

En situación de residencia vigilada en sus tierras de Couzières —no lejos de Tours— después del arresto del duque de Beaufort, Marie de Rohan no había abandonado la partida y proseguía con su proyecto, que le parecía saludable para el futuro del reino y, sobre todo, para el suyo: una alianza con España en la que Francia sería un Estado sumiso a los Habsburgo.

Huelga decir que tras el fracaso de su intento de asesinato contra Mazarino, a finales del mes de agosto, la duquesa había perdido mucha credibilidad con los españoles, y no tenía ya ninguna carta en la manga, pero, por suerte para ella, el marqués de Fontrailles no la había abandonado.

Sin embargo, pese a su aparente fidelidad, el marqués perseguía otro proyecto del que no hablaba jamás: derrocar el reino para instaurar en Francia una república cuyo primer cónsul sería él.

Mas, para realizar dicha ambición, necesitaba aliados, al menos provisionales, y, sobre todo, mucho dinero.

Hada ya algunos meses que había sobornado a un empleado del Servicio de Cifrado, proporcionando a sus amigos españoles informaciones de gran calidad. Pese a los fracasos de la duquesa de Chevreuse, seguía siendo tratado con consideración por los ministros de Felipe IV, que sabían de lo que era capaz; no en vano, un año antes había remitido al rey de España el tratado secreto firmado por el duque de Bouillon, Cinq-Mars, Gaston de Orleans y la reina.

«Eran los tiempos en que era todopoderoso», pensaba a veces con nostalgia.

Tiempos en que era capaz de obtener de España ¡cuatrocientos mil escudos para monseñor y cuarenta mil escudos de pensión anual para Bouillon y Cinq-Mars a cambio del Rosellón!

Pero finalmente la conspiración había sido descubierta y él se había visto obligado a huir a Inglaterra.

Vuelto discretamente tras la muerte de Richelieu, había urdido un proyecto más ambicioso: matar al rey y, aprovechando los disturbios que seguirían a la creación de un consejo de regencia, tomar el poder por persona interpuesta.

Había llegado a hacer prender a Luis XIII y, por supuesto, había apoyado a los Importantes y a la duquesa de Chevreuse en su tentativa de sedición, considerando que le sería fácil deshacerse de ellos. Pero habían fracasado por culpa de Louis Fronsac, el insignificante notario que ya había dado al traste con la conspiración de Cinq-Mars, desbaratando el complot e impidiéndoles incluso asesinar al payaso de Mazarino.

Ese nuevo revés había estado a punto de costarle caro a Fontrailles. Afortunadamente, había tenido la precaución de no implicarse demasiado en la conspiración de los Importantes, y, mientras no apareciese en público, Mazarino no intentaría detenerlo. Su encarcelamiento pondría en apuros a demasiada gente si era interrogado. Empezando por la reina, de la que guardaba pruebas de que había sido el alma de la conspiración de Cinq-Mars y de los anteriores complots apoyados por España.

Ahora Mazarino se había vuelto demasiado poderoso y era imposible deshacerse de él por la violencia. Sin embargo, el marqués de Fontrailles creía que todavía podría provocar su desgracia y su caída si el italiano fracasaba en las negociaciones de Münster. La guerra costaba cara. Las arcas del Estado estaban vacías. El pueblo bramaba contra los impuestos y el Parlamento se negaba a imponer nuevas tasas que incluso afectaban a los ricos. Si Mazarino perdía en la mesa de negociación lo que Enghien y su ejército habían conquistado a costa de la sangre y la ruina de las pobres gentes, todo podía tambalearse. El pueblo, los togados, la burguesía, el ejército, la nobleza, todo el mundo exigiría la marcha del ministro, y quizá la abdicación de la regente. Monseñor se convertiría en regente y aquello sería el caos. La revolución estallaría al fin, como en Inglaterra.

Fontrailles pensaba con frecuencia con admiración en aquel *squire*, aquel hidalguelo llamado Oliver Cromwell, que se había puesto a la cabeza de la revuelta del Parlamento de Londres contra el rey Carlos I. Era el ejemplo que él quería seguir.

El escamoteo de los despachos dirigidos a los negociadores de Münster y su venta a España respondían, pues, a un doble objetivo: primero enriquecerse, pues necesitaría dinero cuando la revolución estallase, y a continuación arruinar la posición de Mazarino.

Claude Habert había sido un magnífico espía. No sólo había copiado algunos despachos, transmitidos luego a los españoles en prueba de buena fe, sino que le

había proporcionado una parte de los repertorios secretos que Rossignol utilizaba para el cifrado.

La muerte del polígrafo había puesto fin a aquellas combinaciones, pero había un nuevo agente infiltrado en el Servicio de Cifrado. Si llegaba a obtener la parte más importante de los repertorios de Rossignol, con el perfecto conocimiento que tenía de la diplomacia francesa, se comprometía a comprender el contenido de todos los despachos enviados a los plenipotenciarios del congreso de Münster.

Podría entonces vender a los negociadores españoles y austríacos el arma absoluta que les permitiría vencer en aquellas negociaciones.

El gran desafío era, evidentemente, obtener los despachos que su nuevo agente en el Servicio de Cifrado no pudiese robar. Tendría que obtenerlos directamente de las estafetas. Era perfectamente viable, pues el caballero de Chémereault conocía a varios de ellos y le había asegurado que podría comprarlos fácilmente.

Seguía habiendo una dificultad: el duque de La Rochefoucauld, que lo alojaba y que era también amigo de Maurice de Coligny, le había hablado del proyecto de cuerpo de correos propuesto por Brienne y que sería dirigido por Coligny.

Semejante proyecto, si se organizaba bien, podía contrariar las ambiciones del marqués de Fontrailles. Conocía a Coligny y sabía que elegiría soldados de élite, incorruptibles.

De modo que la solución era que desapareciese.

Asesinarlo era tan imposible como impensable. En cambio, desde el regreso del duque de Enghien y de Coligny a París, en el fecundo cerebro del marqués de Fontrailles se había ido gestando un plan mucho más retorcido. Para ejecutarlo, necesitaba la ayuda de la Chevreuse, que era la única que podía convencer al duque de Guisa.

Fontrailles había tenido muchas dificultades para hacer llegar su carta a Marie de Rohan y ésta todavía más en remitirle su respuesta, pues el dominio de Couzières, donde ella tenía asignada su residencia, estaba vigilado día y noche por arqueros y corchetes. Pero la duquesa de Chevreuse estaba muy avezada en intrigas y disponía de espías dispuestos a arriesgar su vida por ella. La respuesta finalmente había llegado al palacio de Liancourt, llevada por Claude de Bourdeille, el conde de Montrésor, que aseguraba la correspondencia de la duquesa.

Por la mañana —decidió el marqués de Fontrailles—, vería al duque de Guisa y le sometería su demanda.

Satisfecho por haber resuelto al menos el problema de su alojamiento en Toulouse, Louis no veía el momento de encontrarse con Gaston. Con Gaufredi como único compañero, no podía ni soñar con conducir una carroza durante más de una semana, sobre todo en invierno. Huelga decir que Gaufredi sabía llevar un tiro perfectamente, pero no era muy buen cochero que digamos. Y en cuanto a quedarse sentado en el pescante, durante horas y con frío, para dominar cuatro caballos, se sentía incapaz.

A Gaston le encantaban ese tipo de actividades violentas. Louis sabía que se alegraría de emprender ese viaje, aunque necesitasen contratar otro cochero. Gaufredi se encargaría de ello yendo a la calle Saint-Martin por la tarde.

Desde hacía varios años, Jacques Sauvage, hijo de un factor de los propietarios de los coches de Amiens, regentaba un establecimiento de fiacres y de alquiler de carruajes frente a la calle Montmorency, bajo la enseña de un palacete protegido por la estatua de san Fiacre. En su cochera disponía, para el alquiler, de una veintena de carrozas desvencijadas y de una cincuentena de viejos rocines; también había allí una serie de cocheros sin empleo que esperaban a los clientes.

El trayecto del Palacio Real al Châtelet fue particularmente lento, la carroza tirada por cuatro caballos tenía dificultades para maniobrar en aquellas calles tan estrechas y atestadas de gente.

Pero Gaufredi sabía hasta qué punto su aspecto de matasiete podía aterrorizar a viandantes y chamarileros. Gritaba todavía más fuerte que de costumbre, acompañando sus advertencias con amenazadores latigazos. Llegaron por fin al gran patio de la prisión-tribunal.

Por suerte, Gaston estaba en su despacho, en lo alto de la torre más grande del Grand-Châtelet.

Tras las efusiones del reencuentro, Louis le explicó que partía durante dos días para Toulouse y que esperaba se uniese a ellos.

—Si es preciso —añadió—. Hugues de Lionne mediará con Dreux de Aubray para que te deje ir.

Gaston lo escuchaba cariacontecido y sacudió negativamente la cabeza:

—¡Es imposible, Louis! En el asunto que tengo entre manos en este momento me juego mi honor. Acaban de robar unos documentos muy importantes en la Nunciatura. Dreux de Aubray se halla en un estado de nerviosismo que no le había visto nunca. No tiene ninguna pista, y nos encaminamos hacia un grave incidente diplomático con el Santo Oficio si no soy capaz de explicar al menos cómo se han arreglado los ladrones para llevárselos.

Sin lugar a dudas, la marcha de su amigo a Toulouse era una pésima noticia para Gaston, quien explicó a Louis que había pensado ir a buscarlo a Mercy para pedirle su ayuda.

—¿Por qué te encargas tú de esa investigación? —le preguntó Louis contrariado—. Eres comisario de barrio de Saint-Germain-l'Auxerrois, no de la Cité.

—El señor de Fiesque, el comisario de la isla, guarda cama por enfermedad. Dreux de Aubray me ha pedido que lo sustituya.

—¡Pero hay cuarenta y ocho comisarios en París! ¿Por qué tú?

—Sin duda porque sabe que soy el mejor en esta clase de asuntos —suspiró Gaston con un punto de orgullo.

«¿Qué contrariedad! —se dijo Louis irritado—. ¡Y por partida doble! Primero un robo inexplicable en la Nunciatura y a continuación el hecho de que el encargado de

investigarlo estuviese enfermo».

—Cuéntame al menos lo que sabes —le sugirió a su amigo—. Si se me ocurre algo... Quizá este asunto no sea tan complicado...

Gaston se encogió de hombros mostrando así que no confiaba en una solución rápida.

—Sabes que la Nunciatura se encuentra desde hace unos años en la isla de Notre-Dame^[69], en el embarcadero del Delfín^[70] —le recordó su amigo—. Después de que Marie y sus asociados hubiesen obtenido el derecho de parcelar la isla que pertenecía al cabildo de Notre-Dame, se construyeron allí residencias de magistrados y financieros de fortuna insolente^[71]. La Nunciatura está en la esquina del muelle, y sus jardines se prolongan hasta la iglesia de Saint-Louis. Es un edificio de ventanas protegidas por sólidas rejas en el primer piso y postigos interiores a partir del segundo. No se puede trepar por allí ni aun siendo ágil como una araña. La enorme puerta de entrada es de roble, sólida, y se atranca con un cerrojo, una cerradura y una barra interior. Hay un portero que la vigila día y noche. El portal se abre sobre un pasaje que da a un patio en media luna, asimismo vigilado. Por último, del lado de los jardines, el acceso es imposible por el exterior porque está rodeado de inmuebles o de paredes sin vanos.

—¿Han forzado una ventana?

—¡Desde luego que no! —replicó secamente Gaston, herido en su orgullo porque Louis hubiese siquiera imaginado que se le hubiese pasado por alto una cosa así—. Ya te lo he dicho: hay rejas por todas partes. He ido al lugar dos veces. Aparentemente nadie ha entrado; sin embargo, monseñor Chigi asegura que le han robado un portafolio de documentos importantes. Esos papeles se encontraban en una antecámara, al lado de su aposento. La pieza estaba cerrada con llave.

—Entonces tiene que ser un criado...

—Chigi asegura haber cerrado él mismo en persona con llave después de haber dispuesto el correo. Había colocado antes sus documentos en el portafolio. Su ayuda de cámara, que duerme en un cuartucho al lado de su alcoba, no oyó nada y nadie ha podido entrar en el piso. Pese a ello, por la mañana, el portafolio había desaparecido.

—¡Es una patraña!

—Es lo que yo le he dicho y montó en cólera. ¡Incluso se quejó de mí a Dreux de Aubray!

—¿Has interrogado a todo el mundo?

—¡Absolutamente a todos! Nadie ha visto ni oído nada. He examinado una por una todas las piezas del piso: hay una capilla hermosamente decorada, un salón de música y una galería con las paredes cubiertas de cuadros. Por todas partes, en paredes o consolas, hay objetos de valor, ninguno de los cuales ha desaparecido.

—¿Los ladrones sólo se han llevado esos papeles?

—Por lo visto, también había desaparecido una bolsa con algunos florines. Según Chigi, estaba en la mesa donde se hallaba el portafolio.

—No entiendo por qué el nuncio ha declarado este robo. Sin duda es un espía quien ha querido apropiarse de los documentos importantes de monseñor Chigi. Normalmente, la Nunciatura no es muy amiga de que la policía de Le Tellier meta las narices en sus asuntos.

—Eso mismo es lo que yo me he dicho. Pero, en mi opinión, hay dos razones para su demanda de investigación. En primer lugar, el nuncio quiere saber cómo se llevó a cabo el robo, para que no vuelva a producirse. En segundo lugar, si encontramos el portafolio, nos ha hecho saber que se trata de documentos diplomáticos que deberían serle devueltos *sin examinar*. Si el robo no hubiese sido advertido y hubiesen recuperado los documentos, el señor de Brienne estaría encantado. Será mucho más difícil pasárselos sin que el nuncio se entere; esto daría lugar a un incidente todavía más grave entre la Santa Sede y Francia. Monseñor Chigi será el encargado de las mediaciones entre los plenipotenciarios de Münster, y no se pueden perturbar desde el comienzo las negociaciones.

—¿Y si simplemente hubiesen sido los servicios de Brienne los autores del robo?

—No creo que, en ese caso, Aubray me hubiese encargado el asunto. Conoce mi temperamento. No suelto fácilmente la presa y le he prometido encontrar a los ladrones.

Louis sonrió. La respuesta de su amigo era pertinente. Se calló un instante antes de declarar:

—Me he encontrado esta mañana con Hugues de Lionne, uno de los secretarios de Mazarino. Me ha dicho que la policía del cardenal había identificado a mi atacante, que sin duda es quien dirigía a nuestro espía Claude Habert. Se trata de nuestro viejo amigo Fontrailles.

—¿Louis de Astarac? ¿De modo que está en París? ¡No tenía ni idea! ¿Pero cómo lo han sabido?

—Temo haber pecado de ingenuo. Al parecer me seguían los cómplices de Fontrailles, que a su vez debían de estar siendo seguidos por la policía del cardenal. Fontrailles se aloja en el palacio de Liancourt.

—¿En casa de La Rochefoucauld? ¡Ya entiendo! Es tan segura como una embajada extranjera. Y supongo que Fontrailles también habrá sido quien ordenó matar a Manessier.

—Sin duda.

—¿Tu viaje a Toulouse no puede esperar, Louis?

—No, la conferencia de Münster empieza dentro de unos días. Si soy capaz de proponer un nuevo código, debo hacerlo enseguida.

—¿Viajas con Gaufredi?

Louis suspiró:

—Sí, pero todavía he de encontrar un cochero. Puedo pedir a mi padre que me ceda a uno de los hermanos Bouvier, pero eso le causaría un grave quebranto porque lo dejaría sin servicio durante mucho tiempo, dado que también necesito que uno de

los dos se instale en Mercy para vigilar la seguridad del castillo.

—¡Qué contrariedad! —exclamó Gaston sacudiendo la cabeza.

Silencioso como siempre, Gaufredi permanecía apoyado en la pared, al lado de la única ventana de la torre. Louis se volvió hacia él:

—Debo visitar a un librero, Sébastien Cramoisy, que tiene su tienda en la calle Saint-Jacques. Tenemos el tiempo justo y la carroza nos retrasaría demasiado. Llévala al despacho, coge un caballo y ve al establecimiento Saint-Fiacre. Trata de encontrar a uno o dos cocheros para el viaje. Acuerda tú la soldada con ellos.

—¿Vais a ir a la calle Saint-Jacques a pie y solo? —se inquietó el viejo soldado.

—No te preocupes. Ahora ya no corro peligro. ¡No me voy a pasar la vida circulando por París con un guardaespaldas!

Gaufredi hizo una mueca para mostrar su desacuerdo pero no insistió.

—¿La visita a esa librería está relacionada con nuestros espías? —preguntó Gaston.

—Quizá. Todavía no está claro en mi mente. En realidad, me cuesta mucho dilucidar quién es Charles de Bresche. Margot Belleville me ha aconsejado que pregunte a Sébastien Cramoisy, que conoce a todos los libreros de París. Quizá él sepa algo más de este hombre.

Louis prometió a su amigo que estaría de vuelta lo más tardar a primeros de año. Y que pasaría a verlo tan pronto como volviese.

Sébastien Cramoisy había abierto su tienda de librero-impresor hacía cuarenta años, en la calle Saint-Jacques. Ahora la regentaban su hijo y su nieto, pero el cardenal Mazarino todavía le encargaba a menudo buscar libros raros para su biblioteca.

Louis no había coincidido nunca con él, aunque sí varias veces con grandes libreros parisinos como Pierre Rocolet, cuya tienda lucía un rótulo con la leyenda Aux Armes de la Ville, o con Guillaume Loyson, que se había instalado en la Gran Galería del Palacio.

Fronsac no estaba seguro de encontrar a Cramoisy en la calle Saint-Jacques, pues Margot le había dicho también que solía estar en la Imprenta real del Louvre, cuyo director era desde hacía tres años. De modo que tal vez sería una visita infructuosa.

La tienda estaba pintada de verde y su fachada no era más que una doble ventana de gruesos vidrios esmerilados. Louis entró en una pequeña pieza llena de estanterías de roble. El lugar olía a moho y a cuero viejo.

En lo alto de una escalera apoyada contra una biblioteca, un hombre de unos cincuenta años lo miró con ojos de miope. Tenía en su mano una lupa para ver de cerca.

«Es demasiado joven para ser Sébastien Cramoisy —pensó Louis— y demasiado viejo para tratarse de su nieto».

—Me gustaría ver a Sébastien Cramoisy —dijo, saludando con una inclinación de cabeza.

—Yo soy Sébastien Cramoisy, señor.

—Si no me equivoco, sois el hijo de la persona que deseo ver.

—En efecto, llevo el mismo nombre que mi padre, señor. ¿Qué le queréis? Permanecía encaramado en su escalera, la mirada inquisitiva, desafiante.

—Me llamo Louis Fronsac. Mi padre es notario en la calle des Quatre-Fils. Yo también lo era, pero he obtenido carta de nobleza por los servicios prestados a la Corona.

El hombre bajó de la escalera, ahora intrigado e interesado.

—¡Vaya! Eso es poco corriente —observó.

—Sin duda. Soy caballero de San Miguel.

—¿Qué queréis de mi padre?

Louis dudó.

—Me intereso por un librero parisino, vuestro padre los conoce a todos. Me han aconsejado que me dirija a él.

—¿Quién os ha aconsejado?

—Mi intendente. Se llama Margot Belleville; era librera como su padre.

—¿Morgue Belleville? Lo recuerdo. Lo torturaron y lo asesinaron.

—En efecto.

—¿Sabéis quién lo mató?

—Sí.

—¿Quién?

Louis hizo un gesto negando con la mano.

—No os lo diré. Sabed sólo que fue castigado.

El hombre se balanceaba de una pierna a otra, no ocultando sus dudas.

—¿Puedo creerlos? —preguntó finalmente.

—Si hubiese tenido más tiempo, habría podido obtener una carta de recomendación de monseñor Mazarino, pero dejo París el miércoles.

—¿Conocéis a Su Eminencia?

—A veces estoy a su servicio.

El librero se rascó la cabeza antes de declarar:

—¡Seguidme!

Abrió una puerta oculta tras una de las librerías de la pared y siguieron un oscuro corredor que los condujo a otra pieza, muy luminosa, en el lado opuesto de la casa. La sala tenía una ventana que daba a un jardín interior. Una pequeña estufa de hierro calentaba el lugar.

Un anciano con una corona de cabellos blancos y gruesos quevedos apoyados en el caballete de la nariz examinaba unos legajos delante de la ventana. Levantó los ojos de los papeles al oírlos entrar.

—Padre, un visitante desea veros.

El anciano miró a Louis con atención, antes de balbucir:

—No tengo el honor de conoceros, señor.

—En efecto, señor Cramoisy. Mi nombre es Louis Fronsac.

—¿Sois pariente del notario Pierre Fronsac?

—Es mi padre.

—Vos redactáis contratos de librería —siseó el anciano esbozando una sonrisa.

—Lo hacía. Pero ya no soy notario.

—Lo sé. Me han hablado de vos.

—El señor Fronsac me ha asegurado que conocía al cardenal Mazarini^[72], padre —intervino el hijo—. Únicamente por eso os he molestado.

—Has hecho bien, Sébastien. Casualmente fue Su Eminencia el cardenal Mazarini quien me habló del caballero. ¿Qué deseáis de mí, señor?

—Busco informes sobre un librero.

—¿Puedes dejarnos, Sébastien? —pidió el anciano a su hijo.

El hijo salió después de haber saludado respetuosamente a su padre.

—Monseñor Mazarini es un gran amante de los libros —afirmó el librero—. Se está haciendo con una inmensa biblioteca^[73] de obras prodigiosas. Cuando puedo, le propongo a Naudé^[74], su bibliotecario, las más raras ediciones. ¿Queréis ver lo que acabo de encontrar?

Louis se acercó a la mesa en la que descansaban dos ejemplares en cuarto magníficamente encuadernados y un pequeño en octavo.

Louis examinó el octavo. Era el poema épico de Madeleine de Scudéry, *El vasallo generoso*, en la edición de Agustín Courbé. El primer en cuarto era la nueva obra de Pierre Corneille, *Cinna*, en una edición de Toussaint Quinet. El segundo era un libro impreso por el propio Sébastien Cramoisy: *La historia genealógica de las casas de Guines, de Ardresy de Coucy*, de André du Chesne Tourangeau.

—Bellas obras —reconoció Louis—. Yo también tengo mi pequeña biblioteca.

—Lo sé. Por una confidencia de Su Eminencia. ¿Qué deseáis saber? —preguntó amablemente el anciano.

—¿Conocéis a un librero llamado Charles de Bresche? Tiene su tienda, Aux Armes de Rome, en la plaza Maubert.

—Conocía sobre todo a su padre —explicó Cramoisy tras una breve vacilación—. Un hombre cabal, bueno y cariñoso y, sobre todo, un excelente librero que sufrió lo indecible por las calaveradas de su hijo. Charles dejó Francia hace tres años; era un jugador empedernido y había perdido mucho en los garitos de juego. Su padre no podía pagar las deudas. El joven entró al servicio de un bribón que se hacía pasar por un gentilhombre para robar mejor a las viudas. Se fueron a buscar fortuna a Italia, donde su amo tuvo problemas, según me han dicho. ¿Qué fue de él? Estará pudriéndose en el fondo de alguna mazmorra. El caso es que Charles se encontró solo y arruinado. Por cierto que también se las da de noble y se hace llamar Charles de Bresche. Y utiliza otro nombre que he olvidado. Todo le valía para sobrevivir; se metió en tratos sucios y acabó mezclándose con los Barberini, de los que se ha convertido en una especie de lacayo y secuaz para sus más bajas necesidades. Fingía

bien, hablaba aun mejor y carecía de escrúpulos. Además, era hábil y cultivado. Se manejaba como pez en el agua en los asuntos turbios en los que la Iglesia no desea aparecer y lo recompensaron bien. Su padre se murió de pena el año pasado y el hijo, habiendo obtenido algunas obras y cuadros mediocres de los Barberini en pago por sus infames servicios, volvió a Francia. Vendió todo lo que valía algo tras una exposición en el palacio de Fleury. Recientemente, ha vuelto a abrir la tienda de su padre. Dicen que ha sentado cabeza —concluyó el anciano con el tono de quien no se lo cree.

—Conoce bien el negocio —dijo Louis con un tono neutro—. También me ha dicho que venía a veces a compraros libros.

—Bueno, no niego que pueda ser un buen librero. He hablado algunas veces con él y conoce el oficio. ¡Pero ciencia sin conciencia sólo es ruina del alma! Sea como fuere, sigue íntimamente ligado a la Santa Sede y, más exactamente, a los Barberini. Se dice que mantiene estrechos contactos con la Nunciatura, así como con el vicelegado apostólico Federico Sforza en Aviñón. Pero tal vez no sean más que habladurías y celos.

—¿Vuestros informadores son fidedignos?

—Yo también tengo estrechos lazos con la Iglesia —respondió el anciano con un rictus.

—Luego no deberíais reprochar al señor de Bresche su cercanía a la Santa Sede.

—No es su cercanía lo que me molesta, señor, es el uso que hace de ello, o que no ha hecho. El señor Bresche no dudaría en denunciarme por unos cuantos denarios si supiese que yo preparaba una obra que no gustase a Roma.

Louis permaneció silencioso. Esos informes confirmaban sus temores y arrojaban una nueva luz sobre sucesos recientes. Si Bresche era un espía al servicio de la Nunciatura, quizá Chantelou iba a su casa para pasarle el falso despacho. Eso justificaría que la tarde de la filtración el polígrafo hubiese tratado de alejar a Gaufredi.

De igual forma, la actividad de espionaje del librero podía explicar la visita de Fabio Chigi para algo más que la compra de un libro sobre Westfalia.

Pero ¿qué relación podía existir entre la librería Aux Armes de Rome y el marqués de Fontrailles?

Fronsac decidió visitar de nuevo a Bresche antes de partir. Intentaría hacerle hablar y averiguar algo más.

—Supongo que es inútil que os pregunte por qué os interesa el tal Bresche. Bresche a secas, dado que el *De* es postizo —precisó Cramoisy con una risa socarrona.

—Os agradezco todo lo que me habéis dicho, señor. Me habéis rendido un inestimable servicio. Monseñor lo sabrá.

El anciano sonrió asintiendo con la cabeza. Louis lo saludó y se internó de nuevo en el oscuro pasillo que llevaba a la tienda.

Por la tarde, Gaufredi volvió al despacho echando pestes. Tras horas de búsqueda, sólo había encontrado a un hombre capaz de conducir una carroza de cuatro caballos y dispuesto a partir para un viaje tan largo. El individuo al que había contratado se llamaba Gerould y deseaba ir a Castres, donde se encontraba su familia, lo cual significaba que no regresaría con ellos y que allí deberían contratar a otro hombre.

Louis habló con su padre, que aceptó que Guillaume Bouvier fuese a Mercy y que su hermano Jacques acompañase a Louis en calidad de cochero. Pero Louis se daba cuenta de que ese arreglo contrariaba a su padre; dentro de una semana debía firmarse un importante contrato de matrimonio en el despacho y, en esa ocasión, los padres de la novia llevarían allí la dote en escudos de oro y plata. Habría alrededor de cien mil libras, lo que implicaba custodiar varios sacos de monedas durante algunos días.

Aunque dicho transporte fuese efectuado por guardias armados que permanecerían allí, el señor Fronsac habría preferido tener consigo a los hermanos Bouvier.

Gaufredi tenía aún todo el día siguiente para intentar encontrar a un segundo cochero.

Martes, 8 de diciembre de 1643

Puesto que debía esperar la carta de Hugues de Lionne, Louis disponía de una jornada antes de su partida. Decidió aprovechar la mañana volviendo a caballo con Gaufredi para visitar a Charles de Bresche. El mediodía lo dedicaría a una visita de cortesía a la marquesa de Rambouillet.

Louis deseaba interrogar más demoradamente al librero sobre su viaje a Roma para tratar de comprender el papel que podía desempeñar junto al nuncio. Estaba asimismo decidido a hablarle de Chantelou, a sabiendas de que, si en realidad era un espía del Papa, y por ende hábil, no sacaría nada de él.

Charles de Bresche pareció alegrarse de ver de nuevo a aquel cliente que ya le había comprado varios libros, aunque no apreciase demasiado al reitre de aspecto feroz que lo acompañaba.

—A mi querida esposa le ha encantado *El pastor extravagante* —inició la conversación Louis—. Ahora le apetece otro libro de Sorel, ¿qué os parece *El correo verdadero*?

—¡Lo tengo! —respondió al punto Bresche, señalando una estantería.

—Por desgracia, viajo a Toulouse y no podré llevárselo hasta dentro de un mes. ¿Sería posible que me lo guardaseis?

—¡Por supuesto!

El librero se calló un instante antes de preguntar:

—No quiero pecar de indiscreto, pero ¿cómo iréis a Toulouse?

—En mi carroza. He tenido que contratar un cochero de refresco, pues sólo llevo uno conmigo, y los caminos están en muy malas condiciones.

—Os entiendo. Hace tiempo que quiero ir a Toulouse, a casa de un colega, para traer unos libros que me guarda y que vienen de España. Pero ante tamaño viaje no hago más que posponerlo.

—¿Queréis que os los traiga? —propuso un servicial Louis—. Sólo me quedará un par de días, pero espero disponer de tiempo para hacerlo.

—Es muy amable por vuestra parte. Desgraciadamente, necesito ver las obras antes de pagarlas.

Guardó silencio de nuevo; luego, su rostro se iluminó como si se le hubiese ocurrido una idea repentina.

—¿Me llevaríais con vos? Me habéis dicho que necesitabais un cochero. Yo puedo conducir vuestra carroza, estoy habituado a llevar las riendas.

Cogido de improviso, Louis no respondió de inmediato. ¿Sería buena idea? Si Bresche era peligroso, no era prudente tenerlo con él. Luego se dijo que tal vez fuese una oportunidad: durante un viaje como aquél, malo sería que no pudiese sacarle información. Y, después de todo, Gaufredi estaba allí para protegerlo.

—El caso es que partimos mañana antes del alba —explicó Louis.

—Puedo estar listo a esa hora, señor —insistió Bresche—. Cerraré mi tienda, y mi vecino la vigilará. Es una ocasión excelente para hacerme con esos libros, pues ya tengo unos clientes dispuestos a comprármelos a buen precio.

—¿La Nunciatura, quizá?

Bresche pareció sorprendido.

—¿Por qué?

—Una absurda asociación de ideas —sonrió Louis—. La última vez que estuve aquí, me pareció veros con monseñor Fabio Chigi, y he pensado de inmediato en algo que un amigo me contó ayer: unos ladrones se introdujeron en la Nunciatura y robaron importantes documentos pertenecientes a monseñor Chigi. Espero que esos pillos no se hayan llevado el libro que os compró, y en tal caso el nuncio podría desear compraros otro.

—No sé... no estaba informado de ese robo... —balbució el librero.

Bresche parecía tan desconcertado que Louis tuvo la certeza de que mentía. De modo que decidió anticiparse a su interlocutor:

—Monseñor Chigi será uno de los plenipotenciarios del Santo Oficio en el congreso de Münster —prosiguió en tono confidencial—. Los ladrones debían de estar bien informados. ¿Sabéis que asesinaron a un hombre en su casa del puente de Notre-Dame, hace unas semanas? Un polígrafo que trabajaba para el señor de Brienne, nuestro ministro de Asuntos Exteriores. Mi amigo está convencido de que ambos asuntos están relacionados.

—En efecto... Es muy preocupante... Vuestro... amigo parece bien informado... —tragó saliva Bresche.

—¡Ya lo creo! Es comisario en el Châtelet. Y el encargado de investigar el asunto. ¿Os hago una confidencia? Jamás ha fracasado en la búsqueda de los criminales. Por supuesto encontrará a los culpables y maese Guillaume^[75] se ocupará de ellos en la plaza de la Grève. Les aplicarán tormento de tenazas en las tetillas, en los brazos y en las piernas. Tras lo cual, Guillaume verterá en sus heridas plomo o azufre fundido y pez hirviendo. Por último, sus cuerpos serán desmembrados por cuatro caballos^[76]. Pero no quiero haceros perder más tiempo. ¿Estáis seguro de que podéis conducir nuestro tiro?

—Se... seguro —balbució el librero.

—Muy bien. Pasaremos a recogeros mañana a las seis. Estad preparado.

—Yo... yo conozco alg... algunos albergues en Toulouse —propuso Charles de Bresche, como si quisiese hacer olvidar su confusión.

—Gracias, pero nos alojaremos en el palacio de la marquesa de Castelbajac. Un amigo me ha dado una carta de presentación para ella. Creo que podrá albergarnos a todos sin problemas.

Louis se fue de la tienda convencido de que Charles de Bresche estaba en buenas relaciones con la Nunciatura, y quizá fuese uno de sus agentes. Era evidente que

estaba al tanto de la visita al palacio del nuncio apostólico. Lo había pillado tan desprevenido con sus preguntas que fue incapaz de inventar una respuesta convincente. Había negado, claro, pero de forma tal que su mentira era evidente y su rostro se había demudado al hablar Louis de maese Guillaume. Sólo los culpables, o los que tenían algo que ocultar, se comportarían así.

Pese a todo, Louis no veía aquello nada claro. ¿Había sido Bresche quien había robado en la Nunciatura? ¿Por qué razón hacerlo si trabajaba para ellos? ¿Había sido él quien había matado a Manessier? ¿Estaba compinchado con Fontrailles?

Cabalgaba en silencio detrás de Gaufredi, dudando sobre lo que debía hacer. Sólo tenía una certeza: Chantelou se había encontrado con Bresche. ¿Le habría entregado el falso despacho? ¿Sería él el espía y no Claude Habert? ¿Pero por qué este último había intentado matarlo? ¿Y qué hacía Garnier con su hermano y su hermana en la hospedería de Holanda?

¿Debía ir a ver a Brienne antes de partir y pedirle que apartase del servicio a Chantelou y a Garnier? Pero, en ese caso, ¿quién cifraría los despachos?

Sin saber muy bien a qué carta quedarse, finalmente decidió no hacer nada.

Al mediodía, Gaufredi volvió al Saint-Fiacre a buscar al cochero que había contratado a fin de que preparase la carroza. Louis pidió una silla de manos para acudir a casa de la marquesa de Rambouillet.

No le apetecía nada llegar a la cámara azul empapado de lodo y, además, no había llevado consigo suficiente ropa como para ponerla perdida con el fango de las calles.

El administrador de la marquesa lo condujo de inmediato ante ella. Como de costumbre, Catherine de Vivonne-Savelli se hallaba recostada en su lecho de gala, cubierto de seda azul. En la pequeña calleja^[77] estaba sentada la señora Cornuel, que pareció encantada de ver llegar a Louis sin compañía.

La marquesa sonrió a su visitante y le hizo señas para que tomase asiento al lado de Anne.

Louis besó a su tía —aunque en realidad la señora de Rambouillet era tía de su esposa—, luego saludó a la señora Cornuel con cierta solemnidad, lo que provocó una risita crispada de la joven.

Anne Cornuel era famosa —mejor sería decir temida— por su ironía mordaz, sus burlas y sus réplicas. Nadie la quería como enemiga, pues no ocultaba sus sentimientos, y quien le desagradaba pasaba a cargar al punto con algún sobrenombre que lo seguía adondequiera que fuese. Huelga decir que había sido ella quien había bautizado al duque de Beaufort y a sus amigos como los «Importantes», un sobrenombre tan cáustico que los había desacreditado rápidamente.

Desde hacía un tiempo, se le había metido entre ceja y ceja llevarse a Louis a su cama. Admiradora de Mazarino, profesaba además un profundo afecto por el joven, simplemente porque había arriesgado su vida al servicio del ministro. Le había dicho muy seriamente a Vincent Voiture, quien se encargó de repetírselo a Louis, que la descendencia nacida de su amor sería un poderoso sostén de la Corona. ¡Ni más ni

menos!

Como la joven estaba muy satisfecha de sus rasgos finos, su nariz respingona, su mentón puntiagudo y sus ojos rasgados, que le conferían una expresión a la vez insolente y alegre, no dudaba de alcanzar rápidamente sus fines.

Anne corrió su asiento para hacerle sitio a Louis. Cuando el exnotario se hubo sentado, le cogió la mano con ternura.

—¿Julie no ha venido? —preguntó la marquesa, alarmada por la familiaridad de su amiga.

—Se ha quedado en Mercy, tía. Sólo estoy de paso en París. Parto mañana para Toulouse —respondió Louis retirando su mano.

—¿Y qué vais a hacer tan lejos en período invernal, amigo mío? —se asombró Anne siempre ávida de saberlo todo.

—Debo reunirme con un magistrado, señora.

—¿Y os corre tanta prisa? —preguntó la joven con acritud.

—Sin duda, señora, siendo al servicio del rey.

Viendo que no le sacaría nada más, la joven alzó el torso en señal de despecho y tratando de realzar su escaso busto.

—Anne, sabéis que Louis es la discreción personificada —la reprendió la marquesa—. En vano le haréis decir lo que no puede confesar.

—Tenéis razón, señora —sonrió Anne Cornuel—. Pero me muero de curiosidad. ¿Podréis perdonarme, caballero? —preguntó zalamera.

—Desde luego, señora, siempre que cumpláis el castigo de contarme lo que está pasando en este momento en París.

Louis sabía que nada podía placer más a Anne Cornuel que los chismorreos de la corte.

—Con mucho gusto, señor —sonrió ella—. En primer lugar, ¿sabéis que el señor de Enghien ha vuelto de la guerra con sus petimetres?

—No lo sabía, señora, pero lo imaginaba.

—Aureolados por sus victorias, los amigos de Enghien se comportan en todas partes como bárbaros insolentes, y el duque arde en deseos de batirse con los Importantes. O lo que queda de ellos.

—Todo el mundo se ha unido al cardenal Mazarino —observó prudentemente Louis—. Ya no quedan Importantes.

—Eso dicen. Sin embargo, todavía está pendiente el asunto de la carta atribuida a la señora de Longueville...

—La señora de Montbazon se ha excusado por haber difundido esos rumores.

El escándalo se había destapado en primavera.

Habían encontrado en casa de la señora de Montbazon, entonces amante del duque de Beaufort —uno de los cabecillas de los Importantes—, dos pliegos tirados en el suelo, sin lugar a dudas cartas de una mujer a su amante. En una de ellas, confesaba haberle ofrecido *todas las ventajas que podía desear* y en la otra le

recordaba haberlo *recompensado con largueza*.

El señor de Guisa aseguró que había visto caer las cartas del bolsillo del señor de Coligny. La señora de Montbazon afirmó reconocer la letra de la señora de Longueville, la hermana del duque de Enghien. De modo que la joven, que acababa de casarse, no era más que una pelandusca puesto que ¡ya era la amante de Coligny!

Resultó ser una calumnia. Los dos amantes eran en realidad el marqués de Maulevrier y la señora de Fouquerolles. La señora de Montbazon se había visto obligada, muy a su pesar, a reconocer su error en público.

Luego, los Importantes se habían dispersado. Algunos, como el duque de Beaufort, habían sido detenidos; otros habían huido, caso de Henri de Campion, y otros, como la duquesa de Chevreuse, estaban confinados en sus tierras.

—¿Sabéis que la señora de Montbazon ahora es la amante del duque de Guisa? —preguntó Anne Cornuel volviendo a coger la mano de Louis y apretándosela con fuerza.

—Me lo habían contado, señora. Supongo que habrá olvidado al señor de Beaufort.

—¡El señor de Beaufort está en prisión y la señora de Montbazon sin blanca! De modo que Guisa la ha comprado.

Louis se acordaba de la frase de su amigo Gondi respecto a la señora de Montbazon: «Nunca he visto a nadie que haya conservado en el vicio tan poco respeto por la virtud».

—Figuraos, amigo mío, que ayer el duque de Guisa se cruzó con el señor de Coligny e ironizó delante de él sobre la señora de Longueville. Coligny replicó burlándose de la virtud fácil de la señora de Montbazon —prosiguió la joven.

—Las familias de ambos se odian desde tiempo inmemorial —intervino la señora de Rambouillet—. El abuelo de Guisa, el Caracortada, hizo asesinar al abuelo de Maurice de Coligny.

—¿Podrían llegar a batirse? —se inquietó Louis pensando en el nuevo cargo de Coligny en el servicio de los despachos cifrados.

—No hay que descartarlo —dijo Anne—. Enghien y sus petimetres no hacen más que gallear para enzarzarse en esa querrela. En cuanto a Guisa, no se puede decir que trate de apaciguarlos precisamente.

—No olvidéis que está loco, como ha dicho acertadamente la señora de Chevreuse —intervino la señora de Rambouillet—. ¿Os habéis enterado de las atrocidades que ha cometido, incluso en la abadía de su hermana?

—Se lo oí comentar hace unos días al mismísimo Le Tellier, señora.

—¡Violentar a las esposas de Cristo! —exclamó la marquesa, con el rostro demudado.

—Mas para que haya duelo, señora, es preciso un desafío. El señor de Coligny no se atreverá a desafiar los edictos del rey. Y el duque de Guisa ha tenido tantos encontronazos con la justicia que se librárá muy mucho de provocarlo.

—No creáis, Louis —replicó la marquesa—. Enghien está indignado y no perdona que hayan insultado a su hermana. Ya habría desafiado a Beaufort si no fuese porque está en prisión. Ahora bien, Coligny está considerado como el caballero andante de la señora de Longueville. Sus amigos no paran de insistirle en que no puede esconderse. Lo comentábamos ayer mismo con el señor de La Rochefoucauld, que estaba ahí, donde estáis sentado vos. Conoce bien a Enghien, aunque su amistad se haya enfriado; el duque le aseguró que no podía testimoniar su resentimiento hacia el señor de Beaufort, pero que dejaba a Coligny la libertad de batirse en duelo si ése era su deseo. ¿Cómo va a rechazar Coligny ese duelo sin pasar por un cobarde?

—Un enfrentamiento sería terrible —prosiguió Anne—. Coligny ha vuelto muy enfermo de la campaña militar. Es un soldado, no muy ducho en esgrima, mientras que Guisa practica varias horas al día en una sala de armas.

—¡Pero los duelos están prohibidos, señora!

—¿Creéis que Mazarino será tan severo como Richelieu en asuntos de honor, señor? —preguntó la marquesa dubitativa.

Cuando Louis volvía al despacho de su padre, su silla de manos se cruzó con una carroza por la calle de la Verrerie. Extraña coincidencia del destino: el marqués de Fontrailles iba en aquel carruaje, y de excelente humor, por cierto. Acababa de pasar una hora y pico con el duque de Guisa, quien le había prometido actuar según sus deseos después de haber leído la carta de la duquesa de Chevreuse.

—Los deseos de mi prima son órdenes para mí —le había dicho amablemente Guisa—. Confieso no entender lo que perseguís, marqués, pero confío en vos. Sé que habéis obrado siempre en pro de nuestra causa. Adivino también que al marqués de Enghien le encantaría que Coligny me provocase, pero el nieto de Amiral es más razonable que su amo. Yo, en cambio, no he buscado jamás la confrontación con él. ¿Qué me reportaría un duelo si no más molestias judiciales? Pero ya que Maurice de Coligny os molesta, y molesta a mi prima, sabré despertar en él el deseo de defender a su amada. Podéis estar seguro de que a partir de mañana no dudaré en recordar a quien quiera oírlo lo fácil de seducir que es la señora de Longueville. Mi amiga la señora de Montbazon hará lo mismo, y si Coligny no es un cobarde, vendrá a arrojarme su guante.

De vuelta en el despacho, Louis se encontró a Gaufredi en el establo, en compañía de un hombrecillo seco y arrugado que parecía un anciano. Sin embargo, Gaufredi le había dicho que el cochero que había contratado no pasaba de los cuarenta. Louis pareció contrariado: ¿Cómo iba a soportar aquel alfeñique que parecía un vejestorio las fatigas del viaje?

—Señor marqués —dijo Gaufredi—, éste es Gerould, un exartillero convertido en cochero en Saint-Fiacre, que me asegura haber hecho el camino de Toulouse en diligencia muchos años. Lo conoce muy bien. Le estaba mostrando vuestra carroza y los caballos para que los examine.

La carroza de Louis era un coche que había comprado poco después de su

matrimonio. Las ruedas delanteras eran pequeñas comparadas con las traseras, mucho más grandes. Aquella disimetría facilitaba las maniobras y amortiguaba algo los baches del camino.

Una sólida telera unía, bajo el coche, el tren trasero al delantero, y la suspensión estaba constituida por una sopanda forrada de cuero. La flexibilidad de la sopanda proporcionaba un cierto confort a los pasajeros, que se beneficiaban de dos banquetas cubiertas de cuero leonado. Las portezuelas, provistas de cristales y forradas de cortinillas laterales, aislaban bastante bien del frío. El techo abombado, de carpintería, estaba recubierto de cuero sobre el que se deslizaba la lluvia. Dos zancajeras exteriores ayudaban a subir y bajar del coche.

Gerauld expresó su opinión sobre la carroza en una lengua dominada por el rodar de las erres y Louis no entendió ni jota de lo que decía. El cochero se esforzó entonces en vocalizar y evitar las palabras de su dialecto.

—Es un buen coche, señor, ligero y sólido —gruñó—. Sólo el freno parece algo flojo. Con cuatro caballos como tenéis, deberíamos rodar a un buen paso.

—¿Cuánto tiempo calculáis?

—Es difícil de decir, señor. Hasta Bourges, deberíamos encontrar postas con caballos. Si están frescos, y estamos seguros de poder cambiarlos cada cuatro leguas, iremos a buen paso. Tenemos nueve horas de luz en este momento, y se puede rodar tranquilamente durante cuatro horas por la noche con faroles. Si el tiempo sigue seco, podemos estar en Toulouse dentro de diez días.

—Magnífico. ¿Conocéis la ruta?

—Perfectamente, señor, y sé también dónde están las mejores postas y hospederías. Pero el viaje os costará caro, sobre todo si cambiamos a menudo de tiro. En las postas piden como mínimo veinte soles por caballo y eso cada cuatro leguas. A veces el doble, porque andan escasos de caballos.

—Lo sé, no os preocupéis.

Louis había hecho una previsión de gasto de unas veinticinco libras por día, más la comida y el alojamiento. Una suma de entre doscientas a cuatrocientas libras para ir y otras tantas para volver. Había dispuesto un millar de libras para ese viaje, en escudos de plata y luses de oro, en un cofre de hierro. Era una respetable suma.

—Gaufredi, ¿has elegido las armas necesarias? No me gustaría que nos robasen por el camino.

—He preparado una docena de pistolas, señor, así como unos cuantos mosquetes, un arcabuz y dos carabinas. Todos en perfecto uso.

—Vos viajaréis en el pescante, con Gaufredi o con el otro hombre que nos acompañará —explicó Louis a Gerauld—. Os turnaréis para reposar en la carroza.

—¡No, señor! —exclamó el cochero sacudiendo la cabeza de derecha a izquierda—. Para llevar un buen ritmo debo conducir como los correos. Vuestros amigos llevarán las riendas, pero yo montaré a caballo del varal izquierdo para dirigir no sólo mi montura sino también el recadero de la derecha y los otros dos delante.

—¿Y aguantaréis en la silla todo el día?

—Pues claro, señor. Es mi oficio. Puedo pasar así catorce horas, con tal de que me paguen con un buen lingotazo en las postas.

—Os darán lo que pidáis —prometió Louis—. Aparejad el coche a vuestro gusto. Partiremos a las seis con faroles para iluminarnos. Pasaremos por la plaza Maubert para recoger a un hombre que os ayudará. También sabe conducir tiros. Gaufredi, pedid a Richepin que disponga lo necesario para alojar a Gerauld. Esta noche cenará con nosotros.

Louis los dejó y se reunió con su padre, que lo esperaba impaciente en su gabinete. Un mosquetero había llevado al mediodía un grueso sobre sellado con lacre rojo. Se lo entregó a su hijo.

Era el sello de armas de Hugues de Lionne. La carta estaba dirigida a la marquesa de Castelbajac. Louis la examinó largo rato, pero, a menos que rompiese el sello, era imposible saber qué contenía.

La carta fue guardada en el equipaje.

Diciembre de 1643

La diligencia —es decir, el transporte público— tardaba treinta días en hacer el viaje de París a Toulouse. En carroza, y rodando entre diez y catorce horas al día, sólo les llevaría diez, pero con la incomodidad de conducir ellos mismos. Mal protegidos de la intemperie, con frío, bajo lluvia, nieve o granizo, también deberían ir atentos tanto a las trampas del camino como a los humores de los caballos. Sólo Louis, en el interior, se beneficiaría de un cierto bienestar, aunque fuese bamboleándose sin cesar como si se tratase de un bulto del equipaje.

Todavía era noche cerrada cuando salieron. Helaba. Gerauld había montado en el animal de cabeza. En la cruz del caballo había colgado un farol. En el exterior, en la silla delantera de la carroza, Gaufredi había dispuesto también un fanal protegido por un cristal de aumento. Aun así, los dos faroles apenas aclaraban el camino.

En el coche, arrebujado en una gruesa capa de lana, Louis, mal que bien, se calentaba gracias a un pequeño brasero de carbón de leña, fijado por medio de unas cinchas al suelo del vehículo.

Llegaron sin contratiempos a la plaza Maubert. Las innumerables mulas que trasladaban a los magistrados que iban a palacio dejaban paso franco a la carroza al oír los incomprensibles juramentos del cochero. Para los que no se apartaban con diligencia, Gaufredi hacía restallar su látigo.

Charles de Bresche esperaba delante de su tienda con un modesto equipaje, un simple saco de cuero raído. Louis lo hizo subir frente a él. Hacía demasiado frío para hablar y los dos hombres se fueron adormeciendo con los crujidos y traqueteos del vehículo. Hasta el amanecer, la marcha del vehículo apenas sobrepasó el paso de un hombre. Pero a la salida de la ciudad, con las primeras luces del día, Gerauld se instaló en el segundo caballo y puso el tiro, primero al trote, y luego al galope.

Los dos pasajeros se vieron pronto sacudidos de un lado a otro. El cochero hacía correr a los equinos en las pendientes a una velocidad tal que Louis tenía a veces la horrible sensación de que el coche iba a adelantar al tiro y proseguir su carrera solo. Había momentos en que era lanzado contra las portezuelas y debía agarrarse a su asiento para no ser proyectado contra Charles de Bresche. Tuvo el tiempo justo de cerrar la tapa del brasero para apagarlo.

El camino era recto y estaba poco frecuentado todavía. El espantoso traqueteo prosiguió durante cerca de una hora. «Nunca Nicolás había conducido a semejante velocidad», pensaba Louis con inquietud. ¿Resistiría el carruaje esa marcha endiablada?

Por fin, el tiro aminoró la marcha. Se acercaban a un pueblo y el coche entró por un gran portalón en el vasto patio de una casa al borde del camino real.

Había bastantes caballerías y también otros coches. Varios caballos

desenganchados abrevaban en dos grandes pesebres de piedra. Habían llegado a la primera posta.

Gerauld ya se había apeado y daba órdenes a los palafreneros. Louis y Bresche descendieron también, titubeantes y aturridos por el vapuleo que acababan de sufrir.

Gaufredi metía prisa a los mozos de cuadras para que cambiasen los caballos.

—¿Mucho traqueteo, señor? —preguntó a su amo bajando del pescante.

—¡Menuda paliza! ¡En mi vida lo he pasado peor! —murmuró Louis.

—Gerauld conoce su oficio, señor. Con él, ¡estaremos en Pithiviers esta noche! Agarraos como podáis para no salir herido. Si el camino se mantiene así, irá todavía más rápido; dentro de dos días, ya no será posible. Id al comedor del albergue y tomad una sopa caliente. Os iré a buscar en cuanto haya terminado.

—¿Dónde está Gerauld?

—O en la cocina o en el comedor comunitario, señor. Para mantener esa velocidad con este frío, le hace falta alcohol.

Louis le deslizó una docena de escudos para pagar al dueño de la posta.

—No pierdas de vista el coche —le recordó.

Los asientos interiores de la carroza no eran, en realidad, más que dos cofres que se cerraban con llave. Estaban herrados y habría sido difícil forzarlos, pero Louis no quería correr ningún riesgo. En uno de ellos se encontraban las armas y en el otro los equipajes, así como un cofrecillo que contenía un millar de libras, todo el dinero del viaje.

En la sala donde recobraban sus fuerzas una docena de viajeros, descubrieron a Gerauld vaciando una frasca de vino. Louis y el librero se sentaron a su lado. Louis hizo señas a una criada indicándole que quería dos tazones de sopa. La joven se los llevó al punto, con un pan de borona para mojar.

—¿Resistirá esa marcha el coche, Gerauld?

—No os preocupéis, señor, es sólido. Y si no tuviese tanto ringorrango, habría podido ir más rápido —añadió el cochero con voz aguardentosa.

—¿Llegaremos esta noche a Pithiviers?

—Con tal de que haya bastantes caballos de refresco en el camino, desde luego que sí. Hay una posta cada cuatro leguas. En principio, si hay suficientes animales de refresco, podré mantener esta marcha bastante tiempo. La próxima parada será dentro de una hora y media.

Terminó su vino y se levantó. Louis observó en ese momento que su rostro y su nariz estaban escarlatas y se preguntó si sería por el frío o por el alcohol.

—Llevalde pan y un tazón de sopa a Gaufredi —propuso al cochero—. Enseguida nos reuniremos con vosotros.

Y, volviéndose hacia el librero:

—¿Estáis listo para conducir? Gaufredi subirá conmigo hasta la próxima posta.

—¡Dios sea loado! —bromeó Charles de Bresche—. Prefiero mil veces el pescante que esa caja removida como un corcho en la tempestad.

Terminaron su sopa y se dirigieron a las cuadras. Las bestias acababan de ser atadas al vehículo. Gerould verificaba cuidadosamente sus cinchas. Louis observó por primera vez sus enormes botas de grueso cuero negro de doble espesor.

Bresche, que también calzaba botas, subió al pescante mientras Gaufredi se instalaba en el interior, frente a su amo.

Reanudaron la marcha. El cochero puso el tiro a galope tendido y los dos pasajeros tuvieron que agarrarse para no salir despedidos.

Entre dos tumbos, Louis interrogó a Gaufredi acerca de las botas de su postillón.

—Están reforzadas con hierro por dentro, señor. Donde él va, el timón puede golpearlo con violencia. Esas botas le evitan tener las piernas rotas.

A continuación, hablaron de su estancia en Toulouse. Fronsac recordó a su compañero que se alojarían en casa de una amiga de Hugues de Lionne, y que debería vigilar discretamente a Charles de Bresche.

La víspera, antes de partir, Louis le había comunicado sus sospechas respecto al librero.

—No entiendo por qué lo lleváis con vos —había protestado el viejo soldado—. ¡No sabéis nada de ese hombre! Si atenta contra vuestra vida en el coche, ni siquiera yo me daría cuenta.

—Me haré el tonto y le daré confianza —lo tranquilizó Louis—. No estoy seguro de nada pero es una ocasión magnífica para tratar de entender los misterios que rodean el robo de los despachos. Lo acribillaré a preguntas y tengo fundadas esperanzas de que antes o después se traicionará.

Gaufredi había sacudido la cabeza visiblemente escéptico.

—A la mínima sospecha de que os amenaza, lo mato.

—Preferiría que tú también hicieses el paripé, querido Gaufredi. Olvídate de matarlo; mejor trata de ganarte su amistad, por ejemplo, hablándole mal de mí. Tal vez entonces te desvele sus planes e intente hacerte su cómplice.

—Ese papel no me va nada, señor —protestó el soldado.

—Ya lo hiciste cuando estabas en la guerra —le sonrió Louis—. Estoy seguro de que podrás hacerlo de nuevo.

Los dos hombres acabaron durmiéndose con el violento traqueteo del coche y no despertaron hasta la posta siguiente.

Era una hostería mucho mejor que la primera. Louis salió a estirar las piernas. El sol brillaba y la temperatura era más suave. Gerould ya estaba en el comedor comunal vaciando un pichel de vino, mientras Gaufredi vigilaba a los palafreneros. El librero se reunió con Louis para caminar algunos pasos con él.

—Creo que le he cogido el tranquillo —le explicó con una risita—. Ya había conducido tiros semejantes en Italia, hace dos años.

—¡Vaya! Me encantaría oírlo. ¡Cómo me gustaría ir a Roma algún día!

—Conozco algo de mundo, podría ayudaros —sugirió Charles de Bresche—. ¿Sabéis dónde pernoctaremos?

—En Pithiviers, por supuesto, si encontramos las postas esperadas.

—Las encontraremos. Hasta Orleans no faltan. Los dueños de postas compran muy cara la concesión pero tienen el monopolio de los caballos y vehículos para los viajeros. De modo que les va la vida en ello y se preocupan de que siempre haya animales para alquilar. ¿Sabéis que este oficio tiene un montón de ventajas?

—Confieso mi ignorancia —mintió Louis.

—Reciben una magra paga —unas doscientas libras al año—, pero son alojados gratuitamente en la posta. Están exentos del pago del pecho, exonerados de impuestos por las tierras que posean, francos del servicio militar y, sobre todo, libres para negarse a alojar a soldados en campaña. Sé todo esto porque amo los caballos y, si tuviese dinero, habría comprado un cargo como ése.

El dueño de la posta llegó en ese momento para cobrar. Pedía veinticinco soles por caballo. Una suma más elevada de lo normal pero que Louis pagó sin rechistar con un luis de oro. El hombre le devolvió veinte soles. En principio, los caballos frescos estaban reservados para los estafetas del servicio de correos, pero aquellos apaños eran para el dueño una fuente suplementaria de ingresos.

Había en efecto numerosas postas en aquella parte de Orleans y el camino era suficientemente llano y recto como para que Gerauld mantuviese su endiablada marcha. Comieron rápidamente en torno a las dos de la tarde. El rostro del cochero estaba cada vez más escarlata y se metió entre pecho y espalda otros dos jarros de vino.

La tarde transcurrió con los mismos traqueteos. A veces, Bresche hacía compañía a Louis; otras, era Gaufredi. Sólo el cochero rehusaba entrar en la carroza. Cuando no dormitaba, Louis observaba el paisaje. Vastas llanuras uniformes, campos perdiéndose en la lejanía y, aquí y allá, grandes granjas fortificadas.

Luego cayó la noche. Justo antes de encender los fanales, Louis entrevió Pithiviers, colgado de un picacho sobre el río. El tiro se puso al paso para hacer las dos últimas leguas y entró por una puerta cochera en el patio pavimentado de una amplia casa. Louis descendió del carruaje. Hacía frío y se dirigió sin perder un minuto hacia el comedor; Gaufredi se encargaría del equipaje. Las escaleras y galerías de madera que corrían por la fachada permitían acceder a los alojamientos de los viajeros. Consiguieron dos cuartos, Louis se instaló con Gaufredi y el cochero con el librero. En ambos cuartos había un gran lecho para dos. Un inesperado confort.

Cenaron con buen apetito en el comedor comunal y Gerauld bebió más de la cuenta. Louis manifestó su preocupación a Gaufredi, que le explicó que era lo normal entre los cocheros. No podían mantenerse en pie más que bebiendo, y aquél era incluso mejor que otros, pues sólo bebía vino y no aguardiente, como acostumbraba aquella gente.

Mientras devoraba su guiso, Gerauld los previno acerca del macabro espectáculo que los esperaba al día siguiente al atravesar el bosque de Orleans.

—Los ladrones y asesinos son tan frecuentes por estos pagos que a los bandidos

que capturan los cuelgan de los árboles que orillan el camino, para que los viajeros puedan constatar que los prebostes y los sargentos hacen bien su trabajo.

La policía estaba asegurada por los prebostes en los pueblos y por los tenientes criminales en las bailías. En el campo, el mantenimiento del orden dependía de los prebostes y los mariscales, una organización militar creada por Felipe Augusto para reprimir los crímenes de los soldados desertores.

Los prebostes podían juzgar sin apelación a los individuos pillados en flagrante delito, lo que no era el caso para los criminales juzgados ante los tribunales de primera instancia y los parlamentos. Podían proceder ellos mismos a los interrogatorios y pronunciar la sentencia inmediatamente, sentencia que también ellos se encargaban de ejecutar, en general colgando a los reos.

La jurisdicción de un mariscal de Francia estaba constituida por brigadas de jinetes llamados arqueros de la gendarmería, si bien arcabuces y fusiles habían sustituido desde hacía tiempo a sus arcos.

—Una vez juzgados y condenados —prosiguió Gerauld con una risa macabra—, el preboste los cuelga de los árboles del camino, en el mismo lugar en el que han cometido su crimen. Los pájaros se ocupan de él. Mañana veréis a todos esos ahorcados arracimados a cada lado del camino. Durante una legua no hay más que cadáveres colgados de las ramas que el viento balancea. En la época en que yo solía hacer esta ruta, los conocía y los saludaba. Pero no respondían jamás. Un invierno, me acuerdo de haber visto allí a una mujerona que permaneció entera durante mucho tiempo, totalmente despojada de sus ropas. Sus largos cabellos negros flotaban al viento mientras los cuervos volaban en torno a ella para disputarse su carne todavía firme. Era un bonito espectáculo, pero el hedor infecto nos seguía hasta las puertas de las ciudades^[78].

Pese a tan tétrico relato, Louis durmió como un tronco. Partieron al alba, sin asearse ni afeitarse, bebiendo sólo un tazón de caldo con borona.

En el camino, Louis examinó los cuerpos apergaminados, efectivamente muy numerosos. Los cuervos se balanceaban en las cabezas de los cadáveres que miraban pasar a los viajeros desde los cuévanos vacíos de sus ojos. Vio a varias mujeres e incluso a algunos niños.

Gaufredi y él mantuvieron sus armas al alcance de la mano durante todo el tiempo que tardaron en atravesar el bosque. Gerauld se había pasado una pistola al cinto. Pero o bien los bandidos habían sido todos colgados, o no tenían ganas de enfrentarse a ellos, pues el trayecto se desarrolló sin tropiezos. La única dificultad se presentó al vadear un río cuya corriente estuvo a punto de arrastrar a un caballo. Gerauld, sin embargo, a fuerza de brazos, fue capaz de hacer nadar a los animales. Fue el único incidente reseñable antes del trayecto de La Ferté Saint-Aubin. Una etapa de veinte leguas.

Al día siguiente, emprendieron el camino a Bourges. Una distancia de veinticinco leguas por el Berry. Como en el colegio de Clermont Louis había estudiado los

Comentarios de César sobre el país de los biturigios, miraba con atención el paisaje tratando de localizar los sitios.

Gerauld seguía conduciendo igual de rápido y bebiendo a igual velocidad. Estuvo a punto de llevarse por delante a un grupo de monjes en un pueblo y mandó a la cuneta a dos viajeros montados en una mula que no se apartaron lo bastante rápido.

Pernoctaron en un sórdido albergue en el centro de Bourges, la antigua Avaricum. Louis lamentó no haber tenido más tiempo antes de su partida; habría ido a ver al duque de Enghien, que le habría dado una carta de presentación para alojarse en su palacio, siendo como era su padre, el príncipe Condé, gobernador del Berry.

Todavía era de noche cuando dejaron el lugar y no distinguía más que fortificaciones abruptas. Veinticinco leguas les aguardaban hasta Chateameillant, trayecto que discurría entre viñedos. El camino se mantenía seco y recto, por lo que la marcha del tiro siguió siendo endiabladamente rápida.

Sin embargo, entre los violentos tumbos, Louis observaba que el paisaje cambiaba a lo lejos. Las primeras estribaciones del Macizo central aparecían al sur, a medida que se iba alejando de las marismas de las regiones de Brenne y Sologne.

En cada posta, Gerauld probaba todos los vinos de la región. En la cena, degustaron los fiambres y patés del país. «El viaje no es tan desagradable», pensó Louis mientras saboreaba todas aquellas especialidades.

Chateameillant era una ciudad fortificada y muy mal pavimentada. Llegaron varias horas después del anochecer, con algún contratiempo que otro, y hasta hubo un momento en que se vieron perdidos. Gaufredi tuvo que preguntar el camino a un granjero que, a cambio de algunos soles, les envió a su hijo para que los guiase hasta el final de la etapa.

Varias veces durante la jornada, Louis se había entretenido hablando con Charles de Bresche. Aquél le había contado, con profusión de anécdotas, sus aventuras juveniles en Italia, y desde luego parecían muy diferentes de la versión de Sébastien Cramoisy. Louis no sabía a qué carta quedarse. Pese a sus muchas preguntas, no halló contradicciones en las respuestas del librero, y, si confesaba conocer a los hermanos Barberini, sobrinos de Urbano VIII, era sobre todo porque se había ocupado de las compras de la biblioteca del cardenal François Barberini, exvicelegado de Aviñón y bibliotecario del Vaticano. Su Biblioteca Barberina^[79], reunida e inventariada por Gabriel Naudé, el bibliotecario de Mazarino, poseía raros manuscritos latinos, así como gran cantidad de pinturas antiguas. François Barberini era un fino erudito que incluso había traducido a Marco Aurelio, le había explicado el librero.

Bresche también había sido invitado varias veces a casa de su hermano Thaddeus Barberini, que residía en un palacio construido por Gian Lorenzo Bernini. Thaddeus, prefecto de Roma, tenía a su cargo la policía y el ejército pontificio. La parte sur de su residencia la habitaban sus dos hermanos, los cardenales François y Antoine. Es allí donde estaba, en el último piso, la famosa biblioteca que Charles de Bresche conocía tan bien.

En cuanto a Antoine, el legado de Aviñón, Charles de Bresche lo conocía menos, pero se había encontrado con el vicelegado, Federico Sforza, un año antes, cuando volvía a Francia, para llevarle las cartas de los hermanos Barberini. Por curiosidad, Louis le interrogó sobre el tal Ferrante Pallavicino que tanto preocupaba a Hugues de Lionne, y que estaba, según él, encarcelado en Aviñón.

Bresche ignoraba la historia, cosa que sorprendió a Louis. Sea como fuere, nunca había oído hablar de Carlo Morfi.

Louis le explicó que el tal Pallavicino era perseguido por la Iglesia por sus escritos sediciosos. El librero bajó la cabeza haciendo visajes para mostrar su desaprobación con los métodos de Roma. Conocía bien la historia de Galileo, atacado también por sus escritos. Según él, el sabio había sido advertido por Urbano VIII de que sus trabajos sobre astronomía molestaban a la Iglesia, y de que sus *Diálogos sobre los dos grandes sistemas del mundo* serían censurados por los dominicos. El sabio había hecho caso omiso y hubo de enfrentarse a un tribunal de teólogos, que lo condenó a prisión. Para evitar la tortura, Galileo tuvo que abjurar de sus teorías sobre la rotación de la tierra murmurando, después de haber oído la sentencia: *Eppur, si muove!*

Aunque la pena de prisión del sabio había sido conmutada, Bresche censuraba el papel de la Iglesia en este asunto, lo que le granjeó las simpatías de Louis.

Luego le contó también cómo había vuelto a Francia al enterarse de la muerte de su padre, del cual habló con mucho respeto y afecto, pues le había enseñado todo en la ciencia de la librería.

Gaufredi, por su parte, charló varias veces con él, no dudando en denigrar sistemáticamente a su amo, como Louis le había pedido, pero Charles de Bresche se había mostrado sorprendido y guardaba las distancias con un criado infiel.

Así pues, nada daba pie a afirmar que era un espía y mucho menos su enemigo.

A partir de Chateameillant, había que cubrir veinticinco leguas antes de llegar a Aubusson a través de bosques de robles y castaños. El terreno era muy ondulado, y las postas, cada vez más escasas. El tiro iba, pues, al trote, y regularmente había que hacer descansar a los caballos. En el estrecho camino, la carroza pareció partirse en dos al esquivar una enorme carreta de seis caballos, y llegaron muy tarde a la posta.

Luego fue el Lemosín. La naturaleza se volvió salvaje y hostil hasta Ussel. Gerould los previno de la presencia de feroces salteadores, la mayoría de las veces señores tan miserables que no podían sobrevivir más que asaltando a los viajeros. Gaufredi viajaba armado en el pescante, acompañado de Bresche, que dirigía el tiro.

De Ussel a Tulle cubrieron un nuevo trayecto de quince leguas. Atravesaban por tierras de protestantes. Llegaron tarde a Tulle, pero allí encontraron un albergue suficientemente confortable para que Louis pudiese afeitarse, pues tenía una barba hirsuta después de varios días sin lavarse.

La travesía desde Corrèze hasta Souillac fue particularmente penosa. Las cañadas y veredas montañosas eran escarpadas y quebradas por profundas rodadas. Por fin,

enfilaron el camino de Cahors, que fue mucho mejor y todo recto.

Louis estaba agotado; tenía el cuerpo magullado y dolorido por las sacudidas sufridas desde el comienzo del viaje. Bresche también estaba cansado. Apenas hablaba. Sólo Gerauld parecía tan impetuoso como siempre. Y seguía bebiendo como un cosaco.

En Cahors, Gaufredi contó a su amo la leyenda que corría sobre el puente medieval de tres torres fortificadas, y que los lugareños llamaban el «puente del diablo». El cantero era tan lento, explicó, que el arquitecto había dado su alma al diablo a condición de que Satanás realizase todo lo que él le pidiese.

El puente se terminó gracias a la ayuda del diablo; el arquitecto le dio un cedazo y le pidió que lo llenase de agua y se la llevase a los canteros.

El diablo lo intentó veinte veces, pero el agua siempre se colaba por los agujeros. Entonces el arquitecto recordó a Satán que si no hacía lo que le pedía, ¡perdía todos sus derechos sobre su alma! El pobre diablo comprendió entonces que había sido burlado.

Al escuchar a su compañero, Louis pensaba que si Blaise Pascal hubiese sido arquitecto, habría pedido al diablo que le encontrase un número de una potencia superior a dos que pudiese estar escrito como la suma de dos potencias semejantes. Un enigma que el diablo no habría podido resolver.

Por fin llegaron a Montauban. La antepenúltima etapa constaba sólo de quince leguas. En la hospedería de los Pañeros, donde pernoctaron, pudieron reposar al fin en lechos confortables, y Bresche y Louis tomar un baño caliente. Gerauld no utilizaba jamás el agua, ni siquiera para beber, y Gaufredi no se lavaba más que cuando se encontraba sucio, es decir, casi nunca.

No lejos de Toulouse, Gerauld señaló los patíbulos; un recinto cerrado por muros de ladrillo rosa sostenido por unos pilares. Fijadas a ellos, unas barras de hierro con abrazaderas —había veintiséis, precisó el cochero— de las que pendían cuerpos apergaminados bamboleándose a merced del viento y devorados por los pájaros. Era allí donde colgaban a los hombres y mujeres ajusticiados en la plaza des Salins.

Entraron en Toulouse por la puerta Matabiau el sábado 19 de diciembre, y la carroza rodeó la ciudad hasta la catedral de Saint-Étienne por la *escoussiére*, el camino interior que bordeaba la vieja muralla derruida. El coche prosiguió todo recto hasta la calle Saint-Étienne, luego por la calle de la Trinité antes de girar a la izquierda, en la calle Mayor, especialmente transitada aquella tarde.

Cerca de la encrucijada, la fachada del palacete de Castelbajac, con sus ventanas góticas y su torre de voladizo, de donde sobresalían horribles gárgolas, mostraba su opulencia y su rancio abolengo. El portal de entrada en arco carpanel, de ladrillo rosa, estaba coronado por un mascarón con las armas de los Castelbajac: una cruz bajo tres flores de lis.

Gerauld descabalgó y fue a llamar a la puerta. Louis descendió a su vez del coche, cansado de permanecer tanto tiempo inmóvil. El portal se abrió y apareció una mujer

corpulenta, de unos cincuenta años. Morena, con gesto cetrino, el labio superior bigotudo, les dirigió una mirada desafiante. Louis avanzó mientras Gerould se dirigía a la mujer en la lengua de oc. Ella pareció sorprendida y miró a Louis con respeto. El exnotario, dirigiéndose a ella en francés, se presentó:

—Mi nombre es Louis Fronsac y soy caballero de San Miguel. Vengo de París, enviado por el señor Hugues de Lionne, y deseo ver a la marquesa de Castelbajac.

La mujer llevaba un largo vestido de tela basta de color oscuro protegido por un mandil más claro. Haciendo rodar las erres, les sugirió meter el coche en el patio mientras ella iba a avisar a su ama.

Gerould agarró el bocado del caballo delantero para hacerlo avanzar mientras Gaufredi lo ayudaba en la maniobra. Bresche mantenía también el caballo por el ronzal. Louis se quedó solo explorando el reducido patio. La mujer había desaparecido por una torre octogonal de ladrillo rosa situada en un ángulo y que sin duda ocultaba una escalera.

Una acacia crecía en un rincón del corralillo y su tronco ocultaba las letrinas. Contra ellas había almacenada una gran provisión de madera. Louis distinguió un pequeño coche de mimbre y dos caballos en una caballeriza. Al lado, había unos graneros cerrados y una cocina. Por uno de los cristales esmerilados entrevió a dos mujeres afanadas en el enorme hogar.

La bigotuda volvió enseguida, acompañada de otra mujer que sobrepasaba la cuarentena.

—Mi nombre es Jeanne —dijo la mujer, deshaciéndose en sonrisas y dedicando una bonita reverencia a Louis—. Os conduciré hasta mi ama.

Louis se acompañó a su caminar mientras ella tomaba la escalera de la torre octogonal.

El primer piso se abría a una galería cuyas ventanas ojivales daban a un jardín de la parte trasera de la casa. El sol poniente iluminaba el amplio pasillo. La criada llamó a la antepuerta. Entraron y Louis se encontró en una amplia cámara de recepción.

En el lecho de gala estaba tendida una mujer de baja estatura, de unos cuarenta años, expresión grave, frente amplia, labios espesos y nariz redonda y achatada. Sus ojos negros estaban profundamente hundidos en sus órbitas. Pese a los afeites, su piel clara se veía apagada, sin brillo. No era bella y, con una extraña desazón, a Louis le dio la impresión de que no le era desconocida. Llevaba una pesada bata de casa de rombos escarlata. En la gran calleja, arrellanada en un sillón, se hallaba otra mujer poco más o menos de la misma edad, pero mucho más fina y bonita, que llevaba un vestido de satén y una camisa de seda cerrada en el cuello.

—El visitante de la señora —anunció la criada, mientras Louis, inclinándose, recorría discretamente el lugar con la mirada.

Una chimenea de mármol de los Pirineos expandía un agradable calor, despidiendo una intensa humareda.

En el revellín de la chimenea reinaba un busto de tierra cocida que representaba a una mujer coronada de flores.

El resto de la cámara estaba amueblada con numerosas sillas de enea de color verde, o recubiertas de cuero verde, así como dos sillones rellenos de crin. Un gran armario, dos arcas, una cómoda y un bargueño completaban el mobiliario. El suelo era de baldosas pulidas. Un tapiz de Bérgamo decoraba una de las paredes. Dos grandes cancelos aceitunados tenían por función enmascarar las puertas. Un espejo enmarcado en negro reflejaba la débil luz de las dos ventanas ojivales de la fachada. Ningún fasto, pero el lugar era confortable y cálido. La señora de Castelbajac no sería muy afortunada, pero no se podía negar que vivía con desahogo y a su gusto.

Louis se acercó, con el sombrero en la mano izquierda y la carta de Hugues de Lionne en la derecha.

—Señora —dijo inclinándose de nuevo—, lamento aparecer así de improviso. Llego de París. El señor Hugues de Lionne insistió para que viniese a visitaros con ocasión de mi viaje a Toulouse. Me ha remitido esta misiva para vos.

Tendió la carta a la señora de Castelbajac, que la recibió con una expresión impenetrable.

La mujer que la acompañaba le dio una daga que había sobre un anaquel. Louis observó asombrado la pistola de rueda que también estaba posada allí.

En primer lugar, la señora de Castelbajac examinó detenidamente el sello, comprobando que la carta no había sido abierta, y luego cortó el lacre de un tajo certero. Leyó el pliego en silencio, lo releyó varias veces y luego se lo tendió a su compañera:

—Leedlo, Françoise.

A continuación, alzó los ojos hacia Louis.

—Sed bienvenido, caballero. ¿Así que llegáis de París?

Su tono era amable pero no caluroso.

—Sí, señora. Me quedaré poco tiempo en Toulouse.

—Mi primo Hugues se hace lenguas de vos, caballero, y me pide que os conceda hospitalidad, a vos y a vuestra gente, lo que haré con sumo gusto. Pero mi palacio no es muy grande. Sólo tiene dos pisos. En éste se encuentran mi cámara y mi antecámara, así como mi biblioteca y un gabinete de aseo. No hay más que cinco habitaciones en el segundo piso. La de la señora de Lespinasse —hizo un signo para presentar a su compañera, que saludó a Louis con una afectuosa sonrisa—. La segunda para mis doncellas, la tercera es para Bertrande, la portera del palacio. Con ella duermen la cocinera y su pinche. La cuarta es para mis amigos de paso, de modo que deberéis compartirla. ¿Cuántos sois?

—Somos tres, señora, pero sólo nos alojaremos dos noches en vuestra casa.

—Bertrand instalará dos jergones en vuestra habitación, que no tiene más que un lecho. Espero que no os moleste.

—En absoluto, señora.

—¿Necesitáis alguna otra cosa, señor?

Louis comprendió que al menos debía explicar las razones de su viaje.

—He venido a Toulouse para ver a un magistrado, el señor Pierre de Fermat, que es consejero del Parlamento. Se trata de un problema matemático que quiero someter a su arbitrio.

—¿Un problema matemático? —preguntó asombrada—. ¿Habéis hecho tan largo camino en pleno invierno por un problema matemático? Conozco al señor de Fermat, no vive lejos de aquí. En efecto, es muy reputado por su ciencia, y un magistrado muy escrupuloso.

—¿Creéis que podría enviarle una carta esta noche?

—Por supuesto, Clémence se encargará de ello. Es una de mis doncellas.

Luego, volviéndose hacia su compañera, añadió:

—Françoise, ¿podéis enseñar el palacio al caballero y presentarle a nuestro servicio?

La señora de Lespinasse se levantó sonriendo de oreja a oreja.

—Una cosa más, señor Fronsac, en el palacio sólo hay mujeres. Que vuestra gente se conduzca correctamente con ellas. No les gustan los hombres y no desean ser importunadas.

Louis asintió, desconcertado por la advertencia, hecha en un tono ligeramente amenazador. Saludó de nuevo a la marquesa y siguió a su guía.

Françoise de Lespinasse lo llevó a la galería. Le enseñó las otras piezas desde la puerta, le mostró el jardín desde las ventanas y le propuso bajar al patio para recoger y subir el equipaje.

¿Cuál era exactamente el cometido de la señora de Lespinasse en aquella casa? ¿En calidad de qué estaba allí? ¿Amiga, dama de compañía, pariente? Louis no podía determinarlo y ella no se lo dijo.

De camino, se cruzaron con otra criada, que le fue presentada como Clémence. Era la que se encargaría de llevar la carta a Pierre de Fermat cuando estuviese escrita.

En el patio, Gaufredi, Gerauld y el librero esperaban bajo la atenta mirada de la portera. Françoise de Lespinasse se acercó a ella.

—El caballero y sus amigos se alojarán aquí, en el cuarto del segundo piso. Le llevaréis dos jergones y los dompedros. Necesitarán lavarse también. Señor Fronsac, si tenéis ropa sucia, dádsela a una de las doncellas... ¿Pero no habías dicho a la señora marquesa que erais tres?

—Gerauld, que es nuestro cochero, nos deja aquí. Gaufredi es mi compañero y guarda de corps, y el señor de Bresche es un librero que nos acompaña.

Louis pagó el sueldo acordado al cochero, que partió muy contento con su salario, y más aún con los gajes que recibió de propina.

Siempre escoltados por Françoise de Lespinasse, y por la portera, que había cogido el equipaje de Louis, subieron al segundo piso. Gaufredi transportaba su bolsa y algunas armas suplementarias de las que llevaba consigo. Louis no había cogido

más que dos pistolas del coche y había decidido dejar en él el cofre del dinero. El arca de la carroza era sólida y estaba cerrada con llave. Louis no estaba seguro de poder mantener su dinero a buen recaudo en aquel palacio.

Su habitación era grande, dotada de un lecho con dosel, algunas sillas, un baúl y una mesa, pero no había chimenea y el frío era glacial.

—Clémence os traerá tumbillas para calentar el lecho —aseguró la señora de Lespinasse temblando de frío—. Bertrande, subid agua para el aseo y los dompedros. Instalaréis también dos yacijas que tenemos en el desván con la ropa de cama. No os olvidéis de las tellizas de pluma de oca. También os traerán recado de escribir, señor Fronsac. Cuando hayáis terminado vuestra carta, Clémence la llevará a su destino.

—Supongo que hay baños turcos en vuestra ciudad, señora —preguntó Louis.

—En efecto, a orillas del Garona. ¿Queréis ir?

—Necesito un baño después de un viaje tan largo.

—Yo voy allí regularmente —sonrió la dama—. Podría llevaros, no es muy lejos. ¿Necesitáis alguna otra cosa?

—Gracias, no creo. Vamos a instalarnos. ¿Nuestro coche puede quedar en el patio del palacio?

—Por supuesto. Bertrande acomodará los caballos en el establo. Estarán apretados pero a cubierto. Cenaremos a las seis. Vendré a buscaros.

Dispusieron rápidamente sus cosas. Gaufredi metió espadas, pistolas y mosquetes en el baúl, al alcance de la mano. En cuanto a Charles de Bresche, se fue rápidamente. Era sábado y tenía que ir a ver a su librero. Les explicó también que volvería bastante tarde y que no podría aceptar la invitación a cenar con ellos y la señora de Castelbajac.

Louis se puso a escribir la carta a Fermat tan pronto como le llevaron papel, pluma y tinta. Una misiva muy breve en la que le informaba de que acababa de llegar, que se alojaba en el palacio de Castelbajac y solicitaba una cita para hablar con él.

Entregó la carta a Clémence y la señora de Lespinasse lo acompañó a los baños. Louis la encontró encantadora, aunque extrañamente distante. La dama no le hizo ninguna pregunta.

A la vuelta de los baños, la respuesta del matemático lo estaba esperando. Pierre de Fermat le comunicaba que lo recibiría con sumo gusto al día siguiente, domingo, a partir de las cuatro.

Durante la ausencia de su amo, Gaufredi se había ocupado de los caballos. Los había cepillado, alimentado, había reparado bocados y riendas y limpiado el coche, que ahora estaba estacionado cerca de la acacia.

La cena fue servida en la antecámara del primer piso, transformada en comedor. Louis y Gaufredi fueron colocados frente a la señora de Castelbajac y la señora de Lespinasse. La cena, servida por Jeanne y Clémence, fue extremadamente formal. La marquesa explicó que los pichones en salsa venían de sus tierras, así como el vino y las peras, que llegaban de su dominio de Guilhemery.

No habló de su vida ni de la de la señora de Lespinasse, que, aunque siempre muy sonriente, no intervino apenas. Gaufredi, como de costumbre, permanecía silencioso, aunque pendiente de todo lo que pasaba a su alrededor. Louis sabía que el viejo reitre, pese a sus modales de militarote, sabía utilizar perfectamente los cubiertos, igual que sabía leer y escribir. El joven Louis se había enterado recientemente de que su guardaespaldas ¡sabía latín!, lo que le hacía preguntarse cada vez con más frecuencia acerca del pasado del soldado de fortuna.

Así pues, fue Louis quien llevó la voz cantante. Contó a las dos mujeres la conspiración de los Importantes, omitiendo el papel que él mismo había desempeñado. Dijo algunas palabras sobre su participación en Rocroy, lo que animó el rostro de la señora de Castelbajac con una fugitiva expresión de interés y el de François de Lespinasse con un mohín de admiración.

La cena terminó en un silencio embarazoso, con un Louis que había agotado todos los temas de conversación y la señora de Castelbajac sin hacer ningún esfuerzo para responderle.

Cuando se retiraron a su habitación, Charles de Bresche acababa de llegar con uno de los libros que le interesaban. Se lo mostró a Louis a la luz de una vela, precisando que su librero tenía que ir a buscar los otros a su casa de campo y que iría a recogerlos al día siguiente. A Louis el libro le pareció mediocre.

Habían llevado jergones y camas plegables para Gaufredi y Bresche, así como ropa blanca y los dompedros de barro barnizado. Clémence llegó con las tumbillas para calentar las camas. Louis se instaló en la cama de dosel, cerró el tornalecho e intentó conciliar el sueño haciéndose preguntas acerca de la señora de Castelbajac y su amiga.

¿Por qué razón Hugues de Lionne lo había enviado a aquella morada en la que no había más que mujeres?

Por la mañana, tomaron una sólida colación de sopa, pan y confitura en la gran cocina situada en la planta baja. Acto seguido, pensaban oír misa en la iglesia de los Carmelitas, situada en la calle Mayor.

Permanecieron largo rato en la cocina, cabe la chimenea, de donde colgaban, de sendas cremalleras, enormes y olorosos calderos. Estaban helados tras pasar la noche en aquella habitación glacial.

Bertrande, la portera, les explicó cómo ir a casa de Pierre de Fermat: debían *bajar por la calle des Filatiers, donde se encontraba el palacio de Castelbajac, hasta la plaza des Salins.*

—Es donde está el patíbulo —les dijo con una risa sarcástica—. En este momento hay una mujer colgada de la horca: una criada que le robó madera a su amo. ¡Lo tiene bien empleado! Antes de llegar a Salins, pasaréis delante de los Carmelitas y su iglesia, que es donde queréis oír misa.

No era difícil adivinar su confesión de protestante, la misma de su ama, y que desaprobaba que sus invitados fuesen papistas.

—Saliendo de la iglesia, tomáis un callejón que os llevará a la calle Saint-Rémésy. Es una pequeña vía que va en el mismo sentido que la calle des Filatiers. La callejuela recibe su nombre de la taberna del Vieux Raisin, que encontraréis fácilmente por su rótulo en forma de racimo de uvas. La casa del señor de Fermat está al lado, cualquiera os la indicará. La conoce todo el mundo.

Después del oficio, Louis y Gaufredi fueron a la plaza des Salins. En efecto, varios cuerpos se balanceaban en las horcas, uno de ellos el de una mujer, sin duda la ladrona de madera. ¡Pobre criada! Pasearon un rato por las calles vecinas antes de ir a la taberna del Vieux Raisin para almorzar. Sonaban nonas en los Carmelitas. En el figón les sirvieron varias clases de pescado del Garona: trucha, salmón e incluso perca, bien regados con vinos añejos.

Cuando se levantaron de la mesa, eran casi las cuatro de la tarde. El tabernero les había indicado la casa de Pierre de Fermat, y allí se encaminaron. Era una casa de ladrillo cuya construcción databa del siglo anterior, con medallones en las ventanas y un vano de cariátides en la fachada.

Un criado acudió a abrir la puerta de doble hoja. Estaba claro que los esperaba y, una vez que Louis se hubo presentado, los precedió por una gran escalera hasta el primer piso. El lugar olía agradablemente a cera. El criado llamó a una puerta antes de hacerles entrar en una gran sala de recepción, una de cuyas paredes estaba totalmente ocupada por la biblioteca.

Louis echó un vistazo al lugar. Delante de la ventana se alzaba una mesa descomunal, atestada de papeles, a la que se sentaba un hombre vestido de negro que alzó la vista cuando entraron. Sobre otras mesas y trincheros se hallaban todo tipo de aparatos de medida o de óptica.

Pierre de Fermat tenía cuarenta y dos años, era de estatura media y rostro grave, más bien inexpresivo. Sus fuertes cabellos le caían sobre los hombros.

—¿Señor Fronsac? —preguntó con voz vacilante rodeando la mesa tras haberse levantado—. Tengo entendido que os envía mi amigo Blaise Pascal. ¿Cómo se encuentra?

—El señor Pascal tiene mucho valor —aseguró Louis—. Vino hasta mi casa —vivo cerca de Chantilly—, con todas las dificultades que entraña un viaje en esta época del año, sólo para llevarme vuestra respuesta. Os agradezco que me hayáis recibido tan rápido. Me acompaña Gaufredi, que es mi hombre de confianza.

—Tomad una silla, por favor. Lamento no haberos invitado a almorzar, pero debía asistir a una comida fijada con antelación con el presidente de la sala de casación de la que soy relator. Me han encargado un penoso proceso que muy bien podría llevar a un padre a la hoguera si pido su condena^[80].

Les señaló sendos sillones, y él se sentó en una sencilla silla ante ellos.

—Blaise me ha expuesto vuestro problema muy por encima —dijo Fermat—. Confieso no haber entendido bien lo que buscáis ni por qué os dirigís a mí. Sabéis que me intereso ante todo por la geometría, las similitudes y las distancias, sobre las

que escribí un libro hace algunos años.

Se levantó para coger una obra en la biblioteca y se la tendió a Louis, quien la abrió por la primera página. El título estaba en latín: *Ad locos planos et solidos isagoge*.

—Más recientemente, me he interesado por la búsqueda de máximos y mínimos; incluso he disputado con el señor Pascal sobre las *tocantes* de las curvas. Así que no estoy seguro de que pueda seros útil, como le escribí a Blaise.

—Se trata de un problema relacionado con las probabilidades y más exactamente con la codificación de mensajes —respondió Louis—. ¿Me permitís que os lo explique?

—¡Por supuesto!

—Antes de empezar, debo deciros que se trata de una petición estrictamente confidencial. Conciérne al cifrado de despachos del reino. Y lo que voy a deciros ha de ser mantenido en el secreto más absoluto.

—Lo había adivinado por el correo de mi amigo. Sabéis que también soy escribano y estoy al servicio del rey. Nada de lo que me digáis saldrá de aquí.

Louis empezó por su investigación al Servicio de Cifrado, el robo de los despachos, así como la agresión de la que él y su amigo habían sido víctimas.

—Todo esto es para deciros, señor, que existe una facción de enemigos muy poderosos, quizá al servicio de España, que no dudarían en matar para apoderarse de ciertos informes. Es la razón por la cual el señor Gaufredi no me deja ni a sol ni a sombra. La situación del Servicio de Cifrado del señor Rossignol es la siguiente: sólo hay dos polígrafos, gentes de las que no estoy seguro, e ignoro qué parte de los repertorios ha podido ser transmitida a España. Una parte mínima, seguramente, pero que en manos de lógicos de talento les permitiría descifrar los mensajes. Sería una catástrofe en el momento en que se abren en Münster negociaciones de paz en Europa y el reparto de territorios entre los países beligerantes. La solución, a mi entender, sería hallar un nuevo código que no pueda ser descifrado con las reglas de probabilidades. He hablado de ello con el padre Mersenne, quien me envió al señor Pascal, el cual me aconsejó dirigirme a vos.

—Comprendo —aseguró Fermat—. Creo que podría ayudaros. Conozco algo los métodos del señor Rossignol. Tienen el defecto de utilizar repertorios de palabras enteras. Debería renunciar a ese enfoque e interesarse por un repertorio silábico, conservando unas cuantas letras indispensables. La codificación sería más rápida y los repertorios mucho menos voluminosos. Bastaría limitarse a vocales rodeadas de consonantes. ¿Os gustaría ver un ejemplo?

—Con mucho gusto.

Fermat se levantó para sentarse de nuevo a su mesa de trabajo. Cogió un pliego de papel y, tras mojar una pluma en uno de los tinteros, escribió unas líneas rápidamente. A continuación tendió la hoja a Louis, que la cogió acercándose al escritorio.

—He imaginado un repertorio muy sencillo, asociando un número a una sílaba...
En el papel estaban trazadas las líneas siguientes:

22 e
46 mi
124 los
125 ne
345 gos
25 el
65 rey
17 ha
80 muerto
300 vi
290 va
123 el

—Ahora, dadme la hoja un momento.

Louis se la tendió y Pierre de Fermat añadió rápidamente una línea.

Devolvió el papel a su interlocutor.

—Acabo de escribir una secuencia de números, ¿entendéis su significado?

Louis examinó cada cifra comparándola con el repertorio.

—Habéis anotado: 124 22 125 46 345. Dejádmelo verificar... Eso quiere decir:
los enemigos.

—¡Exactamente!

—Pero este código podría ser descifrado si nuestros adversarios conociesen una parte. No es distinto de los repertorios de Rossignol.

—¡Exacto! Por tanto, ahora hay que darle seguridad. ¿Conocéis el *scytalo*?

—El señor Rossignol me explicó su funcionamiento —dijo Louis, que no entendía adonde quería llegar Fermat—. Se necesita un bastón o un rollo, no es muy práctico...

—En efecto, en realidad, el *scytalo* no es más que un aparato que facilita la transposición; hay otros. El más simple consiste en una tabla, una parrilla de columnas y de líneas en las que colocar una serie de sílabas. Luego se desorganiza esta combinación para provocar una incomprensión total. Es lo que se llama una permutación o una transposición^[81]. Os lo mostraré.

Volvió a coger la hoja y prosiguió:

—Después de haber cifrado con el repertorio y elegido un encasillado con un número predeterminado de líneas y columnas, escribimos el texto obtenido línea a línea de modo que cada cifra correspondiente a una sílaba coincida en una casilla. Hecho esto, se vuelve a llevar el texto leyendo en columna. El destinatario sólo tendrá que obrar a la inversa para descifrarlo. Veamos un ejemplo; tomemos el

mensaje «el rey ha muerto viva el rey» y utilicemos mi repertorio. Nuestro encasillado será un cuadrado de tres por tres, pero sería posible cualquier tamaño. De modo que tenemos...

Pierre de Fermat garabateó unas cuantas palabras y a continuación dibujó un encasillado y llenó las casillas. Acto seguido, tendió el resultado a Louis. La hoja aparecía así:

el (25)	rey (65)	ha (17)
muerto (80)	vi (300)	va (290)
el (123)	rey (65)	0

Mensaje final: 25 80 123 65 300 65 17 290 0

Pierre de Fermat siguió con su explicación, encantado al constatar que Louis había entendido:

—El tamaño del encasillado puede ser variable de un despacho a otro y definido según convenciones preestablecidas. Por ejemplo, a partir de la fecha. También se puede complicar la codificación con la ayuda de una palabra clave, pero el señor Rossignol es capaz de hacerlo sin mi ayuda. Pese a todo, podría prepararos algunos métodos de transposición que se valen de una clave para construir un nuevo alfabeto en el interior mismo de la tabla. Se pueden utilizar así las posiciones en líneas y columnas de las letras del texto que se desea cifrar. Con ese procedimiento, cada letra del texto no codificado está representada por dos cifras escritas verticalmente. Esas dos coordenadas son luego transpuestas volviendo a combinarlas por dos en la línea así obtenida. Reconozco que es algo complicado, pero hartamente eficaz. ¿Queréis que os escriba todo esto?

—Os quedaría muy agradecido. He seguido hasta aquí vuestra explicación y creo poder repetírsela al señor Rossignol, pero si la desarrolláis más ampliamente, preferiría remitirle vuestro texto.

—Si os parece bien, puedo hacer que os la lleven esta noche al palacio de Castelbajac.

—Sería magnífico. Pensábamos partir mañana...

Louis hizo una pausa antes de proseguir:

—El señor Pascal deseaba otra cosa de vos...

—¡Lo sé! Mi demostración de la conjetura de Diofanto.

—Es imposible dividir un cubo en suma de dos cubos o un bicuadrado en suma de dos bicuadrados, o, en general, cualquier potencia superior a dos en dos potencias del mismo grado —recitó Louis con una sonrisa.

—Por lo que veo, también sois aficionado a los pequeños misterios en torno a los números —bromeó Fermat.

—No creáis, soy un simple aprendiz, pero el señor Pascal me explicó muchas

cosas y reconozco que el tema me dejó intrigado. Aunque debo confesaros que lo que me intriga sobre todo es saber cómo habéis logrado demostrar esa imposibilidad.

—Hay varias maneras de demostrar la solución de un problema, sea en matemáticas... o en un asunto criminal. El método más sencillo es el de proporcionar una prueba evidente, o un encadenamiento, una deducción, de hechos incontestables. Sólo que no siempre es posible. Euclides fue el primero en probar que existían infinidad de números primos sabiendo de antemano que era absurdo. Esta aproximación se llama *reductio ad absurdum*, la prueba por el absurdo. Consiste en probar que una situación es verdadera afirmando primero que es falsa. Por mi parte, he desarrollado otro método, como mínimo tan elegante. Tal vez sepáis que me apasionan lo que yo llamo los porcentajes de cambio de una cantidad con relación a otra, lo que forma la tangente a una curva^[82]. He tratado de aplicarlo a la proposición de Diofanto y lo he logrado. De modo que he probado que no podía existir ningún triplete al cubo, luego ningún triplete a la potencia cuatro, y a continuación he generalizado, por recurrencia, mi demostración. Pese a todo, es bastante larga. Había empezado a escribirla al margen de mi ejemplar de *La aritmética* de Diofanto, pero renuncié^[83] a ello por falta de sitio. Está todo anotado en esos pliegos.

Señaló un voluminoso legajo en una estantería de su biblioteca.

—Podéis llevároslos, si lo deseáis; debo de tener una copia en alguna parte.

La entrevista había terminado. Louis dio las gracias repetidas veces a Pierre de Fermat, quien le entregó su demostración para Pascal, alrededor de unas doscientas hojas manuscritas. El consejero del Parlamento le prometió también que por la noche le haría llegar algunos ejemplos de cifrado al palacete de Castelbajac.

Louis, seguido de un silencioso Gaufredi, volvió con el corazón alborozado. Le llevaría a Brienne un método de codificación que reforzaría la seguridad de los despachos confidenciales. Antoine Rossignol lo perfeccionaría y, con el servicio de estafetas de Maurice de Coligny, la correspondencia entre Mazarino y los plenipotenciarios de Münster se haría con toda tranquilidad.

Y por si no fuera bastante, resulta que podría darle a Pascal la demostración de la conjetura de Fermat. Decididamente, aquel viaje había sido un éxito. Louis pensaba ya en el regreso y el placer del reencuentro con Julie.

En cuanto a Fontrailles, todos sus tejemanejes habrían fracasado una vez más.

En el patio del palacio de Castelbajac constataron que la carroza había sido guardada en la caballeriza, al lado del cochecillo de mimbre. Louis anunció a Gaufredi que partirían al día siguiente, lunes, de manera que tendría que sacar el coche tan pronto como se levantase.

Por la escalera de la torre de ángulo vieron llegar a Charles de Bresche, con una amable sonrisa en los labios.

—¿Vuestras citas han sido fructíferas, señor?

—Totalmente, amigo mío. Podremos partir mañana, si vos también habéis concluido vuestros asuntos.

—Por fin tengo todos mis libros, os los mostraré enseguida. He logrado un precio muy bueno del librero, cuando supo que me alojaba en el palacio de la señora de Astarac. ¡Y todo gracias a vos!

Louis gimió, y un escalofrío recorrió su cuerpo.

—¿Qué habéis dicho? —murmuró con voz velada.

Bresche pareció desconcertado por la pregunta:

—Que los he comprado a muy buen precio...

—No, habéis hablado de la señora de Astarac —lo interrumpió Louis bruscamente.

—En efecto, es el nombre de soltera de la señora de Castelbajac. Las doncellas la llaman así. Su padre era el barón de Fontrailles. Era senescal de Armagnac y su madre una Montesquieu, según me han dicho. La señora de Astarac es muy querida y respetada aquí, igual que su hermano, el marqués de Fontrailles, que vive en París.

Louis se quedó paralizado durante esta explicación. Cuando Bresche hubo terminado, era presa de vértigo y tenía la mente confundida. Por fin, logró balbucir:

—¿Estáis seguro de lo que decís?

—Completamente —respondió el librero, asombrado, al ver la palidez de su interlocutor—. Podéis preguntárselo a Clémence si no me creéis.

—Aguardad un momento —farfulló Louis—. Necesito... dar unos... pasos...

Salió de la caballeriza con Gaufredi. Quería comprobar lo que Bresche le había dicho, pero, en su fuero interno, sabía que era verdad.

Ahora entendía por qué el rostro de la señora de Castelbajac le había parecido tan familiar: era el del marqués de Fontrailles, al que había visto en dos ocasiones, cuando aquel monstruo había intentado matarlo. Por supuesto que el rostro de la marquesa era algo más fino, menos tosco que la repelente cara de Fontrailles, pero tenían los mismos rasgos, la misma expresión y, sobre todo, el mismo color de piel.

—Tenemos que huir, señor —dijo Gaufredi—. Si nos quedamos aquí, sois hombre muerto. La carta que os ha dado el señor de Lionne debía de contener instrucciones contra nosotros. La marquesa habrá reunido algunos matones y esta noche estaremos a su merced en este edificio. Nadie vendrá en nuestra ayuda.

—Quizá Bresche esté equivocado, debemos asegurarnos —replicó Louis—. Vayamos a la iglesia de los Carmelitas, pronto serán completas.

El convento estaba a unos pasos. La iglesia tenía un pórtico de cinco toesas de ancho que se abría sobre la calle Mayor. Entraron. La nave era transversal, es decir, colocada en ángulo recto con relación al coro. Atravesaron la nave hasta llegar al gran belén instalado con ocasión de la Navidad; luego se dirigieron al claustro, compuesto de dos pisos con columnas de mármol geminadas que sostenían las arcadas de la planta baja.

Llegados allí, Louis entrevió a dos monjes que hablaban en voz baja. Se acercó a ellos.

—Padre —se dirigió al de más edad, que lo interrogaba con la mirada—, estoy de

paso en la ciudad, pero querría hacer una donación a vuestra iglesia para los pobres.

—Os doy las gracias en nombre de nuestros feligreses, hijo mío.

Louis le entregó cuatro escudos de oro, precisando:

—Soy católico y devoto de la Virgen María, padre. Me alojo cerca de aquí, en casa de la señora de Astarac, que, aunque de mi familia, por desgracia profesa la religión reformada. A cambio de esta limosna, rogado por su salvación.

—Isabeau de Castelbajac podría ser una santa mujer si reconociese sus errores —observó severamente el padre—. Pero rogaré para que Dios Nuestro Señor la ilumine.

—Tuve ocasión de encontrarme con su hermano en París —precisó Louis.

El segundo monje exclamó, gesticulando irritado:

—¡Louis de Astarac, vizconde de Fontrailles y marqués de Marestang! Apenas lo vemos por aquí. Ese hombre no cree en nada. La religión, sea cual fuere, es para él una enemiga y no un consuelo. Desde luego, no es culpa de su padre, el barón de Fontrailles, que era senescal de Armagnac. Él, como sus hermanos y hermanas, era protestante, pero, en 1618, su esposa Marguerite de Montesquieu y su hermana se convirtieron al catolicismo. El senescal hizo lo mismo unos días más tarde. Pero el hijo no quiso abjurar. En cuanto a sus dos hermanas, dudaron durante algún tiempo; luego Isabeau se casó con un protestante y se empeñó en tan falsa creencia.

—Lo sé, padre; todo ello es muy triste. Rogad por su salvación.

Louis hizo la señal de la cruz, saludó de nuevo y partió hacia la iglesia, con Gaufredi siempre pegado a sus talones.

Ahora que la primera impresión había pasado, el exnotario empezaba a ver sus consecuencias.

¡Hugues de Lionne lo había atraído a una trampa! De modo que el secretario de Mazarino era el cómplice del marqués de Fontrailles. Traicionaba vilmente a su amo y bienhechor. ¿Significaba eso que Louise Moillon y sus hermanos estaban también al servicio del marqués? Quizá... Sin embargo, ella le había salvado la vida, así como la de Gaston. Luego era posible que ignorase la traición de Hugues de Lionne.

Pero era igualmente posible que ella trabajase para los hugonotes holandeses. Fontrailles trabajaría para España, y Louis se acordaba de lo que Brienne le había dicho: Holanda y España deseaban un tratado de paz separado, aunque hubiese que hacerlo a espaldas de Francia.

Louis se maldijo por haber estado tan ciego. Incluso había sospechado del pobre Charles de Bresche, que, sin embargo, aunque fuese sin querer, acababa de revelar la verdad.

—Hemos caído en una trampa, amigo mío —dijo entre dientes a Gaufredi, saliendo de la iglesia—, y no nos podemos marchar mientras el señor de Fermat no me envíe el informe sobre su código. Esta tarde nos encerraremos en nuestro cuarto. Prepara las armas; sin duda nos atacarán de noche.

Diciembre de 1643

Mientras Louis Fronsac era sacudido como un corcho en un torrente por los caminos de Francia, Gaston de Tilly intentaba adivinar cómo habían entrado los ladrones en la Nunciatura. Había vuelto varias veces a examinar el lugar, sin parar de preguntarse sobre las circunstancias del robo. Le parecía imposible que nadie hubiese podido introducirse sin ser visto en aquel edificio protegido por sólidas rejas en todas las ventanas. Pero ¿por qué razón iba a inventar monseñor Fabio Chigi aquella historia de papeles robados?

Una vez al mes, Gaston visitaba a una pobre desdichada a la que había metido en prisión por haber asesinado a su marido. Aquella mujer, maltratada regularmente, tanto ella como sus hijos, había envenenado a su esposo con antimonio para poner fin a la violencia que soportaba. Se llamaba Marcelle Guochy. Al encarcelarla, Tilly había cumplido con su deber de comisario, a sabiendas de que la mujer sería espantosamente torturada y luego colgada. Aquella perspectiva le había afectado profundamente, pues no ignoraba que los magistrados que la juzgaban decidirían una sentencia ejemplar para asegurarse de que ninguna otra mujer actuase así en el futuro.

Había comentado su malestar e incluso sus remordimientos a su amigo Louis, pero ambos eran impotentes ante la justicia.

Por suerte, Louis, con la ayuda de Gaston, había salvado la vida a Mazarino durante aquella confabulación criminal que había sido la conjura de los Importantes. En recompensa, se atrevió a pedir al ministro la gracia real para la pobre criminal.

Contra la opinión de Le Tellier y del teniente de policía Dreux de Aubray, Mazarino había aceptado, y Marcelle Guochy había vuelto con sus hijos.

Desde entonces, vendía legumbres en el mercado de los Halles y, gracias a la mediación de Gaston, sus dos hijos de siete y ocho años habían sido admitidos en la escuela de la abadía de Saint-Antoine-des-Champs. El comisario pasaba a verla de cuando en cuando, para asegurarse de que no necesitaba su ayuda.

Marcelle Guochy vivía en el barrio de Saint-Antoine, en el sobradillo de una vieja casa de madera. Dos días después de la marcha de Louis, Gaston fue a verla tras una última visita a la Nunciatura. No lejos de su casa, se encontró con un aguador y lo hizo subir con él. El acarreo de agua era una de las tareas más penosas para las mujeres que vivían en pisos.

El aguador, terriblemente sofocado, se detuvo en el último descansillo y dejó escurrir la correa con la que transportaba su carga a hombros. Posó los dos calderos en el suelo y Gaston llamó a la puerta.

Marcelle Guochy abrió. Por primera vez desde su liberación sonreía.

—¡Señor comisario! No deberíais haber venido —le reprochó descubriendo con alegría los calderos llenos de agua.

Fue a buscar tres gruesos cántaros de barro y se puso a trasvasar el precioso líquido. Cuando hubo terminado, Gaston, que ya había pagado al aguador, le hizo una seña para que se fuese.

—Estoy haciendo caldo para los niños —dijo Marcelle algo nerviosa—. Si aguardáis un momento, habrá un tazón para vos. Pero no os quedéis ahí de pie; dentro no hace tanto frío.

Lo hizo entrar en la minúscula buhardilla que habitaba. Un infiernillo de madera ahumaba el cuartucho. Apenas calentaba e iluminaba todavía menos, pero estaban al final de la tarde y quedaba un poco de luz. En un puchero de hierro hervía un caldo de legumbres que desprendía un agradable olorcillo. No había ningún mueble, a excepción de un arca apolillada y un banco donde un querubín rubio jugaba con su hermano. En el suelo, un jergón era el único lecho sobre el que madre e hijos dormían.

Gaston distribuyó primero sus regalos: para la niña, una hoja impresa, comprada a un buhonero, que representaba las letras del alfabeto; para el niño, un soldadito de madera, y, para la madre, unas cuantas velas de sebo.

Se sentó en el banco entre los niños e intentó enseñar a leer a la chiquilla, mientras escuchaba las noticias de la madre.

—La superiora de la abadía me ha felicitado por Sarah —explicó muy contenta—. Cree que pronto sabrá leer y mi clientela aumenta día a día. He ganado veinte soles hoy y pronto podré devolveros el dinero que me habéis prestado.

Gaston le había pagado el alquiler del puesto en el mercado, así como el desembolso inicial.

—Ya hablaremos de eso. ¿El trabajo es demasiado duro?

—Lo es, pero ¿qué trabajo es fácil, señor comisario? Tengo que estar en el puesto cuando tocan laudes para comprar las legumbres a los paisanos que llegan con sus carretas; luego vendo hasta la una de la tarde. Después hay que limpiarlo todo. Por favor, señor comisario, dejad de preocuparos por mí. Sois vos quien parece preocupado...

Gaston tenía, en efecto, un aire sombrío, pese al parloteo de los niños, que se habían sentado en sus rodillas. Después de una breve vacilación, le contó el misterio de la Nunciatura. Hablar de ello tal vez arrojase luz sobre el relato.

Apenas había terminado cuando Marcelle Guochy le dijo sonriente:

—Si vuestros ladrones no han entrado por la puerta ni se han colado por las ventanas, es que han pasado por los sótanos o los tejados.

Gaston negó con la cabeza:

—Sólo hay un sótano minúsculo, que recorrí desde la cocina. El Sena está demasiado cerca y el suelo es demasiado húmedo para poder construir allí nada profundo. En cuanto a los tejados, no hay ninguna abertura.

—¿Y qué me decís de las chimeneas, señor comisario?

Gaston se quedó un momento callado, luego sacudió de nuevo la cabeza

emitiendo una risa sarcástica:

—Supongamos que alguien ha pasado por una chimenea: en esta época del año están encendidas.

—No necesariamente. Llovió hace unos días, y los fuegos de la chimenea dejan de arder hacia el final de la noche si no se alimentan con más madera. Con el agua que ha debido de colarse en los hogares, cualquiera puede introducirse por un conducto sin mucho riesgo. ¿Había chimeneas en los cuartos que fueron visitados?

Gaston reflexionó un momento. Apenas había prestado atención, pero volvía a ver ahora las dos majestuosas chimeneas de mármol.

—Los conductos son estrechos —observó con un tono poco convincente y ya dubitativo.

—Los saboyardos tienen niños —repuso Marcelle.

Se quedó silencioso. ¿Tendría razón la mujer?

Los saboyardos de París formaban una especie de confederación con sus propias leyes. Los mayores mandaban sobre los más jóvenes. Existía incluso una justicia específica en su comunidad y Gaston sabía que sus jefes no dudaban en procesar y colgar a los que robaban a los miembros de su cofradía.

Desde la infancia, los saboyardos trabajaban duro. A partir de los seis años, eran deshollinadores y estaban dirigidos por cuadrilleros que les proporcionaban trabajo. Al ir creciendo, cuando ya eran incapaces de pasar por las chimeneas, demasiado angostas, se ganaban la vida como mozos de cordel o músicos callejeros, tocando la zanfoña y canturreando con voz nasal, acompañando a veces su música con un espectáculo de marmotas sabias o de linterna mágica.

En cuanto a las mujeres, eran conocidas por su asombrosa fecundidad, y siempre llevaban auestas una recua de críos en su serón o colgados de sus pechos, amén de los que ya andaban, que revoloteaban a su alrededor. Esa escuálida chiquillería servía, por supuesto, para atraer las limosnas.

Los jóvenes en edad de trabajar recorrían las calles de la mañana a la noche, con el rostro embadurnado de hollín, los dientes blancos en sus alegres e inocentes caritas. Todos reconocían su grito plañidero y lúgubre ofreciendo su servicio de limpieza:

—*¡A deshollinar, subir y bajar!*

Gaston había asistido con frecuencia al deshollinado de su chimenea realizado por un pequeño saboyardo. El niño, con los ojos vendados y la cabeza cubierta con un gorro para protegerse, trepaba ayudándose con las rodillas y la espalda por el interior de la chimenea, a veces hasta cincuenta pies de altura. En ocasiones ocurría que algunos, demasiado torpes, resbalaban estrellándose contra el suelo.

Con la ayuda de una rasqueta, el pequeño deshollinador arrancaba el hollín de las paredes, que iba depositando en un saco. El descenso era todavía más peligroso, pues el chiquillo no podía respirar a causa de los humos y el hollín. Todo aquel riesgo y aquellos sufrimientos se pagaban a cinco soles, y ese dinero tan duramente ganado no

era para ellos; tenían que meterlo en la caja común de sus cuadrilleros.

—Para deshollinar, los saboyardos pasan por el interior de las casas —observó finalmente Gaston—. ¿Cómo iba a trepar un niño al tejado desde el exterior?

—Olvidáis la región de donde vienen, señor. Desde pequeños juegan en las montañas. Saben trepar perfectamente por las chimeneas, y mucho mejor por las fachadas. Son ligeros y pueden trepar muy arriba. También tienen cuerdas y bastones con ganchos para ayudarse.

—¿Cómo sabéis todo eso, señora Guochy? —preguntó el comisario.

—Mi marido era carpintero, señor. Para reparar los tejados, solía utilizar a los pequeños saboyardos. Los niños trepaban por las fachadas y le evitaban tener que construir costosos andamiajes. Desde lo alto de los tejados, lanzaban las cuerdas para subir vigas. Cuando no estaba borracho, me hablaba de su extraordinaria agilidad —añadió tristemente.

Se calló un instante, para ocuparse del caldo, y luego preguntó:

—¿Qué día se cometió el robo?

—El 3 de diciembre.

—En el último cuarto de luna. O sea, que había bastante luz para alguien ágil.

—¡De acuerdo! Pero no tengo ningún modo de encontrar a un chiquillo que se haya deslizado por una chimenea de la Nunciatura. Y, por otra parte, no es a él a quien busco, sino al que le encargó el trabajo.

—Id a la taberna de la Étoile d'Or. Está en el barrio, no lejos de aquí, señor. Es donde se reúnen los saboyardos. Podréis hablar con sus cuadrilleros. Cada uno tiene un barrio a su cargo; no será difícil conocer a los que trabajan en la isla de Notre-Dame.

—Os lo agradezco mucho —dijo—. Iré ahora mismo a esa taberna.

—¡Ni se os ocurra, señor! Vais vestido como un gentilhomme y nadie hablará con vos. Id a casa y vestíos como un lacayo. En la taberna, sólo tendréis que presentaros a los cuadrilleros como un criado y decirles que estáis buscando un deshollinador.

¡Cuánta razón tenía aquella mujer! Ahora era el instinto del sabueso el que lo impelía a actuar como cada vez que husmeaba una pista.

—Decididamente, señora —sonrió Gaston—, sois vos quien debería ser policía.

Discretamente le dejó un luis de oro en el banco. Luego besó a los niños y se fue.

Dos horas más tarde, pedía de cenar en la Étoile d'Or.

De camino a la taberna, había vuelto por la Nunciatura y, al anochecer, había examinado la fachada con otros ojos. El inmueble era de ladrillo y piedra. Las protuberancias y los voladizos abundaban. Sí, un hombre ágil, y con mayor razón un niño, podrían trepar hasta el tejado. Es cierto que la cornisa en la que reposaba el alero del tejado era un tramo peligroso y difícil de franquear, pero las ventanas en saledizo sobre la pendiente del tejado permitían el paso y, pese a la oscuridad, Gaston podía distinguir los garfios de hierro que sobresalían.

La Étoile d'Or era una taberna miserable, como tantas otras de aquel barrio

popular.

Se sentó en una larga mesa donde había ya instalados una docena de chiquillos de rostros curtidos y tiznados, así como dos adultos con pinta de granujas de la peor especie.

Bebían todos grandes cantidades de vino. Hacia las diez, Gaston vio de repente entrar tumultuosamente a una banda de una treintena de criaturas —hombres, mujeres y niños— que ocuparon todas las mesas vacías. Les sirvieron raciones de carne, pescado, legumbres, pan y vino en grandes vasos de gres.

A los pocos minutos, la horda aumentó con más recién llegados. Los bribones pidieron ahora vino, así como botellas de aguardiente y tabaco de fumar. Las mujeres amamantaban y cambiaban a sus hijos en la mesa.

Tenían con ellos grandes perros que devoraban los restos caídos al suelo. Hubo peleas, una de las cuales, entablada entre una mujer y un hombre, atrajo a muchos espectadores.

Los saboyardos gritaban o cantaban hasta que, agotados y ahitos, se levantaban uno a uno de la mesa para ir a acostarse sobre la paja, en el mismo suelo, en cualquier rincón de la taberna.

Era el momento que esperaba Gaston. Viendo a un larguirucho borracho no lejos de él, le dijo:

—¡Mi amo tiene chimeneas que no paran de humear, compadre!

—Tienes que hablar con un cuadrillero —eructó el borracho—. ¿En qué parroquia vive tu amo?

—En la isla.

—Ve a ver a François, anda por allí —dijo señalando a un adolescente apenas salido de la infancia que coqueteaba con una mujer toda despechugada mucho mayor que él.

Gaston se levantó vacilante, como si también él tuviese una buena tajada. Se acercó al tal François y se dejó caer en el banco delante de su mesa.

—Mi amo tiene chimeneas que no paran de humear —repitió con voz pastosa—. Su casa está en la isla.

—Puedo enviarte a alguien mañana —propuso el adolescente girándose hacia él para verlo mejor—. ¿Se puede trepar al interior?

—Sin duda.

—¿Dónde está tu casa?

—Puedo esperar a tu chico al final del puente Marie, en la isla. Será lo más fácil para encontrarnos.

—¿Te parece bien mañana por la mañana? —preguntó el adolescente, que tenía prisa para que aquel moscón se fuese y retomar lo que estaba haciendo con la mujer.

—Mañana por la mañana, al amanecer —confirmó Gaston alejándose.

Al alba, Gaston esperaba solo en el extremo del puente Marie. Un observador atento habría reparado, sin embargo, en los tres arqueros de uniforme apostados en un

extremo de la calle.

El puente, coronado con una cincuentena de casas, era relativamente estrecho. Pasaba mucha gente por allí y Gaston esperaba la llegada de un chico tocado con un gorro. Vio llegar a dos. Uno debía de tener seis años y el otro siete, pero también podían tener más, tan delgados eran. Iban cogidos de la mano.

El comisario se acercó a ellos:

—¿Os manda François?

—¡Sí, señor! —respondieron a coro con una risita.

Sus ojos enrojecidos brillaban en medio de sus caritas fatigadas, arrugadas y tiznadas. Era evidente que no se lavaban con frecuencia. Enmarañados mechones de cabellos pajizos escapaban de sus gorros grises de hollín.

—Es por allí —dijo Gaston, cogiendo a uno de la mano.

En ese momento, La Goutte, que llegaba por detrás, agarró al segundo. Los dos niños, comprendiendo que se trataba de una trampa, se pusieron a gritar y forcejear con violencia. Los otros dos arqueros acudieron de inmediato en su ayuda.

Los niños vociferaban cada vez más fuerte. Uno de ellos mordió a La Goutte, que no soltó su presa. Empezó a formarse un tumulto de gente.

—¿Por qué pegáis a esos chiquillos? —preguntó una agresiva matrona.

Gaston pasó su presa a un arquero y contestó, lamentando no haber llevado más hombres:

—Soy comisario del Grand-Châtelet, señora. Ha habido un crimen en la isla y debo interrogar a estos niños. Si son inocentes, los dejaré en libertad.

Varios curiosos mascullaron, algunos desaprobando la acción del policía, pero muchos asintieron. No sería la primera vez que un chico tan pequeño cometía algún crimen —declaró uno de ellos.

Ahora, los dos niños lloraban y no habían dejado de forcejear. Una vez dispersado el tumulto, Gaston se acercó al más alto, sujeto fuertemente por un arquero. Se agachó para decirle:

—No quiero haceros daño. Aquí tenéis un sol para cada uno.

Mostró las monedas al mayor y el llanto cesó como por ensalmo. Las lágrimas habían trazado gruesos surcos negruzcos en sus rostros delgaduchos.

El más pequeño tendió la mano para coger la moneda.

—Vamos a la Femme sans tête —propuso Gaston—. Beberéis y comeréis por mi cuenta y luego os daré una moneda a cada uno. Pero también contestaréis unas preguntas que tengo que haceros.

Los niños asintieron con la cabeza, tranquilizados y seducidos por la perspectiva de comer hasta hartarse.

El albergue de la Femme sans tête estaba situado en la calle del mismo nombre^[84]. Su rótulo de madera representaba a una mujer decapitada sosteniendo un vaso en la mano, con esta leyenda debajo: «¡Qué bueno está todo!».

Se instalaron en una mesa aislada. Los niños, escoltados por Gaston y La Goutte;

los dos arqueros enfrente. Louis pidió sopa y pan con tocino. Los dos chiquillos no daban crédito a lo que veían sus ojos. En su vida habían comido tanto.

Gaston dejó que empezasen a comer. Cuando hubieron saciado su hambre, les explicó:

—Hace ocho días, hubo un robo en la Nunciatura, en la isla. Fue un saboyardo como vosotros el que dio el golpe. Trepó por la fachada y bajó por la chimenea. ¿Has sido tú? ¿O tú?

—¡Yo no he sido, señor! —protestaron los dos al unísono, aterrorizados.

—No me importa quién haya dado el golpe —insistió Gaston—. Sólo quiero que alguien me cuente lo que ha pasado. Le daré un luis de oro a cambio.

—¡Nosotros no hemos sido, señor! —gimoteó el más pequeño.

—De acuerdo, no has sido tú, pero sabes quién ha cometido el robo.

El niño sorbió los mocos sin negar.

—¿Y tú? —preguntó Gaston—. Pues os quedáis sin el sol si no me decís quién lo ha hecho y dónde puedo encontrarlo. Os lo repito, os prometo que a vuestro amigo no le pasará nada. Al contrario, le daré un luis de oro. Y al de los dos que me diga su nombre le daré, además, un escudo tornés.

—Fue Simond, señor —declaró el mayor, tentado por el escudo.

—¿Simond?

—Sí, Simond el Inocente. Nos lo dijo él.

—¿Y dónde puedo encontrar a Simond el Inocente?

—Estaba con nosotros esta mañana, señor. Lo han dejado en el muelle des Célestins, delante de una casa que tenía que deshollar, justo enfrente del abrevadero.

—¿Puedes llevarme allí?

—Sí, señor. ¿Y después nos dejará marchar? —preguntó con voz suplicante.

—Aquí están vuestras monedas —asintió Gaston con una sonrisa.

Le dio un sol a cada niño.

—Y un escudo para ti. Acabaos el caldo y nos vamos.

En el muelle des Célestins, al final de la calle Saint-Paul, los cuatro hombres y los dos niños se quedaron apostados a una veintena de toesas del domicilio donde debía encontrarse el pequeño Simond. Era una hermosa casa de piedra completamente nueva. Varias chimeneas sobresalían del tejado.

Al cabo de una media hora, vieron salir de la casa una silueta delgada. El niño le pareció a Gaston más escuálido, si cabe, que los dos que estaban con él. El chiquillo se alejó en dirección opuesta a la suya.

—¡Es él, señor! ¡Es Simond! —exclamó el pequeño.

—Muy bien. Ahora podéis iros.

Los chicos no se lo hicieron decir dos veces.

Los cuatro hombres siguieron un rato al pequeño deshollinador para atraparlo delante del puente Marie. Los dos arqueros lo agarraron y el niño forcejeó un

instante, pero luego, reconociendo los uniformes flordelisados, se echó a llorar y a gemir.

Gaston adivinó que el chico creía que lo arrestaban por el robo en la Nunciatura.

—¿Eres Simond el Inocente? —preguntó con dulzura.

—Sí, señor.

—¡Señor comisario! —lo corrigió La Goutte.

El chiquillo lloraba a moco tendido. Gaston lo examinó. Era muy delgado y bajito, pero debía de tener unos diez años, quizá más.

—Vamos por allí —propuso, acercándose a la orilla, justo al lado de una enorme pila de madera descargada de una barcaza.

Varios curiosos que llevaban sus animales a beber al Sena se habían acercado, intrigados por el incidente.

La Goutte les hizo señas de que se alejasen.

—Deja de llorar y límpiarte los ojos, Simond. ¿Quieres ganarte este luis?

Le mostró la moneda al niño.

El chiquillo sorbió dos o tres veces antes de afirmar con la cabeza.

—Sé que fuiste tú quien se coló por la chimenea en la Nunciatura —dijo Gaston—. Sólo quiero que me cuentes lo que pasó allí. Luego, te daré esta moneda y te dejaré marchar.

Simond se frotó los ojos con las manos tiznadas, que emborronaron su cara de churretones.

—¿De verdad, señor?

—Te doy mi palabra de honor de comisario.

—Vino un hombre una tarde a la Étoile d'Or —empezó a contar el niño—. Buscaba a alguien capaz de trepar fácilmente. El regidor me llamó y el hombre me preguntó si podía escalar una fachada. Yo ya lo había hecho otras veces. Es fácil. Le dije que sí. Me llevó aparte y me dijo que me daría un escudo de plata por trepar a un tejado. Le dije que de acuerdo.

—¿Cómo era ese hombre?

—No sé, no me fijé, señor comisario. Pero era un gentilhombre, llevaba una espada de coquilla y un bonito jubón con lazos de cuero. Tenía también una barba cuadrada y espuelas de cobre en las botas. Y un sombrero de ala ancha.

—Y después...

—Volvió dos o tres días más tarde. Llovía un poco. Me dijo que sería aquella noche. Cogí mi cuerda y mi gancho y me fui con él. Me llevó a una carroza que esperaba fuera y me mandó subir detrás. Había otro gentilhombre dentro, todo vestido de seda, con un gran manto de lana, muy grueso. También tenía guantes de seda.

—¿Cómo era?

—Estaba oscuro, señor, pero me dio la impresión de que era jorobeta. Estaba de medio lado.

—¿Jorobado? ¿Y cómo era su voz? —se inquietó Gaston.

—Rara, señor. Como cascada. Parecía malo, me daba miedo. Sé que a veces los gentileshombres atrapan niños para hacerles daño.

—¿Oíste su nombre?

—No, señor comisario, pero el otro hombre le llamó señor marqués.

—¡Fontrailles! —exclamó Gaston para su colete—. ¿Y qué ocurrió exactamente?

—Me explicó que íbamos a la isla. Que tenía que trepar por una fachada hasta el tejado y luego que tenía que bajar por una chimenea. Que me diría cuál. Tenía que llegar a un cuarto y coger todos los papeles que viese, y llevárselos. Me prometió un luis de oro.

—¿Y qué pasó luego?

—Que no podía hacerse hasta que escampase. Me dijo que durmiese en una banqueta mientras esperaba. Incluso me tapó con su capa. A lo mejor no era tan malo. Me debí de dormir durante el camino, porque, cuando me desperté, estábamos delante del palacio del nuncio. Me dio unos guantes de mi talla, un guardapolvo y zapatos de piel con hebillas. Me dijo que tenía que ponérmelos antes de bajar por la chimenea y llevarlos abajo para no manchar en el palacio. No tenía que dejar huellas. Le pregunté si iba a pagarme mi luis antes. Él no quería y yo le dije que no iba si no me pagaba antes. Entonces me lo dio. También me dio una bujía y cerillas de azufre. Después me ató el guardapolvo y los zapatos al cuello y escalé la fachada usando mi gancho y la cuerda en cada balcón. Casi no llovía y era fácil, aunque la luna apenas alumbraba. Cuando llegué al tejado, me fui a la chimenea que me dijo. No estaba caliente. El fuego se había apagado. Bajé utilizando las rodillas y los pies. Al llegar abajo, salté fuera de las cenizas. Era el segundo piso.

«Donde vivía Fabio Chigi», pensó Gaston.

—Luego me desnudé y encendí la vela. Estaba en una antecámara, un gabinete. Había una mesa con hojas de papel. Lo cogí todo. Había también una cartera de piel con documentos dentro. Metí dentro las hojas que había cogido y me ató la cartera al cuello. Tenía miedo y subí corriendo por la chimenea.

—¿Y luego?

El niño dudó.

—No soy tonto, señor. Por eso pedí que me pagase antes mi luis. Creo que el marqués no me habría llevado nunca a la Étoile d'Or. El Sena está a un tiro de piedra. Les sería muy fácil hacerme callar. Me acerqué al borde del tejado. Estaban abajo esperándome. Les arrojé la cartera.

—¿Y se fueron?

—Sí, señor. Se fueron corriendo. Yo bajé por otra fachada y me largué. Me quedé con los zapatos, ¿veis?

Mostró sus pies al comisario.

—¿Fuiste tú quién cogió la bolsa que había encima de la mesa?

El niño bajó los ojos:

—Sí, señor. Había una docena de florines dentro. Los escondí, pero puedo devolvéroslos.

—Te los puedes quedar, chico.

Gaston no tenía ninguna pregunta más que hacer. Habría pagado en oro por saber por qué Fontrailles había robado en la Nunciatura, pero a esa pregunta no podía responderle el rapaz.

—Aquí tienes tu luis —le dijo—. Si te acuerdas de alguna otra cosa que te parezca importante o si encuentras de nuevo al marqués, vienes a verme al Grand-Châtelet. Mi despacho está allí. Me llamo Gaston de Tilly y soy el comisario del barrio de Saint-Germain-l’Auxerrois. Si lo que me llevas es interesante, te pagaré otro luis de oro.

—¿Otro luis?

—Sí.

El niño se pasó la lengua por la boca antes de declarar:

—Me guardé un papel, señor. ¿Lo queréis?

—¿Te guardaste un papel?

El niño estaba al borde del llanto.

—Perdón, señor, no debí hacerlo, pero ¡era tan bonito!

Ahogó un gemido.

—¡Nunca he tenido juguetes, señor! Nunca he tenido nada que fuese mío. Había un sello encima, señor, con abejas. Me gustan mucho las abejas. Una vez comí miel, era muy rica. Quise coger el sello y dejar el papel con los otros, pero no fui capaz de arrancarlo. Entonces, me lo metí en las calzas. Lo miro por la noche. Las abejas son tan bonitas... Me imagino que podría volar con ellas...

—¿Cuántas abejas?

—Tres, señor comisario.

—¿Sigues teniendo ese papel?

—Sí, señor, lo guardo en el desván de la Étoile d’Or, con los florines. Lo cojo cuando me voy a dormir.

—Te lo compro, si quieres. Un luis, como te prometí.

—Puedo ir a buscarlo ahora —propuso el pequeño saboyardo.

Se fueron al barrio de Saint-Antoine. Gaston apretó el paso y el niño se vio en dificultades para seguirlo. Tres abejas, había dicho el arrapiezo. Eran las armas de la familia Barberini, cuyo patriarca, Maffeo, era el Papa Urbano VIII.

Esperaron en la sala de la taberna a que el pequeño deshollinador volviese del desván. Cuando se reunió con ellos, sacó de las calzas el documento. Gaston, incapaz de resistir la espera, extendió el documento encima de la mesa y lo leyó.

El sello llevaba efectivamente tres abejas coronadas con llaves. Era sin duda alguna el de la casa Barberini; concretamente, el de Thaddeus, duque de Urbino y prefecto de Roma. Pese a su aspecto de bruto, Gaston dominaba perfectamente el latín. La carta recomendaba a Fabio Chigi contactar con su agente, Carlo Morfi,

quien había dado pruebas de gran eficacia en la captura del hereje Pallavicino.

Carlo Morfi le haría llegar a Münster los despachos que lograrse robar en el Servicio de Cifrado del señor de Brienne gracias al polígrafo que trabajaba para él. Monseñor Chigi, sin embargo, tendría que explicarle exactamente la información que quería y cómo enviarle los pliegos a Münster.

Gaston volvió al Grand-Châtelet en un estado de profunda excitación y gran satisfacción. Ahora lo veía todo claro. Era evidente que había dos redes de espías en el Servicio de Cifrado. Una a las órdenes de Fontrailles, que trabajaba seguramente para la duquesa de Chevreuse, y por tanto para España, y otra que lo hacía para la Santa Sede, a las órdenes de Thaddeus Barberini.

Claude Habert estaba a sueldo de Fontrailles y Charles Manessier trabajaba sin duda para ese Carlo Morfi. Fontrailles lo había descubierto y lo había asesinado; a continuación, había organizado aquel robo para averiguarlo todo sobre la organización de Fabio Chigi.

Louis tenía razón. El falso suicido de Manessier, organizado sin duda por Fontrailles, no buscaba más que proteger a Habert, pero Manessier no había sido elegido al azar. Aunque parezca imposible, era un espía, en este caso del misterioso Carlo Morfi, y Fontrailles, haciéndolo desaparecer, había desmantelado una red de espionaje rival.

Louis quedaría impresionado por su perspicacia. Casi había resuelto el asunto, y, tan pronto como volviese su amigo, les explicarían todo a Brienne y a Le Tellier.

Al día siguiente, Gaston se presentó en la Nunciatura acompañado del teniente civil Dreux de Aubray para describirle a un asombrado nuncio la forma en que habían realizado el robo. Omitió dar el nombre del niño, asegurando que le había prometido la libertad a cambio de su confesión, cosa que desaprobó el teniente civil, pero Dreux de Aubray desaprobaba siempre tantas cosas del comportamiento de Gaston de Tilly que una más no importaba.

En cuanto al cerebro del asunto, Gaston aseguró que no tenía ningún dato para identificarlo. El secreto debía ser guardado y sólo Le Tellier y Brienne serían informados, a la vuelta de Louis. Aconsejaba, pues, al nuncio colocar sólidas rejas en lo alto de las chimeneas.

—¿Y creéis que podremos recuperar nuestros papeles, señor? —preguntó el nuncio muy preocupado.

—Nos dedicamos a ello día y noche, monseñor; sin embargo, todo indica que los ladrones ya no están en París, y su descripción es inservible. Así que debo confesaros que no tengo muchas esperanzas.

Gaston habría deseado interrogarlo sobre Carlo Morfi y Pallavicino, pero ¿cómo hacerlo sin confesar que había encontrado una de las cartas de Fabio Chigi?

A su regreso, intentó en vano que Dreux de Aubray le proporcionase información sobre los dos nombres. El teniente civil nunca había oído hablar de ellos. Más tarde, en el transcurso de la jornada, se encontró con Philippe Boutier, el padrino de Louis,

que estaba al servicio del canciller Séguier. Boutier, que siempre estaba enterado de todo lo que pasaba en la corte, ignoraba quiénes eran Carlo Morfi y Pallavicino. Por la noche, Gaston preguntó incluso a Gédéon Tallemant, sin éxito.

De vuelta en el Grand-Châtelet, se enteró de que un duelo increíble acababa de tener lugar en la plaza Real, en lugar público, a la vista de todo el mundo.

La mañana del 12 de diciembre, Godefroi de Estrade, amigo íntimo de Maurice de Coligny^[85] y reputado duelista que ya había matado a varios adversarios, se había presentado en el palacio de Guisa, en la calle du Chaume, para desafiar al duque en un duelo de honor. Él mismo sería testigo del conde de Coligny y adversario del testigo que el duque eligiese, puesto que los testigos se batían entre sí.

Guisa esperaba esa visita y presentó a Godefroi de Estrade a su propio testigo, el marqués de Brédieu.

El encuentro fue organizado en sus menores detalles. Los cuatro adversarios debían encontrarse ese mismo día, en el centro de la plaza Real, sin avisar a nadie.

A las tres, como estaba previsto, los cuatro hombres llegaron en dos carrozas diferentes. Habían decidido batirse a plena luz del día en el lugar más frecuentado de París.

En las ventanas que daban a la plaza varias personas que habían sido informadas en el último momento esperaban el comienzo del lance. Anne-Geneviève de Longueville se hallaba también allí en casa de la duquesa de Rohan, que la había invitado.

Tras el saludo, el duque de Guisa declaró solemnemente a Maurice de Coligny:

—Señor, vamos a dirimir antiguas querellas de nuestras dos casas, y veremos qué diferencia hay entre la sangre de Guisa y la de Coligny.

Al dar el primer paso, Coligny resbaló, perdió el equilibrio y cayó sobre una rodilla. Guisa posó entonces un pie sobre su espada y lo golpeó con la hoja de su arma para humillarlo públicamente.

El nieto del almirante se rehízo, sin embargo, y el combate se reanudó. Coligny ganó ventaja tocando al nieto del Caracortada en el hombro. El duque de Guisa agarró entonces con ambas manos la espada de su adversario y, pese al corte y al dolor que le provocó, hundió su hoja en el brazo de su oponente.

Coligny se desplomó. Sus amigos lo alzaron cubierto de sangre y lo trasladaron al cercano palacio de Condé, donde lo esperaba Enghien.

Por lo regular, Mazarino se burlaba de los duelos que entablaban los jóvenes por los que no tenía ninguna estima, pero, en esta ocasión, comprendió que era un nuevo golpe de sus adversarios.

Y aun encima, se había enterado de que Coligny era el agresor, que era su testigo quien había ido a desafiar a Guisa. ¡Ni siquiera podría decir que había caído en una trampa!

La regente estalló en cólera al enterarse de la noticia. Por más que Mazarino y Le Tellier trataron de convencerla de que se trataba de una artimaña, exigió la aplicación

estricta del edicto sobre duelos que había dictado su peor enemigo, el cardenal Richelieu.

Al día siguiente, convocó al príncipe de Condé y le ordenó que instase a su hijo el duque de Enghien a que hiciese salir a Coligny de su casa o lo mandaría prender.

El príncipe de Condé acudió corriendo a casa de su hijo para transmitirle la conminación real. Pero el duque ya no era el adolescente que siempre había obedecido a su padre, sino uno de los más grandes generales de Europa al que los aduladores comparaban ya con Alejandro Magno. Se sabía intocable desde Rocroy. El ejército lo adoraba y lo habría seguido al fin del mundo.

Y, sobre todo, su padre ignoraba que aunque su hijo tuviese múltiples defectos — vicios, incluso—, en medio de ellos descollaba una cualidad que relucía como un diamante: Enghien era un amigo fiel. Exigía fidelidad absoluta de su gente, de sus vasallos, pero, a cambio del juramento de fidelidad, les aseguraba su protección. Para el duque, la vieja regla feudal no había caído en desuso.

Para evitar que detuviesen a su amigo Coligny, Enghien lo mandó trasladar al castillo de Saint-Maur, su residencia de campo, donde lo confió a su médico personal. Tuvo que sufrir a continuación, sin inmutarse, por cierto, las recriminaciones de Gaston de Orleans, cuñado de Guisa, indignado porque Coligny hubiese provocado a uno de sus más fieles amigos, *que no lo había ofendido en absoluto*.

Por su parte, Le Tellier envió hombres al palacio de Guisa, pero el duque había desaparecido. Sólo su madre, la duquesa viuda, se encontraba allí. Durante algunos días nadie supo dónde estaba.

La opinión pública se adueñó de la historia y, como los perdedores nunca tienen razón, decretó que Coligny se tenía muy merecido lo que le había pasado.

Dicen que en Francia todo acaba en coplas; debe de ser así, porque durante el invierno de 1643 en París no se cantaba otra cosa:

Secad vuestros bellos ojos, señora de Longueville.
Secad vuestros bellos ojos, que ya está bien Coligny.
Si ha perdido la vida, en cara no se lo echéis,
desea una vida eterna, para vuestro amante ser.

Del 20 al 23 de diciembre de 1643

Louis y Gaufredi volvieron al palacio de Castelbajac sin intercambiar palabra, aterrados por lo que acababan de descubrir. Con la mente embotada por una especie de bruma que lo agarrotaba, Louis se repetía machaconamente el número de veces que se había equivocado a lo largo de aquel asunto.

El convento de los Carmelitas no estaba muy lejos del palacio de Castelbajac, pero la caminata y el intenso frío, que calaba hasta los huesos, operaron un cambio en el ánimo de Fronsac, liberándolo poco a poco de la bruma que lo embotaba.

Cuando llegaron al porche del palacio, se había recuperado por completo. Se detuvo y puso una mano en el hombro de Gaufredi, que esperaba la decisión de su amo.

—¿Crees que podremos marchar de aquí esta tarde, una vez que haya recibido los documentos del señor Fermat? —le preguntó.

—Sin duda, señor, pero no iríamos muy lejos. Esa bruja nos hará seguir. Ha tenido todo el día para preparar su trampa, y si cuenta con un número suficiente de espadachines, nos atacarán en el camino, donde nos será difícil defendernos.

—¿Crees que es preferible encerrarnos a cal y canto y esperar el asalto?

Gaufredi se pasó una mano por la cara, como si dudase en proponer otra cosa.

—Podríamos tratar de engañarla.

—¿Qué quieres decir?

—Intentar una estratagema, señor. A veces, un simple ardid de guerra gana una batalla. Por ejemplo, podríais decirle a la señora de Castelbajac que no habéis obtenido lo que queríais, asegurándole que debéis encontraros de nuevo con el señor de Fermat mañana y que habréis de pasar una noche más en su casa.

—De esa forma nos dejaría tranquilos esta noche —sugirió Louis esperanzado.

—Quizá. Entonces compraríamos caballos y dejaríamos aquí el coche y los equipajes. Así como al señor de Bresche...

—Nos arriesgamos a que se venguen en él —objetó Louis.

Luego sacudió la cabeza negando con firmeza:

—¡No! ¡Lo mataría! Y sería contrario al honor. Mejor, preparémonos para un ataque.

—También podéis proponerle al señor de Bresche que se vaya esta tarde —sugirió Gaufredi.

Entraron en el patio. La portera sacaba agua del pozo. Los miró con inquina.

Louis la saludó como si nada hubiese ocurrido y subieron al segundo piso. Bresche estaba en la habitación examinando tres libros en cuarto.

El librero alzó unos ojos inquisitivos cuando entraron. Gaufredi echó el cerrojo a la puerta.

—Señor de Bresche —empezó Louis—, debo informaros de lo que nos sucede. Tenemos enemigos muy poderosos que van a atacarnos aquí mismo. Pero mis adversarios no son los vuestros y no deseo mezclaros en nuestros problemas. Sería prudente que esta tarde nos dejaseis para instalaros en un albergue. Quedarse con nosotros es jugarse la vida.

Bresche dejó el libro que tenía en la mano y dudó un instante, como si buscase las palabras antes de declarar:

—Señor, me ofendéis al pensar que podría abandonaros en vuestras dificultades. No soy gentilhombre, pero sí hombre de honor. He hecho el camino con vos y os estoy obligado. Si vais a batiros, estaré muy honrado de hacerlo a vuestro lado si así lo deseáis.

Conmovidado por tal declaración de fidelidad, Louis permaneció un instante indeciso, antes de explicarle:

—Podemos dejar el lugar rápida y discretamente, pero no podemos abandonaros aquí. Nuestros enemigos se vengarían en vos.

—¡Pero en cuanto os vean partir en el coche vuestros enemigos os perseguirán!

—Partiremos discretamente mañana y a pie. Compraremos caballos y dejaremos nuestro equipaje. Yo podría escabullirme para evitar un ataque esta noche, pero no estoy seguro de ello. Por eso prefiero que os vayáis antes.

Bresche bajó lentamente la cabeza antes de declarar:

—Es un buen plan, pero os costará caro: un coche, dos caballos, vuestro equipaje...

—¿Se os ocurre uno mejor, señor? —preguntó con insolencia Gaufredi.

—Tal vez. Ante todo hay que ganar tiempo. Vos, Gaufredi, podríais quedaros aquí mañana con el coche, mientras que el caballero y yo dejaríamos Toulouse a caballo como habíais previsto. Pernoctaríamos en Montauban, en la hospedería de los Pañeros. Vos le explicaríais mañana por la tarde a la señora de Castelbajac —deduzco que es ella vuestra enemiga— que yo ya no estoy aquí y que el caballero está enfermo, que no puede cenar con ella, y que os quedáis un día más. Y pasado mañana, partís con el coche y el equipaje. Hasta entonces, la señora de Castelbajac no se dará cuenta de que ha sido burlada. Vos no corréis mucho riesgo. Os bastará con verificar que no os siguen. El señor Fronsac y yo os esperaremos en Montauban.

El plan de Bresche no era malo, pensó Louis. El único defecto que le veía era que todos los riesgos recaían sobre Gaufredi. Interrogó a su compañero con la mirada.

—Puedo hacerlo, señor —aprobó el reitre tras una breve reflexión—. Si me siguen, tendrán que vérselas conmigo. Por otra parte, en caso de que hubiese enfrentamiento, prefiero estar solo que con vos. No debéis temer por mí, ya he jugado este juego otras veces.

Louis los miró de nuevo a ambos durante un buen rato. Se sentía profundamente emocionado por la devoción y entrega del librero y de su compañero de armas.

—De acuerdo, lo haremos así —decidió por fin.

En ese momento llamaron a la puerta.

Gaufredi cogió una pistola de rueda, mientras que Louis se acercaba prudentemente a la puerta.

—Ha llegado una carta para vos, señor marqués —dijo la voz cantarina de la señora de Lespinasse.

Louis recordó entonces que Fermat le había prometido que le enviaría la demostración y los pormenores de los códigos. Giró la llave en la cerradura y abrió lentamente.

La señora de Lespinasse estaba radiante. Le tendió un paquetito atado con bramante.

—Muchas gracias, señora —se inclinó Louis tomando el paquete de sus manos.

La dama se quedó en el umbral de la puerta, quizá esperando que la invitase a entrar.

Él la saludó de nuevo. Ella inclinó ligeramente la cabeza y se fue visiblemente decepcionada.

Por la noche, durante la cena, Louis explicó a la marquesa y a Françoise de Lespinasse que tenía que volver a verse con Pierre de Fermat al día siguiente, pues el problema matemático que había abordado con él era demasiado arduo para que se pudiese resolver tan rápido y los documentos recibidos le parecían incompletos.

Las dos mujeres no opusieron objeción alguna. Sólo la vida en París y la moda de la corte parecían interesarles.

Charles de Bresche, Louis Fronsac y Gaufredi dejaron el palacio a pie el lunes por la mañana después de tomar una rápida colación en la cocina, bajo las miradas malévolas de Bertrande. Bresche llevaba sus libros con él. Había explicado a Louis que aún debía volver a casa de su librero antes de su partida para recoger una última obra y saldar su deuda. Louis le había propuesto que se reuniese con ellos en la calle Dalbade, en las caballerizas donde pensaban comprar los caballos.

Se encontraron hacia las diez de la mañana a orillas del Garona. Sus monturas eran dos sólidos jumentos. Gaufredi se había quedado atrás y había examinado los alrededores, asegurándose de que nadie los había seguido.

—Llegaremos a Montauban por la tarde. Cuídate mucho, viejo amigo —le dijo Louis dándole un abrazo, mucho más emocionado de lo que habría podido imaginar.

Gaufredi iba a encontrarse solo ante una banda de malhechores y le daba la impresión de que lo abandonaba ante el peligro.

—No os preocupéis, señor —lo tranquilizó el reitre exclamando con bravuconería —: ¡En peores me he visto! Y vos, señor de Bresche, cuidado de mi amo —gruñó, ligeramente amenazador.

Los dos hombres montaron a caballo y, poniéndolos al trote, tomaron el camino del Pont-Neuf para rodear la ciudad.

Gaufredi no volvió inmediatamente al palacio de Castelbajac. Cruzó el puente de Tounis para volver a la isla y se instaló en una taberna de pescadores a orillas del

Garona, donde permaneció todo el día.

No volvió hasta la noche. La portera no estaba en el patio y fue Clémence quien acudió a abrirle.

—¿El caballero no viene con vos? —preguntó asombrada.

—Ya ha vuelto —le aseguró—. Estaba muy fatigado y deseaba descansar.

La dama no pareció sorprendida por la respuesta y Gaufredi prosiguió:

—Creo que ha sido algo que comió a mediodía. He ido a ver a un boticario y voy a darle unas hierbas que le he traído. ¿Podrías proporcionarme agua caliente para una tisana?

—Por supuesto. ¿Y vuestro amigo?

—Nos ha dejado.

Gaufredi subió a la habitación del segundo piso y corrió las cortinas del tornalecho. Luego preparó el equipaje.

Un poco más tarde, Clémence llamó a la puerta. Llevaba agua caliente en un pichel.

—¿Qué tal está vuestro amo? —preguntó inquieta.

—Mejor. Ahora duerme, pero está muy fatigado. ¿Podéis avisar a la señora marquesa de que no bajaremos a cenar esta noche?

Clémence dirigió una mirada de curiosidad hacia el lecho.

—¿Estáis seguro de que no necesita nada?

—Nada, señora —aseguró Gaufredi, empujándola con suavidad y cerrando la puerta.

Unos minutos más tarde, fue Françoise de Lespinasse quien se presentó, con el rostro demudado por la inquietud.

—Clémence me ha dicho que vuestro amo estaba enfermo...

—No os preocupéis, que no es nada, señora. Sólo necesita reposo.

—¿Puedo verlo? Conozco muy bien las enfermedades de la región.

—Lo siento, pero prefiero no despertarlo ahora que he logrado que se duerma. Mañana estará mejor.

La dama observó el lecho dudando un instante. Luego bajó la cabeza.

—Mandaré que os suban la cena —dijo, con una sonrisa forzada.

Clémence volvió un poco más tarde con un tazón de caldo, pan blanco, pato en su salsa y dos jarras de vino en una bandeja.

Intentó a su vez ver a Louis Fronsac, y propuso pasar las tumbillas por el lecho para calentarlo. Gaufredi declinó el ofrecimiento, aunque la cámara estaba glacial.

Tras su partida, el reitre preparó las armas. Tal vez lo atacasen de noche. Había previsto atrancar la puerta con el baúl. Todas las pistolas y mosquetes estaban cargados. Y había comprobado ruedas y cazoletas. Dudó un rato si confeccionar una cuerda con las sábanas para poder descender al patio. Pero si no era atacado, difícilmente podría explicarlo al día siguiente. Se limitó a preparar todas las telas disponibles y las colocó en el lecho de dosel. En caso necesario, sólo tendría que

anudarlas.

Y en caso de que empujasen la puerta, dispararía con todas las armas a través de ella, decidió. El arca les impediría el paso. A continuación, anudaría las sábanas y bajaría al patio, donde se las arreglaría para hacerse con un caballo y huir.

Jugaría bien sus cartas. Durante la noche tenía posibilidades, pensó. El único riesgo era que la hermana de Fontrailles hubiese llamado a una banda de malhechores muy numerosa y que algunos de ellos se quedasen en el patio. En ese caso, les dispararía desde la ventana con un mosquete: los cazaría como a conejos.

Sin embargo, algo le decía que no sería atacado. Las doncellas y la señora de Lespinasse parecían decididamente amables. O a lo mejor era que los criados de la marquesa y la señora de Lespinasse no sabían que hubiese un proyecto criminal contra ellos.

Efectivamente, la noche transcurrió sin novedad. Incluso pudo dormir en el lecho de su amo.

Mucho antes del alba, estaba listo para partir. La noche había sido glacial. Se arrebujó en su capa y abrió cuidadosamente la puerta. El palacio estaba silencioso. Bajó con varios sacos al hombro y una vela en la mano.

Descorrió el cerrojo de la puerta de entrada, llevó el equipaje a la carroza e hizo un segundo viaje a la habitación.

A la vuelta, se topó con Clémence y Bertrande, la portera, que acababan de levantarse. Quedaron asombradas de encontrárselo tan temprano.

—Mi amo está mejor —les explicó—. Partimos de mañana. Me ha pedido que prepare el coche.

Ellas parecieron aceptar la explicación y el reitre subió a buscar las últimas armas que había dejado en el cuarto.

Cuando volvió al coche, la aurora enrojecía el cielo. Intentó arrastrar el coche al medio del patio para enganchar el tiro. Era demasiado pesado y Gaufredi tenía los dedos entumecidos por el frío. Aquél era trabajo para dos hombres. Finalmente, enganchándose a la flecha central donde iban atados los caballos, logró colocarlo en la posición idónea. Sólo faltaba el tiro.

Fue a buscar el primer caballo y lo cinchó rápidamente tras soplar en sus manos para calentarlas. Para evitar que la bestia se moviese, la ató con una correa al árbol del patio.

Fue entonces cuando llegaron Clémence y Bertrande.

—¿Vais a enganchar los caballos ahora? —se asombró la portera.

—Hago lo que mi amo me ordena —refunfuñó Gaufredi.

—Os traeré un tazón de caldo caliente —propuso Clémence.

Bajo la mirada suspicaz de Bertrande, el reitre fue a buscar el segundo caballo.

Clémence ya estaba de vuelta cuando Gaufredi llegó con el equino. Era mucho más espantadizo que el otro y lo colocó detrás del primero. Tan pronto como lo hubo enjaezado, se bebió de una sentada el tazón humeante de caldo limpio que le tendía la

criada. Estaba hirviendo y se quemó un poco.

Alzó los ojos y vio una silueta que sostenía una vela en el primer piso. Tenía que alejarse de aquellas dos mujeres. Sólo llevaba un cuchillo de caza en su talabarte. Si lo atacaban por la espalda, estaba perdido.

Le devolvió el tazón a Clémence y fue a buscar el tercer caballo.

—¿Queréis que os ayude? —preguntó Bertrande con su brusquedad habitual.

Gaufredi dio un respingo sobresaltado. ¡Vaya! ¡Lo había seguido hasta la caballeriza! Aceptó asintiendo con la cabeza. La portera condujo el cuarto caballo por el establo. Al instalar al animal en el pértigo, Gaufredi comprobó que Clémence se había ido, quizá a preparar una comida caliente a su ama, o tal vez a prevenirla. Pensó que si cualquiera de las dos mujeres entraba en la habitación, descubriría que su amo no estaba allí.

Cada vez más nervioso —los dedos se le antojaban huéspedes—, se enredó con las cinchas. Sus manos, heladas, no le obedecían. Bertrande ya había enganchado el tercer caballo y, viendo que el reitre no hacía sino aturrullarse, lo apartó con firmeza, pasó el bocado al animal y apretó con fuerza amarras y bridas.

—Gracias por vuestra ayuda —resopló Gaufredi—. ¿Podrías ir a avisar a mi amo? Quiero verificar todas las cinchas y mi amo desea presentar sus respetos a la señora marquesa cuando se haya levantado.

—Perded cuidado —dijo Bertrande mucho más amable tras haberle demostrado a aquel viejo que ella sabía aparejar un caballo tan bien o mejor que él.

La mujer se alejó sin hacer ruido.

El patio estaba vacío.

Llevando el caballo por el bocado, Gaufredi hizo avanzar el carruaje hasta el portalón de madera. Luego, levantó la barra que lo bloqueaba y lo abrió de par en par.

A continuación, hizo salir el tiro a la calle todavía desierta. La carroza tropezó con el mojón de piedra del portal, pero pasó pese a todo. Acarició a los caballos con la mano, saltó al pescante y espoleó a los animales. El coche partió al trote. Gaufredi sabía que el riesgo mayor venía ahora. Que una u otra de las mujeres saliese con un arcabuz y lo abatiese como a un conejo, con su silueta sobresaliendo del techo de la carroza. Dejó de preocuparse cuando creyó pasado el peligro... se giró un segundo para descubrir a Clémence, Bertrand y la señora de Lespinasse ante el portal con una expresión de incredulidad en el rostro.

Louis Fronsac y Charles de Bresche llevaron sus caballos al trote hasta Montauban. Pudieron cambiar dos veces de montura en las postas y llegaron antes de anochecer a la hostería de los Pañeros.

El albergue se ubicaba en la Plaza Mayor, cuyas grandes arcadas albergaban las más importantes corporaciones de comerciantes. Dichas arcadas, por todos denominadas «soportales», eran de madera y adobe. Estaba el soportal de los pañeros, el de los zapateros e incluso el del trigo.

En las cuatro esquinas de la plaza, una puerta de bóveda daba paso a las otras

calles de la ciudad. En el centro se encontraba la picota, bien a la vista de la sede de los *capitouls* o consulados, que formaban el tribunal que entendía en lo relativo al comercio y los comerciantes.

Los dos hombres compartieron un cuarto después de recuperar fuerzas con una buena cena en el comedor comunal.

Charles de Bresche volvió a hablar con entusiasmo de los libros adquiridos que se llevaba en su saco de viaje. Aquel hombre amaba su oficio, pensó Louis al escucharlo.

Al día siguiente, la villa se disponía a festejar la Navidad. El tiempo era frío y húmedo. Louis estaba inquieto. Si se ponía a nevar, se arriesgaban a no alcanzar París hasta mediados de enero. Estaba ansioso porque Gaufredi se reuniese con ellos, pero sabía que su compañero no llegaría antes de la noche, y eso contando con que todo saliese a pedir de boca.

Mientras Charles de Bresche visitaba la villa, Louis se quedó en el cuarto leyendo la demostración que le había enviado Pierre de Fermat. Sólo llevaba consigo la prueba de la conjetura de Diofanto que le había enviado el magistrado, pues había considerado más prudente dejar a Gaufredi los pliegos que describían el método de cifrado. Casi había comprendido del todo la explicación de Fermat para codificar un repertorio de sílabas partiendo de una casilla y se sentía capaz de explicárselo a Rossignol. Contando con Gaufredi, que poseía un ejemplar detallado de la misma, serían dos las posibilidades de hacer llegar el nuevo sistema de codificación al jefe del Servicio de Cifrado. Aunque a él le ocurriese cualquier desgracia, el código no se perdería.

Finalmente, abandonó la lectura de la demostración, de la que no comprendía ni jota, para examinar los libros que había comprado el librero. Se hallaba enfrascado en una obra de botánica llena de láminas coloreadas cuando Charles de Bresche entró con semblante preocupado.

—Deberíais venir, señor —dijo con respeto—. Anoche llegó un grupo de individuos que no me inspiran ninguna confianza.

—¿Dónde están?

—Abajo, en el comedor. Vienen de Toulouse, según me ha dicho el mesonero. ¿Nos habrán seguido?

Parecía muy preocupado. Louis tomó su espada, aunque sólo fuese un mediocre esgrimista, así como la pistola de dos cañones que su padre le había regalado hacía unos años. Bresche se armó también y, disimulando sus armas bajo la capa, bajaron.

La escalera del albergue, de madera, corría por la fachada exterior.

—Podríamos ir primero a las caballerizas —propuso el librero—, a ver el tipo de monturas que traen, e interrogar a los palafreneros.

Louis asintió. Salieron al patio, extrañamente desierto. Desde allí ganaron el establo, cuya enorme puerta permanecía abierta.

Había una veintena de caballos delante de sendos pesebres y dos coches, uno de

los cuales era una gran carroza, pero ningún mozo de cuadras.

—¿De quién son esos coches? —preguntó Louis intrigado—. No estaban ayer. ¿Y cómo es posible que no haya nadie?

—No lo sé, señor.

Se acercaron prudentemente al primero. Muy destartado, parecía vacío. Louis abrió la portezuela.

Gaufredi llegó a la hostería de los Pañeros a media mañana. Había cambiado varias veces de caballos casi sin detenerse en las postas; su amo le había confiado la mitad del dinero previsto para el viaje. El trayecto había sido bastante penoso para el viejo reitre, que no se detenía más que en las postas y que tenía muchas dificultades para dominar él solo el enorme tiro. Se hallaba agotado pero feliz por haber llevado a cabo su misión.

Llegado al patio, saltó del pescante y avisó a un arrapiezo de seis o siete años, que, con los pies descalzos pese al frío, recogía el estiércol.

—Busco al señor Fronsac. Llegó ayer a caballo con un compañero, Charles de Bresche.

—No sé quién es, señor —respondió el niño—. Puedo llevaros donde mi amo.

Gaufredi lo siguió. El mesonero estaba en la bodega, contando sus barricas de vino.

—¿El señor Fronsac? Sí, me acuerdo, llegó ayer y me avisó de vuestra llegada —dijo el hostelero—: un hombre de cejas pobladas, largos cabellos grises y mofletes colgantes.

—¿Dónde está?

—¡Aquí no, señor!

—¿Cómo es posible?

—¡A mí qué me dice, señor! Su compañero se fue esta mañana con su caballo.

Le dio la espalda y se puso a contar de nuevo sus toneles.

—¿Se fue solo? —preguntó a gritos Gaufredi.

—¡No! ¡Con sus amigos!

—¿Qué amigos? —preguntó el reitre todavía más alto.

—No sé, señor. Pagó, aparejó los caballos y se fue —contestó el hombre, volviéndose exasperado.

Gaufredi sintió un escalofrío que le heló la columna al oír que su amo había partido. Avanzó un paso y agarró al mesonero por la garganta.

—¡No se te ocurra jugar conmigo, bribón! ¿Qué ocurrió?

—No sé —respondió el mesonero ahogándose—. Vuestro Fronsac debía de ir en el coche.

—¿Qué coche? Explícate o te cuelgo de ese gancho por el cuello —amenazó Gaufredi señalando una argolla de una de las vigas de la bodega.

Lo soltó empujándolo violentamente. El hombre cayó al suelo y Gaufredi sacó su cuchillo de caza:

—¡Ahora, habla claro si quieres seguir entero!

Temblando como un junco, el mesonero se explicó entre jadeos:

—El amigo de vuestro amigo estaba con una banda de compañeros. Llegaron ayer noche en una gran berlina destartalada. Esta mañana, se fueron todos juntos; llevaban con ellos la montura de vuestro amigo.

—¿El señor Fronsac iba con ellos?

—Seguramente... No sé... no presté atención. Ya os lo he dicho, ya habían pagado —gimió—. Habría que preguntárselo a los mozos de cuadra. ¿Queréis que vaya a preguntarles?

—De acuerdo —dijo Gaufredi, que empezaba a temerse lo peor—. ¿Qué clase de gente había en esa berlina?

El mesonero se levantó, pareció dudar; luego, ante el cuchillo que se acercaba a su garganta, y el aire feroz de su interlocutor, contestó:

—Gente de la garra, cofrades de pala, bandoleros, señor. Lamento decirlo, pero si eran vuestros amigos...

—¿Cuántos?

—Tres.

—¿Y conocían al compañero del señor Fronsac?

—Sí. Hasta parecían obedecerle, cuando les serví el caldo, esta mañana en el comedor.

Volvieron al patio y el mesonero interrogó uno a uno a los palafreneros y a los mozos. Ninguno parecía acordarse del señor Fronsac.

Gaufredi escuchaba sólo a medias, consciente de que Charles de Bresche les había jugado una mala pasada. Estaría también al servicio de la señora de Castelbajac, que nunca debió de tener intención de atacarlos en su casa, cosa que le causaría demasiados problemas, concluyó. Era mucho más fácil capturar a su amo en un albergue, solo frente a una banda de truhanes e incapaz de defenderse. Había sido un pardillo al aceptar las propuestas del diabólico librero.

Se juró a sí mismo que lo encontraría. Pero la única pregunta que contaba en aquel momento era ésta: ¿Su amo estaba todavía vivo? ¿O era su cadáver lo que transportaba aquella berlina?

—¡Sí, señor, yo lo vi! —afirmó un mozo con el rostro cuajado de pecas.

Gaufredi se olvidó de sus lúgubres pensamientos.

—¿Cuándo? —gritó.

—Esta mañana. Yo estaba solo en el patio, debían de ser las diez. El compañero de vuestro amigo estaba con dos hombres, y me dio un sol pidiéndome que me largase. Quería que no hubiese nadie en la caballeriza. Me fui al granero a por heno. Vi a dos hombres entrando en la caballeriza; luego, el que me había dado la moneda subió la escalera. Me oculté en la puerta y esperé. Vi a ese hombre bajar con vuestro amigo; fueron al establo. No los vi salir enseguida. Un poco más tarde, uno de los dos hombres se fue a buscar a sus compañeros. Volvieron con Pierre y con el señor Sérac.

Señaló al mesonero y continuó:

—Entonces, me reuní con ellos. Les ayudé a sacar el coche y a aparejar el tiro. Luego dejaron el mesón.

—¿Y no volviste a ver al señor Fronsac?

—No, señor —negó el chiquillo encogiéndose de hombros—. Yo no hago preguntas, señor. Pensé que estaría en el coche.

—¿Y estaba?

—Las cortinas estaban echadas, señor. Sólo vi un momento al amigo del señor Fronsac en una de las ventanillas.

—Describidme el coche.

Cada uno aportó a la descripción algún detalle de lo que había observado. Era bastante grande para transportar al menos a cuatro personas, pero muy viejo, pintado de verde, muy desconchado. Iba tirado por cuatro caballos y conducido por dos hombres. Llevaba también un caballo del roncal.

—El del señor Fronsac —precisó el ventero—. Yo lo reconocí.

A lo mejor, su amo estaba sólo prisionero, se dijo Gaufredi. Pero ¿por qué iba a actuar Bresche con compasión? A no ser que la hermana de Fontrailles le hubiese pedido que se lo llevase para interrogarlo...

Se agarró a aquella débil esperanza.

—¿Hablaron de la dirección que iban a seguir?

Nadie supo contestarle.

El reitre tenía que tomar una decisión. Dentro de tres horas se haría de noche. Podría intentar alcanzarlos. Pero ¿adónde ir?

—Llebadme a la caballeriza —ordenó—. Quiero ver dónde estaba el coche.

Lo acompañaron hasta allí. Los mozos de cuadra estaban muy nerviosos, y el ventero, contrariado. Aunque las riñas entre los clientes eran muy frecuentes, era la primera vez que un viajero desaparecía así.

El establo era un inmenso granero. Los caballos estaban atados a lo largo de una pared y un coche ocupaba el centro del recinto. Gaufredi examinó detenidamente el lugar donde se encontraba la otra carroza. No vio restos de sangre, pero eso no quería decir nada. Podían haber matado a su amo golpeándole el cráneo o la nuca.

Finalmente decidió volver a Toulouse. Pediría cuentas a la hermana de Fontrailles y, si no podía hacer otra cosa, vengaría a su amo.

—Os dejaré aquí la carroza que conducía —dijo Gaufredi al mesonero—. Guardádmela al menos una semana; aunque espero haber vuelto antes. En su interior hay equipaje de valor y armas. Ponedlo todo a buen recaudo. Si no pudiese volver, os resarciréis al céntuplo. Pero si vuelvo y falta algo, lo pagaréis caro. Necesito un caballo de fresco, comida en las alforjas y una bota de vino. Parto de inmediato.

Menos de un cuarto de hora más tarde, galopaba camino de Toulouse.

La noche lo alcanzó antes de llegar a la ciudad. En la segunda posta comprendió que no podía seguir. Estaba demasiado oscuro y él medio muerto de frío. Se durmió

como un tronco en un cuarto que compartió con otros viajeros. Por la mañana, partió al alba pensando en la táctica que debía aplicar. Tendría que tomar al asalto la casona de Castelbajac, y estaba solo.

Daban las doce en el Carmelo cuando Gaufredi se presentaba ante el palacete de la hermana del marqués de Fontrailles. El portal estaba cerrado. Había dejado su caballo en una cuadra. En un bolsillo interior de su vieja capa escarlata había deslizado su pistola de rueda de dos cañones. Tenía otra en la mano, disimulada bajo un pliegue de la capa.

Llamó a la puerta. Una de las hojas del portal se abrió y apareció Bertrande, la portera. Antes de que tuviese tiempo de esbozar una expresión de sorpresa, el reitre la empujó violentamente, la agarró por el cuello y entró. Bertrande intentó gritar, la amenaza de la pistola no parecía asustarla.

Pero el reitre la apretó tan fuerte que sólo salió un gorgorito de su boca. El patio estaba vacío y la mujer seguía debatiéndose. Le propinó una patada en la entepierna y el viejo soldado estuvo a punto de soltar su presa, de modo que la golpeó en la sien y la mujer se desplomó.

Luego entró en tromba en la cocina, donde estaba Clémence dando los últimos toques al almuerzo. Abrió la boca al verlo, pero el arma que le puso entre ceja y ceja la paralizó. Gaufredi le arrojó un trapo de la cocina que había sobre la mesa:

—Metéoslo en la boca —gritó.

La mujer pareció dudar y Gaufredi sacó el cuchillo de su talabarte haciendo gestos amenazadores con los ojos.

—¡Rápido u os mato!

La mujer no se lo hizo repetir dos veces.

Gaufredi había colgado varias cuerdas a su cintura, como hacía cuando era soldado y cercaba de noche un vivaque enemigo. Dejó el cuchillo y la pistola en la mesa y la asió por la muñeca:

—Os voy a atar. No os resistáis y seguiréis viva.

Le agarrotó las manos a la espalda y luego le ató un cordel en torno a la cabeza que bloqueó su mordaza. La obligó a sentarse en un banco y le ligó los pies antes de dejar la cocina. La casa se hallaba silenciosa y subió rápidamente al primer piso. Se detuvo un segundo en la cámara de la señora de Castelbajac, antes de abrir la puerta bruscamente.

La marquesa, en ropa interior, estaba sentada en una silla. Jeanne, su doncella, la peinaba. Se quedaron atónitas al verlo entrar.

Gaufredi mantenía la pistola de dos cañones en la mano izquierda. Cerró la puerta y dio algunos pasos:

—¿Qué habéis hecho con el caballero? —gritó.

—¡Estáis loco! —murmuró la marquesa.

—Contestadme o mato a vuestra doncella aquí mismo.

Jeanne abrió la boca para gritar y Gaufredi se arrojó sobre ella. La golpeó con un

certero culatazo y la doncella se desplomó. Apoyó el cañón en el cuello de la marquesa.

—¿Dónde está el señor Fronsac? Tenéis tres segundos para responder.

En ese momento se abrió la puerta. Gaufredi giró la cabeza. Vio en el hueco de la puerta a la señora de Lespinasse, que empuñaba un espadón, y detrás de ella a Bertrande, con la mejilla izquierda ensangrentada, un mosquete en la mano y la mecha en la otra.

—No os mováis —ordenó—. O mato a la señora marquesa.

Françoise de Lespinasse hizo caso omiso de la advertencia. Avanzó hacia él con la tizona por delante, la mirada feroz y llena de odio:

—Habéis osado tocar a la señora marquesa, ¡lo pagaréis muy caro!

—¡No os mováis! —la previno por segunda vez—. Esta pistola es de dos cañones. Y llevo otra como ésta conmigo. ¡Avanzad y esto será una carnicería!

—Quédate donde estás, Françoise —ordenó la señora de Castelbajac, que había recobrado su sangre fría—. Y vos, señor, explicaos. ¿Sois vos quien ha herido a Bertrande?

—Yo mismo. Y vos habéis matado a mi amo.

—Yo no he matado a nadie. No entiendo nada de lo que decís. Ni entiendo vuestra actitud desde vuestra vergonzosa partida. El señor Fronsac ni siquiera se despidió de mí, huyendo como un ladrón.

—Escapando de vos, señora. Sabía que queríais deshaceros de él.

—¿Yo? ¿Deshacerme de él? Sin duda estáis loco.

—Sí, vos y vuestro infame hermano. Ahora vais a decirme la verdad. ¿Qué habéis hecho con el señor marqués?

—¿Mi hermano? ¿Qué sabéis vos de mi hermano, señor?

Gaufredi dejó oír una risa sarcástica:

—¡El marqués de Fontrailles! No es la primera vez que trata de matar a mi amo. Y vos por fin lo habéis logrado. ¡Pero pagaréis cara vuestra infamia!

—¡Françoise, envaina esa espada! Bertrande, ¡apaga esa mecha! Señor, no tengo miedo de vos, y sin embargo estamos a vuestra merced. Ahora que estamos sin armas, tened a bien por lo menos oírme.

Hizo un signo a las dos mujeres, luego se levantó y ayudó a Jeanne a incorporarse. Françoise dejó su espada en el alféizar y Bertrande, de mala gana, sopló sobre la mecha.

—Bertrande, Jeanne, idos tranquilas. No os preocupéis. Françoise se queda conmigo.

—He atado a Clémence en la cocina —dijo un Gaufredi avergonzado cuando Jeanne pasó a su lado, la mirada negra y la mejilla tinta de sangre.

—¿Sabéis leer, señor? —preguntó la marquesa.

—Sí, señora.

La dama se desplazó hacia un pequeño bargueño esquinero, de donde extrajo una

carta que tendió a Gaufredi.

El viejo reitre la cogió con la mano derecha. Sin dejar de apuntar con su arma a las dos mujeres, echó una ojeada a la carta.

—No puedo leer así, señora, este texto es demasiado pequeño. En casa del señor marqués utilizó una lupa.

La dama disimuló una sonrisa.

—Tengo una aquí. ¿Queréis que os lea la carta? Luego podréis verificarla.

Gaufredi asintió con la cabeza.

La marquesa tomó la carta y precisó:

—Es el correo que el señor de Lionne remitió al señor Fronsac y me entregó al llegar.

Luego procedió a su lectura.

*«Del marqués de Lionne a la señora de Fontrailles,
marquesa de Castelbajac,*

en París, a 8 de diciembre de 1643.

Querida prima,

Os envió al señor Louis Fronsac y a su guardia de corps, Gaufredi. El señor Fronsac, marqués de Vivonne, es un devoto de Su Eminencia, a quien ha salvado la vida. Es también un hombre que ha arriesgado la suya al servicio del difunto rey, el cual lo ha ennoblecido y hecho caballero de San Miguel.

Va a Toulouse por una importante misión que podría ser contrariada por sus enemigos, entre los que se cuenta vuestro hermano, quien, en el pasado, atentó en varias ocasiones contra el señor Fronsac. Por esa razón, no le he dicho que vos erais una Astarac de Fontrailles.

Vuestro hermano intentó matar el mes pasado al señor Fronsac. Tal vez trate de hacerlo de nuevo. Os ruego que hagáis todo lo posible para protegerlo, vos y vuestras amigas. Aun al precio de vuestra vida.

Hugues».

A medida que la marquesa leía la carta, el viejo soldado se iba sintiendo cada vez peor. Estuvo a punto de desvanecerse. Bresche los había traicionado; ahora descubría que su amo y él se habían equivocado. Ya no sabía qué pensar ni a quién pedir consejo.

—No entiendo, señora —murmuró con voz velada, sacudiendo la cabeza. Su mano colgaba blandamente y el cañón de su arma ahora estaba vuelto hacia el suelo.

—Mi marido, Godefroy de Durfort, estaba al servicio del señor Servien, cuando era intendente de justicia de Gascuña —explicó la marquesa—. El señor Servien estaba encargado de dismantelar las redes de espionaje inglés. Mi esposo dirigía a la

policía y a sus agentes. Más tarde, el señor Servien fue nombrado ministro de la Guerra y mi marido siguió los asuntos de espionaje de la región por los intendentes de justicia que eran enviados por el rey. A veces, yo lo ayudaba, pues estaba al corriente de todos sus asuntos. Luego el señor Servien fue apartado por Richelieu y mi esposo abandonó los asuntos públicos. Murió hace tres años.

La señora de Castelbajac marcó una corta pausa en la evocación de sus recuerdos; luego, prosiguió:

—Hace unos meses, justo después de la muerte del rey, recibí la visita de un enviado del señor de Lionne, a quien no conocía. El señor de Lionne es el sobrino del señor Servien, al que aprecio mucho. Me proponía que me reuniese con su tío, de modo que viajé a París. El señor de Lionne estaba ahora encargado por monseñor Mazarino de los servicios secretos del reino. Su tío debía de aconsejarlo. Me proponía organizar en Toulouse una red de información para actuar contra el espionaje español. Yo tenía experiencia y él pensaba que nadie sospecharía de una mujer que vivía sola. Acepté. Mi red es bastante original —sonrió la marquesa—. Integrada sólo por mujeres. Así obtenemos informes con facilidad de hombres que pierden rápido la cabeza ante los encantos de mis agentes.

La señora de Lespinasse sonrió al oír estas palabras.

—Ahora —continuó la marquesa—, contadme lo que le ha sucedido al señor Fronsac.

—Es una larga historia, señora —respondió Gaufredi—. Temo que mi amo haya muerto. Hemos cometido un terrible error de juicio.

Se calló un instante, tratando de ordenar sus ideas.

—Veamos, no sé por dónde empezar... Yo no estoy enterado de todo, y lo que sé, o creo saber, está muy embarullado en mi cabeza. Partimos de París en compañía del señor de Bresche, que deseaba venir a Toulouse para comprar unos libros. Mi amo conocía al señor de Bresche desde hacía algún tiempo y pensaba que podía ser un espía, pero necesitábamos un cochero y el señor de Bresche se ofreció. Mi amo aceptó, convencido de que podría desenmascararlo en el camino...

Se detuvo. ¿Hasta qué punto debía contar lo que sabía? ¿Y si aquella mujer le mentía? ¿Era verdaderamente lo que decía ser? Y Hugues de Lionne ¿estaba de parte de Mazarino o de Fontrailles? Las preguntas se sucedían vertiginosamente en su cabeza hasta marearlo. Por primera vez en su vida era incapaz de dominarse. La fuerza de carácter que le había permitido seguir en la brecha durante todos aquellos años de guerra se había desvanecido de repente.

La marquesa comprendió su indecisión y se volvió hacia la señora de Lespinasse:

—François, pasadle una lupa al señor Gaufredi.

Françoise de Lespinasse se acercó a la mesa y volvió con el cristal de aumento. La señora de Castelbajac tendió de nuevo la carta al viejo soldado.

—Leed vos mismo, señor.

Confuso, casi avergonzado, dejó su arma en una silla, tomó la carta y la leyó. A

continuación, examinó detenidamente el sello. Era la misma carta que había llevado su amo.

—¿Sois de verdad la hermana del marqués de Fontrailles? —preguntó.

—Sí. Nuestro padre era senescal de Armagnac. Louis era el mayor. Al contrario que nosotros, no creía en nada, o por lo menos no creía en Dios. Cuando mis padres se convirtieron, se burló de ellos. Yo me negué a abandonar la religión de mi familia, y también se burló. Luego se fue a París. Allí, con sus amigos, conspiró varias veces contra el rey. Mi hermana Hélène y yo estábamos avergonzadas. Me enteré de que el año pasado incluso fue perseguido como cómplice del Caballerizo Mayor, en ese infame tratado que preveía vender el Rosellón a España. Él se refugió en Inglaterra, donde creí que se quedaría con sus amigos revolucionarios, pero sé que ha vuelto a París; su amigo, el príncipe de Marcillac, y monseñor, el hermano del rey, lo protegen. Ignoraba sin embargo que se había metido en una nueva intriga.

—En una intriga temible, señora. Está en el meollo del asunto del robo del código utilizado por el señor de Brienne para nuestros embajadores. Mi amo había desenmascarado a sus cómplices, y también trató de matarlo a él. Os diré lo que sé exactamente...

El reitre contó entonces los acontecimientos de las últimas semanas: las iniciales sospechas de Louis Fronsac contra Charles de Bresche, cómo luego se había ido ganando su confianza y por fin cómo les había informado de que ella era la hermana del marqués de Fontrailles.

—Siguiendo los consejos de ese librero, mi amo partió anteayer para Montauban, donde yo debía reunirme con ellos. Estábamos convencidos de que ibais a asesinarlos y había que proteger los documentos que el señor de Fermat nos había remitido. Me quedé aquí solo, haciéndoos creer que estaba enfermo. Yo estaba preparado para sostener una agresión por vuestra parte —precisó bajando los ojos.

—¿Qué pasó en Montauban? —preguntó Françoise de Lespinasse.

—¡Ni mi amo ni Bresche se hallaban allí! El mesonero de la hospedería donde debíamos encontrarnos me dijo que unos amigos de Charles de Bresche llegaron de Toulouse poco después en un gran coche y que habían partido por la mañana con el librero. Al parecer mi amo iba en el interior de ese carruaje... Quizá muerto. Me aferraba a la esperanza de que los truhanes estuviesen a vuestras órdenes y que lo hubieseis traído aquí para interrogarlo.

Después de una pausa embarazosa, concluyó:

—Pero, puesto que me he equivocado, fueron ellos quienes lo mataron. Esos malvados debieron de arrojarlo al coche para que no lo encontrasen en la hospedería y abandonarlo a continuación a las alimañas del bosque.

Se hizo un profundo silencio. Dos gruesos lagrimones rodaban por las mejillas del viejo soldado.

—También yo he fracasado en mi misión —murmuró la señora de Castelbajac—. Ahora pago muy caro el avergonzarme del apellido que me transmitió mi padre.

—Por cierto, señora —preguntó la señora de Lespinasse—, ¿cómo es que el librero sabía vuestro nombre?

—Habría oído decirlo aquí —intervino Gaufredi, encogiéndose de hombros como si ese punto no tuviese ninguna importancia—. O eso es lo que nos dijo.

—Deberíamos confirmarlo —decidió la marquesa—. Françoise, interrogad a nuestra gente y volved cuando hayáis terminado.

La señora de Lespinasse salió.

—¿Hubo alguna pelea en la hostería de Montauban? —preguntó entonces la marquesa.

—Nadie vio nada, señora. Y tampoco encontré rastros de sangre.

Contó lo que había podido averiguar y concluyó:

—Es posible que esas gentes se hayan limitado a capturar a mi amo, mas ¿para qué? Para traerlo aquí a Toulouse, tendría sentido, pero si no... ¿Qué pueden hacer con él?

—¿Qué clase de coche tenían esos bandidos?

—Al parecer era una voluminosa berlina, tal vez una antigua diligencia.

—Pudiendo ir a caballo, lo lógico es pensar que compraron el coche para la ocasión. Forzosamente para transportar un prisionero...

La señora de Lespinasse volvió y la marquesa la interrogó con la mirada.

—Nadie lo ha dicho, señora. Me han jurado que ellos no pronunciaron los nombres de Fontrailles o de Astarac.

—Eso significa que el señor de Bresche sabía, al llegar aquí, que yo era una Fontrailles. ¿El señor Fronsac le había dicho antes de vuestra partida que se alojaría en mi casa?

Gaufredi trató de acordarse:

—Sí... eso creo, en efecto. La víspera de nuestra partida.

—Entonces vuestro hombre está al servicio de mi hermano —concluyó ella—. Debí de ir a verlo, comunicarle que os bajaríais aquí y mi hermano le habrá dicho quién era yo. ¡Una suerte con la que no esperaba encontrarse! Podéis estar seguro de que fue mi hermano quien urdió el plan, no el señor de Bresche.

—¿Cómo podéis estar tan segura de ello? —preguntó Gaufredi.

—¡Porque yo habría actuado igual! —exclamó la marquesa—. Pienso de la misma forma que mi hermano.

Meditó un instante, antes de proseguir:

—Si yo estuviese en el lugar de mi hermano, habría pedido a ese librero que capturase al señor Fronsac y me lo trajese. Querría interrogarlo, saber lo que venía a hacer aquí, enterarme de las razones por las que iba a reunirse con el señor de Fermat. En mi opinión, vuestro amo está vivo y de camino a París. De ahí ese gran coche. Está prisionero en su interior.

—Los atraparé, señora —decidió Gaufredi cogiendo de nuevo su pistola—. Os ruego que me excuséis por lo que he hecho aquí. Espero que Jeanne y Bertrande me

perdonen.

—Los atraparemos —lo corrigió ella con una sonrisa seca—. De todas formas, he de volver a París y prevenir al señor de Lionne. Tiene que detener a mi hermano y hacerle pagar sus crímenes.

—Vos me retrasaríais, señora —se excusó Gaufredi negando con la cabeza—. Prefiero viajar solo.

—¡En absoluto! Con mi gente, podemos conducir un tiro mucho más rápido de lo que vos cabalgaríais. Y, con la ayuda de Dios, podremos atraparlo.

—Aunque así fuese, señora, ¿creéis que unas cuantas mujeres, aun con mi ayuda, podrían atacar a esos malhechores?

—Por supuesto. Yo disparo bastante bien; la señora de Lespinasse es una excelente esgrimista y Bertrande vale por una docena de hombres. Además, no sólo cuenta la fuerza en esta clase de asuntos; la astucia y la estrategia muchas veces ganan más batallas que la violencia.

Gaufredi permaneció silencioso un instante. Aquella mujer tenía razón y, si era tan hábil como su hermano, tenían muchas posibilidades de triunfo. Pensó entonces en el coche que se había dejado en la hostería de los Pañeros.

—¿Tenéis un coche, señora?

—No, sólo una calesa de mimbre de dos plazas. Pero puedo comprar uno esta misma tarde. Partiremos mañana al alba.

—El coche del señor Fronsac sigue en Montauban. Nos bastaría con ir allí para recuperarlo.

—Entonces, todo será mucho más simple. La señora de Lespinasse y yo cogeremos la calesa mañana. Vos nos acompañaréis a caballo y Bertrande nos conducirá. Sabe conducir un tiro.

Gaufredi gesticuló con desagrado ante la idea de tener a la mujer bigotuda de compañía. Sin embargo, sugirió:

—¿Por qué esperar a mañana? Partamos lo más rápido posible. Dormiremos de camino, hay hosterías a lo largo del camino real. Con un poco de suerte, estaremos mañana al mediodía en Montauban. No tendremos más que un día y pico de retraso sobre ellos.

—Tenéis razón. Françoise, dad las órdenes necesarias y enviadme a Jeanne. Señor, necesito una hora para prepararme. ¿Me la concedéis?

Finales de diciembre-principios de enero de 1644

El coche sólo era una silla rodante remendada. Algunos años antes seguramente fue un vehículo de moda utilizado por algún caballero para transportar a su familia y a sus criados; luego, envejecido y destartado, lo habrían vendido a algún cochero o carroceros.

Louis lo examinó. Tenía los asientos destripados y la crin se salía por todas partes. No había cristales, sino simples cortinas de piel y cierres de madera con ganchos.

La caja estaba vacía y olía mal. Entre las dos banquetas, el espacio era casi de media toesa. En el piso de madera había una herrumbrosa rejuela de carbón de madera.

Louis iba a empujar la puerta cuando sintió una afilada punta en su espalda.

—Subid al coche, señor Fronsac —le ordenó Charles de Bresche.

Louis no se movió y sintió una dolorosa punzada. Obedeció.

Mientras se encontraba en el interior, doblado en dos, la puerta de enfrente se abrió y un bribón longilíneo, enjuto y desgarrado entró a su vez en el coche. El bandido lucía un espeso mostacho gris y una impresionante colección de cuchillos en su raído jubón de búfalo. Llevaba una pesada capa cuyos hombros estaban cubiertos por una espesa y grasienta cabellera muy enmarañada.

—Bandoler os vigilará, señor Fronsac —anunció Bresche—. Si os movéis o llamáis pidiendo socorro, os mutilará u os desfigurará la cara de una cuchillada. ¿Lo habéis entendido? Sentaos junto a él.

El tal Bandoler se había sentado y sacado un cuchillo mellado de un tamaño descomunal. Hizo señas a Louis para que se aproximase midiéndolo como si fuese un animal del matadero. Louis se instaló a su lado para descubrir con horror que su guardián desprendía un olor pestilente.

—Bandoler, coge su espada y la pistola que lleva en la capa —ordenó Bresche.

El truhán guardó el cuchillo en su funda y luego desarmó a Louis, que le facilitó el trabajo levantando las manos. En cuanto estuvo enteramente a su merced, Fronsac interrogó al librero, que seguía en el exterior del coche.

—¿Para quién trabajáis?

—¡A partir de ahora, ni una palabra, señor Fronsac!, si no queréis ser desfigurado —replicó Charles de Bresche alejándose—. Bacalla, ve tú también a vigilar al caballero.

Otro bandido, éste mucho más corpulento, de vientre prominente, espesos labios carnosos, cejijunto y ojos inexpresivos bajo aquel ceño bestial, saltó al vehículo jadeando. Entre sus dedos amocillados tenía un cuchillo de caza. Su única vestimenta era una especie de larga túnica de piel de carnero, coronada por un gorro

de la misma piel.

—Volveré, señor Fronsac —aseguró el librero—. Por vuestra seguridad, no habléis, no os mováis, no respiréis. Estas gentes son unos salvajes. Son capaces de cortaros cualquier miembro sólo para divertirse... ¡o porque tienen hambre!

Cerró la puerta riéndose. El gigantón levantó los paneles de madera que cerraban las ventanas y pasó los cerrojos. Sólo un pequeño cristal delante y otro en la parte trasera iluminaban el coche. Se sentó frente a Louis mostrando una feroz sonrisa que reveló una colección de dientes picados.

Fronsac temblaba. Un poco por el frío remante, pero sobre todo de miedo. Se arrebujó en su capa. Su corazón latía aceleradamente. Distinguía ecos de voces en el patio. ¿Vendría alguien en su ayuda? Transcurrieron varios minutos. ¿Qué quería de él aquella gente? ¿Torturarlo? ¿Obligarlo a hablar? No podrían ir lejos con un prisionero; tendrían que deshacerse de él rápidamente.

Oyó voces de nuevo, esta vez cerca del coche. Era Bresche, que estaba de vuelta, ordenando preparar el tiro. La puerta se abrió y el librero arrojó el equipaje de Louis al suelo. Dos sacos y una maleta en la que se encontraban los documentos de Fermat. Luego dejó sus propios sacos, unas mantas, y saltó al interior.

—Bandoler, ponte con Pebrina en el tiro. Nos vamos.

El flacucho salió. Bresche instaló los equipajes en el asiento vecino al de Louis. Luego se sentó al lado del matasiete.

El coche arrancó. Las ventanillas de las portezuelas seguían cerradas, de modo que Louis no podía adivinar la dirección que habían tomado.

Bresche unió entonces las puntas de los dedos y se dirigió a su prisionero:

—Tenéis derecho a algunas explicaciones, señor Fronsac. Responderé a vuestras preguntas si lo deseáis. Pero antes dejadme deciros lo que va a pasar y daros instrucciones que seguiréis sin rechistar. Nos vamos a París. El viaje será largo y penoso. No se os ocurra salir del coche. Jamás. De noche, dormiremos aquí todos juntos. No será muy cómodo, pero Bandoler lo ha elegido para que puedan caber cinco. Un hombre en cada asiento y tres en el suelo. Si intentáis escapar, os matarán. Me han pagado para que os lleve vivo, pero incluso muerto mi jefe quedará satisfecho. No intentéis sobornar a mis hombres. Ni siquiera les habléis. Sólo Bandoler entiende algo el francés. Los otros no hablan más que catalán y occitano, lenguas suficientemente parecidas al italiano para que pueda comunicarme con ellos.

—¿Para quién trabajáis?

—¿No os lo imagináis? ¡Para el marqués de Fontrailles, por supuesto!

—¿Ése es el motivo de que nos hayamos alojado en casa de su hermana?

—¡En absoluto! La marquesa es una buena amiga del marqués de Lionne. Está enfadada con su hermano, y cuando éste supo que os alojaríais en su casa, elaboró este pequeño plan digno de Nicolás Maquiavelo.

Louis permaneció un momento silencioso meditando sobre el significado de todo aquello. ¡Se había equivocado de medio a medio! Si hubiese confiado en la marquesa

de Castelbajac, no se hallaría en semejante situación. Luego pensó en Gaufredi, que estaría a punto de llegar. ¿Adivinaría su viejo servidor lo que estaba pasando? ¿Intentaría atraparlos?

—Si estáis pensando en vuestro amigo Gaufredi, olvidadlo —sonrió Bresche, que parecía leer sus pensamientos—. No tiene ninguna posibilidad de saber adónde vamos y dudo de su fidelidad hacia vos. Y aunque llegase a alcanzarnos, mis hombres lo harían picadillo.

«¡Que te crees tú eso!», pensó Louis. Desgraciadamente, Gaufredi no sabría qué hacer. ¿Volvería a París? Sin duda. Pero una vez que hubiese prevenido a Gaston, ¿cómo lo encontrarían? Louis temía que no iba a salir vivo del interrogatorio de Fontrailles.

¡Tenía que fugarse! Pero de momento haría hablar a Bresche, que parecía muy satisfecho de sí mismo.

—¿Cómo habéis entrado al servicio del señor de Fontrailles? —preguntó.

—Muy a mi pesar —ironizó el librero—. Pero no he tenido que lamentarlo.

—¿Desde cuándo trabajáis para él?

—Desde hace unas semanas. Para no ocultaros nada, puesto que no tendréis ocasión de hacer uso de ello, yo tenía otro jefe desde hace unos años.

—¿Thaddeus Barberini?

—En efecto. ¿Cómo lo habéis adivinado? Estoy a su servicio desde mi viaje a Roma, donde fui apresado, en circunstancias que no vienen al caso, y uno de sus alguaciles me sacó de prisión a cambio de un trabajo de confidente de la policía. No tenía elección: o eso o las galeras. Estaban contentos conmigo, hablaba varias lenguas, era librero y, por último, conocí a Thaddeus Barberini, que me confió varias misiones. Pagaba bien y, al volver a Francia, me quedé a su servicio.

—¿Pero cómo supo Fontrailles que estabais con Barberini?

—¿Os acordáis del robo de la Nunciatura? Creo que fue obra del marqués. Encontró allí documentos que me comprometían. Me hizo una visita y me pidió que trabajase para él; si rehusaba, me denunciaría a Mazarino. En cambio, si aceptaba, me dejaba libre de seguir informando a Barberini.

Hizo una pausa antes de continuar:

—Fontrailles sabía —ignoro cómo— que vos me habíais visitado varias veces. Me pidió que lo avisase si volvíais. Quería interrogaros, me dijo. Cuando me hablasteis de un viaje a Toulouse, se me ocurrió de inmediato la idea de acompañaros para ganarme vuestra confianza y preparar la trampa. Le hablé de esta idea y le gustó. Tan pronto como supe por vos que os alojaríais en casa de la señora de Castelbajac, lo avisé. Fue entonces cuando elaboré mi plan; ¡a Fontrailles le encantó la idea de engañar a su hermana!

—¿Y en tan poco tiempo habéis logrado encontrar a esos malhechores en Toulouse?

—Reconozco que no fue fácil. Pero con dinero... A propósito, hacedme el favor

de darme vuestra bolsa. Vamos a necesitar dinero en la posta.

Louis rebuscó en su capa para sacar una bolsita atada a su cintura que contenía trescientas libras. Le había dejado las otras doscientas a Gaufredi.

El librero la cogió, la abrió y la vació en el asiento. Se puso a contar las monedas. Había unos cuantos luises de oro, tres escudos de sol y dos escudos de cuarto, una docena de doblones, unos cuarenta escudos de plata y calderilla, ochavos y blancas^[86].

Louis tenía muchas otras preguntas que hacer, pero no deseaba que Bresche se enterase de lo que sabía. Decidió aplazarlas hasta más tarde y se encerró en su mutismo. El viaje sería largo y Bresche era un charlatán.

Dos horas más tarde, el coche se detuvo en el patio de un cambio de posta. Bresche dijo unas cuantas palabras al coloso y luego se apeó.

Cuando volvió a subir, llevaba consigo un paquete que olía a pato en pepitoria, dos hogazas de pan y dos frascas de vino. Hizo señas al gigantón para que se bajase y otro individuo entró para sustituirlo.

El recién llegado era un alfeñique, tuerto, de nariz aguileña, moreno y curtido como un gitano. Algo cargado de espaldas, iba envuelto en una gran capa de lana sucia.

—Aquí está Pebrina —anunció Bresche en tono satisfecho.

Cogió el paquete envuelto en un trapo viejo, lo abrió y esparció su contenido en el asiento vecino.

—Me temo que vuestros días estén contados, señor Fronsac. Ignoro cómo vais a pasar al otro barrio, pero sabed al menos que no será con el estómago vacío —bromeó—. ¿Qué preferís? Hay dos patos y dos pichones en pepitoria.

Louis cogió un pato, Bresche los pichones y Pebrina el resto. Con un enorme tajadero que colgaba de su cintura, el mequetrefe tuerto cortó varias rebanadas de pan y le tendió una a Louis, que comió con apetito y se bebió una de las frascas de vino.

El viaje continuó en silencio. Louis trataba de ligar las informaciones que le había proporcionado el librero con lo que ya sabía.

Bresche era un agente de la Santa Sede y el polígrafo Chantelou, sin duda, uno de sus hombres; Gaufredi no se había equivocado en su juicio. Pero eso quería decir que había dos agentes enemigos infiltrados en el Servicio de Cifrado: Chantelou, por cuenta de Bresche y la Santa Sede, y Claude Habert, que trabajaba para Fontrilles, sin duda por cuenta de España.

Claude Habert estaba muerto. Fontrilles, al robar en la Nunciatura, habría descubierto la segunda red. Chantelou estaba probablemente a su servicio. Debía advertir a toda costa a Hugues de Lionne de la situación. ¡Cuántos documentos cifrados no estarían saliendo en ese mismo momento del despacho de Rossignol! Tal vez incluso el código completo, todos los repertorios, acababan de pasar al enemigo. ¡Menos mal que tenía la solución propuesta por Fermat!

Pero ahora el problema era cómo hacer llegar el nuevo código a Lionne.

¡Tenía que escapar como fuese! La diligencia rodaba a marcha viva. ¿Sería prudente saltar del coche?

Miró al librero, que se había dormido, y luego echó un vistazo a su vecino. El tuerto no dormía. Si intentaba abrir la puerta, le impediría saltar. Pese a la situación desesperada, Louis pensó con ironía en lo que había oído recientemente sobre la pretendida codicia de Abel Servien: «¡Tendrá sólo un ojo, pero tiene dos manos!».

Su mente derivó entonces hacia Simon Garnier. Su hermana estaba al servicio de Lionne, y él también debía de estarlo. Lionne era sin duda uno de los jefes de los servicios secretos de Mazarino. Eso significaba que el joven Garnier había sido enviado al Servicio de Cifrado para tratar de encontrar la filtración. Sin embargo, ni Brienne ni Le Tellier le habían hablado de ello. ¿Significaba eso que lo ignoraban? Era muy probable. Servien era un hombre muy avezado en el arte del espionaje, y le habría enseñado a su sobrino que de ningún modo debía darse a conocer a los agentes, ni siquiera a aquéllos en los que confiase.

Ahora lo veía claro, aunque lamentaba que la gente de Mazarino le hubiese ocultado tantas cosas. ¡Era ese absurdo gusto por el secretismo lo que lo había abocado al fracaso!

Repasó mentalmente las pruebas de que disponía, verificó sus inferencias, su coherencia... y acabó durmiéndose a su vez.

Pasaron la noche en un claro del bosque, alejados del camino. Bresche había comprado comida en una de las postas. Los tres truhanes habían encendido un fuego y, pese al intenso frío, Louis experimentó un profundo bienestar con aquella cena campestre, ante una hoguera crepitante.

Los hombres de Bresche hablaban entre sí en su jerga incomprensible. Louis permaneció silencioso. El librero también. Apenas se animó a hablar con su prisionero, pues reflexionaba sobre el tiempo que necesitarían para llegar a París. Sólo habían hecho una docena de leguas desde Montauban. ¡A este paso, les llevaría tres semanas!

Tres semanas con un prisionero encerrado en un coche, ¿sería posible?

Una vez finalizada la cena, Pebrina ató los pies de Louis al asiento. A duras penas habría podido desatarse, y de ninguna forma sin que lo viesen.

Bresche ocupó la otra banqueta y los tres truhanes se instalaron en el suelo, envueltos en sus capas.

La noche fue glacial. Partieron con las primeras luces del alba, bajo un cielo plomizo.

—No acabo de entender por qué el marqués de Fontrailles ha visto en vos el talento necesario para tenderme una trampa —dijo bruscamente Louis a Charles de Bresche durante la mañana.

—¿Por qué? —preguntó con acritud el librero.

—Reconozco que habéis alcanzado vuestros fines, sin duda con mucha fortuna, pero el marqués me conoce.

¿Cómo ha podido pensar que me dejaría engañar tan fácilmente?

Bresche pareció dudar un instante, pero estaba claro que la observación de su prisionero había hecho mella en él y trataba de hacer valer sus capacidades.

—¡Pues si lo queréis saber, es algo que he hecho varias veces, señor! El marqués se enteró por las cartas que robó en la Nunciatura, las cartas de Thaddeus dirigidas a monseñor Chigi. Y estaba seguro de que yo triunfaría en esta empresa.

Louis alzó una ceja inquisitiva mientras el librero proseguía:

—Mi golpe maestro fue la captura de Ferrante Pallavicino. Como podéis imaginar, os mentí. ¡Conozco bien a ese hombre! Ferrante era un noble veneciano, un joven canónigo que eligió poner su mente y su talento al servicio de una cruzada anticatólica. Thaddeus me explicó que sus panfletos, ya condenados por la Iglesia, eran una cruz para su hermano, Urbano VIII. El último de esos textos, el *Divorcio celeste*, de esencia abiertamente protestante, proponía una separación definitiva entre Dios Nuestro Señor y la Iglesia católica.

»Pero ¿cómo impedir que siguiese perjudicándolo? Ferrante vivía en Venecia, bien protegido por las autoridades de la ciudad.

»Y es ahí donde yo entro en juego, porque me instalo en la república, empiezo a relacionarme con él y a inmiscuirme en su vida. Frecuentaba a la vez librerías y cortesanos. Fue en casa de uno de ellos donde lo encontré, bajo el seudónimo que utilizaba yo por entonces: caballero Charles de Morfi, o mejor Carlo Morfi. Lo puse al tanto, con discreción, de mis conocimientos en bibliofilia y, por amistad, me propuso ir a vivir a su palacio.

»El caso es que Ferrante no era rico, mientras que yo tenía subsidios ilimitados del Papa. Así que le permití darse la gran vida. Cada noche era una fiesta, con las ramerías más caras de la ciudad. Me cogió cariño y empezó a considerarme como un hermano.

»En una de sus obras, había elogiado al cardenal Richelieu como el más sabio de los políticos de todos los tiempos. Después, pensó en ir a Francia, tras varias propuestas del señor Toussaint Rose, el secretario de monseñor Mazarino, que deseaba utilizar su talento panfletario. Su único temor era que, al dejar Venecia, pudiese caer en manos de los secuaces de Thaddeus Barberini.

»Yo le aseguré que podría hacerlo llegar a Francia, mi país natal, que confiase en mí. Por añadidura, le prometí obtener una pensión e incluso la dirección de una academia de lengua toscana que Mazarino pensaba crear. Aquello acabó por convencerlo. Dejamos Venecia, atravesamos los Alpes hasta Ginebra, donde Ferrante tenía asuntos que arreglar con sus librerías, luego remontamos el valle del Ródano. Durante el trayecto, llegué a escribirle al vicelegado de Aviñón, Federico Sforza, que sabía que yo trabajaba para Thaddeus. Le propuse apostar, un poco antes de Orange, una tropa de guardias pontificios disfrazados de controladores de consumos.

«Ferrante sabía que no arriesgaba nada en Orange, principado protestante, y me otorgó completa confianza. En Sorgues, los hombres de Federico Sforza nos

detuvieron para controlar nuestros equipajes, asegurando que era para verificar que no llevábamos contrabando. Nos cogieron y nos llevaron a Aviñón, donde encerraron a Ferrante para incoar su proceso. Yo tenía tantos datos que él mismo me había confiado que pude officiar de acusador y, tras unas semanas de instrucción, los hechos criminales estaban probados. Por último, se me permitió volver a París para retomar mis actividades de librero.

»Desde entonces, quedé a disposición de Thaddeus.

Charles de Bresche parecía muy satisfecho de sus trapacerías. Louis, disimulando su disgusto, le preguntó indolentemente:

—¿Y qué pasó con Ferrante?

—¡Fue condenado, por supuesto! Creo que el verdugo de Aviñón le arrancó la lengua por blasfemo y luego lo encadenaron en cruz en un calabozo. Será ejecutado un día de éstos.

Louis sintió un escalofrío al oír estas palabras. Según esto, la última persona a la que Bresche había tendido una trampa era un moribundo en el fondo de un calabozo. ¿Era lo que le esperaba a él?

—Comprenderéis mejor ahora por qué el marqués de Fontrailles, cuando supo quién era yo y cómo había entregado a Ferrante Pallavicino a la justicia papal, me otorgó su confianza.

Las tres mujeres y Gaufredi pasaron la noche en la misma hostería en la que se habían detenido la víspera. Las mujeres pudieron tener un cuarto para ellas a condición de compartir el único lecho y Gaufredi durmió con otros tres viajeros. Partieron antes de que saliese el sol y llegaron a Montauban antes del mediodía.

El coche seguía allí. Gaufredi y la señora de Castelbajac pagaron sin discutir lo que el hostelero les pidió por el tiro de fresco. Ordenaron que subiesen sus equipajes y algunas provisiones. El hostelero se empeñó en enviar la calesa al palacio de la señora de Castelbajac y partieron de inmediato.

Gaufredi montaba el caballo delantero del tiro y Bertrande sostenía las riendas en el pescante. Llevaron así una marcha regular durante casi todo el día, salvo en los momentos en que el viejo reitre, demasiado fatigado, se quedaba en el asiento con la conductora, que era a veces sustituida por Françoise de Lespinasse.

Gaufredi se negaba en redondo a viajar en el interior de la carroza. Había pedido que le describiesen el coche de Bresche confiando en que lo atraparían. Era un viejo vehículo destartalado, le habían asegurado los palafreneros. Un simple incidente, como un eje o una rueda rota, les haría perder un día como mínimo.

La marquesa tenía preparados un montón de mosquetes y pistolas en el asiento vecino al suyo. Si los sorprendían, podrían vencerlos fácilmente, había asegurado Gaufredi.

A la cabeza del tiro, el viejo soldado meditaba —mejor sería decir rumiaba— sobre su futuro.

Si no encontraba a su amo, nada más llegar a París avisaría a Gaston de Tilly.

Juntos harían una visita a la tienda del librero, en la plaza Maubert. Quizá encontrasen indicios acerca de lo que había sucedido. Mientras tanto, la señora de Castelbajac volvería a casa de Hugues de Lionne. Le había asegurado que Lionne pondría a su disposición todos los servicios de policía del reino para encontrar a Fronsac.

Pero, ¿y si estaba muerto? ¿O si, simplemente, no lo encontraba jamás? Eso sería espantoso.

Sea como fuere, Gaufredi había decidido que iría él mismo a Mercy a anunciar la terrible noticia a Julie de Vivonne. Luego dejaría su servicio en la casa, donde no podría seguir al ser el responsable de la desaparición de su amo. No le quedaría más remedio que volver a los caminos.

Serían unos dos años los que habría permanecido en la casa, al servicio de Fronsac. Nunca tendría un amo mejor. Y, a su edad, sabía que estaba al final del camino. Nadie querría contratarlo.

Se detuvieron al anochecer sin haber obtenido ningún dato sobre el coche que los precedía. Pero ¿seguro que los precedía? Nada había menos seguro. Sólo la marquesa de Castelbajac seguía convencida de que llevaban a Fronsac a París.

Pero aunque así fuere, nada probaba que Bresche hubiese seguido el mismo itinerario que ellos. Podía ser desconfiado y haber elegido un camino más largo y alejado del suyo.

Los días transcurrieron con igual monotonía. En varias ocasiones, sin embargo, informaron a Gaufredi de que un aparatoso coche verde había pasado un día antes que ellos. La descripción correspondía a la que tenía y un mozo de cuerdas describió incluso a un joven que se hallaba en su interior. Tenía cabellos rizos y una barbita y bigotes cuadrados de caballero. Una descripción que se parecía punto por punto a Charles de Bresche.

Gaufredi recobró la esperanza.

Empezaba a nevar cuando llegaron a Ussel.

Pernoctaron en la posta, dotada de un gran edificio de pisos, apartado del camino, con un vasto patio y grandes caballerizas, en las cuales pudieron guardar su coche.

Sólo había un comedor comunal, abarrotado de gente. La tormenta había detenido a un gran número de viajeros y Gaufredi tuvo que amenazar al hospedero para obtener un alojamiento para las tres mujeres. Todas las habitaciones estaban ocupadas y el ventero les propuso que compartiesen el lecho que habían reservado dos comerciantes, como era costumbre entonces^[87]. Finalmente, y por una suma astronómica, el dueño de la posta les cedió un minúsculo gabinete cerca de su propia habitación, en el que mandó instalar dos jergones piojosos donde se acostarían apretadas las mujeres. Gaufredi dormiría una vez más en un banco del comedor comunal, como todos los que no habían conseguido un lecho.

También tuvieron dificultades para encontrar un rincón en la mesa, que compartieron con jornaleros y pordioseros. Muchos miraban de soslayo a Françoise

de Lespinasse, la más bonita de las tres mujeres, hasta el punto de que Gaufredi les propuso pasar la noche con ellas, en su reducto. Las agresiones contra mujeres eran frecuentes en semejante promiscuidad. Nada tranquilas ante el número de hombres que se encontraban en el albergue, aceptaron.

El mesonero, un hombre corpulento que pasaba de los sesenta, les sirvió una excelente comida. Gaufredi le preguntó si creía que iba a seguir nevando.

—¡Por supuesto! —exclamó el hombre.

La noche transcurrió sin problemas. Casi todos habían visto las armas que llevaba el viejo reitre, y su aspecto de matamoros enfrió los ardores de los más audaces.

A la mañana siguiente, el grosor de la capa de nieve era de un cuarto de toesa. Ni siquiera podía salir el coche de la posta. Todos los caminos estaban nevados, no les quedaba más remedio que tornar su mal en paciencia y consolarse pensando que aquéllos a los que perseguían estaban en la misma situación.

Por suerte, en el transcurso de la mañana la nieve dejó de caer y algunos rayos de sol se filtraron entre las nubes.

A una decena de leguas de allí, no lejos de Aubusson, Bresche estaba también inmovilizado por la tormenta. Deseoso de evitar los albergues, se había detenido en un calvero. De madrugada, la nieve ceñía el coche en un molde de algodón impenetrable. El frío era vivo, y les fue imposible hacer fuego. Permanecieron todo el día en el vehículo glacial, arrebujados en las mantas. Bresche no había previsto suficiente comida y se durmieron hambrientos.

La noche fue larga y rigurosa. Por la mañana, Louis se puso a toser, aquejado de un fuerte resfriado.

Toda la mañana y parte del mediodía la emplearon en despejar la nieve en torno al coche y pudieron al fin retomar, con exasperante lentitud, el camino real hasta Montlugon.

Al final del día, y pese al riesgo de ser alcanzado por Gaufredi, Bresche decidió que pasarían la noche en un albergue. No sólo Louis parecía enfermo, sino también Bandoler, que tosía sin cesar y no podía conducir el tiro.

Fue su primera noche a cubierto, en un lecho y después de una verdadera comida. La madre del ventero les preparó abundantes tisanas para cuidar los resfriados de los enfermos.

Por la mañana, temiendo ser atrapado, Bresche decidió tomar el camino de Bourges. El trayecto era más largo, pero los riesgos del camino infinitamente menores.

Ahora la lluvia había sustituido a la nieve y el camino se reducía a unas rodadas pantanosas, lo que los obligó a ir acortando cada vez más las etapas.

—Tenéis un agente en el Servicio de Cifrado del señor Rossignol —dijo Louis a bocajarro, ahora que Bandoler dormitaba a su lado.

—¡En efecto! Fue él quien me alertó sobre vos. Me preguntaba cuándo abordaríais ese asunto.

—¿Cómo lo hizo?

—Una tarde, Chantelou (mi hombre se llama Chantelou, ¿lo sabíais?) se presentó en mi tienda hecho un manojo de nervios, diciendo que lo habían seguido. Estaba siendo seguido por un individuo con pinta sospechosa al que había logrado despistar. Lo tranquilicé y le aconsejé volver a su casa. Cuando se fue, vigilé la plaza Maubert desde mi ventana. Entonces vi a un matasiete con una espada descomunal que iba en persecución de mi agente. Salí y lo perseguí a mi vez. Era vuestro criado Gaufredi, como habréis imaginado. Lo seguí hasta el estudio de vuestro padre. Así que al día siguiente, cuando vinisteis a verme y me dijisteis vuestro nombre, supe que vuestra visita no era fruto del azar.

Aquello no era ninguna novedad para Louis, pero la confesión le ayudaba a entender el comportamiento de Bresche. Cómo había intentado ganarse su amistad, por ejemplo, vendiéndole libros a un precio muy por debajo de su valor.

—¿Cómo logró Chantelou acceder a la caja fuerte del señor de Brienne? ¿Tenía la llave?

—¡Chantelou nunca tuvo acceso a la caja! —exclamó un asombrado Bresche—. Pero, en efecto, me dijo que una vez en que acompañaba a Rossignol, logró desviar su atención y sustraer algunos papeles de la caja, que permanecía abierta.

La explicación era muy tranquilizadora, se dijo Louis. Aunque tal vez Brienne no llegase a conocerla nunca.

—¿Fuisteis vos quien eliminó a Manessier? —preguntó entonces.

—Si os soy sincero, ésa era mi intención. Pero fue Chantelou quien lo hizo todo. Le mandó una nota para encontrarse con él en la Pomme de Pin. Allí me lo presentó como un comerciante que buscaba un socio. Hablamos largo y tendido y lo emborraché. De vuelta a casa, Chantelou le dio un golpe en la cabeza y lo colgó de una viga.

Gaufredi y las mujeres se habían puesto de nuevo en camino. También ellos habían sido retrasados por los caminos inundados y cenagosos. Igual que para Bresche y su banda, las etapas se fueron haciendo más cortas.

A finales de la primera semana de enero, ambos grupos de viajeros se encontraban en el bosque de Orleans, no lejos el uno del otro.

Las señoras de Castelbajac y de Lospinasse, Gaufredi y Bertrande terminaban su comida, un surtido de excelentes quesos del país, en el comedor de la posta cuando un hombre alto y delgado, con un enorme bigote gris, entró en tromba por la puerta.

Gaufredi lo miró con interés. Distinguió bajo la pesada capa de lana gris del recién llegado un raído jubón de piel de búfalo y un largo espadón.

El desconocido se dirigió hacia la cocina, de la que volvió a salir al cabo de un momento llevando un grueso saco de tela que debía de contener unos cuantos patos o gallinas en pepitoria. Echó una ojeada a la sala, deteniéndose un rato en su mesa, y luego dejó el lugar. Gaufredi lo catalogó instintivamente como un salteador de caminos. ¿Sería uno de los hombres de Bresche que había ido en busca de

provisiones? Lo comentó con la señora de Castelbajac, que lo consideró poco probable. Acababan de atravesar Francia, y cruzarse aquí, esta noche precisamente, con aquéllos a los que perseguían no le parecía verosímil. Pese a todo, Gaufredi se mantuvo en sus trece, de modo que se levantó y fue a la cocina.

Se acercó a la mujerona que dirigía el gran asador donde estaban espetadas numerosas aves de corral, prueba fehaciente de que aquella noche el comedor estaba lleno.

—Ese hombre que acaba de salir, señora, ¿os ha comprado comida?

—Ya lo creo, señor. Cuatro patos, pan, queso y vino.

—¿Lo conocíais?

—Jamás lo había visto, señor, pero por aquí pasan muchos viajeros para aprovisionarse.

«¡Cuatro patos! —pensó Gaufredi—. Es para un grupo de entre cuatro y seis personas».

—¿Os ha dicho adónde iba?

—No, señor. Pero hablaba poco y mal.

—¿Cómo mal?

—Era de Toulouse. Marie, la que está haciendo el caldo, es de Castres. Menos mal que estaba aquí, porque yo no entiendo ni jota de esa jerigonza.

¡De Toulouse!

Gaufredi volvió corriendo a su mesa del comedor comunal y le dijo a la señora de Castelbajac:

—Es un hombre de Bresche, voy en su busca.

Tomó su espada y su capa y salió como alma que lleva el diablo.

Llovía. Se dirigió a las cuadras y ensilló su caballo. Había un mozo en un rincón, mordisqueando un mendrugo de pan. Le dio una blanca y le preguntó:

—¿El hombre que salió hace un momento con un saco de comida iba a caballo?

—Sí, señor. Se fue por allí.

El mozo señalaba la dirección de Orleans. Gaufredi montó a caballo.

Era noche cerrada. La temperatura era glacial y la lluvia caía con fuerza. Gaufredi avanzó lentamente. El camino no era más que un lodazal con baches y rodadas en los que no era posible seguir las huellas de los cascos de un caballo. Al cabo de una hora, comprendió que no atraparía al hombre de Toulouse.

Lleno de rabia, sobre todo contra sí mismo, por su indecisión, volvió al albergue.

Mientras conducía el coche, Bandoler había visto una vieja casa abandonada en una loma rodeada de un bosque. Avisó de inmediato a Charles de Bresche, quien decidió que pasarían allí la noche.

El grupo presentaba un estado lamentable. Bandoler y Louis habían superado el catarro, apenas tosían y ya no tenían fiebre. En cambio, los otros tres hombres estaban ahora aquejados en diversos grados. Bresche y el coloso Bacalla eran los más enfermos.

La casa abandonada no tenía puerta ni ventanas, y, en el patio, los hierbajos les llegaban hasta las rodillas. Bandoler y Pebrina se ocuparon del equipaje, luego alimentaron a los caballos con la avena que transportaban en el cofre trasero del coche y que habían tenido la prudencia de ir aprovisionando. Finalmente instalaron un campamento improvisado en el interior de las ruinas.

Después de que una buena hoguera hubiese calentado un poco la sala en la que se encontraban, Bandoler partió en dirección a un albergue que habían dejado atrás. Bresche no había querido detenerse allí, temiendo que sus señas les fuesen proporcionadas a Gaufredi si seguía sus huellas.

Por supuesto, era Bandoler a quien Gaufredi había visto llegar para adquirir provisiones.

Durante la ausencia del bandido, Louis se había quedado cerca del fuego, vigilado por Pebrina, mientras que Bresche y Bacalla, arrebujados en su capa, dormitaban temblando de fiebre y tosiendo a intervalos regulares.

—Tengo que hacer mis necesidades —dijo de repente Louis a su carcelero, habiéndole lentamente para que le entendiese.

—¿Ara?

—Sí. Pero puedo hacerlo en un rincón del cuarto.

El bandido juró en catalán, luego chapurreó en una mezcla de francés y catalán:

—... *Pudir!*... ¡Nosotros... dormimos aquí esta noche! *Ves fora!*

Salieron. Era noche cerrada y llovía, pero había pese a todo un poco de luz gracias a un minúsculo creciente de luna que se filtraba entre las nubes. Salieron ambos arrebujados en sus capas. Louis señaló un granero medio hundido y se dirigió allí. Pebrina se quedó a una distancia prudencial, contrariado por haber dejado el calor del fuego.

En el granero, Louis buscó un rincón satisfactorio. En cuanto lo hubo encontrado, se bajó las calzas. Pebrina no lo miraba. Recogió entonces un trozo de viga en el que no había reparado, luego se subió las calzas y deslizó la madera entre los pliegues de su capa.

Pebrina murmuró algo que debía de significar:

—¡Ya era hora!

Louis se acercó a él y, cuando estuvo suficientemente cerca, sacó el leño y propinó un estacazo en la cabeza al truhán, que se desplomó al punto.

Corrió luego hacia los caballos para desatar uno. Al cabo de un minuto, se dio cuenta de que no lo lograría. Los nudos que habían hecho los bandidos con las riendas eran imposibles de deshacer para quien no los conociese y para colmo apenas veía. Renunció a ello y partió corriendo al camino enlodado, tratando de alcanzar el bosque para ocultarse.

Bandoler regresaba de la posta cuando distinguió una sombra deslizándose fuera del camino, justo delante de él. Apenas prestó atención pensando que era un ciervo o un jabalí.

Fue entonces cuando oyó a Pebrina gritar.

Comprendió de repente que el prisionero había huido y lanzó su caballo en persecución de la sombra.

Louis había percibido también la silueta del jinete y se había arrojado fuera del camino, en la espesura.

Pero la maleza no era muy alta. Al cabo de unos segundos, agotado por la carrera, se volvió para ver que el caballo se le echaba encima.

Conservaba el tarugo en la mano y le hizo frente, tratando en vano de alcanzar al animal o al jinete. Bandoler esquivó sin problemas la estaca mientras que de una patada con la bota guarnecida de hierro tiró a Louis al suelo y le pasó por encima con su montura.

Louis se protegía como podía de los cascos del caballo, pero lo alcanzaron en el pecho y en la cabeza. Sintió un violento dolor e intentó protegerse la cara. El caballo se alejó para volver luego al galope. Supo entonces que había llegado su última hora.

—¡Alto! —oyó gritar—. ¡Lo necesito vivo!

Era la voz ahogada de Bresche.

El caballo se detuvo a unos pasos de Louis, justo antes de coccarlo de nuevo. En ese momento se desvaneció de dolor.

Cuando volvió en sí, estaba maniatado en el asiento del coche. Una espesa costra le cubría parte del rostro, sin duda producida por una herida de casco del caballo. Le costaba mucho respirar. Oyó al librero decirle con fingido tono triste:

—No me habéis dejado elección, señor Fronsac.

Louis hizo el resto del viaje amarrado al asiento, en una especie de pesadilla, sufriendo atrozmente y perdiendo con frecuencia el conocimiento. Sus carceleros apenas lo alimentaban y no lo dejaban ni a sol ni a sombra, incluso mientras hacía sus naturales necesidades.

Bresche presionaba a sus hombres. Las etapas se alargaron. Se daba cuenta de que se exponía a que el prisionero muriese en cualquier momento, pero no podía permitirse el lujo de detenerse para que lo curasen. Prometió una prima a los truhanes si llegaban a París el domingo.

Pero se le presentaba una última dificultad que tendría que superar: entrar en París con un prisionero. A las puertas de la ciudad, los agentes jurados del fielato verificarían que no llevaba ninguna mercancía tasable y los corchetes les pedirían sus pasaportes. Bresche y Fronsac tenían los suyos. Bandoler también tenía uno, pero no ocurría lo mismo con sus compinches. Se animó pensando que el domingo los controles de entrada eran menos estrictos. Untándolos con algunos escudos de oro deberían poder pasar sin dificultad, siempre que Fronsac no apareciese como un prisionero.

El sábado por la noche rodearon la ciudad hasta Charenton, donde tomaron la barcaza de Bercy. Pasaron la noche en un huerto abandonado, a alguna distancia de la puerta de Saint-Antoine, y entraron en París el domingo por la mañana tan pronto

como se abrió la puerta.

Louis, que seguía maniatado, iba sentado entre dos bandidos y envuelto en su capa.

—Una palabra, un solo gesto —lo había prevenido Charles de Bresche—, y os clavan una daga en las costillas.

Presentó los pasaportes, explicando que dos de sus hombres habían sustituido a los cocheros enfermos y, habiendo deslizado un cuarto de escudo al guardia, entraron en la ciudad.

La circulación era fluida el domingo. Subieron por la calle de Saint-Antoine, luego la calle Vieille-du-Temple y la calle Paradis, antes de llegar a la calle du Chaume. Las cortinas de cuero iban en parte cerradas pero, cuando el coche giró, Louis, pese a sus padecimientos, creyó distinguir graves daños causados por un incendio en las cercanías de la calle des Quatre-Fils. No se equivocaba: la antevíspera, una hoguera gigantesca había arrasado el teatro del Marais y a punto había estado de llevarse por delante todo el barrio.

Antes de dejar París, el marqués de Fontrailles había avisado al librero de que quizá no se alojaría durante mucho más tiempo en el palacio de Liancourt, en casa del duque de La Rochefoucauld. El duque de Guisa le había cedido un apartamento en su palacio de la calle du Chaume. Era donde Bresche debería encontrarse con él para que le pagase. Sin embargo, en el supuesto de que no se hallase allí, Bresche tendría que acudir a la calle del Sena.

Fontrailles había apostado a que Guisa ganaría el duelo contra Coligny, pues el antiguo arzobispo de Reims era un temible espadachín. En ese caso, el duque no podía correr el riesgo de quedarse en París, y dejaría su palacio. Si el librero le llevaba a Fronsac, podría encerrarlo sin problema en los sótanos del palacio de Clisson para interrogarlo.

En cambio, si Guisa perdía o moría en el duelo, el marqués volvería al palacio de Liancourt, y si el librero volvía a París con Fronsac, le ordenaría deshacerse de él.

En efecto, inmediatamente después del duelo, el duque de Guisa dejó París para ir al castillo de Meudon, propiedad de su familia desde que fuera comprado por el cardenal Charles de Lorena. Consciente de la persecución que se decretaría contra él, Enrique de Guisa juzgaba que desde allí podría refugiarse más rápidamente en el extranjero.

El 14 de diciembre, las cámaras assemblearias del Parlamento de París convocaron al duque de Guisa y a Maurice de Coligny a petición del procurador general. Ambos adversarios debían presentarse para dar explicaciones. Días más tarde, el 26 de diciembre, habiéndose enterado de que el estado de Coligny era grave, el procurador consideró que tal vez no hubiese motivos para perseguir a los duelistas. Si el ofensor moría, el asunto quedaría zanjado.

Guisa, prudente, permaneció no obstante en Meudon, mientras que Coligny partía para Dijon, plaza fuerte del duque de Enghien. El estado del herido había empeorado

y los médicos hablaban de amputarle el brazo.

De modo que, a principios de enero, Fontrailles campaba a sus anchas por el palacio de Guisa, aunque la duquesa viuda ocupase una parte retirada del edificio. Tenía la absoluta confianza del duque, pues el marqués había estado en todas las conspiraciones contra Richelieu y Mazarino, y jamás lo había traicionado ni faltado a su palabra.

El coche del librero se detuvo ante la puerta fortificada del antiguo palacio de Clisson, convertido en la entrada principal del palacio de Guisa.

Olivier de Clisson, compañero de Du Guesclin, había hecho construir este castillo, comprado el siglo anterior por los príncipes lorenos, que lo habían agrandado mediante la adquisición de las casas y palacetes circundantes. Era un inmenso edificio cuya única puerta fortificada daba fe de su antigua función de fortaleza.

Bresche se dio a conocer al portero, oculto tras una reja de hierro. El hombre se negó de buenas a primeras a despertar al marqués de Fontrailles, pero el librero lo amenazó de tal modo que aceptó avisar al oficial de guardia. Bresche le dio su nombre y le pidió que transmitiese el mensaje siguiente al marqués: «Estoy acompañado del hombre al que deseáis interrogar».

Unos minutos más tarde, le franqueaban la enorme puerta de dos hojas. Había allí unos cuantos aventureros, armados hasta los dientes, comandados por Charles de Barbezière, el hermano de la señora de Chémérault.

Charles de Bresche le explicó a media voz que llevaba al prisionero que el marqués de Fontrailles estaba esperando. Barbezière lo acompañó al coche que aguardaba delante del porche y dio órdenes. Cogieron a Fronsac como un fardo y fue transportado rápidamente al interior del palacio.

El antiguo portal del palacio de Clisson daba a un vestíbulo abovedado que permitía el paso de carrozas y se abría sobre una larga sala de guardia en la que una portezuela permitía acceder a los sótanos. Allí transportaron a Fronsac maniatado.

El sótano, de hecho, era una gran sala constituida por una sucesión de piezas abovedadas en ojiva. Depositaban allí las barricas de vino, fruta, salazones y toda clase de alimentos. Barbezière, acompañado de Charles de Bresche, Bandoler y dos de sus hombres, que transportaban a Louis, abrió la reja.

Louis se hallaba en una especie de bruma. Sufría atrozmente a causa de sus costillas rotas y la herida de la frente le provocaba un martilleo tan doloroso que le impedía pensar.

El caballero de Chémérault señaló los hierros y cadenas empotradas en una de las paredes. Los secuaces pasaron los grilletes a los puños del prisionero y cerraron los trinquetes. No había ni llave ni remache, pero, atado como estaba con los brazos en cruz, Louis no habría podido liberarse de ellos puesto que ninguna de sus manos podía alcanzar la otra.

Así atado, el sufrimiento se volvió tan insoportable que perdió el conocimiento.

La luz y el calor lo hicieron volver en sí. Habían encendido antorchas en la sala,

así como un fuego en una chimenea de ángulo situada frente a él. Pudo al fin examinar el lugar y a los que allí se encontraban. La bodega era amplia. Él estaba encadenado en la pared del fondo. No había mobiliario alguno a excepción de una mesa de piedra con anillos de hierro. Supuso que debía de haber sido utilizada durante las guerras de la Liga para torturar a los prisioneros de los Guisa. Delante de la entrada de la sala, Bandoler y dos desconocidos esperaban órdenes. Habían depositado sus equipajes en la mesa y Barbezière revolvía en ellos. Un poco aparte, a la izquierda, se encontraba Charles de Bresche hablando a media voz con un hombre deforme, vestido de seda y cubierto con una elegante capa bordada. Louis reconoció al marqués de Fontrailles. El lisiado se apoyaba en un bastón con puño de plata. A su lado, se hallaba una joven de espléndida belleza. Era la Belle Gueuse.

Fontrailles, que dirigía frecuentes miradas al prisionero, se dio cuenta de que había recobrado el conocimiento.

—¡Señor Fronsac! —exclamó con su característica voz cascada—. ¡Al fin de vuelta entre nosotros! Estaba pensando en arrojaros unos cuantos cubos de agua helada para despertaros.

Se acercó a él con una sonrisa en los labios. La Belle Gueuse lo seguía.

—Esta vez soy yo quien tiene todas las cartas en la mano, señor Fronsac. Pase lo que pase, ya no volveréis a cruzaros en mi camino. El señor de Bresche —un hombre muy hábil, por cierto— me habló de vuestro viaje y de vuestra estancia en Toulouse. Espero que os haya gustado mi querida hermana. También me ha contado lo de vuestra visita al señor de Fermat, pero por lo visto ignora las razones y por supuesto los resultados. Ahora bien, las razones, como podéis suponer, yo las conocía. Tengo algunos amigos en el convento de los Mínimos, que vos tan bien conocéis, y cuando supe que habíais ido allí, quise enterarme de los motivos. Llegué a la conclusión de que se os había metido en la cabeza elaborar un nuevo código para el señor Rossignol. Supongo que fue el padre Mersenne quien os aconsejó dirigiros al señor de Fermat.

Se calló y miró detenidamente a Louis.

El exnotario se hallaba desconcertado. Además del sufrimiento, descubría que Fontrailles sabía mucho más de lo que él había imaginado. Todo estaba perdido para él, y Rossignol jamás tendría el código de Fermat. Al pensar que no volvería a ver a Julie, no pudo contener las lágrimas.

—¿Lloráis? —chirrió la voz del enano—. Decididamente me decepcionáis, señor Fronsac. Pero no esperéis piedad de mí. No es que tenga nada personal contra vos, pero me habéis molestado demasiado para dejaros con vida. Aunque antes necesito conocer el código que supongo os habrá remitido el señor de Fermat. ¿Qué me decís?

Louis permaneció silencioso.

—¡Allá vos! —dijo Fontrailles.

Se giró y, cojeando, volvió hacia la mesa donde el caballero de Chémérault había vaciado el cofre que llevaba Louis.

Cogió el atado de pliegos escritos por Fermat: la demostración de la conjetura de Diofanto.

La señorita de Chémereault, por su parte, miraba a Louis con compasión. Sacó un pañuelito de su vestido y enjugó dulcemente las lágrimas del joven, y luego su frente, perlada del sudor producido por la fiebre.

—Señor Fronsac —murmuró con una triste sonrisa— debisteis aprovechar la ocasión. Me temo que no habrá otra.

—¡Françoise, no quiero que os quedéis cerca de él! —chilló el marqués volviendo hacia ellos.

Recordemos que Louis había llevado la demostración que le había enviado Fermat y que había dejado a Gaufredi las hojas que describían el método de cifrado, al considerarse capaz de repetir de viva voz a Rossignol el sistema de codificación del magistrado de Toulouse. Por tanto, lo que el marqués de Fontrailles tenía en la mano era la demostración de la conjetura de Diofanto.

—Supongo que se trata del código del señor de Fermat —prosiguió Fontrailles tendiendo el legajo a Louis—. He leído de cabo a rabo este documento antes de que recobrarseis el sentido. Con sus cuadrados y sus cubos, no he entendido ni jota. ¿Podéis explicármelo?

Louis sacudió la cabeza de derecha a izquierda y murmuró:

—Sólo el señor Rossignol puede entenderlo.

Fontrailles asintió con la cabeza lentamente.

—¡Por supuesto! Pero como comprenderéis, está fuera de toda duda que el señor Rossignol jamás dispondrá de este documento. Y puesto que vos no queréis explicármelo...

Se acercó a la chimenea y arrojó en ella los papeles.

A Louis se le encogió el corazón. Aunque saliese de aquel infierno, nunca podría llevarle la demostración a Blaise Pascal. Miró cómo se consumían las hojas sin decir nada. No podía saber que harían falta más de trescientos cincuenta años para que otro matemático demostrase la famosa conjetura.

Fontrailles se volvió hacia él:

—Ahora, señor Fronsac, necesito saber lo que habéis descubierto de los polígrafos del señor Rossignol.

—No os diré nada —murmuró Louis.

Fontrailles se quedó silencioso un rato antes de sonreír.

—Lo haréis, señor Fronsac, claro que lo haréis. Bajo tortura lo diréis todo.

—Difícilmente podría sufrir más de lo que sufro —balbució Louis.

Pese a todo, a Fontrailles le repugnaba el uso de la violencia. Fronsac estaba agotado. Bastaría con dejarlo todavía unas cuantas horas de esa guisa, sin comida ni bebida, y estaría tan débil que lograría hacerlo hablar a cambio de un simple vaso de agua.

—Como gustéis. Os dejaré meditar algún tiempo. Os visitaré de nuevo esta

noche, cuando vuelva de casa del señor de La Rochefoucauld.

—Dadme al menos un poco de agua.

—No recibiréis ni una gota. Señores, dejemos reflexionar al prisionero.

Hizo señas a sus acólitos para que saliesen y abandonó la sala en último lugar. Barbezière echó el cerrojo a la puerta.

De vuelta en la sala de guardia, Fontrailles se acercó a Charles de Bresche.

—Señor de Bresche, estoy muy satisfecho de vos. Acompañadme y os entregaré la suma prometida. ¿Qué vais a hacer ahora?

—Creo que el compañero del señor Fronsac debe de estar camino de París. Seguramente irá a mi librería, y deseo largarme cuanto antes. Llevo tres hombres conmigo; me ayudarán a cargar lo que poseo y dejaré París por una temporada. Tengo una casita cerca de Bercy, donde esperaré a que pase la tormenta.

—Muy bien. Me daréis vuestra dirección y os pondré en contacto con el polígrafo que trabaja para vos.

—¿Y el señor Fronsac?

—Como si estuviese muerto —sonrió Fontrailles cogiendo afectuosamente del brazo a la Belle Gueuse.

Domingo, 17 de enero de 1644

El coche que transportaba a las señoras de Castelbajac y de Lespinasse, junto con Gaufredi y Bertrande, hacía su entrada en París el domingo 17 de enero, casi en el mismo momento en que lo hacía el de Charles de Bresche. La diferencia es que el librero había elegido entrar por la puerta de Saint-Antoine y ellos por la puerta de Saint-Jacques.

Aunque hubiese perdido al de Toulouse en el bosque de Orleans, Gaufredi concibió nuevas esperanzas. Compartía además la convicción de la señora de Castelbajac: su amo estaba prisionero y probablemente era conducido a presencia del marqués de Fontrailles.

Mientras subían por la calle Saint-Jacques, Gaufredi y la marquesa mantuvieron una agria discusión. El viejo reitre quería ir directamente a la plaza Maubert. Antes o después, el librero iría allí, y él sabría hacerle hablar, le aseguró.

—No es el librero el que importa en este momento, amigo mío, sino el lugar adonde han llevado al señor Fronsac. Una vez en manos de mi hermano, no seguirá vivo mucho tiempo. Importa más saber dónde se encuentra el marqués de Fontrailles. Es allí adonde tenemos que ir.

—Antes de nuestra partida, vivía en casa del señor de La Rochefoucauld...

—No es allí precisamente adonde habrá llevado a vuestro amo —ironizó ella.

—Por supuesto, señora. Aparte de que el duque ha salvado la vida de mi amo y no toleraría semejante ignominia.

—Ya me lo contaréis. Atended a lo que os propongo: bajaréis hasta el Grand-Châtelet tan pronto como hayamos atravesado la Cité. Buscad a su amigo, el comisario de policía del que me habéis hablado, y reuníos conmigo en casa del señor de Lionne. Tiene un apartamento detrás del Palacio Real, en la calle Neuve-des-Petits-Champs.

—Hoy es domingo, señora, no creo que haya ido al Grand-Châtelet... Pero haré lo que me pedís, y, si no lo encuentro, iré a la calle de la Verrerie, que es donde vive. Si está allí, llegaremos a casa del señor de Lionne dentro de una hora.

La carroza, siempre conducida por Bertrande, se detuvo ante el Châtelet, y luego siguió su camino una vez que Gaufredi hubo descendido. El reitre corrió hacia el porche de la entrada, lo atravesó, penetró en el patio y, subiendo los escalones de cuatro en cuatro, llegó a la gran sala donde se hallaba la guardia y los corchetes. Tuvo suerte y vio allí a La Goutte.

—¡Señor Gaufredi! —exclamó el arquero—, el señor de Tilly está muy inquieto, ¿dónde está el señor Fronsac?

—¡No hay tiempo! ¿Dónde está el señor comisario?

—No vendrá hasta el mediodía, después de la misa en Saint-Germain-l'Auxerrois

. Debe de estar en su casa en este momento.

—Muy bien. Me voy allí corriendo. Venid conmigo. ¡El asunto es grave!

La Goutte cogió su espada, que estaba posada en un banco, y lo siguió. Al llegar al patio, propuso a Gaufredi:

—Iremos más rápido si cogemos los caballos destinados a los corchetes.

Gaufredi asintió. Había dos yeguas grises ensilladas y, ante los ojos asombrados de un palafrenero, saltaron a la silla y partieron al galope hacia la calle de la Verrerie. De camino, Gaufredi le explicó en pocas palabras que su amo estaba prisionero, tal vez muerto.

Gaston ocupaba el segundo piso de un vasto alojamiento en la calle de la Verrerie. Cuando no era más que un investigador sin fortuna, sólo disponía de una habitación abuhardillada. Luego, Richelieu, a fin de alejarlo de París y de su amigo Louis, le había ofrecido una lugartenencia de regimiento que Gaston había revendido más tarde por treinta mil libras antes de recibir, justo un año después, el cargo de comisario de Saint-Germain-l'Auxerrois.

Gaston había colocado su dinero, así como una parte del botín que había traído de la batalla de Rocroy, en casa de un banquero y alquilaba aquella comfortable vivienda de cuatro piezas.

Gaufredi tiró del cordón del porche de entrada y un portero acudió a abrir. El viejo reitre lo apartó, y, siempre seguido por La Goutte de uniforme, subieron de cuatro en cuatro los escalones para llamar con grandes golpes a la puerta de la vivienda.

Un asombrado lacayo acudió a abrir. Gaufredi lo empujó:

—¿Está el señor Tilly?

—Sí, señor, pero...

—¡Id a buscarlo, rápido! Decidle que es urgente, que es por su amigo Louis.

Gaston apareció inmediatamente en ropa interior, con su roja cabellera enmarañada.

—¿Gaufredi, qué ocurre?

El viejo soldado resumió la situación en pocas palabras.

—... Tenemos que ir a casa del señor de Lionne. Allí decidiremos cómo tratar con Fontrailles y el librero.

Gaston no necesitaba más explicaciones para decidirse.

—La Goutte, bajad a ensillar mi caballo. Gaufredi, mientras me visto, venid conmigo, tengo algunas preguntas que haceros. La primera es la siguiente: ¿Por qué a casa del señor de Lionne?, que es, si no me equivoco, el secretario de Mazarino.

Mientras Gaston se ponía sus calzas y luego la camisa, Gaufredi le explicó que Hugues de Lionne era en realidad el responsable de los servicios secretos del señor de Brienne y que había tomado el relevo de su tío Abel Servien.

Gaston hizo alguna otra pregunta, en particular sobre los lazos que había entre la señora de Castelbajac —de la que se enteraba ahora de que era la hermana del

marqués de Fontrailles— y Hugues de Lionne. Poco a poco, en su mente se fue haciendo la luz sobre las relaciones entre todos aquellos personajes.

Unos instantes más tarde, galopaban los tres por las calles embarradas de la capital, Gaston a la cabeza, pues conocía el domicilio de Lionne, situado no lejos del convento de los Agustinos reformados, llamado también el convento de los Padrecitos.

Entraron en el patio del palacio donde el secretario de Mazarino tenía su vivienda mientras sonaba la hora tercia llamando a la oración en los Viejos Agustinos. Un mayordomo los esperaba y condujo a Gaston y Gaufredi al segundo piso, en una gran antecámara donde se encontraban ya las señoras de Castelbajac y Lespinasse, junto con Hugues de Lionne y dos desconocidos. La Goutte esperaba en el patio.

Gaufredi se fijó en que las mujeres habían cambiado sus atuendos de viaje por elegantes vestidos de damasco con cuello de encaje y la parte delantera realzada con cintas multicolores. Bajo los pliegues de los trajes, se veían las enaguas, la picaruela y la secreta, una de color oro y la otra escarlata.

Gaston no conocía a nadie, de modo que Gaufredi se ocupó de presentarle a las damas. Le gustó mucho la señora de Lespinasse, a la que no quitó ojo, mientras Hugues de Lionne se levantaba para saludarlo.

—Sentaos, señor de Tilly —le pidió el secretario de Mazarino—. Supongo que vuestro compañero os habrá hecho un pormenorizado relato de los terribles sucesos que acaban de producirse. Esperamos todavía a algunas personas, pero dejadme que os presente a los señores Zongo Ondedei y Tomaso Ganducci. El señor Ondedei es el camarlengo de monseñor, y el señor Ganducci es su guantero y perfumista —precisó con una sonrisa ambigua.

Gaston ya había oído hablar de Zongo Ondedei, del que se murmuraba que dirigía los servicios secretos para los asuntos del primer ministro. Era un hombre fino y discreto, vestido de negro, con el cuello blanco y cuadrado de los clérigos. En cuanto a Ganducci, no llamaba a engaño: con su perilla cuadrada y su aire socarrón, tenía más pinta de esgrimidor que de perfumista. Era, sin duda, uno de los agentes de Mazarino.

Gaston y Gaufredi se sentaron en sendos escabeles.

—Según lo que me ha contado la señora de Castelbajac, el señor Fronsac logró que Pierre de Fermat elaborase un nuevo sistema de cifrado que podría ser inviolable. ¿Es así? —preguntó Lionne a Gaufredi.

—En efecto, señor. Asistí a su discusión, aunque no haya entendido gran cosa. Sea como fuere, aquí está el sistema de cifrado. Mi amo me lo confió para que os lo trajese.

Bajo las miradas estupefactas de las dos mujeres, que ignoraban tal cosa, el viejo reitre sacó de su capa escarlata un portafolio de cuero viejo que tendió a Lionne.

La expresión del rostro del secretario pasó sucesivamente del asombro a la satisfacción. Lo abrió y sacó las hojas escritas por Fermat.

—¡Extraordinario! —murmuró—. ¿Por qué os confió el señor Fronsac este documento?

—Mi amo es un lógico excepcional, señor. Siguió perfectamente la demostración del señor de Fermat y se sentía capaz de repetírsela al señor Rossignol. Como el señor de Fermat también la había puesto por escrito, prefirió confiarme a mí estos papeles considerando que así había más posibilidades de que el código llegase a su destino.

Miró desconsolado a la señora de Castelbajac.

—En ese momento —añadió—, pensaba que vos estabais en el bando de sus enemigos. Él, en cambio, se quedó con otro documento del señor de Fermat, pero sin relación con el código.

—¿Qué clase de documento? —preguntó Lionne intrigado.

—No lo entendí muy bien, señor. Un galimatías, una demostración matemática sobre la suma de potencias...

Hugues de Lionne enarcó las cejas, para interrogar luego con la mirada a la señora de Castelbajac, quien le correspondió con la misma mirada de desconcierto. De modo que prosiguió:

—Supongamos que el raptor del señor Fronsac lo ha llevado o está a punto de llevarlo junto al marqués de Fontrailles; si es así, necesitamos saber dónde se encuentra el marqués.

—En noviembre, se alojaba en la calle del Sena, en el palacio de Liancourt —afirmó Gaston.

—Exacto —intervino Ganducci con un marcado acento italiano—. Pero ya no está allí —añadió apartando teatralmente las manos—. Desde mediados de diciembre, el duque de Guisa le presta su palacio.

—¿Estáis seguro? —se inquietó Lionne.

—Uno de mis hombres vigila la puerta del palacio de Clisson, señor. El marqués entró ayer en el palacio para pasar allí la noche. Iba en compañía de la señorita de Chémerault, sin duda su amante, y del hermano de ésta.

—Si el señor Fronsac está retenido como prisionero en el palacio de Guisa, no podemos intervenir —murmuró un cariacontecido Lionne—. Sólo la reina podría darnos la autorización y dudo mucho de que quisiese hacerlo, cuando está tratando de calmar la situación acaecida tras el terrible duelo.

—¡No podemos abandonarlo, señor! —intervino Gaston abruptamente.

—Desde luego —asintió lentamente con la cabeza Lionne—, pero, si está allí, todo será mucho más difícil.

—Mi hermano suele pensar en esa clase de cosas —apostilló con ironía la señora de Castelbajac—. Imaginad que pedís la autorización a la reina para registrar el palacio de Guisa, él se enteraría por sus amigos y haría desaparecer de inmediato al señor Fronsac. Pero si no tenemos garantía de que esté allí, en cambio nos queda el librero. Habría que cogerlo y hacerle hablar.

En ese momento, el intendente se deslizó en la estancia y murmuró algunas palabras al oído de Hugues de Lionne.

—Hacedlos entrar —ordenó el secretario de Mazarino.

Una mujer ataviada con una falda y un corpiño de tafetán, cubierta con una capa turquesa, junto con dos jóvenes armados con sendas espadas, entraron en el salón. Gaston reconoció a Louise Moillon y a su hermano Simon Garnier. Al otro hombre ya lo había visto con ellos; debía de ser Isaac Moillon, extremo que confirmó Hugues de Lionne.

Isaac dirigió un gesto amistoso a Ganducci.

—Algunos ya conocéis a la señora Moillon y a sus hermanos —dijo Lionne—. Están tanto a mi servicio como al de mi tío. Los tres son protestantes y tienen estrechas relaciones con los servicios de Guillaume de Orange y los partidarios de la alianza entre Francia y las Provincias Unidas. Le había encargado a Simon que desenmascarase al espía de la oficina del Servicio de Cifrado haciéndole trabajar para el señor Rossignol, cosa que, por desgracia, no logró.

Luego, dirigiéndose a los recién llegados, continuó:

—Un librero llamado Charles de Bresche abusó de la confianza del señor Fronsac, tendiéndole una trampa. En este momento, el caballero se halla en manos del señor Fontrailles. Buscamos el medio de liberarlo.

Se volvió hacia los demás:

—¿Qué sabemos de ese librero?

—Louis desconfiaba de él —explicó Gaston—. Gaufredi se había encargado de seguir al señor Chantelou, que había ido a su librería, visita que en su opinión era inexplicable. Sin embargo, más tarde nos enteramos de que el espía de Rossignol era Habert, y que trabajaba para el marqués de Fontrailles. La pista del librero fue entonces abandonada. Pese a ello, Louis no estaba convencido y me lo había dicho. Su intendente, Margot Belleville, que había sido librera como su padre, le sugirió preguntar a Sébastien Cramoisy acerca de Bresche, pero se fue de viaje antes de hablarme de su entrevista.

Gaufredi intervino:

—Mi amo me contó que el señor Cramoisy le habló de una estancia de Bresche en Roma, donde habría tenido problemas con la justicia. Así que fue a verlo para tratar de saber más y le habló de nuestro viaje a Toulouse. Nos faltaba un cochero y Bresche se ofreció a hacer el trabajo porque necesitaba ir allí para comprar libros. El señor Fronsac aceptó, convencido de que durante un viaje tan largo podría sonsacarlo y descubrir la verdad sobre el individuo. Le dijo también que nos alojaríamos en el palacio de la marquesa de Castelbajac.

—Y por supuesto, esa misma noche, el muy traidor avisó a mi hermano —ironizó la marquesa.

—Sin duda —continuó Gaufredi—. De todas formas, durante el viaje, Bresche se mostró como un valiente y un buen compañero. Habló largo y tendido de su viaje a

Roma, donde, por lo visto, estuvo al servicio de Antoine Barberini como bibliotecario. Al final del viaje, mi amo le había concedido toda su confianza.

—Y luego, como pago, en Toulouse, se dedicó a organizar su captura —concluyó acerbamente la marquesa de Castelbajac.

—¡Es terrible! —reconoció Gaufredi—. ¡Cómo nos ha engañado!

—¿Pero quién es ese individuo tan diabólico del que nada sabemos? —preguntó Lionne.

—Sospecho que debe de ser un agente de Urbano VIII —explicó el guantero—. Recibió la visita de Fabio Chigi en su librería.

—¿Fabio Chigi? —preguntó Gaston nerviosísimo—. ¡Entonces tengo que hablaros del robo en la Nunciatura! Sabéis que tuvo lugar en noviembre. Y que se habían llevado importantes documentos de monseñor Chigi. Redacté un informe sobre este asunto al señor Dreux de Aubray, que debió de transmitirlo al señor Le Tellier. Encontré a un muchacho que había escalado la fachada de la Nunciatura y entrado por una chimenea para robar los documentos. Según la descripción que me hizo, el que le había hecho el encargo del trabajo era con toda probabilidad el marqués de Fontrailles.

—¡Otra vez él! —exclamó Lionne.

—El chico se había guardado una carta, que le pareció muy bonita, cuyo sello ostenta las armas de Barberini. Dicha carta, de la autoría de Thaddeus Barberini, no la adjunté a mi informe pues no estaba clara. Hacía alusión a un espía en el Servicio de Cifrado del señor Rossignol —pensé en Charles Manessier—, y en el hecho de que dicho espía estaba a las órdenes de un agente llamado Carlo Morfi, en quien monseñor Fabio Chigi podía tener toda su confianza, pues había dado prueba de una gran eficacia en la captura de un tal Pallavicino, pero no pude identificar ni a Carlo Morfi ni al tal Pallavicino.

—¡Pallavicino! —exclamaron al unísono Lionne y Ganducci.

—¿Es posible que haya sido Bresche? —preguntó Lionne a Ganducci—. ¿Que Charles de Bresche y Carlo Morfi sean la misma persona?

—¿De qué habláis? —preguntó Isabeau de Castelbajac.

—Es verdad —dijo Lionne—, vos no conocéis la historia. Os la contaré en pocas palabras: Ferrante Pallavicino es un noble veneciano que, aunque miembro de una congregación, se ha rebelado contra los abusos de la Iglesia. Ha escrito algunos textos considerados sediciosos, mayormente de esencia protestante. Los libros han sido condenados, pero Pallavicino estaba protegido de la cólera del Papa, pues vivía en Venecia. Deseaba, sin embargo, trasladarse a Francia, donde monseñor Mazarino pensaba utilizar sus talentos de polemista. Entonces desapareció. El señor Ganducci buscó sus huellas y descubrió que un tal Carlo Morfi le había propuesto ayudarlo a entrar en Francia. Ambos hombres fueron detenidos en diciembre del año pasado, en Orange, por la tropa del vicelegado de Aviñón. Después, Ferrante fue preso en Aviñón y nos enteramos de que su compañero Carlo Morfi fue quien organizó la

trampa, pues era en realidad un espía del Papa.

—Visto el método que Bresche utilizó con mi amigo Louis —concluyó Gaston—. Carlo Morfi y él muy bien podrían ser la misma persona. Tenemos que ir inmediatamente a su librería, verificar si se encuentra allí o tenderle una trampa.

—Es poco probable que esté allí —señaló Lionne encogiéndose de hombros—. ¿Por qué iba a volver allí?

—Hemos venido pisándole los talones —observó la marquesa de Castelbajac—. Quizá esté recién llegado, si no está todavía en el camino real. Se imaginará que ya hemos vuelto a París y, si pretende huir, querrá recuperar las cosas de valor que tenga en su casa. Deberíamos vigilar su librería hasta que aparezca.

Gaufredi se levantó, visiblemente alterado.

—Señor —dijo dirigiéndose a Hugues de Lionne—, disculpadme, pero yo me voy a la librería. Es la última esperanza que tengo de salvar a mi amo.

—Iremos todos allí —decidió la señora de Castelbajac, levantándose a su vez.

—¡Ni pensarlo, señora! —protestó Gaston—. Ellos son cuatro, y tal vez haya que presentar batalla.

—Creo haberos demostrado —intervino Louise Moillon con una sonrisa— que una mujer podía a veces ser muy útil para librar a un pobre hombre prisionero.

Gaston enrojeció.

—Os agradezco la preocupación que habéis mostrado por nuestra seguridad, señor de Tilly —sonrió a su vez la señora de Castelbajac—, pero soy bastante diestra con la pistola y la señora de Lespinasse es tan buena tiradora como el mejor espadachín.

—Entonces vamos juntos —decidió Lionne levantándose—. Llevaré conmigo a dos lacayos que nos serán de gran utilidad. Nos encontraremos en la plaza Maubert. Señora Moillon, ¿habéis traído coche?

—Sí, señor marqués, mi marido me ha prestado el suyo.

—Gaufredi y yo, junto con mi arquero, que aguarda abajo, vamos a caballo —dijo Gaston—. Como llegaremos antes, os esperaremos. ¿Vais todos armados?

Isaac y Simon asintieron, así como las damas.

—Yo no iré con vos —intervino suavemente el guantero—, voy a ver a mi agente, que está vigilando el palacio de Guisa. Si vais más tarde, nos encontraremos allí.

—Yo, por mi parte, iré a comunicar lo acordado aquí a Su Eminencia —declaró a su vez respetuosamente Ondedei.

Como estaba previsto, Gaston, Gaufredi y La Goutte llegaron los primeros a la plaza Maubert. Se fijaron enseguida en la aparatosa carroza detenida delante de la librería Aux Armes de Rome.

—¡Un coche verde! —exclamó Gaufredi—. ¡Son ellos! Además, creo que reconozco al cochero que espera. Es el hombre que vi cerca de Orleans. Los otros deben de estar en el interior de la tienda. ¡Vamos!

En efecto, Charles de Bresche acababa de llegar del palacio de Guisa y Bandoler

se había quedado en el pescante.

—No nos apresuremos —sugirió prudentemente Gaston—. Pueden escapársenos. Esperemos mejor a Isaac y a Simon. Tenemos que cogerlos a todos juntos, y aun con ellos no seremos más que cinco.

Gaufredi estuvo de acuerdo y los tres jinetes se mantuvieron a prudente distancia de la librería, en el extremo de la calle Galande, cerca de la intersección con la calle des Rats. Desde allí tenían una vista completa de la plaza Maubert, casi desierta en aquella mañana de domingo. Por suerte, Bandoler no los había visto.

Instantes más tarde, llegaba el coche de la señora de Moillon conducido por Isaac, seguido de cerca por el de la señora de Castelbajac. Gaston tomó entonces el mando de las operaciones. Pidió a Isaac que llevase su coche hasta la librería para impedir que la carroza verde partiese precipitadamente. El hermano de Louise Moillon procedió a la maniobra, mientras que Gaston, Gaufredi y La Goutte lo seguían a caballo.

En el momento en que el coche de los Moillon se detenía ante el de Bandoler, Gaston hizo avanzar su caballo del otro lado y sacó una pistola.

—¡Bajad de ahí! —le ordenó al cochero.

Bandoler se quedó paralizado, sin obedecer. Pero quizá, simplemente, no entendía lo que le decía. Gaufredi pasó entonces de su caballo al pescante del vehículo, con un largo cuchillo en la mano. El truhán ni siquiera intentó defenderse. Gaufredi lo agarró de la capa y lo arrojó al suelo, a los pies del caballo de Gaston.

Los dos hermanos Moillon ya estaban en tierra, junto con Gaston y el arquero La Goutte.

Con la violencia del golpe, Bandoler perdió el conocimiento. La Goutte se ocupó de maniarlo sólidamente, mientras que los cuatro hombres, pistola y espada en mano, entraban en la librería.

Bresche se quedó estupefacto al verlos traspasar la puerta, armados hasta los dientes. El terror se reflejaba en su rostro. Los dos secuaces que lo acompañaban estaban atando las pilas de libros con cuerdas y se quedaron asimismo petrificados.

—¡Soy el comisario de policía de Saint-Germain-l'Auxerrois! —declaró Gaston con voz estentórea—. ¡Quedáis detenido en nombre del rey! Intentad rebelaros y os matamos. Desabrochad vuestros cinturones.

Los dos truhanes miraron a Bresche en busca de ayuda, pero ante la absoluta pasividad de éste, obedecieron.

En ese momento, Hugues de Lionne penetró a su vez en la librería, seguido de dos lacayos armados de pistolas y de La Goutte.

—Señor, el cochero de la carroza está maniatado. No ha recobrado el conocimiento y lo he metido en el vehículo. La señora Moillon está con él y lo vigila —dijo el arquero.

—¡Perfecto! Ahora, atad inmediatamente a estos tres hombres. ¡Vosotros, mucho ojo con lo que hacéis! ¡Ni se os ocurra moveros!

Los dos hermanos Moillon, los dos lacayos, La Goutte y Gaufredi cogieron las cuerdas que los truhanes utilizaban para amarrar las pilas de libros. En dos minutos tuvieron los puños sólidamente atados a la espalda.

—Señor marqués —pidió Gaston a Hugues de Lionne, que vigilaba la operación—, ¿me prestáis a vuestros hombres? Me gustaría que acompañasen a La Goutte al Grand-Châtelet, adonde llevará a nuestros tres bribones para meterlos en un calabozo. Bastará con dejar a Bresche aquí para interrogarlo.

—Sois vos quien dirige esta operación —opinó complaciente Lionne.

Los lacayos y La Goutte se llevaron sin contemplaciones a los dos bandidos, que se reunieron con su cómplice en la carroza. Gaston ordenó a su arquero que lo esperase en el Grand-Châtelet.

Cuando todos hubieron salido, las señoras Moillon, Castelbajac y Lespinasse entraron a su vez en la librería.

Gaston se había acercado a Charles de Bresche. El librero estaba blanco como la cal, pues sabía muy bien lo que iba a sucederle. Conocía las espantosas torturas que practicaba maese Guillaume y que Fronsac le había detallado cuando le habló de su amigo el comisario. «¿Y si éste fuese el mismo comisario amigo de Fronsac?», se preguntó horrorizado. En ese caso, estaba perdido.

—Señor de Bresche, a no ser que preferáis que os llame Carlo Morfi, no me gustaría nada estar en vuestro pellejo —dijo Gaston—, os haré juzgar dentro de ocho días por el rapto del señor Fronsac. Puedo aseguraros que me ocuparé personalmente de que paséis por la rueda de Santa Catalina y el verdugo os corte antes los pies y las manos. Esta misma noche os aplicaré la cuestión previa. No será con la «cura de agua» sino con la de los borceguíes^[88].

Bresche tenía ahora el color del mármol de Carrara y temblaba como una hoja al viento.

—Sin embargo, podéis esperar algo de indulgencia si nos decís dónde habéis llevado al señor Fronsac, y lo encontramos vivo.

—Está en el palacio de Guisa —balbució el librero—. Pero no podréis liberarlo.

Gaston miró a Lionne, que hizo una mueca.

—Aunque puedo proponeros un trato, señor.

—¿Cu... ál? —murmuró Bresche tragando saliva con dificultad.

—La libertad, si nos ayudáis y si encontramos al señor Fronsac vivo.

—¿Cómo... creeros? —tartamudeó Bresche con un rictus que desfiguraba su rostro, tal era el miedo que lo dominaba—. Después de lo que he... hecho, no puedo... esperar nada de vos...

—Deseamos encontrar al señor Fronsac vivo. Es lo único que nos importa —intervino Hugues de Lionne—. Vais a contarnos lo que ha pasado, cómo entregasteis al señor Fronsac al marqués de Fontrailles. No omitáis ni una coma. Luego veremos lo que podemos hacer. Si logramos rescatar vivo al señor Fronsac, os doy mi palabra de que os devolveremos la libertad si hacéis una confesión completa de vuestros

crímenes.

Gaufredi dio un paso adelante, rojo de cólera. Gaston lo detuvo con la mano:

—Gaufredi, es a Louis a quien hay que salvar. La venganza es inútil.

—¿Cómo... creeros? —repitió Bresche un poco más tranquilo.

—Yo soy Hugues de Lionne, primer secretario de Su Eminencia el cardenal Mazarino. Si os doy mi palabra, será respetada. Señor de Tilly, ¿estáis de acuerdo?

—También tendréis mi palabra —confirmó Tilly—. ¡Pero os lo advierto, una sola mentira e iréis a la rueda!

Bresche dudó apenas unos segundos. Le ofrecían una vía de salida y lo contó todo. Su llegada a París unas horas antes, su visita al palacio de Guisa y la entrega de Louis Fronsac, maltrecho pero vivo, en los sótanos del palacio, el interrogatorio de Fontrailles, sus amenazas y por último su partida.

—El señor Fronsac sufre mucho, está herido y medio muerto de hambre y de sed. Si queréis liberarlo, tenéis que hacerlo de inmediato. Esta noche será demasiado tarde para él.

—¿Pero cómo entrar en el palacio de Guisa? —preguntó Gaston.

—No sé... Es una fortaleza...

—¿Cuántos hombres de guardia hay?

—Lo ignoro, pero son muchos más que vos. Vi a un oficial del duque de Guisa con una docena de hombres. Además, el señor de Fontrailles estaba con el caballero de Chémérault. Y con ellos cuatro o cinco buscavidas armados hasta los dientes.

«¡Y nosotros sólo somos cuatro!», pensó Gaston.

Se volvió hacia Lionne:

—¿Estáis seguro de que no podemos contar con una compañía de mosqueteros?

—¡Cuánto lo siento! No puedo asumir esa responsabilidad. Iré a ver a Su Eminencia ahora mismo para hablarle de ello, pero estoy seguro de que querrá pedir la autorización de la reina, que, por desgracia, está en Rueil.

—Intentadlo, de todas formas —propuso Gaston, que ahora prefería ver lejos a Hugues de Lionne—. ¿Podéis ocuparos de inmediato?

—Haré lo imposible —prometió éste.

Y partió.

Gaston se volvió entonces hacia la señora de Castelbajac.

—Señora, ¿estáis dispuesta a correr riesgos?

—Sí, señor. Estoy dispuesta a afrontarlo todo por el señor Fronsac.

—Y yo también —replicaron al unísono Louise Moillon y Françoise de Lespinasse.

Gaston se dirigió luego hacia Bresche:

—¿Fontrailles sigue allí?

—No lo sé. Tenía que ir con la señorita de Chémérault a casa del señor de La Rochefoucauld.

—Nos vendría de perlas que no estuviese allí —dijo Gaston entre dientes—.

Señor de Bresche, vamos a ataros a esa mesa. Rogad para que volvamos a desataros.

Hizo señas a Gaufredi para que atase a aquel miserable.

—¿Y si no volvéis? —imploró el librero.

—Moriréis aquí de hambre y de sed. A no ser que os devoren las ratas, si les gustan los libreros tanto como los libros. Gaufredi, asegúrate de que no pueda desatarse.

Se giró hacia las mujeres y los dos hermanos Moillon:

—Necesitamos refuerzos. Iremos a la calle des Quatre-Fils, que está a dos pasos del palacio de Guisa, donde se encuentra el despacho del padre del señor Fronsac. Hay dos exsoldados veteranos que pueden ayudarnos. Mi plan es el siguiente...

Una media hora más tarde, los dos coches subían la calle du Chaume. Gaston y Gaufredi los precedían a caballo. La nieve empezaba a caer.

Delante del convento de la Merced, frente a la puerta del palacio de Clisson, dos mendigos se habían refugiado bajo el pórtico de la capilla de Braque. Aun envueltos en viejas capas, Gaston reconoció en uno de ellos a Ganducci. Acercó su caballo y le dijo a media voz:

—Reuníos conmigo en la calle des Quatre-Fils, en el despacho de maese Fronsac. ¿Sabéis dónde está?

El espía asintió y los jinetes prosiguieron su camino hasta el despacho.

Rodearon la fachada del palacio de Guisa —que continuaba por la calle de la Roche—, hoy desaparecido en el seno del actual palacio de Soubise, y que se prolongaba por la calle de Braque y la calle des Quatre-Fils.

El portal del despacho estaba abierto. Guillaume Bouvier, que bebía vino caliente en la cocina, se precipitó hacia Gaston tan pronto como lo vio, sorprendidísimo por tan inusual cortejo.

—Guillaume —ordenó Gaston—, ve a buscar a tu hermano y armaos con todo lo que encontréis. Va a haber pelea.

Gaufredi te lo explicará. Señoras —añadió dirigiéndose a la marquesa, que descendía del coche con Françoise de Lespinasse—, id dentro y tomad algo para entrar en calor. Guillaume os acompañará.

Se acercó luego al segundo coche, que conducía Isaac, e hizo parecidas recomendaciones a Simon y a su hermana. Luego se precipitó al despacho.

Encontró al padre de Louis en su gabinete de trabajo.

—Señor Fronsac, atravesamos momentos difíciles. Vuestro hijo está prisionero en el palacio de Guisa, justo enfrente, y voy a tratar de liberarlo. Vos no podéis hacer nada por ayudarme, salvo dejarme a Guillaume y a Jacques.

—¿Mi hijo? ¿Qué le ocurre? —imploró el anciano con los ojos anegados en lágrimas.

—Sería demasiado largo explicároslo, señor. Dentro de una hora estará libre o habremos muerto. Sabed que el cardenal Mazarino ha sido avisado, pero no podrá enviar una tropa más que con el consentimiento de la regente. Lo siento, pero debo

partir ahora mismo.

Bajó las escaleras de cuatro en cuatro, con el señor Fronsac tras él asaeteándolo a preguntas. Gaston respondía lo mejor que podía.

En la cocina, Guillaume y Jacques estaban listos y armados como para una batalla; sus espadas y pistolas estaban siempre dispuestas en el granero cercano. Ganducci llegó, asimismo equipado.

—Señor de Tilly, el señor Ganducci acaba de decirme que mi hermano no está en el palacio —dijo la marquesa—. Partió hace una hora más o menos, acompañado de una mujer, seguramente la señorita de Chémerault.

—Entonces tenemos que actuar de inmediato. Iremos a pie —explicó Gaston— Guillaume y Jacques, pasaréis los primeros y os detendréis en la esquina de la calle de la Roche. Os conocen, no llamaréis la atención. Luego, será vuestro turno, señoras... representad bien vuestro papel.

Domingo, 17 de enero de 1644, por la noche

La puerta principal del palacio de Guisa, la antigua entrada fortificada de la casa solariega de Olivier de Clisson construida en 1372, se abría en chaflán a la calle du Chaume y a la de la Roche.

Era una puerta ojival coronada por dos torretas. Otra puerta interior permitía el acceso a la siniestra sala de guardia, situada a lo largo de la calle de la Roche, donde se había preparado la noche de San Bartolomé.

Dicho porche comunicaba también, a la izquierda, con un patio interior reservado a coches y caballos. Desde allí, o por una galería perpendicular a la sala de guardia, se pasaba al nuevo palacio de Guisa, que hacía esquina con la calle du Chaume y la des Quatre-Fils.

La nieve caía ahora copiosamente y la calle du Chaume estaba casi desierta. Guillaume y Jacques se habían apostado allí y las tres mujeres encapuchadas se acercaban a pie al porche del palacio.

Estaban casi congeladas cuando la señora de Castelbajac llamó con el pesado martillo de bronce exterior.

Calle arriba esperaban Gaston y Gaufredi. Ganducci pedía limosna en la esquina de la calle Braque, esperando a un hipotético viandante. Los hermanos Moillon estaban apostados más arriba, en la esquina de la calle des Haudriettes.

En la puerta se entreabrió una rejilla de hierro.

—¿Qué deseáis? —preguntó una voz ronca.

—Hemos roto una rueda de la carroza en un mojón. Necesitamos ponernos al abrigo de la nieve y el frío. Nuestro lacayo y nuestro cochero han ido en busca de ayuda.

El portero las miró un momento tras la rejilla y decidió que no había peligro, al ver que sólo se trataba de unas mujeres.

—Tengo órdenes, señora, nadie puede entrar. Monseñor de Guisa no está.

—¡Lo sé! Soy Isabeau de Astarac, marquesa de Castelbajac. Mi hermano, el marqués de Fontrailles, se aloja aquí y me ha asegurado que tendría su ayuda si me hallaba en apuros en París. ¡Id a buscarlo!

El portero se quedó un momento desconcertado. Dudó antes de preguntar:

—¿Podéis probar lo que decís, señora?

La dama tendió la mano enseñándole su anillo:

—Mi hermano lleva uno igual. Es el sello de los Astarac, tenéis que habérselo visto a la fuerza.

—Es cierto, señora —dijo humildemente el portero, convencido al fin—. Os dejaré entrar, pero luego esperaréis un instante. Tengo que ir a por el oficial de guardia, pues vuestro hermano no está aquí.

Chirriaron unos cerrojos herrumbrosos y una de las hojas se entreabrió. La señora de Castelbajac entró, seguida de las otras dos mujeres, que permanecieron discreta y obstinadamente en el vano.

—Señoras, por favor, avanzad un poco —pidió el portero—, para que pueda cerrar la puerta.

En ese instante, Gaston entró atropelladamente y Gaufredi tras él, forzando la entrada de la puerta fortificada, una especie de oscura casamata abovedada.

Encañonaron al portero contra la pared. Un segundo guardián, sentado en un banco de piedra, no daba crédito a lo que veían sus ojos, ante tamaña intrusión. Fue entonces cuando vio con estupefacción a las tres mujeres sacar espadas y pistolas de sílex de debajo de sus capas.

Otros intrusos penetraron en el vestíbulo: los hermanos Bouvier y Moillon, armados hasta los dientes, y, por fin, Ganducci.

Los hermanos Moillon se precipitaron hacia el gran portal que se abría al patio interior. Lo entreabrieron para asegurarse de que estaba desierto. Los palafreneros debían de haberse puesto al abrigo en las caballerizas. Volvieron a cerrar la puerta y colocaron la barra que la aseguraba.

Mientras Gaufredi y Ganducci maniataban y amordazaban al portero y al guarda, Gaston y los hermanos Bouvier se acercaban a la sala de guardia. Se oían del otro lado de la puerta retazos de conversaciones. Por lo menos había una docena de hombres. Gaston dudaba. Si presentaban batalla, seguramente llegarían refuerzos, y ellos no contaban con la ventaja del número.

Guillaume Bouvier ya había ido en una ocasión al palacio de Guisa a llevar un acta de la notaría.

—La sala de guardia da a la calle de la Roche —explicó en voz baja, con profusión de ademanes—. A medio camino, a la izquierda, se abre una galería que se une a la parte nueva del palacio. Hay que alcanzar esa galería para impedir a los guardias huir por allí y dar la alarma.

—De acuerdo —dijo Gaston—. Entraremos los cuatro con mucha naturalidad, como si conociésemos el lugar y estuviesen esperándonos. Nos dirigiremos hacia ese paso. Los guardias quedarán sorprendidos, pero no intentarán detenernos enseguida. Una vez en la galería, sacaremos nuestras armas y ya nadie pasará. Vosotros os quedáis aquí —ordenó a Isaac y a Simón—. Os encargareis de impedirles la huida por el porche. Evitad disparar con la pistola, y, si lo precisan, ayudad a las damas. Si hay que matar a alguien, hacedlo sin dudar —concluyó.

Abrió la puerta y, escoltado por Gaufredi y los dos hermanos Bouvier, entró en la sala con inusitada arrogancia. Habían envainado sus espadas y disimulado sus pistolas. Gaston se fijó rápidamente en la abertura en la galería, a unas diez toesas a su izquierda. Se dirigió allí a grandes zancadas.

Una docena de hombres, sentados en sendas banquetas de madera que corrían a todo lo largo de la pieza, jugaban a las cartas o a los dados.

Los guardias tardaron en reaccionar. Gaston saludó amablemente a varios de los hombres, así como al que parecía ser su oficial.

Éste le devolvió el saludo y luego frunció el ceño perplejo. Miró un instante la puerta de entrada, esperando ver llegar al marqués de Fontrailles, o a alguna otra persona conocida. Pero la puerta permaneció obstinadamente cerrada. Entonces se levantó y corrió tras Gaston para cerrarle el paso.

—¿Quién sois, señor? —lo interpelló.

Los otros guardias, comprendiendo que pasaba algo raro, se levantaron a su vez. Gaston se detuvo y se giró hacia el oficial, mientras Gaufredi proseguía su camino.

—¿Y vos, señor?

—Yo soy el señor de Sainte-Croix, oficial de guardia de este palacio. ¿Quién os ha permitido entrar?

—¡El portero! ¡Quién si no!

—¿En calidad de qué?

Gaston vio que Gaufredi y los dos hermanos cerraban al fin el paso de la galería. Sacó una pistola de su capa y dijo al oficial:

—¡En calidad de comisario de policía! ¡Ni se os ocurra intentar nada, señor! Dentro de un momento, una cuadrilla de mosqueteros se presentará y detendrá a todos los hombres de este palacio.

—¡Pero con qué derecho! —exclamó el oficial intentando desenvainar su espada.

Gaston le propinó un culatazo en la cara con su pistola y el hombre se desplomó ensangrentado. Los demás guardias desenvainaron las espadas.

Gaufredi y los hermanos Bouvier sacaron a su vez sus pistolas y los apuntaron con ellas. En ese momento, desde el otro extremo de la pieza, la puerta de entrada se abrió y los hermanos Moillon, acompañados del guantero, avanzaron empuñando sus armas.

—¡No intentéis nada! —repitió Gaston a los guardias—. En vuestros sótanos hay un prisionero. Es caballero de San Miguel y protegido de la reina. A los que hayan sido cómplices de su rapto los pasarán por la rueda.

Miró al oficial, que recobraba el conocimiento.

—Vos el primero, señor.

Los guardias se quedaron paralizados, sin saber qué hacer.

El oficial, sangrando en abundancia por la boca, se levantó lentamente.

—No sabemos de qué estáis hablando, señor, pero os haremos pagar cara esta intrusión en la residencia del señor duque.

—Sois vos quien lo pagaréis caro. Y podéis estar seguro de que vigilaré personalmente para que se os aplique la rueda.

El guardia palideció y, aunque indeciso, no se atrevió a moverse.

—Hemos venido a buscar al señor Fronsac, os lo repito. El tiempo que a monseñor Mazarino le lleve informar a la reina, y este palacio será cercado por los mosqueteros del señor du Vallon. Todos vosotros seréis arrestados. Si hallamos al

señor Fronsac muerto o moribundo en vuestros sótanos, seréis colgados en ese porche en donde el duque ya fue ejecutado en efígie hace unos meses. El señor du Vallon — supongo que lo conocéis— es amigo personal del señor Fronsac.

El oficial tragó saliva antes de afirmar con la cabeza. Más de una vez se había cruzado con el temible Porthos, y sabía qué suerte reservaba a sus enemigos.

—O si lo preferís, podéis dejarnos llevar al señor Fronsac sin que se derrame una gota de sangre. Informaré de ello a monseñor Mazarino y tal vez escapéis a una muerte ignominiosa.

El silencio podía cortarse con el filo de la espada.

—De vos depende elegir vuestro destino, señor de Sainte-Croix, pero sabed que no habría ningún honor para vos en batiros por una infamia.

El oficial miró a sus hombres y asintió con la cabeza. Gaston comprendió que había ganado la partida.

—Dejad vuestras armas y reagrupaos en la entrada —dijo—. Señor de Sainte-Croix, llevadnos a los sótanos.

Una a una, las espadas fueron cayendo con estrépito contra las losas de piedra.

—Poneos allí —ordenó Gaston indicando el lugar donde se hallaban los hermanos Moillon.

Las mujeres todavía no se habían dejado ver.

—¡Guillaume, Jacques, Gaufredi, acompañadnos! El señor oficial nos indicará el camino. Isaac, pedid a la señora de Fontrailles y a sus amigas que vigilen el paso hacia la galería.

Una vez confiados los guardias a la vigilancia de los dos hermanos, las mujeres entraron para ocupar su puesto. Abrumado por la situación, el oficial no sabía qué hacer. ¿Quién era esa señora de Fontrailles armada como un espadachín? Se parecía muchísimo al marqués. ¿Sería de su familia? Todos estos interrogantes y la sorpresa del ataque aumentaban su indecisión.

Gaston lo distrajo de sus pensamientos dándole un manotazo en el hombro para que le indicase la puerta de los sótanos.

—Po... or a... quí —tartamudeó el hombre, abrumado por lo que le estaba pasando.

El oficial abrió una puerta de roble cerca de la entrada; no estaba cerrada con llave. Al otro lado, descendía una empinada escalera, en lo alto de la cual, en una especie de nicho, había tres fanales de aceite y un eslabón. Los encendió torpemente y bajó el primero.

Al llegar abajo descubrieron una siniestra sucesión de salas abovedadas, húmedas y glaciales. El suelo arenoso crujía bajo sus pies.

—El prisionero debe de estar en el sótano del fondo —le explicó a Gaston—. Yo no estaba aquí cuando lo trajeron.

—¡Pero sabíais que había un prisionero! —exclamó Gaston en tono amenazador.

—Lo reconozco. Me lo dijo el señor de Fontrailles, pero asegurándome que era

un ladrón pillado in fraganti. Por lo visto, pensaba dejarlo ahí algunos días sin beber ni comer antes de liberarlo. Sólo para darle una lección.

Caminaron hasta las últimas salas y se hallaron ante la reja. El oficial corrió el cerrojo y entraron todos.

Louis Fronsac no se movía. Sus pies reposaban en el suelo y sus brazos se mantenían estirados, con las cadenas atadas a las muñecas, como un crucificado. El dolor le había hecho perder el conocimiento. Tenía el rostro cerúleo y cubierto de costras sangrantes.

Gaufredi se precipitó hacia él. Abrió los cerrojos de los grilletes y, ayudado por Jacques Bouvier, transportó a Louis sobre la mesa de piedra donde se encontraba todavía su equipaje. Se inclinó sobre él, escuchando su respiración y los latidos del corazón.

—Vive —dijo con voz ronca.

Guillaume había visto un pozo en una de las salas por las que habían pasado. Fue hasta allí y volvió con un cubo de agua fresca, que vació en un recipiente de barro posado en el brocal. Alzaron un poco la cabeza de Louis, que abrió unos ojos vidriosos. Lograron hacerle beber.

—Démonos prisa en salir —los apuró Gaston—. Jacques, Guillaume, envolvad a Louis en vuestras capas y lleváoslo. Señor de Sainte-Croix, recoged el equipaje que está en esa mesa.

Gaston temía el regreso de Fontrailles. Hasta ahora, todo se había desarrollado sin contratiempos, sin derramamiento de sangre, pero había que dejar aquel lugar lo antes posible.

Subieron la escalera.

Una vez arriba, Gaston tomó el equipaje de Louis de las manos del oficial.

—Señor de Sainte-Croix, ni se os ocurra dar la alerta. Hasta ahora, las cosas os han salido bastante bien. No tentéis al diablo.

Hizo señas a Guillaume y a Jacques para que partiesen los primeros. Ambos hombres llevaban a Louis, que había perdido el conocimiento de nuevo. Por suerte, el despacho de su padre sólo estaba a unos pasos.

Salieron todos detrás.

Los guardias de Guisa no se habían movido.

Fuera, la tormenta de nieve se intensificaba. El viento soplaba racheado, acumulándola en gruesos montículos a lo largo de los muros. Aunque el trayecto fuese breve, les pareció agotador.

Llegados a la calle des Quatre-Fils, los últimos en salir cerraron cuidadosamente las dos hojas del portal de entrada. Louis había sido ya conducido a la habitación de sus padres.

El señor Fronsac, desesperado al comprobar el penoso estado de su hijo, mandó llamar de inmediato al médico Guy Renaudot, en la calle de la Verrerie, un facultativo al que ya había consultado en otra ocasión. Fue Guillaume el encargado

de ir a buscarlo y llevarlo al despacho de los Fronsac, previa amenaza, pues el médico se resistía a salir de casa con tan mal tiempo.

Entretanto, Gaston había organizado la defensa de la casa. No se podía, en efecto, excluir la posibilidad de que Fontrailles, con su diabólica audacia, se lanzase al asalto del edificio para recuperar a su prisionero.

Sólo el guantero Ganducci los había dejado, para informar a Hugues de Lionne del éxito de la operación y encargarse de llevar unos cuantos guardias de corps del rey, los famosos mosqueteros negros, para proteger el despacho.

En el cuarto en que reposaba Louis sólo había mujeres a su alrededor. Instalado en el gran lecho con dosel de sus padres, recobraba por momentos la conciencia. Su madre y la señora de Castelbajac lo lavaban y lo cambiaban prodigándole sus cuidados. Louise Moillon intentaba hacerle beber un consomé, cuando entró Guy Renaudot. El médico, un panzudo que frisaba la cincuentena, se acercó al lecho. Una sombra de inquietud pasó por su rostro, habitualmente jovial, cuando observó la palidez de Louis.

—¿Qué le ha sucedido? —preguntó.

—Una misión para Su Eminencia que acabó mal —explicó la hermana de Fontrailles—. El señor Fronsac fue raptado, herido y golpeado. Ha perdido el conocimiento varias veces.

El médico se sentó en un taburete y sacó un astringente de su talego. Hizo beber algunas gotas a su paciente.

El efecto fue inmediato. Louis abrió los ojos.

—¿Dónde estoy? —murmuró.

—En casa —contestó su madre con una sonrisa anegada en lágrimas.

—¡Bebed! —le ordenó Françoise de Lespinasse, tendiéndole la taza de consomé que Louise Moillon le había llevado.

Louis intentó incorporarse, reprimiendo un grito de dolor. Al fin pudo coger la taza y beber su contenido.

—Tengo frío —murmuró.

—Voy a examinaros —decidió Renaudot. Echó una rápida ojeada hacia la chimenea, donde crepitaba un buen fuego. Su enfermo probablemente tenía fiebre. Le pasó la mano por la frente, que, en efecto, estaba ardiendo. A continuación, le palpó detenidamente la cabeza, los brazos, las piernas, luego las costillas, lo que provocó un grito de dolor del maltrecho Louis.

—No tenéis nada roto, salvo quizá una o dos costillas y un feo corte en la cabeza —declaró el médico—. Os vendaré el pecho con unas tiras de tela. ¿Cómo fue lo de la cabeza?

—Un caballo me pasó por encima —sonrió Louis.

—Traedme agua caliente —ordenó Renaudot.

La señora Fronsac vació una parte del barreño de cobre que se hallaba delante del fuego en un recipiente más pequeño de estaño y lo colocó sobre una mesa, al lado del

médico. Éste, tras comprobar que el agua no estaba demasiado caliente, tomó un jirón de tela y limpió cuidadosamente la herida que se extendía desde lo alto de la frente hasta la mitad del cráneo. Aparentemente, no era grave, pero estaba muy hinchada y mal cerrada.

—Voy a coseros la frente —decidió después de haberlo examinado—. Será doloroso, pero es el único medio de que no os quede una cicatriz demasiado aparatosa.

Pidió una navaja de afeitar, rasuró una parte de los cabellos y luego sacó aguja e hilo. Louis apretó los dientes mientras el médico unía las partes del corte provocado por los cascos del caballo y los suturaba. Cuando hubo terminado, con la ayuda de las mujeres, Renaudot desvistió al herido para ceñirle el pecho con una faja de tela.

Pese a los terribles dolores que sufría, Louis no perdió el conocimiento. El médico le aplicó luego un unguento en las muñecas y en todos los lugares doloridos.

—Os dejaré unas plantas para que os preparen un cocimiento de hierbas para la fiebre y la tos —explicó—. Así como adormidera, por si tenéis mucho dolor. Volveré a veros mañana.

Cuando Gaston entró en el cuarto, Renaudot recogía sus cosas para irse. El comisario enarcó una ceja de envidia al descubrir a las tres mujeres a la cabecera de su amigo. ¡Es que Louise Moillon y Françoise de Lespinasse eran muy bellas!

Cedió el paso al médico, que salió satisfecho.

—¿Cómo te encuentras, Louis? ¡Vaya suerte que tienes! Si yo estuviese tan bien acompañado como tú, me creería en el paraíso.

—Poco me faltó para ir allí contra mi voluntad —murmuró Louis con una triste sonrisa—. Cuando estaba colgado de las cadenas, me acordé de lo que me había dicho el señor de La Rochefoucauld la última vez que estuve con él: «¡Habitualmente, no se sufre la muerte por resolución, sino por estupidez!». ¿Cómo habéis conseguido liberarme?

—Estas damas te lo contarán. Son ellas las que lo han hecho todo. Acabo de apostar a todos los hombres disponibles en los balcones del despacho. Las ventanas están cerradas, y, si Fontrailles intenta un ataque, nos veremos las caras.

—No intentará nada —murmuró Louis—. Está convencido de que ha ganado. Encontró entre mis cosas un largo texto de Pierre de Fermat que luego quemó, creyendo que se trataba del nuevo código.

—Gaufredi ha entregado el código a Hugues de Lionne —intervino la señora de Castelbajac.

—¡Perfecto! —suspiró Louis—. ¿Pero cómo estáis aquí, señora?

—¿El texto que Fontrailles destruyó era importante? —preguntó Gaston.

—Sí, sobre todo para un amigo que lo esperaba ansioso. Se trata de Blaise Pascal. Y el texto era una demostración.

—¿Qué clase de demostración? —preguntó a su vez Louise Moillon.

—Es imposible dividir un cubo en suma de otros dos, o un bicuadrado en otros

dos bicuadrados en general, una potencia cualquiera superior a dos potencias del mismo grado —balbució Louis.

Se miraron todos de hito en hito, cada cual más asombrado.

—Es una vieja conjetura —prosiguió el enfermo—. Fue propuesta hace dos mil años por Diofanto de Alejandría y nadie ha sido capaz de demostrarla. Salvo Pierre de Fermat. ¡Pobre Pascal! ¡Qué decepción le aguarda cuando sepa que Fontrailles ha destruido su demostración!

—¿Te has enterado de alguna otra cosa, algo importante sobre los espías del Servicio de Cifrado, Louis? —preguntó Gaston, quien, desde que sabía que Carlo Morfi y el librero eran la misma persona, se preguntaba si Charles Manessier era el agente de la Santa Sede.

—Creo que ya lo sé todo. Convencido de que Fontrailles iba a matarme, Bresche me lo confesó todo. De hecho, este librero tiene un seudónimo: se hace llamar también Carlo Morfi y atrajo a otro desdichado a sus filas para entregarlo a la Inquisición de Aviñón.

—Ferrante Pallavicino —declaró orgullosamente Gaston.

—¿Lo sabes? —preguntó Louis sin salir de su asombro.

—He descubierto muchas cosas —afirmó Gaston con un punto de suficiencia—. Ya te contaré.

—Hay dos traidores en el Servicio de Cifrado, y no uno solo —prosiguió Louis—: Habert, que trabajaba para Fontrailles, y Chantelou, que sigue allí y que está a las órdenes de Bresche y del Santo Oficio.

—¡Chantelou! —exclamó Gaston, esta vez contrariado.

De modo que se había equivocado.

—Sí, por eso trataba de huir de Gaufredi. Hay que ponerlo fuera de circulación, neutralizarlo, para que no siga perjudicándonos. Fue él quien mató a Manessier. Por cierto, ¿qué ha sido de Bresche?

—Maniatado en su librería. Hemos llegado a un acuerdo con él.

—¿Qué clase de acuerdo? —se inquietó Louis con voz vacilante.

Gaston suspiró:

—Lo importante era saber dónde estabas y liberarte. El señor de Lionne le prometió que no sería molestado si nos proporcionaba los datos necesarios para encontrarte.

—¿Quieres decir que escapará a su castigo? ¿Después de lo que ha hecho? —se enfadó Louis.

—Sí, pero tienes que comprenderlo, Louis. Sólo nos preocupabas tú. ¡Era su vida contra la tuya!

Louis cerró los ojos y cuantos lo rodeaban creyeron que se había desvanecido de nuevo.

Luego, movió levemente la cabeza.

—Tenéis razón. Pero queda Chantelou. Hay que detenerlo inmediatamente.

Gaufredi sabe dónde vive, llévalo contigo.

—Espero a que Lionne nos envíe algunos hombres para proteger el despacho y me ocupo inmediatamente de ello. La Goutte está en el Grand-Châtelet, donde ha encerrado a los tres cómplices de Bresche. Por lo menos éstos darán trabajo a Jehan Guillaume.

—Contadme cómo me habéis liberado —pidió Louis—. Y vos, señora de Castelbajac, ¿cómo se explica que estuviéseis allí?

Apenas había terminado su relato Isabeau de Astarac, cuando resonó en el patio un gran estrépito de cascos. Gaston fue a la ventana: acababan de entrar una docena de mosqueteros negros escoltando una carroza.

—Tenemos visita, Louis.

La señora de Fronsac hizo desaparecer rápidamente las vendas ensangrentadas y arregló el cuarto someramente. No había terminado cuando su esposo entró, acompañado de Hugues de Lionne, seguido a su vez por el señor du Vallon, sombrero en mano.

Lionne se acercó al lecho de dosel mientras que Fronsac y Vallon se quedaban cabe la puerta.

—¡Fronsac! ¡En mi vida me había alegrado tanto de volver a veros! —exclamó Lionne—. He estado con Su Eminencia y él también envió un correo a Rueil para ordenar un registro en el palacio de Guisa. Afortunadamente, con vuestra liberación, será inútil. Vuestros amigos han logrado una magnífica victoria. También tengo noticias del marqués de Fontrailles...

La señora Fronsac acercó entonces un sillón a la calleja y Hugues de Lionne se sentó en él. Luego, la madre de Louis se alejó, uniéndose a su esposo en el otro extremo del cuarto. Ambos sabían que no debían enterarse de lo que su visitante confiase a su hijo. En torno al lecho sólo se quedaron Gaston y las señoras de Lespinasse y Moillon. La mirada de Hugues de Lionne fue de la una a la otra; comprobando luego que nadie más podría oír lo que iba a decir, comenzó con una pequeña mueca de satisfacción:

—El espía del señor Ganducci le ha comunicado que el marqués volvió al palacio de Guisa poco después de vuestra partida. Se fue enseguida con su equipaje. Creo que el señor de Fontrailles ha tomado las de Villadiego por una buena temporada, de modo que Guisa no será molestado y este asunto no tendrá repercusiones en la corte. En fin, vuestro criado Gaufredi me ha entregado el código propuesto por el señor de Fermat. Debo deciros que habéis sido especialmente hábil.

—¡Mucho menos de lo que pensáis, señor! —suspiró Louis—. Traía otro escrito del señor de Fermat, una demostración matemática para uno de mis amigos. Hice creer a Fontrailles que era el nuevo código destinado al despacho del señor Rossignol y el marqués lo quemó.

—Es una pérdida insignificante —decidió Lionne—. Pero me doy cuenta de que no he tenido la cortesía de preguntaros acerca de vuestra salud, caballero...

—Creo que sobreviviré, señor —dijo Louis haciendo esfuerzos para sonreír—. No podría ser de otro modo, teniendo tantas personas preocupadas por mi salud.

Hugues de Lionne asintió y pareció un tanto confuso.

—Temo ser el responsable de una buena parte de vuestros sinsabores, caballero. No fui muy franco con vos...

—Desde luego, si hubiese sabido que la señora de Castelbajac era la hermana del marqués de Fontrailles, Bresche no habría podido tenderme la trampa —reconoció tristemente Louis—, sobre todo porque sospechaba de él desde hacía tiempo.

Lionne asintió de nuevo con la cabeza y luego dijo:

—Debo reconocer, señor, que en mi actividad no confío en nadie. Es la primera regla que me enseñó mi tío. Cuando el señor Le Tellier me comunicó que acudirían a vos para identificar al espía del Servicio de Cifrado, ni mi tío ni yo creímos que fuese una buena idea. ¿Qué sabíais vos del mundo del espionaje, de la traición, del engaño y de la crueldad que subyacen a la diplomacia? Yo lo he mamado desde pequeño y pensaba que vos teníais todos los números para dejar allí vuestra vida. Por añadidura, el señor Servien había hecho entrar en el Servicio de Cifrado al hermano de la señora Moillon para tratar de descubrir a nuestro traidor. Por lo tanto, me inquieté sobremanera cuando os vi en casa del señor de Avaux con la Belle Gueuse. Sabía que ella estaba en relación con la señora de Chevreuse y el señor de Fontrailles y yo sólo había ido para observar a los que se le acercaban. En cuanto descubrí que os alejabais con ella, consideré que había llegado el momento de intervenir. Pedí a la señora de Moillon que os siguiese. No sé lo que habría pasado si ella no hubiese ido, pero, sin su intervención, estoy seguro de que no habríais salido de allí con vida.

Louis cerró brevemente los ojos aprobando con la cabeza.

—Paradójicamente, ese incidente provocó un error de nuestros adversarios. Intentaron mataros y vuestro compañero acabó con Habert. Fue así cómo el espía de Fontrailles fue finalmente identificado, mientras Simon Garnier todavía no había llegado.

Suspiró.

—Igual que con la señora marquesa de Castelbajac, debía haberos dicho que la señora de Moillon y sus hermanos trabajaban para mí desde hace años. Están en relación con un grupo de protestantes holandeses que desean la alianza con Francia.

Separó las manos para recalcar su impotencia o su pesadumbre.

—Estoy demasiado acostumbrado a los secretos —concluyó.

—Sigue habiendo un espía en el Servicio de Cifrado, señor —soltó Louis.

Lionne enarcó las cejas y abrió los ojos con incredulidad.

—¡Pero si Manessier ha muerto!

—Es Guillaume Chantelou, que es el agente de Charles de Bresche. Chantelou es el espía de la Santa Sede.

—¿El pariente del señor de Noyers? ¡Imposible!

—Y sin embargo es verdad. Sólo lo suponía, pero me lo confirmó el propio

Bresche. Aunque también trabaja para Fontrailles. Fue él quien asesinó a Charles Manessier, tratando de hacerlo pasar por un suicidio para que yo detuviese mi investigación.

Hugues de Lionne callaba anonadado y fue Gaston quien rompió el silencio:

—Esperaba la llegada de vuestros mosqueteros antes de partir para el Grand-Châtelet, señor conde. No quería correr ningún riesgo y deseaba estar seguro de que Louis no arriesgaba ya nada. Me iré a comprobar que los hombres de Bresche están a buen recaudo en su calabozo y luego iré tras Guillaume de Chantelou.

—¡Idos, señor! Pero este asunto es terrible. ¿Cómo evitar el escándalo?

—Con vuestro permiso, podría proponer un trato al señor Chantelou —sugirió Gaston—. Él no hablaría al procurador ni del librero ni de su actividad como espía. En mi calidad de magistrado togado, como representante del rey, podría pedir que no sea juzgado más que por el asesinato de Manessier y que no sea condenado a la horca sino a galeras. Creo que no se negará a un trato tan ventajoso para él.

—Habría que avisar al señor Meliand^[89] para que elija a un procurador que acepte vuestra propuesta —subrayó Hugues de Lionne frotándose la barbilla.

—En efecto. ¿Podéis ocuparos vos de ello?

—Lo haré. Iré a ver al procurador general con el canciller Séguier mañana mismo. En cuanto a vos, actuad del mejor modo posible, señor —aceptó Lionne, aliviado ante la idea de que el asunto no se divulgaría ni estaría en boca de todos.

Se volvió hacia la marquesa de Castelbajac:

—Isabeau, ¿puedo ofreceros hospitalidad en mi palacio durante vuestra estancia en París?

—Gracias, señor conde, pero preferiría quedarme aquí para vigilar al señor Fronsac.

—¡Padre! —llamó Louis.

El notario se acercó.

—¿Qué os parecería subir a la biblioteca el lecho que Julie y yo solemos utilizar? Así podríamos alojar a la señora de Castelbajac y a la señora de Lespinasse.

—Daré órdenes a Richepin —accedió el señor Fronsac—. Ya he mandado preparar un lecho para nosotros en mi gabinete de trabajo y nos queda otro en el guardamuebles.

Hugues de Lionne se levantó.

—Informaré a monseñor Mazarino. Seguramente tendréis otras visitas mañana, señor Fronsac. Os dejo a mis mosqueteros y al señor du Vallon durante unos días.

—Podrán acomodarse en la sala común, al lado de la cocina —propuso el señor Fronsac—. Daré órdenes para que instalen jergones.

Gaston y Gaufredi dejaron el estudio al mismo tiempo que Hugues de Lionne, a la vez tranquilizados sobre la salud de Louis y sobre la seguridad de la casa. Los mosqueteros se quedaron varios días —al señor Fronsac le costaban un ojo de la cara, pues aquellos tragaldabas hicieron ver que su legendaria reputación de glotonería e

intemperancia no era falsa sino ganada a pulso—, pero no hubo que temer ningún asalto, fuese de Guisa o de Fontrailles. Y muy pronto Louis podría volver a Mercy.

Justo antes de la llegada del médico, Gaston tomó una rápida colación en la cocina del despacho del señor Fronsac, en compañía de los otros miembros de la tropa. A cada uno de ellos se le había destinado vigilar y defender una porción del edificio. Les recordó —sobre todo a los hermanos Bouvier— que su expedición debía permanecer en secreto.

Las calles estaban desiertas en este comienzo de una tarde del domingo y la nieve, que sin embargo caía con menos vigor que por la mañana, no invitaba a salir. De modo que Gaston y Gaufredi llegaron rápidamente al Grand-Châtelet.

Encontraron a La Goutte dormitando en un poyete de piedra, en el vano de una ventana, al final de la galería del primer piso que comunicaba la torre de ángulo donde se hallaba el gabinete de trabajo de Gaston.

—¿Habéis liberado al señor Fronsac, señor comisario? —preguntó el arquero levantándose tan pronto como reconoció a Gaston de Tilly.

—Sí, La Goutte. Justo a tiempo y sin derramamiento de sangre. Está en el despacho de su padre, bien cuidado por todo un batallón de bonitas mujeres. Daría lo que fuese por estar en su lugar, pero el deber nos llama. ¿Dónde están nuestros amigos?

—Los he encerrado en la «Berbería».

—Muy bien.

—Si por mí fuese, los habría arrojado a la «Bartolina» —intervino Gaufredi con una mueca de odio.

La «Berbería», las «Cadenas», el «Matadero» y la «Manga de Hipócrates» eran los calabozos más sórdidos de la prisión. La mayor parte de ellos se inundaban y el prisionero vivía —poco tiempo— en el frío y el lodo. Pero el peor de todos era la «Bartolina», un agujero lleno de inmundicias y miasmas hormigueantes que ahuyentaban incluso a las ratas más repugnantes.

—Tenemos que mantenerlos en buen estado, amigo. Pero no escaparán a su castigo. Los interrogaré mañana y serán juzgados esta semana, sin duda en la audiencia del viernes, presidida por el teniente criminal.

»Nos queda un arresto que efectuar. Voy a preparar una orden de prisión incondicional para nuestros tres truhanes y otra para el que vamos a detener. Mañana los firmará Dreux de Aubray. Prepara un coche y llévate a cuatro o cinco arqueros a caballo.

Partieron sin dilación. Gaston y Gaufredi habían dejado sus caballos en el Châtelet y subieron al coche. Los arqueros los seguían a caballo.

Dejaron el vehículo a la entrada de la calle des Rats. Gaufredi guió a la tropa hasta el porche situado al lado de la escuela de medicina.

Gaston dejó a dos arqueros en el patio, luego comprobó que no había otra salida, enviando a dos hombres al primer piso. Él, Gaufredi, La Goutte y otro arquero

subieron entonces al segundo piso por la escalera de madera que corría por la fachada.

Llamaron perentoriamente en el primer domicilio. Un hombre bien metido en carnes, de unos cincuenta años, en ropa de casa, les abrió, asombrado al ver a los arqueros del Grand-Châtelet de uniforme.

Gaufredi no había visto nunca a Guillaume Chantelou. Se acordaba solamente de la descripción que había hecho de él su amo: muy alto, delgado, el rostro picado de viruela. Y desde luego no era el caso del que acababa de abrirles la puerta de su vivienda.

Gaston, Gaufredi y La Goutte entraron con autoridad. El arquero se quedó fuera vigilando el pasillo.

—¿Sois Guillaume Chantelou? —preguntó muy serio Gaston.

—No, señor, es mi vecino.

—Llevadnos a él. Yo soy el comisario de Saint-Germain-l’Auxerrois.

El hombre tragó saliva con dificultad y obedeció, esbozando una sonrisa de circunstancias.

Salieron y su guía se detuvo dos puertas más adelante:

—Es ahí, señor comisario.

Gaston llamó a la puerta.

—¿Qué queréis? —preguntó una voz al otro lado de la puerta.

—Traigo un mensaje del señor Rossignol —respondió Gaston.

Corrieron el cerrojo y la puerta se abrió ante un hombre delgado con el rostro picado de viruela.

—Es él —dijo Gaufredi.

—¡Daos preso en nombre del rey! —exclamó Gaston tendiendo hacia él la vara blanca que utilizaban los policías para legitimar un arresto.

La Goutte y el arquero aherrojaron con una cadena las muñecas del espía, tan asombrado que ni siquiera osó protestar.

Lo llevaron sin miramientos al coche, donde lo dejaron a buen recaudo con los otros arqueros.

Gaston se llevó a La Goutte y a Gaufredi con él. Le quedaba una última cosa por hacer, una promesa que cumplir, por mucho que le repugnase.

Fueron a la plaza Maubert, al lugar cuya enseña era un cartel de madera en forma de libro en el que estaba pintada una loba amamantando a dos niños.

Tras dejar al librero maniatado, Gaston había cerrado la puerta y los postigos de la ventana.

Sacó la llave que le había cogido a Bresche, abrió y entró. Gaufredi abrió una contraventana dejando entrar algo de luz. El frío era espantoso en la tienda.

El librero seguía atado, con el rostro y sus manos tan blancas como la cal.

Gaston cortó las ligaduras. Bresche-Morfi se quedó tendido en el suelo, entumecido y tembloroso.

—Señor de Bresche, he cumplido mi palabra —declaró Gaston—. El señor de Fronsac está libre. Os daré un consejo gratis. Dejad París, idos de Francia. La justicia no os perseguirá, pero otros podrían tratar de desembarazarse de vos.

Gaston volvió por la noche al despacho de los Fronsac para contarle a Louis el arresto de Chantelou. Louise Moillon y sus hermanos se habían ido. Encontró solo a Louis con Françoise de Lespinasse, a quien acababa de dictar una larga carta para Julie, ante la imposibilidad de hacerlo él con sus maltrechas manos.

—Os dejo —decidió Françoise de Lespinasse con una sonrisa. Se acercó a Louis y depositó un beso en su frente, antes de murmurar:

—Señor Fronsac, si fueseis una mujer, estoy segura de que me enamoraría de vos.

Epílogo

Al día siguiente de esta memorable jornada, por la tarde, una imponente carroza seguida y precedida por una escolta de guardias de corps del rey entró con gran aparato en el patio de los Fronsac.

Louis estaba mejor. Se había levantado y el doctor Renaudot le había asegurado que podría volver a su casa dentro de unos días. Guillaume Bouvier había partido hacia Mercy llevando la carta que le había dictado a Françoise de Lespinasse.

Desde la ventana del cuarto de sus padres, mientras estaba acompañado de la señora de Castelbajac y su dama de compañía, Louis vio salir del carruaje a Toussaint Rose, y luego al cardenal Mazarino en persona, al que su padre saludó con una profunda reverencia al pie de la carroza. El notario había bajado inmediatamente al patio, tan pronto como vio entrar a los guardias de corps.

—Señoras, tenemos visita —dijo Louis.

Fue el señor Fronsac quien introdujo al ministro y a su secretario en el cuarto. Las dos mujeres se inclinaron profundamente ante el cardenal, Louis un poco menos, debido sin duda a sus costillas fracturadas.

—¡Caballero —exclamó el prelado, ataviado en esta ocasión con traje de montar —, temí perderos!

Para divertir a las damas, forzó exageradamente su acento italiano.

—Pero veo que estáis en muy buena compañía —sonrió con un galante ademán.

Louis le presentó a sus cuidadoras.

—La señora marquesa de Castelbajac es la hermana del marqués de Fontrailles, y la señora de Lespinasse es su amiga. Son ellas quienes me liberaron, monseñor.

—Señora —dijo el ministro saludando a la marquesa— si vuestro hermano fuese tan fiel al rey como lo sois vos, no tendría ninguna inquietud sobre el futuro de este país.

—No sé qué responderos, monseñor —murmuró Isabeau de Astarac—, sino que os prometo ser fiel por los dos.

Mazarino hizo una inclinación de cabeza antes de añadir:

—El señor de Lionne me ha puesto al tanto de vuestro papel en esta aventura.

Luego, volviéndose hacia Louis:

—Caballero, habéis hecho mucho más de lo que esperaba de vos. Las dos redes de espías que podían arruinar las oportunidades de Francia en Münster han sido desmanteladas gracias a vos, y el señor de Brienne ha venido a verme al mediodía para hablarme de un código ideado por el señor de Fermat. El señor Rossignol me ha asegurado que nunca habría imaginado un mecanismo de cifrado tan elegante y seguro. Añadiré algunas aportaciones de su cosecha, pero ya estamos tranquilos por nuestros despachos secretos^[90]. Mi secretario os hará llegar una gratificación, pero no he venido por eso. He hablado de vos, de vuestro coraje y de vuestra devoción a la

reina. Desea que le seáis presentado. Preparaos, pues, para acudir a la corte dentro de unas semanas.

—Es demasiado honor, monseñor —balbució un Louis que no se esperaba semejante favor.

—No se hable más, caballero. La reina hablará personalmente con el señor presidente de Mesmes para que vuestra carta de nobleza con el título de marqués sea registrada rápidamente.

El cardenal se volvió de nuevo hacia las damas:

—Señoras, encantado de haberos conocido. Soy vuestro seguro servidor. Señor Fronsac, si sois tan amable de acompañarme...

El ministro salió, mientras las dos mujeres hacían una reverencia y Louis se inclinaba cuanto podía.

Tras la partida de Mazarino, Toussaint Rose se acercó a Louis con una carta en la mano.

—Es una carta de pago, caballero. La presentaréis al tesorero de la Corona, el señor de La Bazinière, que os la liquidará como mejor os convenga. Además, Su Eminencia propondrá en el próximo consejo del rey que seáis inscrito en la lista de pensiones. Sin duda por dos mil libras al año.

Saludó a su vez a las damas y a Louis y se fue para reunirse con su señor.

Louis desplegó la carta. Era un bono de pago de diez mil libras.

Suspiró. Podría comprar las tierras que tanto deseaba Margot. En cuanto a la pensión, aunque magra, sería bienvenida, a sabiendas de que la mayor parte de ellas no eran pagadas o se pagaban con mucho retraso, tan depauperadas estaban las arcas del Estado.

Al día siguiente Gaston fue a visitar a Louis. Aprovechó para quedarse a comer. Además de Gaston y la familia Fronsac, la comida reunió a las señoras de Castelbajac y de Lespinasse, que anunciaron su partida para el día siguiente. El primer oficial Jean Bailleul y el intendente, Claude Richepin, no habían sido invitados, pues Louis deseaba que la conversación que iban a mantener quedase entre ellos. Sólo la señora Mallet y Jeannette Bouvier debían encargarse del servicio.

Cuando las dos criadas hubieron vuelto a la cocina, Gaston reprodujo el interrogatorio al que había sometido a Chantelou esa misma mañana. Un interrogatorio preliminar y sin escribano. El polígrafo reconoció haber enviado una nota a Charles Manessier para citarlo en la Pomme de Pin, donde le había presentado a Charles de Bresche como un negociante que buscaba socios a fin de participar en un tratado para la venta de ocho cargos de controlador de vinos. Chantelou sabía que Manessier solía participar de tales contratos.

—En la Pomme de Pin, lo hicieron beber mucho —prosiguió Gaston—. A la vuelta, Bresche mató al pobre Manessier y lo colgó de una cuerda de pasamanería. Chantelou me juró que él no era el asesino. La muerte de Manessier había sido idea de Bresche, quien lo convenció de que, si lo habían seguido, era porque sospechaban

de él. Haciendo pasar la muerte de Manessier por un suicidio, los investigadores pensarían que él era el culpable y pararían la investigación puesto que había muerto.

—¿Crees que ha dicho la verdad? —preguntó Louis—. Bresche dijo todo lo contrario, asegurándome que fue Chantelou quien colgó al pobre Manessier.

—¡Qué más da! Le expliqué que iba a ser colgado y que antes le cortarían las manos. Rompió a llorar aterrorizado. Entonces le hablé de nuestro trato. Confesaría haber matado a Manessier él solo y no hablaría de Bresche. A cambio, obtendría para él una condena perpetua a galeras.

»Rehusó, convencido de que podría defenderse acusando a Charles de Bresche y desconfiando de mi propuesta. Entonces me fui a casa del señor Meliand. Por eso no pude venir ayer a verte. El procurador general acababa de reunirse con Lionne y con Séguier y me prometió que me enviaría durante el transcurso de la jornada al procurador que había elegido. Era el señor Amyot. Hemos vuelto juntos, esta mañana, a interrogar al prisionero. Ante la promesa del procurador de que su informe no mencionaría a Charles de Bresche y que pediría contra él el más espantoso de los castigos, si no aceptaba el trato propuesto, Chantelou consintió finalmente en no incriminar al librero y reconocer que había matado a Manessier. Hicimos venir a un forense para registrar su declaración y será juzgado el viernes.

«De ese modo —pensó Louis con amargura—. Charles de Bresche, el más culpable, no sufriría ninguna pena y quedaría en libertad».

Hasta mucho más tarde, cuando ya había vuelto a Mercy, no se enteró de la condena a galeras de Chantelou. En cuanto a los tres truhanes reclutados por Charles de Bresche, habían sido colgados en la plaza de la Grève a fines de enero por Jehan Guillaume, el verdugo del prebostazgo y vizcondado de París. Un espectáculo en el cual su hija Mathurine era aplaudida cada vez que se colgaba de las piernas de los condenados para acelerar su muerte.

El duque de Guisa había vuelto a París en febrero de 1644 para ser interrogado de nuevo por el Parlamento a propósito de su duelo. Las conclusiones de las gentes del rey^[91] le fueron favorables. En cambio, se dictó orden de arresto contra Maurice de Coligny, juzgado culpable por haberlo desafiado.

El duque se instaló de nuevo en su palacio, donde se enteró de las turbulencias que se habían producido. Conservó, pese a ello, su amistad con el marqués de Fontrailles. En cuanto a Coligny, seguía agonizante. La gangrena ganó finalmente la batalla, extendiéndose por todo el brazo, y, habiéndose negado a que se lo cortasen, murió el 21 de mayo.

El 29 de julio de 1644 el papa Urbano VIII, Maffeo Barberini, fue llamado a reunirse con el Señor. Sus hermanos y sobrinos fueron expulsados de Roma por su sucesor Giovanni Battista Pamphili, que fue papa bajo el nombre de Inocencio X^[92]. Ferrante Pallavicino ya había sido ejecutado en Aviñón.

Louis llegó a Mercy el viernes siguiente a su liberación del palacio de Guisa. Su carroza iba escoltada por Guillaume y Jacques Bouvier. Las señoras de Castelbajac y

de Lespinasse habían partido dos días antes, así como el señor du Vallon y sus mosqueteros. Su padre había ido a cobrar la letra de cambio de Mazarino al tesorero de la Corona, quien le había remitido la suma en escudos de oro.

En Mercy, Louis se reencontró, esta vez con placer, con los pequeños problemas domésticos de todo castellano, aparte de que ahora disponía de diez mil libras adicionales para hacer frente a sus trabajos y agrandar sus tierras.

Michel Hardoin había empezado la reparación del puente del Ysieux y hecho cortar la madera para construir la rueda que conduciría el agua al castillo. Louis le pidió que calculase lo que costaría la construcción de un molino.

También fue, con Margot, a visitar al abad de Royaumont, quien, en efecto, estaba dispuesto a cederle un prado y algunos campos de buena tierra por cuatro mil libras a condición de poder utilizar gratuitamente el puente. Así, los monjes podrían de nuevo trabajar las tierras que conservaban en la otra orilla del Ysieux.

Louis aceptó poniendo sus condiciones: el paso del puente provisional se haría por cuenta de cada uno, y, tan pronto como el nuevo puente de piedra estuviese construido, se establecería un nuevo peaje. El abad aceptó.

Por último, Louis decidió comprarle a Julie dos vestidos nuevos, uno de ellos de damasco, que luciría si finalmente iban a la corte. Él, a su vez, se haría un jubón de seda, zapatos con hebillas doradas y un sombrero de plumas.

Decidió además encargar algunos muebles a un ebanista amigo de Michel Hardoin, que serían indispensables cuando las nuevas alas del castillo estuviesen terminadas: camas, armarios, mesas y sillas.

Por último, encargó un cuadro a Louise Moillon.

Louis escribió también a Blaise Pascal para explicarle, sin dar detalles, que había perdido la demostración de la conjetura de Fermat. Pascal estaba desconsolado, aunque no enfadado con él, pues mantuvo desde entonces correspondencia regular con Louis. Sus cartas abordaban tanto temas religiosos como científicos. En una de ellas, Pascal le confió las dificultades que tenía para la fabricación de la máquina de calcular mecánica, a la que renunció en 1652.

Louis mantuvo igualmente una correspondencia mucho más regular con Pierre de Fermat, quien no envió nunca un nuevo ejemplar de su demostración. El magistrado estaba muy ocupado en su actividad de consejero y apenas concedía importancia a sus trabajos científicos, que, sin embargo, representarían un considerable avance en la historia de la ciencia.

Sin duda Pierre de Fermat pensaba en poner en orden sus ideas una vez que hubiese cesado en su actividad judicial. No respondió, pues, a las demandas apremiantes de Pascal y de Mersenne sobre su demostración de la proposición de Diofanto, ni sobre otras muchas.

En 1665 cayó bruscamente enfermo y murió en pocos días. Su hijo reunió sus notas, su correspondencia, así como los comentarios de la *Aritmética*, que hizo publicar en 1670. En esta obra, Pierre de Fermat dejaba cuarenta y ocho

observaciones, o teoremas, que aseguraba haber demostrado.

Euler se consagró al estudio del primero, pero hubo que esperar hasta 1993 para que el matemático inglés Andrew Viles demostrase el último:

«Es imposible dividir un cubo en suma de dos cubos, o un bicuadrado en suma de dos bicuadrados, o, en general, cualquier potencia superior a dos en dos potencias del mismo grado».

En 1646, Charles de Bresche, que se había mantenido un tiempo alejado de París, volvió a su librería de la plaza Maubert. Un comerciante de guantes y de perfumes abrió entonces un comercio al lado del suyo y se asoció con él.

En el mes de junio del mismo año estalló una disputa entre ambos comerciantes y el guantero atravesó con su espada el pecho del librero.

El asesino fue conducido al Grand-Châtelet, adonde llegó de inmediato una orden de soltarlo. Una orden firmada por Julio Mazarino.

Dicho guantero no era conocido en el barrio antes de la apertura de su tienda. Nunca habían oído hablar de él. Sólo sabían que se llamaba Ganducci.

Mazarino no era de temperamento sanguinario, pero solía castigar a quienes atacaban a sus amigos.

El 10 de mayo de 1644 la señorita de Chémerault se casó con el señor de La Bazinière, tesorero de la Corona, lo que la colocó definitivamente al abrigo de cualquier persecución, habida cuenta la categoría del tesorero.

Pero no era más que un matrimonio de conveniencia y la Belle Gueuse tomó rápidamente como amante a su vecino Particelli de Emery, el interventor general de Hacienda que llegaría a superintendente. Con su apoyo, la joven obtuvo la merced de volver a la corte, para satisfacción de su esposo. Los parisinos, que se burlan de todo, le hicieron esta coplilla:

De Emery jamás ha hecho
cornudo más satisfecho
que el pequeño Bazinière.

Pero la nueva señora de La Bazinière enseguida obtuvo mucho más. Su amante, convertido en superintendente de Hacienda, convenció al hijo de un ropavejero enriquecido con los contratos —de los conocidos como *tratantes*— y poseedor de un cargo de secretario del rey que lo ennoblecía para que diese a su hija en matrimonio a Charles de Barbezière, hermano de la Belle Gueuse. La joven, Madeleine Tabouret, aportó de dote al matrimonio cuatrocientas mil libras y la tierra de Turny, en Borgoña.

La fortuna de los hermanos Barbezière estaba, además, asegurada, pues la Belle Gueuse volvió a abrir su negocio de juego en casa de su nuevo esposo, a un tiro de piedra del banco Tallemant. Sólo una sombra empañaba este cuadro: su otro hermano, François, cortejó a la hermana del tesorero y finalmente la raptó para

desposarla a la fuerza. Condenado a muerte por el Parlamento, salvó la vida gracias al apoyo del duque de Enghien, ahora príncipe de Condé, que lo convirtió en uno de sus capitanes.

Hablaremos de ello en su momento, pues el pobre François Barbezière acabaría muriendo en el cadalso.

En abril, Louis había vuelto a París. La señora de Rambouillet estaba enferma y Julie quería estar a su lado. Durante los primeros días del mes, Louis acudió en ayuda del coadjutor Paul de Gondi, y en esta ocasión le reveló su terrible secreto^[93].

El 5 de abril de 1644 la reina acudió a vísperas a la iglesia de los Mínimos, donde se encontró con el prior, el padre Mersenne y el padre Niceron. Fue Louis Fronsac quien pidió a Mazarino que sugiriese a la regente demostrar con su visita su reconocimiento hacia el convento.

Zongo Ondedei se convirtió en obispo de Fréjus en 1658. Será uno de los ejecutores testamentarios de Mazarino.

El congreso de Münster fue inaugurado el 10 de abril de 1644. Enseguida surgieron las desavenencias entre los dos plenipotenciarios franceses, Servien y Avaux, que se oponía a todo.

El conde de Avaux se afirmaba como el adalid del partido devoto y del acercamiento a España, mientras que Abel Servien seguía fiel a la política de Richelieu y de Mazarino.

Sus diferencias eran de tal calibre que Mazarino los puso a las órdenes de un tercer plenipotenciario: el duque de Longueville.

Pero en la corte, Hugues de Lionne defendía a su tío, secreteando a la oreja de Mazarino y de la reina.

Obtuvo finalmente la retirada del conde de Avaux y las negociaciones de Münster fueron concluidas por Abel Servien únicamente.

El Tratado de Westfalia, firmado en octubre de 1648, determinó un nuevo reparto de Europa. Francia obtenía lo que deseaba: los tres arzobispados —Metz, Toul y Verdún—. Alsacia, a excepción de Estrasburgo y Mulhouse, Brisac en Alemania y Pinerolo en el Piamonte, así como la independencia de las Provincias Unidas.

El Imperio se encontró troceado en más de trescientos Estados. Fueron reconocidas las tres confesiones —católica, luterana y calvinista—. Las reacciones más violentas llegaron de la Santa Sede, que perdió una buena parte de su influencia, y de España, que prosiguió la guerra contra Francia hasta el Tratado de los Pirineos, en 1659.

El conde de Avaux, de nuevo superintendente de Hacienda en 1650, morirá el mismo año sin ver su palacio terminado. Louis mantendrá con él un breve encuentro a fines del año 1644, cuando fue a pasar unas semanas en París. Como le había prometido, le contó los acontecimientos vividos y cómo había identificado a los espías del despacho de Rossignol. Pero edulcorando un tanto su relato. No le mencionó, por ejemplo, ni a la señora de Castelbajac ni el papel de Hugues de

Lionne.

Abel Servien se convirtió a su vez en superintendente de Hacienda después de la guerra de la Fronda, un cargo que compartió durante algún tiempo con Nicolás Fouquet.

Durante la guerra de la Fronda, el triunvirato Le Tellier, Servien, Lionne garantizará la continuidad de la política de Mazarino, incluso cuando esté en el exilio.

Hugues de Lionne se convertirá en ministro de Asuntos Exteriores de Luis XIV.

Louise Moillon será perseguida por sus convicciones religiosas tras la revocación del Edicto de Nantes, pero morirá fiel a su fe, a la edad de ochenta y seis años^[94].

En julio de 1644, Louis recibió una invitación para ir a la corte con su esposa. La reina se hallaba entonces en el castillo de Val, en Rueil, con la duquesa de Aiguillon, sobrina de Richelieu.

Louis Fronsac fue presentado públicamente a Ana de Austria, y Mazarino lo elogió calurosamente.

Un poco más tarde, en los jardines, mientras se servía una colación, la reina se acercó a Vincent Voiture, que también había sido invitado. Voiture se encontraba en ese momento en compañía de Louis y de su esposa Julie.

—¿En qué pensáis, señor Voiture? —le preguntó amablemente la regente.

El poeta guardó silencio un momento. Dirigió una mirada hacia Mazarino, que, a unos pasos de allí, no podía oírlo, y luego declamó dulcemente a la madre del rey:

Señora,
pensaba que el hado,
tras tan injusto dolor,
os ha justamente coronado
de gloria, de brillo y de honor.
Que hoy seáis feliz y enamorada
la rima lo exige obstinada...

Ana de Austria se quedó un instante pensativa y luego sonrió al poeta, antes de dirigirse hacia el cardenal Mazarino.

Fin

Para mis lectoras y lectores

Como siempre, más de uno se preguntará cuánto hay de verdad y cuánto de falso en esta historia.

Por supuesto, no he inventado nada sobre el congreso de Münster y sobre nuestros plenipotenciarios el conde de Avaux y Abel Servien.

Ferrante Pallavicino desafió al papa Urbano VIII, el cual le pidió a Carlo Morfi que organizase una emboscada en Orange, mientras Ferrante era esperado en París por Mazarino. Carlo Morfi era el librero Charles de Bresche, y Mazarino, más tarde, pidió a Gandulfi, su guantero y perfumista, que lo asesinase.

Maurice de Coligny murió en efecto a consecuencia de su duelo en la plaza Real con el duque de Guisa. Pero ningún historiador podría asegurar que fuese el encargado de organizar un nuevo servicio de estafetas para el congreso de Münster. En cambio, he liberado un poco antes al señor de Montauzier, quien, en realidad, permaneció prisionero diez meses y no dos en Alemania.

La Belle Gueuse era la espía de Richelieu. En efecto, se casó con el señor de La Bazinière, tesorero de la Corona. Volveremos a hablar de ella.

Los historiadores ignoran lo que hacía el marqués de Fontrailles durante ese invierno del año 1643. El marqués reaparecerá, sin embargo, durante la guerra de la Fronda, al lado del coadjutor Paul de Gondi, cardenal de Retz. También hablaremos de ellos en su momento.

¿Llevó a cabo Pierre de Fermat la demostración de la conjetura de Diofanto? Si es así, no consta en ningún lado.

Isabeau de Astarac, hermana del marqués de Fontrailles, se había casado con Godefroy de Durfort, marqués de Castelbajac.

Antoine Rossignol sigue siendo uno de los más grandes maestros de códigos secretos de todos los tiempos, y su Gran repertorio ha quedado consagrado como uno de los métodos de cifrado más difíciles de descodificar.

Principales personajes

- LÉON-POMPÉE DE ANGENNES, marqués de Pisany, hijo de la señora de Rambouillet.
- LOUIS DE ASTARAC, marqués de Fontrailles.
- ISABEAU DE ASTARAC, marquesa de Castelbajac, hermana de Louis de Astarac.
- MAFFEO BARBERINI, papa Urbano VIII
- THADDEUS BARBERINI, hermano del anterior, prefecto de Roma.
- MARGOT BELLEVILLE, administradora del señorío de Mercy.
- JEAN BAILLEUL, primer pasante del despacho de los Fronsac.
- CHARLES DE BARBEZIÈRE, caballero de Chémernaut, hermano de Françoise de Chémernaut.
- PHILIPPE BOUTIER, procurador del rey, adjunto del canciller Séguier.
- NICOLÁS BOUVIER, criado de Louis Fronsac.
- JACQUES BOUVIER, guardián, padre de Nicolás.
- ANTOINETTE BOUVIER, esposa de Guillaume Bouvier.
- GUILLAUME BOUVIER, hombre de confianza y portero, hermano de Jacques.
- JEANNETTE BOUVIER, madre de Nicolás, cocinera de los Fronsac.
- CHARLES DE BRESCHÉ, librero de la plaza Maubert.
- FABIO CHIGI, delegado de Urbano VIII en la Nunciatura de París.
- MAURICE DE COLIGNY, nieto del almirante de Coligny.
- GUILLAUME CHANTELOU, polígrafo del Servicio de Cifrado.
- FRANÇOISE DE CHÉMERAULT, llamada la Belle Gueuse.
- ANNE CORNUEL, amiga de la marquesa de Rambouillet.
- SÉBASTIEN CRAMOISY, librero.
- SIMON ANTOINE DREUX DE AUBRAY, teniente civil del cuerpo de policía y vizconde de París.
- PIERRE DE FERMAT, magistrado de Toulouse.
- PIERRE FRONSAC, notario.
- LOUIS FRONSAC, hijo del notario Pierre Fronsac, caballero de San Miguel y marqués de Vivonne.
- PAUL DE GONDI, coadjutor del arzobispado de París.
- JEAN LA GOUTTE, arquero de patrulla del Grand-Châtelet.
- SIMON GARNIER, polígrafo del Servicio de Cifrado.
- TOMASO GANDUCCI, vendedor de guantes y perfumes.
- GAUFREDI, reitre al servicio de Louis Fronsac.
- GERMAIN GAULTIER Y SU HERMANA MARIE, criados.
- MICHEL HARDOIN, marido de Margot Belleville.
- CLAUDE HABERT, polígrafo del Servicio de Cifrado.

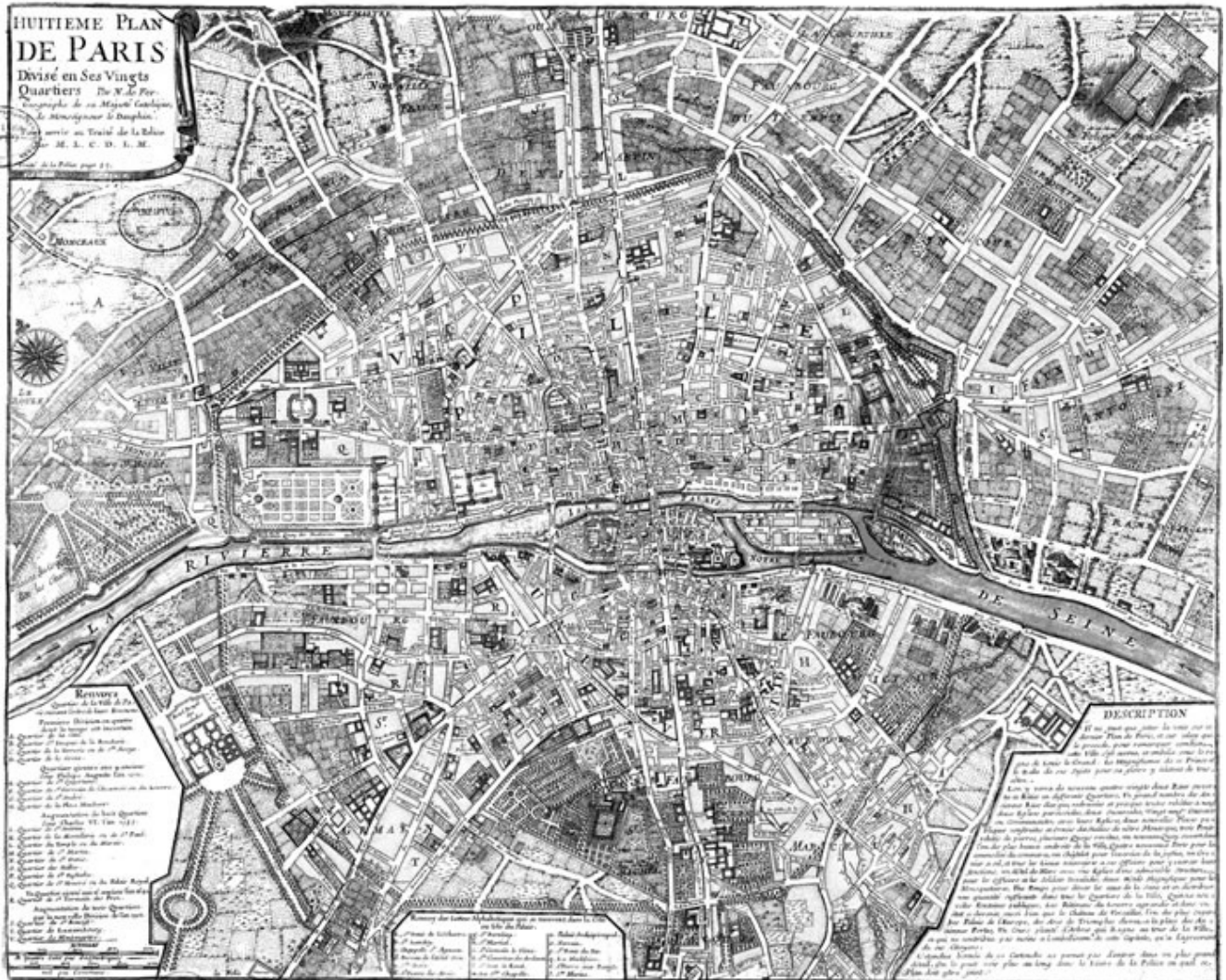
MICHEL LE TELLIER, ministro de la Guerra.
FRANÇOISE DE LESPINASSE, dama de compañía de la marquesa de Castelbajac.
ENRIQUE N DE LORENA, duque de Guisa.
HUGUES DE LIONNE, secretario del cardenal Mazarino, marqués de Fresne.
MARÍN MERSENNE, fraile del convento de los Mínimos.
LOUISE MOILLON DE CHANCOURT, pintora.
ISAAC MOILLON, su hermano.
HENRI-AUGUSTE DE LOMÉNIÉ, conde de Brienne, ministro de Asuntos Exteriores.
ANTOINE MALLET, criado de los Fronsac.
SEÑORA MALLET, criada de los Fronsac, esposa de Antoine.
CLAUDE DE MESMES, conde de Avaux, superintendente de Hacienda.
CHARLES MANESSIER, polígrafo del Servicio de Cifrado.
JEAN-FRANÇOIS NICERON, fraile del convento de los Mínimos.
JOSEPH ZONGO ONDEDEI, camarlengo de Mazarino.
BLAISE PASCAL, matemático, físico, filósofo cristiano y escritor francés.
ISAAC DE PORTAU, señor du Vallon, más conocido por Porthos, mosquetero.
ANTOINE ROSSIGNOL, jefe del Servicio de Cifrado, encargado de la correspondencia en clave.
CHARLES DE SAINTE-MAURE, barón de Montauzier, gobernador de la Alta Alsacia.
ABEL SERVIEN, conde de la Roche des Aubiers, exministro de la Guerra.
SIMOND EL INOCENTE, deshollinador.
GÉDÉON TALLEMANT, escritor y banquero.
GASTÓN DE TILLY, comisario de policía.
CATHERINE DE VIVONNE-SAVELLI, marquesa de Rambouillet.
JULIE DE VIVONNE, sobrina de la marquesa de Rambouillet, esposa de Louis Fronsac.
VINCENT VOITURE, Poeta.

Bibliografía

- BAYARD, F., J. FELIX y P. HAMRAON, *Dictionnaire des surintendants et contraleurs généraux des finances*, Comité pour l'histoire économique et financière de la France, 2000.
- BATIFFOL, L., *La Duchesse de Chevreuse, une vie d'aventures et d'intrigues sous Louis XII*, Hachette, 1914.
- BLANCPAIN, M., *Monsieur le Prince*, Hachette, 1986.
- COUSIN, V., *La Jeunesse de madame de Longueville*, Perrin, 1917.
- CROUSAZ-CRETET (DE), P., *Paris sous Louis XIV*, Plon, 1922.
- DESSERT, D., *Colbertou le serpent venimeux*, éd. Complexe, 2000.
- DULONG, C., *Anne d'Autriche*, Hachette, 1985.
- FOISIL, M., *La vie quotidienne au temps de Louis XIII*, Hachette, 1992.
- GUTH, P., *Mazarin*, Flammarion, 1972.
- JOUHAUD, C., *Mazarinades, la Fronde des mots*, Aubier, 1985.
- FOURNET, V., *Les Rues du vieux Paris*, Firmin Didot, 1879.
- HILLAIRET, J., *Connaissance du vieux Paris*, CFL, 1956.
- LA ROCHEFOUCAULD, *Mémoires*, La Table Ronde, 1993.
- LA MARE, N. de, *Traité de la pólíce*, tomo 1.
- LEBIGRE, A., *La Duchesse de Longueville*. Perrin, 2004.
- LE MOEL, M., y J. Derens, *La Place de Grève*, Délégation à l'action artistique de la ville de Paris, Hachette.
- LUCAS-DUBRETON, J., *Un libertin italien du XVII^e siècle: Ferrante Pallavicino ou L'arétin manqué*, Paris, La Connaissance, 1923.
- MAGNE, E., *La vie quotidienne au temps de Louis XIII*, Hachette, 1942.
- La joyeuse jeunesse de Tallemant des Réaux*, éditions Émile Paul, 1922.
- MERCIER, L. S., *Tableau de Paris*, La Découverte, 1998.
- MONTARIOL, D., *Cloîtres et monastères disparus de Toulouse*, Académie de Toulouse.
- PERRAULT, C., *Les hommes illustres qui ont paru en France pendant ce siècle avec leur portrait au naturel*, Paris, 1692.
- SACCI, H., *La Guerre de Trente Ans*, tome III, L'Harmattan, 2003.
- SAUVAL, *Histoire et recherches des antiquités de la ville de Paris*, tome 2, 1722.
- SINGH, S., *Le Dernier Théorème de Fermat*, J. C. Lattès, 1998.
- Histoire des codes secrets*, J. C. Lattès, 1999.
- TAILLEFER, M., *Vivre à Toulouse sous l'Anden Régime*, Perrin, 2000.
- TALLEMANT DES REAUX, *Historiettes*, Bibliothèque de la Pléiade, édition établie et annotée par A. Adam, 1960.
- TILLINAC, D., *L'Ange du désordre, Marie de Rohan*, Robert Laffont, 1985.

WILHELM, J., *La Vie quotidienne au Marais au XVII^e siècle*, Hachette, 1966.
—*La Vie quotidienne des Parisiens au temps du Roi-Soleil*, Hachette, 1977.
JOLIET, CH., *Les écritures secretes dévoilées*, E. Dentu éditeur, Paris, 1874.
VIGENERE, BLAISE DE, *Traicté des chiffres*, Paris, 1586.
MLLE. DE MONTPENSIER, *Mémoires*.
MME. DE MOTTEVILLE, *Mémoires*, Albin Michel, 1925.

Podéis seguir las andanzas de Louis Fronsac en el París del siglo XVII consultando el plano de París informatizado por la Biblioteca Nacional, en gallica.bnf.fr: Fer, Nicolas de, *Huitième plan de Paris divisé en ses vingt quartiers*.



Agradecimientos

Quiero expresar toda mi gratitud a Béatrice Augé, Philippe Ferrand y Pierre Fichant, que aceptaron amablemente leer y corregir este manuscrito, así como a Alain Mazere por sus informes sobre François de La Rochefoucauld.

Expreso asimismo mi profundo agradecimiento a Isabelle Laffont, por la confianza depositada en mí, y, en general, a todo el equipo de la editorial Jean-Claude Lattès.

Por último, debo dar las gracias a mi esposa, a mi madre y a mi hija pequeña, mis primeras lectoras. Son las jueces más severas de las primeras versiones de mis obras.



JEAN D' AILLON, es el seudónimo utilizado por Jean-Louis Roos, escritor francés nacido en 1948.

Doctor en ciencias económicas, ha sido profesor universitario de Historia Económica y Macroeconomía y ha trabajado para la Comisión Europea como hasta 2007.

Pero su verdadera pasión es desde siempre la escritura. Es autor de una quincena de novelas policíacas e históricas, a las que dedica un amplio tiempo para documentarse con precisión y apasionamiento sobre todos los pormenores sociales de la época en cuestión.

Es el creador del notario de París, Louis Fronsac, personaje que pone sus habilidades investigadoras al servicio primero del Cardenal Richelieu y después a las órdenes del Cardenal Mazzarino.

Notas

[1] Véase Jean d'Aillon, La conjuration des Importants, Ed. du Masque. <<

[2] Cuarenta hectáreas. <<

[3] Un poco más del 8%. <<

[4] Michel Le Tellier es el padre del marqués de Louvois, el ministro más temido de Luis XIV. <<

[5] Había comprado el castillo de Brienne en 1640. <<

[6] Especialista de claves de cifrado, Rossignol ha dado nombre al *rossignol*, una ganzúa capaz de abrir cualquier puerta. <<

[7] El saco de Charmes fue uno de tantos episodios de la Guerra de los Treinta Años. ¡Hubo otros mucho peores! En Saint-Nicolas-du Port, en Alsacia, las religiosas no sólo fueron violadas, sino arrastradas desnudas detrás de los caballos. Todos sus habitantes fueron masacrados por placer. <<

[8] Véase Jean d'Aillon, *La conjuration des Importants*, Ed. Le Masque. <<

[9] Véase Jean d'Aillon, *El misterio de la cámara azul*, Alianza Editorial (en esta misma colección). <<

[10] El dato es auténtico. <<

[11] Referido por Tallemant des Réaux. <<

[12] Que se convertirá en la Biblioteca Nacional. <<

[13] Nuestra investigación sobre Louis Fronsac se remonta a muchos años, en diferentes archivos. A la vista de ciertos documentos, hemos sabido que Luis XIII lo había hecho caballero de San Luis. Nos enteramos recientemente de que había habido una confusión. Louis Fronsac fue hecho caballero de San Miguel en 1642. No recibió la cruz de San Luis hasta marzo de 1694, de manos de Luis XIV, por un último servicio rendido a la Corona que narraremos en su día —todavía es pronto—. La orden de San Luis acababa entonces de ser fundada (1693).

La orden real de San Miguel fue creada el 1 de agosto de 1469 por Luis XI como réplica de la orden del Toisón de Oro fundada por el duque de Borgoña. El collar de la orden estaba hecho de conchas enlazadas con seda negra, sobre una cadena de la que colgaba una medalla de oro con la efigie del arcángel San Miguel matando al dragón. <<

[14] Que dependía del ducado de Baviera. <<

[15] La Lorena era el ducado de Carlos IV, refugiado en Luxemburgo, y formaba parte de los estados electivos del Sacro Imperio. <<

[16] La paz de Habsburgo (1555) consagraba la división religiosa del Sacro Imperio Romano Germánico entre católicos y luteranos. Cada príncipe conservaba el derecho de aplicar la religión de su elección en sus estados. Era el principio *cuius regio, eius religio*: la religión del príncipe es la religión de los súbditos. Los habitantes debían someterse a la confesión elegida por su soberano o dejar su país. <<

[17] Fabricante de cerraduras. <<

[18] O *skytalo*. <<

[19] Es lo que hicieron los estadounidenses durante la Segunda Guerra Mundial utilizando el navajo, lengua que los japoneses no entendían. <<

[20] El lector interesado por conocer los sucesos relatados aquí puede leer las obras de Jean d'Aillon *El misterio de la cámara azul*, Alianza Editorial, y *La conjuration des Importants*, Ed. Le Masque. <<

[21] Dreux d'Aubray había pagado por dicho cargo 560.000 libras. <<

[22] Languedoc, Provenza, el Delfinado, Borgoña y Bretaña. <<

[23] Las audiencias presididas por el teniente civil se celebraban los miércoles y los sábados, mientras que las presididas por el teniente criminal tenían lugar los martes y los viernes. En ellas se reunían los comisarios, los treinta y cuatro consejeros del Châtelet y las gentes del rey (procuradores y abogados). <<

[24] Para nuestros curiosos lectores, la calle Grattecul, conocida también como calle Gratte-con (!), era un tramo de la calle Saint-Sauveur que daba a la calle Saint-Denis. La calle Tirevit, también llamada Tireboudin, es la actual Marte Stuart. <<

[25] Por su exacerbada devoción. <<

[26] L'Épée de Bois, en la calle Quincampoix, era una taberna dotada de reservados particulares para los clientes que desearan aislarse. <<

[27] En el número 6 actual. <<

[28] Actualmente, calle Maitre-Albert. <<

[29] La primera numeración que existió en París. <<

[30] Poeta y autor teatral de origen hugonote protegido de Richelieu. Frecuentaba el palacete de Rambouillet y debía sustituir a Chapelain en la Academia Francesa. <<

[31] Jean de Rotrou (1609-1650). Teniente criminal y civil en Dreux. Escribió, entre otras obras, *El hipocondríaco* y *La comedia de las Tullerías*. <<

[32] La Bella Pordiosera. (*N. de las T.*) <<

[33] Marie de Hautefort inspiró una prolongada pasión platónica a Luis XIII. Dama de honor de Ana de Austria, espiritual y bromista, abrazó todas las intrigas de la reina contra Richelieu, quien intentó a toda costa apartarla del monarca, lo que logró finalmente al reemplazarla por Cinq-Mars en el corazón del rey. <<

[34] Étienne Dolet había impreso a Galileo, Rabelais, Marot, así como numerosos textos antiguos o sagrados. Sus enemigos en el seno de la Universidad intentaron varias veces hacerlo prender por ateo. Se refugió en el Piamonte, y de allí se fue a Lyon para imprimir cartas apelando a la justicia del rey. Detenido, fue juzgado como ateo por la Facultad de Teología de la Sorbona. Fue torturado, estrangulado y quemado el 3 de agosto de 1546 con sus libros en la plaza Maubert. Tenía treinta y siete años. <<

[35] Catherine de Vivonne, marquesa de Rambouillet, era llamada «la incomparable Arthénice», que, además de ser el nombre de una ninfa muy de moda en la literatura preciosista, compone el anagrama de Catherine, nombre al parecer ideado por Malherbe, según uso muy en boga en la moda literaria de la época (su hija Julie fue Mélanide y su yerno Montausier fue Ménalidus). Desde la alcoba de su «salón azul» —véase *El misterio de la cámara azul*, también en Alianza Editorial— recibía recostada en un lecho, tal y como era costumbre hacerlo en el siglo xvii, a las más ilustres mentes de su época. (*N. de las T.*) <<

[36] *El pastor extravagante* había sido publicado en 1627. La obra describía nuestras cámaras actuales, mientras que *El correo verdadero* imaginaba ¡los métodos de registro del sonido! <<

[37] Años más tarde, Molière se inspiraría en él para el personaje de Alceste en *El misántropo*. <<

[38] Oriundo de una familia alemana noble, Josias Rantzau abrazó muy joven la carrera de las armas. Habiendo entrado al servicio de Luis XIII, se distinguirá en el sitio de Arras, donde le serán amputadas una pierna y una mano. Pese a varios fracasos militares, llegará a mariscal de Francia a los treinta y nueve años. <<

[39] De las tres, la de encima, la picaruela y la secreta se llevaban debajo. <<

[40] Encolerizada con alguien, en lenguaje preciosista. <<

[41] Un lacayo, entre las preciosas. <<

[42] Sentaos cabe la chimenea. <<

[43] Especie de taburete. <<

[44] Los senos, en lenguaje preciosista. <<

[45] El palacete de Avaux está situado en el n.º 71 de la calle del Temple. <<

[46] Acabaría costándole ochocientas mil. <<

[47] Sobrenombre con que la marquesa de Rambouillet había bautizado unos años antes a Julio Mazarino, por entonces nuncio del Papa en París. <<

[48] Un libro que Gondi había publicado a los veintiséis años y que había provocado la siguiente observación de Richelieu: «¡Qué mente tan peligrosa!». <<

[49] Las cuatro de la mañana. (*N. del A.*) En nuestros días, *maitines* (llamadas también *vigiliae* en la Antigüedad) y *laudes*, entre las 2,30 y las 3 de la madrugada. (*N. de las T.*) <<

[50] La Pomme de Pin fue demolida a mediados del siglo XVIII En el lugar donde se ubicaba la taberna se halla hoy uno de los pabellones del Hospital General. <<

[51] La *ruelle* era el *angostillo* o *calleja* a lo largo del lecho en las estancias de recepción. <<

[52] Médicos. <<

[53] Antoine acababa de publicar *De la frecuente comunión*. <<

[54] Primero secretario de Mazarino y luego del gabinete de Luis XIV, en el cual tendrá derecho de firma, como había tenido con Mazarino. <<

[55] La estrapada se practicaba también un poco más lejos, cerca de la puerta de Saint-Jacques, en la Plaza de la Estrapada, donde una máquina dedicada a este suplicio estaba instalada permanentemente. <<

[56] *La Mothe le decía el otro día / A Richelieu: /Hagamos el amor, / Besémonos, etcétera. / La Chémérault le decía a su vez: Ay, picaruelo, / Deja a ese Mothe ahí, / Y toma mi monte de...*

Hemos obviado otras coplillas todavía más subidas de tono que esta canción recogida por Roger de Bussy. (N. de las T.) <<

[57] Pierre tenía once años más que Gédéon. <<

[58] El abad era su hermano menor, François. Marie se casaría con Henry de Massuez, marqués de Ruvigny. <<

[59] Colegio de los jesuitas. <<

[60] Ésta es una de las preguntas que se hacía Mersenne: ¿Cuáles son las medidas de la Tierra, cuánto dista del Sol y cuál es la velocidad del rey de los astros? <<

[61] Saint-Cyran, amigo de los hermanos Arnauld, se había comprometido a traducir a san Agustín y a comentarlo. Antoine, joven teólogo de la Sorbona, adicto a la causa agustiniana, publica *De la frecuencia de la comunión* en 1643. <<

[62] Sacar dos seis. <<

[63] Como el lector habrá comprendido, se trata del cálculo infinitesimal, uno de cuyos inventores es Fermat. <<

[64] Rameras de ínfima categoría. <<

[65] El palacio de Liancourt estaba situado a orillas del Sena, precisamente en la calle del Sena, en el actual emplazamiento de las calles Visconti y des Beaux-Arts <<

[66] Veamos lo que nos cuenta Tallemant des Réaux respecto al marqués de Fontrailles: Un día en que Richelieu iba al encuentro de un embajador, el cardenal vio al enano en su antecámara y exclamó:

—¡Retiraos, señor de Fontrailles, no os dejéis ver, que el embajador no soporta a los monstruos!

Y Fontrailles, con crujir de dientes, se dijo:

—¡Ah, Schelme, cobarde, acabas de clavarme un puñal en el pecho, pero yo te lo clavaré a ti en cuanto pueda! <<

[67] Descartes y luego Euler descubrieron otros. <<

[68] El lector curioso hallará la solución comentada en el libro de Simón Singh *Le dernier Théorème de Fermat*, J. C. Lattès, 1998. <<

[69] La isla recibe el nombre de Saint-Louis en 1725, tras la unión de I'Île aux Vaches (isla de las Vacas), adonde se llevaban vacas en barcas para que pastasen, y de I'Île de Notre-Dame, que pertenecía al cabildo de la catedral. <<

[70] En el siglo XVIII, este embarcadero era conocido como «el muelle de los Balcones» pues el arquitecto Le Vau había propuesto que todas las casas de la isla Saint-Louis a orillas del Sena fuesen adornadas de bellos balcones. Ahora es el muelle de Béthune. <<

[71] Christophe Marie y Le Regrattier habían obtenido en 1611 —contra el parecer del cabildo— el permiso de parcelar la isla, a condición de que construyesen un puente (el puente Marie), así como dos muelles y dos abrevaderos. En 1643, en vista de que los trabajos no habían finalizado, el cabildo de Notre-Dame impugnó la operación.

<<

[72] Mazarini era como todavía llamaban muchos a Mazarino. El propio cardenal solía firmar así. <<

[73] La biblioteca personal del cardenal Mazarino acababa de abrirse al público. Es, por tanto, la más antigua biblioteca pública de Francia. <<

[74] Gabriel Naudé, médico general de Luis XIII y bibliotecario, primero del presidente de Mesme y luego de Mazarino. <<

[75] Véase Jean d'Aillon, *L'Exécuteur de la Haute Justice*, Ed. du Masque. <<

[76] Louis exagera un poco. Unos veinte años más tarde detuvieron a un espía en la secretaría de Estado de Asuntos Exteriores. Lo colgaron. <<

[77] Recordemos que la calleja era un pasillo a lo largo del lecho de gala en las cámaras de recepción. <<

[78] La frase no es mía sino de George Sand, quien contaba entonces su propia travesía por el bosque de Orleans. <<

[79] En la actualidad, forma parte de la Biblioteca Apostólica del Vaticano. <<

[80] Será efectivamente quemado. <<

[81] Esta forma de código será utilizada sobre todo durante la Primera Guerra Mundial por los alemanes. El código más común utilizando este método es ADFGVX, así llamado porque sólo esas cinco letras aparecían en los criptogramas. Será descifrado por una francesa. <<

[82] Se trata del cálculo diferencial descubierto por Fermat. <<

[83] Pierre de Fermat dejó este texto (en latín) en el margen de su *Aritmética* de Diofanto: *He descubierto una demostración verdaderamente maravillosa de esta afirmación, pero este margen es demasiado estrecho para contenerla.* <<

[84] La actual calle Le Regrattier (François Le Regrattier, tesorero de los Cien Suizos del rey). <<

[85] En 1645 será nombrado embajador del congreso de Münster y llegará a mariscal de Francia en 1675. <<

[86] El escudo de sol era, hasta 1640, la moneda principal del reino. Con un peso en torno a los 3,5 gramos de oro, valía la mitad de un luis. Luis XIII había reformado el sistema monetario en 1640 creando el luis de oro de 10 libras, que rápidamente valió el doble. El escudo de plata de 3 libras acabaría sustituyendo al escudo de oro, que, sin embargo, seguirá acuñándose hasta 1654. El doblón valía en torno a las 10 libras. El ochavo valía 3 dineros. La blanca era una moneda de 10 dineros hecha de vellón, una mezcla de cobre y de plata. De hecho, el valor de las monedas cambiaba continuamente (Declaración real de 23 de marzo de 1652: «... los luses de oro y el doblón serán equivalentes a once libras, los escudos de oro a cinco libras y catorce soles y los luses de plata a tres libras y seis soles...»). <<

[87] Con la publicación de la ordenanza de policía de 6 de noviembre de 1778, los hospederos fueron obligados a alojar a las personas de distintos sexos en habitaciones diferentes. Hasta entonces, hombres y mujeres podían compartir el mismo lecho sin conocerse. <<

[88] «La cuestión preparatoria o previa», eufemismo por «tortura», tenía entre otros tormentos el de la «cura del agua», que consistía en hacer tragar al acusado, tendido en un banco y atado de pies y manos, varios litros de agua hirviendo por medio de un cuerno que se le metía en la boca. El tormento de los borceguíes se llevaba a cabo apretando las piernas del acusado entre planchas e introduciendo en ellas cuñas a martillazos. Si no se ahogaba con el agua, los torturados no solían sufrir secuelas, al contrario de lo que ocurría con el tormento de los borceguíes, que solía dejar lisiado al acusado. <<

[89] Blaise Meliand, procurador general del Parlamento de París. Su sucesor será Nicolás Fouquet. <<

[90] El código de Antoine Rossignol no será descifrado hasta finales del siglo XIX. <<

[91] El procurador y los abogados de la acusación. <<

[92] A su muerte, ¿lo sucedería Fabio Chigi! <<

[93] «La carta robada», episodio que aparecerá en la novela: *El hombre de los lacayos negros*. <<

[94] Varias de sus obras están en el Louvre. <<